La chica del tambor

John le Carre


SHOUT
SHARE
IT

- John le Carre
  - LA PREPARACION
  - 2
  - 3
  - 4
  - 5
  - 6
  - 9
  - 10
  - 11
  - 12
  - 13
  - 15
  - LA RECOMPENSA
  - 17
  - 18
  - 19
  - 20
  - 21
  - 22
  - 23
  - 24
  - 25
  - 26
  - 27
  - F I N

John le Carre

La chica del tambor

LA PREPARACION

El incidente de Bad Godesberg constituyó la demostración, a pesar de que las autoridades alemanas no habían tenido medio de saber de antemano lo anterior. Antes de Bad Godesberg había habido crecientes sospechas. Pero la alta calidad del planeamiento, comparada con la baja calidad de la bomba, transformo las sospechas en certidumbre. Como se suele decir en el oficio, el hombre tarde o temprano deja su firma. Lo irritante es la espera.

Estalló mucho más tarde de lo que se había proyectado, probablemente más de doce horas más tarde, a las ocho y veintiséis minutos de la mañana del lunes. Varios difuntos relojes de pulsera, propiedad de las victimas confirmaron la hora. Y lo mismo que ocurrió en los casas semejantes que se dieron en el curso de los últimos meses, no hubo previo aviso. El estallido de una bomba, en Dusseldorf, que voló el automóvil de un funcionario israelita, que se hallaba de visita, con la misión de comprar armas, no fue anunciado de antemano, como tampoco ocurrió en el caso del librobomba enviado a los organizadores de un congreso ortodoxo judío en Amberes, que hizo volar por los aires a la secretaria honoraria, y causo quemaduras mortales a su ayudante. Tampoco hubo aviso en el caso del cubo de basura, con una bomba dentro, que estallo ante un banco israelita de Zurich, mutilando a dos transeúntes. Solo la bomba de Estocolmo fue previamente anunciada, pero resultó que los autores del atentado pertenecían a una agrupación totalmente diferente, y que el estallido no formaba parte de la serie anterior, ni mucho menos.

A las ocho y veinticinco minutos, la Drosselstrasse de Bad Godesberg era un barrio más de retiro diplomático, con su decorativa vegetación, tan alejado de los problemas políticos de Bonn cual pueda razonablemente esperarse de una zona que se encuentra a quince minutos, en automóvil, de ellos. Se trataba de una calle nueva pero madura, con lujuriantes y recatados jardines, habitaciones para la servidumbre situadas sobre el garaje, y góticas rejas de seguridad sobre las ventanas de vidrios verdosos. Durante la mayor parte del año, el clima de la Renania goza de la cálida humedad de la jungla. Su

vegetación, lo mismo que su comunidad diplomática, crece casi a la misma velocidad con que los alemanes construyen sus carreteras, y con velocidad levemente superior a aquella con que los alemanes diseñan sus mapas. Por ello, las fachadas de algunas casas estaban ya medio ocultas por densas arboledas de coníferas que, si algún día alcanzan su tamaño natural, cabe presumir que dejen la zona entera en la penumbra de un bosque de un cuento de Grimm. Estos árboles resultaron ser una protección notablemente eficaz contra la explosión, y pocos días después de haberse producido ésta, un centro de jardinería de la localidad ya se había especializado en suministrarlos.

Son varias las casas que tienen un aspecto claramente nacionalista. Por ejemplo, la residencia del embajador noruego, que se encuentra justamente al doblar la esquina de la Dosselstrasse, es una austera casa de campo, con ladrillos rojos, extraída directamente de los barrios residenciales opulentos de Oslo. El consulado egipcio, en el otro extremo de la calle, tiene el abandonado y desolado aspecto de una villa de Alejandría, en decadencia. De esta casa surge triste música árabe, y todos los postigos están permanentemente cerrados, para proteger a los habitantes del ardiente calor del Africa del Norte. Estaba mediado el mes de mayo, y el día había comenzado esplendorosamente, con flores y hojas nuevas balanceándose al impulso de una leve brisa. Las magnolias ya habían florecido y sus tristes pétalos blancos, en su mayoría arrancados, se convirtieron en un elemento más de los escombros. Con tanta fronda, la barahúnda del tránsito rodado producida por aquellos que van y vienen de la ciudad por la carretera principal apenas penetra en el barrio. El sonido más audible, antes de la explosión, era el del clamoreo de los pájaros, entre los que se debía incluir varias palomas que se habían encaprichado con las malvas del agregado militar de Austria, malvas que eran su orgullo. Desde un kilómetro de distancia hacia el sur, las invisibles barcazas que navegaban por el Rin suministraban un zumbido latente y solemne al que los residentes se habían acostumbrado hasta el punto de no percibirlo, salvo cuando cesaba. En resumen, era una mañana que le daba a uno la seguridad de que, fueran cuales fuesen las calamidades que uno leyera en los periódicos de la Alemania Occidental, siempre un tanto dados a la tensión y al miedo, calamidades tales como la depresión, la inflación, la insolvencia, el desempleo, y todos los habituales y al parecer incurables males de una economía masivamente próspera, de que Bad Godesberg era un lugar equilibrado y decente en el que se podía vivir, y que Bonn no era ni la mitad de malo de lo que se le pintaba.

Según fuera su nacionalidad y su rango, algunos maridos ya habían partido para el trabajo, pero los diplomáticos no son más que clisés de sí mismos. Por ejemplo, un melancólico consejero

escandinavo seguía en cama, afectado por una resaca producida por un estrés marital. Un encargado de negocios suramericano, con redecilla en el pelo y ataviado con un kimono de seda china, recuerdo de una visita a Pekín, estaba asomado a la ventana, dando la lista de la compra a su chófer filipino. El italiano se afeitaba, aunque desnudo. Le gustaba afeitarse después de bañarse, aunque antes de hacer los ejercicios gimnásticos cotidianos. Su esposa, totalmente vestida, se encontraba en la planta baja regañando a su contumaz hija por regresar tarde a casa la noche anterior, diálogo que las dos gozaban todas las mañanas de la semana. El enviado de la Costa del Marfil sostenía una conferencia telefónica internacional, informando a sus jefes de los últimos esfuerzos que había realizado para extraer ayuda para el desarrollo al gobierno alemán, de día en día más remiso a darla. Cuando la comunicación se interrumpió, los políticos de la Costa del Marfil creyeron que su enviado les había colgado el aparato, y le mandaron un ácido telegrama en el que le preguntaban si quería dimitir. El agregado laboral de Israel se había ido hacía más de una hora. No se encontraba cómodo en Bonn y trabajaba, en la medida de lo posible, según el horario de Jerusalén. Justificaba este horario con varios chistes raciales, bastante tontos, acerca de la realidad y la muerte.

Siempre que estalla una bomba se produce algún que otro milagro, en este caso el autor del milagro fue el autobús de la escuela norteamericana que, después de recoger a los escolares, se había ya ido, llevándose a la mayoría de los niños de la comunidad que todos los días de colegio esperaban el vehículo en una plazuela que se hallaba a menos de cincuenta metros del lugar del estallido. Por providencial designio, ninguno de los niños había olvidado en casa los deberes escolares, ninguno había dormido más de la cuenta, y ninguno había mostrado resistencia a ser educado, en aquel lunes por la mañana, por lo que el autobús partió con toda puntualidad. Los vidrios de la parte trasera del autobús se rompieron, el conductor no pudo evitar que el autobús se pusiera de lado, una niña francesa perdió un ojo, pero, en términos generales, los niños se salieron de rositas, lo que, después, se consideró un hecho digno de celebración. Sí, ya que ello es también una característica propia de esas explosiones, o, por lo menos, de los momentos inmediato posteriores: se siente, comunitariamente, la loca necesidad de agasajar a los supervivientes, en vez de perder el tiempo llorando a los muertos. En esos casos, el verdadero dolor surge cuando se desvanece el susto inicial, lo que ocurre varias horas después, aunque a veces no tarda tanto.

Nadie, entre los que se hallaban cerca, recordaba el ruido de la bomba. Al otro lado del río, en Kónigswinter, todos oyeron un

estruendo propio de una guerra mundial, y todos salieron a la calle, estremecidos, medio sordos, y dirigiéndose sonrisas de cómplices en la supervivencia. Se decían que, teniendo en consideración la presencia de aquellos malditos diplomáticos, ¿qué otra cosa cabía esperar? Más valdría mandarlos a todos a Berlín, en donde podrían gastar tranquilamente el dinero de los impuestos. Pero quienes se hallaban cerca de la explosión nada oyeron, al principio. Sólo pudieron hablar, en el caso de que hablar pudieran, del estremecimiento del pavimento, de una chimenea que se levantó silenciosamente en el aire abandonando un tejado para ir a parar a la carretera, del ventarrón que hizo temblar las casas, de que sintieron que la piel del cuerpo se les tensaba, de que cayeron derribados al suelo, de que las flores saltaron de los jarrones y los jarrones se estrellaron contra las paredes. Recordaban muy bien el sonido de vidrios rompiéndose, y el tímido murmullo de las jóvenes hojas al caer al suelo. Y los maullidos de personas que estaban tan asustadas que ni gritar podían. En realidad estaban todos con los sentidos tan alterados que poco se fijaron en los sonidos. También hubo varios testigos que hicieron referencia al ruido del aparato de radio en la cocina del consejero francés, radio que difundía una receta culinaria. Una ama de casa, considerándose mujer racional, preguntó a la policía si era posible que el estallido de la bomba hubiera producido el efecto de aumentar el volumen de la mentada radio. Los policías contestaron dulcemente, mientras se llevaban a esta señora envuelta en una manta, que en una explosión todo es posible, pero que, en este caso, la explicación era diferente. Al romperse todos los vidrios de todas las ventanas de la casa del consejero francés, y al no haber en la casa persona alguna en situación de bajar el volumen de la radio, nada pudo impedir que el sonido de la radio pasara directamente a la calle. Pero la señora no llegó a comprender del todo esta explicación.

Como es natural, poco tardaron en llegar los representantes de la prensa, intentando atravesar los cordones policiales, y los primeros y entusiastas reportajes mataron a ocho e hirieron a treinta, atribuyendo toda la culpa a una excéntrica organización alemana de derechas denominada Nihelungen 5, formada por dos muchachos retrasados mentales y un viejo loco, incapaces de hacer estallar un globo. Al mediodía, los periodistas ya se habían visto obligados a rebajar la cifra de muertos a cinco, uno de ellos israelita, a dejar la cifra de heridos graves en cuatro, habiendo doce más en el hospital, por diversas causas, y hablaban de las Brigadas Rojas italianas, de lo cual, una vez más, no había ni el más leve indicio. El día siguiente, los periodistas volvieron a cambiar de opinión y atribuyeron la hazaña a Septiembre Negro. En el día inmediato siguiente, un grupo que dijo llamarse «Agonía Palestina» se atribuyó los méritos, y, al mismo tiempo,

también reivindicó convincentemente anteriores explosiones. Y el nombre de «Agonía Palestina» arraigó, a pesar de que antes cabía atribuir estas palabras al acto cometido que considerarlas nombre adecuado de quienes lo habían cometido. El caso es que de agonía palestina se habló, ya que estas palabras se hallaron en el titular de muchos pesados artículos de fondo que al respecto se publicaron.

Entre los no-judios que murieron se encontraba la siciliana cocinera del diplomático italiano, así como su chófer filipino. Entre los cuatro heridos se encontraba la esposa del agregado laboral israelita, en cuya casa había estallado la bomba. La señora perdió una pierna. El israelita muerto era el hijo de corta edad de este matrimonio, llamado Gabriel. Pero, cual se llegó a la general conclusión, el blanco del atentado no era ninguna de las personas mentadas, sino un tío de la herida esposa del agregado cultural, tío que estaba de visita, procedente de Tel Aviv. Este señor, dedicado a estudios talmúdicos, gozaba de cierta reputación en méritos de sus opiniones un tanto duras en lo tocante a los derechos de los palestinos de la orilla occidental. En otras palabras, dicho señor estimaba que tales palestinos no tenían derecho alguno, lo cual decía en voz alta y fuerte, muy a menudo, desafiando abiertamente el parecer de su sobrina, la esposa del agregado laboral, que pertenecía a la izquierda liberada de Israel, y cuya educación en un kibbutz no la había preparado para el riguroso lujo de la vida diplomática.

Si Gabriel se hubiera encontrado en el autobús de la escuela no hubiera corrido peligro alguno, pero Gabriel, lo mismo que muchos otros, se encontraba mal, aquel día. Era un niño preocupado e hiperactivo que había sido considerado como un elemento discordante en la calle, principalmente a la hora de la siesta. Pero lo mismo que su madre, tenía talento musical. Ahora, lo cual era perfectamente natural, nadie en la calle recordaba a un niño más querido que Gabriel. Un periódico de derechas alemán, rebosante de sentimientos pro-semíticos, le había llamado el ángel Gabriel, título que, sin que los redactores de dicho periódico lo supieran, tenía validez en las religiones cristianas y en la judaica, y durante una semana dichos redactores inventaron historias acerca de la santidad de Gabriel. Los periódicos más destacados se hicieron eco de estos sentimientos. Un comentarista de primera fila aseguró que el cristianismo era puro judaísmo o no era nada, afirmación que atribuyó a Disraeli, aunque sin fundamento probado. De esta manera, Gabriel se convirtió en un mártir cristiano y un mártir judío, al mismo tiempo, lo cual tranquilizó notablemente a algunos conscientes alemanes. Los lectores de los periódicos mandaron, sin que nadie se lo pidiera, millares de marcos a los que era preciso encontrar algún destino u otro. Se habló de una estatua a Gabriel, pero poco se habló de los otros muertos. De

acuerdo con la tradición judaica, el tristemente menudo ataúd de Gabriel fue enviado inmediatamente a Israel para proceder al entierro. En méritos de la misma tradición, la familia le lloró durante siete días, y se esforzó en no mencionar su nombre en la fiesta del sábado. Pero la prensa alemana no tenía estas limitaciones.

A primeras horas de la tarde del día en que la bomba estalló, ya había llegado en avión, procedente de Tel Aviv, un equipo formado por seis especialistas israelitas. El discutido doctor Alexis, del ministerio del interior alemán, recibió, por parte de los alemanes, el vago encargo de ocuparse de la investigación, en cuanto concernía a Alemania, y él fue quien peregrinó hasta el aeropuerto para recibir al equipo israelita. Alexis era un hombre astuto y zorruno que había sufrido durante toda su vida la tortura de ser unos diez centímetros más bajo que el común de los hombres. Quizá en compensación de esta deficiencia, Alexis había siempre suscitado fácilmente controversias centradas tanto en su vida pública como en su vida privada. En parte era abogado, en parte era funcionario de seguridad, y en parte politicastro en busca del poder, tal como esa especie se da en la Alemania de nuestros días, con picantes convicciones liberales, no siempre bienvenidas por la Coalición, y con la inoportuna debilidad de expresar estas convicciones por la televisión. De una forma un tanto vaga se creía que su padre había sido una especie de resistente en contra de Hitler, y, en los presentes y alterados tiempos, este manto heredado de su padre, no caía muy bien sobre los hombros del excéntrico hijo. Desde luego, en los palacios de cristal de Bonn no faltaban quienes estimaban que Alexis carecía de la debida solidez para llevar a cabo su trabajo. El reciente divorcio de Alexis, con la inquietante revelación de la existencia de una amante que tenía veinte años menos que él, no había contribuido a mejorar la opinión que los antes referidos tenían de él.

Si hubieran sido otros los que llegaban a Alemania, Alexis no se hubiera tomado la molestia de ir al aeropuerto -la prensa no se iba a ocupar del acontecimiento-, pero las relaciones entre la República Federal e Israel estaban pasando por un bache, por lo que Alexis se plegó a las presiones del ministerio y fue al aeropuerto. En contra de sus deseos, a última hora le impusieron la cargante compañía de un policía de lentos modales, de la Silesia, y procedente de Hamburgo, que era hombre de confesadas ideas conservadoras, y que había adquirido prestigio en el campo de «control de estudiantes», en los años setenta, y al que se consideraba un experto en bombas y en quienes las ponen. Otra excusa de la presencia de este policía era que, decían, se llevaba bien con los israelitas, a pesar de que Alexis, al igual que todo el mundo, sabía que la función del policía no era otra que la de ser el contrapeso del propio Alexis. Más importante todavía,

en la tensa atmósfera imperante, tanto Alexis como el de la Silesia, eran unbelastet, lo cual significa que ninguno de los dos tenía la edad suficiente para que se les atribuyese la más remota responsabilidad en aquello que los alemanes denominan tristemente su irredento pasado. Fuera lo que fuese aquello que ahora se hiciera contra los judíos, Alexis y su poco deseado acompañante, el de la Silesia, no hicieron nada siquiera parecido, en pasados tiempos. Y, para mayor garantía, tampoco lo hizo Alexis padre. La prensa, debidamente orientada por Alexis, destacó todo lo anterior. Sólo un editorial insinuó que mientras los israelitas insistieran en bombardear indiscriminadamente pueblos y campos de refugiados palestinos, y matando, no a un niño, sino a docenas de niños a la vez, tendrían que tener en consideración la posibilidad de esta clase de bárbara represalia. El día siguiente, el periódico en cuestión publicó a toda prisa una contestación ardiente a más no poder, aunque un tanto confusa, debida al agregado de prensa de la embajada de Israel. El agregado de prensa escribía que el estado de Israel había sido, desde 1961, objeto de constantes ataques del terrorismo árabe. Si les dejaran en paz, los israelitas no matarían ni a un solo palestino, en lugar alguno. Gabriel había muerto por una sola razón: la de ser judío. Y los alemanes quizá recordaran que Gabriel no era un caso único.

El director del periódico dio por terminada la polémica, y se tomó un día de descanso.

Un avión de las fuerzas aéreas israelitas, sin distintivos que pudieran identificarle en cuanto a tal, procedente de Tel Aviv, aterrizó en el extremo del aeropuerto, se prescindió de todo género de formalismos administrativos, y comenzó inmediatamente la colaboración, que fue un trabajo incesante, noche y día. Alexis había recibido severas órdenes de no negar nada a los israelitas, aunque estas órdenes eran superfluas ya que Alexis era un philosemitisch harto conocido. Alexis había efectuado su obligatoria visita de amistad a Tel Aviv, y había sido fotografiado, baja la cabeza, en el Museo del Holocausto. En cuanto al lento hombre de la Silesia, tal como él mismo jamás se cansaba de recordar a cuantos quisieran escucharle, las dos partes interesadas iban a la caza del mismo enemigo. O sea, los rojos, claro está. En el cuarto día de trabajo, a pesar de que muchas investigaciones estaban aún pendientes, la mentada comisión conjunta había trazado un convincente cuadro preliminar de lo ocurrido.

En primer lugar, se llegó unánimemente a la conclusión de que no se había establecido servicio alguno de vigilancia especial en la casa objeto del atentado, y también se concluyó que en los acuerdos entre la embajada y las autoridades de Bonn no se establecía que la casa tuviera que ser vigilada. La residencia del embajador de Israel, situada tres manzanas más allá, estaba vigilada las veinticuatro horas del día.

Una verde camioneta de la policía estaba de guardia ante la embajada, parejas de jóvenes centinelas, tan jóvenes que no podían estar preocupados por las históricas paradojas de su presencia, patrullaban por los jardines, armados con metralletas. El embajador también gozaba de un automóvil acorazado y de una escolta policial que acompañaba al automóvil. A fin de cuentas era embajador y judío, por lo que necesitaba doble protección. Pero un simple agregado laboral ya era harina de otro costal y, por otra parte, tampoco hace falta exagerar. La casa del agregado laboral se hallaba bajo la general protección de la patrulla móvil diplomática, y sólo cabe añadir que, por ser el hogar de una familia israelita, era objeto de especial vigilancia, cual lo demostraban los libros de la policía. Para mayor precaución, las señas de las casas en que vivían los funcionarios diplomáticos israelitas no figuraban en las listas oficiales del cuerpo diplomático, con el fin de evitar actuaciones impulsivas, en unos tiempos en que Israel no gozaba de grandes simpatías. Políticamente hablando, claro está.

Acababan de tocar las ocho de la mañana de aquel aciago lunes cuando el agregado laboral abrió la puerta del garaje de su casa y, como de costumbre, inspeccionó los tapacubos de su automóvil, así como la parte inferior del chasis, con la ayuda de un espejo unido a un palo de escoba, aparato que le habían entregado a este fin. El tío de su esposa, que se disponía a viajar con él, confirmó estos extremos. El agregado, antes de darle a la llave del contacto, miró debajo del asiento del conductor. Desde que comenzaron los atentados mediante bombas, estas precauciones eran obligatorias para todos los funcionarios israelitas destinados en países extranjeros. El agregado sabía, igual que todos sabían, que para rellenar de material explosivo un normal tapacubos bastan cuarenta segundos, y que para deslizar una bombita debajo del tanque de gasolina bastan menos segundos todavía. También sabía, al igual que todos sabían, ya que se lo habían metido en la cabeza cuando tardíamente le dieron un cargo diplomático, que era mucha la gente dispuesta a hacerle volar por los aires. Además, leía los periódicos. Seguro de que el automóvil no ofrecía riesgos, se despidió de su mujer y de su hijo, y se dirigió a su trabajo.

En segundo lugar, la chica au pair de la familia, una sueca de impecable historial llamada Elke, el día anterior había comenzado una semana de vacaciones en el Westerwald, con su igualmente impecable novio alemán, Wolf, que gozaba de unos días de permiso que le había concedido la Bundeswehr. Wolf había recogido a Elke el domingo por la tarde, en su Volkswagen rojo, y todas las personas que pasaron ante la casa y las que la vigilaban vieron a Elke en el momento en que salió por la puerta principal vestida para el viaje, y vieron cómo se despedía

con un beso del pequeño Gabriel, y se alejaba agitando alegremente la mano en dirección al agregado laboral, quien se encontraba ante la puerta para despedir a Elke, mientras su esposa, apasionada cultivadora de verduras, proseguía sus trabajos en el huerto trasero. Elke va llevaba más de un año con la familia y, dicho sea en palabras del agregado comercial, era como un querido miembro más de la familia.

Estos dos factores, o sea, la ausencia de la amada muchacha au pair y la ausencia de vigilancia policial, hicieron posible el atentado. Y el factor que decidió el éxito del atentado fue la fatal dulzura de carácter del propio agregado laboral.

A las seis de la tarde de aquel mismo domingo, dos horas después de que Elke se fuera, mientras el agregado cultural sostenía una difícil conversación religiosa con su tío e invitado y mientras su esposa cultivaba nostálgicamente tierra alemana, sonó el timbre de la puerta principal. Un timbrazo. Como de costumbre el agregado cultural pegó el ojo a la mirilla antes de abrir. Como de costumbre, empuñó el revólver reglamentario mientras miraba, a pesar de que teóricamente las restricciones locales le prohibían la tenencia de armas de fuego. Pero al través de la mirilla sólo vio a una muchacha rubia de unos veintiuno o veintidós años de edad, de aspecto frágil y atractivo, en pie, junto a una usada maleta gris, con tarjetas de una compañía de aviación escandinava atadas al asa. Un taxi -¿o se trataba acaso de un coche privado?- la esperaba en la calle, a su espalda, y el agregado laboral oyó claramente que el vehículo tenía el motor en marcha. Si, sin la menor duda. Incluso tuvo la impresión de oír el sonido propio de una bujía que no funcionaba debidamente, pero esto lo dijo más tarde, cuando ya se agarraba a un clavo ardiendo. A juzgar por la manera en que el agregado la describió, la muchacha era realmente atractiva, etérea y deportiva al mismo tiempo, con veraniegas pecas, Sornmersprossen, alrededor de la nariz. En vez de ir vulgarmente uniformada con tejanos y blusa, llevaba un discreto vestido azul, abrochado hasta el cuello, un pañuelo de seda al cuello, blanco o de color crema, que resaltaba su cabello rubio. Y la muchacha, tal como confesó el agregado en la primera y conmovedora entrevista, impresionó muy favorablemente, por su sencilla respetabilidad, al agregado. En consecuencia, después de devolver el revólver reglamentario al cajón superior de la cómoda, el agregado abrió la puerta y sonrió a la muchacha, debido a que ésta era encantadora y el agregado era tímido y corpulento.

Todo lo anterior lo dijo en el primer interrogatorio. El talmúdico tío nada vio y nada oyó. En cuanto a testigo, el tío fue un perfecto inútil. Al parecer, tan pronto se quedó solo se sumergió en el estudio de un comentario del Mishna, siguiendo la norma de jamás perder ni

un minuto.

La muchacha hablaba en inglés con acento extranjero. Era un acento nórdico, y no francés o latino. Los interrogadores dieron al agregado diversos ejemplos de acentos extranjeros, pero el agregado sólo pudo aseverar que era un acento nórdico. En primer lugar, la muchacha preguntó si Elke estaba en casa, aun cuando no la llamó Elke sino Ucki, diminutivo que sólo empleaban las personas que eran íntimas de Elke. El agregado laboral dijo que Elke se había ido de vacaciones hacía solamente dos horas, lo cual era una verdadera lástima, pero que estaba dispuesto a ayudar a la muchacha en lo que se terciara. La muchacha se mostró levemente contrariada y dijo que volvería en otra ocasión. Dijo que acababa de llegar de Suecia, y que había prometido a la madre de Elke que entregaría a ésta una maleta con ropas y discos. Lo de los discos fue un detalle realmente eficaz ya que a Elke le gustaba con locura la música pop. En estos momentos, el agregado cultural ya había pedido insistentemente a la muchacha que entrara en su casa, e incluso, llevado por su inocencia, había cogido la maleta y la había depositado en un rincón del vestíbulo, acto del que se arrepentiría toda su vida. Sí, desde luego, había leído todos los reiterados consejos de no aceptar paquetes que le entregaran intermediarios. Sí, sabía que las maletas podían morder. Pero aquella muchacha era Katrin, la simpática amiga de Elke, de la misma ciudad que ésta, que había recibido aquella maleta de manos de la madre de Elke aquel mismísimo día. La maleta pesaba un poco más de lo que el agregado laboral había supuesto, pero lo atribuyó a los discos. Cuando el agregado dijo solícitamente a la muchacha, Katrin, que seguramente hizo el viaje con exceso de peso, Katrin explicó que la madre de Elke la había llevado en automóvil hasta el aeropuerto de Estocolmo, con la finalidad de pagar dicho exceso de peso. El agregado cultural advirtió que la maleta era de material duro y que, además de pesada, parecía ir repleta. No, no notó el menor movimiento en el interior de la maleta. Estaba seguro de ello. De la maleta quedó un fragmento, más tarde.

Ofreció un café a la muchacha, pero ésta declinó la oferta, diciendo que no quería hacer esperar al conductor del automóvil. No dijo al taxista, sino al conductor. Esto fue objeto de las más exhaustivas interpretaciones por parte de los investigadores. El agregado preguntó a la muchacha qué hacía en Alemania, y ésta contestó que tenía esperanzas de poder matricularse en la universidad de Bonn, para estudiar teología. Muy excitado, el agregado laboral buscó un bloc y luego un lápiz, e invitó a la muchacha a que escribiera su nombre y señas, pero la chica, sonriendo dijo que bastaría con que dijera a Elke que la había intentado visitar «Katrin». La chica explicó que se alojaba en una residencia luterana para muchachas, pero que se

quedaría allí solamente hasta que encontrara habitaciones independientes (la residencia en cuestión realmente existe, en Bonn, lo cual fue otro detalle certero). Dijo que volvería cuando Elke hubiera regresado de sus vacaciones. La muchacha tenía la esperanza de poder pasar en compañía de Elke el cumpleaños de ésta. Si, tenía muchas ganas de poderlo hacer. El agregado laboral dijo que podía organizar una fiesta para Elke y sus amigos, y que quizá fuera oportuno obsequiarles con una fondue de queso, que él mismo prepararía. Sí, ya que mi esposa -cual después explicó el agregado con patética reiteración- es una kibbutznik, y no tiene paciencia para preparar guisos complicados.

En estos momentos, más o menos, el automóvil o taxi, en la calle, comenzó a tocar la bocina. En do, y con varios toques cortos, unos tres toques. El agregado laboral y la muchacha se estrecharon la mano, y aquél observó que la chica llevaba blancos guantes de algodón, pero no le sorprendió porque era una chica así, de las que llevan guantes, y, además, el día era húmedo, por lo que llevar una maleta resultaba molesto, por lo pegajosa que podía ponerse el asa. En resumen, la muchacha nada escribió en el bloc, y tampoco dejó sus huellas en el papel, ni en el asa de la maleta. El pobre hombre calculó que la visita de la muchacha duró unos cinco minutos. Y no duró más por culpa del taxi. El agregado laboral contempló cómo la muchacha se alejaba por el sendero en el jardín -caminaba de una forma agradable, atractiva, sí, pero no deliberadamente provocativa-. Cerró la puerta, puso la cadena precavidamente, cogió la maleta y la llevó al dormitorio de Elke, que se hallaba en la planta baja, y la dejó sobre la cama, en la parte de los pies. Pensando consideradamente que con ello favorecería las ropas y los discos, dejó la maleta plana. Y sobre la maleta puso la llave. La esposa del agregado laboral, que se hallaba en el jardín trabajando implacablemente la dura tierra con una azada, nada oyó, y cuando entró en la casa, donde se hallaban los dos hombres, su marido se olvidó de notificarle la visita.

En este punto se produjo una pequeña pero muy humana revisión de la declaración del agregado laboral.

Incrédulamente, los miembros del equipo israelita de investigación preguntaron: «¿Se olvidó?» ¿Cómo pudo olvidar una novedad doméstica tal como la visita de la amiga sueca de Elke? ¿La maleta sobre la cama?

El agregado laboral volvió a dar muestras de culpabilidad, y reconoció que no se había olvidado. No, no podía decir, exactamente que fue un olvido.

¿Pues qué fue?, le preguntaron.

Bueno, pues al parecer, se debió a que decidió, en su soledad, dentro de su fuero interno, que… bueno que, en fin, que los aspectos

sociales de la vida habían dejado de interesar a su esposa. Que ésta sólo deseaba regresar a su kibbutz y tratar de tú a tú a la gente, sin diplomáticas finuras. Dicho de otra manera, la muchacha era tan atractiva, sí, que quizá lo más prudente fuera guardarse lo de la chica. En cuanto a la maleta, mi esposa nunca entra en el dormitorio de Elke, mejor dicho, nunca entraba, ya que Elke cuida de arreglar su propia habitación.

¿Y el especialista en estudios talmúdicos, el tío de la esposa? El agregado laboral tampoco le habló de la visita. Lo cual fue confirmado por el propio interesado.

Sin comentarios, los investigadores escribieron: guardarse lo de la chica.

En este punto, cual un misterioso tren que de repente se aparta de la vía, los acontecimientos dejaron de ocurrir. La muchacha, Elke, con Wolf acompañándola galantemente, fue transportada a Bonn, y allí dijo que no conocía a ninguna Katrin. Se iniciaron investigaciones centradas en la vida social de Elke, pero esto era algo que requería tiempo. La madre de Elke no le había mandado maleta alguna, y jamás tuvo la menor intención de hacerlo, ya que los vulgares gustos musicales de su hija la molestaban, según dijo a la policía sueca, y no estaba en modo alguno dispuesta a fomentarlos. Wolf regresó desconsolado a su unidad, y fue objeto de fatigosos pero vagos interrogatorios por parte de los servicios de seguridad militar. No apareció conductor alguno, fuera de automóvil privado, fuera de taxi, a pesar de que la policía y la prensa, a lo largo y ancho de Alemania, se esforzaron en encontrarlo, y de que se le ofrecieron, in absentia, fuertes sumas de dinero, a cambio de sus declaraciones. No se encontró pasajera de avión alguna que se pareciera a la muchacha de la maleta, procedente de Suecia o de cualquier otro punto, en las listas de pasajeros, en las máquinas ordenadoras, ni en los sistemas de registro automático de los aeropuertos de Alemania, incluido desde luego el aeropuerto de Colonia. Las fotografías de varias mujeres terroristas, conocidas y desconocidas, incluido el registro íntegro de las «medio-ilegales», no suscitaron recuerdo alguno en la memoria del agregado laboral, a pesar de que estaba medio enloquecido de dolor, y estaba dispuesto a ayudar en lo que fuera a quien fuera, con tal de sentirse un poco útil. No recordaba la clase de zapatos que la muchacha calzaba, tampoco recordaba si la chica usaba lápiz de labios, o perfume, o sombra en los ojos, o si su cabello parecía teñido, o si podía quizá ser una peluca. El agregado laboral vino a decir que él era un hombre con formación de economista, un hombre humilde, amante de la vida familiar, afectuoso, cuya única devoción, además de Israel y su familia, era la música de Brahms, por lo que muy poco podía saber acerca de tintes de cabello femenino.

Lo que sí recordaba era que la muchacha tenía bonitas piernas y el cuello muy blanco. Mangas largas, efectivamente, ya que de lo contrario se hubiera fijado en sus brazos. Si., llevaba viso o algo parecido, ya que de lo contrario hubiera percibido el perfil de su cuerpo, a contraluz. ¿Sujetador? Pues quizá no lo llevara, ya que la chica tenía busto de moderado volumen y podía evitarse tal prenda. Los investigadores llamaron a modelos vivas y las vistieron para que el agregado laboral las examinara. Seguramente vio cien vestidos azules diferentes, enviados por todos los almacenes de prendas femeninas a lo largo y ancho de Alemania, pero el agregado cultural no podía recordar, ni que le mataran, si el vestido de aquella muchacha tenía puños y cuello de diferente color, y la tortura espiritual que el agregado padecía en nada contribuía a mejorar su memoria. Cuanto más le preguntaban, más flaca era su memoria. Los habituales testigos fortuitos confirmaron parcialmente las declaraciones del agregado, pero nada importante añadieron. Las patrullas de la policía nada vieron, y probablemente el atentado se organizó para que así fuera. La maleta podía ser de veinte marcas diferentes. El automóvil, ya privado, ya de servicio público, era un Opel o un Ford, era gris, no estaba muy limpio, no era nuevo ni viejo, llevaba matrícula de Bonn, no, de Bonn no, de Siegburg. Sí llevaba el distintivo de taxi en lo alto. No, el techo era corredizo, y alguien había oído música en el interior del vehículo, aunque no pudo concretar de qué programa de radio se trataba. Sí, llevaba antena de radio. No, no la llevaba. El conductor era un hombre de raza blanca, pero también podía ser turco. Lo habían hecho los turcos. Iba con la cara afeitada, llevaba bigote, tenía el cabello negro. No, rubio. Era delgado, pero también podía tratarse de una mujer disfrazada. Alguien tenía la certeza de que tras el vidrio trasero colgaba la menuda figura de un deshollinador. Pero también podía tratarse de una pegatina. Si, era una pegatina. Alguien dijo que el conductor llevaba un anorak. O quizá fuera un jersey.

Al llegar a este punto muerto, el equipo israelita pareció caer en un estado de coma colectivo. Quedaron todos aletargados, llegaban tarde y se iban pronto, pasaban mucho tiempo en su embajada, a la que iban para recibir nuevas instrucciones. Pasaron los días y Alexis concluyó que los miembros del equipo de investigación esperaban algo. Dejaban pasar el tiempo pero estaban un tanto excitados. Parecían dominados por una sensación de inquietud, pero al mismo tiempo estaban inactivos, lo cual también le ocurría a menudo al propio Alexis. Si, ya que Alexis estaba insólitamente bien dotado para prever desde lejos los acontecimientos mucho antes que sus colegas. En lo referente al trato con los judíos, Alexis concluyó que le había tocado tratar con mediocridades. El tercer día, al equipo de investigadores judíos se unió un hombre mayor que los otros, de

ancho rostro, que dijo llamarse Schulmann, y que iba casi siempre acompañado de una especie de ayudante o sacasillas, muy delgado, que parecía contar la mitad de los años de Schulmann. A Alexis le gustaba comparar a aquel par con César y Cassius, aunque en versión judía.

La llegada de Schulmann y su ayudante fue para el buen Alexis un insólito alivio del dominado frenesí de su propia investigación, y de la pesadez de tener que aguantar siempre al policía de la Silesia, al silesio, que comenzaba a comportarse antes como un sucesor que como un ayudante. Lo primero que Alexis observó con referencia a Schulmann fue que su llegada tuvo la virtud de elevar, inmediatamente, la temperatura del equipo de investigación israelita. Hasta la llegada de Schulmann, aquellos seis hombres habían tenido cierto aire de que les faltara algo. Se habían comportado con cortesía, no habían bebido alcohol, habían tendido pacientemente sus redes, y habían mantenido entre sí la cohesión propia de una unidad de lucha, con el aire oriental propio de hombres con los ojos negros. El dominio que de sí mismos tenían resultaba un tanto desalentador para aquellos que no lo compartían, y cuando, durante un rápido almuerzo en el comedor comunitario, el pesado silesio decidió gastar bromas acerca de la comida kosher, y hablar con aire de superioridad de las bellezas de la patria de los judíos, permitiéndose una referencia claramente insultante a la calidad del vino de Israel, los del equipo judío aceptaron este homenaje con una cortesía que a Alexis le constaba les costaba sangre. Y cuando el silesio prosiguió, hablando del renacimiento de la Kultur judía en Alemania, y de la astucia con que los nuevos judíos habían dominado el mercado inmobiliario en Frankfurt y en Berlin, los miembros del equipo judío siguieron callados, a pesar de que las acrobacias financieras de los judíos stettel que no habían dado respuesta a las llamadas de Israel les desagradaban, en secreto, tanto como la rudeza de sus anfitriones. Después, de repente, con la llegada de Schulmann, todo quedó clarificado o con una diferente orientación. Schulmann era el jefe que habían estado esperando. La llegada de Schulmann, procedente de Jerusalén, fue anunciada con pocas horas de anticipación, mediante una llamada telefónica, un tanto pasmada, efectuada desde el cuartel general de Colonia.

- Mandan a otro especialista que ya se encargará por sí mismo de entrar en contacto con usted.

Alexis, quien, en una reacción muy poco alemana, tenía antipatía a las personas con títulos, preguntó:

- ¿Especialista en qué?

No lo sabían. Pero, de repente, llegó Schulmann, quien, en opinión de Alexis, no era un especialista, sino un hombre de cabeza

grande, activo veterano de todas las guerras habidas desde las Termópilas, de una edad comprendida entre los cuarenta y los noventa años, cuadrado, eslavo, fuerte, mucho más europeo que israelita, con ancho pecho, que caminaba a largas zancadas de luchador, y con unos modales que temían la virtud de tranquilizar a cuantos le trataban. Con él iba aquel acólito del que nadie había hecho mención. Este último quizá no fuera un Cassius, sino, antes bien, el arquetípico estudiante dostoievscano: hambriento y en lucha contra los demonios. Cuando Schulmann sonreía, en su rostro se formaban unas arrugas que parecían haber sido trazadas, a lo largo de siglos, por el paso de las aguas sobre las mismas rocas, y sus ojos casi quedaban cerrados, como los de un chino. Luego, mucho después de que Schulmann hubiera sonreído, su sacasillas también sonreía, cual si al hacerlo reconociera en la actitud de su jefe un retorcido y oculto significado. Cuando Schulmann saludaba a alguien, su brazo derecho, íntegramente, avanzaba hacia la persona saludada, en un movimiento parecido al de dar un puñetazo de abajo arriba, capaz de tumbar al saludado, en el caso de que éste no bloqueara el golpe. Pero el sacasillas mantenía los brazos caídos al costado, como si no tuviera en ellos la confianza precisa para dejarles salir solos. Cuando Schulmann hablaba, lanzaba una porción de ideas contradictorias, como un chorro de postas, y esperaba a ver cuáles de ellas daban en el blanco y cuáles le eran devueltas. A continuación sonaba la voz del sacasillas, como si cumpliera la función de un equipo de camilleros, recogiendo serenamente los muertos.

En un inglés de fuerte acento extranjero y en tono alegre, Schulmann dijo:

- Me llamo Schulmann. Es un placer conocerle, doctor Alexis. Schulmann, solamente.

Sin nombre de pila, sin rango o graduación, sin título académico, sin clasificación administrativa, sin función determinada. Y el discípulo ni siquiera tenía nombre, al menos para los alemanes. Sin nombre, sin sonrisas, sin conversación ociosa. Según la interpretación de Alexis, aquel hombre, Schulmann, era un jefe popular, un hombre que daba esperanzas, una fuente de energías, un extraordinario hombre de acción, un supuesto especialista que exigía un espacio exclusivamente para él y que, en el mismo día en que lo pedía, lo conseguía. Sí, porque el sacasillas se ocupaba de ello. Poco tardó en llegar el momento en que, de puertas adentro, la incesante voz de Schulmann tuvo el tono de un abogado rural que examinara y valorase la labor llevada a cabo hasta el momento. No era preciso ser un erudito en la ley mosaica para comprender los porqué, los cómo, los cuándo y los por qué no. Alexis pensó que aquel hombre improvisaba, que era un guerrillero urbano nato. Y cuando Schulmann guardaba

silencio, Alexis oía también todo lo anterior, y se preguntaba qué diablos Schulmann pensaba, así, de repente, que fuera lo bastante interesante para inducirle a callar -¿o es que acaso rezaba?-. ¿Rezaban aquellos judíos? A veces, era el turno del sacasillas, y cuando éste hablaba, Alexis no oía siquiera el menor sonido, ni un murmullo, porque la voz del muchacho, cuando hablaba entre alemanes, tenía un volumen tan escaso como su propio cuerpo.

Sin embargo, el imperio del empeño de Schulmann era lo que Alexis percibía con más fuerza. Schulmann era una especie de ultimátum humano que comunicaba a sus hombres las presiones que él sentía en sí mismo, e imponía una presión casi insoportable sobre sus tareas. Podemos vencer, pero también podemos perder, venía a decir Schulmann en la vívida imaginación del doctor Alexis. Y, además, nos hemos demorado demasiado, durante demasiado tiempo. Schulmann era el empresario, el director, el general, todo al mismo tiempo, pero, a la vez, era un hombre muy mandado por otros. Por lo menos ésta era la manera en que Alexis interpretaba a Schulmann, y Alexis no siempre se equivocaba. Lo interpretaba así en méritos de la dura e interrogativa manera en que sus hombres le trataban, y lo hacían, no en averiguación de los detalles en las investigaciones, sino en los avances de las mismas: ¿es un paso adelante? ¿Contribuye al esclarecimiento? Alexis advirtió que Schulmann tenía un ademán característico, consistente en subirse la manga de la chaqueta, agarrando con la mano su recio antebrazo, y después se retorcía la muñeca con tal fuerza que parecía estimara fuese la muñeca de otro, hasta el momento en que su reloj de pulsera, de acero, le devolvía en reflejo la mirada. Alexis pensó que Schulmann también tenía un plazo límite. Si, a sus pies también tenía una bomba de relojería, haciendo tictac. Sí, y esta bomba la llevaba el sacasillas en su cartera de hombre de negocios.

La interacción entre los dos hombres fascinaba a Alexis, y constituía un bienvenido descanso en su tensión. Cuando Schulmann daba un paseo por la Drosselstrasse y se detenía ante las deleznables ruinas de la casa volada por la bomba, alargaba impulsivamente el brazo, como pidiendo disculpas, y miraba su reloj, comportándose tan indignadamente como si aquella casa hubiera sido la suya, y entonces, el sacasillas de Schulmann se ocultaba en las sombras cual si fuese la conciencia del otro, con sus esqueléticas manos puestas enérgicamente en sus costados, causando la impresión de refrenar a su jefe, mediante la musitada confesión de sus creencias. Cuando Schulmann citaba al agregado laboral, para tener con él una última conversación privada, y cuando el diálogo entre los dos, oído a medias al través del tabique, llegaba a tono de gritos, y luego descendía hasta el bajo tono del confesionario, era el sacasillas quien sacaba de la estancia al

destrozado interrogado, y quien personalmente le devolvía a los cuidados de la embajada, con lo cual confirmaba una teoría que Alexis había alentado desde un principio, pero que las autoridades de Colonia le habían ordenado no desarrollar bajo pretexto alguno.

Todo conducía a esta teoría. La introvertida y ansiosa esposa dedicada solamente a soñar en su hogar sagrado; el aterrador sentido de culpabilidad del agregado laboral; su absurdamente generosa recepción de la muchacha llamada Katrin, con la que se atribuyó, prácticamente, el papel de hermano por poderes, otorgados en ausencia de Elke; su curiosa confesión de que había entrado en el dormitorio de Elke, cosa que su esposa jamás hacía. Para Alexis, quien se había encontrado en situaciones parecidas, en pasados tiempos, y que ahora volvía a encontrarse en la misma situación -desgarrado por sentimientos de culpabilidad, y con los nervios sensibles a las más leves brisas sexuales-, los síntomas se encontraban escritos claramente en todo el expediente, y, en secreto, a Alexis, le gustaba que Schulmann también se hubiera dado cuenta de ello. Ahora bien, las autoridades de Colonia se cerraban de banda ante estos hechos, las autoridades de Bonn, por su parte, explotaban histéricamente las circunstancias. El agregado laboral era un héroe, padre de un hijo muerto, marido de una mujer mutilada. Era la víctima de una salvajada antisemítica cometida en tierra alemana, era un diplomático acreditado en Bonn, y, por definición, era el judío más respetable entre cuantos judíos hayan sido inventados. ¿Quiénes eran los alemanes, nada menos que los alemanes, se preguntaban a sí mismos, para denunciar a tal persona en concepto de infiel al vínculo matrimonial? Aquella misma noche, el desdichado agregado laboral acompañó al cadáver de su hijo a Israel, y el telediario de ámbito nacional inició el programa con la imagen de la ancha espalda del agregado subiendo la escalerilla, mientras el omnipresente Alexis, sombrero en mano, con pétreo respeto le contemplaba partir.

Algunas actividades de Schulmann no llegaron a oídos de Alexis hasta después de que el equipo israelita hubiera partido rumbo a Israel. Por ejemplo, descubrió casi por casualidad, aunque no del todo, que Schulrann y su sacasillas habían efectuado conjuntamente investigaciones acerca de Elke, con independencia de los investigadores alemanes, y que la habían convencido, a altas horas de la noche, de que demorase su provecto de regresar a Suecia, con el fin de que los tres pudieran gozar de una conversación privada totalmente voluntaria y bien pagada. Los dos israelitas pasaron una tarde entera interrogando a la muchacha en el dormitorio de un hotel, y, después, en contraste con la economía de que hacían gala en otras ocasiones sociales, los dos acompañaron a la muchacha en taxi hasta el aeropuerto. Alexis intuía que hicieron lo anterior con la finalidad de

descubrir quiénes eran los verdaderos amigos de Elke, y a dónde iba Elke a divertirse cuando su novio quedaba a buen recaudo, en manos del ejército. Y en dónde compraba Elke la marijuana y las anfetaminas que encontraron entre los restos de su dormitorio. O para averiguar, lo cual era más probable, quién la obsequiaba con estos productos, y en los brazos de quién prefería abandonarse para hablar de sí misma y de la familia en la que trabajaba, cuando se sentía realmente a gusto y tranquila. Alexis dedujo todo lo anterior debido, en parte, a que sus propios hombres le entregaron un informe confidencial sobre Elke, y las preguntas que Alexis atribuía a Schulmann eran exactamente las mis-mas que él hubiera formulado a la muchacha, si Bonn no le hubiera amordazado, prohibiéndole esta clase de investigaciones.

Las autoridades de Bonn siempre decían que era preciso no jugar sucio, dejar, primero, que creciera la hierba sobre las ruinas. Y Alexis, que ahora estaba luchando por su supervivencia, comprendió estas insinuaciones y se calló, sí, debido a que de día en día el prestigio del silesio iba en alza, mientras el de Alexis iba en baja.

De todas maneras, Alexis hubiera apostado cualquier cosa a que habría acertado la clase de respuestas que Schulmann, con el ejercicio de su frenética y despiadada presión, pudo extraer de la muchacha, entre miradas a aquel reloj que llevaba, con el retrato a pluma de un viril estudiante árabe o de un agregado diplomático principiante en algún puesto de escasa importancia, aunque también cabía la posibilidad de que se tratase de un cubano, contando con dinero sobrado así como con los pertinentes paquetitos de droga, y una insólita predisposición a escuchar. Mucho después, cuando ello carecía ya de importancia, Alexis también se enteró -gracias a los servicios de seguridad suecos quienes también se sintieron interesados por la vida amorosa de Elke- que Schulmann y su sacasillas habían exhibido a altas horas de la madrugada, mientras los demás dormían, una colección de fotografías de los más probables candidatos. Y que de entre estas fotografías, Elke eligió una correspondiente a un hombre que se decía chipriota, a quien Elke había conocido con el nombre de Marius, nombre que el hombre en cuestión exigía se pronunciara a la francesa. Y Alexis también supo que Elke había firmado una declaración al efecto -«Sí, éste es el Marius con quien me acosté»- que, según Schulmann y su sacasillas dijeron a la muchacha: necesitaban para llevársela a Jerusalén. ¿Y a santo de qué?, se preguntó Alexis. ¿Para que Schulmann consiguiera que le ampliaran el plazo concedido? ¿Para conseguir crédito en la base? Alexis comprendía esas cosas. Y cuanto más pensaba en ellas, mayor era su sentimiento de afinidad con Schulmann, y su sentido de camaradería y comprensión. Alexis pensaba: tú y yo somos iguales. Luchamos, percibimos, vemos.

Alexis sentía lo anterior profundamente y con gran convicción.

La obligatoria reunión para terminar lo anterior se celebró en la sala de conferencias, bajo la presidencia del pesado silesio, con más de trescientas sillas delante, la mayoría de ellas vacías, pero con los dos grupos, el alemán y el israelita, apiñados cual dos familias en una boda, a uno y otro lado del pasillo. Los alemanes estaban reforzados con funcionarios del ministerio del interior y algunos cazadores de votos del Bundestag. Los israelitas contaban con la presencia del agregado militar de su embajada, pero varios miembros del equipo, entre ellos el flaco y pálido ayudante de Schulmann, ya se habían ido a Tel Aviv. O, por lo menos, esto dijeron sus camaradas. Los restantes se reunieron a las once de la mañana, y sólo llegar pudieron ver una mesa de comedor cubierta con un mantel, sobre la que los reveladores fragmentos de la explosión reposaban cual hallazgos arqueológicos, encontrados después de largas excavaciones, cada uno de ellos con una museística tarjetita atada, tarjetita escrita con máquina eléctrica. En un tablero, en la pared, junto a la mesa, pudieron ver las habituales fotografías horrendas, en color para mayor realismo. En la puerta, una linda muchacha que sonreía con excesivo encanto entregó a todos carpetas de plástico que contenían los antecedentes del caso. Si en vez de repartir esto la muchacha hubiera repartido caramelos o helados, Alexis no se hubiera sorprendido. Los miembros del grupo alemán charlaban entre sí y estiraban el cuello para verlo todo detenidamente, los israelitas incluidos, quienes, por su parte mantenían el mortal silencio propio de las personas para quienes perder un segundo era una tortura. Únicamente Alexis -y de ello estaba seguro- percibía y compartía la secreta angustia de los israelitas fuera cual fuese su origen.

Alexis decidió que aquello era una terrible exageración. Se dijo: somos el colmo. Hacía tan sólo una hora, Alexis había esperado que le encomendaran dirigir la sesión. Había previsto, e incluso se había preparado en secreto para ello, pronunciar unas tersas palabras con su lapidario estilo, soltar al estilo inglés un diligente «muchas gracias, caballeros», y dar por terminada la sesión. Pero no fue así. Los capitostes habían llegado a conclusiones, y querían al silesio para desayuno, almuerzo y cena. En tanto que no querían a Alexis ni siquiera para el café. En consecuencia, Alexis decidió mantenerse en último plano, ostentosamente, con los brazos cruzados, fingiendo leve interés, mientras en el fondo echaba chispas y se sentía solidario de los israelitas. Cuando todos, salvo Alexis, estaban sentados, el silesio hizo su entrada, caminando con aquel estilo pélvico que, según la experiencia de Alexis, cierto tipo de alemanes no podían evitar, cuando se disponían a subir a un estrado. El silesio iba seguido de un asustado joven, con chaqueta blanca, cargado con una maltratada

maleta gris que lucía etiquetas de los servicios aéreos escandinavos, y que depositó junto a la mesa. Alexis buscó con la mirada a su héroe, Schulmann, y lo descubrió sentado solo, junto al pasillo y al fondo de la sala. Iba sin chaqueta y sin corbata, y llevaba un par de cómodos pantalones que, debido a la generosa barriga de Schulmann, terminaban un poco antes de llegar a los zapatos pasados de moda. El reloj de acero lanzaba destellos en la tostada muñeca, y la blancura de la camisa, en contraste con la piel curtida por la intemperie, le daba el benévolo aspecto de una persona que se dispone a salir de vacaciones.

Alexis se acordó de su penosa entrevista con los capitostes, y llevado por vanas ilusiones, pensó, dirigiéndose a Schulmann: Espera, que voy contigo.

El silesio habló en inglés, «en deferencia a nuestros amigos de Israel». Pero Alexis sospechó que también lo hizo en deferencia a aquellos de sus partidarios que habían acudido para ver la actuación de su valido. El silesio había seguido el obligatorio curso de lucha antisubversiva, en Washington, y en consecuencia hablaba el despedazado inglés propio de un astronauta. A modo de preámbulo, el silesio dijo que el atentado había sido obra de «elementos de la izquierda radical», y cuando el silesio consiguió hacer una incidental referencia a «las excesivas proclividades socialistas de nuestra actual juventud», los parlamentarios alemanes rebulleron aprobatoriamente. Alexis pensó: Ni siquiera nuestro amado Führer hubiera podido hacerlo mejor. Pero permanecía externamente impasible. El estallido de la bomba se proyectó de abajo arriba, por razones arquitectónicas, dijo el silesio, indicando un esquema que su ayudante había desplegado, y había arrancado de la casa la estructura central, arrancando el piso superior, y, en consecuencia, el dormitorio del niño. Alexis enfurecido pensó: En resumen, fue una explosión gorda, ¿por qué no lo dices y te callas de una maldita vez? Pero el silesio no era hombre proclive a callarse. Las estimaciones más ajustadas señalaban una carga de cinco quilos. La madre había sobrevivido debido a que estaba en la cocina. La cocina era un Anbau. Este brusco e imprevisto empleo de una palabra alemana produjo, por lo menos entre los parlamentarios alemanes, una extraña inquietud.

Dirigiéndose a su ayudante, el silesio farfulló con broncos acentos:

- Was ist Anbau?

Y con estas palabras consiguió que todos irguieran la espalda, en busca de la traducción.

Alexis fue el primero en gritar:

- Anexo.

Con lo que se ganó las reprimidas risas de quienes lo sabían, y la irritación no tan reprimida de los fanáticos del silesio. En su mejor

inglés el silesio repitió:

- Annexe.

Y, haciendo caso omiso de quien a su pesar le había ayudado, el silesio prosiguió su machacona explicación.

Alexis decidió: la próxima vez que vuelva a vivir seré judío, o español, o esquimal, o un convencido anarquista, cual lo es todo el mundo; pero jamás volveré a ser alemán, esto es algo que se hace una sola vez, a modo de penitencia y basta; sólo un alemán es capaz de dar una conferencia inaugural sobre un niño judío muerto.

Ahora, el silesio hablaba de la maleta. Era una maleta barata y fea, del tipo usado por cuasi personas tales como los criados y los turcos. Y hubiera podido añadir: y los socialistas. Quienes tuvieran interés en ello podían verlo gracias a la lectura de las carpetas de plástico o al estudio de los fragmentos del bastidor metálico que había sobre la mesa. Y también podían concluir, cual Alexis había concluido, hacía ya tiempo, que tanto la bomba como la maleta eran pistas carentes de toda importancia. Pero nadie podía dejar de escuchar al silesio, debido a que aquel día era el día del silesio, y su discurso era el canto de victoria sobre su depuesto enemigo, el libertario Alexis.

A partir de la maleta, el silesio pasó laboriosamente a su contenido. El ingenio explosivo había quedado fijado mediante rellenos, caballeros, dijo el silesio. El primer relleno estaba integrado por periódicos viejos que, según los análisis, correspondían a las ediciones de Bonn impresas durante los últimos seis meses por Springer. Esto, a Alexis, le pareció muy congruente. El segundo relleno era una manta militar, de desecho, cortada a trozos, de la misma clase que la que me entregó mi colega, Fulano de Tal, de los laboratorios de análisis estatales. Mientras el atemorizado ayudante mostraba una gran manta gris para que todos la vieran, el silesio expuso orgullosamente sus restantes y maravillosas pistas. Alexis escuchó cansadamente el ya conocido recitado: restos de un detonador… partículas de explosivo que no estallaron, explosivo que era plástico ruso, conocido por los americanos como C4, por los ingleses como PE, y por los israelitas como fuera que le conocieran… el muelle de un reloj de pulsera barato… el chamuscado pero todavía identificable gancho de una percha doméstica. En una palabra, pensó Alexis, el clásico ingenio que pueda construir un recién licenciado de una escuela de fabricación de bombas caseras. No había materiales comprometedores, ni muestras de vanidad, ni adornos, con la salvedad de un circuito eléctrico, construido con materiales de juego infantil, que se encontraba adosado al ángulo interior de la tapa de la maleta. Sin embargo, Alexis pensó que con la clase de materiales destinados actualmente a juegos de niños, aquel circuito le inducía a uno a recordar con nostalgia a los buenos y anticuados terroristas de los

años setenta.

El silesio parecía pensar lo mismo, pero, con macabro sentido del humor, exclaimó sonoramente:

- ¡La hemos llamado la bomba de Bikini! ¡Es el minimo! ¡No Lleva extras!

Alexis, temerariamente, apostilló:

- ¡Ni indicios para efectuar detenciones!

Y fue recompensado por Schulmann mediante una sonrisa de admiración y extraño reconocimiento.

Apartando bruscamente a su ayudante, el silesio metió la mano en la maleta y con airoso ademán extrajo de ella una pieza de madera sobre la que se había montado el circuito eléctrico, que tenia la apariencia de un autódromo de juguete, con hilo conductor cubierto de aislante, que terminaba en diez palitos de plástico gris. Mientras los profanos se arremolinaban alrededor de la mesa para ver mejor el ingenio, Alexis vio con sorpresa que Schulmann, con las manos en los bolsillos, se unía a los mirones. ¿Por qué?, se preguntó Alexis mirando descaradamente a Schulmann. ¿A santo de qué hoy pierdes tan tranquilamente el tiempo, cuando ayer ni siquiera lo tenías para mirar tu maltratado reloj? Abandonando sus esfuerzos para fingir indiferencia, Alexis se puso rápidamente al lado de Schulmann. El silesio indicaba que ésta era la manera en que se fabricaba una bomba, cuando se tiene una imaginación convencional y se desea volar judíos. Usted compra un reloj barato, como éste, no lo roba, sino que lo compra en unos grandes almacenes, en la hora punta, y, además compra un par de chucherías para que el dependiente no se acuerde de usted. Arranca la saeta que marca las horas. Hace un orificio en el vidrio, mete un alfiler de sastre en el orificio, une mediante soldadura el circuito eléctrico a la cabeza del alfiler. Ahora, pone la batería. Ahora pone la saeta a la distancia de la aguja que usted desee. Pero, por lo general, procure que tarde lo menos que sea posible en llegar al alfiler, para evitar dilaciones que puedan conducir al descubrimiento y desarme de la bomba. Ahora le da cuerda al reloj. Compruebe que la aguja de los minutos sigue funcionando. Si, funciona. En el instante en que esta saeta toca el alfiler se cierra el circuito eléctrico, y la bomba estalla.

Para hacer una demostración del funcionamiento de aquella maravilla, el silesio quitó el detonador y los diez palitos de explosivo de plástico, sustituyendo a éstos por una bombillita como las que llevan las linternas de pilas.

El silesio gritó:

- ¡Y ahora les voy a demostrar cómo funciona el circuito! Nadie dudaba duque aquello funcionaba, casi todos se sabían de memoria el ingenio en cuestión, pero a pesar de ello y durante unos instantes,

Alexis tuvo la impresión de que los espectadores se estremecían involuntariamente, cuando la bombillita se encendió alegremente. Sólo Schulmann parecía indiferente. Alexis pensó: «Quizá ha visto demasiadas tragedias, y, al final, se ha quedado sin sentido de la piedad.» Si, ya que Schulmann no hacía el menor caso de la bombilla. Estaba inclinado sobre el circuito de alambre conductor, y lo contemplaba con el crítico interés de un entendido.

Un parlamentario deseoso de demostrar su sagacidad preguntó por qué la bomba no había estallado en el momento deseado. En suave y elegante inglés, el parlamentario dijo:

- Esta bomba estuvo catorce horas en la casa. La saeta de los minutos da una vuelta por hora y la saeta de las horas da una vuelta en doce horas. ¿Cómo se explica que la bomba tardara catorce horas en estallar, cuando la previsión sólo podía ser de una hora a lo sumo?

El silesio tenía una conferencia completa para contestar cada una de las preguntas que le formularan. Ahora, dio una conferencia, mientras Schulmann, con su benévola sonrisa, comenzaba a tentar suavemente los bordes del circuito, con sus gruesos dedos, como si hubiera perdido algo en el relleno que había debajo. El silesio dijo que probablemente el reloj había fallado. Quizá el traslado en automóvil hasta la Drosseistrasse había dañarlo al mecanismo. El silesio también dijo que cabía la posibilidad de que el agregado laboral, al dejar la maleta sobre la cama, había alterado el circuito. Lo más probable era que el reloj, debido a su baratura, se parase y volviera a ponerse en marcha. Lo más probable era cualquier cosa, pensó Alexis irritado. Pero Schulmann tenía otra teoría, mucho más ingeniosa. Hablando como si distraídamente hiciera un aparte, y dedicando su atención a las bisagras de la maleta, dijo:

- O quizá el hombre de la bomba no rascó debidamente la pintura de la saeta.

Schulmann extrajo un viejo cortaplumas de múltiples usos, seleccionó un punzón, y comenzó a empujar levemente la cabeza del alfiler hacia arriba, confirmando la facilidad con que se podía arrancar. Dijo:

- Sus técnicos de laboratorio han rascado toda la pintura, pero quizá el hombre de la bomba no era tan científico como sus técnicos.

Cerró ruidosamente el cortaplumas y añadió:

- Ni tan hábil, ni tan cuidadoso.

En su fuero interno, Alexis protestó: ¡Pero si era una chica! ¿Por qué razón Schulmann comenzaba a hablar repentinamente del hombre de la bomba, cuando todos estamos pensando en una linda muchacha vestida de azul? Sin darse cuenta, al parecer, que de momento había desbancado al silesio mientras éste se hallaba en plena actuación, Schulmann fijó su atención en el circuito situado en la parte interior

de la tapa de la maleta.

Con angelical modestia, el silesio preguntó:

- ¿Ha visto algo interesante, Herr Schulmann? ¿Ha descubierto una pista, quizá? Por favor díganoslo. Será interesante.

Schulmann meditó tan generosa oferta. Y mientras se acercaba a la mesa con sus macabros restos, que examinaba atentamente, dijo:

- Falta hilo conductor. Si, ya que aquí tiene usted un resto de setenta y siete centímetros de hilo.

Schulmann sostenía en la mano un chamuscado ovillo de hilo conductor. Estaba enrollado como se suele enrollar el hilo de lana, con un extremo ciñéndolo. Schulmann dijo:

- En su reconstrucción tiene usted un máximo de veinticinco centímetros. ¿A qué se debe el que en su reconstrucción falte medio metro de hilo?

Hubo un momento de intrigado silencio, antes de que el silesio soltara una sonora y benévola carcajada. Como si se dirigiera a un niño, el silesio explicó:

- Herr Schulmann, este hilo es hilo sobrante. Cuando quien quiera que fuese construyó la bomba, le sobró hilo y echó este hilo sobrante al interior de la maleta. Esto es normal, por una razón de limpieza.

El silesio repitió:

- Es hilo sobrante. Ubrig. Sin significado técnico. Sag ihm dock ubrig.

Alguien tradujo, sin que hubiera necesidad de ello:

- Sobras. Carece de significado, Herr Schulmann. Son sobras.

La pequeña crisis pasó, la laguna quedó colmada, y la próxima vez que Alexis dirigió la vista a Schulmann le vio discretamente situado junto a la puerta, dispuesto a irse, con la ancha cabeza parcialmente orientada hacia Alexis, levantado el antebrazo en cuya muñeca llevaba el reloj, pero con un aire que antes parecía tentarse el estómago que mirar la hora. Los ojos de uno y otro no se encontraron del todo, pero Alexis supo con toda certeza que Schulmann le estaba esperando, que deseaba que él cruzara la estancia y le dijera, almuerzo. El silesio seguía hablando monótonamente, y sus oyentes le rodeaban, en pie, como un grupo de pasajeros de avión en espera en un aeropuerto. Apartándose discretamente del grupo, Alexis se acercó de puntillas a Schulmann. En el pasillo, Schulmann cogió de! brazo a Alexis, en un gesto de sincero afecto. Ya en la calle -era un día soleado- los dos hombres se quitaron la chaqueta, y, más tarde, Alexis recordó muy bien que Schulmann se remangó las mangas de su camisa del desierto, mientras Alexis paraba un taxi y le daba las señas de un restaurante italiano, situado en lo alto de una colina, en un extremo de Bad Godesberg. Alexis había llevado a mujeres a tal restaurante, pero jamás a hombres, y Alexis, que jamás dejaba de ser voluptuoso,

siempre tenía conciencia de las primeras veces.

Durante el trayecto, apenas hablaron. Schulmann admiró el paisaje y sonrió con la serenidad propia de quien se ha ganado el descanso de la fiesta del sábado, a pesar de que la semana sólo estaba mediada. Alexis recordó que el avión de Schulmann partía de Colonia a primera hora de la tarde. Como un niño que espera le vayan a buscar a la escuela, Alexis contaba las horas que podría estar en compañía de Schulmann, presumiendo que éste no tenía otras citas concertadas, lo cual era una presunción ridícula pero maravillosa. En el restaurante, el patrón italiano trató, cual era de prever, con gran deferencia a Alexis, pero fue Schulmann quien realmente le encantó. Le dio el tratamiento de Herr Professor e insistió en situarlos en una gran mesa junto a una ventana, mesa en la que hubieran podido sentarse seis comensales. Abajo, se extendía la ciudad vieja, y más allá el sinuoso Rin, con sus colinas castañas y sus mellados castillos. Alexis conocía de memoria aquel paisaje, pero hoy, al través de la vista de su nuevo amigo Schulmann, le parecía que lo viera por primera vez. Alexis pidió dos whiskies y Schulmann no se opuso. Contemplando con evidente agrado el paisaje, mientras esperaban que les sirvieran las copas, Schulmann habló por fin:

- Quizá si Wagner hubiera dejado en paz a ese muchacho, Sigfrido, el mundo hubiera sido un poco mejor.

Durante un instante, Alexis no pudo comprender lo que había ocurrido. Hasta el momento, había tenido un día muy ocupado, con el estómago vacío y la mente tensa. ¡Schulmann había hablado en alemán! Con un denso y enmohecido acento sudeta que petardeaba como un motor en mal estado. Y, además, había esbozado una contrita sonrisa que era, al mismo tiempo, una confesión y una invitación a la conspiración. Alexis soltó una risita, Schulmann también rió, les sirvieron el whisky, brindaron y bebieron, aunque lo hicieron sin seguir el pesado rito alemán de «mirar, beber y volver a mirar», rito que a Alexis siempre le había parecido excesivo, principalmente si se practicaba con judíos, quienes instintivamente consideraban que los formalismos alemanes constituían una amenaza.

Cuando esta ceremonia de amistad hubo terminado, Schulmann observó, hablando de nuevo en alemán:

- Me han dicho que pronto le van a dar un nuevo destino, en Wiesbaden. Un trabajo burocrático. Más importante pero menos importante, según he oído decir. Dicen que usted es demasiado importante para la gente de aquí. Ahora que le conozco a usted y que conozco a esa gente, la noticia no me sorprende.

Alexis también se esforzó en no parecer sorprendido. Nadie le había hablado de un nuevo destino, aunque sabía que el asunto estaba en marcha. Incluso el hecho de haber sido sustituido por el silesio se

trataba como si fuera un secreto. Alexis no había tenido tiempo de decir de ello ni media palabra a nadie, ni siquiera a su joven novia, con la que sostenía intrascendentes conversaciones telefónicas varias veces al día.

Filosóficamente, como si se dirigiera tanto al río como a Alexis, Schulmann observó:

- Así es la vida… Créame, en Jerusalén la carrera de un hombre es igualmente insegura. Ahora se va cuesta arriba, ahora se va cuesta abajo. Si., así son las cosas.

Schulmann parecía un poco defraudado, a pesar de todo. Interrumpiendo una vez más el curso de los pensamientos de Alexis, Schulmann añadió:

- Me han dicho que es una señorita encantadora, atractiva, inteligente, leal. Quizá sea demasiado mujer para esa gente.

Resistiendo la tentación de aprovechar la oportunidad para convertir la reunión en un seminario sobre los problemas de su vida, Alexis dirigió la conversación hacia la conferencia celebrada aquella misma mañana, pero Schulmann contestó con vaguedades, observando únicamente que los técnicos jamás resuelven nada, y que las bombas le aburrían. Había pedido pasta y la comió tal como comen los prisioneros, utilizando cuchara y tenedor, pero sin tomarse la molestia de mirar al plato. Alexis, temeroso de interrumpir los pensamientos de Schulmann, procuró hablar lo menos posible.

En primer lugar, Schulmann, con la tranquilidad con que hablan los hombres entrados en años, se embarcó en un moderado lamento acerca de los llamados aliados de los israelitas en la lucha antiterrorista. Con acentos de hogareños recuerdos, declaró:

- El pasado mes de enero, cuando estábamos ocupados en una investigación totalmente diferente, visitamos a nuestros amigos italianos. Les mostramos unas buenas pruebas, les dimos unas buenas señas. Los italianos poco tardaron en detener a unos cuantos italianos, mientras las personas en que Israel estaba interesado se encontraban seguras, en Libia, descansando y con la piel tostada, en espera de que les encomendaran otra misión. No era esto lo que nosotros queríamos.

Schulmann se llevó pasta a la boca. Se secó los labios con la servilleta. Alexis pensó que para Schulmann la comida era lo mismo que el combustible para un motor. Come para poder luchar. Schulmann prosiguió:

- En marzo, cuando surgió otro problema, ocurrió exactamente lo mismo, pero en esta ocasión tratábamos con Paris. Detuvieron a unos cuantos franceses, y a nadie más. Algunos funcionarios fueron elogiados, y gracias a nosotros, ascendidos. Pero los árabes…

Schulmann encogió los hombros con resignada benevolencia, y siguió:

- Esta actitud quizá sea expeditiva. Es buena para la política petrolera, para la economía, es buena para todo. Pero no para la justicia. Y lo que nosotros queremos es justicia.

Schulmann ensanchó la sonrisa, en directo contraste con el significado de sus palabras.

Dijo:

- Por esto, hemos aprendido a ser reticentes. Más vale que, al hablar, pequemos por poco que por mucho. Ahora bien, cuando nos encontramos con una persona que esta bien dispuesta con respecto a nosotros, con un historial brillante, y con un padre ejemplar, cual es su caso, pues bien, en este caso colaboramos. Con discreción. Sin formalidades. Entre amigos. Si esta persona puede utilizar constructivamente nuestra información en su beneficio, si ello puede servirle para progresar en su carrera, pues tanto mejor, sí, ya que nos gusta que nuestros amigos lleguen a ser influyentes en su oficio. Pero también queremos la parte de beneficios que nos corresponde. Esperamos resultados. Y los esperamos principalmente de aquellos que son amigos nuestros.

Estas palabras fueron las que más se acercaron, en aquel día o en cualquiera de los posteriores, a algo parecido a una propuesta. Alexis nada dijo. Con su silencio expresó su simpatía. Y Schulmann, quien tan bien comprendía a Alexis, también comprendió su actitud, ya que reanudó la conversación como si el trato hubiera quedado cerrado, y los dos colaborasen plenamente. Comenzó diciendo, en el tono de quien recuerda:

- Hace unos años, un grupo de palestinos nos creó ciertos problemas en Israel. Por lo general, los palestinos son gente de poca valía. Muchachos campesinos esforzándose en ser héroes. Cruzan subrepticiamente la frontera, se esconden en un pueblo, ponen sus bombas y salen a todo correr. Si no los cogernos en la primera ocasión, los cogemos en la segunda, caso de que haya tal segunda ocasión. Sin embargo, los hombres a quienes me refería al principio eran diferentes. Tenían un buen mando. Sabían moverse. Sabían evitar a los confidentes, borrar su rastro, organizarse por sí mismos, redactar sus propias órdenes. La primera vez atacaron un supermercado en Beit Shean. La segunda vez atacaron una escuela, después atacaron unos grupos de colonos, luego otra tienda, hasta que, por fin, su campaña comenzó a ser monótona. Luego comenzaron a atacar a nuestros soldados, cuando, estando de permiso, hacían autostop para ir a su casa. Y entonces comenzaron a aparecer las madres indignadas, los artículos periodísticos y todo lo demás. El grito unánime era: «Atrapad a esa gente.» Nos pusimos alerta, y dimos las oportunas órdenes a todo quisque. Descubrimos que aquella gente se servía de cuevas en el valle del Jordán. Descansaban. Vivían sobre el terreno. Pero no podíamos

encontrarlos. La propaganda que los apoyaba los llamaba el «Comando Ocho», pero nosotros conocíamos del derecho y del revés el Comando Ocho, el tal comando no hubiera podido siquiera encender una cerilla sin que nosotros lo supiéramos con una antelación sobradamente cómoda. Con respecto a los nuevos atacantes se decía que eran hermanos. Si, un negocio familiar. Un confidente había contado tres, otro había contado cuatro. Pero, con toda certeza, se trataba de hermanos y, tal como ya sabíamos, tenían su base de operaciones en el Jordán. Formamos un equipo y comenzamos a buscarlos. Les llamamos Sayaret, se trata de equipos pequeños, formados por hombres duros. Nos enteramos de que el comandante palestino era un hombre solitario, muy poco proclive a otorgar su confianza a alguien que no fuera de la familia. Estaba obsesionado con el traicionero carácter árabe. Jamás dimos con él. Pero sus dos hermanos no eran tan escurridizos. Uno de ellos andaba encaprichado con una chica de Amán. Una mariana, al salir de casa de esta chica, cayó ametrallado. El segundo cometió el error de visitar a un amigo, en Sidón, en cuya casa pasó una semana. Nuestras fuerzas aéreas hicieron trizas su automóvil, mientras viajaba por la carretera de la costa.

Alexis no pudo reprimir una sonrisa de excitación, y murmuró: - No había bastante hilo conductor.

Pero Schulmann optó por fingir que no oía estas palabras. Schulmann prosiguió:

- A la sazón, ya sabíamos quiénes eran estos hermanos. Se trataba de una familia de la orilla Oeste, de un pueblecito dedicado al cultivo de viñedos, cerca de Hebrón, que había huido después de la guerra del sesenta y siete. Había un cuarto hermano, pero era demasiado joven para pelear, incluso de acuerdo con el criterio palestino. Había dos hermanas, aunque una de ellas murió en un bombardeo de represalias que tuvimos que efectuar al sur del río Litani. Con ello, el tal ejército había quedado muy menguado. A pesar de todo, seguimos buscando a nuestro hombre. Esperábamos que obtuviera refuerzos y volviera a la carga. No lo hizo. Dejó de actuar. Pasaron seis meses. Pasó un año. Nos dijimos: «Olvidémonos de él, probablemente los suyos le han matado, ya que esto es normal.» Nos dijeron que los sirios le habían tratado con cierta dureza, por lo que bien cabía la posibilidad de que hubiera muerto. Hace pocos meses nos llegó el rumor de que este hombre había venido a Europa. Aquí. Que había formado un equipo, varios de cuyos miembros eran muchachas, la mayoría de ellos alemanes y jóvenes.

Se llevó más comida a la boca, y, con expresión meditativa, masticó y tragó. Terminado este trámite, prosiguió:

- Dirigía el equipo a distancia, interpretando el papel de Mefistófeles árabe ante un puñado de críos impresionables.

Al principio, en el silencio que siguió a estas palabras, Alexis no pudo examinar la cara de Schulmann. El sol se había situado detrás de las colinas castañas a las que la ventana daba. A consecuencia de ello, era difícil interpretar la expresión del rostro de Schulmann. Discretamente, Alexis movió la cabeza y volvió a mirar a Schulmann. Se preguntó a qué podía deberse la aparición de aquel lechoso velo que cubría sus oscuros ojos. ¿Y era realmente la nueva luz del sol lo que había dejado desteñida la piel de Schulmann, dejándola agrietada, enfermiza o muerta? Después, en el curso de aquel día tan abundante en percepciones luminosas y, en ocasiones, dolorosas, Alexis vio la pasión que hasta aquel instante había estado oculta a su percepción allí, en el restaurante, y abajo en la dormida ciudad balneario, con sus grandes edificios ministeriales. De la misma forma que se ve que ciertos hombres aman, Schulmann estaba poseído por un profundo y terrible odio.

Schulmann se fue aquella misma tarde. El resto del equipo se quedó dos días más. Se pretendió celebrar una fiesta de despedida con la que el silesio quería destacar las excelentes relaciones que tradicionalmente sostenían ambos servicios. Se trataba de una reunión vespertina con cerveza y salchichas que Alexis abortó discretamente mediante el hecho de advertir que, teniendo en consideración que el gobierno de Bonn había decidido, aquel mismo día, difundir clarísimas indirectas de un posible y próximo suministro de armas a la Arabia Saudí, era muy poco probable que los invitados a la fiesta estuvieran de humor festivo. Este fue quizás el último acto de servicio eficaz que llevó a cabo Alexis en el desempeño de su cargo. Un mes después, tal como Schulmann había predicho, Alexis fue trasladado a Wiesbaden. Se trataba de un cargo oscuro que teóricamente constituía un ascenso, pero que reducía en mucho las iniciativas de la caprichosa individualidad de Alexis. Un periódico poco amable, que en otros tiempos se había contado entre los defensores del buen doctor, comentó aviesamente que la pérdida sufrida por Bonn se traduciría en ganancia del espectador de televisión. El único consuelo de Alexis, en un momento en que muchos de sus amigos alemanes se apresuraban a distanciarse de él, fue la recepción de una cariñosa nota manuscrita, con expresión de buenos deseos, con matasellos de Jerusalén, que encontró en su nueva mesa escritorio, el primer día que ocupó su nuevo cargo. Con la firma «Siempre suyo, Schulmann», la nota le deseaba buena suerte, y los deseos de un nuevo encuentro, fuera oficial, fuera privado. En una amarga postdata Schulmann daba a entender que tampoco él estaba pasando una buena temporada. La nota decía: «A no ser que consiga resultados pronto, mucho temo que me encontraré en una situación semejante a la suya.» Con una sonrisa, Alexis metió la nota en un cajón en donde cualquiera podría leerla y,

sin duda, sería leída. Sabía exactamente lo que Schulmann hacía, y le admiraba por ello. Schulmann estaba sentando inocentemente las bases de su próxima relación. Un par de semanas después, cuando el doctor Alexis y su joven novia contrajeron matrimonio discretamente, las rosas enviadas por Schulmann fueron, entre todos los obsequios, el que más alegró y divirtió a Alexis, quien pensó: «¡Y ni siquiera le dije que iba a casarme!»

Aquellas rosas fueron como la promesa de un nuevo amor, precisamente en el momento en que Alexis más lo necesitaba.

2

Casi ocho semanas pasaron antes de que el hombre a quien Alexis conocía como Schulmann regresara a Alemania. Durante este período, las investigaciones y el planeamiento de los equipos de Jerusalén habían dado tantos y tan extraordinarios saltos, que aquellos que aún trabajaban entre las ruinas de Bad Godesberg apenas podían reconocer el caso. Si se hubiera tratado solamente de un asunto consistente en castigar a los culpables -si el siniestro de Godesberg hubiera sido aislado, en vez de formar parte de una concatenada serie-, Schulmann no se hubiera tomado la molestia de intervenir, por cuanto su finalidad era más ambiciosa que la de castigar pura v simplemente, y estaba íntimamente relacionada con su supervivencia profesional. Ahora, ya durante meses, y bajo la incesante insistencia de Schulmann, sus equipos habían estado buscando lo que él llamaba una ventana lo bastante ancha para que alguien penetrara por ella y derrotara al enemigo desde el interior de la casa, en vez de atacarle con tanques y artillería desde el terreno frontero a la casa, siendo esto último el más destacado deseo de Jerusalén en la actualidad. Gracias al caso de Godesberg, se creía, haber encontrado tal ventana. Mientras los investigadores de la Alemania Occidental aún se perdían entre vagas pistas, los burócratas de Schulmann en Jerusalén estaban formando disimulados vínculos en lugares tan apartados como Ankara y el Berlín Oriental, así como trazando las Líneas de mando posibles, antes de lanzarse al ataque por esta o aquella vía diplomática. Los veteranos ya hablaban de imágenes reflejadas en un espejo, es decir, de la formación, en Europa, de organizaciones harto conocidas en el Oriente Medio, hacía dos años.

Schulmann no fue a Bonn, sino a Munich, y no fue allá como un tal Schulmann, y además, ni Alexis ni su sucesor, el silesio, se enteraron de su llegada, que era precisamente lo que Schulmann quería. Ahora, su nombre era Kurtz, aunque lo usaba tan poco que incluso se le podría perdonar en el caso de que algún día se olvidara de él. Kurtz, que significa «corto». Kurtz, el del camino corto, decían algunos. Y sus víctimas decían, Kurtz, el de la mecha corta. Otros

hacían complicadas comparaciones con el personaje de Joseph Conrad. Pero la verdad monda y lironda era que el hombre procedía de la Moravia y, originariamente, se escribía Kurz, hasta que un policía británico, durante el Mandato, llevado por su sabiduría le añadió una «t». Y el apellido había conservado la «t», como una pequeña daga clavada en el cuerpo de su identidad, cual si de un chivo expiatorio se tratara.

Nuestro hombre llegó a Munich, vía Estambul, después de haber cambiado pasaporte dos veces, y de haber utilizado tres aviones. Antes, había pasado una semana en Londres, aunque allí apenas se le vio. En todos los Lugares en que estuvo, se ocupó de rectificar situaciones, comprobar resultados, conseguir ayudas, persuadir a personas, dándoles coberturas y el auxilio de verdades a medias, dando ímpetu a los remisos mediante su extraordinaria y constante energía, así como mediante el volumen y el alcance de su planeamiento avanzado, aun cuando a veces se repetía, u olvidaba alguna orden menor dada por él mismo. Solía decir, acompañando sus palabras con un guiño, que vivimos muy poco tiempo, y que estamos muertos durante demasiado tiempo. Esto era lo más parecido a una disculpa que nuestro hombre decía, y su personal solución del problema consistía en no dormir. En Jerusalén se solía decir que Kurtz dormía con la misma velocidad con que trabajaba. Y era mucha velocidad. Kurtz, le explicaban a uno, era el jefe de las operaciones de Europa. Kurtz era el que abría camino donde no podía abrirse. Kurtz hacía florecer el desierto. Kurtz regateaba e intrigaba y mentía incluso en sus oraciones, pero se ganaba una buena suerte cual los judíos no habían tenido en el curso de dos mil años.

Lo cual no quiere decir que Kurtz fuera querido por todos. No, debido a que era un hombre excesivamente paradójico, excesivamente complicado, con demasiadas almas y demasiados colores. En muchos aspectos, las relaciones de Kurtz con sus superiores, principalmente con Misha Gavron, su jefe, antes eran las de un mal tolerado individuo ajeno a la organización que las de un igual en quien se ha depositado confianza. Carecía de asentamiento, pero, misteriosamente, tampoco lo pretendía. Su base de poder era débil y cambiante, dependiendo de quien fuera la última persona a la que hubiera ofendido, en su búsqueda de ayuda rápida y eficaz. No era un sabra, carecía de los elitistas antecedentes de los hombres procedentes del Kibbutz, de la universidad o de los regimientos prestigiosos que, con el consiguiente desaliento del propio Kurtz, con más y más frecuencia suministraban el cada día más reducido personal que formaba la aristocracia del servicio al que pertenecía. Kurtz no armonizaba con los aparatos empleados por aquella gente, con sus polígrafos y sus ordenadores, ni tampoco con la creciente fe que aquellos hombres tenían en el juego

del poder al estilo norteamericano, ni en la psicología aplicada, ni en la administración de crisis. Kurtz amaba la diáspora, y de ella había hecho su especialidad, precisamente en unos tiempos en que la mayoría de los israelitas se esforzaban celosamente y con excesiva conciencia en reforzar su identidad en cuanto a orientales. Sin embargo, Kurtz se crecía con los obstáculos, y el rechazo era lo que había hecho de él lo que era. Era capaz de luchar, en caso necesario, en todos los frentes al mismo tiempo, y lo que no le daban voluntariamente lo tomaba subrepticiamente. Por amor a Israel. Por la paz. Por la moderación. Y por su maldito derecho a impresionar y a sobrevivir.

Probablemente, ni el propio Kurtz hubiera podido decir en qué etapa de su búsqueda había encontrado su plan. Esos planes surgían en lo más hondo de la personalidad de Kurtz, como un rebelde impulso en espera de una causa, luego crecían en su interior casi sin que él se diera cuenta. ¿Estaba soñando, cuando se confirmó la marca de fábrica del autor del atentado con la bomba? ¿O se le ocurrió mientras comía pasta, en el restaurante en lo alto de la colina, contemplando la vista de Godesberg, y mientras comenzaba a darse cuenta de cuán excelente colaborador podía tener en Alexis? No, fue antes de esto. Mucho antes. Seguramente ocurrió, decía Kurtz a quien quisiera escucharle, después de una sesión particularmente amenazadora de la comisión rectora de Gavron, en la pasada primavera. Si no atrapamos al enemigo desde dentro de su propio campo, esos payasos del Knesset y del ministerio de Defensa volarán el mundo civilizado entero en sus intentos de atrapar a tal enemigo. Algunos colaboradores de Kurtz juraban que éste concibió el plan hacía todavía más tiempo, y que Gavron había cancelado un proyecto parecido hacía ya doce meses. En fin, lo mismo daba. Lo cierto es que los preparativos operacionales ya estaban muy adelantados antes de que el autor del delito, el culpable, hubiera sido concluyentemente identificado, aun cuando Kurtz ocultaba cuidadosamente dichos preparativos a las investigadoras miradas de Misha Gavron, y alteraba sus papeles para confundirle.

«Encontrad al muchacho -dijo Kurtz a su equipo de Jerusalén, antes de partir en uno de sus enrevesados viajes-. Es un muchacho y su sombra. Encontrad al muchacho que luego encontraréis a su sombra. Esto no es problema.

Kurtz les dijo lo anterior con tanta insistencia que sus colaboradores llegaron a jurar que le odiaban. Kurtz era capaz de ejercer presión con la misma ferocidad que él sabía resistirla. Kurtz llamaba por teléfono, desde rarísimos lugares, a cualquier hora del día o de la noche, con la sola finalidad de hacer sentir su presencia en todo momento: «¿No habéis encontrado todavía a ese muchacho? ¿Por

qué no encontráis al muchacho?» Pero Kurtz formulaba estas preguntas disimuladamente a fin de que Gavron, incluso en el caso de que se enterase de ellas, no comprendiera su significado, ya que Kurtz aplazaba su asalto a Gavron hasta que llegara el momento más favorable de efectuarlo. Kurtz renunció a las vacaciones, dejó de celebrar el sábado, y prefería gastar su propio y escaso dinero antes que presentar prematuramente sus cuentas de gastos a los pagadores oficiales. Arrancaba de sus académicas sinecuras a antiguos reservistas y les ordenaba que volvieran al servicio, sin cobrar, que ocuparan de nuevo sus viejos despachos para acelerar la búsqueda. Encontrad al muchacho. El muchacho nos indicará el camino. Un día, como sacado de la nada, Kurtz puso en circulación un nombre en clave para designar al «muchacho». Este nombre era Yanuka, palabra aramea con la que se hace amable referencia a un niño. «Dadme a Yanuka y os entregaré a esos buitres y a toda su organización, servidos en bandeja.»

«Pero no digáis ni media palabra a Gavron. Esperad.»

En su amada diáspora, cuando no en Jerusalén, el elenco de colaboradores de Kurtz era increíble. Sólo en Londres, Kurtz había conseguido, sin alterar ni un instante su sonrisa, la colaboración de venerables marchantes de arte, aspirantes a magnates del cine, insignificantes dueñas de casas de huéspedes del East End, vendedores de ropas, vendedores de automóviles de dudosa reputación, grandes empresas de la City… También fue diversas veces al teatro, en una ocasión en las afueras de la capital, pero siempre vio la misma función, y llevó consigo a un diplomático israelita con funciones culturales, aunque muy poco cultural fue el tema de que trataron. En Camden Town, comió dos veces en un humilde restaurante para transportistas atendido por un grupo de indios de Goa. En Frognal, un par de millas al noroeste, inspeccionó una apartada mansión victoriana llamada «The Acre», y la declaró ideal para satisfacer sus necesidades. Pero se trataba solamente de una posibilidad de llegar a un acuerdo, dijo a los excesivamente propicios propietarios. No llegaremos a un acuerdo si nuestros negocios no nos conducen aquí. Los propietarios aceptaron la condición. Lo aceptaron todo. Estaban orgullosos de que les hubieran hecho una propuesta, y estar al servicio de Israel representaba para ellos una delicia, incluso en el caso de que ello comportara irse a su casa de Marlow durante unos meses. ¿Acaso no tenían un apartamento en Jerusalén, que utilizaban para visitar a su familia y amigos en Pascua, después de pasar dos semanas de mar y de sol en Eilat? ¿Y acaso no estaban considerando con toda seriedad la posibilidad de ir a vivir a Israel con carácter definitivo, aun cuando para ello esperaban que sus hijos hubieran superado la edad del servicio militar y que la tasa de inflación se hubiera estabilizado?

Pero, por otra parte, siempre les cabía la posibilidad de vivir en Hampstead. O en Marlow. Entretanto mandarían a Kurtz todo lo que les pidiera, harían todo lo que quisiera, sin esperar nada a cambio, y sin decir nada a nadie.

En las embajadas, los consulados y las legaciones que encontraba a su paso, Kurtz se mantenía al tanto de las intrigas y acontecimientos de su país, y de los progresos que hacía su gente en otras partes del globo. Durante los viajes en avión mantenía su familiaridad con todo género de literatura radical revolucionaria. El flaco y pálido sacasillas, cuyo verdadero nombre era Shimon Litvak, conservaba una selección de esta literatura en su barata cartera de hombre de negocios, y se la entregaba a su jefe en los momentos más inoportunos. En la tendencia dura tenía a Fanon, Guevara y Marighella. En la tendencia blanda tenía a Debray, Sartre y Marcuse. Tampoco faltaban las dulces almas que escribían principalmente sobre las crueldades de la educación en las sociedades de consumo, sobre los horrores de la religión, y el mortal encogimiento del espíritu entre los niños de las sociedades capitalistas. Cuando se encontraba en Jerusalén o en Tel Aviv, en donde tales debates no son desconocidos, Kurtz guardaba silencio, hablaba con sus colaboradores, esquivaba rivalidades, y examinaba exhaustivos perfiles de personalidad sacados de viejos archivos y, ahora, cauta pero meticulosamente puestos al día y ampliados. Un día, se enteró de que se alquilaba por un precio muy bajo una casa en la calle Disraeli, número once, y Kurtz, para guardar mejor sus secretos, ordenó a todos los que trabajaban en el caso que se trasladasen allá, disimuladamente.

El día siguiente, Misha Gavron y Kurtz se reunieron para tratar de otro caso, y Gavron observó escépticamente:

- Me han dicho que nos dejas.

Si., ya que Gavron algo sabía de la marcha de los asuntos, aunque no lo sabía con la debida exactitud. Sin embargo, Kurtz no cedió. No había llegado el momento todavía. Alegó la autonomía de los departamentos de operaciones, y, luego, se cerró de banda.

El número once de la calle Disraeli era una hermosa villa árabe, no muy grande pero fresca, con limoneros en el jardín delantero, y unos doscientos gatos, que las funcionarias sobrealimentaron de una manera absurda. Por esto la casa fue inevitablemente denomi nada The Cathouse (Cathouse: casa de gatos, casa de prostitución), y dio nueva cohesión al grupo, con lo que quedó asegurado, en méritos de la proximidad física de los escritorios, que no se produjeran lamentables lagunas entre los diversos campos especializados, y que tampoco ocurrieran filtraciones. También sirvió para elevar la categoría de la operación, lo cual era de suma importancia para Kurtz.

El día siguiente, llegó el golpe que Kurtz había estado esperando y

que todavía no podía evitar. Fue terrible, aunque útil a sus fines. Un joven poeta israelita que visitaba la Universidad de Leyden, en Holanda, en donde iba a recibir una distinción, fue destrozado a la hora del desayuno, por una bomba en un paquete que fue entregado en el hotel en que se hospedaba, en la mañana del día en que cumplía veinticinco años. Kurtz estaba en su despacho cuando llegó la noticia, y la recibió igual que un veterano boxeador encaja un duro golpe: se tambaleó, se le cerraron los ojos durante un instante, y al cabo de pocas horas ya estaba en el despacho de Gavron, con un montón de carpetas bajo el brazo y dos versiones de su plan de operaciones en la otra mano, una de ellas para Gavron y la otra, mucho más vaga, para el comité de dirección de Gavron, integrado por nerviosos políticos y por generales ansiosos de guerras.

Lo que ocurrió entre los dos hombres no se supo, ya que tanto Kurtz como Gavron no eran hombres dados a hacer confidencias. Pero la mañana siguiente, Kurtz comenzó a actuar abiertamente, sin duda gozando de permiso para ello, con el fin de reclutar más efectivos. Para ello utilizó como intermediario al diligente Litvak, que era sabra y un funcionario del servicio desde los pies a la cabeza, capaz de moverse debidamente entre los altamente motivados jóvenes del equipo de Gavron, a los que Kurtz, personalmente, estimaba un tanto rígidos y de difícil manejo. El miembro más joven de esta familia rápidamente reunida era Oded, de veintitrés años de edad, procedente del mismo kibbutz de Litvak, y graduado, lo mismo que éste, en el prestigioso Sayeret. El mayor tenía setenta años de edad, era georgiano y se llamaba Bougaschwili, aun cuando, para abreviar, le llamaban Schwili. Schwili tenía una calva brillante y pulida y era cargado de hombros. Solía llevar pantalones de payaso, es decir muy largos en el escroto y de perneras cortas. Su raro aspecto quedaba coronado por un negro sombrero de alas vueltas que solía lucir tanto al aire libre como en lugares cerrados. Schwili había comenzado su carrera en los oficios de contrabandista y timador, profesiones en modo alguno raras en su región natal, pero hacia la mitad del camino de la vida se especializó en falsificaciones de toda índole. Llevó a cabo su mayor hazaña en la Lubianka, en donde falsificó documentos para sus compañeros de reclusión utilizando al efecto números atrasados de Pravda, cuyo papel maceró, fabricando de esta manera su propio papel virgen. Después de ser por fin liberado, Schwili había aplicado su talento al mundo de las bellas artes, tanto en concepto de falsificador como en concepto de perito, contratado por las más destacadas galerías. Aseguraba que varias veces había tenido el placer de certificar la autenticidad de cuadros por el falsificados. Kurtz amaba a Schwili, y siempre que tenía diez minutos libres, salía en su compañía y le llevaba a una heladería que se encontraba al pie de la

colina, en donde le invitaba a un helado doble de caramelo, que era el helado que más gustaba a Schwili.

Kurtz también suministró a Schwili los dos ayudantes más insólitos que quepa imaginar. El primero de ellos -descubrimiento de Litvak- era un graduado de la Universidad de Londres, llamado Leon, israelita que, por razones ajenas a su voluntad, tuvo una infancia inglesa, debido a que su padre era un dirigente de kibbutz que fue enviado a Europa, como representante de una cooperativa de marketing. En Londres, Leon cogió aficiones literarias, dirigió un semanario y publicó una novela que pasó totalmente inadvertida. Los tres años de servicio militar obligatorio en Israel le dejaron en estado de tremenda depresión. Cuando fue licenciado, Leon aterrizó en Tel Aviv, en donde comenzó a trabajar en uno de esos semanarios intelectuales que nacen y mueren como las moscas. Leon terminó escribiendo él solito el semanario entero. De todas maneras, entre los jóvenes de Tel Aviv, claustrofóbicos y obsesionados con la paz, Leon experimentó un profundo despertar de su identidad en cuanto a judío y, juntamente con ello, el ardiente deseo de desembarazar a Israel de sus enemigos pasados y futuros.

Kurtz le dijo: «A partir de ahora, escribirás para mí. No tendrás muchos lectores, pero, por lo menos, tu trabajo será apreciado.»

Después de Leon, el segundo ayudante de Schwili era cierta señorita Bach, mujer de negocios, con suaves modales, procedente de Indiana. Impresionado por su inteligencia, así como por su poco judío aspecto, Kurtz la reclutó, la preparó enseñándole diversas especialidades, y luego la mandó a Damasco, en calidad de instructora de programas de ordenadores. Después y durante varios años, la serena señorita Bach informó a sus jefes israelitas, acerca del alcance y la disposición de los sistemas de radar de Siria. Llamada por fin a Israel, la señorita Bach había hablado con ilusión de la posibilidad de llevar una vida errante de los colonos de la orilla occidental, cuando la llamada de Kurtz le evitó tal incomodidad.

Al incongruente trío formado por Schwili, Leon y la señorita Bach, Kurtz lo llamaba su Comité Literario, y dio a los tres categoría especial dentro de su ejército privado, en tan rápido aumento.

En Munich, las tareas de Kurtz eran de naturaleza administrativa, aunque las llevaba a cabo con suma delicadeza, gracias a haber conseguido adaptar su carácter impositivo a las más modestas pautas de comportamiento. Seis miembros de su recién formado equipo habían sido destinados a dicha ciudad, y estos miembros ocupaban dos lugares separados, en dos zonas distintas de la ciudad. El primer equipo estaba formado por dos hombres dedicados a misiones en el exterior. El equipo hubiera debido estar formado por cinco hombres, pero Misha Gavron seguía plenamente decidido a que Kurtz siguiera

con las riendas cortas. Estos hombres no recogieron a Kurtz en el aeropuerto, sino en un oscuro café de Schwabing, y, sirviéndose de una desvencijada camioneta, en la que le ocultaron -la camioneta representaba también una economía-, lo trasladaron a la ciudad olímpica, concretamente a uno de los tenebrosos aparcamientos subterráneos, lugar frecuentado por atracadores y por gente de ambos sexos dedicada a la prostitución. La ciudad olímpica no es una ciudad, desde luego, sino una aislada ciudadela en desintegración, de cemento gris, que es lo que en Baviera más se parece a un asentamiento israelita. Desde uno de los amplísimos aparcamientos subterráneos le llevaron, subiendo una sucia escalera con pintadas en todos los idiomas, y cruzando después pequeños jardines de azotea, a un dúplex que habían alquilado, parcialmente amueblado, por una breve temporada. En el exterior, los dos hombres hablaron en inglés y dieron a Kurtz el tratamiento de «sir», pero dentro del dúplex llamaron Marty a su jefe, y le hablaron respetuosamente en hebreo.

El dúplex se encontraba en lo alto de un edificio que hacía esquina, y estaba repleto de focos de fotógrafo y formidables cámaras fotográficas sobre trípodes, sin que faltaran pantallas de proyección y mesas de trabajo fotográfico. En el fondo del apartamento, en la parte sur, había un dormitorio de cuatro metros por tres y medio, con una claraboya en el techo, que tal como explicaron cuidadosamente a Kurtz, habían cubierto primero con una manta, luego con un cartón, y después con un material impermeable sujeto con cinta adhesiva. Las paredes, el suelo y el techo estaban también acolchados de parecida manera, de modo que el lugar parecía, en parte, un moderno confesionario, y, en parte, la celda de un loco. Precavidamente, habían reforzado la puerta con pintadas planchas de acero, en las que habían practicado un orificio, cubierto con vidrio irrompible, a la altura de la cabeza, sobre el cual, y en la parte exterior, habían colocado un letrero de cartón que decía, «Laboratorio, no entren», y, debajo, «Dunkelkammer Kein Eintritt!». Kurtz ordenó a uno de los hombres que entrara en aquella habitación, que cerrara la puerta y que gritara con todas sus fuerzas. Kurtz solamente oyó un sonido ronco y rasposo, lo que mereció su satisfecha aprobación.

El resto del apartamento era aireado, pero, al igual que la Ciudad Olímpica, terriblemente tronado. Las ventanas del norte ofrecían un triste panorama de la carretera que llevaba a Dachau, en donde tantos judíos murieron en su campo de concentración, paradoja que todos los presentes advirtieron, y tanto más por cuanto la policía bávara, con una falta de sensibilidad aterradora, había alojado a su unidad móvil en el antiguo cuartel que allí había. Los dos hombres podían indicar a Kurtz el mismísimo lugar, más cercano, en el que, en la más reciente historia, los comandos palestinos habían penetrado en el alojamiento

de los atletas israelitas, matando de inmediato a algunos y llevándose al resto al aeropuerto militar, en donde también los mataron. En el piso contiguo, dijeron a Kurtz, había una comuna estudiantil, en el piso inferior nadie vivía, por el momento, debido a que la última inquilina se había suicidado. Después de haber paseado lentamente por todo el piso, y de haber estudiado todas las entradas y salidas posibles, Kurtz decidió que también debía alquilar el piso inferior, y el mismo día llamó por teléfono a un abogado de Nuremberg encargándole formalizara el contrato. Los muchachos de Kurtz habían adquirido aspecto de seres flojos e ineficaces, y uno de ellos, el joven Oded, se había dejado la barba. Sus pasaportes decían que eran de nacionalidad argentina y fotógrafos de profesión, aunque nadie sabía qué clase de fotógrafos, lo cual, a su vez, a nadie importaba. Dijeron a Kurtz que, a veces, con la finalidad de causar impresión de natural irregularidad, anunciaban a los vecinos que se disponían a celebrar una fiesta que duraría hasta muy avanzada la noche, fiesta que sólo se advertía con méritos de la música y de las botellas vacías en el cubo de la basura. Pero en realidad nadie había entrado en el piso, salvo el enlace del otro equipo. No, ni invita-dos, ni visitantes, ni nadie. En cuanto a mujeres, nada. Con el panorama que se divisaba desde las ventanas, se habían quitado a las mujeres de la cabeza hasta que regresaran a Jerusalén.

Después de haber dado parte de lo anterior y de mucho más a Kurtz, y de comentar asuntos tales como la necesidad de transporte extra, los gastos de las operaciones, y después de estudiar si sería conveniente o no poner argollas de hierro en las acolchadas paredes del laboratorio -Kurtz era partidario de hacerlo-, llevaron a Kurtz, a petición de éste, a dar un paseo y a lo que Kurtz llamaba tomar un poco el agradable fresco. Anduvieron por entre las sórdidas calles en que vivían los estudiantes, se detuvieron en una escuela de cerámica, en una escuela de carpintería, y en un lugar que se enorgullecía de ser la primera escuela de natación del mundo para niños de muy corta edad. Leyeron también las pintadas anarquistas en las coloridas puertas de las casitas. Así estuvieron hasta que inevitablemente, en méritos de la ley de gravedad, se encontraron ante la malhadada casa en que, casi exactamente diez años antes, se produjo aquel ataque contra los muchachos israelitas que estremeció al mundo. Una Lápida de piedra, grabada en hebreo y en alemán, recordaba a los once muertos. Once u once mil, igual daba, por cuanto sus comunes sentimientos de indignación serían iguales en uno u otro caso.

Mientras regresaban discretamente a la camioneta, Kurtz dijo, sin necesidad alguna, refiriéndose a los jóvenes muertos: -Recordadlo.

Desde la ciudad olímpica llevaron a Kurtz al centro de la ciudad, en donde Kurtz se perdió adrede durante un rato, caminando al azar,

según le dictara su capricho, hasta que los muchachos, que le guardaban las espaldas, le indicaron que podía acudir sin riesgo a la próxima cita. El contraste entre el anterior lugar y el nuevo no podía ser mayor. El destino de Kurtz era el último piso de una casa de altos aleros, de color de jengibre, en el corazón de la parte elegante de Munich. La calle era estrecha, con adoquines y muy cara. En ella había un restaurante suizo, un modista elegante que parecía no vender nada y, a pesar de ello, ser próspero. Kurtz llegó al piso después de subir una oscura escalera, y la puerta se abrió tan pronto Kurtz llegó al rellano, debido a que le habían estado viendo llegar a lo largo de la calle, mediante un circuito cerrado de televisión. Kurtz entró sin decir palabra. Los hombres que allí había eran mayores que los otros dos que le habían recibido. Antes eran padres que hijos. Tenían la palidez propia del presidiario que lleva largo tiempo cumpliendo condena, y se movían con aire resignado, principalmente en sus idas y venidas, sin zapatos, en calcetines, evitaban chocar entre sí. Eran vigilantes estáticos profesionales, seres que, incluso en Jerusalén, forman una especie de sociedad secreta. Cortinas de encaje cubrían las ventanas. El ocaso reinaba en la calle, y reinaba también en el interior del piso en el que imperaba un aire de triste negligencia. Entre los muebles Biedermeyer falsificados, había una porción de instrumentos electrónicos y ópticos, sin que faltaran antenas interiores de diverso tipo. Pero, a la media luz, estos instrumentos de espectral aspecto sólo contribuían a incrementar el aspecto tétrico del lugar.

Kurtz abrazó gravemente a cada uno de los hombres. Después, mientras tomaban té con galletas y queso, el mayor de los hombres, llamado Lenny, explicó detalladamente el estilo de vida de Yanuka, haciendo caso omiso del hecho consistente en que Kurtz llevaba ya varias semanas estando al tanto del menor detalle, a medida que se producía. Le hablaron de las llamadas telefónicas que Yanuka efectuaba, de las llamadas que recibía, de sus últimos visitantes, de sus últimas mujeres. Lenny era hombre de buen corazón y amable, pero un tanto retraído con respecto a las personas a las que no observaba. Tenía las orejas grandes y la cara fea, con facciones excesivamente grandes, y quizá a esto se debía el que mantuviera la cara alejada de la dura mirada de sus semejantes. Llevaba un grueso jersey gris, de punto en cadena. En otras circunstancias, Kurtz se hubiera cansado fácilmente de escuchar detalles, pero respetaba a Lenny y escuchó con la mayor atención cuanto le dijo, moviendo afirmativamente la cabeza, felicitándole, manifestando cuanto era de esperar manifestara.

Lenny explicaba apasionadamente:

- Es un hombre joven absolutamente normal, ese Yanuka. Los comerciantes le admiran. Sus amigos le admiran. Es una persona popular y simpática, Marty. Estudia, le gusta divertirse, habla mucho,

es una persona seria con aficiones sanas.

Fijándose en la expresión de los ojos de Kurtz, Lenny dijo, poniéndose un poco tonto:

- De vez en cuando, resulta difícil creer que este hombre tenga esa otra faceta. Te lo aseguro, Marty.

Kurtz aseguró a Lenny que le comprendía perfectamente. Se hallaba todavía en ello cuando se encendió una luz en la ventana del piso que se encontraba en el otro lado de la calle. El amarillo resplandor rectangular, que ninguna otra luz tenía alrededor, parecía la señal de un amante. Sin decir palabra, uno de los hombres de Lenny se acercó de puntillas a un par de prismáticos que había sobre una repisa, en tanto que otro se ponía en cuclillas junto a un receptor de radio, y se llevaba un auricular al oído.

Lenny preguntó esperanzado:

- ¿Quieres echar una ojeada, Marty? Por la forma en que Joshua sonríe me parece que hoy tiene una muy clara recepción de Yanuka. Pero Yanuka correrá la cortina. ¿Qué ves, Joshua? ¿Se ha puesto Yanuka elegante para salir esta noche? ¿Con quién habla por teléfono? Seguro que será una chica.

Apartando suavemente a Joshua, Kurtz se llevó a su gran cabeza los prismáticos. Y estuvo largo tiempo así, agazapado como un viejo halcón, casi sin respirar, mientras estudiaba a Yanuka, el mamoncete.

Lenny preguntó:

- ¿Ves los libros, ahí, al fondo? Este chico lee tanto como mi padre.

Con una sonrisa de férrea dureza, mientras se erguía lentamente, Kurtz dio la razón, por fin, a Lenny:

- Guapo chico. No cabe duda de que es un buen mozo.

Kurtz cogió su gabardina gris que había dejado en una silla, seleccionó una manga y metió en ella cuidadosamente el brazo. Dijo a Lenny:

- Pero procura que no se case con tu hija.

Lenny pareció más atontado todavía que antes, pero Kurtz le consoló al instante:

- Tenemos motivos para estarte muy agradecidos, Lenny. Y realmente lo estamos.

Luego, como si se tratase de un detalle que se le había olvidado, añadió:

- Sigue tomando fotografías de él, y desde todos los ángulos. No escatimes rollos, que no son caros.

Después de estrechar la mano a cada uno de los hombres, Kurtz se encasquetó una vieja boina azul, y protegido de esta manera del bullicio de la hora punta, se dirigió, con paso vigoroso, a la calle.

Cuando recogieron a Kurtz con la camioneta, había ya comenzado

a llover, y mientras los tres iban de lugar lúgubre en lugar lúgubre, matando el tiempo antes de que llegara el momento de la partida del avión de Kurtz, el clima parecía afectar por igual a los tres, con su sombrío humor. Oded conducía, y en su rostro joven y barbado se veía, al paso de las luces, una sorda ira.

A pesar de que forzosamente tenía que saber la respuesta, Kurtz preguntó:

- ¿Qué tiene ahora?

Oded contestó:

- Lo último que lleva es un BMW de rico. Con dirección especial, alimentación inyectada, y con cinco mil kilómetros solamente. Los automóviles son su debilidad.

El otro muchacho, sentado detrás, añadió:

- Los automóviles, las mujeres y la vida fácil. Por tanto me pregunto cuáles serán sus puntos fuertes.

Dirigiéndose de nuevo a Oded, Kurtz preguntó:

- ¿Alquilado otra vez?

- Alquilado.

Kurtz aconsejó a los dos:

- No perdáis de vista ese automóvil. En el momento en que devuelva el automóvil a la empresa a la que lo ha alquilado, y en que no alquile otro, éste es el momento que debemos saber al instante.

Los dos habían oído estas palabras hasta quedarse sordos. Las habían oído incluso antes de salir de Jerusalén. De todas maneras, Kurtz las repitió:

- El momento más importante es aquel en que Yanuka devuelva el automóvil.

De repente, Oded estalló. Quizá, en méritos de su juventud y de su temperamento, era más propenso a la tensión de lo que habían supuesto aquellos que le seleccionaron. Quizá, por ser tan joven, no le hubieran debido asignar una misión que exigía esperar tanto. Acercó la camioneta al bordillo de la acera, frenó bruscamente, tan bruscamente que todos dieron un salto, y preguntó:

- ¿Por qué le permitimos que haga lo que le dé la gana? ¿Por qué nos andamos con jueguecitos con él? ¿Y si regresa a su país y no vuelve a las andadas? Entonces, ¿qué?

- Entonces, le perderíamos de vista.

- ¡Matémosle ahora! Esta noche. Si me da la orden, es cosa hecha.

Kurtz le dejó que siguiera rabiando. Oded dijo:

- Tenemos el piso frontero al suyo, ¿sí o no? Le lanzamos un cohete. Es cosa que ya hemos hecho en otras ocasiones. ¿Por qué no?

Kurtz siguió en silencio. Para Oded aquello era lo mismo que atacar a una esfinge. Oded repitió, en voz ciertamente muy alta: -¿Por qué no lo hacemos?

Kurtz, sin perder la paciencia, le dio la debida explicación:

- Porque esto a nada conduciría. Esta es la razón, Oded. ¿Es que jamás has oído lo que Misha Gavron solía decir? Es una frase que a mí, personalmente, todavía me gusta repetir. Si quieres cazar un león, primero tienes que atar a una cabra. Me pregunto qué clase de estúpidas ideas te han metido en la cabeza, en lo tocante a luchar. ¿Realmente pretendes decirme que quieres cargarte a Yanuka, cuando por diez dólares más puedes atrapar al mejor activista que esa gente ha tenido en muchos años?

- ¡El es quien hizo lo de Bad Godesberg! ¡Lo de Viena, y quizá también lo de Leyden! ¡Están matando judíos, Marty! ¿Es que esto ha dejado de importar a Jerusalén, en los presentes días? ¿A cuántos permitiremos que maten, mientras nosotros seguimos con nuestros juegos?

Cogiendo cuidadosamente el cuello de la cazadora de Oded, Kurtz, con sus manazas, sacudió dos veces el cuerpo de Oded, y la segunda vez, por error, la cabeza del muchacho se golpeó dolorosamente contra la ventanilla del vehículo. Kurtz no pidió disculpas y Oded no se quejó.

Esta vez con tono amenazador, Kurtz dijo:

- Ellos, Oded. No él. Ellos. Ellos hicieron lo de Bad Godesberg. Ellos hicieron lo de Leyden. Y son ellos a quienes intentamos atrapar. Y no a seis inocentes alemanes y a un muchachito tonto.

Sonrojándose, Oded dijo:

- Bueno, de acuerdo. No me dé más la lata.

- No, de acuerdo no, Oded. Yanuka tiene amigos, Oded. Parientes. Personas a las que no conocemos. ¿Quieres dirigir esta operación, en vez de que la dirija yo?

- He dicho que de acuerdo.

Kurtz le soltó. Oded volvió a poner en marcha el motor. Kurtz propuso que siguieran recordando el interesante modo de vida de Yanuka. En consecuencia, descendieron traqueteando por una calleja empedrada en la que se encontraba el club nocturno favorito de Yanuka, la tienda en que compraba sus camisas y sus corbatas, y el lugar en que le arreglaban el cabello, y las librerías de izquierdas en donde le gustaba mirar y comprar libros. Y en todo momento, Kurtz, con excelente humor, sonrió y efectuó movimientos afirmativos de la cabeza ante todo lo que vio, como si estuviera contemplando una vieja cinta cinematográfica que jamás se cansara de volver a ver, hasta que, al llegar a una plaza, no muy lejos de la terminal de la compañía de aviación, se dispusieron a separarse. En pie en la acera, Kurtz dio una palmada en el hombro a Oded, sin disimular su afecto, y, luego, le pasó la mano por el pelo. Dijo:

- Escuchadme los dos. No quiero que trabajéis tanto. Comed bien

en el sitio que más os guste y cargadme la cuenta, personalmente.

Habló en el tono propio de un comandante que experimenta un sentimiento de amor hacia sus tropas antes de entrar en batalla. Y tal comandante era Kurtz, hasta que Misha Gavron lo permitiera.

El vuelo nocturno de Munich a Berlín, para los pocos que lo hacen, es uno de los grandes viajes nostálgicos que pueden hacerse en Europa. El Oriente Express, el Flecha de Oro y el Train Bleu pueden estar muertos, moribundos, o artificialmente resucitados, pero para aquellos que los recuerdan, sesenta minutos de vuelo nocturno a través del pasillo de la Alemania Oriental, en un traqueteante avión de la Pan American, vacío en sus tres cuartas partes, es como un safari de los viejos aficionados que vuelven a practicar su vicio. La Lufthansa tiene prohibido este vuelo. El vuelo pertenece solamente a los victoriosos, a los ocupantes de la antigua capital de Alemania, pertenece a los historiadores y a los buscadores de islas, y pertenece a un norteamericano entrado en años, con todas las cicatrices de la guerra, impregnado de la dócil tranquilidad del profesional, que hace el viaje casi a diario, que tiene su butaca preferida, y que sabe el nombre de pila de la azafata, nombre que pronuncia con el aterrador acento alemán de la ocupación. Uno piensa que este hombre, en menos que canta un gallo es capaz de regalar a la azafata un paquete de Lucky Strike y concertar con ella una cita en la parte trasera del economato militar. El fuselaje del avión gime y se estremece, las luces parpadean, y uno no puede creer que el avión no sea de hélices. Uno mira el oscuro paisaje enemigo -¿para bombardearlo? ¿Para saltar en paracaídas?-, uno recibe sus recuerdos y se confunde de guerras. Pero allá, abajo, de una forma inquietante, el mundo, por lo menos, sigue siendo lo que era.

Kurtz no era una excepción.

Sentado junto a la ventanilla contemplaba la noche a través del reflejo de su propia cara. Siempre que hacía este viaje, Kurtz se convertía en espectador de su propia vida. En algún lugar de aquella negrura se encontraba la línea férrea por la que había avanzado el tren de carga en su lento viaje hacia el Este. En algún lugar se encontraba el apartadero en el que el tren esperó durante cinco noches y seis días, en pleno invierno, para dar paso a los trenes de transportes militares que importaban mucho más, mientras Kurtz y su madre, y los restantes ciento dieciocho judíos iban atestados en un solo vagón, y comían nieve y pasaban frío, y la mayoría de ellos morían de frío. Para que Kurtz conservara los ánimos, su madre no hacía más que decirle: «El próximo campo será mejor.» En algún lugar de aquella negrura, la madre de Kurtz había muerto silenciosamente. En algún lugar de aquellos campos, el muchacho sudete que en otros tiempos fue Kurtz había pasado terribles hambres, había robado y

había matado, esperando sin ilusión que otro mundo hostil le encontrara. Vio el campo de recepción aliado, vio los uniformes desconocidos, vio rostros de niños tan viejos y tan demacrados como el suyo propio. Una chaqueta nueva, botas nuevas, alambre de espino nuevo, y una nueva huida, aunque en esta ocasión huyó de quienes le habían rescatado. Se vio a sí mismo de nuevo en el campo, avanzando hacia el sur, de una granja a un pueblo, y así sucesivamente, durante semanas, siempre atraído por la línea de la huida, hasta que poco a poco las noches se tornaron cálidas y olieron a flores, y oyó por primera vez en su vida el rumor de las hojas de palmeras agitadas por el viento del mar. Las palmeras le susurraban: «Escúchanos, muchacho helado: así hablamos en Israel. Así de azul es el mar, igual que aquí.» Vio el viejo vapor medio podrido, escorado junto al muelle, que era el más noble y grande navío que en su vida había visto, cuyas cubiertas estaban negras gracias a las cabezas judías que las atestaban, por lo que Kurtz robó una gorra negra y la llevó puesta hasta que salieron de Trieste. Pero le necesitaban, con cabello rubio o sin cabello. En cubierta, divididos en pequeños grupos, los jefes daban lecciones sobre la manera de disparar viejos fusiles Lee Enfield, robados. Haifa se encontraba aún a dos días de viaje, y la guerra de Kurtz acababa de comenzar.

El avión trazaba un círculo, en preparación del aterrizaje. Observó cómo iban descendiendo, y cómo cruzaban el muro de Berlín. Kurtz sólo llevaba el equipaje de mano, pero las medidas de seguridad eran rígidas, por culpa de los terroristas, por lo que las formalidades consumieron mucho tiempo.

Shimon Litvak esperaba en el aparcamiento, a bordo de un Ford barato. Había llegado en avión, procedente de Holanda, después de pasar dos días contemplando las ruinas de Leyden. Lo mismo que Kurtz, Litvak estimaba que no tenía derecho a dormir.

Tan pronto Kurtz hubo subido al automóvil, Litvak le dijo:

- El libro-bomba fue entregado por una muchacha. Una morenita muy bien parecida. Con tejanos. El empleado del hotel pensó que la chica era estudiante, y estaba convencido de que había llegado y se había ido en bicicleta. Es dudoso, pero en parte creo en las palabras del empleado del hotel. Hay quien dice que la chica fue transportada hasta allá en una motocicleta. El paquete iba liado con una cinta de adorno, y llevaba una tarjeta que decía: «Feliz cumpleaños, Mordecai.» Un plan, un transporte, una bomba y una muchacha. ¿Hay alguna novedad?

- ¿Y el explosivo?

- Plástico ruso, quedaron restos del envoltorio, nada que sea una pista.

- ¿Alguna marca de fábrica o pista de identidad? -Un ovillo de

hilo conductor sobrante.

Kurtz dirigió una penetrante mirada a Litvak. Y éste confesó: -No había tal ovillo. Restos carbonizados, sí. Pero no cabía identificar el hilo conductor. Kurtz preguntó: -¿Ni gancho de percha?

- En esta ocasión, el que fabricó la bomba prefirió utilizar una ratonera de resorte. Una dulce ratonera de cocina.

Litvak puso en marcha el motor. Kurtz dijo: -Anteriormente también utilizó ratoneras de resorte.

Litvak, que odiaba la ineficacia casi tanto como al enemigo que incurriera en ella, dijo: -Utilizó ratoneras, ganchos de perchas, viejas mantas de beduino, explosivos de origen desconocido, baratos relojes con una sola saeta y chicas baratas. Y es el peor constructor de bombas que haya habido jamás, incluso entre los árabes.

Luego preguntó:

- ¿Cuánto tiempo le ha dado?

Kurtz fingió no comprender la pregunta:

- ¿Me ha dado? ¿Quién?

- Gavron. ¿Qué plazo tiene? ¿Un mes? ¿Dos meses? ¿Cuál es el trato? Pero Kurtz no siempre se mostraba propicio a ser claro y preciso en sus respuestas: -El trato es que son muchas las personas, en Jerusalén, que prefieren atacar los molinos de viento del Líbano, a luchar contra el enemigo, empleando la sesera.

- ¿Es que Gavron no puede disuadirlos? ¿Es que usted tampoco puede? Kurtz se sumió en un insólito silencio, del que Litvak no sintió la menor gana de sacarle. En el centro del Berlín Occidental no hay oscuridades ni sombras, y en sus aledaños no hay luz. Iban camino de la luz. Una vez más se olvidaron de Gavron, en beneficio de la misión en que estaban ocupados.

Dirigiendo una mirada de soslayo a su jefe, Litvak observó de repente:

- Ha tenido usted un gesto de gran amabilidad para con Peter. Venir a su ciudad, y efectuar el correspondiente viaje para ello, es casi un homenaje.

En tono de ecuanimidad, Kurtz contestó:

- Esta no es su ciudad. Está aquí como un huésped. Consiguió una beca, tiene que aprender su oficio, tiene que organizarse una segunda vida. Estas son las razones por las que Peter se encuentra en Berlín.

- ¿Y es capaz de soportar el vivir en semejante montón de basura? ¿Incluso para hacer una nueva carrera? Después de haber vivido en Jerusalén, ¿puede vivir aquí?

Kurtz no contestó directamente la pregunta, y Litvak tampoco lo esperaba. Kurtz dijo: -Peter prestó sus servicios, Shimon. No hay hombre alguno que los haya prestado mejores, de acuerdo con su capacidad. Luchó duramente en lugares muy difíciles, principalmente

detrás de las líneas enemigas. ¿Por qué no ha de comenzar de nuevo? Tiene derecho a vivir en paz.

Pero Litvak no estaba acostumbrado a dejar sus batallas inconclusas: -En este caso, ¿a santo de qué molestarle? ¿Por qué resucitar lo que ya está muerto? Si está comenzando de nuevo, dejémosle en paz.

- Porque se encuentra en un terreno intermedio, Shimon.

Litvak dirigió una penetrante mirada a Kurtz, para ver en su cara una explicación de estas palabras, pero la cara de Kurtz estaba en la oscuridad. Kurtz dijo:

- Debido a que tiene esa desgana que puede transformarse en un puente. Debido a que medita. ¿No te basta con esto?

Rebasaron la iglesia conmemorativa, y avanzaron por entre los helados fuegos de la Kurfürstendamm, luego volvieron a sumergirse en el amenazador silencio de los oscuros aledaños de la ciudad.

En tono de benévola sonrisa en la voz, Kurtz preguntó:

- ¿Y qué nombre utiliza en la actualidad? Dime qué nombre se atribuye.

Secamente, Litvak repuso:

- Becker.

Kurtz expresó jovial desencanto:

- ¿Becker? ¿Y qué diablos significa este nombre? ¿Peter Becker, siendo un sabra?

Sin ironía, Litvak repuso:

- Es la versión alemana de la versión hebrea de la versión alemana de su apellido. A petición de sus jefes, ha retrocedido a su punto de partida. Ya no es un israelita, es un judío.

Sin dejar de sonreír, Kurtz preguntó:

- ¿Vive con alguna señora? ¿Cómo anda de mujeres en la actualidad?

- Una noche aquí, una noche allá. Nada fijo.

Kurtz rebulló en el asiento para hallar mejor acomodo, y dijo:

- En este caso quizá necesite un trabajo comprometido. Y luego podrá volver al lado de su simpática esposa Frankie, en Jerusalén.

Después de penetrar en una calleja, se detuvieron a corta distancia de una casa de tres plantas, con fachada de piedra moteada. El portal con columnas había sobrevivido a la guerra. A un lado de la casa, a la altura de la calle, en una tienda de telas, iluminada con neones, se exhibían unos deslucidos vestidos femeninos. Un cartel decía: «Sólo al por mayor.»

Litvak dijo:

- Oprima el timbre de arriba. Dos timbrazos, una pausa y un tercer timbrazo y, entonces, saldrá. Le han alojado encima de la tienda.

Kurtz se dirigió hacia la casa, mientras Litvak le decía: -Buena suerte. Realmente le deseo buena suerte.

Litvak miró a Kurtz mientras éste cruzaba la calle. Le vio alejarse con paso decidido, demasiado de prisa. Luego vio que se detenía bruscamente ante el sórdido portal. Vio cómo su recio brazo se alzaba hasta que la mano alcanzó el timbre. Instantes después, la puerta se abría, como si alguien hubiera estado esperando detrás de ella. Y Litvak sospechó que realmente así había sido. Vio que Kurtz separaba los pies e inclinaba los hombros para abrazar a un hombre más bajo que él. Vio que los brazos del otro hombre abrazaban a Kurtz en un rápido y enérgico abrazo militar. La puerta se cerró, quedando Kurtz dentro.

Mientras conducía lentamente al través de la ciudad, Litvak dirigió furiosas miradas a cuanto veía, dando así salida a su sentimiento de celos. Para él, Berlín era un lugar odioso, un enemigo heredado para siempre. Berlín, palestra del terror ahora y siempre. Litvak se dirigía a una pensión que causaba la impresión de que nadie durmiera en ella, ni siquiera él. A las siete menos cinco, estaba de regreso en la calleja en que había dejado a Kurtz. Tocó el timbre, esperó un instante y oyó pasos bajando la escalera, pasos de un solo hombre. Se abrió la puerta y Kurtz salió con alivio al aire matutino. Luego, se desperezó como un viejo perro. Iba sin afeitar y se había quitado la corbata.

Tan pronto se encontraron en el interior del automóvil, Litvak le preguntó:

- ¿Bien?

- ¿Bien, qué?

- ¿Qué ha dicho? ¿Lo hará o prefiere vivir tranquilamente en Berlín, y aprender a fabricar ropas para un atajo de campesinos polacos?

Kurtz pareció genuinamente sorprendido. Se encontraba en mitad de aquel movimiento que tanto había fascinado a Alexis, el movimiento mediante el que ponía su reloj de pulsera al alcance de su vista, mientras echaba hacia atrás la manga con la mano derecha. Pero, al oír la pregunta de Litvak interrumpió el movimiento y dijo:

- Es un oficial de Israel, Shimon.

Luego sonrió tan cálidamente que Litvak, pillado de sorpresa, le devolvió la sonrisa. Kurtz

dijo:

- Reconozco que primero dijo que prefería seguir estudiando su nueva profesión en sus muchos y diferentes aspectos. Habló de su excelente actuación en Suez, el año sesenta y tres. Luego dijo que el plan no podía tener éxito, por lo que discutimos detalladamente los inconvenientes de vivir encubiertos en Trípoli y de mantener una red

de agentes libios extremadamente mercenarios, cosa que él hizo durante tres años, si mal no recuerdo. Luego dijo, «Busca a un hombre más joven», palabras que ninguno de los dos tomamos en serio, y recordamos sus muchas incursiones nocturnas en el Jordán, así como las limitaciones de la acción militar contra objetivos guerrilleros, punto en el que estuvimos plenamente de acuerdo. Después de esto, hablamos de estrategia. ¿Y qué más…?

- ¿Y el parecido es suficiente? ¿Su altura, su cara?

Las facciones de Kurtz se endurecieron, resaltando sus viejas arrugas, y contestó:

- Si, el parecido es suficiente. Lo estudiamos. Y, ahora no me hables más de este hombre, ya que, de lo contrario, me inducirías a quererle demasiado.

Kurtz abandonó su grave talante y se echó a reír hasta el punto de que lágrimas de alivio y de cansancio resbalaron por sus mejillas. Litvak también rió, y gracias a la risa su envidia se esfumó. Estos bruscos y alocados cambios de humor estaban profundamente arraigados en la manera de ser de Litvak, en la que actuaban muchos factores contradictorios. ¿Cómo se veía a sí mismo? Un día se veía como un huérfano de un kibbutz, de veinticuatro años de edad, y sin un solo pariente vivo, el día siguiente se veía como un hijo adoptivo de una fundación ortodoxa norteamericana y de las fuerzas especiales, y otro día se veía como un policía al servicio de Dios, entregado a la limpieza del mundo.

Tocaba el piano maravillosamente.

En lo referente al secuestro poco cabía decir. Con un equipo experto, estos asuntos se llevan a cabo muy de prisa y casi rutinariamente en los actuales tiempos, o no se pueden llevar a cabo. Únicamente la posible magnitud de la presa le dio emoción. No hubo estruendo de tiros ni brutalidades, sino tan sólo el acto de apoderarse de un Mercedes color rojo vino y de su ocupante, el conductor, en Grecia, a unos treinta kilómetros de la frontera grecoturca. Litvak estuvo al mando del equipo y, como de costumbre, cuando se hallaba en el campo de operaciones, lo hizo de manera excelente, tan tranquilo y con la mente tan clara como un buen navegante en plena tormenta. Kurtz, que se hallaba de nuevo en Londres para resolver una súbita crisis que se había producido en el Comité Literario de Schwili, pasó las horas decisivas sentado junto a un teléfono en la embajada de Israel. Los dos chicos de Munich, después de haber comunicado la devolución del automóvil alquilado, sin que éste fuera sustituido por otro, siguieron a Yanuka hasta el aeropuerto y, naturalmente, tres días después se volvieron a tener noticias de Yanuka en Beirut, cuando un equipo de vigilancia auditiva que operaba desde un sótano del barrio palestino, captó la alegre voz de Yanuka saludando a su hermana

Fatmeh, que trabajaba en una de las oficinas revolucionarias. Dijo que había llegado para pasar un par de semanas y saludar a sus amigos. ¿Tenía su hermana un rato libre? Los del equipo auditivo dijeron que el tono de Yanuka era verdaderamente alegre, excitado, franco, apasionado. Sin embargo, Fatmeh reaccionó con frialdad. O bien Fatmeh no aprobaba de todo corazón la actitud de Yanuka, o bien sabía que tenía el teléfono intervenido. Quizás ambas cosas. El caso es que hermano y hermana no se reunieron.

Volvió a ser detectado, cuando llegó por vía aérea a Estambul, en donde se alojó en el Hilton, utilizando un pasaporte diplomático chipriota. Durante dos días, Yanuka se entregó a los placeres religiosos y seculares que la ciudad ofrecía. Quienes le siguieron dijeron que causaba la impresión de tomarse una última ración de Islam antes de regresar a los cristianos pagos de Europa. Visitó la mezquita de Solimán el Magnífico, en donde fue visto entregado a la oración no menos de tres veces, y luego se le vio haciéndose lustrar sus zapatos Gucci, en el verde paseo que corre junto al Muro del Sur. También bebió varios vasos de té en compañía de dos apacibles individuos que fueron fotografiados, aunque no identificados. Fue una pista falsa, y en manera alguna se trató del contacto que se esperaba. Yanuka se rió mucho al ver a unos cuantos viejos que con un rifle de aire comprimido disparaban dardos emplumados contra una caja de cartón. Quiso participar en el juego, pero no le dejaron.

En los jardines de la plaza de Sultanahmed, se sentó en un banco entre naranjos y entre las flores de color malva de los parterres, y contempló pacíficamente las cúpulas y los minaretes que se alzaban a su alrededor, observando asimismo los grupos de turistas americanos que soltaban risitas, fijándose de modo especial en el formado por un grupo de chicas jóvenes ataviadas con pantalones cortos. Pero algo le impidió acercarse a ellas, lo cual hubiera sido su normal conducta, y charlar y reír hasta ser aceptado. Compró diapositivas y postales a los niños que las vendían, sin fijarse en los escandalosos precios, vagó por los alrededores de Santa Sofía, contemplando con igual placer las glorias del Bizancio de Justiniano como las de la conquista otomana, y se le oyó emitir un grito de sincero pasmo al contemplar las columnas arrastradas desde Baalbek, en el país que tan recientemente había dejado.

Pero cuando más devota concentración mostró fue al contemplar el mosaico en el que se ve a Constantino ofreciendo su iglesia y su ciudad a la Virgen María, sí, ya que éste fue el punto en que Yanuka hizo su clandestina conexión. Se trataba de un hombre alto y de lentos movimientos, con un ancho sombrero, que inmediatamente se convirtió en su guía. Hasta el momento, Yanuka había rechazado enérgicamente todas las ofertas en este sentido, pero aquel hombre le

dijo algo que, juntamente con el lugar y el momento en que lo dijo, convenció inmediatamente a Yanuka. El uno al lado del otro, hicieron un segundo y algo apresurado recorrido del interior, admirando cual era de prever la antigua cúpula sin apoyaturas, y luego, a bordo de un viejo Plymouth norteamericano, rodaron junto al Bósforo, hasta llegar a un aparcamiento cercano a la carretera de Ankara. El Plymouth se fue y Yanuka quedó una vez más solo en el mundo, pero, en esta ocasión, siendo poseedor de un bonito Mercedes rojo vino, que condujo tranquilamente hasta el Hilton, en donde registró el automóvil como objeto de su propiedad.

Yanuka no fue a la ciudad aquella noche, ni siquiera para admirar a las tan celebradas artistas de la danza del vientre del Kervansaray, que tanto le habían gustado en la noche anterior. Yanuka volvió a ser visto a muy primera hora del día siguiente, cuando emprendió camino hacia el oeste, a lo largo de la recta carretera de piso ondulado que, al través de las llanuras, lleva a Edirne e Ipsala. Al principio, el día era neblinoso y frío y los horizontes brumosos. Se detuvo en un pueblo para tomar café, y sacó una fotografía de un estornino que había anidado en la cúpula de una mezquita. Se subió a un montículo y orinó, contemplando el mar. El día comenzó a ser caluroso, y las áridas colinas se tornaron de color rojo y amarillo. A la izquierda de Yanuka, el mar pasaba por entre las colinas. En una carretera con aquellas características, los que seguían a Yanuka no tuvieron más remedio que seguirle a «horcajadas», como se dice en su jerga, mediante un automóvil delante, y muy lejos, y otro automóvil detrás, también muy lejos, confiando en que a Yanuka no se le ocurriera tomar una imprevista desviación, de lo cual era muy capaz. Pero el carácter desértico de la zona no les daba otra opción, ya que los únicos signos de vida a lo largo de millas y millas eran tiendas de gitanos o de algún joven pastor, y algún que otro taciturno hombre vestido de negro cuya vida entera parecía consagrada a observar el extraño fenómeno del movimiento. Al llegar a Ipsala, sorprendió a todos al tomar en la bifurcación el ramal que conducía a la ciudad, en vez de seguir hasta la frontera. ¿Iba a devolver el automóvil? ¡Dios no lo quisiera! Entonces, ¿qué diablos buscaba en una pequeña y apestosa ciudad fronteriza turca?

Buscaba a Dios. En una oscura mezquita de la plaza principal, en el mismísimo límite con la cristiandad, Yanuka se encomendó una vez más a Alá, lo cual, como dijo después Litvak, con negro sentido del humor, fue una excelente medida para Yanuka. Al salir, fue mordido por un pequeño perro de pelo pardo, perro que escapó antes de que Yanuka pudiera vengarse. Esto también fue considerado de mal augurio.

Por fin, con el intenso alivio de todos, Yanuka volvió a la

carretera principal. El punto de paso fronterizo, en este lugar, es un hostil establecimiento. Los turcos y los griegos no hacen buenas migas. La zona está minada sin ton ni son en ambos lados. Hay terroristas y contrabandistas de todo tipo, con sus diferentes rutas y sus diferentes propósitos. Los tiroteos son frecuentes, aunque rara vez se habla de ello. En la zona turca hay un cartel que, en inglés, dice: «Buen viaje», pero no consta expresión alguna de buenos deseos para los griegos. Primero se llega a un punto en el que se ve el emblema nacional turco, pintado en un cartel, después se llega a un puente que pasa por encima de un caudal de perezosas aguas, a continuación se llega a una pequeña y nerviosa cola para cumplir con los formalismos turcos de emigración. Yanuka se negó a pasar estas formalidades, amparándose en su pasaporte diplomático, y se salió con la suya, con lo cual sólo consiguió acelerar su desdicha. Después, entre la policía turca y los centinelas griegos, hay una tierra de nadie con una extensión de unas veinte yardas, en la que Yanuka se compró una botella de vodka, exenta de impuestos, y se tomó un helado en un café, vigilado por un muchacho de aspecto ensoñado y de larga melena, llamado Reuven, que había pasado las tres últimas horas comiendo pastelillos allí. El último toque turco es un gran busto en bronce de Ataturk, el visionario y decadente, que contempla con severidad las hostiles llanuras griegas. Tan pronto Yanuka hubo rebasado el busto, Reuven montó en su motocicleta y transmitió una señal de cinco puntos a Litvak, quien esperaba a unos treinta kilómetros en el interior de Grecia, aunque fuera de la zona militar, en un punto en que el tránsito tenía que reducir velocidad, hasta la propia de un hombre al paso, debido a unas obras. Luego, Reuven se apresuró a reunirse con sus compañeros para estar presente en el jaleo que se avecinaba.

Se sirvieron de una chica, lo cual era cosa de sentido común si se tenía en consideración la proclividad de Yanuka, y dieron una guitarra a la chica, lo que fue un certero detalle, ya que en los actuales tiempos una guitarra legitimiza a una muchacha, incluso en el caso de que no sepa tocarla. La guitarra es el uniforme de cierto espiritual pacifismo, cual habían podido observar recientemente en otros lugares. Dudaron si utilizar una chica rubia o morena, sabedores de que Yanuka era partidario de las rubias, aun cuando teniendo en cuenta que Yanuka siempre estaba dispuesto a hacer excepciones. Por fin se decidieron por una chica morena, debido a que era de más buen ver, contemplada de espaldas y a que caminaba con más garbo, y la situaron en el punto en que terminaban las obras. Estas obras fueron providenciales. Así lo creyeron. Algunos incluso llegaron a creer que Dios -el Dios judío- y no Kurtz o Litvak era quien estaba dirigiendo la operación.

Primero estaba el asfalto, después, sin previo aviso, venía la zona

de piso levantado con pedruscos del tamaño de pelotas de golf, aunque con aristas. Luego estaba una rampa de madera, con parpadeantes luces de aviso amarillas, y el aviso de que la velocidad máxima era de diez kilómetros por hora, aunque sólo un loco se hubiera atrevido a superar este límite. Luego, junto al termino de la rampa de madera, estaba la muchacha avanzando por la senda destinada a peatones. A la chica le dijeron: «Tú camina a tu aire natural, no andes puteando, pero levanta el pulgar.» Lo único que preocupaba a los hombres del equipo judío consistía en que la chica era tan linda que bien podía llevársela otro individuo antes de que llegara Yanuka. Una característica particularmente favorable del lugar era que una ancha línea divisoria separaba el escaso tránsito, temporalmente. Una franja de tierra de nadie separaba al tránsito que avanzaba hacia el este del que avanzaba hacia el oeste, y en esta franja estaban las barracas de los obreros, tractores, y todo género de elementos para la reparación de la carretera. Allí se hubiera podido esconder a un regimiento entero, sin que nadie se enterase. Aunque los judíos no formaban un regimiento. El equipo estaba integrado por siete personas, incluyendo a Litvak y a la chica-reclamo. Gavron no era capaz de gastar ni un centavo más. Los otros chicos eran muchachos vestidos con ligeras prendas de verano y calzados con zapatillas de lona. Pertenecían a esa clase de muchachos que son capaces de pasarse el día entero con la vista fija en sus pies, sin que nadie se pregunte por qué diablos no hablan. Pero que de repente actúan con la velocidad del rayo, para volver a quedar aletargados.

Era media mañana, el sol estaba alto y el aire era polvoriento. Circulaban grises camiones cargados con algo que parecía cal o arcilla. El reluciente Mercedes de color rojo vino -que no era nuevo, pero en excelente estado- destacaba entre los restantes vehículos como un coche nupcial entre camiones de recogida de basura. Entró en la zona que precedía a la de las obras a treinta klómetros por hora, lo cual era excesivo, frenó cuando los pedruscos comenzaron a rebotar contra los bajos. Entró en la rampa a veinte, bajó a quince y luego a diez, y cuando el automóvil pasó junto a la muchacha todos los miembros del equipo israelita vieron cómo Yanuka volvía la cabeza para comprobar si la parte delantera de la chica estaba tan bien como la trasera. Y sí, lo estaba. Yanuka condujo pensativo durante cincuenta yardas más, hasta llegar a la zona de asfalto, y durante un mal momento, Litvak es-tuvo convencido de que tendría que utilizar el plan alternativo, que era mucho más complicado y que comportaba el empleo de un segundo equipo, el fingir un accidente de tránsito cien klómetros más allá, y otras cosas. Pero la lujuria, o la naturaleza, o como se llame eso que nos induce a comportarnos como tontos, predominó. Yanuka arrimó el coche a la vera de la carretera, bajó el cristal de la ventanilla

eléctrica, asomó su joven y hermosa cabeza, rebosante de alegría de vivir, y contempló cómo la chica avanzaba hacia él, caminando maravillosamente bajo la luz del sol. Cuando la muchacha llegó junto a Yanuka, éste le preguntó si tenía el proyecto de ir a pie hasta California. La muchacha le contestó, también en inglés, que se dirigía, «más o menos» a Tesalónica, ¿no seguiría él igual camino? Según la muchacha, Yanuka le contestó «tan más o menos como tú quieras», pero sólo la muchacha le oyó, por lo que éste fue uno de los puntos constantemente discutidos, después de la operación. El propio Yanuka negó haber dicho ni media palabra, por lo que quizá la chica adornó con un poco de fantasía su triunfo. Los ojos de la chica, todas sus características eran realmente un encanto, y el lento movimiento del cuerpo de la muchacha absorbió íntegramente la atención de Yanuka. ¿Acaso un buen muchacho árabe, que había pasado dos semanas de austera educación política complementaria en las montañas del sur del Líbano podía pedir algo más que aquella visión, con pantalones tejanos, recién salida de un harén?

Hay que advertir que Yanuka era esbelto y de apariencia extremadamente apuesta, con hermosos rasgos semíticos parecidos a los de la chica, y que estaba dotado de contagiosa alegría. De ello resultó una mutua atracción, esa clase de atracción que puede darse instantáneamente entre dos personas físicamente atractivas, en la que las dos parecen realmente compartir la imagen de sí mismos haciendo el amor. La muchacha, siguiendo las instrucciones recibidas, dejó la guitarra, con un gracioso movimiento del cuerpo se quitó del hombro la bolsa de viaje y la dejó caer con alivio en el suelo. El efecto de este movimiento de desnudarse, había afirmado Litvak, obligaría a Yanuka a hacer una de las dos cosas siguientes: o bien abrir desde dentro la puerta trasera del automóvil, o bien salir del automóvil y abrir el portamaletas. En ambos casos quedaría en situación de ser atacado. También es verdad que en algunos modelos de la marca Mercedes, el portamaletas puede abrirse desde el interior del coche. Pero no en aquel modelo. Litvak lo había averiguado. Y también sabía con certeza que el portamaletas estaba cerrado con llave. Por otra parte, hubiera sido tonto ofrecer la chica a Yanuka al otro lado de la frontera, en territorio turco debido a que, por buenos que fueran los documentos de Yanuka, y realmente eran buenos, éste no iba a ser tan estúpido de aumentar los riesgos propios de cruzar una frontera, por el medio de llevar a bordo una carga desconocida.

En realidad, Yanuka hizo lo que todos los miembros del equipo israelita estimaban más deseable. En vez de echar un brazo atrás y abrir manualmente la puerta trasera, lo cual hubiera podido hacer perfectamente, decidió, quizá para impresionara la muchacha, utilizar el mecanismo de apertura automático, con lo que no sólo abrió una

puerta, sino también las otras tres. La muchacha tiró de la puerta trasera más cercana a ella y, quedándose fuera, arrojó la bolsa de viaje y la guitarra en el asiento. Cuando la muchacha hubo cerrado de nuevo la puerta, y había emprendido lánguidamente el camino hacia la puerta delantera, como si se dispusiera a sentarse al lado de Yanuka, un hombre ya había puesto el cañón de su pistola en la sien de éste, mientras Litvak, con aspecto más frágil que nunca, arrodillado detrás del asiento del conductor, había hecho presa en la cabeza de Yanuka, mediante una llave mortífera, y, al mismo tiempo le administraba la droga que, según le habían asegurado con toda firmeza, era la más adecuada para un hombre con el historial médico de Yanuka. Durante la adolescencia, tuvo ciertos problemas de asma.

Después, lo que más sorprendió a todos fue el silencio en que se desarrolló la operación. Litvak, incluso mientras esperaba que la droga produjera efectos, oyó claramente, destacando sobre el murmullo del tránsito el sonido de unas gafas de sol al caer al suelo, y durante un terrible instante pensó que había sido el pescuezo de Yanuka, lo cual lo hubiera estropeado todo. Al principio, el equipo israelita temió que Yanuka se hubiera olvidado las placas de matrícula falsa y correspondientes documentos falsificados, que utilizaría posteriormente, o bien que los tuviera en algún lugar oculto, pero con el consiguiente placer lo encontraron todo esmeradamente colocado en el interior de la elegante maleta negra de Yanuka, junto con varias camisas de seda confeccionadas a mano y unas cuantas ostentosas corbatas, todo lo cual se vieron obligados a quedarse para sus propios fines, así como el hermoso reloj Cellini de Yanuka, su brazalete de cadena de oro, y el amuleto chapado en oro que Yanuka solía llevar junto al corazón, y que se creía era un regalo de su amada hermana Fatmeh. Otro delicioso aspecto de la operación -y que a nadie se debió, como no fuera al propio Yanuka- consistió en que el automóvil llevaba cristales fuertemente ahumados para impedir que las gentes vulgares vieran lo que pasaba en su interior. Este fue el primero entre los muchos ejemplos ilustrativos de la manera en que Yanuka se convirtió en fatal víctima de sus propias aficiones al lujoso vivir. Llevar el coche en dirección sur, después de todo lo anterior, no fue problema alguno. Probablemente hubieran podido llevarlo a donde hubiesen querido sin que nadie se enterase. Pero, para mayor seguridad, habían contratado una camioneta que aparentemente transportaba abejas a su nuevo hogar. En aquella región había un muy notable tráfico de abejas, y, cual Litvak muy razonablemente concluyó, incluso el policía más entrometido se lo piensa dos veces antes de invadir la intimidad de las abejas.

El único factor que realmente no se previó fue la mordida del perro. ¿Tendría la rabia el animalillo? Por si acaso, compraron suero

antirrábico y se lo inyectaron a Yanuka.

Teniendo ya a Yanuka temporalmente apartado de la vida social, lo más importante era conseguir que nadie, en Beirut o en cualquier otra parte del mundo, se diera cuenta de su ausencia. Los israelitas ya sabían que Yanuka era persona de carácter naturalmente independiente y libre. Sabían que rendía culto al comportamiento ilógico. Que gozaba de justa fama por su costumbre de alterar sus planes en cuestión de segundos, basándose parcialmente en caprichos y basándose también parcialmente en que tenía fe, con toda razón, en que éste era el mejor medio para despistar a sus perseguidores. Los israelitas estaban al tanto de la pasión que recientemente Yanuka había adquirido por cuanto fuera griego, y de su conocida costumbre de ir en busca de antigüedades, mientras estaba de paso en Grecia. En su último viaje, Yanuka se había adentrado en el sur de Grecia hasta llegar a Epidavros, sin decir nada a nadie, lo cual significaba una gran desviación de su camino, sin que nadie supiera la razón por la que lo hizo. Este comportamiento errático había sido la causa y razón de que resultara muy difícil atrapar a Yanuka. Este mismo comportamiento, utilizado en contra de Yanuka, cual era ahora el caso, dejaba a éste, en opinión de Litvak, en situación de insalvable, debido a que los propios hombres del bando de Yanuka se tropezaban con tantas dificultades para seguir su rastro cual antes los enemigos de Yanuka. El equipo israelita se apoderó de Yanuka y lo quitó de la circulación. El equipo esperó. Y en ninguno de los lugares en que dicho equipo tenía oídos prestos a escuchar se oyó nada; no sonó ni un solo timbre de alarma, ni un solo murmullo de inquietud. Cautelosamente, Litvak concluyó que si los jefes de Yanuka tenían una idea de su personalidad, esta idea los llevaba a pensar que Yanuka había desaparecido temporalmente, en busca de experiencias vitales y -¿quién sabe?, ¿por qué no?- de nuevos soldados que defendieran su causa.

En consecuencia, la novela, que era tal como Kurtz y sus colegas lo llamaban ahora, podía comenzar. El que esta novela también pudiera terminar, el que Kurtz tuviera tiempo, medido por su viejo reloj de acero, para desarrollarla de la forma prevista, esto ya era harina de otro costal. Las presiones que condicionaban la actuación de Kurtz eran de dos tipos diferentes. La primera de ellas consistía en una disyuntiva basada en tener que dar muestras de progresos en la operación o, por otra parte, tener que aguantar que Misha Gavron diera carpetazo al asunto, dejando a Kurtz con una mano delante y otra detrás. La segunda presión era la amenaza esgrimida por Misha Gavron, en el sentido de que si no se producían los antes mentados progresos, él, Gavron, ya no tendría el poder suficiente para acallar los crecientes clamores en petición de una solución militar de tan enojoso problema. Esto último era algo que aterraba a Kurtz.

En una de sus muchas y frecuentes discusiones, Gavron le dijo gritando a Kurtz:

- ¡Me estás echando sermones como los que suelen soltar los ingleses! -Y, acto seguido, Gavron añadió-: ¡Y fíjate en los crímenes de esa gente, en los crímenes de los ingleses!

Kurtz esbozó una sonrisa furiosa, y con fingida calma aconsejó a su jefe:

- Bueno, en este caso quizá debiéramos bombardear también a los ingleses.

Pero el tema de los ingleses no era, en aquellos momentos, oportuno. No, debido a que se daba la paradoja de que Kurtz, ahora, comenzaba a pensar que los ingleses podían ser su salvación.

3

Fueron formalmente presentados en la isla de Mikonos, en una playa con dos merenderos, durante un tardío almuerzo, en la segunda mitad del mes de agosto, en el tiempo en que el sol de Grecia pega más duro, aproximadamente. Dicho en términos históricos un poco más amplios, el encuentro se produjo cuatro semanas después de que los aviones a reacción israelitas bombardearan el populoso barrio palestino de Beirut, en lo que después se denominó operación encaminada a aniquilar a los dirigentes palestinos, aun cuando no había dirigente alguno entre los centenares de muertos, a no ser, desde luego, que se tratara de futuros dirigentes, ya que muchos de los muertos eran niños.

Alguien dijo en tono excitado:

- ¡Charlie, quiero que conozcas a Joseph!

Y el deseo se cumplió.

Sin embargo, los dos se comportaron como si la presentación apenas hubiera tenido lugar. Ella frunció las cejas, en su habitual ceño revolucionario, y ofreció la mano para ejecutar un apretón de manos propio de una colegiala inglesa, de absolutamente total brutalidad. Y él le dirigió una mirada calma y de tolerante aprecio, aunque totalmente carente de ambiciones.

El dijo:

- Mucho gusto, Charlie.

Y sonrió justamente lo preciso para ser cortés. Pero, a fin de cuentas, fue él, y no Charlie, quien dijo: «Mucho gusto.»

Charlie advirtió que aquel hombre tenía el hábito militar de oprimir los labios inmediatamente antes de hablar. La voz de aquel hombre, de matices extranjeros y muy controlada, tenía cierta obsesionante tolerancia. Charlie estaba más consciente de lo que aquella voz callaba que no de lo que la voz decía. El comportamiento de aquel hombre hacia ella era lo opuesto a la agresión.

El nombre de Charlie era, en realidad, Charmian, pero todos la llamaban Charlie, y, a menudo, Charlie la Roja, en méritos del color de su cabello y de sus actitudes radicales un tanto locas, actitudes que

constituían su manera de demostrar su interés por el prójimo, y de atacar las injusticias. Charlie era como un apéndice de una endeble compañía de jóvenes actores ingleses que dormían en una ruinosa casa de campo que se alzaba a cosa de media milla de la costa, compañía que iba a la playa como una familia siempre unida. El modo en que habían ido a parar a aquella casa de campo, y el modo en que habían ido a parar a aquella isla, era un milagro para todos los miembros de la compañía, aun cuando, por su condición de actores, los milagros no los sorprendían. El mecenas de esta compañía teatral era una opulenta empresa de Londres que recientemente había decidido convertirse en la providencia del teatro itinerante. Terminada la gira por provincias, la media docena de principales miembros de la compañía quedó pasmada al enterarse de que aquella empresa obsequiaba a todos con un período de descanso y diversión, a costa de la empresa. En un vuelo charter fueron transportados a la isla, la casa de campesinos los esperaba amablemente, y el dinero para gastos quedó asegurado gracias a un modesto aumento de los sueldos. Era demasiado amable, demasiado generoso, demasiado súbito, y hacía ya demasiado tiempo. Cuando recibieron la noticia, todos se mostraron gozosamente de acuerdo en que sólo un hatajo de cerdos fascistas podía comportarse con tal filantropía, una filantropía que los dejaba desarmados. Después de esto, se olvidaron todos de la manera en que habían llegado a aquel lugar. Y olvidados de ello estaban hasta el momento en que alguno levantaba medio dormido el vaso y murmuraba el nombre de la empresa, en un tibio brindis.

Charlie no era, ni mucho menos, la más linda de las chicas, a pesar de que su sexualidad era patente, lo mismo que su buena voluntad, siempre incurable y jamás totalmente oculta por sus actitudes voluntariamente adoptadas. Lucy, a pesar de ser estúpida, era preciosa, en tanto que Charlie, de acuerdo con los generales criterios, resultaba un tanto insulsa, ¡noche, con su fuerte y larga nariz, con la cara prematuramente hosca, que en un momento determinado parecía infantil y en el instante siguiente quedaba tan vieja y fúnebre que causaba la impresión de haber tenido una vida terrible hasta el presente momento y se temía lo que la muchacha podía llegar a ser. A veces, Charlie era la huerfanita de la compañía, en otras ocasiones era la madre, quien contaba el dinero, quien sabía dónde se encontraba el medicamento para curar picadas, o las tiras para poner en los cortes en los pies. En estas últimas funciones, Charlie era la que más corazón tenía y la más capacitada. De vez en cuando, Charlie se transformaba en la conciencia de la compañía, los reñía a gritos por algún imaginario o real delito de chauvinismo, de sexismo o de occidental apatía. Sus derechos a actuar de semejante manera tenían su fundamento en la clase social a que Charlie

pertenecía, ya que era el elemento distinguido de la compañía. Había sido educada en escuelas de pago y era hija de un agente de cambio y bolsa, aun cuando era preciso tener en cuenta, cual Charlie jamás se cansaba de repetir a sus compañeros, que dicho señor, pobre hombre, acabó entre rejas, por defraudar a sus clientes. Pero la distinción siempre se nota.

Y, por fin, Charlie era indiscutiblemente, la primera dama de la compañía. Cuando llegaba la noche y la familia teatral se dedicaba a representar pequeños dramas, todos ataviados con las túnicas playeras y tocados con sombreros de paja, Charlie, en el caso de que se dignara tomar parte en la representación, era sin la menor duda la mejor, Si se dedicaban a cantar, Charlie era quien tocaba la guitarra mucho mejor de lo que las voces de los demás se merecían. Charlie sabía las canciones populares de protesta, y las cantaba airadamente y con cierto masculino matiz. En otras ocasiones todos se reunían para fumar marihuana y beber retsina, que compraban a treinta dracmas el medio litro. Si, todos menos Charlie, quien se mantenía apartada, cual si ya hubiera fumado y bebido cuanto se puede fumar y beber en la vida.

Con voz adormilada, Charlie les advertía en estas ocasiones: -Esperad a que amanezca mi revolución. Os obligaré a todos, críos indecentes, a cosechar nabos antes del desayuno.

Ante estas palabras, todos fingían temor, y le preguntaban: -¿Y dónde comenzará la revolución? ¿Dónde caerá la primera cabeza?

A lo que Charlie, recordando su tormentosa infancia en un lujoso barrio residencial, contestaba:

- En el maldito Rickmansworth. Lo primero que haremos será arrojar sus malditos automóviles Jaguar a sus malditas piscinas.

Y todos emitían gemidos de terror, a pesar de que sabían que Charlie tenía una marcada debilidad por los automóviles rápidos.

Pero, entre una cosa y otra, la amaban. Indiscutiblemente. Y Charlie, a pesar de que lo negaba, les correspondía.

Contrariamente, Joseph, cual le llamaban, no formaba parte de la familia. Ni siquiera era, como Charlie, un miembro disidente. Joseph gozaba de una autosuficiencia que, para ánimos menos templados, equivalía a la valentía. No tenía amigos, pero no se quejaba, era el extraño que a nadie necesitaba, ni siquiera a ellos. Sólo necesitaba una toalla, un libro, una botella de agua y su sitio privado y particular en la playa. Únicamente Charlie sabía que Joseph era un fantasma.

La primera vez que Charlie avistó a Joseph fue en la mañana subsiguiente a la gran pelea que Charlie tuvo con Alastair, y que Charlie perdió por clarísimo fuera de combate. Charlie padecía una fatal debilidad que la llevaba siempre a sentirse atraída por brutos, y el bruto correspondiente a aquel día fue un escocés borracho, de dos

metros de altura, a quien la familia conocía con el nombre de Long Al, quien los amenazó a todos, y citó erróneamente al anarquista Bakunin. Lo mismo que Charlie, el escocés era pelirrojo, tenía la piel blanca, y ojos azules de dura expresión. Cuando los dos salían del agua con el cuerpo reluciente, juntos los dos, parecían personas pertenecientes a una raza distinta de la de todos los demás, y sus expresiones ceñudas revelaban que estaban al tanto de ello. Cuando los dos partían repentinamente, cogidos de la mano, camino de la casa de campo, sin decir nada a nadie, se sentía el carácter imperativo de su deseo, como un dolor que uno hubiera padecido, pero que jamás hubiera compartido. Pero, cuando se peleaban, que era lo que ocurrió en la noche anterior, su encono hería de tal manera a las almas tiernas, cual las de Willy y Pauly, que los dueños de dichas almas tenían que irse y mantenerse alejados hasta que la tormenta hubiera pasado. Y en esta ocasión, Charlie también huyó, se refugió en un rincón para lamerse las heridas. Despertó bruscamente a las seis en punto y decidió tomar un baño solitario, para luego ir al pueblo y regalarse con un desayuno y un diario de lengua inglesa. Y mientras Charlie compraba el Herald Tribune, se produjo la aparición. Fue un clásico fenómeno parapsicológico.

El era el hombre del blazer rojo. En aquellos instantes se encontraba exactamente detrás de Charlie, y compraba un libro de bolsillo, sin hacer el menor caso de la muchacha. Sin embargo, en aquella ocasión el hombre del blazer rojo no llevaba blazer rojo, sino camiseta de manga corta, calzones cortos y sandalias. Pero era el mismo hombre, sin duda alguna. El mismo cabello corto, negro, con blanca escarcha en las puntas y que se rebelaba en la parte central de la frente; la misma mirada cortés de sus ojos castaños, mirada respetuosa de las pasiones ajenas, mirada que había estado fija en Charlie, como una negra linterna situada en la primera fila del Barrie Theater de Nottingham, durante medio día. En la primera sesión y, luego, en la segunda, aquellos ojos sólo estuvieron fijos en Charlie, pendientes de todos sus movimientos. Era una cara que el paso del tiempo no había endurecido ni suavizado, ya que era tan invariable y fija como un grabado. Una cara que, para Charlie, representaba una fuerte y constante realidad, en contraste con las muchas máscaras propias de los autores.

Charlie interpretaba Juana de Arco, y estaba furiosa con el delfín, quien se hallaba lejos de ella, en una posición más elevada, y que con su presencia anulaba todos los parlamentos de Charlie. Por esta razón, hasta el último cuadro, Charlie no se dio cuenta de que aquel hombre estaba sentado entre los niños en edad escolar, en primera fila de una platea sólo mediada. Si la iluminación del escenario no hubiera sido tan débil, Charlie probablemente jamás hubiera visto al hombre en

cuestión, pero el sistema de iluminación de la compañía había quedado en Derby, y todos estaban esperando su llegada, por lo que en el escenario no imperaba aquel resplandor que hubiera impedido a Charlie ver al hombre en cuestión. Al principio, Charlie pensó que el individuo era un maestro. Pero, cuando los chicos se fueron, el hombre se quedó, leyendo lo que Charlie supuso era el texto de la obra interpretada, o quizá su presentación. Y cuando se levantó de nuevo el telón para la representación de la noche, el hombre seguía allí, en medio, con su plácida mirada sin reacciones fija en ella, igual que antes. Cuando el telón bajó, Charlie sintió rencor debido a que el telón la privaba de la presencia de aquel hombre.

Pocos días después, en York, cuando Charlie ya se había olvidado de aquel hombre, tuvo la impresión, hasta el punto de estar dispuesta a jurar que era cierta, de verle de nuevo. Pero la certeza de Charlie no era absoluta. En esta ocasión las luces del escenario eran tan fuertes que Charlie no pudo traspasar la barrera luminosa, y esta vez fue el inquisidor quien la dominó. El hombre no se quedó en la butaca durante los entreactos. De todas maneras, Charlie hubiera jurado que se trataba de la misma cara, en primera fila, en una butaca central, con la vista fija en ella, y también con el mismo blazer rojo. ¿Se trataría de un crítico? ¿De un productor? ¿De un agente? ¿De un director de cine? ¿Sería un empleado de la empresa patrocinadora que había sustituido al consejo artístico en el mecenazgo de la compañía teatral? El hombre era tan flaco y tan observador en su inmovilidad que difícilmente podía tratarse de un profesional del comercio que vigilaba la inversión de la empresa. En cuanto a los críticos, los agentes y todos los demás, sólo por milagro permanecían durante más de un acto en su butaca, y jamás veían dos representaciones consecutivas. Y, cuando Charlie le vio por tercera vez, o pensó verle, justamente cuando se disponía a irse de vacaciones, en realidad en la última representación de la temporada, apostado junto a la salida de artistas de un pequeño teatro del East End, poco faltó para que Charlie le preguntara a gritos qué diablos quería, si era un Jack el Destripador en potencia, un cazador de autógrafos, o un normal maníaco sexual como todos nosotros. Pero el aire comedido y decente de aquel hombre impidió a Charlie llevar a efecto sus propósitos.

En consecuencia, la visión de dicho hombre, ahora, situado a menos de una yarda de ella, aparentemente inconsciente de su presencia, contemplando los libros exhibidos con el mismo solemne interés que pocos días antes había dedicado generosamente a la propia Charlie, fue causa y motivo de que ésta se sintiera profundamente agitada. Charlie se volvió hacia él, fijó la mirada en sus ojos tranquilos, y, durante un segundo, Charlie miró al hombre con mucha más intensidad de lo que jamás el hombre la hubiera mirado a ella. Y

Charlie tenía la ventaja de llevar gafas de cristales oscuros que se había puesto para ocultar un morado. Visto de cerca, el hombre pareció a Charlie mayor de lo que antes había supuesto, más delgado y de aspecto más fatigado. Charlie pensó que a aquel hombre le hacía falta dormir, y se preguntó si acaso padecía las consecuencias de rápidos viajes en avión, sí, ya que el punto externo de unión de los párpados apuntaba hacia abajo. Sin embargo, el hombre no daba la más leve muestra de excitación o de reconocimiento. Devolviendo el Herald Tribune al montón, Charlie emprendió una rápida retirada hacia el seguro territorio de una taberna del puerto.

Mientras con mano temblorosa se llevaba la taza de café a los labios, Charlie pensó: «Estoy loca.» Todo es invención mía. Es su doble. No hubiera debido tomarme esa píldora euforizante que Lucy me dio para levantarme los ánimos, después de que Long Al me atizara con el cinturón. Charlie había leído en alguna parte que la sensación de deja-vu era la consecuencia de un fallo en las comunicaciones entre el cerebro y la vista. Pero cuando Charlie miró hacia la carretera, en la dirección por la que ella había llegado, le vio allí sentado, perfectamente perceptible para la vista y para el cerebro, en una cercana taberna, tocado con un gorro de golf, con visera, levemente inclinada hacia adelante para que le diera sombra a los ojos, leyendo un libro en inglés, debido al francés Debray, titulado Conversaciones con Allende. Ayer mismo, Charlie tuvo tentaciones de comprar aquel libro.

«Este hombre ha venido a rescatar mi alma -pensó Charlie mientras pasaba negligentemente ante él, con el fin de demostrarle que era inmune-. Sin embargo, ¿cuándo le pedí a este hombre que rescatara mi alma?»

Aquella misma tarde, cómo no, el hombre fue a la playa y se situó a menos de sesenta pies de distancia del lugar en que había acampado la familia teatral. Llevaba unos calzones de baño muy castos, de monje, negros, e iba provisto de una cantimplora metálica de la que de vez en cuando tomaba cortos sorbos de agua, como si el próximo oasis se encontrara a un día de marcha. Y así estuvo sin jamás lanzar una mirada, sin prestarles la menor atención, leyendo a Debray, con los ojos a la sombra de la visera de la abollada gorra de golf blanca. Sin embargó, a Charlie le constaba que el hombre seguía cada uno de sus movimientos, y le constaba en méritos de la mismísima inclinación e inmovilidad de la hermosa cabeza del hombre. De entre todas las playas de Mikonos, el hombre había elegido la de la familia teatral de Charlie. De entre todos los lugares de esta playa, el hombre había elegido aquel punto elevado, entre las dunas, desde el que se dominaban todas las entradas y salidas, con lo que podía observar a Charlie cuando se chapuzaba al igual que cuando iba a la taberna a

buscar otra media botella de retsina para Al. Desde su alto punto de observación, el hombre la podía contemplar tranquilamente, en tanto que ella no podía hacer absolutamente nada para desalojarle de allí. Decir lo que ocurría a Long Al era exponerse al ridículo o a algo peor. Charlie no tenía la menor intención de dar a Long Al tan magnífica ocasión para que se burlara de lo que él denominaría otra de sus fantasías. Y decirlo a cualquier otra persona era lo mismo que decirlo a Long Al. Si, se enteraría antes de que terminara el día. Charlie no tenía otra solución que guardar el secreto en su fuero íntimo, que era exactamente lo que más deseaba.

Charlie nada hizo, y el hombre nada hizo. Pero Charlie sabía que, a pesar de todo, el hombre estaba a la espera. Charlie tenía clara conciencia de la paciente disciplina con que el hombre contaba las horas. Incluso cuando el hombre se tumbaba y quedaba tan quieto como si estuviera muerto, su cuerpo enjuto y tostado emitía una misteriosa señal de alerta que el sol transmitía a Charlie.

A veces, la tensión de la espera, en el hombre, parecía quebrarse bruscamente, y el hombre se ponía en pie de un salto, se quitaba la gorra de golf, bajaba gravemente de la duna camino del agua, con el aire de individuo de una selvática tribu, aunque sin lanza, y se zambullía silenciosamente, sin apenas alterar la tranquila superficie del mar. Charlie esperaba; y esperaba más y más tiempo. Sin duda alguna, el hombre se había ahogado. Hasta que, por fin, cuando Charlie ya le daba por muerto, el hombre salía a la superficie, en un punto muy lejano de la ensenada, nadando en estilo libre, despacito, como si se dispusiera a recorrer millas y millas, mientras su corto cabello negro relucía cual el pelo de las focas. Había motoras que surcaban las aguas de un lado para otro, pero el hombre no les hacía el menor caso. Había chicas, pero el hombre jamás volvía la cabeza hacia ellas, mientras Charlie le vigilaba para ver si lo hacía. Y después de haber nadado, el hombre hacía lentos y metódicos ejercicios físicos, antes de volverse a poner la gorrita de golf, inclinada hacia delante, y dedicar de nuevo su atención a Allende y Debray.

¿Quién es el empresario de este hombre?, se preguntaba Charlie inútilmente. ¿Quién le escribe el libreto y le dirige? El hombre actuaba en un escenario para ella, de la misma manera que ella lo había hecho para él en Inglaterra. El hombre era un animal de escena, igual que ella. Con aquel sol de justicia temblando entre el cielo y la arena, Charlie era capaz de mirar el cuerpo cuidado y maduro de aquel hombre durante minutos y minutos, y utilizarlo como instrumento de sus excitadas especulaciones. Tú para mí, pensó; y yo para ti; esos críos no lo comprenden. Pero cuando llegó la hora del almuerzo y todos pasaron cansinamente ante el castillo en que se guarecía el hombre, camino de la taberna, Charlie vio, con rabia, que

Lucy soltaba el brazo de Robert, y saludaba coquetamente al hombre, agitando la mano y moviendo las caderas.

En voz alta, Lucy dijo:

- ¿Verdad que el tipo es fabuloso? Cualquier día me lo voy a comer con ensalada.

Willy, en voz más alta todavía, dijo:

- Yo también. ¿Y tú no, Pauly?

Pero el hombre no les hizo caso. Por la tarde, Al llevó a Charlie a la casa de campo, en donde hicieron el amor con feroz desamor. Cuando regresaron a la playa, al atardecer, el hombre se había ido, y Charlie se sintió desdichada por haber sido infiel a su hombre secreto. Charlie se preguntó si acaso sería aconsejable recorrer los lugares de diversión nocturna, a ver si le encontraba. Charlie había decidido que si no podía comunicar con él de día, ello se debía seguramente a que el hombre era de hábitos nocturnos.

La mañana siguiente, Charlie decidió no ir a la playa. Durante la noche anterior, la fuerza de su fijación en aquel hombre divirtió a Charlie, luego la asustó, y, al despertar, estaba plenamente dispuesta a acabar con aquella situación. Mientras yacía al lado del voluminoso cuerpo dormido de Al, Charlie se imaginó a sí misma locamente enamorada de alguien con quien ni siquiera había hablado, amándole de las maneras más fantasiosas, abandonando a Al para huir, para siempre jamás, en compañía del desconocido. A los dieciséis años, semejantes locuras eran permisibles. Pero a los veintiséis eran indecentes. Abandonar a Al era una cosa, cosa que ocurriría tarde o temprano. Perseguir un sueño con gorrita de golf era una cosa absolutamente diferente, incluso en la isla de Mikonos. Por lo tanto, Charlie repitió el paseo del día anterior, pero en esta ocasión, con el consiguiente desencanto de Charlie, el hombre no apareció a su espalda en la tienda de libros, ni se tomó un café en la taberna contigua a la suya. Cuando Charlie anduvo mirando los escaparates de las tiendecillas del paseo marítimo, la imagen del hombre no apareció junto a la suya, reflejada en el vidrio del escaparate, tal como Charlie había alentado esperanzas de que ocurriera. Al reunirse con la familia en la taberna para almorzar, Charlie se enteró de que, en su ausencia, habían bautizado al hombre con el nombre de Joseph.

Nada excepcional había en ello, ya que la familia daba nombres a todos aquellos que, por una razón u otra, les llamaban la atención, y generalmente eran nombres procedentes de obras teatrales o de películas, y las normas éticas imperantes exigían que estos nombres, una vez aprobados, fueron utilizados por todos. Por ejemplo, su Bosola de La duquesa de Malfi era un tranquilo magnate naviero sueco, con una mirada que siempre andaba en busca de carne humana, y su Ofelia era una muy corpulenta ama de casa de Frankfurt ataviada con

un gorro de baño con florecitas rosadas y poca cosa más. Ahora, la familia declaró que Joseph debía llamarse así en méritos de su aspecto semítico, así como por la chaqueta a rayas multicolores que llevaba en conjunción con los cortos calzones negros, cuando llegaba a la playa o se iba de ella. También merecía el nombre de Joseph por su alejamiento de los restantes mortales, y por su aire de ser el hombre elegido, en detrimento de otros no tan bien dotados. Joseph, despreciado por sus hermanos, se quedaba solo con su cantimplora llena de agua y su libro.

Desde el lugar en que se encontraba sentada a la mesa, Charlie escuchó con triste irritación la manera en que sus compañeros se apropiaban burdamente de su secreta propiedad. Alastair, que se sentía amenazado siempre que alguien era alabado sin que él diera permiso para ello, se encontraba ocupado en llenar su vaso con la botella perteneciente a Robert, pero ello no le impidió anunciar audazmente:

- Joseph… Y una mierda, Joseph. No es más que un repulsivo marica, igual que Willy y Pauly, aquí presentes. Lo que ocurre es que va de caza. Sí, con sus ojos de tío de cama… Me gustaría partirle la cara. Y pienso hacerlo.

Pero, aquel día, Charlie ya estaba más que harta de Alastair, harta de ser la esclava de aquel fascista, la esclava corporal y la madre terrenal de él, al mismo tiempo. Por lo general, Charlie no era tan cáustica, pero la creciente repulsión que Alastair suscitaba en ella contrastaba con los sentimientos de culpabilidad provocados por Joseph. Volviéndose hacia Alastair, al que dirigió una fea mueca de la boca, nacida de la ira, Charlie dijo furiosa:

- Si es un marica, ¿a santo de qué ha de ir de caza? Dos playas más allá puede elegir entre la mitad de los maricas que hay en Grecia, cretino. Y tú también.

Dando muestras de que se había enterado de tan audaz consejo, Alastair propinó un tremendo bofetón a Charlie, consiguiendo que la mejilla de ésta quedara, en primer lugar, blanca y después escarlata.

Las especulaciones de la familia prosiguieron por la tarde. Joseph era un voyer, era un merodeador, un presumido, un asesino, un culturista, un artista travesti, un miembro del partido conservador. Pero como de costumbre, Alastair fue quien dio la última definición: «Es un repulsivo masturbador.» Lo dijo a gritos, con expresión de desprecio formada mediante el movimiento de una comisura de los labios, y esbozó una sonrisa mostrando los dientes frontales, para subrayar la agudeza de su observación.

Pero Joseph se comportaba de una manera tan indiferente a estos insultos que incluso Charlie quedó satisfecha. Hasta tal punto que a media tarde, cuando el sol y la marihuana les bahía dejado en un

estado de casi total embrutecimiento -menos a Charlie, como de costumbre-, decidieron que Joseph era frío, lo cual, habida cuenta de la manera de ser de la familia, constituía le más alto cumplido. Y, en tan espectacular cambio, fue también Alastair quien llevó la batuta. Joseph se comportaba con total indiferencia con respecto a ellos, y no se mostraba atraído por Lucy ni por los bellos muchachos. En consecuencia, Joseph era frío, como el propio Alastair, que también lo era. Joseph tenía su territorio, y su sola presencia lo decía: nadie me influye, y este lugar es mi acampamiento. Frío. Bakunin le hubiera dado notas muy altas.

Mientras acariciaba pensativamente la sedosa espalda de Lucy, desde lo alto hasta el borde del bikini, y desde aquí hasta arriba otra vez, Alastair concluyó:

- Es frío y le amo. Si este tipo fuera una mujer, yo sabría exactamente lo que tendría que hacer con él. ¿Verdad que lo comprendes, Lucy?

En el instante siguiente, Lucy se había puesto en pie, siendo la única persona que, con aquel calor, estaba erecta en la ardiente playa. Mientras se quitaba el traje de baño, Lucy dijo:

- ¿Quién dice que yo no soy capaz de atraer a ese tipo?

El caso es que Lucy era rubia, con anchas caderas, y tentadora cual manzana. Interpretaba papeles de camarera, de prostituta y de lesbiana, pero su especialidad era la interpretación de ninfómanas de menos de veinte años. Era capaz de atraer a cualquier hombre con solo un parpadeo. Se enrolló una toalla, que anudó a la altura de los pechos, cogió una jarra de vino y un vaso de plástico y avanzó hasta llegar al pie de la duna, sosteniendo la jarra de vino en la cabeza, ondulando las caderas y frotándose los muslos al andar, con lo que hacía una satírica imitación, según su particular criterio, de una diosa griega de Hollywood. Después de haber ascendido la brevísima cuesta, se puso rodilla en tierra junto a Joseph, y escanció vino, levantando mucho la jarra, en el vasito, dejando, al hacerlo, que la toalla en que iba envuelta se abriera. En el momento de ofrecer el vaso a Joseph, decidió dirigirse a Joseph en francés, dentro de los límites de los conocimientos que de este idioma tenía Lucy:

- Aimez-vous?

Al principio, Joseph no dio muestras de haberse dado cuenta de la presencia de Lucy. Volvió la página del libro que estaba leyendo, luego fijó la vista en la sombra proyectada por Lucy, y a continuación Joseph dio un cuarto de vuelta sobre sí mismo, quedando de costado, y dando frente a Lucy, cuyo cuerpo examinó con crítica atención, teniendo los ojos a la sombra de la visera del gorro de golf. Aceptó el vaso, lo levantó gravemente en el ademán del brindis, y bebió, mientras a veinte yardas de distancia, los partidarios de Lucy batían

palmas y emitían esos fatuos sonidos de asentimiento que se oyen, de vez en cuando, en la Cámara de los Comunes.

Joseph, con el mismo entusiasmo con el que se lee un mapa, dijo a Lucy:

- Forzosamente has de ser Hera.

Y éste fue el instante en que Lucy hizo el espectacular descubrimiento: ¡Joseph tenía cicatrices!

Lucy casi fue incapaz de contenerse. La más atractiva de las cicatrices de Joseph era un limpio orificio que parecía practicado con taladro, del tamaño de una moneda de cinco peniques, igual que aquellos orificios de bala que Pauly y Willy fingían con pegatinas en su Mini. ¡Pero el orificio de Joseph estaba en el lado izquierdo de su estómago! Desde lejos no se podía ver. Pero cuando Lucy lo tocó advirtió que la cicatriz era de verdad, suave y dura.

Lucy, que no sabía quién era Hera, replicó con vagos y ensoñados acentos:

- Y tú eres Joseph.

Nuevos aplausos sonaron en la playa cuando Alastair levantó su vaso y brindó a gritos:

- ¡Joseph! ¡Señor Joseph! ¡El del fuerte brazo! ¡Avasalla a tus envidiosos hermanos!

Robert gritó:

- ¡Venga con nosotros, señor Joseph!

Y, a continuación, se oyó la furiosa orden de Charlie ordenando a Robert que se callara.

Pero Joseph no fue con ellos. Levantó el vaso, y, llevada por su calenturienta imaginación, Charlie pensó que el brindis de Joseph iba dirigido particularmente a ella. Pero ¿cómo podía percibir esa particularidad, desde veinte yardas de distancia, en el caso de un hombre que brindaba por un grupo? Luego, Joseph prosiguió su lectura. No, no les chasqueó. Tal como dijo Lucy, Joseph no hizo nada excesivo ni nada insuficiente. Se limitó a ponerse boca abajo y a seguir leyendo. Y, sí, ciertamente, aquello era un orificio de bala, ya que la cicatriz de salida de la bala se veía en la espalda, mucho más grande. Lucy siguió observando a Joseph y advirtió que éste tenía varias cicatrices. Cicatrices en los antebrazos, debajo de los codos; islas de piel rara y sin pelo en la parte trasera de los bíceps; y las vértebras «raspadas», dijo Lucy, «como si alguien le hubiera pasado alambre de espino al rojo vivo», e incluso parecía que le hubieran arrastrado. Lucy se quedó un rato a su lado, fingiendo que leía el libro de Joseph por encima del hombro de éste, mientras Joseph volvía páginas, aunque en realidad Lucy luchaba con sus deseos de acariciarle la espalda, debido a que, además de tener cicatrices, tenía la espina dorsal velluda y hundida entre dos riberas de músculos, lo

cual constituía la espalda favorita de Lucy. Pero Lucy no lo hizo debido a que, tal como contó después a Charlie, no tenía la seguridad de que si le tocaba una vez pudiera tocarle una segunda vez. En un insólito arrebato de modestia, Lucy dijo que se preguntaba si para tocar a aquel hombre era preciso, antes, llamar a su puerta. Más tarde, esta frase quedó fijamente alojada en la mente de Charlie. Lucy pensó en la posibilidad de vaciar de agua la cantimplora de Joseph y llenarla de vino, pero no lo hizo debido a que el hombre apenas bebió vino del vaso, por lo que Lucy pensó que quizá le gustaba más el agua que el vino. Por fin, Lucy volvió a colocarse la jarra de vino en la cabeza y caminando lánguida y rítmicamente regresó al lado de los suyos, en donde dio su emocionado parte de noticias, antes de dormirse con la cabeza apoyada en el vientre de alguien. Todos estimaron que Joseph era todavía más frío de lo que habían creído en un principio.

El hecho que dio motivo a que los dos se conocieran ocurrió la tarde siguiente, y Alastair fue la causa. Long Al se iba. Su agente le había enviado un telegrama de contenido milagroso. Hasta el presente momento se había creído, justificadamente, por cierto, que el agente de Alastair ignoraba que existiera este caro medio de comunicación. El telegrama fue transportado en Lambretta, a las diez de la mañana, a la casa de campo, y Willy y Pauly, quienes habían prolongado su estancia en cama, juntos, lo llevaron a la playa. En el telegrama se ofrecía lo que el agente denominaba «posible papel en importante película», lo cual era un gran acontecimiento para la familia, debido a que Alastair sólo tenía una ambición, que era interpretar papeles en películas largas y caras, o, como decían ellos, «dar el golpe en el cine». Siempre que las empresas de cine le rechazaban, Alastair explicaba: «Soy demasiado fuerte para ellos, tendrían que modificar todo el reparto para que estuviera a mi altura, y esto es algo que los muy cerdos saben perfectamente.» El caso es que cuando el telegrama llegó, todos se alegraron por Alastair, aunque en secreto se alegraron mucho más por sí mismos, ya que la violencia del carácter de Alastair había comenzado a asquearlos. Les asqueaba por las consecuencias que de ella sufría Charlie a quien los ataques de Alastair estaban dejando entre negra y morada, y también les hacía temer que el comportamiento de Alastair hiciera peligrar la presencia de todos ellos en la isla. Sólo Charlie se sintió preocupada ante la perspectiva de que Alastair se fuera, pero su preocupación se proyectaba en ella misma, en Charlie. Lo mismo que el resto de la familia, Charlie llevaba ya días deseando que Alastair desapareciera de su vida de una vez para siempre. Pero ahora que el telegrama había dado cumplida respuesta a sus rezos, Charlie se sintió dominada por los sentimientos de culpabilidad y de temor al ver que otra de sus vidas terminaba.

La familia llevó a Alastair a la delegación de la empresa de

aviación griega Olympic Airways, en la ciudad, tan pronto esta oficina abrió, después de la siesta, a fin de tener la seguridad de que en la mañana siguiente tomaría el vuelo que le llevaría a Atenas. Charlie también fue con ellos, pero estuvo en todo momento pálida y con aspecto de mareada, y con los brazos prietamente cruzados sobre el pecho, como si se estuviera helando de frío.

Charlie había advertido al resto de la familia:

- Este maldito vuelo estará más que completo. Tendremos que aguantar durante varias semanas a ese hijo de mala madre.

Pero Charlie se equivocó. No sólo había una butaca libre para Alastair, sino una butaca reservada para él, con su nombre completo, lo cual se había hecho desde Londres hacía tres días, y se había reconfirmado el día anterior. Este descubrimiento disipó las últimas dudas de la familia. Long Al iba camino de las alturas. A ninguno de ellos le había ocurrido jamás algo parecido. Incluso la filantropía de sus mecenas quedaba pálida al lado de esto. ¡Un agente -y entre todos los agentes el de Al era, por unánime acuerdo, el más bruto en todo el mercado ganadero- había reservado billetes de aviación por télex, en nombre del gran Al!

Después de haber tomado unos cuantos ouzos, mientras esperaban el autobús que los devolvería a la playa, Alastair les dijo:

- A ese tipo le voy a recortar la comisión. No estoy dispuesto a que un maldito parásito me quite el diez por ciento durante el resto de mis días.

Un joven hippy, de cabello del color del lino, tipo raro que de vez en cuando se unía a la familia de actores, recordó a Alastair que toda propiedad es un robo.

Absolutamente separada de Alastair, aunque deseándolo dolorosamente, Charlie estuvo con las cejas fruncidas y sin beber. En una ocasión, Charlie musitó:

- Al…

Y alargó la mano en busca de la de Alastair. Pero Long Al no era más dulce en los momentos de triunfo que en los momentos de fracaso o en los momentos de amor, en demostración de lo cual Charlie llevaba, aquella mañana, un labio partido, labio que exploraba nostálgicamente con las puntas de los dedos. De nuevo en la playa, el monólogo de Alastair, con la ayuda de la retsina siguió tan implacable como el sol. Dijo que exigiría conocer al director de la película y dar su aprobación al mismo, antes de firmar. Y anunció:

- No estoy dispuesto a que me dirija un maricón inglés de provincias. No, hija mía, no. Y, en lo tocante al guión debes saber que yo no soy esa clase de actor, que más que actor es un dócil histrión, que se está siempre sentado, calentándose las nalgas, dispuesto a recitar cuanto le echen, como si fuera un loro. Ya me conoces, Charlie.

Y si esa gente quiere conocerme, si quiere saber cómo soy de verdad, más valdrá que comiencen a enterarse ahora, Charlie, porque, de lo contrario, esa gentuza y yo vamos a tener una batalla en toda la regla, sí, una de esas batallas en las que no hay prisioneros. Sí, muchacha, sí.

En la taberna, para que todos se fijaran en él, Long Al se sentó en la cabecera de la mesa, y éste fue el momento en que todos se dieron cuenta de que Long Al había perdido su pasaporte, su billetero, su carta de crédito, su billete de avión, y casi todo aquello que un buen anarquista considera basura de la sociedad esclavizada y que, como tal basura, debe tirarse.

El resto de la familia no comprendió el asunto, cual por lo general el resto de la familia no comprendía esos asuntos. Pensaron que se trataba de otra negra pelea entre Alastair y Charlie. Alastair había agarrado la muñeca de Charlie y, torciéndole el brazo, se la oprimía contra el omóplato. La cara de Charlie estaba contorsionada, mientras Alastair la insultaba en voz baja con su cara muy cerca de la de ella. Charlie soltó un ahogado grito de dolor e inmediatamente después, en el silencio subsiguiente, todos oyeron por fin lo que Alastair había estado diciendo, de una forma u otra, a Charlie, durante un buen rato:

- Te dije que lo pusieras todo en la maldita bolsa, te lo dije, estúpida vaca. Estaba todo allí, en el mostrador de la compañía de aviación, y te lo dije, te lo dije, te lo dije: «Cógelo todo y ponlo en tu bolsa, Charlie; sí, en la bolsa que llevas colgada al hombro.» Sí, porque los hombres, a no ser que sean puercos maricones, como Willy y Pauly, los hombres no llevan bolsos ni bolsas, ¿no es cierto, pequeña? ¿Si o no, pequeña? Y ahora quiero que me digas dónde lo has escondido, ¿dónde? No hay manera de impedir que un hombre vaya al encuentro de su destino, puedes estar segura de ello. No hay manera de refrenar el compañerismo entre los hombres, por mucha envidia que tengan del éxito de un camarada. ¡Tengo mucho que hacer allá, pequeña, tengo que conquistar muchos éxitos!

Fue aproximadamente en este momento, en el momento culminante del combate, cuando Joseph hizo su entrada. Aunque nadie supo de cierto por dónde entró, y tal como dijo Pauly, parecía que alguien hubiera hechizado la lámpara y de ella hubiera salido Joseph. En la medida que luego se pudo concretar, Joseph entró por la izquierda, procedente de la playa. El caso es que apareció bruscamente, con su chaqueta rayada de múltiples colores y su gorrilla de golf echada hacia adelante, llevando en la mano el pasaporte de Alastair, su billetero y su billete de avión, todo lo cual, al parecer, Joseph había recogido del suelo, junto a los peldaños de la taberna. Sin expresión en el rostro, un poco pasmado a lo sumo, Joseph contempló la escena de la lucha entre los dos amantes, y, como un distinguido mensajero, esperó que le prestaran atención. Entonces,

dejó lo hallado sobre la mesa. Pieza por pieza. De repente, en la taberna imperó un absoluto silencio solamente roto por el leve sonido producido por cada uno de los objetos al chocar contra la mesa. Por fin, Joseph habló:

- Les ruego me disculpen, pero he pensado que alguien iba a echar en falta esos objetos muy pronto. Debiera ser posible vivir sin ellos, supongo, pero mucho me temo que en los presentes tiempos ha de ser bastante difícil.

Hasta el presente momento, nadie, salvo Lucy, había oído la voz de Joseph, y Lucy, cuando la oyó, estaba tan afectada por la marihuana que no pudo percibir acento o inflexión alguna en aquella voz. En consecuencia, no había oído el inglés liso y llano, bien ordenado, del que había quedado eliminado el más leve rastro extranjero. Hubo un momento de pasmo, y luego risas en las que Joseph, ruborizándose, participó. Luego hubo gratitud. Le pidieron que se sentara con ellos. Joseph se excusó y la familia insistió estridentemente. Joseph se había convertido en Marco Antonio ante la muchedumbre clamorosa. Le obligaron a sentarse con ellos. Joseph los estudió. Sus ojos se fijaron en Charlie, miraron a los otros y regresaron a Charlie. Por fin, con una sonrisa de aceptación, Joseph capituló:

- Si tanto insisten…

Lucy, como si fuera una vieja amiga de Joseph, le abrazó. Pauly y Willy hicieron los honores. Por riguroso turno, cada miembro de la familia se enfrentó con la recta mirada del recién llegado, hasta que, de repente, el enfrentamiento fue entre los duros ojos azules de Charlie y los castaños de Joseph, entre la furiosa confusión de Charlie y la perfecta compostura de Joseph, de la que toda expresión de triunfo había sido cuidadosamente eliminada, a pesar de lo cual a Charlie le constaba que no era más que una máscara para ocultar otros pensamientos y otros motivos.

Con calma, Joseph dijo:

- Mucho gusto, Charlie.

Y se estrecharon la mano. A continuación se produjo un instante de teatral silencio e inmovilidad. Y, luego, como si al fin hubiera sido liberada de su cautividad y volara libremente por vez primera, en el rostro de Joseph apareció una ancha sonrisa, joven como la de un colegial y dos veces más contagiosa. Joseph dijo:

- Pensaba que Charlie era un nombre de chico.

Charlie dijo:

- Pues soy una chica.

Y todos rieron, incluida Charlie, antes de que la luminosa sonrisa de Joseph se retirara bruscamente a los estrictos límites de su confinamiento.

Durante los pocos días de libertad que a la familia le quedaban,

Joseph se convirtió en su mascota. Con el alivio de la partida de Alastair aceptaron cordialmente a Joseph. Lucy le hizo proposiciones, pero Joseph declinó cortésmente la oferta, e incluso cabe decir que declinó con renuencia. Lucy comunicó tan triste noticia a Pauly, quien también hizo proposiciones a Joseph, sólo para recibir otra negativa un poco más firme que la dirigida a Lucy, lo cual era otra confirmación de que Joseph había hecho votos de castidad. Después de la partida de Alastair, la familia comenzó a pensar en la posibilidad de relajar un poco las normas de su convivencia. Sus breves matrimonios se estaban rompiendo y las nuevas combinaciones que idearon de nada sirvieron para salvarlos. Lucy creía que probablemente estaba embarazada, aunque esto era algo que Lucy creía a menudo, y casi siempre con toda la razón del mundo. Los grandes debates políticos se habían extinguido por falta de fuerza impulsora de ellos, ya que lo único que los miembros de la familia sabían era que el Sistema estaba en contra de ellos y que ellos estaban en contra del Sistema. Pero en Mikonos es un poco difícil encontrar al

Sistema, principalmente cuando el Sistema le ha enviado a uno allí, en avión, pagando el Sistema. Por la noche, en la casa de campo, mientras cenaban con pan, tomate, aceite de oliva y retsina, comenzaron a hablar nostálgicamente de la lluvia y de los fríos días de Londres, y de las calles en las que se olía al desayuno dominical de tocinilla. La partida de Alastair y la incorporación de Joseph les dio una nueva perspectiva. Aceptaron a Joseph ávidamente. No contentos con recabar la compañía de Joseph en la playa y en la taberna, le ofrecieron una velada en la casa de campo, una Joseph-Abend, como la llamaron, y Lucy en su papel de futura madre sacó platos de papel, taramasalata, queso y fruta.

Charlie, sintiéndose a merced de Joseph, en méritos de la partida de Alastair, y atemorizada por sus propios y desordenados sentimientos, fue el único miembro de la familia que se mantuvo alejado de Joseph, diciendo:

- ¿Es que no veis, idiotas, que es un falsario de cuarenta años? ¿No lo veis? Claro, es que no podéis verlo. Sois un hatajo de falsarios drogados y por esto no lo podéis ver. No lo podéis ver literalmente.

El comportamiento de Charlie les dejó a todos intrigados. ¿Qué había sido de su antigua generosidad espiritual? Argüían: ¿Cómo puede ser un falsario si no pretende nada? ¡Vamos Chas, dale una oportunidad! Pero Charlie no quería. En la taberna se estableció de forma espontánea un orden de lugares en la mesa. Joseph, por voluntad popular, presidía la alargada mesa, sentándose en medio, siempre discreto, con la mirada atenta, y diciendo muy poco. Pero Charlie, en el caso de que acudiera a la taberna, se sentaba, nerviosa o atontada, lo más lejos posible de Joseph, a quien despreciaba por ser

demasiado accesible a todos. Charlie dijo a Pauly que Joseph le recordaba a su padre. Y lo dijo como si ello fuera un dramático descubrimiento. Joseph tenía el mismo encanto hipocritón que su padre: «Aunque retorcido, Pauly, retorcido, pero no lo digas a nadie.» Si, Charlie se había percatado de ello con una sola mirada.

Pauly juró que nada diría a nadie.

Aquella misma noche, Pauly explicó a Joseph que a Charlie le había dado una de sus manías en contra de los hombres. No, no era nada personal, era antes bien político. La asquerosa madre de Charlie era una maldita conformista, y su padre era un chorizo, dijo Pauly.

Joseph, con una sonrisa que indicaba que conocía bien a los chorizos, dijo:

- ¿Su padre es un chorizo? Me parece maravilloso. Háblame del padre de Charlie.

Así lo hizo Pauly, a quien le gustó mucho poder hacer confidencias a Joseph. En lo tocante a confidencias, Pauly no fue el único en hacérselas a Joseph, ya que después del almuerzo o de la cena, siempre había dos o tres miembros de la familia que se quedaban para hablar de su talento teatral con su nuevo amigo, o bien hablaban de sus amoríos o de los grandes sufrimientos que ser artista comporta. Si sus confesiones corrían peligro de carecer de picante interés, les añadían datos imaginarios, con el fin de que Joseph no se aburriera. Joseph los escuchaba gravemente, efectuaba graves movimientos afirmativos con la cabeza, e incluso reía un poco, gravemente. Pero jamás les daba consejos, ni tampoco, cual no tardaron en descubrir con gran pasmo y admiración, difundía lo que le comunicaban. Guardaba dentro de sí todo lo que le decían. Mejor aún, Joseph jamás contestaba con sus monólogos los monólogos de los demás, ya que prefería estimular soterradamente el habla de los otros mediante cautelosas preguntas acerca de ellos mismos, e incluso acerca de Charlie, ya que ésta estaba muy presente en los pensamientos de los miembros de la familia.

Incluso la nacionalidad de Joseph era un misterio. Por razones que sólo él sabía, Robert afirmaba que era portugués. Otro insistía en que Joseph era un superviviente armenio del genocidio cometido por los turcos; sí, había visto una película sobre el asunto. Pauly, que era judío, aseguraba que Joseph era «Uno de los Nuestros», pero Pauly tenía la costumbre de decir esto último de todo quisque. Por esto, durante cierto tiempo, y con el solo fin de irritar a Pauly, consideraron que Joseph era árabe.

Pero jamás preguntaron a Joseph de dónde era, y cuando intentaron acosarle para que dijera a qué se dedicaba, Joseph se limitaba a contestar que había viajado mucho, pero que ahora se había asentado. Lo decía de tal manera que casi parecía que se

hubiera retirado.

Pauly, siempre más valeroso que los otros, le preguntó:

- ¿Y cuál es tu empresa, Joseph? Bueno, quiero decir, ¿por cuenta de quién trabajas?

Con cautela, Joseph contestó que en el fondo no creía que realmente tuviera una empresa. Y antes de contestar se tocó pensativamente la visera de la gorra de golf. No, ahora ya no tenía una empresa. Leía un poco, negociaba un poco, recientemente había heredado algún dinero, y esto le inducía a pensar que, técnicamente hablando, era un trabajador autónomo. Si, era un autónomo. Esta era la expresión correcta.

Sólo Charlie quedó insatisfecha. Se le puso roja la cara y dijo:

- Somos un parásito, ¿verdad Joseph? Leemos, comerciamos, gastamos dinero, y de vez en cuando vamos a una isla griega sexy, para gozar de los correspondientes placeres. ¿No es eso?

Con una sencilla sonrisa, Joseph asintió a las palabras de Charlie. Pero Charlie no quedó contenta. Charlie perdió la compostura y se pasó de rosca:

- ¿Y se puede saber qué diablos lees? Sólo pregunto esto. ¿Y en qué negocias? Supongo que puedo preguntar, ¿verdad?

Joseph asintió silenciosamente, lo cual sólo sirvió para provocar todavía más a Charlie. Ocurría simplemente que aquel tipo era demasiado veterano para quedar afectado por los sarcasmos de Charlie. Esta preguntó:

- ¿Vendes libros? ¿En qué clase de bolsillos metes los deditos?

Joseph tardó en contestar. Si, podía hacerlo. Sus largos momentos de meditación eran ya populares entre la familia, y se les conocía como las «Cautelas de tres minutos de Joseph». Poniendo énfasis en la interrogante, Joseph dijo:

- ¿Meter los dedos? ¿Meter los dedos? Charlie, seré muchas cosas, pero no ladrón.

Acallando las risas de los demás, Charlie los interpeló:

- ¿Es que no veis, imbéciles, que este hombre no puede estar ahí sentado, sin hacer nada, en un vacío, y, al mismo tiempo, negociar? ¿Qué hace? ¿Cuál es su oficio?

Charlie se reclinó desmadejadamente en la silla, y dijo: -¡Oh Dios! ¡Cretinos!

Y Charlie renunció a seguir luchando, adquiriendo el aspecto de estar agotada y de ser una viejecita, lo cual podía conseguir en menos que canta un gallo.

Cuando nadie había acudido todavía en auxilio de Charlie, Joseph dijo muy amablemente:

- ¿No crees que es muy aburrido hablar de estas cosas? Yo diría que el dinero y el trabajo son las dos cosas que venimos a olvidar a

Mikonos, ¿no crees lo mismo, Charlie?

Con rudeza, Charlie repuso:

- Lo que yo digo es que esto es más aburrido que hablar con un gato.

De repente, algo estalló en la personalidad de Charlie. Se puso en pie, soltó una exclamación entre dientes y, reuniendo las fuerzas precisas para despejar toda incertidumbre, atizó un puñetazo a la mesa. Era la misma mesa a la que estaban sentados cuando Joseph apareció milagrosamente con el pasaporte de Al. Ahora, el mantel de plástico resbaló, y una botella vacía de limonada, que utilizaban para cazar avispas, fue a caer al regazo de Pauly. Charlie soltó una larga cadena de palabrotas, lo cual dejó a todos un poco avergonzados ya que, en presencia de Joseph, moderaban su lenguaje. Charlie acusó a Joseph de ser un saco de hipocresías y perversiones, de ir a la playa para intentar dominar a unos muchachos a quienes doblaba en edad, y de buena gana le hubiera acusado también de robar viviendas y tiendas de Nottingham, York y Londres, pero no lo hizo debido a que no estaba muy segura, y temía quedar en ridículo ante sus amigos. Ninguno de los presentes supo con certeza hasta qué punto Joseph había comprendido las palabras de Charlie. Esta había hablado con voz ahogada y furiosa, y utilizando su acento más populachero. Ahora bien, en el rostro de Joseph sólo vieron la expresión propia de estudiar cuidadosamente a Charlie.

Después de su habitual pausa dedicada a meditar, Joseph preguntó:

- Bueno, ¿qué es lo que quieres saber exactamente, Charlie?

- Para empezar, ¿tienes un nombre, supongo?

- Vosotros me lo disteis. Es Joseph.

- ¿Cuál es tu nombre verdadero?

Se formó un triste silencio en todo el restaurante, e incluso aquellos que amaban sin reservas a Charlie, como, por ejemplo, Willy y Pauly, sintieron que su lealtad hacia ella quedaba sometida a una dura prueba. Por fin, como si lo hubiera seleccionado entre una amplia lista, Joseph contestó:

- Richthoven, lo mismo que el aviador pero con uve. Joseph, como si la idea le gustara, repitió sonoramente: -Richthoven. -Luego dijo-: ¿Es que este nombre me convierte de repente en una persona diferente? Y, por otra parte, si soy tan perverso como dices, ¿a santo de qué vas a creerme?

- Y antes de Richthoven, ¿cómo te llamas? ¿Cuál es tu nombre de pila?

Antes de decidirse, Joseph hizo otra pausa:

- Peter. Pero me gusta más Joseph. ¿Que dónde vivo? Vivo en Viena. Pero viajo. ¿Quieres mis señas? Si quieres te las daré, sí, porque

desdichadamente no me encontrarás en el listín telefónico.

- ¿Eres austríaco?

- Charlie, por favor… Digamos que soy un ser de razas cruzadas, con orígenes europeos y orientales. ¿Te basta con esto?

En estos momentos, el grupo ya estaba acudiendo en auxilio de Joseph, murmurando avergonzadamente:

- Charlie, ¡por el amor de Dios!… Vamos, vamos, Charlie… No imagines que estás en la plaza de Trafalgar, ahora…

Pero Charlie ya no podía parar. Alargó el brazo por encima de la mesa y chascó los dedos debajo de las narices de Joseph. Los chascó una vez y luego otra, de manera que todos los camareros y todos los clientes de la taberna se fijaron en el espectáculo. Charlie dijo:

- ¡El pasaporte, por favor! Anda, cruza mi frontera. Tú fuiste quien encontró el pasaporte de Al, pues bien, ahora quiero ver el tuyo. Fecha de nacimiento, color de los ojos, nacionalidad… ¡Dámelo!

Primero, Joseph miró los dedos extendidos de Charlie, dedos que, en aquella postura, tenían una fea expresión de intromisión. Luego, Joseph levantó la vista a la congestionada cara de Charlie, como si quisiera saber a ciencia cierta cuáles eran sus intenciones. Por fin, Joseph sonrió, y esta sonrisa fue para Charlie como una leve y lenta danza sobre la superficie bajo la que se ocultaba un profundo secreto, una sonrisa que tentaba a Charlie con sus presunciones y sus omisiones.

- Lo siento, Charlie, pero mucho me temo que nosotros, los seres de raza mezclada, tenemos una enraizada renuencia, me atrevería a decir una renuencia histórica, a que nuestra identidad quede definida en papelitos. Tengo la seguridad de que tú, en cuanto a persona progresista, compartes mi sentimiento.

A continuación, cogió la mano de Charlie, le cerró cuidadosamente los dedos con la otra mano, y la devolvió al lado de Charlie.

La semana siguiente, Charlie y Joseph comenzaron su viaje por Grecia. Lo mismo que otras propuestas felices jamás fue estrictamente formulada. Anteriormente, Charlie se había apartado totalmente de su grupo, y se dedicaba a ir a la ciudad a primera hora de la mañana, cuando aún no hacía calor, y matar el día en dos o tres tabernas, entregada a tomar café y a aprenderse de memoria sus parlamentos en Como gustéis, que aquel otoño iba a representar en el oeste de Inglaterra. Un día tuvo la impresión de que la estaban observando, alzó la vista y vio a Joseph en la otra parte de la calle, saliendo de la pensión en que Charlie había descubierto que vivía: Richthoven, Peter, habitación 18, solo. Más tarde, Charlie se dijo a sí misma que fue por pura y simple coincidencia el que ella se sentara en aquella taberna, precisamente en la hora en que Joseph solía salir de la pensión para ir

a la playa. Joseph, al ver a Charlie, se acercó a ella y se sentó a su lado. Charlie le dijo:

- Vete.

Sonriendo, Joseph pidió un café, y confesó:

- Mucho me temo que de vez en cuando tus amigos resultan un tanto pesados. Y uno siente deseos de buscar el anonimato de las calles.

Charlie repuso:

- Pues sí, es verdad.

Joseph miró qué era lo que Charlie leía. Y, sin que Charlie se diera cuenta, se metieron los dos a comentar el papel de Rosalind, casi escena por escena. Aun cuando Joseph fue quien habló casi única y exclusivamente:

- Rosalind tiene una multitud de personalidades fundidas en una sola persona. Al observar cómo este personaje se va desarrollando a través de la obra, se tiene la impresión de que es una persona ocupada por un regimiento de personalidades contradictorias. Es buena, es prudente, en cierta medida algo le falta, ve demasiado, e incluso tiene cierto sentido del deber social. Me atrevería a decir que es un papel que te sienta muy bien, Charlie.

Charlie no pudo contenerse. Mirando derechamente a los ojos de Joseph, y sin tomarse la molestia de sonreír, Charlie le preguntó:

- ¿Has estado alguna vez en Nottingham, Joseph?

- ¿Nottingham? Me temo que no. ¿Hubiera debido ir? ¿Es Nottingham un lugar de especial interés? ¿Por qué me lo preguntas? Charlie sentía que le picaban los labios. Dijo:

- Es que el mes pasado estuve actuando allí. Y tenía esperanzas de que me hubieras

visto.

- Me parece interesantísimo. ¿Y en qué representación hubiera debido verte? ¿Cuál era la

obra?

- Santa Juana. La Santa Juana de Shaw. Yo era Juana.

- Esta es una de mis obras favoritas. No pasa siquiera un año sin que vuelva a leer la introducción de esta Juana de Arco. ¿Volverás a representarla? Me gustaría tener la oportunidad de verte. Con los ojos todavía fijos en los de Joseph, Charlie dijo: -También la representamos en York.

- ¿De veras? Representasteis esta obra durante una gira. Me parece estupendo.

- Sí, estupendo. ¿Has estado en York, en el curso de tus viajes?

- No, lo más al norte que he estado ha sido Hampstead, Londres. Pero me han dicho que York es muy bonito.

- Es formidable. Principalmente el Minster.

Charlie miró fijamente a Joseph cuanto tiempo osó, siguió mirando aquella cara en la primera fila de platea. Charlie buscó en los ojos oscuros, en la tersa piel que los rodeaba para descubrir el más leve estremecimiento de culpabilidad o de risa, sin que nada le delatara.

«Es amnésico -concluyó Charlie-. ¿Y yo qué soy? ¡Oh Dios!»

Joseph no le propuso desayunar, y si lo hubiera hecho Charlie hubiera rechazado la oferta. Joseph se limitó a llamar al camarero y a preguntarle en griego qué pescado fresco tenían aquel día. Lo hizo con autoridad, sabedor de que a Charlie le gustaba el pescado, y levantando el brazo con aire de director de orquesta para llamar al camarero. Despidió al camarero, y siguió hablando de teatro a Charlie, como si la cosa más natural del mundo fuera comer pescado y beber vino a las nueve de la mañana de un día de verano. Sin embargo, para él pidió Coca Cola. Sabía de lo que hablaba. Quizá no hubiera estado en el norte de Inglaterra, pero poseía un profundo conocimiento del teatro londinense, conocimiento que no había revelado a ninguna otra persona del grupo. Mientras Joseph hablaba, Charlie experimentó aquel inquietante sentimiento que Joseph había inspirado en ella desde un principio: su naturaleza exterior, lo mismo que su presencia en aquel lugar, no eran más que un pretexto, y la tarea que Joseph se había propuesto era abrir una brecha por la que pudiera colar su otra naturaleza, que era la naturaleza de un ladrón. Charlie le preguntó si iba a Londres con frecuencia. Joseph dijo que, después de Viena, Londres era la única ciudad que valía la pena en todo el mundo. Afirmó:

- En cuanto se me presenta la menor oportunidad la cojo, aunque sea por el rabo.

En ocasiones, incluso el inglés que hablaba parecía haber sido adquirido deshonestamente. Charlie le imaginaba robando horas al sueño para leer un libro de frases hechas inglesas, con el fin de aprender de memoria un determinado número de giros todas las semanas. Charlie dijo:

- También representamos Santa Juana en Londres. Si., hace pocas semanas.

- ¿En el West End? ¡Charlie esto es terrible! ¿Cómo es que no me enteré? ¡Hubiera ido inmediatamente! Con lúgubres acentos, Charlie le corrigió:

- En el East End.

El día siguiente volvieron a encontrarse en otra taberna. Instintivamente, Charlie dudaba que hubiera sido por casualidad. Y, en esta ocasión, Joseph le preguntó sin dar importancia a sus palabras, cuándo pensaba Charlie comenzar a ensayar Como gustéis, a lo que Charlie contestó, con la sola intención de proseguir la conversación,

que hasta octubre no comenzarían los ensayos, y, conociendo como conocía la compañía, quizá ni siquiera en octubre. De todas maneras, no creía que las representaciones durasen más de tres semanas. Explicó que el Consejo de las Artes había gastado excesivamente en su presupuesto, y que se hablaba de retirarles la ayuda para efectuar giras. Para impresionar a Joseph, Charlie añadió un pequeño adorno de su propia cosecha:

- El caso es que nos han dicho que nuestro espectáculo sería el último que financiarán, a pesar de que hemos tenido ese formidable apoyo que nos dio el Guardian, y de que nuestro trabajo cuesta al contribuyente una trescientava parte de lo que vale un tanque. Pero ¿qué podemos nosotros hacer?

Con espléndido desinterés, Joseph le preguntó de qué manera emplearía Charlie su tiempo libre. Y fue muy curioso, según concluyó Charlie más tarde, que mediante el hecho de dejar claramente establecido que se había perdido la representación de Juana de Arco, Joseph dejó también establecido que los dos debían resarcirse de una forma u otra de semejante pérdida.

Charlie contestó la pregunta de una forma negligente. Lo más probable es que se dedicara a camarera de bar en algún sitio junto a algún teatro. O que quizá pintara su piso. ¿Por qué lo preguntaba?

Joseph quedó terriblemente preocupado, y dijo:

- Pero, Charlie, esto es muy poca cosa. No cabe duda de que tu talento merece una ocupación más importante que la de camarera. ¿Por qué no se te ha ocurrido pensar en la enseñanza o en la política? ¿No crees que sería más interesante para ti?

En una reacción nerviosa, Charlie se rió, con notable descortesía, de la falta de conocimientos de la vida que afectaba a Joseph, diciendo:

- ¿En Inglaterra? ¿Con el paro que hay? No digas tonterías. ¿Y quién me va a pagar cinco mil libras al año para destruir el orden establecido? ¡Por el amor de Dios, soy una subversiva!

Joseph sonrió. Pareció sorprendido y poco convencido. Rió en cortés reprensión. Dijo:

- Vamos, vamos, Charlie… ¿Qué significa lo que acabas de decir?

Dispuesta a enfadarse, Charlie dirigió una penetrante mirada a Joseph, pero una vez más se tropezaba con la mirada de Joseph, allí, ante la suya, como un muro. Charlie contestó:

- Pues significa exactamente lo que he dicho. Estoy mal vista. Con énfasis, Joseph preguntó:

- Pero ¿qué es lo que subviertes, Charlie? En realidad, me pareces una persona muy ortodoxa.

Fueran cuales fuesen las creencias que Charlie tenía aquel día, experimentaba la incómoda sensación de que, en un debate, Joseph la

avasallaría. En consecuencia, para protegerse, Charlie utilizó modales de cansancio. Con fatigados acentos, aconsejó a Joseph:

- Deja este asunto, Joseph. Estamos en una isla griega. Estamos de vacaciones. Deja en paz mi actitud política y yo dejaré en paz tu pasaporte.

Estas palabras fueron suficientes. Charlie quedó impresionada y sorprendida por el poder que ejercía sobre Joseph, precisamente en un instante en que creía que no tenía poder alguno sobre él. Les sirvieron sus bebidas y mientras sorbía limonada, Joseph preguntó a Charlie si había visto muchos restos históricos en Grecia. Fue una pregunta de carácter extremadamente general, y Charlie la contestó con la equivalente indiferencia. Al y ella habían estado en Delfos para ver el templo de Apolo, dijo. Esto era cuanto había hecho. Se abstuvo de decir a Joseph que Alastair había cogido una combativa borrachera en el barco, que el viaje había sido un fracaso, y que, después, Charlie había pasado largas horas leyendo guías acerca de lo que había visto. Pero Charlie tuvo la aguda intuición de que Joseph ya sabía que así había sido.

Hasta el momento en que Joseph suscitó el tema del billete de avión de Charlie para volver a Inglaterra, ésta no comenzó a sospechar que Joseph albergaba ciertas intenciones tácticas tras su simple curiosidad. Joseph le preguntó si podía ver el billete en cuestión. Después de encoger con indiferencia los hombros, Charlie se lo mostró. Joseph lo cogió y estudió cuidadosamente los particulares del billete. Por fin, Joseph dijo:

- Bueno, la verdad es que puedes servirte perfectamente de este billete desde Tesalónica. Oye, ¿por qué no dejas que llame a un agente de viajes que es amigo mío, para que te lo modifique en este sentido? En este caso, podemos hacer el viaje juntos.

Joseph dijo estas palabras cual si fueran la solución que los dos habían estado buscando afanosamente.

Charlie nada dijo, absolutamente nada. Tuvo la impresión de que, en su fuero interno, cada uno de sus elementos estuviera luchando con todos los demás. La niña luchaba contra la madre, la fulana luchaba contra la monja. Sentía que las ropas le producían un roce picante, sentía la espalda ardiendo, pero de todas maneras, nada dijo.

Joseph explicó:

- Dentro de una semana tengo que estar en Tesalónica. Podemos alquilar un coche en Atenas, y luego viajar hacia el norte durante un par de días. ¿Te parece?

El silencio de Charlie en modo alguno impresionó a Joseph, quien añadió:

- Si lo planeamos bien, podemos evitar las aglomeraciones, si esto es lo que te preocupa. Y, al llegar a Tesalónica, puedes coger el avión

con destino a Londres. Si quieres incluso podemos turnarnos en la conducción del automóvil. Todos me han dicho que conduces muy bien. Como es natural, serás mi invitada.

Charlie dijo:

- Naturalmente.

- En este caso, ¿por qué no lo hacemos?

Charlie pensó en todas las razones que había preparado en vistas a este momento o a otro parecido, y pensó también en todas las frías y desalentadoras frases a las que recurría cuando hombres mayores le hacían proposiciones. Pensó en Alastair, en lo aburrido que era estar con él en cualquier sitio, salvo en la cama, y en lo aburrido que incluso esto llegó a ser en los últimos tiempos. Pensó en el nuevo capítulo de su vida que se había prometido a sí misma. Pensó en el triste período de fregoteos y comidas frugales que le esperaba cuando se encontrase de nuevo en Inglaterra, con todos sus ahorros gastados, período que Joseph le había recordado, ya intencionadamente, ya por casualidad. Una vez más, Charlie miró de soslayo a Joseph, y no vio en su expresión rastro de súplica alguno. Sólo vio un «¿Por qué no?», y nada más. Charlie recordó el nervudo y poderoso cuerpo de Joseph, trazando su solitaria estela en el mar. Una vez más: «¿Por qué no?» Recordó el contacto con su mano, y la extraña nota de reconocimiento en su voz: «Charlie, mucho gusto.» Y la simpática sonrisa que apenas había vuelto a esbozar desde entonces. Y también recordó cuán a menudo había pensado que, si alguna vez Joseph se lanzaba, las consecuencias serían tremendas, lo cual, se dijo Charlie, era lo que la había atraído hacia Joseph, más que cualquier otra cosa.

Mientras bebía con la cabeza baja, Charlie murmuró.

- No quiero que mi grupo de amigos se entere. Tendrás que arreglártelas para que así sea. Se morirían de risa.

A estas palabras, Joseph repuso que se iría el día siguiente por la mañana y que lo dispondría todo:

- Naturalmente, si quieres que tus amigos no sepan nada…

Charlie dijo que esto era, exactamente, lo que quería.

Bueno, pues en este caso, dijo Joseph en un tono de voz igualmente práctica, haría lo que acababa de decir. Charlie no pudo decidir si Joseph tenía esa clase de mentalidad o si lo había previsto todo de antemano. De todas maneras, le agradeció su precisión y claridad, aun cuando, luego, Charlie se dio cuenta de que había dado por supuestas estas cualidades.

- Tus amigos y tú iréis en barco hasta el Pireo. El barco atraca a última hora de la tarde, aun cuando esta semana probablemente se demorará por culpa del tráfico industrial. Poco después de que el barco entre en el puerto, dirás a tus amigos que quieres ir de viaje sola, vagando a tu antojo, por la península, durante unos días. Sí, será

una decisión tomada repentinamente, una de estas decisiones por las que eres famosa. No se lo digas con anticipación, ya que entonces se pasarán todo el día intentando disuadirte.

Después de un breve silencio, Joseph añadió con la autoridad propia de quien está habituado a ejercerla:

- No les des demasiadas explicaciones, ya que esto es un claro síntoma de no tener la conciencia tranquila.

Antes de que hubiera tenido tiempo de meditar sus palabras, y recordando que Alastair, como de costumbre, había gastado el dinero de los dos, Charlie dijo:

- Supón que no tenga ni un dracma.

Charlie lamentó no haberse mordido la lengua. Y si Joseph le hubiera ofrecido dinero en aquellos instantes, Charlie se lo hubiera arrojado a la cara. Pero Joseph pareció darse cuenta de ello. Joseph dijo:

- ¿Saben que no tienes ni cinco?

- Claro que no.

- En este caso, la historia que vas a contarles es inatacable.

Y como si estas palabras dejaran zanjado el asunto, Joseph se metió en el bolsillo de su chaqueta el billete de avión de Charlie. Esta, bruscamente alarmada, chilló:

- ¡Eh, dame eso!

Pero fue un chillido en sordina, aunque por poco. Joseph dijo: - Una vez te hayas desembarazado de tus amigos, coge un taxi y ve a la plaza Kolokotroni.

Joseph deletreó el nombre de la plaza, y añadió:

- Te costará unos doscientos dracmas.

Esperó a ver si este último gasto podía ser un problema, pero resultó que no lo era. Charlie tenía todavía ochocientos dracmas, aunque no lo dijo a Joseph. Joseph repitió el nombre de la plaza y comprobó que Charlie se lo había aprendido. Causaba cierto placer someterse a la militar eficiencia de Joseph. Junto a la plaza había un restaurante con terraza. Joseph le dijo el nombre -Diógenes-, y se permitió un comentario humorístico: un nombre muy hermoso, uno de los mejores de la historia, y, a su juicio, el mundo necesitaba más Diógenes y menos Alejandros. El la esperaría en el Diógenes. No en la terraza sino en el interior, que era fresco e íntimo. Repite, Charlie: Diógenes. Con absurda pasividad, Charlie así lo hizo.

- Al lado de Diógenes está el Hotel París. Si por alguna circunstancia imprevista no puedo acudir a tiempo, dejaré una nota en la conserjería del Hotel París. Pide por el señor Larkos. Es un buen amigo mío. Si necesitas cualquier cosa, dinero o lo que sea, muéstrale esto al señor Larkos y te proporcionará lo que le pidas.

Joseph entregó una tarjeta a Charlie, y añadió:

- ¿Recuerdas todo lo que te he dicho? Naturalmente, no en vano eres actriz. Esto te permite recordar palabras, ademanes, números, colores, todo.

Charlie leyó: «Richthoven Enterprises, Export.» Y, a continuación el número de un apartado de correos, en Viena.

Al pasar ante una tienda de souvenirs, Charlie, que se sentía maravillosa y peligrosamente viva, compró, para regalárselo a su maldita madre, un mantel de labor de punto, y, pensando en su venenoso sobrino Kevin, compró un gorro griego, con borla. Luego compró una docena de tarjetas postales, que dirigió al viejo Ned Quilley, su inútil agente teatral de Londres, en las que escribió cómicos mensajes, con la intención de avergonzar al agente ante las remilgadas señoras que trabajaban en su oficina. En una de ellas escribió: «Ned, Ned, te voy a hacer todos los papeles.» En otra escribió: «Ned, Ned, ¿es posible que una mujer caída se hunda?» Sin embargo, en otra tarjeta postal escribió con toda seriedad, y en ella le decía que estaba pensando seriamente en demorar su regreso a Inglaterra, con la finalidad de poder visitar con detenimiento la Grecia continental. Haciendo caso omiso de los consejos de Joseph, en el sentido de no hablar o decir demasiado, Charlie explicó a su agente: «Ya es hora de que tu Charlie supere un poco sus niveles culturales, Ned.» Cuando Charlie se disponía a cruzar la calle con el fin de echar las postales al buzón, experimentó la extraña sensación de estar siendo observada por alguien. Sin embargo, cuando Charlie dio media vuelta sobre sí misma, para mirar hacia atrás, diciéndose que probablemente vería a Joseph allí, a su espalda, vio únicamente a aquel muchacho hippy, con el cabello del color del lino, el muchacho a quien le gustaba unirse a la familia de actores con la que Charlie había vivido hasta el momento, y que estuvo presente en las gestiones efectuadas por Alastair para salir de Grecia. El muchacho con el cabello del color del lino caminaba cansinamente detrás de Charlie, con los brazos caídos y adelantados, igual que un gran simio. El muchacho vio a Charlie, y levantó muy despacio el brazo derecho, agitando la mano en un gesto que recordaba la figura de Cristo. Charlie le contestó agitando el brazo, y con una sonrisa en los labios. Llevada por un estado de humor benévolo, Charlie se dijo que aquel muchacho había emprendido un mal «viaje», viaje de drogas, y que se encontraba en tal estado que no podía regresar al punto de partida. Charlie echó al buzón las tarjetas postales, una a una, y, entretanto, pensó que quizá debiera hacer algo para ayudar al muchacho con el cabello del color del lino.

La última postal estaba dirigida a Alastair y rebosaba fingidos sentimientos. Sin embargo, Charlie, después de escribirla, no la leyó. A veces, principalmente en momentos de incertidumbre o de cambio, o

cuando se disponía a hacer algo audaz, a Charlie le gustaba creer que su simpático, inútil y blandengue Ned Quilley, que en su próximo cumpleaños cumpliría los ciento cuarenta, era el único hombre a quien verdaderamente había amado en toda su vida.

4

Kurtz y Litvak visitaron a Ned Quilley, en su despacho de Soho, en un neblinoso y húmedo mediodía de un viernes -visita de carácter social con finalidad comercial-, tan pronto se enteraron de que el asunto Joseph-Charlie se desarrollaba a pedir de boca y con toda seguridad. Poco les faltaba para estar desesperados, por cuanto desde el estallido de la bomba de Leyden sentían en el cogote, a todas las horas del día, el aliento de Gavron. Ningún sonido recogía su mente, como no fuera el implacable tictac del viejo reloj de pulsera de Kurtz. Pero, aparentemente, aquella pareja no era más que dos respetables y muy diferentes norteamericanos, procedentes del centro de Europa, con nuevas y chorreantes gabardinas Burberry, uno de ellos corpulento y con un andar impetuoso y recio, con cierto aspecto de capitán de barco, y el otro flaco y joven, y con cierto aire insinuante, así como una sonrisa de persona educada en ámbitos académicos. Dijeron que se llamaban Gold y Karman, de la firma GK Creations Incorporated, y sus cartas y tarjetas, apresuradamente impresas, lucían un monograma azul y dorado, como una aguja de corbata de los años treinta, que demostraba su aserto. Habían concertado la cita desde la embajada, aunque aparentemente lo hicieron desde Nueva York, cita que concertaron personalmente con una de las señoras empleadas en el despacho de Ned Quilley, y llegaron con rigurosa puntualidad, como correspondía a los diligentes hombres de negocios que no eran.

Exactamente a las once menos dos minutos, y habiendo llegado directamente de la calle, Kurtz dijo a la senil recepcionista, la señora Longmore:

- Somos Gold y Karman. Tenemos una cita con el señor Quilley a las once en punto. Muchas gracias; no, señora, esperaremos en pie. Cuando llamamos por teléfono, ¿hablamos con usted quizá?

En el tono que se emplea para seguir la corriente a un par de locos, la señora Longmore les dijo que no, que no habían hablado con ella. El asunto de las citas estaba en manos de la señora Ellis, que era una persona absolutamente diferente.

Sin dejarse amilanar, Kurtz dijo:

- Si., comprendo, comprendo.

Esta era la manera en que actuaban en casos como el presente. Oficialmente, por lo menos, el corpulento Kurtz marcaba el ritmo y el flaco Litvak emitía suaves murmullos, detrás del primero, y mantenía su constante media sonrisa privada.

La escalera que conducía al despacho de Ned Quilley era de peldaños muy altos y carecía de alfombra, por lo que, en los cincuenta

años de experiencia en su cometido que llevaba la señora Longmore, la mayoría de los norteamericanos solían hacer amargos comentarios acerca de la escalera y detenerse en su ascenso. Pero ni Gold ni Karman lo hicieron. Mientras la señora Longmore los contemplaba por su ventanita, pudo comprobar que aquel par se saltaban tranquilamente los peldaños y se perdían de vista, como si en su vida hubieran visto un ascensor. Seguramente se debía al nuevo deporte del jogging, pensó la señora Longmore, mientras reanudaba su labor de calceta que le daba cuatro libras por hora. ¿Es que, actualmente, en Nueva York no hacían más que jogging? ¿Es que los pobrecillos neoyorquinos se pasaban el día corriendo alrededor del Parque Central, esquivando perros y mariquitas? La señora Longmore había oído decir que más de uno había muerto, por culpa del jogging.

En el momento en que el menudo Ned Quilley les abrió alegremente la puerta, Kurtz dijo por segunda vez:

- Señor, somos Gold y Karman. Yo soy Gold.

Y la manaza de Kurtz cogió la mano de Ned, antes de que éste hubiera tenido tiempo de ocultarla. Kurtz dijo:

- Señor Quilley, Ned, es un gran honor conocerle. Goza usted de gran reputación en el

ramo.

Mirando por encima del hombro de Kurtz, con igual respeto que éste, Litvak explicó por su parte:

- Y yo soy Karman, señor.

Pero Litvak aún no había alcanzado la altura social precisa para estrechar manos. Kurtz había estrechado la mano de Ned, por cuenta de los dos.

Con su humilde encanto eduardiano, Ned protestó:

- Mi querido amigo, quien se siente honrado soy yo, y no usted.

E inmediatamente los llevó junto a la legendaria y alargada Ventana de Quilley, de los tiempos del padre de Ned, en la que, según la tradición, uno se sentaba para contemplar el mercado de Soho y beber a sorbitos el jerez de Quilley, y ser espectador de la marcha del mundo, mientras se cerraban negocios con el viejo Quilley y los clientes que éste representaba. Sí, ya que Ned Quilley, a los sesenta y dos años, seguía siendo, en gran parte, un hijo. A lo sumo a que aspiraba era a procurar que el agradable estilo de vida de su padre continuara. Era un hombre de dulce condición, con el cabello blanco, y un tanto aficionado a vestir bien, como suele ocurrir en el caso de las personas enamoradas del teatro, con ojos de raro mirar, mejillas sonrosadas, y cierto aire de demorarse y estar agitado al mismo tiempo, como si tuviera que explicarle a uno algo de vital importancia, pero que no pudiera hacerlo antes de que el tren partiera.

Agitando valerosamente una mano elegante y menuda en dirección a la ventana, Ned Quilley declaró:

- El tiempo es demasiado húmedo para las fulanas.

Si, en opinión de Ned, la despreocupación era media vida. Prosiguió:

- Por lo general, y en esta época del año, ganan bastante dinero. Las hay gordas, las hay negras, amarillas, de todas las formas y colores que quepa imaginar. Hay una vieja fulana que lleva aquí más tiempo que yo. Mi padre solía darle una libra esterlina, por Navidad. En nuestros días poco se puede comprar con una libra… ¡Y tan poco, ciertamente!

Mientras los dos visitantes reían obsequiosamente, Ned Quilley extrajo, de su bien cuidado mueble librería, una botella de jerez, de la que pulcramente olisqueó el tapón, y luego escanció el caldo en tres copas de cristal, dejándolas mediadas, sin que los visitantes dejaran de observarle. Cuando le vigilaban, Ned Quilley se daba inmediatamente cuenta de ello. Ahora tuvo la impresión de que aquellos dos le estuvieran valorando, que le valoraran a él, que valoraran su despacho. Se le ocurrió una terrible idea, idea que había estado oculta en el fondo de su cerebro desde que recibió la carta. Con nerviosos acentos, Ned Quilley preguntó:

- Oigan, ¿no pretenderán comprarme o cometer otra barbaridad, supongo?

Kurtz soltó una tranquilizadora carcajada:

- Ned, puede usted tener la seguridad de que no queremos comprarle.

Litvak también rió. Ned les entregó las copas, y dijo con profundo sentimiento:

- ¡Doy las gracias a Dios por ello! ¿Saben ustedes que en la actualidad se compra a todo el mundo? Tipos de todo género, de quienes en mi vida he oído hablar, me ofrecen dinero por teléfono. Se están tragando a todas las firmas pequeñas y antiguas, las firmas decentes, como si tal cosa. Es escandaloso. A su salud. Buena suerte. Bienvenidos.

Y meneó la cabeza, llevado todavía por sus escandalizados sentimientos.

Los ritos de cortesía de Ned prosiguieron. Les preguntó dónde se alojaban, y Kurtz dijo que en el Connaught, hotel que realmente les gustaba mucho, y en el que se habían sentido como en su casa, sólo al llegar. Esto era verdad en parte. Los dos se habían alojado allí, lo cual significaba que Misha Gavron se desmayaría cuando viera la factura. Ned les preguntó si habían hallado los debidos medios para ocupar agradablemente su tiempo libre, y Kurtz contestó, con mucho calor, que la estaban gozando en grande, en todo instante. Mañana se iban a

Munich.

Ned, interpretando el papel propio de un hombre de su avanzada edad, el papel de anacrónico y poco mundano dandi, preguntó:

- ¿Munich? ¿Y qué diablos van a hacer en semejante lugar?

¡Realmente, el mundo es para ustedes como la palma de la mano! Como si con sus palabras lo explicara todo, Kurtz repuso: -Dinero de coproducción.

Hablando con una voz tan suave como su sonrisa, Litvak dijo: -Y mucho dinero. El teatro alemán es muy importante, actualmente. Ha llegado a un punto muy alto, muy alto, señor Quilley. En tono indignado, Ned dijo:

- ¡No tengo la menor duda! Lo he oído decir. Los alemanes son muy fuertes, ahora, y esto es algo que debemos reconocerlo y tenerlo en cuenta. Son muy fuertes en todo. La guerra se ha olvidado, ahora. Sí, han escondido el recuerdo, lo han escondido muy lejos.

Animado por un misterioso impulso de actuar ineficazmente, Ned fingió que echaba más jerez a las copas de sus visitantes, como si no se hubiera dado cuenta de que apenas habían bebido. Luego, soltó una risita ahogada y dejó la botella. Se trataba de una botella para utilizarla en barcos, del siglo xviii, con la base muy ancha, a fin de que se mantuviera en pie, a pesar del oleaje. Cuando trataba con extranjeros, Ned explicaba esto último muy a menudo, con el fin de suavizar tensiones. Pero en este caso, Ned percibió en sus visitantes una cierta seriedad que le aconsejó no hacerlo, por lo que se produjo un breve silencio, sólo roto por el gemido de las sillas. Al otro lado de la ventana, la lluvia se había transformado en densa y húmeda niebla.

Midiendo con toda exactitud el momento de iniciar la conversación de carácter práctico, Kurtz dijo:

- Ned… Ned, me gustaría explicarle un poco quiénes somos, por qué le escribimos y las razones por las que estamos ocupando su valioso tiempo.

Ned repuso:

- Mis queridos amigos, será para mí un placer, realmente.

Y sintiéndose una persona totalmente diferente, Ned cruzó sus piernecillas y esbozó una sonrisita atenta, mientras Kurtz adoptaba cómodamente su talante persuasorio.

A juzgar por la frente ancha y abombada de Kurtz, Ned concluyó que probablemente era de origen húngaro, pero también podía ser checo, o de cualquier lugar más o menos parecido. Kurtz tenía una voz rica, naturalmente recia, y hablaba con un acento centroeuropeo que el Atlántico aún no había podido diluir. Hablaba deprisa y con fluidez, como un locutor de radio comercial, y sus ojos pequeños y brillantes parecían percibirlo todo, mientras con el antebrazo derecho efectuaba movimientos de golpear algo, haciéndolo todo trizas. Kurtz explicó

que él, Gold, era el abogado de la familia. Karman pertenecía a la esfera creativa, teniendo experiencia en literatura, y actividades de agente y de productor, todo lo cual había hecho principalmente en Canadá. Recientemente habían abierto una oficina en Nueva York, en donde su principal tarea era el trabajo independiente para las cadenas de televisión. Kurtz dijo:

- Nuestra función creadora, Ned, está limitada en un noventa por ciento a encontrar un concepto que sea aceptable para las cadenas y para los financieros. Nosotros vendemos el concepto. Y dejamos la producción a los productores. Y esto es todo.

Kurtz había terminado y dirigió una distraída mirada a su reloj de pulsera. Ahora, a Ned correspondía el turno de decir algo inteligente, lo cual hacía bastante bien, a decir verdad. Ned frunció la frente; sosteniendo el vaso en la mano, alargó el brazo e hizo un movimiento en forma de arabesco, para con ello dar respuesta al gesto de Kurtz consistente en mirar el reloj. Ned dijo:

- Mi querido amigo, si ustedes venden directamente, ¿para qué necesitan agentes como nosotros? Quiero decir que, ¿a santo de qué yo valgo lo suficiente para que me inviten a almorzar? ¿Comprende lo que quiero decir? ¿A qué almorzar, si son vendedores?

Con la consiguiente sorpresa de Ned, al oír estas palabras Kurtz soltó una alegre y contagiosa carcajada. Por su parte, Ned estimaba que había estado notablemente ingenioso, y que su ingenio había funcionado debidamente, pero a su juicio la reacción de Kurtz había sido excesiva. A Kurtz se le cerraron los ojillos, levantó sus anchos hombros, y en el instante siguiente las cálidas carcajadas de su risa eslava estremecían la estancia. Al mismo tiempo, arrugas de toda clase, arrugas desconcertantes, aparecieron en la cara de Kurtz. Hasta el presente momento, a juicio de Ned, Kurtz había aparentado unos cuarenta y cinco años, en el peor de los casos. Pero, de repente, Kurtz adquirió la misma edad que Ned, quedando con la frente, las mejillas y el cuello cual si fueran de papel arrugado, con arrugas que parecían trazadas a cuchillo. Esta transformación preocupó a Ned. En cierta manera se sintió engañado. Luego, en tono de queja, Ned dijo a su esposa, Marjory: «Es como un caballo de Troya humane; uno da entrada en el despacho a un enérgico vendedor de negocios teatrales, de cuarenta años de edad, y el tipo, de repente, se transforma en un mister Punch de sesenta años; es muy raro.»

Pero en esta ocasión fue Litvak quien dio la crucial y muy preparada contestación a la pregunta de Ned, la contestación de la que dependía todo lo demás. Inclinando su largo y flaco tronco sobre sus propias rodillas, Litvak abrió la mano derecha, separó los dedos, se cogió el dedo medio y se dirigió a él, hablando con acento de Boston, arrastrando las palabras, acento que era el resultado de diligentes

estudios a los pies de profesores judíos. Con un acento tan devoto que parecía estuviera revelando un místico secreto, Litvak dijo:

- Señor Quilley, lo que nos ha traído aquí es un proyecto totalmente nuevo y original. Sin precedentes y sin posibles imitadores. Compramos dieciséis horas del mejor tiempo de la televisión, en otoño e invierno, por ejemplo. Formamos una compañía teatral itinerante. Un grupo de actores de gran talento artístico, ingleses y norteamericanos, que representan una amplia gama de razas, de personalidades y de interacción personal. Esta compañía irá de ciudad en ciudad, cada actor interpretará diferentes papeles, en ocasiones interpretará primeros papeles y en otras interpretará papeles secundarios. El relato humano de su vida verdadera y de sus relaciones humanas proporcionará una amable dimensión, que contribuirá a atraer al público. Se darán representaciones en directo, en todas las ciudades.

Litvak levantó la vista cautelosamente, cual si creyera que Quilley había hablado. Pero éste había guardado enfático silencio. Bajando la voz hasta el punto de hacerla casi inaudible, a medida que su fervor aumentaba, Litvak volvió a hablar:

- Señor Quilley, nosotros viajaremos con esta compañía, compartiremos los vehículos en que se traslade, la ayudaremos a transportar los decorados… Nosotros, el público, compartiremos los problemas de la compañía, sus asquerosos hoteles, nos preocuparemos por sus amores y por sus peleas. Nosotros, el público, ensayaremos juntamente con los actores, compartiremos los nervios de las primeras representaciones, leeremos las críticas periodísticas del día siguiente, nos alegraremos con sus éxitos, nos entristeceremos con sus fracasos, escribiremos cartas a sus familiares. Devolveremos al teatro su carácter de aventura. El espíritu primario del teatro, la interrelación entre actores y público.

Por unos instantes, Quilley pensó que Litvak había terminado. Pero, en realidad, Litvak se limitaba a seleccionar otro de sus dedos al que hablar. Litvak prosiguió:

- Seleccionaremos obras clásicas, todas ellas de derecho público, con lo que rebajaremos los costes. Nos serviremos de actores y actrices nuevos, relativamente desconocidos, aun cuando tendremos de vez en cuando, para animar un poco la cosa, a un actor invitado. Pero básicamente nos dedicaremos a promover actrices y actores prometedores, invitándolos a demostrar la gama completa de su talento durante un período mínimo de cuatro meses, que esperamos podamos ampliar. Sí, y reampliar. Veremos si es bueno para los actores el que gocen de amplia publicidad, de constante exhibición pública, interpretando buenas obras, obras limpias y sin guarradas. Este es nuestro concepto, señor Quilley. Y parece que este concepto

gusta a nuestros clientes.

Entonces, incluso antes de que Quilley hubiera tenido tiempo para felicitar a sus visitantes, lo cual siempre le gustaba hacer, cuando alguien le explicaba una idea, Kurtz volvió a entrar impetuosamente en acción. Dijo:

- Ned, queremos contratar a su Charlie.

Lo dijo con una ancha y feliz sonrisa, con el entusiasmo de un mensajero shakesperiano al dar la noticia de una victoria. Kurtz había levantado el brazo y lo dejó en lo alto.

Muy excitado, Ned se dispuso a hablar. Pero una vez más tuvo que desistir porque Kurtz le volvía a someter a un chaparrón de palabras:

- Ned, estamos convencidos de que su Charlie es una actriz muy ingeniosa, de gran ductilidad, apta para abarcar un amplio repertorio. Si puede usted aclararnos un par de puntos dudosos, estimo que podemos ofrecer a Charlie la oportunidad de ocupar, en el firmamento teatral, un lugar del que ni ella ni usted se arrepentirán.

Una vez más, Ned intentó hablar, pero en esta ocasión fue Litvak quien se le adelantó:

- Estamos plenamente dispuestos a llevarnos a Charlie, señor Quilley. Si nos da un par de respuestas a un par de preguntas, Charlie entrará por la puerta grande en nuestro proyecto.

Se produjo un brusco silencio. Y lo único que Ned podía escuchar era el canto de su corazón. Oprimió los labios, y, efectuando un esfuerzo para adquirir aspecto de hombre de negocios, dio un tirón a los puños de su camisa, primero uno y luego el otro. Reafirmó en su sitio la rosa que Marjory le había puesto aquella mañana en el ojal de la chaqueta, mientras, como de costumbre, le recomendaba que no bebiera demasiado durante el almuerzo. Pero Marjory no hubiera dicho esto último, si hubiera sabido que aquellos visitantes, lejos de querer regatear el dinero de Ned, le proponían dar a su queridísima Charlie la oportunidad que tanto habían esperado. Si Marjory hubiera sabido esto, hubiera levantado todas las restricciones que solía imponer a Ned.

Kurtz y Litvak bebieron té durante el almuerzo, pero en el restaurante The Ivy se tomaban con tranquilidad estas excentricidades. En cuanto a Ned, poco esfuerzo le costó decidirse por una muy decente media botella de la carta de vinos, y también se tomó, debido a lo mucho que sus visitantes insistieron, una gran copa neblinosa del Chablis de la casa, para acompañar el salmón ahumado. Antes, en el taxi que tomaron para hurtarse a la lluvia, Ned comenzó a contar a sus visitantes la divertida historia del modo en que Charlie llegó a ser su representada. Ya en The Ivy, Ned prosiguió el relato:

- Me entusiasmé con ella totalmente y sin reservas. Lo cual jamás

había hecho con anterioridad. Me comporté como un viejo insensato, a pesar de que no era tan viejo como ahora, aunque sí insensato. El espectáculo no era gran cosa. En realidad, se trataba de una anticuada revistilla, un poco arreglada para que pareciera moderna. Pero Charlie estaba maravillosa. Ternura defendida, esto es lo que me gusta en las chicas.

En realidad esta definición era del padre de Ned, quien ahora siguió:

- Tan pronto bajó el telón, me fui directamente al camerino de Charlie, si es que a aquello se le podía llamar camerino, me porté como un Pygmalion, y le propuse firmar contrato en aquel mismo instante. Al principio, Charlie no me creía. Me parece que me tomó por un viejo verde. Tuve que ir a buscar a Marjory, mi esposa, para que la convenciera.

Ofreciéndole más pan moreno y mantequilla, Kurtz le preguntó con amable interés:

- ¿Y qué ocurrió después? ¿Fue todo un camino de rosas? Con toda inocencia, Ned protestó:

- ¡No, no, qué va! Charlie era como la mayoría de las actrices de su edad. Recién salidas de la escuela de arte dramático, con los ojos brillantes de ilusión, y llenas de promesas, consiguen un par de papeles, comienzan a comprarse un piso o cualquier otra estupidez parecida, y, de repente, se quedan varadas, con una mano delante y la otra detrás. Es el momento de la penumbra, como digo yo. Algunas lo superan y otras no. ¡Salud!

Después de tomar unos sorbitos de té, Litvak dijo suavemente:

- Pero Charlie lo superó.

- Digamos que supo mantenerse en su puesto. Con mucho esfuerzo y mucho trabajo. No fue fácil, pero esto nunca es fácil. Charlie estuvo años así. Demasiados años, ciertamente.

Con sorpresa, Ned se dio cuenta de que estaba conmovido. Y, a juzgar por la expresión del rostro de sus visitantes, éstos también lo estaban. Ned dijo:

- Pero ahora ya ha salido definitivamente de este estado, ¿no es cierto? ¡Me alegro por ella! Sí, realmente, me alegro mucho.

Y he aquí que se estaba dando, en aquella entrevista, otra circunstancia extraña, tal como Ned explicó después a Marjory. O quizá dicha extraña circunstancia fue constante resultado de un mismo comportamiento. Con ello, Ned se refería al modo en que la personalidad de los dos hombres iba cambiando al paso del tiempo. Por ejemplo, cuando estuvieron todos de nuevo en el despacho de Ned, éste apenas pudo meter baza en la conversación. Pero en The Ivy le cedieron íntegramente el centro del escenario, efectuaron constantes movimientos afirmativos, y apenas dijeron palabra. Pero

después… Bueno, después todo fue completamente diferente.

Con orgullo, Ned dijo:

- La chica tuvo una infancia terrible, desde luego. He advertido que esto les ocurre a muchas chicas. Quizá esa clase de infancia sea lo que las impulse hacia el mundo de la fantasía. A representar un papel. A ocultar sus emociones. A imitar a las personas que parecen más felices que ellas. 0 más desdichadas. O a robar parte de su personalidad, lo cual es parte esencial del arte escénico. Desdicha. Robo. Bueno, en fin, me parece que hablo demasiado. ¡A su salud!

Respetuosamente, Litvak preguntó:

- ¿En qué sentido fue terrible, señor Quilley? Me refiero a la infancia de Charlie. Terrible, sí, pero ¿cómo?

Litvak había formulado la pregunta como si fuera una persona que estuviera investigando en toda su integridad la naturaleza de lo terrible.

Haciendo caso omiso de lo que únicamente después advirtió era una creciente gravedad en los modales de Litvak, así como en la mirada de Kurtz, Ned les comunicó cuantos conocimientos había adquirido incidentalmente, durante los modestos almuerzos de confesión con que Ned obsequió de vez en cuando a Charlie en Bianchi, que era el establecimiento al que las llevaba a todas. La madre tonta, dijo Ned. El padre una especie de estafador, agente de cambio y bolsa que se hundió, y que, ahora, afortunadamente, ya había muerto, y uno de esos verosímiles embusteros que creen que Dios les puso el quinto as de la baraja en la manga. Acabó en la cárcel. Murió en ella. Espantoso.

Una vez más, Litvak intervino con suma suavidad:

- ¿Ha dicho que murió en la cárcel, señor?

- Y en la cárcel le enterraron. La madre estaba tan enfadada que ni siquiera quiso pagar el entierro.

- ¿Y esto se lo ha contado la propia Charlie?

Quilley quedó desorientado ante semejante pregunta y dijo:

- ¿Quién me lo iba a contar, si no?

Litvak preguntó:

- ¿No se lo dijo ningún colateral?

Ned, sintiendo que sus temores de que le avasallaran renacían, dijo:

- ¿Ningún que?

- Corroboración, señor. Confirmación por parte de alguien que no quedara directamente afectado. A veces, las actrices…

Pero Kurtz, con una paternal sonrisa en los labios, intervino dando un consejo a Ned:

- No haga usted caso de este muchacho, Ned. Mike es, a veces, muy suspicaz. ¿No es así, Mike?

En una voz que casi fue un suspiro, Litvak reconoció: -Sí, sí quizá.

Sólo entonces se le ocurrió a Ned preguntarles en qué ocasiones habían visto actuar a Charlie, y, con la consiguiente y agradable sorpresa, resultó que aquellos dos habían tomado muy seriamente su labor de investigación. No sólo habían conseguido recortes de todas las apariciones de menor importancia de Charlie en la televisión, sino que habían hecho una excursión hasta el horrible Nottingham, en su anterior visita, para verla interpretar Santa Juana.

Mientras los camareros retiraban los restos de lo ya comido, para presentar el pato asado, Ned exclamó:

- ¡Son ustedes realmente muy astutos, queridos amigos! Si me hubieran llamado por teléfono, yo mismo les hubiera llevado a Nottingham, y si no yo, lo hubiera hecho mi esposa, Marjory. ¿Fueron a buscarla al camerino, le ofrecieron una cena? ¿No? ¡Increíble!

Kurtz se permitió unos instantes de duda, y su voz adquirió gravedad. Lanzó una interrogativa mirada a su socio Litvak, quien a su vez le contestó con un leve movimiento afirmativo de la cabeza. Entonces, Kurtz dijo:

- Ned, si quiere usted que le diga la verdad, estimamos que hacer lo que acaba de decirnos no era adecuado, habida cuenta de las circunstancias.

Presuponiendo que se trataba de algún aspecto de la ética propia de los agentes artísticos, Ned preguntó:

- ¿Y a qué circunstancias se refiere? ¡Santo Dios, aquí no somos tan estrictos! Si alguien quiere hacer una oferta a una actriz, la hace y en paz. No necesitan nada de mí. En su día cobraré mi comisión, y esto será todo.

Entonces, tal como luego dijo a Marjory, Ned se calló debido a lo muy solemnes que se pusieron los dos. Como si acabaran de comer ostras en mal estado. Con la concha incluida.

Litvak se dio unos leves golpecitos con la servilleta en los labios, y dijo:

- ¿Me permite que le haga una pregunta, señor?

Muy intrigado, Ned repuso:

- ¡Por favor, querido amigo!

- ¿Podría decirme, por favor, qué resultados da esta chica en las entrevistas para periódicos, televisión, etcétera?

Ned dejó en la mesa el vaso de vino y dijo:

- ¿En entrevistas? Bueno, si esto le preocupa, le diré que es absolutamente natural, en las entrevistas. De primera clase. Sabe instintivamente qué es lo que los periodistas quieren, y, si le dan ocasión, les proporciona exactamente lo que quieren. Es como un camaleón. Bueno, debo reconocer que, en los últimos tiempos, está un poco enmohecida, ya que ha practicado poco. Pero ya verán cómo

recupera la forma en menos que canta un gallo. No se preocupen por este aspecto de la cuestión.

Para tranquilizar a sus interlocutores, Ned tomó un largo trago de vino y exclamó:

- ¡Oh, no!

Pero Litvak no quedó tan tranquilizado por esta respuesta, como Ned había esperado. Litvak frunció los labios, en un gesto de desaprobación, y con sus largos y flacos dedos comenzó a reunir montoncitos de migas, sobre el mantel. Ned llegó al extremo de inclinar la cabeza hacia abajo y de levantar la vista, para sacar a Litvak de su preocupado estado, y, no muy seguro de sí mismo, exclamó:

- ¡Querido amigo, no se ponga usted así! ¡Nada malo puede haber en la reacción de Charlie ante quienes la entrevisten! ¡Si quiere chicas que convierten una entrevista en un perfecto espectáculo le diré que las tengo a montones!

Pero las reservas de Litvak no se superaban tan fácilmente. La única reacción de Litvak fue levantar la mirada hacia Kurtz, como diciéndole «Es tu turno», y volverla a bajar al mantel. En tono quejoso, Ned dijo, luego, a su esposa Marjory: «Realmente trabajan en equipo estos dos, hasta el punto que me causaron la impresión de que se turnaban en décimas de segundo.»

Kurtz dijo:

- Ned, si firmamos contrato con Charlie para llevar a cabo este proyecto, la chica tendrá mucha publicidad, y al decir mucha quiero decir mucha. Y tan pronto se meta en este asunto, la chica se encontrará con toda su vida, su vida entera, a la vista del público, igual que su cara. Y no sólo su vida amorosa, su vida familiar, sus gustos en lo tocante a cantantes populares y a poesía… No sólo la historia de su padre, sino también su religión, sus actitudes, sus opiniones.

Arrastrando hacia un montón las últimas migas sueltas que quedaban, Litvak dijo:

- Y su parecer en materia de política.

En este momento, Ned sufrió una leve pero comprensible pérdida de apetito. Dejó sobre la mesa el cuchillo y el tenedor, en el momento en que Kurtz volvía al ataque:

- Ned, los capitalistas de este proyecto son decentes norteamericanos del Oeste Medio. Tienen todas las virtudes. Tienen mucho dinero, tienen hijos ingratos, tienen fincas en Florida, y rinden culto a una sana escala de valores. Lo principal, en ellos, es esto: la sana escala de valores. Y quieren que estos valores queden reflejados en sus producciones, reflejado de pe a pá, íntegramente. Quizá esto nos dé un poco de risa, un poco de llanto, pero es una realidad. Se

trata de televisión, y la televisión es el sitio en donde se encuentra el dinero.

Dirigiéndose a sus migas, Litvak susurró patrióticamente: -Y es Norteamérica.

Kurtz siguió:

- Ned, le seré franco. Ned, le diremos la verdad. Cuando por fin decidimos escribirle, estábamos ya dispuestos a comprometernos, siempre y cuando consiguiéramos otros consentimientos necesarios, a pagar lo preciso para que su Charlie quedara libre de sus compromisos, a fin de ponerla ya en el camino del éxito. Pero no le ocultaré, Ned, que en los últimos días tanto Karman como yo hemos oído ciertos cotilleos que nos han alarmado un poco. El talento de la chica no constituye problema. Charlie es una excelente actriz, bien preparada, poco explotada, diligente, y lista para ser lanzada a lo grande. Ahora bien, las dudas hacen referencia a si la chica es vendible, dentro de este proyecto. Si la chica es exhibible. En estos puntos necesitamos, Ned, que nos dé seguridades de que no hay problemas serios.

Y fue Litvak quien, una vez más, dio el empujón definitivo. Abandonando por fin sus migas, Litvak dobló el dedo medio de la mano derecha y lo colocó debajo de su labio inferior, mientras fijaba lúgubremente su mirada en Ned, al través de los vidrios de sus gafas de montura negra. Estando así, Litvak dijo:

- Hemos oído decir que Charlie tiene opiniones políticas radicales, en la actualidad. Nos han dicho que defiende causas políticas muy extremas. Que es militante. Nos han dicho que, en la actualidad, mantiene relaciones con un anarquista un poco loco. No queremos condenar a nadie basándonos solamente en rumores, pero según lo que nos dicen, señor Quilley, la muchacha se porta como si fuera la madre de Fidel Castro y la hermana de Gadafi, reunidas en la persona de una sola fulana.

Ned pasó la vista del uno al otro, y, durante unos instantes, tuvo la loca idea de que los cuatro ojos estuvieran regidos por un solo músculo óptico. Quería decir algo, pero se sentía un personaje irreal. Se preguntó si acaso había bebido el Chablis más de prisa de lo que la prudencia aconsejaba. Lo único que se le venía a la cabeza era la máxima favorita de Marjory: «En esta vida, no hay gangas.»

El desencanto que dominaba a Ned se parecía al terror de los viejos y de los impotentes. Se sentía físicamente incapaz de acometer la tarea que le esperaba. Se sentía excesivamente débil, excesivamente cansado, para ello. Todos los norteamericanos tenían la virtud de inquietarle, y la mayoría de ellos le atemorizaban, ya por sus conocimientos, ya por su falta de conocimientos, o por ambas cosas a la vez. Pero aquellos dos, que le miraban fijamente, mientras él

buscaba a tientas una contestación a sus preguntas, le inspiraban una alarma espiritual superior a la que Ned era capaz de tolerar. Y, al mismo tiempo, de una forma insólita en él, de una forma inútil, también se sentía muy irritado. Odiaba el chismorreo. Odiaba toda clase de chismorreo. Estimaba que el chismorreo era la peor lacra de su profesión. Había sido testigo de cómo el chismorreo destruía carreras, lo detestaba hasta el punto de ser capaz de que se le congestionara el rostro y de comportarse con rudeza, cuando alguien que no conocía sus opiniones comenzaba a darle datos de chismorreo. Cuando Ned hablaba de personas, lo hacía abiertamente y con afecto, de la misma forma que había hablado de Charlie hacía diez minutos. Quería mucho a la muchacha. Incluso tuvo intención de decírselo a Kurtz, lo cual, para Ned, hubiera sido un comportamiento tremendamente audaz, y seguramente esta intención se traslució a su cara, por cuanto tuvo la impresión, quizá falsa, de que Litvak se preparaba para ponerse un poco en segundo plano, y de que la cara extremadamente móvil de Kurtz se disponía a formar su clásica sonrisa de «Adelante, dilo Ned». Pero, como siempre, un incurable sentido de la cortesía se lo impidió. Estaba comiendo con ellos a los mismos manteles, y, además, eran dos extranjeros, con unos criterios de comportamiento absolutamente diferentes. Además, tuvo que reconocer, a su pesar, que tenía que cumplir con su deber profesional, tenía que promover a sus clientes, y que, en cierto aspecto, aquellos dos no dejaban de tener razón. Sabía que tenía que dar respuesta a sus peticiones, o arriesgarse a hundir el trato, y con ello todas las esperanzas de Charlie. Y había otro factor que Ned, llevado por su fatal sentido del raciocinio tenía que reconocer, a saber, que incluso en el caso de que el proyecto de aquellos dos fuera horroroso, lo cual Ned presumía de antemano, que incluso en el caso de que Charlie dijera mal todos los parlamentos que le dieran, incluso en el caso de que Charlie llegara borracha perdida al escenario y pusiera vidrios rotos en la bañera del director, lo cual Charlie, muchacha dotada de verdadera ética profesional, jamás haría, ni imaginaría hacer siquiera por un segundo, incluso teniendo en cuenta todo lo anterior, la carrera de Charlie, su categoría, su puro y simple valor comercial, daría al fin aquel tan ansiado salto al frente que la llevaría a un punto del que jamás tendría verdadera necesidad de retirarse.

Entretanto, Kurtz había seguido hablando como si tal cosa. Con gran énfasis, Kurtz

decía:

- Necesitamos su consejo, Ned. Su ayuda. Queremos saber de cierto que este problema al que nos hemos referido no nos estallará en la cara, en el segundo día de rodaje. Si., porque debo decirle una cosa, Ned.

Kurtz hizo una breve pausa e indicó a Ned con el dedo índice, muy grueso, igual que si fuera el cañón de un revólver:

- Nadie, en todo el estado de Minnesota está dispuesto a que le vean pagando un cuarto de millón de dólares a una persona de rojos colmillos, enemiga de la democracia, en el caso de que Charlie lo sea, y nadie aconsejará a nadie a que se haga el harakiri, por este procedimiento.

Al principio, por lo menos, Ned colaboró bastante bien. Pidió disculpas por nada. Les recordó, sin ceder ni un palmo de terreno, el relato que había hecho de la infancia de Charlie, e indicó que por lo general, una persona en las circunstancias de Charlie hubiera acabado siendo un delincuente juvenil con todas las de la ley, o, como su padre, hubiera acabado entre rejas. En cuanto a las ideas políticas de Charlie, o como se las quisiera llamar, Ned dijo que, en los nueve años largos que Marjory y él conocían a Charlie, ésta había sido una apasionada enemiga de la segregación racial en África del Sur. Ned comentó: «Bueno, no creo que nadie pueda reprochárselo», pero los dos visitantes le causaron la impresión de que realmente podía ser reprochable, una pacifista militante, una protestataria contra las armas nucleares, una antivivisección ista, y, hasta el momento en que volvió a fumar, una ardiente luchadora en las campañas para prohibir el consumo de tabaco en los teatros y en el metro. Y Ned dijo que no tenía la menor duda de que antes de que el Señor llamara a Charlie a su lado, la muchacha daría su romántico aunque breve apoyo a buen número de causas igualmente dispares.

Con maravillada admiración, Kurtz dijo:

- Y usted estuvo siempre a su lado, a pesar de todo. Es sencillamente admirable. Enhorabuena, Ned.

En un arrebato de entusiasmo, Ned dijo:

- Como, en cualquier otro caso, estaría al lado de cualquier otra actriz. ¡Charlie es una actriz, maldita sea! No se la tomen tan en serio. Los actores no tienen opiniones, querido amigo, y las actrices todavía menos. Tienen estados de humor. Caprichos. Manías. Actitudes. Pasiones que duran veinticuatro horas. ¡Y en el mundo hay muchas injusticias, maldita sea! Los actores son unos apasionados partidarios de soluciones espectaculares. A mi parecer, cuando ustedes hayan transportado a Charlie a Estados Unidos, ya será una mujer diferente.

En voz baja, con malevolencia, Litvak dijo:

- Políticamente, no.

Durante unos minutos más, bajo la benéfica influencia del vino, Ned siguió su audaz comportamiento. Se sentía dominado por un leve mareo. Oía las palabras en el interior de la cabeza, las repetía, volvía a sentirse joven, y totalmente independiente de su propio comportamiento. Habló de los actores, generalmente considerados, y

del hecho de estar siempre dominados por un «absoluto terror a la irrealidad». Dijo que los actores, cuando se hallaban en el escenario, representaban las angustias del hombre, pero que fuera del escenario eran vacíos recipientes en espera de ser llenados. Habló de la timidez de los actores, de su pequeñez, de su vulnerabilidad y de su costumbre de ocultar estas debilidades mediante las causas altisonantes y extremosas, sacadas del mundo de los adultos. Habló de lo obsesos que estaban consigo mismos, y de que se imaginaban en escena las veinticuatro horas del día. Si, al dar a luz, al estar amenazados con un cuchillo, al hacer el amor… Y, a continuación, Ned se quedó sin la euforia del alcohol, lo cual le ocurría muy frecuentemente en los últimos tiempos. Perdió el hilo de lo que decía, perdió su impulso. Un camarero trajo el carrito de los licores. Ante la sobria y fría mirada de sus visitantes, Ned, llevado por la desesperación, pidió un Marc de Champagne, y permitió que el camarero le sirviera una generosa ración, antes de efectuar el ademán indicativo de que dejara de escanciar. Entretanto Litvak se había recuperado lo suficiente para soltar una buena idea. Metió sus largos dedos en un bolsillo de su chaqueta y extrajo una agenda, con tapas de falsificada piel de cocodrilo, y con cantos de latón.

Antes dirigiéndose a Kurtz que a Ned, Litvak propuso suavemente:

- Creo que lo mejor es que comencemos por el principio. Por el cuándo, el dónde, el con quién, el durante cuánto tiempo.

Trazó una raya vertical, a modo de margen en el que apuntar, presumiblemente, las fechas. Dijo:

- Reuniones en las que ha participado. Manifestaciones, peticiones, marchas. Cualquier cosa que haya podido llamar la atención pública. Cuando lo tengamos todo ante la vista, podremos llegar a conclusiones fidedignas. Y entonces, o bien aceptamos el riesgo que ello comporta, o bien nos vamos con viento fresco. Ned, que usted sepa, ¿cuándo Charlie se comprometió por vez primera?

Kurtz dijo:

- Me gusta. Me gusta el método. Y creo que es justo para Charlie, también.

Y Kurtz se las arregló para decir estas palabras como si el plan de Litvak le hubiera sorprendido, como si jamás se le hubiera ocurrido, en vez de haber sido el resultado de horas y horas de cuidadosa preparación.

En consecuencia, Ned también se lo dijo. En los casos en que pudo, doró un poco la píldora, una o dos veces incorporó una pequeña falsedad, pero en líneas generales les dijo lo que realmente sabía. Ned tuvo sus dudas, desde luego, pero éstas surgieron después. Tal como dijo a Marjory, en el momento de las preguntas aquel par le avasallaron. Los asuntos de antisegregación racial en Africa del Sur y

de actitud antinuclear eran de común conocimiento, desde luego. De todas formas, poco sabía Ned. Luego estaba la cuestión del grupo del Teatro de la Reforma Radical, con el que Charlie de vez en cuando se juntaba, grupo que tantas molestias causaba ante el Nacional, hasta el punto de detener las representaciones. Y también estaba el grupo Llamado Acción Alternativa, en Islington, que formaban una especie de solitaria desviación trotskista, y que entre todos no llegaban a quince. Y también era preciso mencionar una horrorosa comisión de mujeres, de la que de vez en cuando Charlie formaba parte, en St. Pancras, a la que un día Charlie llevó a Marjory con la idea de convertirla a la fe.

Y en cierta ocasión, hacía de ello dos o tres años, Charlie había llamado por teléfono, a altas horas de la noche, desde la comisaría de policía de Durham, pidiendo a Ned que fuera allá y que depositara la correspondiente fianza de libertad, después de que Charlie hubiera sido detenida, en el curso de una juerga antinazi en la que se había metido.

- ¿Este es el asunto en cuyos méritos la chica consiguió tanta publicidad, saliendo fotografiada en todos los periódicos, señor Quilley?

Ned repuso:

- No. Salió en todos los periódicos por el asunto de Reading, que ocurrió después.

- ¿Y en qué consistió el asunto de Durham?

- La verdad es que no lo sé con exactitud. Si quiere que le sea sincero, es un asunto del que jamás me ha gustado hablar. Es una de esas cosas de las que uno se entera por descuido.

Y uno se olvida de ella. Sí, pura y simplemente uno se olvida. Últimamente, Charlie es mucho

más moderada. Les puedo asegurar que no es ni siquiera la mitad de feroz de lo que antes pretendía ser. Ha madurado mucho. ¡Oh, sí! Con acentos de duda, Kurtz preguntó: -¿De lo que pretendía ser, señor Quilley? Litvak terció:

- Háblenos de Reading. ¿Qué pasó?

- Bueno, algo parecido. Alguien le pegó fuego a un autobús, y, en consecuencia, acusaron a todo el grupo. Me parece que protestaban por haber sido reducidas las ventajas concedidas a los ancianos. O quizá hacía referencia a la no admisión de gentes de color como conductores.

Después de una brevísima pausa, Ned se apresuro a añadir:

- El autobús estaba vacío, desde luego. No hubo ni un herido. Litvak exclamó:

- ¡Santo cielo!

Y acto seguido miró a Kurtz, quien ahora formuló una pregunta

con el énfasis propio de un fiscal en un melodrama:

- Ned, hace poco me ha parecido que usted decía que las actuales convicciones de Charlie son mucho más tolerantes. ¿Realmente era esto lo que usted ha querido decir?

- Sí, eso creo. En el caso de que, anteriormente, sus convicciones hubieran sido duras, claro está. Es sólo una impresión, pero Marjory, mi esposa, cree lo mismo. Si, estoy seguro, Con cierta sequedad, Kurtz preguntó: -¿Le ha confesado Charlie este cambio de actitud, Ned?

- Yo creo que tan pronto Charlie tenga una oportunidad tan buena como esa que ustedes…

Pero Kurtz le interrumpió, insistiendo en su anterior pregunta: -¿Lo ha confesado acaso a la señora Quilley? -Pues no, no. En realidad, no.

- ¿Hay alguna persona a la que Charlie haya podido confesarlo? ¿Como, por ejemplo, ese amigo anarquista que tiene?

- Bueno, éste sería el último en saberlo.

- Ned, le ruego que piense cuidadosamente su contestación. ¿Hay alguna otra persona, con la excepción de usted, sea amiga, amigo, viejo amigo de la familia, a quien Charlie haya sido capaz de confesar este cambio de postura? ¿Alejándose del radicalismo?

- No, no, que yo sepa no. No se me ocurre nadie. En ciertos aspectos. Charlie es reservada. Mucho más reservada de lo que aparenta.

Entonces ocurrió algo extraordinario. Luego, Ned hizo de ello un puntual relato a Marjory. Para hurtarse al incómodo, y, a juicio de Ned, histriónico fuego de las miradas que cada uno de ellos le dirigía, Ned había estado jugueteando con su vaso, mirándolo, dando vueltas al vaso de «Marc»… Teniendo la impresión de que Kurtz, por el momento, había terminado su interrogatorio, Ned alzó la vista y captó una expresión de evidente alivio en las facciones de Kurtz, de manera que comunicaba claramente a Litvak el placer que a Kurtz causaba el hecho consistente en que Charlie no hubiera dulcificado sus convicciones. O que, caso de haberlas dulcificado, no lo hubiera comunicado a nadie importante. Ned procuró fijarse mas en la cara de Kurtz, pero la expresión ya había desaparecido. Pero después, nadie, ni siquiera Marjory, pudo convencer a Ned de que la expresión de alivio antes mentada no se había producido.

Litvak, el gran abogado acusador ayudante de Kurtz, tomó la palabra, y lo hizo en un tono más rápido, como si con ello quisiera dar fin al interrogatorio:

- Señor Quilley, ¿conserva usted en su oficina fichas individuales de sus clientes? ¿O archivos, expedientes?

- Bueno, tengo la seguridad de que la señora Ellis se encarga de esto. -¿Lleva mucho tiempo trabajando aquí, la señora Ellis? - ¡Uf, y

tanto! Ya trabajaba aquí en tiempos de mi padre.

- ¿Y qué clase de información conserva en sus archivos? ¿Honorarios, gastos, comisiones? ¿Se trata solamente de áridos papeles de administración del negocio?

- ¡Santo Dios, no! La señora Ellis lo guarda todo. Cumpleaños, la clase de flores que gustan a la actriz, los restaurantes preferidos, etcétera. En un archivo incluso encontramos una vieja zapatilla de baile. Los nombres de los hijos, de los perros, recortes de prensa, en fin, todo.

- ¿Cartas personales?

- Naturalmente.

- ¿Manuscritas por la propia Charlie? ¿Cartas a lo largo de estos últimos años?

Estas palabras de Litvak avergonzaron un poco a Kurtz. Sus eslavas cejas así lo indicaban. Las cejas de Kurtz se estaban amontonando, en expresión dolorosa, sobre el puente de la nariz. Kurtz advirtió severamente a Litvak:

- Karman, me parece que el señor Quilley ya nos ha dado bastante información y nos ha concedido bastante tiempo. No tengo la menor duda de que si necesitamos más información, el señor Quilley nos la proporcionará más adelante. Mejor aún, si Charlie está dispuesta a hablar de estos asuntos con nosotros, ella misma nos proporcionará tal información. Ned, ha sido una feliz y memorable ocasión. Muchas gracias, señor.

Pero no era tan fácil como eso hacer callar a Litvak, quien estaba dotado de la obstinación de los jóvenes. Litvak exclamó:

- ¡Pero es que el señor Quilley no tiene secretos para nosotros! ¡Por favor, señor Gold, yo sólo pido al señor Quilley que nos diga algo que todo el mundo sabe, y algo que nuestros encargados de conceder el visado de entrada encontrarán en cinco décimas de segundo en sus ordenadores! En estos asuntos son rapidísimos. Lo sabe muy bien, señor Gold. Si hay documentos, cartas de la propia Charlie, escritas con su propio vocabulario, si hay circunstancias atenuantes, incluso quizá pruebas de un cambio de opiniones, ¿a santo de qué no dejar que el propio señor Quilley nos lo muestre? Si quiere, claro está.

Tras una brevísima pausa, Litvak añadió en tono desagradablemente insinuante.

- Si quiere, he dicho. Si no quiere, ya será harina de otro costal. Severamente, como si las palabras de Litvak hubieran sido absolutamente extemporáneas, Kurtz dijo:

- Karman, tengo la seguridad de que Ned está plenamente dispuesto a ello.

Y, acto seguido, Kurtz meneó la cabeza tristemente, como si con

ello quisiera indicar que jamás se acostumbraría a los imperativds modales de los jóvenes de nuestros días.

Había dejado de llover. Situaron al menudo Quilley entre los dos, y anduvieron procurando atemperar su ágil paso, al vacilante caminar de Quilley. Este se sentía confuso, se sentía ofendido, y padecía unas alcohólicas intuiciones que los húmedos humos del tránsito no disipaban. ¿Qué diablos querían aquellos dos? En un instante determinado ofrecían la luna y las estrellas a Charlie, y en el instante siguiente le ponían objeciones en méritos de sus tontas ideas políticas. Y, ahora, por razones que Quilley ya había olvidado, le pedían consultar el historial de Charlie, que no era tal historial, sino una inocente recopilación de recuerdos, materia de la que se ocupaba una empleada tan vieja que ni siquiera podía ser retirada. La señora Longmore, la recepcionista los vio llegar, y, a juzgar por su expresión de censura, Ned supo al instante que se había tratado demasiado bien a sí mismo, a la hora del almuerzo. ¡Que se fuera al cuerno la señora Longmore! Kurtz insistió en que Ned los precediera en el ascenso de la escalera. Desde su despacho, en donde aquellos dos, prácticamente, obligaron a actuar a Ned, poniéndole una pistola en el pecho, Ned habló por teléfono con la señora Ellis y le pidió que dejara los papeles de Charlie en la antesala y se fuera.

Litvak, como si fuera un médico dispuesto a intervenir en un parto, dijo:

- ¿Llamamos a la puerta de su despacho, cuando hayamos terminado?

La última vez que Quilley los vio, estaban los dos sentados a la mesa circular de palo rosa, en la sala de espera, rodeados de seis de las sucias cajas de color castaño de la señora Ellis, que parecían rescatadas de un naufragio. Igual que dos recaudadores de contribución, los dos estudiaban el mismo conjunto de sospechosas cifras, con papel y lápiz, y Gold, el corpulento, se había quitado la chaqueta y tenía su asqueroso reloj sobre la mesa, como si quisiera cronometrarse a sí mismo, mientras hacía sus repulsivos cálculos. Después de esto, Quilley seguramente dormitó un poco. Se despertó con un sobresalto hacia las cinco de la tarde, y encontró la estancia contigua desierta. Cuando llamó a la señora Longmore, ésta contestó muy intencionadamente que sus visitantes no habían querido molestar a Ned.

De entrada, Ned nada dijo a Marjory. Aquella misma noche, cuando Marjory le interrogó al respecto, Ned repuso:

- Bueno, nada… Sólo he tenido la visita de un par de sórdidos tratantes en artistas que mucho me temo se dirigían a Hamburgo. Nada digno de mención.

- ¿Judíos?

- Pues sí, judíos, me parece. Muy judíos, en realidad.

Marjory efectuó un movimiento afirmativo de la cabeza como si lo hubiera sabido de antemano. Con muy poca convicción, Ned añadió:

- Pero muy simpáticos.

En sus horas libres, Marjory se dedicaba a visitar presos, por lo que los engaños de Ned eran para ella un libro abierto. Sin embargo, Marjory siempre daba tiempo al tiempo. Bill Lochheim era el corresponsal de Ned en Nueva York, y su único socio norteamericano. En la tarde del día siguiente, Ned le llamó por tel6fono. El buen Lloch jamás había oído hablar de aquel par, pero, siempre cumplidor de su deber, Loch comunicó a Ned lo que éste ya sabía: Gold y Karman eran nuevos en la profesión, contaban con ciertos apoyos, pero las empresas independientes no hacían más que estropear el mercado, en la actualidad. A Quilley no le gustó el tono con que Loch habló. Parecía que hablara coaccionado no por Quilley, quien en su vida había coaccionado a nadie, sino por otra persona, una persona a la que Loch había consultado. Quilley incluso tuvo la extraña impresión de que el buen Loch y él se encontraran en una misma situación. Con pasmosa valentía, Ned, sirviéndose de un pretexto, llamó por teléfono a GK (Gold y Karman) en Nueva York. Esta oficina resultó ser una representación para el puro y simple contacto de compañías que trabajaban fuera de la ciudad, y no le dio información alguna. Ned no podía pensar en otra cosa que en sus dos visitantes y en el almuerzo que con ellos había celebrado. Deseaba ardientemente no haberles recibido jamás o haberles echado de buenas a primeras. Llamó al hotel de Munich que los dos habían mencionado, y un seco recepcionista le informó de que Herr Gold y Herr Karman habían pasado una noche en el hotel, pero que se habían ido al día siguiente reclamados por asuntos urgentes e imprevistos. ¿Por que daba el recepcionista tanta información? Ned pensó que siempre ocurría, en aquel caso, que le daban demasiada información. O demasiado poca. Y siempre se advertía aquel matiz indicativo de que las personas con quienes Ned hablaba parecían actuar en contra de su voluntad. Un productor alemán que Kurtz había mencionado en el curso de la conversación le dijo que eran «buenas personas, muy respetables, realmente muy buenas». Pero cuando Ned le preguntó si aquellos dos habían estado en Munich recientemente, y cuáles eran los proyectos en que intervenían, su interlocutor reaccionó con hostilidad, y casi le colgó el teléfono.

Solo quedaban los colegas de Ned, en el negocio de agencias teatrales. Ned los consultó con desgana y quitando de forma exagerada importancia a sus palabras, haciendo preguntas muy vagas, cubriéndose siempre la retirada.

Ned se detuvo, como por casualidad, junto a la mesa en que se encontraba Herb Nolan, de Lomax Stars, en el Garrick, y le dijo:

- Hace poco conocí a un par de simpatiquísimos norteamericanos. Vinieron aquí para contratar gangas en vistas a una serie televisiva la mar de ambiciosa que están preparando. Se llaman Gold y no sé qué más. ¿Los has visto?

Nolan se echó a reir y contestó:

- Yo fui quien te los mandé, muchacho. Se interesaron por un par de mis horrorosos representados, y estaban la mar de interesados en Charlie. Querían saber si Charlie, a mi juicio, daría la medida artística que esperaban de ella. Y se lo dije, y tanto que se lo dije.

- ¿Si? ¿Qué les dijiste?

- Pues les dije que Charlie daría su verdadera medida por el medio de mandarnos a todos al cielo, mediante una bomba.

Deprimido por el bajo nivel del sentido del humor de Nolan, Ned se abstuvo de hacer ulteriores investigaciones. Pero aquella misma noche, después de que Marjory, inevitablemente, le hubiera extraído una confesión, Ned compartió sus angustias con ella:

- Tenían los dos mucha prisa. Tenían demasiadas energías, incluso teniendo en cuenta que eran norteamericanos. Me acosaron como si fueran un par de malditos policías. Primero uno, luego el otro.

Modificando su metáfora, Ned añadió:

- Como un par de malditos perros terrier. -Luego dijo-: Creo que debiera recurrir a las autoridades.

Por fin, Marjory observó:

- Pero querido, por lo que me dices mucho temo que estos dos eran autoridades.

En tono muy decidido, Ned anuncio:

- Voy a escribir a Charlie. Si, sí, estoy casi decidido a escribirle y ponerla sobre aviso, por si acaso. Pueden meterla en un lío.

Pero incluso en el caso de que Ned hubiera escrito a Charlie, lo hubiera hecho ya demasiado tarde. Antes de que transcurrieran cuarenta y ocho horas, Charlie partía hacia Atenas para proseguir su aventura con Joseph.

Una vez más se consiguió. Aparentemente, era solamente un aspecto accesorio de la operación principal, aunque terriblemente arriesgado, cual Kurtz fue el primero en reconocer aquella misma noche, cuando modestamente informó de su triunfo a Misha Gavron. «Sin embargo, ¿qué otra cosa podíamos hacer, Misha?

¿Dímelo? ¿En qué otro lugar hubiéramos podido encontrar tan abundante y preciosa correspondencia, durante un período tan largo?» Habían buscado a otros recepcionarios de las cartas de Charlie, amigos, amigas, su repulsiva madre, una antigua profesora… En un par de ocasiones habían fingido ser agentes de una empresa comercial

interesada en adquirir los manuscritos y los autógrafos de los que en el futuro serían grandes personalidades. Esto hicieron hasta que Kurtz, con el consentimiento de Gavron, abandonó esta campaña. Kurtz decretó que más valía dar un gran golpe que dar muchos golpes pequeños y peligrosos.

Además, Kurtz necesitaba los valores intangibles. Necesitaba sentir el calor y la textura de su presa. Y, para esto, ¿quién mejor que Quilley, con su largo e inocente conocimiento de Charlie? Y Kurtz impuso su voluntad sobre Quilley y obtuvo la información deseada. El día siguiente, se trasladó a Munich, tal como había dicho a Quilley, a pesar de que la producción en que Kurtz estaba interesado no era la misma que había insinuado a Quilley. Kurtz visitó sus dos pisos francos. Volvió a dar ánimos a sus hombres. Además, organizó un cordial encuentro con el buen doctor Alexis, consistente en un largo almuerzo en el curso del cual de casi nada importante hablaron. Pero ¿acaso los viejos amigos necesitan hablar de cosas importantes?

Y, desde Munich, Kurtz se trasladó en avión a Atenas, prosiguiendo su avance hacia el

sur.

5

El buque llegó al Pireo con dos horas de retraso, y si Joseph no se hubiera guardado en el bolsillo el billete de avión de Charlie, ésta hubiera muy bien podido dejarle plantado, sin más. Aunque, por otra parte, tampoco era muy capaz de hacer tal cosa, debido a que bajo sus enérgicas apariencias externas, Charlie padecía la maldición de tener una personalidad muy propensa a depender de los demás, lo cual difícilmente se notaba cuando se hallaba en compañía de la gente con quien solía tratar. Además, Charlie había tenido mucho tiempo para pensar, demasiado tiempo, y aun cuando ahora estaba convencida de que el espectral observador de Nottingham, York y East London o bien era otro hombre o bien era un ser inexistente, sentía todavía una inquietante voz interior que no podía acallar. Tampoco hay que olvidar que comunicar sus planes a la familia teatral no había sido tan fácil cual Joseph había supuesto. Lucy había llorado y se empeñó en darle dinero -«mis últimos quinientos dracmas, Chas, todos para ti»-, Willy y Pauly, que estaban borrachos, se habían puesto de rodillas ante Charlie, en el puerto, con un público que se podía estimar en miles de personas, y habían gritado: «¡Chas, Chas! ¿Cómo puedes hacernos esto?» Para escapar, Charlie tuvo que abrirse paso a codazos por entre una multitud de gente sonriente. Y luego recorrer una calle entera, con la correa de su bolsa de viaje, para llevar al hombro, rota, y con la guitarra inestablemente sostenida bajo el otro brazo, mientras ilógicas lágrimas de remordimiento le resbalaban por las mejillas. Quien la salvó fue nada menos que el chico hippy con el cabello del color del lino, al que había conocido en Mikonos, quien forzosamente tuvo que hacer la travesía en el mismo barco, a pesar de que Charlie no le vio. El muchacho pasaba a bordo de un taxi, recogió a Charlie, y la dejó a cincuenta yardas de su destino. El chico dijo que era sueco y que se llamaba Raoul. Su padre se encontraba en Atenas, en viaje de negocios. Raoul tenía esperanzas de encontrar a su padre y pegarle un sablazo. Charlie quedó un poco sorprendida al ver a Raoul en tal estado de lucidez, y al percatarse de que ni una sola vez hizo referencia a Jesús.

Mientras se dirigía hacia el hotel, Charlie tomó una decisión e incluso ensayó las palabras con que la expresaría: «Lo siento mucho, Joseph, pero no es el momento oportuno ni el lugar pertinente. Lo siento, Joseph, fue una gran fantasía, pero las vacaciones han terminado, y Charlie se va a esfumar, dame el billete de avión y desaparezco.»

O quizá escogiera un medio más fácil y le dijera que le habían ofrecido un contrato.

Sintiéndose muy desaliñada e impresentable con sus tejanos y sus gastados zapatos, Charlie avanzó por entre las mesillas puestas en la calle, y entró en el local. Charlie pensó que de todas maneras lo más probable era que Joseph se hubiera ido, ya que ¿quién espera dos horas para acostarse con una chica, en los presentes tiempos?, por lo que encontraría el billete de avión en conserjería del hotel, situado al lado. «Quizá esto me enseñará a no ir a la caza de vagabundos playeros procedentes de la Europa central, en Atenas», pensó. Para complicar más la situación, anoche Lucy le dio unas cuantas píldoras, las horrendas píldoras que tomaba Lucy, que tuvieron la virtud de iluminar a Charlie cual si fuera una bombilla, para después hundirla en un negro hoyo del que todavía pugnaba por salir. Charlie no usaba esas píldoras por lo general, pero el hecho de encontrarse vacilando entre dos amantes -ya que así había Charlie formulado su situación-, la hizo vulnerable al uso.

Charlie se disponía a entrar en el restaurante, cuando de él salieron violentamente dos griegos que se rieron de Charlie por llevar rota la correa de su bolsa. Charlie se dirigió hacia ellos y los insultó ferozmente, llamándolos cerdos machistas. Temblorosa, abrió la puerta con el pie y entró. El aire era fresco, el murmullo de las conversaciones era apagado, y Charlie se encontró en un restaurante suavemente iluminado, con paneles de madera en las paredes, y allí, en su particular zona de penumbra, estaba sentado San José de la Isla, artero y conocido causante de los remordimientos y desórdenes espirituales de Charlie, con un café griego junto a un codo, y un libro de bolsillo abierto ante él.

Mentalmente, mientras Joseph se acercaba a Charlie, ésta le advirtió: «No me toques; ni siquiera pienses que vas a poseer ni un solo dedo mío; estoy cansada y hambrienta, estoy presta a morder, y he renunciado a la sexualidad durante los próximos doscientos años.»

Pero Joseph se limitó a coger la guitarra y la bolsa con la correa rota. Y lo único que Joseph hizo fue darle un rápido y práctico apretón de manos, desde la otra orilla del Atlántico. En consecuencia, lo único que a Charlie se le ocurrió decir fue:

- !Llevas camisa de seda!

Si, se trataba de una camisa de seda de color de crema, con

gemelos de oro del tamaño de tapones de botella. Mientras Charlie se fijaba en los restantes metales que Joseph lucía, exclamó:

- ¡Vas hecho un brazo de mar! ¡Brazalete de oro, reloj de oro! En cuanto te dejo un momento solo, encuentras a una rica protectora.

Palabras que Charlie soltó en parte histéricamente, en parte agresivamente, quizá con la instintiva finalidad de hacer que Joseph se sintiera tan incómodo por su apariencia, cual ella se sentía por la suya. Furiosamente, Charlie se preguntó: «¿Y qué esperabas que llevara? ¿Sus asquerosos calzones de monje para bañarse y su cantimplora?»

De todas maneras, Joseph prefirió pasar por alto las palabras de Charlie, a quien dijo:

- Hola, Charlie. Tu barco ha sufrido un retraso, no sabes cuánto lo siento por ti. Pero en fin, da igual, el caso es que ya estás aquí.

Este, por lo menos, era el Joseph de siempre. En él no había triunfo, no había sorpresa, solamente una grave salutación bíblica, y un movimiento de la cabeza para llamar al camarero. Joseph dijo:

- ¿Qué prefieres en primer lugar, tomar un baño o un whisky? El servicio de señoras está

allí.

Charlie dijo: -Un whisky.

Y se dejó caer sentada en la silla frontera a la de Joseph. Charlie se dio cuenta inmediatamente de que el restaurante era un buen establecimiento, uno de esos establecimientos que los griegos se reservan para sí mismos. Mientras con una mano buscaba detrás de él, Joseph dijo: -Perdón, antes de que me olvide…

Cogiéndose la cabeza con las manos y mirando fijamente a Joseph, Charlie pensó: «¿Olvidarte de qué? Vamos, Joseph, vamos. En tu vida has olvidado nada.»

Ahora Joseph sostenía en la mano un bolso de lana griego, muy colorido, que ofreció a Charlie con ostentosa falta de ceremonia, diciendo:

- Como sea que vamos a recorrer el mundo juntos, ahí tienes tu equipo de escape. Dentro encontrarás un billete de avión desde Tesalónica a Londres, todavía canjeable si es que deseas canjearlo; también tienes los medios precisos para ir de compras, para huir o, simplemente, para hacer lo que se te ocurra, si cambias de parecer. ¿Fue difícil librarte de tus amigos? Estoy seguro de que lo fue. Siempre es desagradable engañar a la gente, sobre todo a la gente a la que se quiere.

Había hablado como si supiera del derecho y del revés el tema del engaño. Como si se entregara diariamente al engaño, aunque lamentándolo mucho. Charlie echó una ojeada al bolso y dijo:

- No hay paracaídas. De todas formas, muchas gracias, Joseph. Es

bonito. Y, por segunda vez, Charlie dijo: -Muchas gracias.

Pero Charlie tenía la impresión de haber dejado de creer en sus propias palabras. Pensó que quizá se debía a las píldoras de Lucy. O a la velocidad del vapor. Joseph dijo:

- ¿Qué te parece una langosta? En Mikonos dijiste que la langosta era tu plato favorito. ¿Es verdad? El chef ha guardado una para ti, y la matará en el mismo instante en que tú lo ordenes. ¿De acuerdo?

Manteniendo todavía la barbilla apoyada en la palma de la mano, Charlie se dejó llevar por su humor. Esbozó una cansada sonrisa, levantó la otra mano, formando puño y, para ordenar la muerte de la langosta, apuntó con el pulgar el suelo, en el movimiento de los césares. Charlie dijo:

- Diles que la maten con la menor violencia posible.

Luego, Charlie cogió una mano de Joseph y la oprimió con las dos suyas, pidiendo así disculpas por su triste humor. Joseph sonrió, y dejó que Charlie jugara con su mano. Era una mano bonita, con dedos delgados y ágiles, y con músculos muy fuertes. Joseph dijo: -Y el vino que te gusta, Boutaris, blanco y frío. ¿No fue esto lo que me dijiste?

«Sí -pensó Charlie, mientras contemplaba cómo la mano de Joseph efectuaba su solitario viaje de retroceso-. Esto es lo que dije. Lo dije hace diez años, cuando nos conocimos en aquella rara isla griega». Joseph dijo:

- Después te llevaré, en mi calidad de tu Mefistófeles particular, a la cumbre de una alta montaña, y te enseñare un lugar que en belleza es el segundo del mundo. ¿Estás de acuerdo? ¿Una excursión misteriosa?

Charlie tomó un sorbo de whisky y dijo: -Quiero ver el lugar más bonito del mundo. Plácidamente, Joseph contestó: -Nunca concedo primeros premios.

«¡Sacadme de aquí! -pensó Charlie-. ¡Despedid al autor del guión! ¡Dadme un nuevo papel!»

A continuación, Charlie puso en práctica un truco social, directamente copiado de Rickmansworth:

- ¿Y qué has hecho durante estos últimos días, Joseph? Además de ansiar mi llegada, como es natural.

Joseph soslayó la contestación. Contrariamente, pidió a Charlie que le hablara de sus últimos días, de su viaje y de su grupo de amigos. Joseph sonrió cuando Charlie le habló de la providencial ayuda, mediante un taxi, que le prestó el chico hippy que no mencionó a Jesús. Joseph le preguntó si había recibido noticias de Alastair, y se mostró cortésmente apenado de que no las hubiera recibido. Riendo despreocupadamente, Charlie dijo:

- Alastair nunca escribe.

Joseph le preguntó qué papel, a su juicio, habían ofrecido a

Alastair en la nueva película, y Charlie contestó que a su juicio era un papel en un spaghetti western, lo que pareció muy gracioso a Joseph. Era una expresión que jamás había oído y pidió a Charlie que se la explicara. Después de beberse el whisky, Charlie comenzó a pensar en la posibilidad de que fuera atractiva para Joseph. Mientras Charlie le hablaba de Al, tuvo la impresión de que, con sus propias palabras, abría en su vida espacio para otro hombre. Charlie dijo:

- De todas maneras, albergo esperanzas de que Al tenga éxito. Lo dijo como si quisiera significar que quizá el éxito compensara a Al de otros disgustos.

Pero incluso mientras Charlie efectuaba estos avances hacia Joseph, volvió a sentirse atormentada por su sensación de actuar mal. Era una sensación que a veces experimentaba en plena actuación teatral, cuando una escena no se desarrollaba debidamente: los acontecimientos se sucedían por separado, aisladamente, y en una sucesión fría. La línea de los parlamentos era muy delgada, muy recta. Charlie pensó: «Es cuestión de tiempo.» Metió la mano en su bolsa de viaje, y de ella extrajo una cajita de madera de olivo que entregó a Joseph, por encima de la mesa. Joseph la cogió porque se la ofrecían, pero, en el primer instante, no la consideró un regalo. Divertida, Charlie advirtió una momentánea ansiedad, incluso suspicacia, en el rostro de Joseph, cual si un factor imprevisto amenazara con transformar sus planes. Charlie le dijo:

- Tu obligación es abrir la caja.

Para divertir a Charlie, Joseph se llevó la cajita al oído, y la sacudió levemente. Dijo:

- ¿Qué es? ¿Pido que traigan un cubo de agua?

Joseph emitió un suspiro, como si temiera lo peor, levantó la tapa de la caja y contempló los arrugados papeles de seda que había dentro. Dijo:

- Charlie, ¿qué es esto? Estoy totalmente desorientado. Insisto en que lo devuelvas inmediatamente al lugar en que lo has encontrado.

- ¡Vamos, adelante, hombre! Deshaz uno de los paquetitos.

Joseph levantó una mano, y Charlie contempló cómo la mano quedaba quieta, en alto, como si estuviera sobre su propio cuerpo, y cómo luego descendía sobre uno de los paquetitos, que contenía la concha de color rosado que Charlie había encontrado en la playa, el día en que Joseph se fue. Joseph, solemnemente, dejó la concha sobre la mesa, y extrajo el segundo obsequio, que era una estatuilla de un caballo griego, hecha en Taiwan, comprada en una tienda de souvenirs, que llevaba la palabra Joseph, pintada por la propia Charlie en la grupa. Sosteniéndolo con las dos manos, Joseph le dio vueltas y más vueltas, estudiándolo. Charlie dijo:

- El caballo es macho.

Pero estas palabras no sirvieron para borrar la expresión preocupada del rostro de Joseph. Charlie extrajo una fotografía en color, enmarcada, tomada con la polaroid de Robert, en la que se veía a la propia Charlie de espaldas, ataviada con un caftán y tocada con un sombrero de paja. Charlie dijo:

- Y ésta soy yo, haciendo pucheros. Estaba furiosa y me negué a posar. Pensé que te gustaría.

La forma en que Joseph expresó su gratitud tuvo una meditativa reticencia que dejó helada a Charlie. Joseph pareció decir: «Muchas gracias, pero no; gracias, pero en otra ocasión será; ni Pauly, ni Lucy, ni tampoco tú». Charlie dudó, pero por fin se lo dijo, se lo dijo suave, dulce y directamente:

- Joseph, no estamos obligados a seguir adelante. Todavía puedo tomar el avión. No quiero que tú…

- ¿Que yo qué?

- No quiero que te empeñes en cumplir una promesa precipitada. Esto es todo.

- No fue precipitada. Te lo dije con toda seriedad.

Ahora le había llegado el turno a Joseph. Sacó un montón de folletos de viaje. Sin que Joseph la invitara a ello, Charlie se levantó y fue a sentarse a su lado, poniendo el brazo izquierdo despreocupadamente sobre el hombro de Joseph, de modo que podían estudiar conjuntamente los folletos. El hombro de Joseph era duro como una piedra, y tan íntimo como pueda serlo una piedra, pero, a pesar de todo, Charlie dejó su brazo allí. Delfos, Joseph, maravilloso, súper. El cabello de Charlie rozaba la mejilla de Joseph. Pensando en Joseph, Charlie se había lavado el cabello anoche. Olimpia: formidable. Meteora: es la primera vez que oigo hablar de este sitio. Las frentes se rozaban. Tesalónica: ¡sopla! Los hoteles en que se alojarían, todo estaba previsto y contratado. Charlie le dio un beso en un pómulo, junto al ojo, como un pequeño picotazo a un blanco móvil. Joseph sonrió y oprimió la mano de Charlie, con el afecto propio de un tío, de modo que Charlie casi dejó de preguntarse qué era lo que aquel hombre tenía, o ella misma tenía, que le concedía el derecho a apoderarse de ella, sin siquiera un poco de lucha, sin siquiera una rendición. O de dónde procedía aquel reconocimiento -e ¡Hola, Charlie, mucho gusto!»- que había transformado su primer encuentro en una reunión de viejos amigos, y la actual reunión en una conferencia para organizar su luna de miel.

Charlie pensó: «Más vale que te olvides de este asunto.» Y, siquiera sin meditar sus palabras, preguntó:

- ¿Nunca has llevado un blazer rojo? ¿De color de vino tinto, con botones de latón, y el corte un poco dentro del estilo de moda en los años veinte?

Joseph levantó lentamente la cabeza, se volvió y su mirada se encontró con la de Charlie, a quien dijo:

- ¿Lo dices en serio o en broma?

- Totalmente en serio.

- ¿Un blazer rojo? ¿Y a santo de qué voy a llevar esto? ¿Es que quieres que vaya a trabajar en un circo?

- No. Es que te sentaría bien. Esto es todo.

Joseph todavía esperaba que Charlie contestara sus preguntas. Charlie, comenzando a encontrar la manera de salir de la situación en que se había metido, dijo:

- Es que, a veces, veo a la gente a mi manera. La veo desde un punto de vista teatral, en mi imaginación. No conoces a actrices, ¿verdad? Maquillo a la gente, le pongo barbas, la cambio de mil maneras. Quedarías pasmado si lo supieras. También la visto. Le pongo pantalones de golf, uniformes. Todo en mi imaginación. Es una costumbre.

- ¿Quieres decir con esto que quieres que me deje la barba?

- Cuando lo quiera te lo diré.

Joseph sonrió y Charlie le devolvió la sonrisa -fue otro encuentro con las candilejas en medio-, la mirada de Joseph dejó libre a Charlie, y ésta se fue al servicio de señoras, y allí, rabiosa, contempló su propia cara en el espejo, mientras intentaba descifrar la manera de ser de Joseph. Pensó: «No es de extrañar que tenga cicatrices de balas; fueron mujeres quienes le pegaron los tiros.»

Ya habían comido, habían hablado con la cortesía propia de recién conocidos, y Joseph había pagado la cuenta sacando el dinero de un billetero de piel de cocodrilo que seguramente costó la mitad de la deuda nacional del país al que Joseph perteneciera, fuera cual fuese.

Mientras contemplaba cómo Joseph doblaba el recibo y se lo guardaba, Charlie le preguntó:

- ¿Es que vas a incluirme en tu lista de gastos?

Joseph no contestó la pregunta debido a que, de repente, a Dios gracias, su reconocido talento de director administrativo se había hecho cargo de la situación, y resultaba que tenían mucha prisa. Mientras ordenaba a Charlie que corriese, a lo largo de un pasillo estrecho procedente de la cocina, Joseph, cargado con el equipaje de Charlie, le dijo:

- Por favor, busca un Opel verde, con los guardabarros abollados, y con un chófer de diez años de edad.

Charlie repuso:

- De acuerdo.

El coche en cuestión esperaba en la puerta lateral y, realmente,

tal como Joseph había prometido, tenía los guardabarros abollados. Con presteza, el chófer se hizo cargo del equipaje de Charlie y lo puso en el portamaletas. Este chófer era un hombre pecoso, rubio, de aspecto saludable, con una amplia sonrisa que mostraba unos grandes dientes, y, sí, ciertamente, aparentaba, si no diez años, quince a lo sumo. Mientras abría la puerta trasera para que Charlie entrara en el automóvil, Joseph dijo:

- Charlie, te presento a Dimitri. Su madre le ha dado permiso para regresar tarde esta noche. Dimitri, haz el favor de llevarnos al sitio que, en belleza, es el segundo del mundo.

Joseph se sentó al lado de Charlie. El automóvil se puso en marcha inmediatamente, al mismo tiempo que Joseph comenzaba su monólogo en burlona imitación de los guías de turismo:

- Charlie, aquí vemos el hogar de la moderna democracia griega, que es la plaza de la Constitución, en la que puedes ver cuántos son los demócratas que gozan de su libertad al aire libre en los restaurantes. A la izquierda puedes ver el Olimpeón y la puerta de Adriano. Sin embargo, debo advertirte, antes de que te formes falsas ideas, que este Adriano no es el mismo que construyó la célebre muralla. El Adriano de Atenas tenía más fantasía, ¿no crees?, era más artista.

Charlie dijo:

- Si, mucho más.

Irritada, Charlie se dijo, en su fuero interno: «¡Despierta, Charlie, despierta! Sal de este marasmo en que te encuentras. Es un viaje gratis, con un hombre nuevo y encantador, estás en la antigua Grecia, y a esto se le llama diversión.» Ahora, el automóvil circulaba más despacio. Charlie divisó ruinas a su derecha, pero los altos autobuses las ocultaron una vez más. Tomaron una curva, ascendieron despacio por una cuesta adoquinada, y se detuvieron. Joseph saltó del coche y abrió la puerta correspondiente a Charlie, para que ésta bajara. Joseph le cogió la mano, y la condujo de prisa, casi con aires de conspirador, hasta una estrecha escalera de piedra, bordeada de altos árboles. En un teatral murmullo, Joseph le dijo:

- Hablaremos sólo en susurros, en la más compleja clave. Charlie le contestó con palabras tan carentes de significado como las de Joseph.

Joseph parecía llevar en la mano una carga de electricidad. El contacto con la mano de Joseph hacía arder los dedos de Charlie. Avanzaban por un sendero en un bosque, en ocasiones pavimentado con piedras y en otras ocasiones de tierra, aunque siempre ascendente. La luna había desaparecido y estaba muy oscuro, pero Joseph iba delante, de prisa y sin la menor duda, como si hubiera luz del día. En una ocasión pasaron junto a una escalera con peldaños de piedra, en

otra ocasión cruzaron un sendero más ancho, pero los caminos fáciles no parecían haber sido hechos para Joseph. Ya no había árboles, y Charlie vio a su derecha las luces de la ciudad, muy hacia abajo. A la izquierda, y en lo alto, vio una especie de picacho recortado en negro contra el cielo anaranjado.

Charlie oyó pasos y risas a su espalda, pero se trataba sólo de un par de críos jugando.

Sin reducir la velocidad de su paso, Joseph preguntó:

- ¿No te molesta la caminata?

- Enormemente.

Joseph se detuvo y dijo:

- ¿Quieres que te lleve en brazos?

- Desgraciadamente tengo un esguince en la espalda. Oprimiendo con más fuerza la mano de Joseph, Charlie dijo:

- Ya lo vi.

Charlie volvió a dirigir la vista a la derecha y vio algo que le pareció las ruinas de un antiguo molino inglés, con una ventana arqueada inmediatamente encima de otra ventana arqueada, y la ciudad iluminada a su espalda. Miró hacia la izquierda y advirtió que el picacho se había convertido en la negra silueta rectangular de un edificio, con algo que parecía una chimenea sobresaliendo en uno de sus extremos. Luego, volvió a haber árboles, con el ensordecedor canto de las cigarras, y un olor a pino tan fuerte que picaba en los ojos a Charlie.

Tirando de Joseph para que se detuviera, por lo menos durante unos instantes, Charlie murmuró:

- Es una trampa, ¿verdad? Sexualidad en la colina. ¿Cómo has sabido adivinar mis secretos deseos?

Pero Joseph ya volvía a avanzar vigorosamente, precediendo a Charlie. Charlie estaba jadeante, pero podía seguir adelante durante un día entero, cuando se lo proponía. Otra era la causa de su falta de aliento. Penetraron en un ancho sendero de piedras. Ante ellos, dos figuras grises vestidas de uniforme hacían guardia junto a una pequeña cabaña de piedra en la que brillaba una luz dentro de una jaula de alambre. Joseph se acercó a los dos hombres uniformados, y Charlie oyó el saludo en murmullos. La cabaña se levantaba entre dos puertas de hierro, en forma de reja. Detrás de una de ellas se volvía a ver la ciudad que ahora no era más que un distante resplandor de luces apretujadas. Pero detrás de la otra puerta no había más que una oscuridad total, y aquella oscuridad era el lugar al que iban a penetrar, ya que Charlie oyó el sonido de llaves entrechocando, y el gemido del hierro al girar la puerta sobre sus goznes. Durante un instante, Charlie se sintió dominada por el miedo. «¿Qué estoy haciendo aquí? ¿En dónde estoy? ¡Sal corriendo, muchacha, sal

corriendo!» Aquellos hombres eran policías o funcionarios, y, por su servil comportamiento, Charlie pensó que Joseph seguramente los había sobornado. Todos miraron sus relojes, y Charlie, una vez más, recordó el maltratado cronómetro de Joseph y lo comparó con el nuevo reloj de oro que ahora llevaba, con su brazalete de oro, con su elegante camisa de color de crema, y con sus gemelos. Joseph le indicaba con la mano que avanzara. Charlie miró hacia atrás y vio a dos muchachas en pie, más abajo, en el sendero de piedra, mirando hacia arriba. Joseph la llamaba. Charlie se dirigió hacia la puerta abierta. Sintió que los policías la desnudaban con la mirada, y se le ocurrió que Joseph todavía no la había mirado de esta manera. No, Joseph aún no le había dado rudas muestras de que la deseara. En su incertidumbre, Charlie deseaba ardientemente que se las diera.

La puerta se cerró a sus espaldas. Había unos peldaños, y después de los peldaños un sendero de resbaladiza piedra. Oyó que Joseph le recomendaba que anduviera con cuidado. Charlie, de buena gana, hubiera pasado el brazo por la cintura de Joseph, pero éste la colocó delante de él, diciéndole que no quería que su propio cuerpo le impidiera ver el panorama. «Se trata de un panorama», se dijo Charlie. El panorama que, en belleza, es el segundo del mundo. Aquella piedra seguramente era mármol, por cuanto resplandecía incluso en la noche, y las suelas de cuero resbalaban peligrosamente. En una ocasión poco faltó para que Charlie se cayera, pero la mano de Joseph la cogió con una rapidez y con una fuerza que, comparadas con las de Al, dejaban a éste convertido en un mequetrefe. En otra ocasión, Charlie oprimió el brazo de Joseph contra su costado, de modo que tocara su pecho izquierdo. Mentalmente, Charlie le dijo con desesperación: «Toca. Es mío, el primero de dos, el izquierdo es un poco más erógeno que el derecho. Pero ¿a quién importa?» El sendero avanzaba en zigzag, la oscuridad menguaba y daba calor a Charlie, como si aún retuviera el sol del día. Abajo, por entre los árboles, la ciudad estaba lejana, como un planeta que se fuera. En lo alto, Charlie sólo podía percibir la mellada negrura de torres y estructuras. El murmullo del tránsito había cesado, dejando la noche a las cigarras.

- Camina despacio, por favor.

A juzgar por el tono de Joseph, Charlie pensó que fuera lo que fuere aquello que los esperaba, no podía estar lejos. El sendero volvió a avanzar en zigzag, y se encontraron ante una escalera de madera. Peldaños, un descansillo, más peldaños. En aquel punto, Joseph caminaba a pasos leves, y Charlie le imitó, de tal manera que, una vez más, quedaron unidos por la cautela. El uno al lado del otro, pasaron por una gran entrada cuya grandiosidad obligó a Charlie a levantar la vista. Al hacerlo vio una roja media luna deslizándose entre las estrellas, lejana, para situarse entre las columnas del Partenón.

Charlie musitó:

- ¡Dios…!

Se sintió muy poca cosa, y, por un momento, solitaria. Avanzó despacio, como una persona que se dirige hacia un espejismo, esperando que se disuelva en la nada, pero aquello no se disolvió. Anduvo a lo largo de la ruina, en busca de un lugar por el que penetrar en ella, pero en la primera escalera que encontró había un cartelito que decía: «Prohibida la subida.» De repente, Charlie se echó a correr, sin saber la razón de ello. Corría hacia los cielos, por entre las peñas, en busca del negro límite de aquella ciudad extraterrenal, dándose cuenta sólo a medias de qua Joseph, con su camisa de seda, trotaba fácilmente a su lado. Charlie reía y hablaba al mismo tiempo, decía las cosas que según le habían informado, solía decir en cama, decía cuanto le acudía a las mientes. Tenia la sensación de que podía escapar de su propio cuerpo y correr hacia el cielo, sin caerse. Poco a poco, la velocidad de Charlie menguó, y acabó avanzando al paso, hasta llegar al parapeto sobre el que se apoyó brusca y desmadejadamente, mirando, abajo, la iluminada isla, rodeada por los negros océanos de la llanura ática. Miró hacia atrás y vio a Joseph contemplándola a pocos pasos.

Por fin, Charlie dijo:

- Gracias.

Poniéndose ante él, le cogió la cabeza con ambas manos, y le besó en los labios, le dio un beso de cinco años, primero sin la lengua, luego con la lengua, inclinando la cabeza hacia este lado y hacia aquél, e inspeccionando su cara de vez en cuando, como si quisiera medir los resultados de su propio trabajo. Y en esta ocasión, estuvieron juntos el tiempo suficiente para que Charlie saliera de dudas: sí, en absoluto, funciona bien.

Charlie repitió:

- Gracias, Joseph.

Pero estas palabras sólo sirvieron para que Joseph se retirara. Su cabeza se hurtó a las manos de Charlie, sus manos deshicieron el abrazo de la muchacha y volvieron a sus costados. De una forma pasmosa, Joseph la había dejado sin nada.

Confusa y casi irritada, Charlie miró la cara de centinela de Joseph iluminada por la luz de la luna. Tiempo hubo en que Charlie los había conocido a todos, a su parecer. Había conocido a los vergonzantes homosexuales que alardeaban de virilidad hasta que no podían resistir el llanto. A los homosexuales que, siendo viejas vírgenes, imaginaban que estaban afectos de impotencia. A los presuntos donjuanes y fingidos sementales que emprendían la retirada, en el último instante, llevados por un arrebato de timidez o de conciencia moral. Y Charlie siempre tuvo, por norma general, la

honrada ternura de comportarse como una madre o una hermana o lo que fuera, y formar un vínculo con ellos. Pero en Joseph percibía, mientras contemplaba sus ojos cubiertos por las sombras, una renuencia con la que jamás se había topado. Y no consistía en que en él no hubiera deseo, o que careciera de la capacidad precisa. Charlie tenía la experiencia suficiente para no equivocarse al valorar la tensión y la confianza del abrazo de Joseph. Al contrario, parecía que Joseph persiguiera una finalidad que se encontraba más allá de Charlie, lo cual intentaba comunicarle por el medio de contenerse.

Charlie dijo:

- ¿Quieres que te dé las gracias otra vez?

Durante unos instantes, Joseph siguió mirándola en silencio. Luego levantó la mano y miró la esfera de su reloj de oro a la luz de la luna.

- En realidad pienso que nos queda muy poco tiempo, y que me gustaría mostrarte algunos de los templos que hay aquí. ¿Permites que te aburra?

En el extraordinario abismo que se había abierto entre los dos, Joseph daba por supuesto que Charlie le ayudaría a cumplir su voto de abstinencia.

Charlie puso un brazo bajo el de Joseph, y mirándole como si fuera una pieza recién cobrada, dijo:

- Lo quiero todo. Quiero saber quién lo construyó, cuánto costó, a quién rendían culto aquí; si el culto les daba buenos resultados o malos, todo. Puedes aburrirme hasta que la muerte nos separe.

Ni por asomo se le ocurrió a Charlie que Joseph no supiera contestarle. Y Charlie no se equivocó. Joseph la instruyó, y Charlie escuchó. Joseph anduvo despacio y tranquilo de un templo a otro. Y Charlie iba a su lado, cogida de su brazo, pensando: «Seré tu hermana, tu discípula, seré lo que quieras; si te hago triunfar, diré que tú has triunfado; si te hundes, diré que he sido yo quien te ha hundido, y conseguiré que confíes, aunque en ello me vaya la vida.»

Joseph dijo gravemente:

- No, Charlie, Propilae no era una diosa, sino la entrada a un templo. La palabra procede de propilon, y los griegos emplearon el plural para honrar mayormente al templo.

- ¿Y has aprendido todo esto con la sola idea de explicármelo, Joseph?

- Naturalmente. Pensando sólo en ti. ¿Por qué no?

- Hubiera podido hacerlo sola. Tengo un cerebro como una esponja. Quedarías pasmado. Me hubiera bastado con echar una ojeada a un libro para sabérmelo todo, y convertirme en tu especialista.

Joseph se detuvo, y Charlie hizo lo mismo. Joseph dijo: -En este

caso, repite lo que he dicho.

Al principio Charlie no pudo creerle, y pensó que Joseph bromeaba. Luego, cogiendo por los brazos a Joseph, le dio bruscamente media vuelta, y le obligó a desandar lo caminado, mientras le repetía cuanto le había dicho.

Habían llegado al final del trayecto. Charlie preguntó:

- ¿Satisfecho? ¿Me he ganado el segundo premio?

Charlie esperó a que transcurriera el ya famoso silencio que Joseph observaba antes de hablar. Por fin, Joseph habló:

- No es el trono de Agripa, sino el monumento de Agripa. Con la salvedad de este pequeño error, creo que tu recitado ha sido perfecto. Mi felicitación.

En el mismo instante, Charlie oyó, abajo, la bocina de un automóvil, tres medidos bocinazos, y supo que se trataba de un aviso dirigido a Joseph, ya que éste levantó la cabeza y prestó atención al sonido, como un animal olisqueando el viento, antes de volver a mirar el reloj. Charlie pensó que el profesor se había convertido en niñera. Había llegado el momento de que los niños buenos se metieran en la cama y se contaran los acontecimientos del día.

Habían ya comenzado a bajar por la falda de la colina, cuando Joseph se detuvo para contemplar el melancólico teatro de Dionisos, como un cuenco vacío iluminado por la luna, y el resplandor de lejanas luces. «Es una última mirada», pensó Charlie, pasmada, mientras contemplaba la inmóvil silueta negra de Joseph, recortada contra las luces de la ciudad.

Joseph observó:

- He leído, no sé dónde, que ninguna representación dramática puede ser una manifestación privada. Las novelas y las poesías, sí, pueden serlo. Pero la representación dramática, no. La representación dramática debe tener una aplicación a la realidad, ha de ser útil. ¿Crees que es verdad?

Riendo, Charlie replicó:

- ¿En el Instituto Femenino de Burton-on-Trent? ¿Interpretando el papel de Helena de Troya en la sesión de tarde dedicada a las jubiladas?

- He hablado en serio. Quiero saber tu opinión.

- ¿Acerca del teatro?

- Acerca de su utilidad.

Charlie quedó desconcertada ante el interés que Joseph mostraba. Parecía que Joseph esperase mucho, demasiado quizá, de la respuesta que ella diera. Torpemente, Charlie repuso:

- Pues sí, estoy de acuerdo. El teatro debiera ser útil. Debiera inducir a la gente a compartir y a sentir. Debiera despertar la sensibilidad de la gente.

- En consecuencia, ¿debiera ser realista? ¿Estás segura?

- Estoy segura de que estoy segura.

Como si, siendo así las cosas, Charlie no tuviera derecho a acusarle de nada, Joseph dijo:

- Pues eso.

Alegremente, Charlie repitió:

- Pues eso.

Charlie decidió: «Estamos locos. Somos un par de dementes merecedores de un certificado médico.» El policía los saludó cuando pasaron junto a él, camino de vuelta a la tierra.

Al principio, Charlie pensó que Joseph le gastaba una broma de mal gusto. Con la salvedad del Mercedes, la carretera estaba desierta, y el Mercedes destacaba en su soledad. En un banco, algo más allá, había una pareja besándose. Y nadie más había. El color del automóvil era oscuro, aunque no negro. Se encontraba junto a la zona cubierta de césped, y la placa delantera de la matrícula apenas se distinguía. A Charlie le habían gustado siempre los Mercedes, y por la solidez de éste podía advertir que había sido construido por encargo, así como también pudo advertir, gracias a sus antenas y accesorios, que era el juguete favorito de su propietario. Joseph la había cogido del brazo, y hasta que no se encontraron a la altura de la puerta del automóvil correspondiente al conductor, Charlie no se dio cuenta de que Joseph se disponía a abrirla. Vio cómo Joseph metía la llave en la cerradura, y que los botones de las cuatro puertas se ponían simultáneamente en la posición de cerradura abierta. A continuación, Joseph la llevó hacia la puerta correspondiente al asiento contiguo al del conductor, mientras Charlie se preguntaba qué diablos estaba pasando.

Con un despreocupado acento que hizo entrar inmediatamente a Charlie en sospechas, Joseph dijo:

- ¿No te gusta? ¿Quieres que encargue otro? Pensaba que tenías una debilidad por los buenos automóviles.

- ¿Lo has alquilado?

- No. Nos lo han prestado para nuestro viaje.

Joseph mantenía la puerta abierta. Charlie entró y preguntó:- ¿Quién te lo ha prestado?

- Un buen amigo.

- ¿Cómo se llama?

- Charlie, por favor, no seas ridícula. Se llama Herbert. Karl Herbert. ¿Qué importa el nombre? ¿O es que prefieres las igualitarias incomodidades de un Fiat griego?

- ¿Dónde está mi equipaje?

- En el portamaletas. Dimitri lo ha guardado ahí, siguiendo mis instrucciones. ¿Quieres comprobarlo por ti misma, para quedarte tranquila?

- No quiero viajar en este coche.

A pesar de ello, Charlie siguió sentada, y, al instante siguiente, Joseph estaba sentado ante el volante, poniendo el motor en marcha. Joseph se había puesto guantes. Guantes negros, para conducir, con orificios de ventilación. Seguramente los había llevado en el bolsillo y se los había puesto al entrar en el automóvil. El oro alrededor de sus muñecas destacaba en contraste con los negros guantes. Conducía de prisa y hábilmente. Esto tampoco gustó a Charlie. No era ésta la manera en que se conducen los automóviles de los amigos. La puerta al lado de Charlie estaba cerrada con llave. Joseph había cerrado con llave las cuatro puertas, mediante el mecanismo automático. Había puesto en marcha la radio, que difundía melancólica música griega.

Charlie preguntó:

- ¿Qué debo hacer para abrir esa maldita ventanilla?

Joseph oprimió un botón, y Charlie sintió el cálido aire nocturno que le traía aroma a resina. Pero Joseph sólo había bajado el cristal cosa de un par de pulgadas. En voz muy alta, Charlie preguntó:

- Lo haces a menudo, ¿verdad? ¿Es una de tus aficiones? Me refiero a eso de llevar a señoras de viaje, con rumbo desconocido, a dos veces la velocidad del sonido.

Joseph no contestó. Con fijeza miraba al frente. ¿Quién es este hombre? ¿Quién es, ¡oh santo Dios!, como diría su maldita madre? La luz inundó el interior del automóvil. Charlie volvió la cabeza y vio un par de faros, a unas cien yardas detrás de ellos, manteniéndose a esa distancia. Charlie preguntó:

- ¿Amigos o enemigos?

La muchacha se estaba acomodando de nuevo en el asiento cuando cayó en la cuenta de otra cosa que su vista había percibido. Se trataba de un blazer rojo, que reposaba en el asiento trasero, con unos botones de latón iguales que los botones de latón de Nottingham y de York. Y, además, Charlie hubiera apostado cualquier Losa a que el corte de la chaqueta en cuestión tenía cierto aire propio de los años veinte.

Pidió un cigarrillo a Joseph. Este, sin volver la cabeza, dijo: -¿Por qué no miras en la guantera?

Charlie abrió la guantera y vio un paquete de Marlboro. Al lado había un pañuelo de cuello, de seda, y un par de caras gafas de sol polaroides. Cogió el pañuelo y lo olisqueó. Olía a colonia para hombre. Cogió un cigarrillo. Con la mano enguantada, Joseph le pasó el incandescente encendedor que extrajo del salpicadero. Charlie dijo:

- Tu amigo es hombre que viste de una forma muy llamativa, ¿verdad?

- Ciertamente. Es verdad. ¿Por qué lo dices?

- ¿Este blazer rojo que hay detrás es suyo o tuyo?

Joseph, como si estas palabras le hubieran impresionado, dirigió una rápida mirada a Charlie y, acto seguido, devolvió la vista a la carretera. Con calma, mientras aumentaba la velocidad del automóvil, Joseph repuso:

- Digamos que es suyo, pero que me lo ha prestado.

- ¿Y también le has pedido prestadas las gafas de sol? Pues yo diría que las necesitabas, estando sentado tan cerca de las candilejas que casi te confundías con los actores. Y te llamas Richthoven, ¿no es eso?

- Exactamente.

- Peter es tu nombre de pila, pero prefieres que te llamen Joseph. Vives en Viena, donde comercias un poco y estudias un poco.

Charlie hizo una pausa. Joseph nada dijo. Y Charlie insistió:

- Y tienes un apartado de correos, para hacer tus negocios, que es el apartado siete seis dos, de la oficina principal de correos, ¿verdad?

Charlie vio que Joseph efectuaba un lento movimiento afirmativo con la cabeza, como si de esta manera reconociera la buena memoria de la muchacha. La aguja cuentakilómetros había subido a ciento treinta kilómetros. Animándose, Charlie prosiguió:

- Nacionalidad no declarada. Eres un sensible individuo de razas cruzadas. Tienes tres hijos y dos esposas. Todos en un apartado de correos.

- No tengo esposas ni hijos.

- ¿Nunca has tenido? ¿0 careces de ellos en estos precisos instantes?

- Carezco en los precisos instantes.

- No creas que me importe, Joseph. En realidad, me gustaría que las tuvieras. Me gustaría que hubiera cualquier cosa capaz de definirte, en estos instantes. Cualquier cosa. Las chicas somos así, entrometidas.

Charlie se dio cuenta de que aún conservaba el pañuelo de seda entre las manos. Lo arrojó a la guantera, y cerró el compartimiento violentamente. La carretera era recta, pero muy angosta, y la aguja había alcanzado los ciento cuarenta kilómetros por hora. Charlie sintió cómo se le formaba en su interior una sensación de terror que atacaba su calma artificial. Charlie dijo:

- ¿Te molestaría mucho decirme algo agradable? ¿Algo que me tranquilizara un poco?

- Lo único agradable que puedo decirte es que te he mentido lo menos posible, y que dentro de muy poco comprenderás las muchas razones por cuyos méritos estás con nosotros.

Rápida y secamente, Charlie preguntó:

- ¿Con nosotros?

Hasta aquel momento, Joseph había sido un hombre solitario. A

Charlie no le gustó ni pizca el cambio. Avanzaban hacia una carretera principal, pero Joseph no había reducido velocidad. Vio los faros de dos automóviles avanzando hacia ellos, y contuvo el aliento, mientras Joseph oprimió el embrague y el freno al mismo tiempo, y detenía el Mercedes, dando paso a los dos automóviles, haciéndolo con la rapidez precisa para permitir que el coche que los seguía hiciera lo mismo.

De repente, Charlie se acordó de las cicatrices de Joseph y le preguntó:

- ¿No se tratará de tráfico de armas? ¿No andarás metido en alguna guerrita, para pasar el rato? Ocurre que no me gustan los estampidos. Tengo los oídos muy delicados.

La forzada frivolidad de su tono había dado a la voz de Charlie un sonido que era extraño a los oídos de la muchacha. Oyó a Joseph:

- No, Charlie, no es tráfico de armas.

- «No, Charlie, no es tráfico de armas.» ¿Trata de blancas quizá?

- No, tampoco es trata de blancas.

Charlie también repitió estas palabras y añadió:

- En este caso, sólo quedan las drogas. Sí, porque en algo traficas, ¿no es verdad? Ahora bien, las drogas tampoco me gustan. Long Al me obliga a llevar su hachís cuando pasamos las aduanas, y paso tantos nervios que estoy enferma durante varios días.

Tampoco obtuvo contestación. Charlie volvió a hablar:

- ¿Se trata de algo más alto y noble, de algo que se encuentra en un plano absolutamente diferente?

Alargó la mano, cerró la radio y dijo:

- Oye: ¿por qué no paras el coche aquí mismo? No hace falta que me lleves a sitio alguno. Y, si quieres, puedes volver a Mikonos y buscar a alguna que me sustituya.

- ¿Y dejarte ahí, en pleno descampado? No seas absurda. Charlie chilló:

- ¡Ahora mismo! ¡Para este maldito automóvil!

Se acababan de saltar unas señales de tránsito, y habían efectuado un giro a la izquierda, tan violento que el cinturón de seguridad se clavó en el cuerpo de Charlie, cortándole la respiración. Charlie quiso coger el volante, pero Joseph levantó el antebrazo a tiempo para impedírselo. Joseph efectuó un segundo giro a la izquierda, y, por un portalón blanco, penetró en un sendero privado, bordeado de azaleas e hibiscos. El sendero presentaba una curva que el automóvil recorrió volando, y acto seguido se detuvo en una extensión de grava bordeada de piedras pintadas de blanco. El segundo automóvil se detuvo detrás, bloqueando el camino de salida. Charlie oyó pasos en la grava. Vio una vieja villa de recreo, cubierta de flores rojas. A la luz de los faros, las flores parecían manchas de sangre fresca. En el porche lucía una

pálida luz. Joseph paró el motor y se metió en el bolsillo la llave del encendido. In

clinándose hacia Charlie, abrió la puerta correspondiente a ésta, con lo cual al olfato de Charlie Llegó el rancio aroma de las hortensias, y a sus oídos el familiar canto de las cigarras. Joseph se apeó, pero Charlie siguió dentro del automóvil. No soplaba la brisa, no se tenía sensación de aire fresco, sólo se oía el rumor de ligeros pasos de gente joven congregándose alrededor del automóvil. Se trataba de Dimitri, el chófer de diez años, con su sonrisa de dientes salidos. De Raoul, el muchacho con el cabello del color del lino, devoto de Jesús, y con un rico papá sueco. De dos muchachas, con pantalones tejanos, aquellas mismas muchachas que les habían seguido durante su ascenso a la Acrópolis, y que también eran las mismas - ahora, bajo una mejor luz, Charlie se dio cuenta de ello- que había visto vagando por las calles de Mikonos, una o dos veces, cuando iba de escaparates. Al oír el sordo ruido producido por alguien al descargar equipaje del portamaletas, Charlie salió furiosa, mediante un salto, del interior del automóvil, gritando:

- ¡Mi guitarra! ¡Dejad inmediatamente mi guitarra!

Pero Raoul ya tenía la guitarra bajo el brazo, en tanto que Dimitri se había hecho cargo de la bolsa de viaje. Charlie se disponía a abalanzarse sobre los dos chicos, cuando las dos muchachas la cogieron por codo y muñeca y la obligaron a dirigirse hacia el porche. Charlie chilló:

- ¿Dónde está Joseph, ese hijo de mala madre?

Pero Joseph, el hijo de mala madre, cumplida su misión, ya se encontraba a mitad de los peldaños que conducían a la casa, y no volvió la vista atrás, como si estuviera escapando de un accidente. Al alejarse del automóvil, Charlie vio, a la luz que brillaba en el porche, la placa trasera de la matrícula. No era una matrícula griega. Era árabe, con ringorrangos a lo Hollywood alrededor del número, y una placa de plástico con las letras «CD», Corps Diplomatic, en la tapa del portamaletas, junto al emblema de la Mercedes Benz.

6

Las dos muchachas llevaron a Charlie al retrete y estuvieron con ella, muy tranquilas, mientras ésta usaba el servicio. Una era rubia y la otra morena, y las dos parecían haber recibido órdenes de tratar amablemente a Charlie. Llevaban zapatos de suela blanda, no se habían metido los faldones de la camisa en los tejanos, habían dominado físicamente a Charlie sin la menor dificultad, cuando ésta se lanzó sobre ellas, y cuando Charlie las insultó, le contestaron con una sonrisa dotada de la lejana dulzura de los sordos.

La morena dijo a Charlie en el curso de una breve tregua:

- Me llamo Rachel. Y mi amiga se llama Rose. ¿Te acordarás? Piensa en RR.

Rachel era la guapa. Tenía remilgado acento del norte y ojos alegres. Fue la espalda de Rachel lo que detuvo a Yanuka en la frontera. Rose tenía rizado cabello rubio, y el nervudo cuerpo propio de una atleta. Cuando abrió las manos, sus palmas parecían hojas de hacha salidas de sus delgadas muñecas.

Con un acento seco que bien hubiera podido ser sudafricano, Rose dijo a Charlie:

- No te preocupes, Charlie. Ya verás cómo no te pasará nada malo.

Charlie intentó una vez más, y en vano, forcejear con ellas, y dijo:

- Gracias, ya se me ha pasado.

Del retrete la llevaron a un dormitorio en la planta baja, en donde le dieron un peine y un cepillo para el pelo, así como un vaso de turbio té, sin leche. Charlie se sentó en el borde de la cama y comenzó a tomar sorbos de té, mientras maldecía, trémula de rabia, e intentando acompasar la respiración. Musitó:

- «¡RAPTO DE UNA ACTRIZ SIN UN PENIQUE!» ¿Qué rescate pensáis pedir, muchachas? ¿El pasivo de mi cuenta corriente?

Pero estas palabras sólo sirvieron para que las muchachas le sonrieran con más dulzura, a uno y otro lado de Charlie, caídos los brazos, esperando el momento de hacerla subir la gran escalinata. Al llegar al primer descansillo, Charlie volvió a atacar a las dos muchachas, en esta ocasión a puñetazos, lanzando los puños en curva

trayectoria paralela al suelo, furiosamente, lo cual sólo sirvió para que Charlie se encontrara suavemente depositada de espaldas en el suelo, con la vista fija en los vidrios policromos en lo alto de la escalinata, que quebraban la luz lunar transformándola en un mosaico de pálido color dorado y de color de rosa. Charlie explicó a Rachel:

- Sólo quería romperte las narices.

Pero la reacción de Rachel consistió en una radiante sonrisa de comprensión.

La casa era vieja y olía a gatos que apestaba. Estaba atestada de malos muebles griegos, del estilo imperio, y tenía marchitas cortinas de terciopelo, y candelabros de latón. Pero en el caso de que hubiera estado limpia como un hospital suizo o sucia como la bodega de un buque carguero, ella nada hubiera cambiado. Sólo hubiera significado otra clase de pesadilla, ni peor ni mejor. En el segundo descansillo, unos agrietados tiestos con flores trajeron a la memoria de Charlie, una vez más, la imagen de su madre. Charlie se vio a sí misma, siendo niña, sentada al lado de su madre, llevando pantalones de pana, y mondando vainas de guisantes, en un invernadero. Pero fue incapaz de recordar, en aquellos momentos y luego, una casa que tuviera un invernadero y en la que ella hubiera vivido, como no fuera la primera que la familia tuvo en Branksome, cerca de Bournemouth, cuando Charlie contaba tres años de edad.

Se acercaron a una puerta de dos hojas, que Rachel abrió, echándose después a un lado. Charlie vio ante sí una estancia con aspecto de caverna, en cuyo centro había dos figuras sentadas a una mesa, una de ellas ancha y grande, y la otra encorvada y muy delgada, las dos ataviadas con ropas de nebulosos colores castaños y grises, y que, contempladas desde lejos, tenían fantasmal aspecto. Sobre la mesa vio papeles diseminados, a los que una luz pendiente del techo daba desproporcionada importancia, y que, incluso vistos desde lejos, tenían aspecto de recortes de prensa. Rose y Rachel se habían rezagado, cual si fueran personas de inferior importancia. Rachel dio un empujón en el trasero a Charlie y dijo:

- ¡Adelante!

Charlie recibió un impulso que la hizo recorrer involuntariamente los últimos veinte pies, sintiéndose como feo ratón mecánico, de esos que funcionan con cuerda. Charlie pensó: «Finge que te ha dado un ataque, ponte las manos en el estómago, di que tienes apendicitis. ¡Chilla!» Cuando Charlie entró, los dos hombres se pusieron, simultáneamente, en pie de un salto. El delgado se quedó junto a la mesa, pero el corpulento avanzó decidido hacia ella, y su mano derecha se engarabitó en un movimiento propio de un cangrejo, cogiendo la mano de Charlie y estrechándola, antes de que ésta pudiera evitarlo.

Como si Charlie hubiera tenido que desafiar incendios forestales e inundaciones para llegar hasta ellos, Kurtz exclamó en veloz tono de felicitación:

¡Charlie, no sabe cuánto nos alegra que esté por fin sana y salva entre nosotros!

Teniendo todavía la mano de Charlie fuertemente asida por la suya, de modo que el contacto entre las dos pieles resultaba totalmente contrario a cuanto Charlie había previsto, Kurtz dijo:

- Mi nombre, a falta de otro, Charlie, es Marty, y cuando Dios terminó de hacerme quedaron unas cuantas porciones sobrantes, con las que hizo a Mike, a modo de posdata. Saluda a Mike, Charlie. Y en cuanto al señor Richthoven, dicho sea utilizando el nombre que para su mayor comodidad escogió, aquí presente, a quien según creo usted llama Joseph, creo que no hace falta decir más nombres, puesto que usted misma lo bautizó.

Joseph seguramente había entrado en el cuarto sin que Charlie se diera cuenta. Charlie recorrió la estancia con la vista, y le vio ordenando unos papeles sobre una mesa plegable, apartado de todos. Sobre la mesa había una pequeña lámpara de uso individual cuya luz, semejante a la de una vela, incidió en la cara de Joseph cuando éste se inclinó al frente.

Charlie dijo:

- Pues ahora podría volver a bautizar a ese hijo de mala madre. Charlie pensó en atacar a Joseph, tal como antes había atacado a Rachel. Le bastaba con dar tres rápidos pasos y atizarle, antes de que pudieran impedírselo, pero advirtió que no lo conseguiría, por lo que se contentó con lanzarle una andanada de obscenos insultos que Joseph escuchó con aire de recordar algo un tanto lejano. Joseph se había puesto un jersey ligero. La camisa de seda propia de director de orquesta y los gemelos de oro, como tapones de botella, habían desaparecido, y parecía que jamás hubieran existido.

Sin alzar la cabeza y mientras seguía ordenando sus papeles, Joseph dijo:

- Te aconsejo que por el momento te abstengas de formular juicios y dejes de soltar palabrotas. Primero escucha lo que estos dos hombres quieren decirte. Estás en manos de buena gente. Me atrevería a decir que estás en manos de gente mucho mejor que aquella con la que solías tratar. Tienes mucho que aprender y, si la suerte te acompaña, también tienes mucho que hacer. Así es que conserva las energías.

Joseph pronunció estas últimas palabras como si recitara para sí una advertencia medio olvidada. Siguió con sus papeles.

Amargamente, Charlie pensó: «No siente el menor interés por mí; ha entregado su carga, y la carga era yo.»

Los otros dos hombres seguían de pie, esperando que Charlie se

sentara, lo cual era propio de locos. Es una locura ser cortés para con una muchacha que acaba de ser raptada, es una locura darle lecciones de bondad, es una locura sentarse a una mesa para charlar con quienes te acaban de raptar, después de tomar un vasito de té y de arreglarte un poco en el lavabo. De todas maneras, Charlie se sentó. Kurtz y Litvak también lo hicieron.

Mientras se enjugaba una lágrima con los nudillos de una mano, Charlie preguntó con voz insegura:

- ¿Quién es el que dirige el juego, aquí?

Vio una vieja cartera para documentos, de color castaño, situada en el suelo entre los dos hombres, con la tapa abierta, aunque no por ello pudo ver el contenido. Y sí, efectivamente, los pape-les que había sobre la mesa eran recortes de prensa, y a pesar de que Mike los estaba guardando en una carpeta, Charlie no tuvo dificultad alguna en reconocer que aquellos recortes hacían referencia a su carrera artística.

En tono decidido, Charlie preguntó:

- ¿No se han equivocado de chica, supongo? ¿Están seguros?

Dirigió estas palabras a Litvak, suponiendo erróneamente que era el más influíle de los dos, en méritos de su endeble aspecto físico. Pero, en realidad, a Charlie le importaba muy poco cuál fuera la persona a quien se dirigía, siempre y cuando consiguiera conservar la serenidad. Charlie añadió:

- Aunque les advierto que si van en busca de los tres enmascarados que asaltaron el banco de la calle Cincuenta y dos, les diré que se fueron en dirección contraria a ésta. Yo era la inocente transeúnte que tuvo un parto prematuro.

Kurtz levantó de la mesa, al mismo tiempo, sus gruesos brazos, y gritó muy complacido:

- ¡Charlie, sí, usted es la chica que buscábamos! ¡Y tanto que sí! Kurtz dirigió una mirada a Litvak, y luego a Joseph, en el otro extremo del cuarto. Fue una mirada benévola, pero duramente calculadora. Y, en el instante siguiente, Kurtz se había lanzado, hablando con la fuerza animal que de tal manera había avasallado a uilley y a Alexis, así como a innumerables colaboradores insólitos, a lo largo de su extraordinaria carrera, hablando con los mismos recios acentos euronorteamericanos, y efectuando los mismos cortantes movimientos del antebrazo.

Pero Charlie era una actriz, y su instinto profesional jamás le había hablado tan a las claras. Ni la verborrea de Kurtz, ni los actos de violencia que en ella habían sido perpetrados, conduciéndola a un estado de desorientación, habían oscurecido sus matizadas percepciones de lo que en aquellos momentos ocurría en el cuarto. Charlie pensó: «Estamos en un escenario: nosotros por una parte y

ellos por otra.» Mientras los jóvenes centinelas se dispersaban dirigiéndose a las tinieblas del perímetro, Charlie casi podía oír el rumor de los pasos dados de puntillas de los espectadores llegados a última hora en busca de sus butacas, al otro lado del telón. Charlie examinó el decorado, y tuvo la impresión de que se parecía al dormitorio de un tirano depuesto. Los hombres que la habían capturado eran los luchadores por la libertad que habían depuesto al tirano. Detrás de la ancha y paternal frente de Kurtz, sentado frente a ella, Charlie pudo distinguir en la mal enyesada pared la mancha de polvo que había delimitado la cabecera de una desaparecida cama imperial. Detrás del flaco Litvak colgaba un espejo con retorcida moldura dorada, estratégicamente situado para el mayor placer de enamorados separados. El desnudo piso de madera producía ecos enclaustrados, propios de un escenario. La luz pendiente del techo acentuaba las partes cóncavas de las caras de los dos hombres, así como la sordidez de sus ropas de luchadores clandestinos. En lugar de su lujoso traje de Madison Avenue -aunque debemos advertir que Charlie no conocía este término de comparación-, Kurtz, ahora, lucía una chaqueta de campaña, del ejército, carente de forma, con oscuras manchas de sudor en los sobacos, y una hilera de bolígrafos baratos en el abrochado bolsillo superior de la chaqueta, en tanto que Litvak, el intelectual del partido, iba con una camisa caqui, de mangas cortas, de las que sus delgados brazos salían cual peladas ramas. Sin embargo, a Charlie le bastaba con echar una ojeada a aquellos dos hombres para advertir los rasgos que compartían con Joseph. Charlie pensó: «Han sido adiestrados a hacer lo mismo, comparten las mismas ideas y las mismas prácticas.» Kurtz tenía su reloj de pulsera sobre la mesa, ante él. Este reloj trajo a la memoria de Charlie la cantimplora de Joseph.

Dos ventanas cerradas daban a la parte delantera y otras dos ventanas igualmente cerradas daban a la parte trasera. Las puertas de doble hoja que daban a uno y otro lado también estaban cerradas, como si se temiera que Charlie intentara escapar, a pesar de que ésta sabía, en la actualidad, que sería un intento vano, por cuanto, si bien los centinelas fingían una languidez propia de simples trabajadores en un taller, Charlie había ya advertido en ellos -y tenía buenas razones- la presteza propia de los profesionales. En los más apartados confines del escenario ardían cuatro enroscadas mechas contra los mosquitos, cual mechas de bomba, de lenta ombustión, que difundían aroma a nuez moscada. Y a espaldas de Charlie brillaba la lamparilla de Joseph que, a pesar de todo, o quizá debido a todo, era la única luz agradable.

Charlie se percató de todo lo anterior incluso antes de que la recia voz de Kurtz comenzara a llenar la estancia con sus frases tortuosamente imperativas. Si Charlie no hubiera ya previsto que le

esperaba una larga noche, aquella voz implacable y contundente se lo hubiera revelado.

- Charlie, queremos explicarte lo que queremos hacer; queremos definirnos a nosotros mismos, queremos presentarnos, y aun cuando entre los aquí presentes nadie hay que sea propenso a pedir disculpas excesivas, también queremos decirte que lamentamos lo ocurrido. Pero a veces no queda más remedio que actuar de determinada manera. Nosotros hemos actuado en uno o dos aspectos porque no nos ha quedado más remedio. Lo siento. Te damos la bienvenida y te decimos «hola».

Kurtz hizo una pausa lo bastante larga para que Charlie pudiera lanzarle otra andanada de insultos. Kurtz sonrió, y dijo:

- Charlie, tengo la seguridad de que tienes muchas preguntas que hacernos, y te aseguro que, a su debido tiempo, las contestaremos, en la medida de lo posible. Entretanto permite que, por lo menos, te demos un par de informaciones de carácter básico. Seguramente te preguntas quiénes somos.

En esta ocasión la pausa fue brevísima, casi inexistente, debido a que, en realidad, Kurtz no estaba tan interesado en estudiar el efecto de sus palabras como en utilizarlas para adquirir un amistoso dominio de la situación y de la propia Charlie.

- Charlie, te diré que primordialmente somos personas decentes, tal como ha dicho Joseph. Somos buena gente. En este sentido, y al igual que la gente buena y decente que hay en todo el mundo, estimo que puedes calificarnos razonablemente de no sectarios, no alineados, y de profundamente preocupados, al igual que tú, por los muchos malos caminos que el mundo sigue. Si añado que somos ciudadanos de Israel, espero que no comiences a echar inmediatamente espuma por la boca, ni a vomitar, ni a tirarte por la ventana, a no ser, desde luego, que sostengas la personal opinión de que Israel debiera ser borrado del mapa, o barrido con napalm, o entregado envuelto en papel para regalos a cualquiera de las muchas molestas organizaciones árabes que aspiran a eliminarnos.

Kurtz advirtió un movimiento de secreto encogimiento del ánimo de Charlie, por lo que se lanzó inmediatamente a averiguar su naturaleza:

- ¿Es realmente esto lo que piensas, Charlie?

Había efectuado la pregunta bajando la voz. Prosiguió:

- Bueno, quizá pienses así… ¿Por qué no nos dices lo que piensas al respecto? ¿Tienes ganas de levantarte de la silla en este mismo instante? ¿Ganas de irte a casa? Creo que tienes el billete de avión. Te daremos el dinero que necesites. ¿Quieres irte?

Una helada inmovilidad se apoderó de Charlie, cubriendo el caos y el momentáneo terror que la muchacha sentía. Que Joseph era judío,

Charlie no lo había dudado jamás a partir de su abortado interrogatorio en la playa. Pero para Charlie, Israel era una confusa abstracción que suscitaba, al mismo tiempo, sentimientos protectores y sentimientos de hostilidad. Charlie jamás había supuesto, siquiera por un segundo, que llegara a enfrentarse con Israel en carne y hueso.

Haciendo caso omiso de la oferta de Kurtz consistente en interrumpir las negociaciones antes de que hubieran comenzado, Charlie preguntó:

- ¿Qué diablos está pasando aquí? ¿Qué es esto? ¿Una fiesta bélica? ¿Una incursión punitiva? ¿Me van a poner electrodos? ¿En qué consiste su gran idea?

Kurtz le preguntó:

- ¿Has conocido en tu vida a algún israelí?

- Que yo sepa, no.

- ¿Tienes algo que objetar a los judíos, desde un punto de vista racial? ¿A los judíos en cuanto a judíos y basta? ¿No olemos mal, en tu opinión, no tenemos malos modales en la mesa? Dínoslo. Son cosas que nosotros comprendemos.

- No sea tonto.

Charlie advirtió que su voz no había sonado debidamente, ¿o acaso era su oído el que no había percibido correctamente? -¿Te sientes entre enemigos, aquí?

Charlie contestó:

- ¿Cómo puede usted pensar tal cosa? Toda persona que me rapta es para mí simpatiquísima.

Con la consiguiente sorpresa de Charlie, estas palabras suscitaron espontáneas carcajadas en las que todos parecían tener derecho a participar. Salvo Joseph, que estaba muy atento a su lectura, tal como Charlie sabía gracias al leve sonido de roces que Joseph producía al volver las páginas.

Kurtz aumentó un poco la presión de su interrogatorio. Sin dejar de sonreír cordialmente, insistió:

- Tranquilízanos un poco, Charlie. Olvidemos que, en cierto sentido, estás privada de libertad, aquí. ¿Crees que Israel debe sobrevivir, o que todos nosotros debemos hacer las maletas y volver a nuestros países de origen, para volver a empezar? ¿Quizá estimes más oportuno que ocupemos un pedacito del Africa central? ¿O del Uruguay? Egipto, no, muchas gracias, ya lo intentamos y no dio buenos resultados. ¿0 crees que debemos dispersarnos una vez más y volver a nuestros ghettos de Europa y Asia, en espera del próximo pogrom? ¿Qué dices a esto, Charlie?

Esquivando la cuestión una vez más, Charlie repuso: -Quiero que dejen en paz de una maldita vez a los pobres árabes.

- Gran idea. ¿Y cómo lo vamos a hacer, así en términos

específicos?

- Dejando de bombardear sus campamentos, de echarlos de sus tierras, de arrasar sus pueblos, de torturarlos.

- ¿Has mirado alguna vez el mapa de Oriente Medio?

- Naturalmente.

Con la misma peligrosa alegría mostrada anteriormente, Kurtz dijo:

- Y, mientras contemplabas el mapa, ¿has deseado alguna vez que los árabes nos dejen en paz a nosotros?

A la confusión y temor que Charlie sentía ahora, se añadió un sentimiento de vergüenza, que probablemente era lo que Kurtz deseaba. Ante una tan clara realidad, las sarcásticas frases de Charlie adquirieron cierto matiz propio de una colegiala algo tonta. Charlie se sintió como una insensata dando sermones a gente sabia. Charlie contestó con una estupidez:

- Quiero paz.

Sin embargo, las palabras de Charlie eran verdad. Cuando se lo permitían, Charlie tenía la decente visión de una Palestina mágicamente devuelta a aquellos que habían sido expulsados de ella, a fin de que en ella cupieran los más poderosos custodios europeos.

Muy satisfecho, Kurtz dijo:

- En este caso, ¿por qué no vuelves a mirar el mapa y te preguntas qué es lo que Israel quiere?

Y Kurtz guardó unos instantes de silencio, que parecía el silencio de recuerdo a los seres amados que no pueden estar con nosotros esta noche.

Y este silencio se hizo más y más extraordinario a medida que más duraba, debido a que era la propia Charlie quien contribuía a prolongarlo. Y Charlie, que hacía pocos minutos chillaba clamando a los cielos y a la tierra, ahora, de repente, nada tenía que decir. Fue Kurtz, no Charlie, quien finalmente rompió el silencio, mediante unas palabras que parecían una meditada declaración a la prensa:

- Charlie, no estamos aquí para combatir tus ideas políticas. Ahora es muy pronto todavía, por lo que no me vas a creer (¿a santo de qué vas a creerme?), pero lo cierto es que tus ideas políticas nos gustan. En todos sus aspectos. En todas sus paradojas y buenas intenciones. Respetamos tus ideas y las necesitamos. No nos reímos de ellas, y albergo esperanzas de que, a su debido tiempo, podamos volver a ellas y discutirlas de una forma abierta y positiva. Nos proponemos hacer una llamada al natural sentido humano que hay en ti, y nada más. Hacer una llamada a tu buen corazón, a tu corazón humanitario. A tus sentimientos. A tu sentido de la justicia. No queremos pedirte nada que de un modo u otro sea contrario a tus recias y decentes convicciones éticas. En cuanto a tu polémica política,

al nombre o a los nombres que le das, quisiéramos quemarla, pura y simplemente. Por el contrario, respetamos del todo tus convicciones, cuanto más confusas, más irracionales y más frustradas sean. Aceptando esta premisa, espero que te muestres dispuesta a quedarte aquí un tiempo más y escuchar lo que tenemos que decirte.

Una vez más, Charlie ocultó su reacción bajo un nuevo ataque:

- Si Joseph es israelí, ¿qué diablos hacía viajando en un puerco automóvil árabe?

El rostro de Kurtz se quebró en aquella surcada y arrugada sonrisa que tan espectacularmente había revelado su verdadera edad a Quilley. Alegremente, repuso:

- Lo robamos, Charlie.

Y esta confesión suscitó inmediatamente otra salva de carcajadas, a las que Charlie tuvo, en parte, tentaciones de unirse.

Anunciando implícitamente con sus palabras que la discusión sobre Palestina había quedado, al menos por el momento, quemada, como había deseado, Kurtz dijo:

- Y lo que ahora querrás saber, Charlie, es qué diablos haces aquí entre nosotros, y por qué has sido arrastrada hasta aquí de una manera tan complicada y tan poco ceremoniosa. Te lo voy a decir. Dicha razón estriba en que queremos ofrecerte un trabajo. Un trabajo de actriz.

Kurtz había entrado en un buen terreno, y su bondadosa sonrisa indicaba que se había dado cuenta de ello. Su voz se hizo lenta e intencionada, como si estuviera anunciando los números ganadores:

- Será el papel más importante que hayas interpretado en tu vida, el que más sacrificios te cueste, el más difícil, el más peligroso y, sin la menor duda, el más importante. Y no hablo de dinero. Te daremos cuanto dinero quieras. Tú misma puedes poner el precio.

El recio antebrazo de Kurtz efectuó un movimiento con el que quitó toda importancia a las consideraciones crematísticas. Kurtz siguió:

- El papel que hemos pensado confiarte exige la combinación de todos tus talentos, tanto humanos como profesionales, Charlie. Tu ingenio, tu excelente memoria, tu inteligencia, tu valentía, y también esta cualidad humana a la que antes me he referido, tu calor humano. Te elegimos, Charlie, te dimos el papel. Hemos buscado mucho, hemos estudiado a muchas candidatas de muchos países, hasta que te encontramos a ti, y ésta es la razón por la que estás aquí, aquí, entre admiradores. Todas las personas que están en este cuarto te han visto actuar y admiran tu labor. En consecuencia, más valdrá que el ambiente imperante sea congruente con este hecho. Por nuestra parte no hay la más leve hostilidad, sino que hay afecto, esperanzas y admiración. Escucha lo que tenemos que decirte. Tal como tu amigo

Joseph ha dicho, somos buena gente, al igual que lo eres tú. Te necesitamos. Y hay otra gente, que no está presente, que te necesitará mucho más de lo que nosotros te necesitamos.

Al callar, la voz de Kurtz dejó un vacío. Charlie había conocido actores, muy pocos, que sabían hacer esto con sus voces. La voz así era como una presencia que, por su implacable benevolencia, se transformaba en adicción, y cuando la voz dejaba de sonar, como ocurría ahora, el oyente se quedaba solo, varado. Llevada por una instintiva oleada de alegría, Charlie pensó: «Primero Al consigue un papel, y ahora lo consigo yo.» Seguía percibiendo cuán loca era la situación en que se encontraba, pero esta conciencia era lo único que podía utilizar para reprimir una sonrisa de excitación que le cosquilleaba las mejillas, pugnando por salir a la superficie.

Consiguiendo una vez más hablar en tono de escepticismo, Charlie dijo:

- ¿Ésta es la manera en que reparten ustedes los papeles? ¿Golpeando a las actrices en la cabeza y llevándolas maniatadas adonde les da la gana? Imagino que esto será habitual en ustedes.

En tono muy sereno, Kurtz dijo:

- Charlie, jamás diremos que se trate de un drama normal y corriente.

Y después de decir estas palabras, Kurtz volvió a ceder la iniciativa a Charlie. Luchando todavía para no sonreír, Charlie quiso saber:

- ¿En qué clase de actuación me dan este papel?

- Llamémosle actuación teatral.

Charlie se acordó de Joseph y de la manera en que la expresión divertida desapareció de su cara, cuando hizo una seca referencia al teatro de la vida real. Charlie dijo:

- Si se trata de una obra teatral, ¿por qué no lo dice? Kurtz le dio la razón:

- En cierto aspecto es una obra teatral.

- ¿Quién la ha escrito?

- Nosotros nos encargaremos de la trama. Joseph se encargará del diálogo. Todo con mucha ayuda tuya.

- ¿Ante qué público?

Con un ademán, Charlie indicó las sombras:

- ¿Estas monadas?

La solemnidad de Kurtz fue tan súbita y tan tremenda como su buena voluntad. Unió sobre la mesa sus manos de obrero, avanzó la cabeza dejándola encima de ellas, y ni siquiera el más enérgico escéptico hubiera podido negar la convicción con que se expresó:

- Charlie, hay gente que jamás verá esta obra teatral, que ni siquiera llegará a saber que se representa, pero que quedará en deuda

contigo mientras viva. Es gente inocente. Personas a las que siempre has tenido simpatía, en cuya representación has intentado hablar, intervenir en manifestaciones, ayudar. En todo lo que hagas a partir de este momento debes llevar bien metida en la cabeza esta idea, ya que, de lo contrario, puedes llevarnos a la perdición, a nosotros y a ti.

Charlie intentó apartar la vista de Kurtz, debido a que su retórica era excesiva, demasiado altisonante. Charlie sintió deseos de que Kurtz empleara aquellos medios con otra persona, no con ella. Rudamente, esforzándose una vez más en hurtarse a las oleadas de la persuasión de Kurtz, Charlie inquirió:

- ¿Y quién diablos se imagina usted ser para determinar quién es inocente y quién no lo

es?

- ¿Te refieres a mí, en cuanto a israelí?

Evitando entrar en terreno peligroso, Charlie repuso: -Me refiero a usted, personalmente.

- Prefiero soslayar un poco tu pregunta, Charlie, y limitarme a decir que, desde nuestro punto de vista, una persona ha de ser muy culpable para merecer la muerte.

- ¿Quién, por ejemplo? ¿Quién merece la muerte? ¿Esos pobres insensatos a los que matasteis en el West Bank? ¿O esos a quienes bombardeáis en el Líbano?

Incluso mientras formulaba estas atolondradas preguntas, Charlie se preguntaba cómo diablos habían comenzado a hablar de muertes. ¿Había comenzado ella, había comenzado él? Carecía de importancia. Kurtz ya estaba meditando su respuesta. Con firme énfasis replicó:

- Únicamente aquellos que rompen totalmente el vínculo humano. Estos merecen la muerte.

Tozuda, Charlie siguió atacando a Kurtz:

- ¿Hay judíos así?

- Si., hay judíos que son así, y también hay israelíes. Pero nosotros no nos contamos entre ellos, y, afortunadamente, esta noche no constituyen el tema del que debemos tratar.

Kurtz tenía la autoridad suficiente para hablar de esta manera. Daba las respuestas que los niños quieren. Tenía la preparación suficiente para ello, y todos los que se encontraban en el cuarto, Charlie incluida, lo sabían. Kurtz era un hombre que sólo trataba de asuntos que conocía por propia experiencia. Cuando formulaba preguntas, se tenía la seguridad de que antes le habían formulado a él aquellas preguntas. Cuando daba órdenes se sabía que antes había obedecido órdenes ajenas. Cuando hablaba de muerte resultaba evidente que conocía la muerte y que la conocía muy de cerca, y que en cualquier momento podía volver a conocerla.

Y cuando decidía dar una advertencia, como ahora se la dio a

Charlie, era evidente que había afrontado los peligros a que se refería. Hablando muy seriamente, dijo:

- No confundas nuestra representación teatral con la diversión, Charlie. No hablamos de bosques encantados. Cuando las luces se apaguen en el escenario, será de noche en la calle. Cuando los actores rían, serán felices. Cuando lloren, estarán tristes y con el corazón roto. Y cuando los actores resulten heridos (y resultarán heridos) no se encontrarán en situación, al bajar el telón, de ponerse en pie de un salto e ir corriendo a coger el autobús que los llevará a casa. No habrá posibilidad de remilgos y de alejarse en las escenas duras, no habrá permiso por enfermedad. Será una actuación constante desde el principio hasta el fin. Si esto es lo que te gusta, si eres capaz de hacerlo, y nosotros creemos que sí, escúchanos. Si no es así, levantemos la sesión.

Shimon Litvak, arrastrando las palabras, con su acento eurobostoniano, débil cual una señal distante emitida por una radio al otro lado del Atlántico, intervino gravemente, en el tono que emplea un discípulo para tranquilizar a su maestro:

- Charlie jamás ha huido de un peligro en toda su vida, Marty.

Y esto no es una presunción por nuestra parte, sino que es un hecho cierto. Consta en todo su historial.

Ya casi lo habían conseguido, dijo Kurtz a Misha Gavron más tarde, al relatar, durante un breve alto el fuego en su relación, este punto de la conversación con Charlie: una señora que consiente escuchar es una señora que consiente. Al oír estas palabras, a Gavron poco le faltó para sonreír.

Sí, quizá casi lo había conseguido, pero, en lo tocante al tiempo que tendrían que consumir, sólo estaba al principio. Al pretender ser comprendido, Kurtz en manera alguna pretendió ser rápido. Kurtz insistió en sus modales estudiados, en añadir leña a la frustración de Charlie, en que la impaciencia de la muchacha se desbocara y se adelantara a los acontecimientos. Nadie mejor que Kurtz comprendía lo que era tener un carácter impaciente en un mundo de lentitudes, y cómo sacar provecho de tal impaciencia. Pocos minutos después de la llegada de Charlie, mientras ésta se hallaba todavía asustada, Kurtz la trató amistosamente. Y así se portó como un padre para la enamorada de Joseph. Minutos después, ofrecía a Charlie la solución de todos los desordenados problemas de su vida, hasta el presente momento. Kurtz se dirigió a la actriz, a la mártir, a la aventurera. Halagó a la hija y excitó a la aspirante. Le había permitido echar un breve vistazo a la nueva familia a la que Charlie quizá quisiera unirse, sabedor de que Charlie, en el fondo, al igual que todos los rebeldes, sólo ansiaba una más cómoda conformidad. Y, principalmente, al prodigarle todos estos beneficios, había enriquecido a Charlie, lo cual, como la propia

Charlie siempre había dicho a cuantos quisieran escucharla, era el principio de la subordinación.

Hablando más despacio y en voz más cordial, Kurtz dijo:

- Lo que nosotros te proponemos, Charlie, es un recital abierto, que contestes a una serie de preguntas y que las contestes con toda franqueza, con toda veracidad, a pesar de que, por el momento, nada sepas en cuanto a la finalidad que perseguimos con estas preguntas.

Kurtz hizo una pausa, pero Charlie siguió en silencio. Y, ahora, en su silencio había ya una tácita sumisión.

- Te pedimos que no hagas juicios de valor, que jamás intentes ponerte en nuestro punto de vista, que jamás pretendas complacernos o contentarnos con tus contestaciones, en aspecto alguno. Hay en tu vida muchas cosas que quizá tú consideres negativas, pero que nosotros no consideraremos así. En modo alguno intentes pensar por nosotros.

Un breve y enérgico movimiento del antebrazo de Kurtz puso punto final a estas amistosas advertencias. Siguió:

- Ahora voy a formular una pregunta. ¿Qué pasaría si, ahora o más tarde, o tú o nosotros decidimos abandonar el juego? Permite que sea yo quien conteste la pregunta.

Charlie dijo:

- Si, más valdrá, Mart.

Charlie apoyó los codos en la mesa y la barbilla en las manos, y dirigió una sonrisa y una mirada que intentaban expresar pasmada incredulidad. Kurtz dijo:

- Muchas gracias, Charlie. Ahora escucha atentamente. Todo depende del momento en que tú o nosotros tomemos esa decisión; todo depende de los conocimientos que hayas adquirido en tal momento y de la calificación que nosotros te hayamos dado. Hay dos soluciones. Primera solución, conseguimos que nos hagas una solemne promesa, te damos dinero y te devolvemos a Inglaterra. Nos estrechamos las manos, nos declaramos nuestra recíproca confianza, seguimos siendo buenos amigos, y te vigilamos un poquito para tener la certeza de que cumples lo prometido. ¿Comprendido?

Charlie bajó la vista a la mesa, en parte para hurtarse a la inquisitiva mirada de Kurtz, y en parte para ocultar su creciente excitación. Sí, ya que concurría otro factor con el que Kurtz contaba, y que son muchos los profesionales del servicio de información que se olvidan de él con demasiada facilidad: para los no iniciados, el mundo del servicio secreto es, en sí mismo, atractivo. Por el mero hecho de girar sobre su propio eje, este mundo atrae hacia su centro a los que están sólo débilmente unidos a él.

Kurtz prosiguió:

- Segunda solución, solución que es un poco más dura, pero en

modo alguno terrible. Te ponemos en cuarentena. Te tenemos simpatía, pero tememos haber llegado a un punto en que puedes comprometer el éxito de nuestro proyecto, un punto en el que el papel que queremos que representes no puede ser ofrecido con seguridad a nadie, en tanto que tú sigues en libertad para hablar de dicho papel.

Sin necesidad de mirar, Charlie sabía que Kurtz dibujaba su bonachona sonrisa, con lo que indicaba que semejante debilidad por parte de Charlie sería muy humana. Kurtz siguió:

- Y, ahora te diré, Charlie, lo que se haría en semejante caso. Tomaríamos una bonita casa en cualquier sitio, en una playa o en cualquier otro lugar agradable. En esto último no habría problema. Te proporcionaríamos compañía, una compañía parecida a la de estos muchachos que aquí tenemos. Gente agradable, pero competente. Nos inventaríamos una excusa que explicara tu ausencia. Probablemente sería una excusa congruente con tu reputación de mujer caprichosa y mudable, tal como una mística estancia en el Lejano Oriente.

Los gruesos dedos de Kurtz cogieron el viejo reloj de pulsera que tenía sobre la mesa. Sin mirarlo, Kurtz lo levantó y se lo acercó a seis pulgadas. Sintiendo también la necesidad de desarrollar una actividad, Charlie cogió una pluma y comenzó a trazar rayas sin sentido en el bloc que tenía ante sí.

- Cuando hubieras pasado esta cuarentena no te abandonaríamos ni mucho menos. Te daríamos unos cuantos consejos, te daríamos un saco repleto de dinero, nos mantendríamos en contacto contigo para tener la seguridad de que no cometes imprudencias, y tan pronto considerásemos que no hay peligro, te ayudaríamos a reanudar tu carrera y tus amistades. Esto sería lo peor que podría ocurrir, Charlie, y te lo digo con la idea de que quizá albergues ideas un tanto alocadas acerca de las consecuencias de decirnos no, ahora o más tarde, y que pienses que vas a acabar muerta en un río, con un par de botas de cemento. No, nosotros no nos comportamos así. Y con los amigos menos.

Ahora, Charlie seguía dibujando. Trazó un círculo, y lo cruzó en diagonal con una raya recta, para convertirlo en macho. Charlie había leído algunas obras de divulgación de psicología que utilizaban este símbolo. De repente, igual que el hombre molesto de que le interrumpan, Joseph habló. Pero la voz de Joseph, a pesar de su severidad, produjo un efecto de calidez y emoción en Charlie:

- Charlie, no basta con que interpretes el papel del testigo silencioso y mohíno. Estamos hablando de tu futuro, un futuro peligroso. ¿Intentas quedarte ahí sentada, en silencio, y dejar que determinen tu futuro sin consultarte? ¡Di algo, Charlie!

Charlie trazó otro círculo. Otro macho. Había oído todo lo que Kurtz había dicho, había percibido todas las insinuaciones. Hubiera

podido repetir todas las palabras de Kurtz, tal como había repetido las de Joseph en la Acrópolis. Estaba alerta y con la mente dispuesta en grado sumo, como jamás en su vida lo había estado, pero todos los instintos de la astucia le decían que estuviera fría y reticente.

En voz apagada, como si no hubiera oído a Joseph, Charlie preguntó:

- ¿Y durante cuánto tiempo se representará la obra, Mart? Kurtz dio su peculiar interpretación a la pregunta:

- Bueno, supongo que lo que quieres preguntarme es qué será de ti cuando la serie de representaciones termine, ¿no es eso?

Charlie estuvo maravillosa. Se portó como una fierecilla. Arrojó la pluma contra la mesa, y dio a ésta una fuerte palmada:

- ¡Pues supones mal, maldita sea! He preguntado cuánto duraría, y quiero saber qué diablos va a pasar con mi representación de Como gustéis en otoño.

Kurtz no reveló la satisfacción que le había producido el carácter eminentemente práctico de la reacción de Charlie. Gravemente, Kurtz dijo:

- Charlie, tu proyectada representación de Como gustéis no va a quedar afectada en modo alguno. Esperamos que cumplas este compromiso, en el caso de que te concedan el crédito imprescindible. En cuanto a la duración, tu compromiso con nuestro proyecto puede ser de seis semanas y puede ser de dos años, aun cuando tenemos esperanzas de que esto último no ocurra. Lo único que queremos de ti ahora es si estás dispuesta a tratar con nosotros, o si prefieres decir buenas noches a todos los aquí presentes, y regresar a casa para llevar una vida más segura y más aburrida. ¿Qué dices?

Kurtz había situado a Charlie en situación falsa. Kurtz había querido darle una sensación de que ella triunfaba y conquistaba, y, al mismo tiempo, había querido dejarla en estado de subordinación, en estado de haber elegido voluntariamente a sus raptores. Charlie vestía una chaquetilla vaquera de la que colgaba, casi desprendido, uno de sus botones de latón. Esta misma mañana, al ponérsela, Charlie se había propuesto coser el botón durante el corto viaje en barco, pero luego se olvidó, llevada por su excitación al pensar que pronto volvería a ver a Joseph. Ahora, Charlie cogió el botón y comenzó a tirar de él, para comprobar la firmeza del hilo. Se encontraba en el centro del escenario. Podía sentir todas las miradas fijas en ella, miradas procedentes de la mesa, procedentes de las sombras, de su espalda. Podía sentir los cuerpos de los presentes rígidos por la tensión, incluido el de Joseph, y oía aquel sonido de crujidos, tenso, que el público produce cuando su atención queda presa en el escenario. Podía sentir la potencia de sus propósitos y de su propia fuerza. ¿Aceptaría, no aceptaría?

Sin volver la cabeza, Charlie dijo:

- ¿Joseph?

- Si, Charlie.

Charlie siguió dando la espalda a Joseph, pero, a pesar de ello, sabía con toda certeza que Joseph, desde su islote iluminado por la débil luz, esperaba su contestación con más ansia que todos los demás juntos. Charlie dijo:

- ¿Es esto, verdad? ¿Nuestro gran viaje romántico por Grecia? ¿Delfos y todos los lugares que en belleza sólo son segundos en el mundo?

Joseph contestó parodiando un poco el acento de Kurtz:

- Nuestro viaje al norte en modo alguno quedará afectado.

- ¿Ni siquiera queda retrasado?

- Era inminente, ¿no?

El hilo se rompió, y el botón quedó en la palma de la mano de Charlie. Lo arrojó sobre la mesa. Charlie contempló cómo el botón giraba sobre sí mismo, como un trompo, y, por fin, quedaba quieto. Jugando con quienes la rodeaban, Charlie pensó: «¿Cara o cruz? Que suden un poco.» Soltó aire por la boca como si quisiera apartar de la frente un mechón de cabello.

Con la vista fija en el botón, Charlie dijo a Kurtz:

- Bueno, pues me quedaré un rato. -Tras una pausa, añadió-: Nada tengo que perder.

Inmediatamente, lamentó haber dicho estas palabras. A veces, con la consiguiente irritación de la propia Charlie, ésta exageraba un poco su comportamiento, con la sola finalidad de hacer un buen mutis.

Ahora dijo:

- De todas maneras, nada he perdido, por el momento.

Charlie pensó: «Telón. Aplaude, por favor, Joseph, y luego esperaremos las críticas que se publiquen mañana.» Pero no hubo aplausos, por lo que Charlie volvió a coger la pluma y trazó un círculo, aunque en esta ocasión con el símbolo femenino, para cambiar, mientras Kurtz, sin quizá siquiera darse cuenta, cambiaba de lugar el reloj, lo ponía en un sitio mejor.

Ahora, el interrogatorio, con el cortés asentimiento de Charlie, podía comenzar con toda seriedad.

La lentitud es una cosa y la concentración otra. Kurtz no relajó la tensión ni un solo instante. No se permitió, ni permitió a Charlie, el más leve respiro, mientras Kurtz la obligaba, la mimaba, la adormecía, la despertaba, y mediante todos los esfuerzos de su dinámico espíritu se vinculaba a ella, en los inicios de su teatral asociación. Sólo Dios y poquísimas personas en Israel, se decía en los ámbitos del servicio secreto al que Kurtz pertenecía, sabían dónde había aprendido Kurtz

sus habilidades, su hipnótica intensidad, su campesina prosa norteamericana, su olfato, sus trucos de abogado criminalista. Su rostro surcado, que ahora aplaudía, que luego se mostraba dolidamente incrédulo, que resplandecía dando las seguridades que la muchacha pedía, se transformó poco a poco en todo un público, de manera que la representación de Charlie fue encaminada a merecer la desesperadamente ansiada aprobación de Kurtz y de nadie más. Incluso Joseph quedó olvidado, puesto a un lado en vistas a otra vida.

Adrede, al principio Kurtz formuló preguntas inofensivas y desperdigadas. A Charlie se le antojó que parecía que Kurtz tuviera en su mente un pasaporte en blanco, pasaporte que Charlie no podía ver, y que ésta fuera dando las contestaciones de cada uno de sus apartados. «Nombre y apellidos de tu madre, Charlie. Día y lugar de nacimiento de tu padre, si es que se sabe, Charlie. Ocupación de tu abuelo, Charlie; no, el paterno.» Y, a continuación, sin que hubiera razón alguna para ello, últimas señas de una abuela materna, lo cual fue seguido por una sibilina pregunta acerca de cierto aspecto de la educación del padre. Ni una sola de estas primeras preguntas hacía directa referencia a Charlie. Esta era algo así como el tema prohibido que Kurtz se esforzaba escrupulosamente en evitar. El único propósito de esta alegre salva de fuego graneado inicial estaba muy lejos de pretender obtener información y se centraba en habituar a Charlie a la obediencia instintiva, a aquel «sí, señor; no, señor», propio de un aula escolar, obediencia en la que se basarían los subsiguientes períodos de preguntas. Y Charlie, por su parte, mientras la savia propia de su profesión la influía, más y más, actuaba, obedecía y reaccionaba con creciente flexibilidad. Lo mismo había hecho ante directores y productores, centenares de veces, y en el contenido de una conversación inoperante les había dado una muestra de su gama de expresiones. Con mucha más razón lo hacía ahora, bajo la hipnótica influencia de Kurtz.

Kurtz repitió:

- ¿Heidi? ¿Heidi? Es un nombre rarísimo el de tu hermana mayor, si tenemos en cuenta que es inglesa.

Charlie, con frívolos acentos, dijo:

- Bueno, a Heidi no le parece rarísimo.

Con lo cual se ganó las carcajadas de los muchachos ocultos en las sombras. Sí, su hermana se llamaba Heidi, debido a que suspadres pasaron la luna de miel en Suiza, explicó Charlie, y Heidi fue engendrada en Suiza. Con un suspiro, Charlie añadió:

- Entre edelweiss y en la postura del misionero.

Cuando las risas se acallaron por fin, Kurtz preguntó:

- ¿Y a qué se debe que te llames Charmain?

Charlie alzó la voz para imitar el remilgado acento de su maldita

madre, y dijo:

- Me dieron el nombre de Charmain con la idea de halagar a una lejana y rica prima que se llama así.

Kurtz, mientras inclinaba la cabeza para oír algo que Litvak le decía, preguntó:

- ¿Y sirvió para algo?

Sin dejar de imitar los preciosistas acentos de su madre, Charlie repuso sibilinamente:

- Todavía no. Como sabe, mi padre ha muerto, pero mi prima todavía no ha seguido su ejemplo.

Y continuando este sinuoso camino de preguntas, Kurtz llegó poco a poco al tema de Charlie, en sí misma.

Mientras anotaba el día del nacimiento de Charlie, Kurtz murmuró con satisfacción:

Meticulosa pero rápidamente, Kurtz investigó la primera infancia de Charlie, escuelas, casas, nombres de amigas y nombres de jacas enanas, y Charlie contestó las preguntas lentamente, a veces con sentido del humor, siempre voluntariamente, con su excelente memoria iluminada por el resplandor de la fija atención de Kurtz, y llevada por la creciente necesidad de llegar a un entendimiento con él. Era natural que a partir de la infancia y las escuelas las preguntas pasaran al penoso tema de la ruina del padre de Charlie, aunque Kurtz dio este paso con suma cautela. Charlie contestó serenamente, aunque con conmovedores detalles, explicando desde las primeras y brutales noticias hasta el trauma del juicio, la sentencia y el cumplimiento de la pena de presidio. Aunque también era cierto que, de vez en cuando, su voz enronquecía un poco, y que a veces su mirada se dirigía hacia abajo para fijarse en sus propias manos, que movía de forma muy bella y expresiva, allí en la penumbra. Pero luego reaccionaba valerosamente y soltaba una frase en la que se burlaba levemente de sí misma, con lo que disipaba el ambiente trágico.

Con una sabia sonrisa de importancia, Charlie dijo en cierto momento:

- Todo nos hubiera ido muy bien si hubiésemos pertenecido a la clase obrera. Si, a uno le despiden, uno queda en el paro, las fuerzas del capital están en contra de uno, y así es la vida; ésta es la realidad, y uno sabe cuál es su sitio. Pero no éramos de la clase obrera. Eramos nosotros. Estábamos en el bando de los vencedores. Y de repente pasamos al bando de los vencidos.

Gravemente, meneando su cabezota, Kurtz dijo:

- Es duro.

Volviendo hacia atrás, Kurtz preguntó acerca de hechos incontrovertibles, tales como las fechas y el lugar del juicio, la exacta duración de la condena, los nombres de los abogados, en el caso de

que Charlie los recordara. Charlie no lo sabía todo, pero dijo cuanto sabía, mientras Litvak apuntaba las contestaciones, permitiendo con ello que Kurtz centrara en Charlie toda su benévola atención. Ahora, las risas habían cesado totalmente. Era como si la banda sonora hubiera dejado de existir. No se oía ni un chirrido, ni una tos, ni un roce de pies contra el suelo. A Charlie le parecía que jamás, en toda su vida, hubiera tenido un público tan atento, que tanto se fijara en su interpretación. Pensó que aquella gente la comprendía. Saben todos lo que es llevar la vida propia del nómada, quedar limitada a tus propios recursos cuando tienes la suerte en contra. En cierta ocasión y en obediencia a una serena orden dada por Joseph, las luces se apagaron, y todos esperaron en una tensa oscuridad, en espera de que terminara la alarma de bombardeo, sintiéndose Charlie tan inquieta como los demás, hasta que Joseph anunció el cese de la alarma, y Kurtz reanudó su paciente interrogatorio. ¿Realmente Joseph había oído algo, o acaso todo fue un intento de recordar a Charlie que formaba parte del grupo? El efecto en Charlie fue el mismo, fuese cual fuere tal intención: durante aquellos tensos segundos, Charlie fue compañera en la conspiración de aquella gente, y no pensó en la posibilidad de ser rescatada.

En otras ocasiones, Charlie, apartando dificultosamente su mirada de Kurtz, veía a los muchachos dormitando en sus puestos: al sueco Raoul, con su rubia cabeza inclinada sobre el pecho, y la suela de una gruesa zapatilla de atletismo apoyada en la pared; a la sudafricana Rose, apoyada en la puerta de dos hojas, con sus piernas de corredora estiradas ante ella, y los brazos cruzados sobre el pecho; a la norteña Rachel, con las negras crenchas colgando, con los ojos entornados, pero manteniendo la suave sonrisa de sensual reminiscencia. Sin embargo, el más leve roce insólito bastaba para que todos quedaran inmediatamente alerta.

Amablemente, Kurtz preguntó:

- ¿Y cuál fue la tónica general, Charlie? Me refiero en lo tocante a este primer período de tu vida, hasta el momento de lo que podríamos llamar la Caída.

Charlie intentó aclarar:

- ¿Te refieres a la edad de la inocencia, Mart?
- Exactamente. Tu edad inocente. Defínemela.
- Fue un infierno.
- ¿Podrías darme alguna razón?
- La viví en un barrio residencial. ¿No es esto suficiente?

- ¡Oh, Mart, eres tan…!

Charlie había pronunciado estas palabras con su voz lánguida, en su tono de cariñosa desesperación. Acompañándolas con un lacio

movimiento de las manos. Sí, ¿cómo iba a explicarlo? Dijo:

- Para ti, esto no es un problema, debido a que eres judío, ¿no lo comprendes? Tienes esas grandes tradiciones, esa seguridad. Incluso cuando os persiguen sabéis quiénes sois y por qué.

Con cierta renuencia, Kurtz reconoció la verdad del aserto de Charlie, quien prosiguió:

- Pero nosotros, nosotros los niños ricos de esa zona residencial que podríamos llamar Ningún lugar… Nosotros, nada. No teníamos tradiciones, no teníamos fe, no teníamos nada.

- Pero me has dicho que tu madre era católica.

- Navidad y Pascua. Pura hipocresía. Estamos en la era poscristiana, Mart. ¿No te lo ha dicho nadie? Cuando la fe desaparece, deja un vacío detrás. Y nosotros estamos en este vacío.

Mientras Charlie decía esto, vio que Litvak la miraba con ojos de ardiente expresión, con lo que Charlie tuvo el primer atisbo de la rabínica ira de Litvak.

Kurtz preguntó:

- ¿Tu madre no se confesaba?

- ¡Vamos, anda! Mi madre no tenía nada que confesar. Este era su problema. No se divertía, no pecaba, no nada. Era toda ella apatía y temores. Temor a la vida, temor a la muerte, temor a los vecinos. ¡Temor, miedo! En algún ignoto lugar, la gente vivía de verdad. Nosotros, no. En nuestro barrio, no. Imposible. ¡Y que luego vengan a hablarnos de castraciones!

- ¿Y tú no tenías temores?

- Sólo tenía el temor de llegar a ser como mi madre. -¿Y esa idea que todos tenemos de una antigua Inglaterra aferrada a sus tradiciones?

- Olvídate de esto.

Kurtz sonrió y movió su sabia cabeza como queriendo expresar: vivir para ver.

Kurtz insinuó, la mar de satisfecho:

- Por eso, tan pronto pudiste, te fuiste de casa y te refugiaste en el teatro y en la política radical. Te convertiste en un exiliado político en el teatro. No sé dónde he leído esta frase, creo que fue en una entrevista que te hicieron. Me gustó. Comienza a contarme tu vida a partir de aquí.

Charlie volvía a trazar rayas sobre el bloc, dibujando más símbolos de la psique. Dijo:

- Bueno, antes de hacer esto, utilicé otros medios para apartarme de mi entorno.

- ¿Por ejemplo?

Sin dar importancia a sus palabras, Charlie repuso:

- Bueno, ya se sabe, la sexualidad. Creo que todavía no hemos

hablado de la sexualidad en cuanto a base esencial de la rebeldía. 0 las drogas.

Kurtz dijo:

- Ocurre que no hemos hablado de la rebeldía.

- Bueno, Mart, pues puedes tener la seguridad de que…

Entonces ocurrió algo raro, que quizá fue demostración de la manera en que un público perfecto puede conseguir lo mejor de un intérprete y mejorar su interpretación a través de la espontaneidad y de otros medios imprevisibles. Charlie había estado a punto de endilgarles su habitual sermón dirigido a las gentes no liberadas. De explicarles que el descubrimiento de la propia identidad es requisito previo para identificarse con los movimientos radicales. Que cuando se escribiera la historia de la nueva revolución, las verdaderas raíces de ella se encontrarían en las salas de estar de la clase media, que era el natural medio de cultivo de la tolerancia represiva. Pero en lugar de hacer esto, Charlie se encontró, con la consiguiente sorpresa por su parte, recitando para Kurtz -o quizá para Joseph- listas y listas de sus primeros amantes, explicando todas las estúpidas razones por las que se acostó con ellos. Charlie insistió:

- Es algo incomprensible, Mart.

Y, al decir estas palabras, Charlie abrió las manos en ademán de indefensión. ¿Utilizaba demasiado las manos? Charlie pensó que era muy posible, por lo que las puso sobre su regazo. Dijo:

- Incluso hoy no puedo explicármelo. No los deseaba, no me gustaban. Sólo los dejaba hacer.

Se había dedicado a los hombres por aburrimiento, para agitar un poco el aire viciado de aquel rico ambiente residencial. Por curiosidad. Para demostrarles su poder, para vengarse de otros hombres, o para vengarse de otras mujeres, para vengarse de su propia hermana o de su maldita madre. Por pura y simple cortesía, o por haber quedado agotada por su insistencia. «¡Y los productores y directores teatrales que quieren acostarse, oh, Mart, no puedes ni imaginarlo!» Hombres para eliminar sus tensiones, hombres para crearle tensión. Hombres para instruirla, sus maestros en política, designados para explicarle en cama las cosas que ella jamás podía comprender si las leía en libros. Las pasiones de cinco minutos que se rompían cual cacharros de barro en sus manos y que la dejaban más sola que antes. «Fracasos, fracasos, Mart, todos fueron un fracaso.» 0, por lo menos, esto era lo que Charlie quería que Marty creyera.

- Pero me liberaron, ¿comprendes? Utilizaba mi cuerpo a mi manera. Incluso en el caso de que esta manera no fuera la correcta. ¡Dirigía mi propia representación teatral!

Mientras Kurtz efectuaba sabios movimientos afirmativos con la cabeza, Litvak escribía rápidamente, sentado a su lado. Pero en su

imaginación, Charlie veía a Joseph sentado a su espalda. Le imaginaba alzando la vista de los papeles que leía, teniendo su recio dedo índice en la mejilla, mientras recibía el pasmoso regalo de la pasmosa franqueza de Charlie. Charlie venía a decirle: hazte cargo de mí, dame lo que los otros jamás pudieron darme.

Charlie se calló y su propio silencio le dio frío. ¿Por qué se había comportado de aquella manera? Jamás en toda su vida había Charlie interpretado aquel papel, ni siquiera ante sí misma. La hora de la noche, una hora intemporal, la había afectado. La iluminación, el cuarto en que se hallaba, el viaje, la sensación de hablar con desconocidos en el tren. Charlie quería dormir. Ya había hecho demasiadas cosas. 0 le daban el papel en la obra o la mandaban a casa, o hacían las dos cosas al mismo tiempo..

Pero Kurtz no hizo ninguna de las dos cosas. Todavía no. Decidió decretar un breve descanso. Cogió el reloj y se lo puso en la muñeca, junto a la manga caqui de la chaqueta. Luego salió apresuradamente del cuarto, seguido por Litvak. Charlie esperó oír los pasos de Joseph yéndose también, pero nada oyó. Pasaron los segundos y el silencio seguía igual. Charlie quería volver la cabeza hacia atrás, pero no se atrevía a hacerlo. Rose le sirvió un vaso de té dulce, sin leche. Rachel le ofreció unos bizcochos escarchados con azúcar. Charlie cogió uno.

Emocionada, Rachel le dijo:

- Lo estás haciendo de maravilla. Lo que has dicho sobre Inglaterra ha sido formidable. Cuando lo has dicho, me has dejado pasmada, ¿verdad, Rose?

Rose dijo:

- Sí, sí, es verdad.

Charlie dijo:

- Es exactamente lo que pienso.

Rachel le preguntó:

- ¿Quieres ir al retrete, querida?

- Nunca voy durante los entreactos.

Rachel le dirigió un guiño y dijo:

- Como quieras.

Mientras tomaba un sorbo de té, Charlie apoyó el otro antebrazo sobre el respaldo de la silla, para poder volver la vista atrás, de una forma natural. Joseph había desaparecido llevándose los papeles.

La estancia a la que se habían retirado era del mismo tamaño que la estancia de la que se habían ido, y estaba casi igualmente desprovista de muebles. Los únicos objetos que allí había eran dos camas de campaña y un teletipo. Una puerta de dos hojas daba al baño. Becker y Litvak estaban sentados en las camas, frente a frente, estudiando sus respectivos papeles. El teletipo estaba atendido por un muchacho con la espalda muy erguida, llamado David, y el aparato de

vez en cuando soltaba papeles, que David añadía devotamente a la pila que tenía ante él. Además de este sonido sólo se oía el del manar de agua en el cuarto de baño, en donde Kurtz, de espaldas a los otros, con el torso desnudo, se refrescaba con el agua de la pileta, igual que un atleta entre una y otra competición.

En el momento en que Litvak volvía una página y marcaba algo con un rotulador, Kurtz dijo a gritos:

- Es excelente, la señora en cuestión. Reúne todas las cualidades que esperamos de ella. Es inteligente, tiene talento creador y ha sido muy poco utilizada.

Sin dejar de leer, Litvak dijo:

- Miente más que habla.

Pero quedó claramente establecido, en méritos de la postura del cuerpo de Litvak, así como por la provocativa insistencia de su tono, que esta observación no iba dirigida a los oídos de Kurtz.

Mientras se echaba más agua a la cara, Kurtz dijo:

- Pues no me parece motivo de queja. Hoy miente en su propio beneficio, y mañana mentirá en nuestro beneficio. ¿Es que queremos encontrar un ángel bajado del cielo?

De repente, el teletipo comenzó a cantar una canción diferente. Tanto Becker como Litvak lo miraron, pero Kurtz no dio muestras de haberse enterado. Quizá se le había metido agua en las orejas. Kurtz dijo:

- Para una mujer, la mentira es una protección. La mujer protege la verdad y, en consecuencia, protege su castidad. Para una mujer, mentir es una prueba de virtud.

Sentado ante el teletipo, David levantó una mano pidiendo que le prestaran atención.

Dijo:

- Es la embajada en Atenas, Marty. Quieren transmitir un mensaje llegado de Jerusalén.

Kurtz dudó, pero al fin dijo con renuencia:

- Diles que lo suelten de una vez.

David dijo:

- Es que tú eres la única persona que puede recibir este mensaje, Marty.

David se levantó y cruzó la estancia.

El teletipo se estremeció. Después de echarse una toalla al cuello, Kurtz ocupó la silla de David, insertó un disco, y esperó a que el mensaje se transformara en claro texto. La labor de impresión cesó. Kurtz leyó el mensaje y, a continuación, arrancó la hoja del rollo y lo volvió a leer. Soltó una irritada carcajada, y dijo, con amargo acento:

- Es un mensaje de las alturas. El gran jefe nos dice que debemos fingir que somos norteamericanos. Si, dice: «Bajo pretexto alguno

reconocerán ustedes ser ciudadanos de Israel en cumplimiento de funciones oficiales o semioficiales.» Me entusiasma. Es constructivo, nos ayuda a llevar a cabo la misión, y, sobre todo, es oportuno, llega a tiempo. En mi vida he trabajado con un jefe que inspire tanta confianza.

Kurtz entregó la hoja al pasmado muchacho, y le dijo:

- Contesta el mensaje diciendo: «Si repito no.»

Y los tres hombres regresaron al escenario.

Para reanudar su charla con Charlie, Kurtz decidió emplear un tono de benévola exigencia, como si quisiera aclarar unos cuantos puntos de escasa importancia antes de pasar a otros asuntos. Dijo:

- Charlie, volvamos de nuevo a tus padres.

Litvak había sacado una carpeta de su cartera y la mantenía en una posición tal que Charlie no podía ver su contenido.

Charlie preguntó:

- ¿Para qué?

Y valerosamente alargó la mano para coger un cigarrillo. Kurtz hizo una breve pausa, para examinar ciertos documentos que Litvak le había entregado. Por fin, Kurtz dijo:

- Ahora vamos a ocuparnos de la última fase de la vida de tu padre, su quiebra, su ruina, su muerte… ¿Puedes confirmarnos la exacta secuencia de estos acontecimientos? Tú te encontrabas en un internado en Inglaterra. Llegó la terrible noticia. Comienza en este punto.

Charlie no comprendió debidamente a Kurtz, a quien preguntó:

- ¿En qué punto?

- En el momento en que supiste la noticia.

Charlie encogió los hombros y repuso:

- Me echaron de la escuela. Fui a casa, la encontré atestada de gentes del juzgado que se movían como ratas. Ya te lo he explicado, Mart. ¿Qué más quieres saber?

Después de una pausa, Kurtz habló:

- Has dicho que la directora te mandó llamar. Bien. ¿Qué te dijo la directora, exactamente?

- Pues, en cuanto recuerdo, me dijo: «Lo siento, pero he dicho a la matrona que hiciera tus maletas; adiós y buena suerte.»

Inclinado a un lado para leer los papeles de Litvak, Kurtz dijo con tranquilo buen humor:

- ¡Recuerdas esto! ¿No te soltó un sermón sobre la maldad del mundo en que vivimos, y cosas así?

Sin dejar de leer, Kurtz añadió:

- ¿No te dijo algo sobre la conveniencia de no fiarte de nadie? ¿No? ¿No te dio una explicación de las razones por las que te echaba?

- Debíamos ya dos trimestres a la escuela. ¿No te parece razón

suficiente, Mart? La escuela es un negocio. Tienen que pensar en sus cuentas bancarias. No sé si recuerdas que era una escuela privada. -Charlie compuso expresión de cansancio y añadió-: ¿Por qué no seguimos otro día y damos ya por terminada la sesión? La verdad es que me siento un poco fatigada, aunque no sé por qué.

- No lo creas. Estás descansada y tienes reservas. Bueno, el caso es que regresaste a casa. ¿En tren?

- Hice todo el trayecto en tren. Sola. Aunque con la maleta. Rumbo al hogar.

Charlie se desperezó y paseó la mirada por el cuarto, pero la cabeza de Joseph estaba vuelta hacia otro lado. Parecía escuchar otras músicas.

- Y cuando llegaste a casa, ¿qué encontraste, con exactitud?

- Ya te lo he dicho: el caos.

- Describe un poco el caos.

- Un camión de mudanzas en el sendero. A mi madre llorando. Y mi cuarto, ya medio

vacío.

- ¿Dónde estaba Heidi?

- No estaba. Ausente. No se encontraba entre los presentes.

- ¿Nadie fue a buscarla? ¿Era tu hermana mayor, la niña de los ojos de tu padre? ¿Vivía a millas de distancia? ¿Estaba gozando ya de la seguridad del matrimonio? ¿Por qué Heidi no fue a tu casa, para ayudar un poco?

Distraídamente, fija la vista en sus manos, Charlie repuso: -Estaría preñada, supongo. Por lo general, lo está.

Kurtz miraba fijamente a Charlie, y tardó mucho en volver a hablar. Como si hubiera oído mal, preguntó en voz baja:

- ¿Por qué has dicho que estaba preñada? -Kurtz aclaró-: Me refiero a Heidi.

Charlie no contestó. Kurtz continuó:

- Charlie, Heidi no estaba embarazada. El primer embarazo de Heidi tuvo lugar el año siguiente.

- Bueno, pues resulta que no, que por una vez en la vida no estaba preñada.

- En este caso, ¿por qué no fue a casa de tu madre para ayudar en algo?

- Quizá prefirió no saber nada del asunto. El caso es que se mantuvo apartada del asunto. ¡Por el amor de Dios, Mart, hace ya diez años de esto! Yo era una niña, una persona diferente.

- Fue una vergüenza. Y Heidi no pudo aceptar la vergüenza. Me refiero a la quiebra de tu padre.

Secamente, Charlie dijo:

- No hace falta que aclares que la vergüenza fue la quiebra. ¿Es

que hubo más vergüenzas todavía?

Kurtz consideró que las palabras de Charlie, en esta ocasión, eran simple retórica. Volvía a tener la atención fija en sus papeles, y leía lo que el largo dedo de Litvak le indicaba. Kurtz dijo:

- El caso es que Heidi se mantuvo al margen, y toda la responsabilidad de hacer frente a la crisis familiar cayó sobre tus jóvenes hombros, ¿no es eso? Charlie, a la edad de dieciséis años, tuvo que actuar de salvadora. Cursaste «un curso acelerado sobre la fragilidad del sistema capitalista», tal como has dicho agudamente hace poco. Y ello fue una lección de realismo que jamás olvidaste. Viste cómo todos los juguetes de la sociedad de consumo, los lindos muebles, los bonitos vestidos, todos los atributos de la respetabilidad burguesa, eran físicamente extraídos de tu casa, ante tus propias narices. Tú sólo. Administrando. Disponiendo. Con un dominio absoluto sobre tus patéticos padres burgueses, que hubieran debido pertenecer a la clase obrera, pero que tuvieron la negligencia de no pertenecer a ella. Consolándolos. Suavizando sus sufrimientos. Y casi les diste la absolución, me parece. -Con tristeza, y después de una breve pausa, Kurtz añadió-: Duro, muy duro.

Y se calló bruscamente, en espera de que Charlie hablara.

Pero Charlie no habló. Miró fijamente a Kurtz, desafiándole con la mirada, en espera de que fuera Kurtz quien bajara la vista. A Charlie no le quedaba otro remedio. Las surcadas facciones de Kurtz se habían endurecido misteriosamente, principalmente en la parte cercana a los ojos. Pero, a pesar de todo, Charlie siguió desafiándole con la mirada. Tenía una manera especial de hacerlo, aprendida ya durante la infancia, consistente en dejar la cara inmóvil, convertida en una máscara de hielo, y en ocupar la mente con otros pensamientos. Y Charlie ganó el desafío, ya que Kurtz fue el primero en hablar, lo cual constituyó la prueba del triunfo de Charlie. Kurtz dijo:

- Charlie, reconocemos que esto es muy doloroso para ti, pero te pedimos que nos cuentes esta historia con tus propias palabras. Ya nos has hablado del camión de mudanzas. Ya nos has hablado del modo en que se llevaron de tu casa cosas que eran tuyas. ¿Qué más?

- Mi jaca.

- ¿También se llevaron tu jaca?

- Ya te lo he dicho.

- ¿Juntamente con los muebles? ¿En el mismo camión?

- No, en otro. No seas estúpido.

- Bueno, pues resulta que había dos camiones. ¿Los dos al mismo tiempo? ¿O primero uno y luego otro?

- No me acuerdo.

- ¿Dónde se encontraba tu padre, en aquel entonces, físicamente hablando? ¿Se encontraba en su estudio? Mirando por la ventana

cómo se lo llevaban todo? ¿Cómo se porta un hombre como él, en un trance tan desagradable?

- Se hallaba en el jardín.

- ¿Y qué hacía allí?

- Miraba las rosas. Las cuidaba. Decía que no podían llevarse las rosas, pasara lo que pasara. No hizo más que decirlo una y otra vez. «Si me quitan las rosas, me mataré.»

- ¿Y tú madre?

- Mamá estaba en la cocina. Guisando. Fue lo único que se le ocurrió.

- ¿Con gas o con electricidad?

- Electricidad.

- Pero, y conste que quizá me equivoque, creo que me has dicho que os cortaron la electricidad…

- La volvieron a conectar.

- ¿Y no se llevaron la cocina?

- La ley prohíbe el embargo de las cocinas. La cocina, una mesa, y una silla para cada miembro de la familia.

- ¿Cuchillos y tenedores?

- Un juego para cada persona.

- ¿Y por qué no se limitaron a sellar la casa y a echaros a todos?

- La casa estaba inscrita a nombre de mi madre. Ella misma lo exigió, años atrás.

- Prudente mujer. De todas maneras, era de tu padre. ¿Y en dónde me has dicho que la directora de la escuela leyó la noticia de la quiebra de tu padre?

Charlie había quedado, en los últimos momentos, casi desconcertada. Durante unos segundos, las imágenes vacilaron en su memoria, pero ahora volvieron a adquirir consistencia, volvieron a proporcionarle las palabras que necesitaba. Vio a su madre, con un pañuelo de cabeza de color malva, inclinada sobre la cocina, preparando frenéticamente un pastel de harina y mantequilla, plato favorito de la familia. Vio a su padre, mudo, con la cara gris, ataviado con un blazer cruzado, azul, mirando las rosas. Vio a la directora de la escuela, que mantenía las manos a la espalda, como si quisiera calentarse el trasero cubierto de lanilla en el hogar apagado de su imponente sala despacho.

Impasible, Charlie contestó:

- En la London Gazette, que es donde se publican todas las quiebras.

- ¿La directora estaba suscrita a ese periódico?

- Cabe presumirlo.

Kurtz efectuó un lento y largo movimiento afirmativo con la cabeza, cogió un lápiz y escribió las palabras «cabe presumirlo» en el

bloc que tenía ante él, haciéndolo de manera que Charlie pudo ver la inscripción. Kurtz dijo:

- Muy bien. Y después de la quiebra vinieron las acusaciones de fraude. ¿Puedes contarnos el juicio?

- Ya te lo he dicho. Mi padre no nos permitió asistir. Al principio quería asumir su propia defensa. Quería ser un héroe. Y nosotros nos sentaríamos en primera fila, para animarle. Pero cuando le mostraron las pruebas, cambió de parecer.

- ¿De qué le acusaron?

- De robar el dinero de sus clientes.

- ¿Qué condena le impusieron?

- Dieciocho meses, menos los beneficios legales. Ya te lo he dicho, Mart. Ya te lo he contado todo antes. ¿Qué diablos quieres?

- ¿Le visitaste en la cárcel?

- No nos lo permitió. No quería que le viéramos humillado. Kurtz, en tono pensativo, repitió:

- Humillado. Su vergüenza. La caída. Realmente te impresionó mucho, ¿verdad?

- ¿Te resultaría más simpática si no me hubiera impresionado?

- No, Charlie; creo que no. -Kurtz hizo una breve pausa y prosiguió-: Bueno… El caso es que te quedaste en casa. Renunciaste a seguir en la escuela, renunciaste a seguir formando tu inteligencia que de tan excelente manera respondía a tus esfuerzos, te dedicaste a cuidar de tu padre y a esperar que concedieran la libertad a tu padre, ¿no es eso?

- Si, eso.

- ¿Ni siquiera una vez te acercaste a la cárcel?

En tono de desesperación, Charlie dijo:

- ¡Santo Dios! ¿Por qué te empeñas tanto en revolver la espada en la herida?

- ¿Ni siquiera se te ocurrió ir a la cárcel?

- No!

Charlie contenía las lágrimas con una valentía que sus inquisidores seguramente admiraban. ¿Cómo podía soportarlo?, seguramente se preguntaban. ¿Cómo pudo soportarlo cuando ocurrió? ¿Por qué Kurtz insistía implacablemente en renovar las secretas heridas de Charlie? La pausa fue como un silencio entre gritos. El único sonido que se oía era el del bolígrafo de Litvak escribiendo velozmente en su bloc.

Sin apartar la mirada de Charlie, Kurtz preguntó a Litvak: -¿Te sirve para algo lo dicho hasta ahora, Mike?

Sin dejar de escribir a toda prisa, Litvak repuso en voz baja:

- Formidable. Es sólido, todo concuerda, podemos utilizarlo. Ahora sólo quisiera saber si Charlie tiene alguna anécdota

emocionante sobre el asunto ese de la cárcel. O quizá sea mejor que nos cuente cómo fueron los últimos meses que su padre pasó en presidio.

Secamente, transmitiéndole la pregunta de Litvak, Kurtz dijo a Charlie:

- ¿Charlie?

Charlie fingió esforzarse en recordar, quedar en trance, a la espera de que la inspiración acudiera a su espíritu. En tono dubitativo, Charlie dijo:

- Bueno, está lo de las puertas.

Litvak terció:

- ¿Puertas? ¿Qué puertas?

Kurtz dijo a Charlie:

- Cuéntanos eso.

Después de un momento de quietud y silencio, Charlie se llevó la mano a la cara y delicadamente oprimió el puente de su nariz entre índice y pulgar, para indicar que experimentaba profunda pena y un leve dolor de cabeza. Había contado aquella anécdota muchas veces, pero jamás la contó tan bien como en la presente ocasión:

- No le esperábamos hasta el mes siguiente, ya que no podía llamar por teléfono, como es natural. Nos habíamos mudado a otra casa. Vivíamos de la asistencia pública. Y entonces apareció. Estaba más delgado, y parecía más joven. Llevaba el cabello corto. Dijo: «¡Hola, Chas, me han soltado!» Y me dio un abrazo. Lloró. Mamá estaba en el piso superior y tenía miedo a bajar y enfrentarse con él. Mi padre era el mismo de siempre. Salvo en lo referente a las puertas. No podía abrirlas. Llegaba a las puertas, se detenía, se ponía en posición de firmes, con los pies juntos y la cabeza baja, y esperaba que viniera el celador a abrirlas.

En voz baja, Litvak dijo a Kurtz:

- ¡Y el celador era ella! ¡Su propia hija! ¡Santo Dios!

- La primera vez que ocurrió no podía creerlo. Le chillé: «¡Abre de una vez la maldita puerta!» Pero su mano se negaba literalmente a ello.

Litvak escribió como un poseso. Pero Kurtz no demostraba tanto entusiasmo. Kurtz volvía a examinar papeles, y la expresión de su cara revelaba serias reservas. Dijo:

- Charlie, en una entrevista que te hicieron los de la Ipswich Gazette cuentas cierta historia en la que dices que tu madre y tú solíais ir a lo alto de una colina cercana a la cárcel, y que desde allí dirigíais señales a tu padre para que las viera desde su celda. Pero, según lo que nos has dicho, ahora resulta que jamás te acercaste siquiera a la cárcel.

Charlie consiguió soltar una carcajada, una carcajada llena de

vida, convincente, a pesar de que no tuvo eco en la penumbra que la rodeaba. Para tranquilizar a Kurtz, cuyo rostro mantenía la más grave de las expresiones, Charlie dijo:

- Mart, se trataba de una entrevista.

- Bueno, ¿y qué?

- En las entrevistas solemos cargar las tintas en el relato de nuestro pasado, con la sola idea de hacerlas interesantes.

- ¿Y también has seguido este criterio aquí?

- Claro que no.

- Tu agente artístico, Quilley, dijo hace poco a un amigo nuestro que tu padre había muerto en la cárcel, y no en su casa. ¿Es esto también una manera de dar interés a entrevistas?

- Esto lo dijo Ned, no yo.

- Es cierto. Si, de acuerdo.

Kurtz cerró el expediente, aunque sin parecer haber quedado convencido.

Charlie no pudo evitarlo. Dio media vuelta hacia atrás y se dirigió a Joseph, pidiéndole indirectamente que la sacara de aquel atolladero:

- Joseph, ¿qué tal me estoy portando? ¿Bien?

Joseph repuso:

- Con gran eficacia.

Y siguió ocupándose de sus propios asuntos. Charlie insistió:

- ¿Mejor que Santa Juana?

Joseph dijo:

- Querida, tus frases son mucho mejores que las de Bernard Shaw.

Con tristeza, Charlie pensó: «No me felicita, sino que me consuela.» Pero ¿por qué Joseph la trataba con tanta dureza, con tanta suspicacia, después de que él había sido quien la había traído aquí?

La sudafricana Rose trajo una bandeja con bocadillos. Rachel venía detrás de Rose, con pastelillos y un termo de café. Mientras se servía, Charlie dijo en tono de queja:

- ¿Es que nadie duerme en esta casa?

Pero nadie hizo caso de sus palabras, a pesar de que todos las oyeron.

Las horas dulces y agradables habían ya transcurrido, y ahora había llegado el tiempo tan temido, las horas intermedias, horas de vigilia, que precedían al alba, horas en que la cabeza de Charlie estaba clarísima y en las que más propicia se sentía a entregarse a la ira. Dicho en otras palabras: eran las horas de sacar de los archivos las ideas políticas de Charlie, esas ideas que Kurtz le había asegurado que todos respetaban profundamente, y ponerlas a la luz. Una vez más, bajo la dirección de Kurtz, todo tuvo su cronología y su aritmética. «Primeras influencias que ejercieron sobre ti, Charlie.» Fechas, lugares y personas. «Charlie, dinos tus cinco principios fundamentales, tus

primeros encuentros con los representantes de la alternativa militante.» Pero Charlie ya no estaba de humor para seguir siendo objetiva. Sus momentos de somnolencia habían pasado, y comenzaba a sentirse dominada por un humor rebelde que bullía en su interior, lo cual todos hubieran debido percibir en la sequedad de su voz, y en sus rápidas y suspicaces miradas. Estaba harta de todos. Estaba harta de colaborar en aquella alianza formada a punta de pistola, harta de que la llevaran con los ojos vendados de una estancia a otra, sin saber lo que aquellos seres adiestrados y astutos que la rodeaban pretendían de ella, y sin saber lo que aquellas inteligentes voces le murmuraban al oído. La víctima que Charlie llevaba dentro de sí deseaba pelear.

Kurtz le dijo:

- Todo lo que digas quedará estrictamente, de veras, muy estrictamente limitado a nuestro expediente. Luego te protegeremos en la medida que sea preciso.

A pesar de ello, Kurtz siguió insistiendo en recordar a Charlie una larga serie de manifestaciones, marchas, sentadas y concentraciones y revoluciones del sábado por la tarde, preguntando en cada caso que cuál era la «argumentación», como él decía, en que se basaba la actuación.

Charlie se rebeló diciendo:

- ¡Por el amor de Dios, deja ya de valorarme!, ¿quieres? No soy lógica, ni estoy informada, ni pertenezco a una organización. Con venerable amabilidad, Kurtz le preguntó:

- ¿Y qué eres pues, querida?

- ¡Tampoco soy «querida»! Soy una persona. ¡Una persona adulta! Así es que dejad ya de joderme.

- Charlie, puedes estar segura de que no te jodemos. Aquí, nadie te jode.

- ¡Iros todos a tomar por el culo!

Cuando se hallaba de este humor, Charlie se odiaba a sí misma. Odiaba la agresividad de que se sentía poseída, cuando la acorralaban. Se imaginaba a sí misma golpeando con sus puños menudos, sus puños de muchacha, una gran puerta de madera, mientras su voz esgrimía frases peligrosamente poco meditadas. Pero, al mismo tiempo, a Charlie le gustaban los vivos colores de la ira, su gloriosa liberación, su ruido de cristales rotos.

Recordando una grandiosa frase que le había revelado Long Al, o quizá otra persona, no lo recordaba con exactitud, Charlie dijo:

- ¿Y por qué es preciso tener fe antes de renegar? Quizá renegar es tener fe. ¿Nunca se te ha ocurrido esta idea? Nosotros libramos una guerra diferente, Mart, nosotros libramos una guerra real. No se trata de una lucha de poder contra poder, del Oeste contra el Este. Es la lucha de los hambrientos contra los cerdos. De los esclavos contra los

opresores. Tú crees que eres libre. Y ello se debe a que otras personas están encadenadas. Tú comes, pero otros pasan hambre. Tú corres, pero otros tienen que estarse quietos. Tenemos que cambiarlo todo, íntegramente.

En otros tiempos, Charlie había creído en esto, verdaderamente. Y quizá todavía creía en ello. Sí, lo había visto claramente en su cerebro. Había llamado a las puertas de desconocidos, y había visto cómo la ira desaparecía de la cara de aquella gente, cuando ella llegaba al punto culminante de su argumentación. Lo había sentido, y lo había manifestado. Había defendido el derecho de las personas a liberar la mente de las personas, el derecho a liberarnos recíprocamente del dominante embrutecimiento de los condicionamientos capitalistas y racistas, y que cada cual se entregara a los demás, en voluntario compañerismo. Al aire libre, y en un día claro y luminoso, esta visión todavía llenaba el corazón de Charlie y la impulsaba a llevar a efecto hazañas valerosas que, hallándose en frío, no hubiera siquiera contemplado. Pero entre aquellas paredes, ante aquellas astutas caras, Charlie no tenía el espacio suficiente para desplegar las alas.

En tono todavía más estridente, Charlie volvió a la carga:

- No sé si sabes, Mart, que una de las diferencias que median entre las personas de mi edad y las de la tuya consiste en que nosotros nos fijamos un poco en quienes son las personas a quienes entregamos nuestra existencia y las razones por las que la entregamos. No sentimos el menor entusiasmo a dar nuestra vida, y vete a saber por qué razón, a una empresa multinacional registrada en Liechtenstein y con sede en las malditas Antillas Holandesas.

Estas frases eran de Al, desde luego. Y Charlie había copiado incluso la sarcástica entonación de Al, para poderlas decir. Charlie siguió:

- No nos parece una buena idea, ni mucho menos, el que unas personas a las que no conocemos, de las que jamás hemos oído hablar y a las que no hemos votado, anden por ahí estropeando el mundo en nuestro beneficio. Y se da la graciosa circunstancia consistente en que los dictadores no nos gustan, tanto si son grupos de personas, de naciones o de instituciones, y tampoco nos gusta la carrera de armamentos, ni la guerra química, ni cualquier otro aspecto de ese catastrófico juego. Creemos que el Estado de Israel no debe ser una guarnición norteamericana imperialista, y no creemos que los árabes sean un hatajo de salvajes plagados de pulgas, como tampoco son decadentes jeques petroleros. Por eso, rechazamos. Con el fin de no padecer ciertas resacas, ciertos prejuicios, y de tener ciertas fidelidades y alineamientos. En consecuencia, el rechazo es positivo, ¿no es cierto? Sí, ya que no tener todo lo que he dicho es positivo.

Mientras Litvak escribía pacientemente, Kurtz preguntó:

- Has hablado de estropear el mundo, ¿de qué forma, Charlie?

- Envenenándolo. Quemándolo. Dejándolo apestando a colonialismo, y a un total y calculado lavado de cerebro de las clases trabajadoras.

Charlie hizo una pausa, y pensó: «Las otras frases las recordaré dentro de un instante.»

Dijo:

- En consecuencia, no me pidáis que os dé el nombre y la dirección de mis cinco principales héroes, ¿comprendes, Mart? No, porque los llevo aquí. -Charlie se golpeó el pecho. Siguió-: Y no intentéis darme lecciones burlonas, cuando os puedo recitar a todos, durante toda la noche, la obra del Che Guevara. Preguntadme si quiero que el mundo sobreviva, si quiero que mis hijos…

Muy interesado, Kurtz preguntó:

- ¿Realmente puedes recitar al Che Guevara?

Litvak levantó delicadamente una mano, mientras seguía escribiendo con furia con la otra, y dijo:

- Un momento, por favor. Esto es formidable. Espera un segundo, sólo un segundo, Charlie.

Charlie, con las mejillas ardientes, dijo secamente:

- ¿Por qué no os gastáis un poco de dinero y os compráis un magnetófono? ¿O lo robáis, ya que parece que éste es vuestro negocio?

Mientras Litvak seguía escribiendo, Kurtz repuso:

- Porque no podemos destinar una semana a leer las transcripciones de las cintas. El oído selecciona, querida. Y las máquinas no seleccionan. Las máquinas son antieconómicas.

Mientras esperaban que Litvak terminara su escritura, Kurtz insistió:

- ¿Realmente puedes recitar los textos del Che Guevara, querida?

- No, claro que no puedo.

A espaldas de Charlie, á millas de distancia parecía, la fantasmal voz de Joseph modificó cortésmente la contestación de Charlie:

- Pero podría hacerlo si los aprendiese.

Con cierto orgulloso matiz de creador en su voz, Joseph añadió:

- Charlie tiene una memoria increíble. Le basta con oír algo para incorporarlo a su mente. Si quisiera, Charlie podría aprenderse de memoria la obra completa del Che Guevara en una semana.

¿Por qué había hablado Joseph? ¿Intentaba dulcificar la situación? ¿Pretendía dar una advertencia? ¿O acaso quería interponerse entre Charlie y su inmediata destrucción? Pero Charlie no estaba de humor para prestar atención a las sutilezas de Joseph, y, por su parte, Kurtz y Litvak estaban hablando entre sí, en esta ocasión en hebreo.

Charlie les preguntó:

- ¿Os molestaría mucho hablar en inglés, en mi presencia? Cortésmente, Kurtz dijo:

- Es sólo un instante, querida.

Y siguió hablando en hebreo.

Con la misma metodología clínica -«únicamente constará en el expediente, Charlie»-, Kurtz la indujo laboriosamente a hablar de los restantes incongruentes artículos de su dubitativa fe. Charlie se rebeló, cooperó y volvió a rebelarse, con la creciente desesperación de quien sólo sabe a medias. Kurtz rara vez esgrimió críticas, estuvo cortés en todo momento, echó ojeadas a los papeles, habló brevemente con Litvak, o, a sus propios e indirectos fines, escribió alguna que otra nota en su bloc. Charlie, en su fuero interno, mientras iba naufragando no sin luchar ferozmente, se veía a sí misma en uno de aquellos improvisados happenings de la escuela de arte dramático, esforzándose en representar un papel que perdía más y más significado a medida que ella se adentraba en él. Observaba sus propios ademanes y se daba cuenta de que nada tenían que ver con sus palabras. Charlie protestaba, en consecuencia era libre. Charlie gritaba, en consecuencia protestaba. Escuchaba su propia voz y se daba cuenta de que a nadie pertenecía. De entre las conversaciones en cama sostenidas con un olvidado amante entresacaba una frase de Rousseau, de otra ocasión entresacaba una frase de Marcuse. Vio que Kurtz se reclinaba en la silla, efectuaba un lento movimiento afirmativo con la cabeza, y dejaba el lápiz sobre la mesa, por lo que Charlie supuso que sus contestaciones habían terminado, o, mejor dicho, que las preguntas de Kurtz habían terminado. Charlie decidió que, teniendo en consideración la superioridad de su público y la pobreza de sus propias frases, había llevado a cabo una interpretación muy digna, a fin de cuentas. Kurtz parecía opinar lo mismo. Charlie se sintió mejor y mucho más segura. Kurtz también, al parecer.

Kurtz declaró:

- Charlie, te felicito. Te has expresado con gran honestidad y franqueza, por lo que te damos las gracias.

Litvak, el escribano, murmuró:

- Si., sí, ciertamente.

Sintiéndose fea y acalorada, Charlie dijo:

- Absolutamente de nada.

Kurtz preguntó:

- ¿Te molestaría que interpretara un poco tu actitud?

- Sí, mucho.

Sin mostrar sorpresa, Kurtz preguntó:

- ¿Y por qué?

- Pues porque somos una alternativa. No somos un maldito

partido, no estamos malditamente organizados, no tenemos un maldito manifiesto. Y no estamos dispuestos a que nos interpreten.

A Charlie le hubiera gustado poder prescindir de sus frecuentes «malditos». O, por lo menos, que sus palabras violentas acudieran más naturalmente a sus labios, en la austera compañía de aquella gente.

De todas maneras, Kurtz hizo su interpretación, y procuró voluntariamente ser un tanto

lento:

- Por una parte, Charlie, parece que nos encontramos ante las premisas básicas del anarquismo clásico, tal como fue predicado desde el siglo xviii hasta nuestros días.

- ¡Y un huevo!

- Por ejemplo, cierta repulsión con respecto a todo tipo de ordenamiento. La convicción de que todo gobierno es malo, por lo que el estado nacional es malo, y la conciencia de que estos dos factores juntos atacan el natural desarrollo y la natural libertad del individuo. A esto tú añades ciertas actitudes modernas. Tales como la inquina contra el aburrimiento, contra la prosperidad, contra lo que, si no me equivoco, se llama la miseria con aire acondicionado del capitalismo occidental. Y tienes presente la genuina miseria de las tres cuartas partes de la población mundial. ¿No es así, Charlie? ¿Vas a contradecir lo que acabo de explicar? ¿O bien, en esta ocasión, debemos dar por supuesto que también dirás «¡Y un huevo!»?

Charlie hizo caso omiso de las palabras de Kurtz y se dedicó a mirarse fijamente las uñas. De buena gana hubiera dicho: «¡Por el amor de Dios! ¿Es que todavía importan las teorías?» Las ratas se habían apoderado del barco. Si., en muchos casos es así de sencillo. Todo lo demás no era más que una trampa narcisista. Forzosamente tenía que ser así.

Imperturbable, Kurtz prosiguió:

- En el mundo de nuestros días, en el mundo actual, yo diría que tenemos razones más poderosas para adoptar este punto de vista que aquellas que tuvieron nuestros antepasados, debido a que en nuestros días las naciones-estado son más poderosas que en ningún momento anterior, y lo mismo cabe decir de las sociedades anónimas, y, en consecuencia, de las oportunidades para imponer ordenamientos.

Charlie se dio cuenta de que Kurtz la estaba induciendo a llegar a una conclusión a la que Charlie no quería llegar, pero Charlie no tenía manera de hacerle callar. Kurtz hacía pausas en espera de los comentarios de Charlie, pero lo único que ésta podía hacer era desviar la vista y ocultar su creciente inseguridad bajo una máscara de furiosa negación.

En tono ecuánime, Kurtz prosiguió:

- Te opones a la enloquecida tecnología. Bueno, esto ya lo hizo

Huxley antes que tú. Quieres dar lugar a motivaciones humanas que no sean competitivas ni agresivas. Pero para conseguirlo debes eliminar antes la explotación. Ahora bien, ¿cómo?

Kurtz hizo otra pausa. Y ahora, las pausas de Kurtz eran para Charlie más amenazadoras que sus palabras. Eran pausas entre peldaño y peldaño de la escalera que conduce al patíbulo. Charlie dijo:

- ¡Mart, basta ya de sermonearme! ¿Lo entiendes? ¡Basta! Con implacable buen humor, Kurtz prosiguió:

- Y es precisamente en el tema de la explotación, si es que te he comprendido bien, Charlie, donde nos pasamos del anarquismo observado, como bien podríamos decir, el anarquismo practicado.

Kurtz se volvió hacia Litvak, con la idea de lanzarlo también contra Charlie, y le preguntó:

- ¿Tienes algo que decir al respecto, Mike?

En voz baja, Litvak repuso:

- Yo creo que la explotación es el quid de la cuestión. Si traducimos explotación por propiedad todo queda clarificado. En primer lugar, el explotador le da en la cabeza al obrero con salarios de esclavitud, y le propina este golpe con el arma de su superior riqueza. Después le hace un lavado de cerebro para que el obrero-esclavo crea que la búsqueda de la propiedad es un motivo válido que justifica que el amo destruya al obrero trabajando en la cantera. De esta manera le somete a dos ataduras.

Kurtz, muy tranquilo, dijo:

- Magnífico. La búsqueda de la propiedad es malo, ergo la propiedad en sí misma es mala, ergo aquellos que defienden la propiedad son malos, ergo (como sea que hemos proclamado que no tenemos paciencia para aguantar el proceso evolutivo de la democracia) destruyamos la propiedad y asesinemos a los ricos. ¿Estás de acuerdo, Charlie?

- ¡No seas estúpido! ¡Yo no soy de ésos!

Marty pareció un poco defraudado. Dijo:

- ¿Quieres decir que no estás dispuesta a desposeer al estado ladrón? ¿Qué te pasa? ¿Tienes miedo, así de repente?

Kurtz se volvió hacia Litvak y le dijo:

- Si, di, Mike, di.

Dispuesto a ser útil, Litvak dijo:

- El estado es tiránico. Estas son exactamente las palabras que Charlie ha dicho. También se ha referido a la «violencia» del estado, al «terrorismo» del estado y a la «dictadura» del estado.

Con acentos un tanto sorprendidos, Litvak, después de una pausa, concluyó:

- Se ha referido a casi todo lo malo que un estado puede llegar a ser.

- ¡Esto no significa que vaya por ahí asesinando a gente y robando malditos bancos! ¡Cristo! ¿Dónde estoy?

La alarma de Charlie no impresionó a Kurtz, quien dijo:

- Charlie, tú misma nos has dicho que las fuerzas de la ley y el orden no son más que sicarias de una falsa autoridad.

Litvak remachó, recordándoselo a Kurtz:

- Y también ha dicho que las masas no pueden alcanzar la verdadera justicia mediante los tribunales y juzgados.

- ¡Y así es! ¡El sistema entero es una mierda! Es una farsa, es corrupto, es paternalista…

Con toda amabilidad, Kurtz preguntó a Charlie:

- ¿En este caso, por qué no lo destruyes? ¿Por qué no lo vuelas, por qué no le pegas un tiro a todo policía que intente evitar que lo hagas, o, mejor dicho, a todo policía que se te ponga a tiro? ¿Por qué no te cargas a todos los imperialistas y colonialistas, estén donde estén? ¿Qué se ha hecho de tu tan cacareada integridad? ¿Qué ha pasado?

- ¡No quiero volar nada! ¡Quiero paz! ¡Quiero que todos seamos libres!

Con estas palabras, Charlie procuró refugiarse en su más segura tesis. Pero Kurtz no dio muestras de haberla oído, e insistió:

- Me defraudas, Charlie. De repente demuestras que eres incoherente. Has llegado a conclusiones. Ahora bien, ¿por qué no actúas en concordancia con ellas? ¿Por qué en un determinado momento te comportas como una intelectual con la vista y el intelecto precisos para ver lo que las engañadas masas no pueden ver, y en el instante siguiente careces del valor suficiente para prestar un pequeño servicio, como un robo, un asesinato o la voladura de algo, como, por ejemplo, una comisaría de policía, en beneficio de aquellos cuyas mentes y cuyos corazones están esclavizados por los capitostes capitalistas? Vamos, vamos, Charlie: ¿dónde está tu acción? Tú eres el alma libre, aquí. No nos des palabras, danos actos.

La contagiosa alegría de Kurtz había alcanzado más altura. Sus párpados se habían fruncido de tal manera que en los extremos externos formaban negras curvas incisas en la curtida piel. Pero Charlie también sabía luchar. Habló directamente a Kurtz, utilizando las palabras tal como éste hacía, golpeándole con ellas, intentando abrirse a golpes un camino que, derribando a Kurtz, la llevara a la libertad:

- Oye, Mart, soy superficial, ¿comprendes? No he leído, soy analfabeta, no sé razonar, ni sé analizar. Fui a caras escuelas de tercera clase desde un punto de vista docente, y me hubiera gustado, más que cualquier otra cosa en el mundo, haber nacido en una calleja de cualquier pueblo, y que mi padre hubiera sido un trabajador

manual, en vez de dedicarse a quedarse con los ahorros acumulados por viejecitas a lo largo de toda una vida. Estoy harta de que me laven el cerebro, estoy harta de que me digan quince mil razones todos los días en cuyos méritos no debo amar de igual a igual al prójimo. ¡Y ahora quiero irme a la maldita cama!

- ¿Quieres decir con esto, Charlie, que reniegas de la postura por ti adoptada?

- ¡Yo no tengo una postura adoptada!

- ¿No?

- ¡No!

- No has adoptado una postura, no te has comprometido con el activismo, salvo en el aspecto de ser una no alineada.

- ¡Esto!

Muy satisfecho, Kurtz añadió:

- Pacíficamente no alineada. Perteneces al extremo centro.

Kurtz se desabrochó despacio el bolsillo izquierdo de la camisa, metió en él sus gruesos dedos, y extrajo, de entre una porción de objetos heterogéneos, un recorte de prensa, doblado y muy largo, que, a juzgar por el lugar excepcional en que había estado guardado, era diferente de aquellos otros guardados en la carpeta. Mientras desdoblaba lentamente el recorte, Kurtz dijo:

- Charlie, no hace mucho has dicho incidentalmente que Al y tú asististeis a un congreso, en no sé qué lugar de Dorset. Creo que calificaste este congreso como «Un curso de pensamiento radical, en un fin de semana». No hemos hablado con detalle de lo que allí pasó. Creo recordar que, por alguna razón u otra, pasamos como sobre ascuas por este tema. ¿Te molestaría que habláramos de ello un poco más?

Con el aire del hombre que quiere refrescar su memoria, Kurtz leyó en silencio el recorte de prensa, y de vez en cuando meneó la cabeza, diciendo: «Bien, bien…» Sin dejar de leer comentó amablemente:

- Parece que no fue poca cosa, el curso en cuestión. Instrucción en el manejo de armas utilizando armas fingidas. Enseñanza de las técnicas de sabotaje, con plasticina, en vez de utilizar el explosivo propiamente dicho. Modos de vivir en la clandestinidad. Técnicas de supervivencia. Filosofía de las guerrillas urbanas. Incluso la manera de vigilar a una persona convertida en huésped en contra de su voluntad, lo cual se explica, según leo, con las siguientes palabras: «Disciplina de elementos violentos en una situación doméstica.» Si, me gusta el título. Es un bonito eufemismo.

Kurtz miró por encima del recorte de prensa y dijo:

- ¿Es más o menos correcto este reportaje o nos encontramos ante una típica exageración de la prensa capitalista-sionista?

Charlie ya no creía en la buena fe de Kurtz, y tampoco éste quería que creyera en ella. La única finalidad de Kurtz era alarmar a Charlie mediante el extremismo de sus propias convicciones, y obligarla a abandonar posiciones que había adoptado sin darse cuenta. Ciertos interrogatorios se llevan a cabo con la finalidad de inducir a decir la verdad, y otros se hacen con el fin de inducir a decir mentiras. Kurtz quería mentiras. En consecuencia, su voz se había endurecido perceptiblemente, y la expresión de diversión de su cara desapareció muy de prisa. Kurtz preguntó:

- ¿Quieres darnos una imagen un poco más objetiva quizá, Charlie?

En tono de desafío y echándose hacia atrás por primera vez, Charlie repuso:

- Todo fue cosa de Al. No mía.

- Pero fuisteis juntos.

- Fue una manera de pasar un fin de semana en el campo, en unos momentos en que no teníamos dinero. Esto es todo. Kurtz murmuró:

- Esto es todo.

Y dejó a Charlie con un silencio muy amplio, acusatorio, demasiado pesado para que Charlie se enfrentara a solas con él. Charlie protestó:

- No fuimos Al y yo solamente. Éramos unos veinte. Gente joven, del mundo teatral. Algunos todavía eran alumnos de la escuela de arte dramático. Alquilaron un autocar, fumaron hachís, tocaron música toda la noche. ¿Hay algo malo en esto?

En aquellos precisos instantes, Kurtz nada opinaba acerca de la bondad o la maldad del asunto. Dijo:

- Ellos. ¿Y qué hacías tú allí? ¿Conducías el autocar, con esa pericia de conductora que nos dicen posees?

- Yo iba con Al. Ya te lo he dicho. Era asunto suyo, no mío.

Charlie había perdido su punto de apoyo y comenzaba a caerse. Apenas sabía cómo había dado el resbalón, o quién le había golpeado los dedos. Quizá el cansancio la había obligado a soltarse.

Quizá esto era lo que había deseado en todo momento. Kurtz le preguntó:

- ¿Y te divertías a menudo de esta manera, Charlie? Hablando por hablar, fumando hachís, dedicándote inocentemente al amor libre, mientras los otros aprendían las artes del terrorismo… Hablas como si esto fuera habitual en ti. ¿Habitual? ¿No es eso?

- ¡No era habitual! Esto ha terminado para mí. Y además no me divertía.

- ¿Quieres decir con qué frecuencia lo hacías?

- ¡No lo hacía con frecuencia!

- ¿Cada cuándo?

- Un par de veces. Y esto es todo. Me aburrí pronto de ello. Caía girando y girando, y la oscuridad adquiría más y más densidad. Estaba rodeada de aire, pero el aire no la tocaba.

«¡Joseph, sácame de esta situación!» Pero Joseph era precisamente quien la había metido en ella. Charlie aguzaba el oído en espera de oír a Joseph, le enviaba mensajes con la parte trasera de la cabeza. Pero en respuesta de ellos no recibía mensaje alguno. Kurtz la miró derechamente, y Charlie contestó haciendo lo mismo. Charlie le hubiera atravesado con la mirada si hubiera podido, le hubiera dejado ciego mediante el retador fuego de sus ojos. Pensativo, Kurtz dijo:

- Un par de veces. ¿Es correcto, Mike?

Litvak levantó la vista de sus notas, y, como un eco, contestó: -Un par.

Kurtz preguntó a Charlie:

- ¿Y por qué te aburriste de ello?

Sin dejar de mirar a Charlie, Kurtz alargó la mano para coger la carpeta de Litvak.

Bajando la voz para producir más efecto, Charlie repuso: -Imperaba un ambiente muy brutal.

Mientras abría la carpeta, Kurtz dijo:

- Es natural.

- No me refiero al ambiente político. Me refiero a la sexualidad. Era demasiado para mí. Y no seas obtuso, Mart.

Kurtz se lamió el pulgar y volvió página. Se lamió el pulgar otra vez y volvió página de nuevo. Musitó algo, dirigiéndose a Litvak, quien le contestó con un par de palabras que no eran inglesas. Kurtz cerró la carpeta y la metió en la cartera.

En tono pensativo, Kurtz repitió:

- Un par de veces. Esto es todo. Luego comencé a aburrirme. ¿Quieres hacer alguna modificación a esta manifestación?

- ¿Y por qué he de querer?

- Un par de veces. ¿Es correcta esta respuesta?

- ¿Y por qué no ha de serlo?

- Un par de veces significa dos veces, ¿no?

Charlie tuvo la impresión de que la luz pendiente sobre ella parpadeaba, ¿o acaso era solamente su imaginación? Charlie se volvió hacia atrás. Joseph estaba inclinado sobre su mesa, bajo la luz de la lamparilla, tan ocupado que ni siquiera levantó la cabeza. Charlie volvió a su anterior posición y vio que Kurtz seguía esperando su respuesta. Charlie dijo:

- Dos o tres veces, ¿qué importa?

- ¿Cuatro veces? ¿Un par de veces significa también cuatro veces?

- ¡Vete a paseo!

- Bueno, a mi parecer es un problema lingüístico. «El año pasado visité a mi tía un par de veces.» Esto puede significar tres veces, incluso cuatro. Y me parece que cinco es ya el límite, ya que cinco viene a ser «media docena».

Kurtz siguió toqueteando los papeles y lentamente prosiguió:

- ¿Quieres cambiar un par de veces por media docena, Charlie? - Cuando digo un par de veces quiero decir un par de veces.

- ¿Dos?

- !Si, dos!

- Bueno, pues dos. «Sí, asistí a estas reuniones sólo dos veces; los otros quizá se entregaran a ejercicios belicosos, pero mis intereses eran únicamente sexuales, de recreo y de carácter social, amén.» Firmado, Charlie. ¿Quieres dar las fechas de estas dos visitas?

Charlie dio una fecha correspondiente al año anterior, poco después de que ella y Al se juntaran.

- ¿Y la otra fecha?

- La olvidé. ¿Tan importante es?

- La chica se ha olvidado.

La voz de Kurtz había adquirido una lentitud tal que parecía fuera a quedar detenida; a pesar de ello no había perdido su fuerza. A la mente de Charlie acudió la imagen de un animal desmañado que lentamente se acercara a ella, y este animal era la voz de Kurtz. Este volvió a hablar:

- ¿La segunda visita tuvo lugar inmediatamente después de la primera o medió cierto tiempo entre una y otra?

- No lo sé.

- La chica no lo sabe. En el primer fin de semana te dieron un cursillo de introducción apto sólo para novatos, ¿verdad?

- Así es.

- ¿Y cuál fue el tema del cursillo de introducción?

- Ya te lo he dicho. Sexualidad colectiva.

- ¿No hubo coloquio, ni conferencias, ni tareas de seminario?

- Hubo coloquio, ciertamente.

- ¿Sobre qué tema?

- Principios básicos.

- ¿De qué?

- De radicalismo. ¿De qué iba a ser si no?

- ¿Recuerdas quién dirigió los coloquios?

- Una lesbiana gorda nos habló de la liberación femenina. Y un escocés nos habló de Cuba. Al admiraba a este escocés.

- ¿Y en la segunda ocasión, esa ocasión cuya fecha has olvidado, la segunda y última ocasión, quién os habló?

Charlie no contestó. Kurtz le preguntó:

- ¿También lo has olvidado?

- ¡Sí!

- Es un poco raro, ¿no crees? ¿De modo que te acuerdas bien de la primera ocasión, del asunto de la sexualidad, de los temas de los coloquios y de las personas que los dirigieron, pero nada recuerdas de la segunda ocasión?

- Después de haberme pasado una noche entera contestando tus estúpidas preguntas, no, no me acuerdo.

Kurtz preguntó a Charlie:

- ¿Adónde vas? ¿Quieres ir al lavabo? Rachel, acompaña a Charlie al lavabo. Rose.

Charlie estaba de pie. Oyó pasos suaves que, procedentes de las sombras, se le acercaban. Charlie dijo:

- Me voy. En el ejercicio de mis opciones. No quiero saber nada de este asunto. Y me voy ahora.

- Ejercerás tus opciones en períodos específicos, y sólo cuando nosotros te lo ofrezcamos. Y si te has olvidado de las personas que os hablaron en este segundo seminario, espero que puedas decirme por lo menos el tema del cursillo.

Charlie se encontraba de pie, y, sin que supiera determinar por qué, el hecho de estar de pie la hacía sentirse más pequeña. Paseó la vista a su alrededor y vio a Joseph, con la cabeza apoyada en la mano, apartada la cara de la luz de la lámpara. Ante la atemorizada vista de Charlie, Joseph parecía hallarse suspendido en algo parecido a una ciudad intermedia, entre el mundo de Charlie y el suyo propio. Pero mirase Charlie donde mirase, la voz de Kurtz le llenaba la cabeza, acallando a los seres que en su interior vivían. Charlie apoyó las palmas de las manos en la mesa y se inclinó al frente. Tenía la impresión de hallarse en el templo de un culto extraño, sin amigos que le dijeran cuándo tenía que estar de pie, cuándo arrodillada. Pero la voz de Kurtz se encontraba en todas partes, y hubiera carecido de importancia el que Charlie se tumbara en el suelo o saliera volando por los vidrios policromos, yendo a parar a cien millas de distancia. En ningún lugar estaría a salvo de la intrusión de aquella voz. Charlie levantó las manos de la mesa y se las puso a la espalda, oprimiéndolas con fuerza, debido a que estaba perdiendo el dominio de sus propios ademanes. Las manos son importantes, las manos hablan. Las manos actúan. Charlie sintió que sus manos se consolaban, la una a la otra, igual que niños aterrados. Kurtz le hablaba acerca de unas conclusiones.

- ¿Firmaste las conclusiones, Charlie?

- ¡No lo sé!

- Pero, Charlie, siempre se redactan unas conclusiones al final de las sesiones. Hay un coloquio, hay discusiones, y se llega a unas conclusiones. ¿Cuáles fueron las conclusiones? ¿Intentas decirme

seriamente que ignoras esas conclusiones y que ni siquiera sabes si las firmaste o no? ¿Hubieras podido negarte a firmarlas?

- No.

- Charlie, sé razonable. ¿Cómo es posible que una persona con tu tan injustamente poco valorada inteligencia, sea capaz de olvidar cosa tan importante como las conclusiones formales adoptadas al final de un seminario que duró tres días? ¿Unas conclusiones que se redactan una y otra vez, que se corrigen, que se votan, que se aprueban o no se aprueban, que se firman o no se firman? Una resolución, unas conclusiones, ello comporta una serie de laboriosas sesiones. ¿A qué se debe que, de repente, tus contestaciones sean tan vagas, cuando eres capaz de ser tan precisa y exacta en otros temas?

A Charlie aquello había dejado de importarle. Le importaba tan poco que ni siquiera creía valía la pena decirle a Kurtz que aquello le importaba un pimiento. Estaba mortalmente cansada. Deseaba volver a sentarse, pero no podía. Necesitaba un descanso, necesitaba orinar, arreglarse el maquillaje, y dormir durante cinco años. Tan sólo cierto sentido de los modales teatrales le decía que debía seguir en pie, y aguantar hasta el final.

Allá, más abajo que ella, Kurtz había sacado un nuevo papel de su cartera. Después de haber estudiado el papel, Kurtz decidió dirigirse a Litvak:

- Ha dicho que dos veces, ¿verdad?

Litvak se mostró de acuerdo:

- Dos veces ha sido el máximo. Le has dado todo tipo de oportunidades para que elevara el número, pero se ha quedado en dos.

- ¿Y cuántas fueron, según vosotros?

- Cinco.

- ¿Y por qué se empeña en decir que sólo dos? Arreglándoselas para parecer todavía más defraudado que su compañero, Litvak dijo:

- Prefiere quitar importancia al asunto. Atenúa el caso en un doscientos por ciento.

Kurtz llegó lentamente a la conclusión:

- En este caso, miente.

- Claro que miente.

- ¡No miento! ¡Lo he olvidado! ¡Fue cosa de Al! ¡Fui por Al! ¡Y esto es todo!

Entre las baratas plumas que se alineaban en el bolsillo de la pechera, Kurtz llevaba un pañuelo de color caqui. Lo extrajo y se lo pasó por la cara, en extraños movimientos, cual si manejara un plumero, que terminaron en sus labios. Luego volvió a variar la posición de su reloj, de izquierda a derecha, en un rito personal.

- ¿No quieres sentarte?

- No.

La negativa de Charlie entristeció a Kurtz:

- Charlie, ahora no te comprendo. Estoy perdiendo la confianza que tenía en ti.

- ¡Pues piérdela de una maldita vez! ¡Búscate a otra a quien dar la lata! ¿A santo de qué tengo que estar perdiendo el tiempo, con jueguecitos de salón con un hatajo de matones israelíes? ¡Andad a matar más árabes con vuestras bombas! ¡Dejadme en paz! ¡Os odio! ¡A todos!

Cuando Charlie dijo estas palabras, tuvo una curiosísima intui ción. Se dio cuenta de que sólo a medias escuchaban sus palabras, en tanto que la otra mitad de su atención se centraba en su técnica, la de Charlie. Si alguien le hubiera dicho «Repitamos esto, Charlie, pero esta vez actúa más despacio», Charlie no hubiera quedado sorprendida. Pero ahora Kurtz tenía que decir la suya, y, como muy bien sabía Charlie a estas alturas, nada en este mundo del Dios judío iba a impedírselo. Cuando habló, la voz de Kurtz había recobrado su volumen y ritmo natural, pero su poderío no disminuyó en absoluto:

- Charlie, no comprendo tu actitud evasiva. No comprendo las discrepancias que median entre la Charlie que ahora nos ofreces y la Charlie que consta en nuestros papeles. Tu primera visita a esta escuela de revolucionarios tuvo lugar el día quince de julio del año pasado, y se trataba de un cursillo de dos días para novatos, sobre el tema general del colonialismo y la revolución, y sí, efectivamente, fuisteis en autocar, y erais un grupo de gente de teatro, entre la que se encontraba Alastair. Tu segunda visita tuvo lugar un mes más tarde, y también la hiciste en compañía de Alastair. En esta segunda ocasión os dirigió la palabra, a ti y a tus compañeros de estudios, un individuo que se calificaba a sí mismo de exiliado boliviano, pero que se negó a dar su nombre, y también os habló un caballero igualmente anónimo, quien afirmó hablar en representación del ala izquierda del IRA. Tú firmaste generosamente un cheque de cinco libras para cada una de estas organizaciones, y tenemos la fotocopia del cheque.

- ¡Lo firmé por cuenta de Al! ¡Al estaba sin un penique!

- La tercera ocasión fue un mes más tarde, y tú tomaste parte en una discusión sumamente patética sobre los trabajos del pensador norteamericano Thoreau. La conclusión del grupo, conclusión a la que tú te adheriste, fue que Thoreau, en lo tocante a militancia, no era más que un idealista carente de importancia, con muy pocos conocimientos prácticos de activismo; en resumen, que era un desgraciado. Tú no sólo te adheriste a esta resolución, sino que propusiste una resolución complementaria exhortando a todos los camaradas a que adoptaran posturas más radicales.

- ¡Fue por Al! ¡Yo quería que aquella gente me aceptara! ¡Quería complacer a Al! ¡Al día siguiente ya me había olvidado!

- En el mes de octubre, tú y Alastair volvisteis allá, en esta ocasión para participar en unas sesiones especialmente combativas centradas en el fascismo burgués en las sociedades capitalistas, y esta vez tuviste destacadas intervenciones en las discusiones de los grupos, y obsequiaste a tus camaradas con muchas anécdotas míticas referentes al delincuente de tu padre, a tu inútil madre y a la educación represiva que te dieron.

Charlie, ahora, había dejado de protestar. Había dejado de pensar y de ver. Tenía la expresión de los ojos borrosa, y se mordisqueaba la parte interior del labio inferior, suavemente, a modo de castigo. Pero no podía dejar de estudiar, debido a que la voz de Kurtz no se lo permitía.

- Y la última ocasión se produjo, tal como Mike acaba de recordarme, en el mes de febrero del presente año, cuando tú y Alastair honrasteis con vuestra presencia una sesión cuyo tema te has empeñado obstinadamente en borrar de tu memoria, siempre, con la sola salvedad de un momento en que has insultado al Estado de Israel. En esta ocasión, el coloquio se centró exclusivamente en la lamentable expansión del sionismo mundial y en sus vinculaciones con el imperialismo norteamericano. El principal personaje era un caballero que afirmó representar a la revolución palestina, aun cuando se negó a decir a qué ala de este grandioso movimiento pertenecía. También se negó a revelar su personalidad, en el más literal sentido de la palabra, ya que llevaba un casco o caperuza negra que le ocultaba la cara, dándole un aire siniestro que le sentaba muy bien. ¿Ni siquiera de este orador te acuerdas?

Kurtz no dio a Charlie tiempo para contestarle.

- El tema del que habló fue su heroica vida, en cuanto a gran luchador y matador de sionistas. Este caballero declaró: «Las armas son mi pasaporte a mi patria. ¡Ya no somos refugiados, sino que somos un pueblo revolucionario!» Este hombre produjo cierta alarma, y una o dos voces, entre las que no estaba la tuya, dijeron que había ido demasiado lejos.

Kurtz hizo una pausa, y Charlie siguió en silencio. Kurtz acercó a sí el reloj y dirigió una sonrisa un tanto hueca a Charlie. Dijo:

- ¿Por qué no nos cuentas esas cosas, Charlie? ¿Por qué te dedicas a saltar de un tema a otro, sin conexión alguna, y sin saber qué vas a decir a continuación? ¿No te he dicho que necesitamos conocer tu pasado? ¿Que tu pasado nos gusta mucho?

Una vez más, Kurtz aguardó pacientemente la contestación de Charlie, pero esperó en vano. Kurtz dijo:

- Sabemos que tu padre jamás estuvo en prisión. Sabemos que los agentes judiciales no fueron a tu casa, y que nadie te quitó la jaca. El pobre caballero, tu padre, tuvo una pequeña quiebra, motivada por su

incompetencia, y a nadie perjudicó, como no fuera a un par de directores de pequeñas agencias bancarias. Fue declarado inocente, con todos los honores, si es que así se puede decir, mucho antes de su muerte. Unos cuantos amigos reunieron algún dinero para ayudarle, y tu madre fue fiel a tu padre, comportándose como una amante y devota esposa. Tu padre ninguna culpa tuvo de que tú dejaras la escuela prematuramente. La culpa la tuviste tú. La verdad es que tú te mostraste excesivamente propicia a otorgar tus favores a unos cuantos muchachos del pueblo inmediato al internado, de lo cual se enteraron los profesores. En consecuencia, fuiste expulsada de la escuela a toda prisa, por cuanto te consideraron elemento corruptor y potencialmente escandaloso, y volviste a casa de tus padres, tremendamente benévolos para contigo, quienes perdonaron como siempre tus transgresiones, con gran frustración por tu parte, e hicieron cuanto pudieron para creer todo lo que les contaste. Al paso de los años has urdido una ingeniosa novela alrededor del mentado incidente, con el fin de darle un carácter tolerable, y has llegado a creer tus propias invenciones, a pesar de que de vez en cuando se revuelven los recuerdos en tu interior, y ello te impulsa a desviarte en las más insospechadas direcciones.

Una vez más, Kurtz trasladó el reloj a un lugar más seguro, encima de la mesa. Siguió:

- Somos amigos, Charlie. ¿Crees que somos capaces de acusarte por cosas como las que acabo de decirte? ¿Crees que no sabemos que tus tendencias políticas son manifestaciones externas en busca de unas dimensiones y de unas respuestas que no te dieron cuando más las necesitabas? Somos amigos tuyos, Charlie. No somos unos conformistas mediocres, aburridos y apáticos, como los que viven en caras zonas residenciales. Queremos compartir contigo, queremos que seas útil. ¿Por qué estás ahí, ante nosotros, dedicada a engañarnos, cuando lo único que queremos es oírte decir la verdad objetiva y sin adornos, de cabo a rabo? ¿Por qué pones obstáculos a quienes son tus amigos, en vez de darles tu confianza, con toda cordialidad?

La ira dominó a Charlie como el oleaje de un mar al rojo vivo. La ira la levantó, la limpió. Charlie sintió cómo su ira crecía y se hinchaba, y Charlie abrazó la ira, cual si fuera su único aliado. Con la calculada manera propia de su oficio, Charlie dejó que la ira se impusiera totalmente sobre ella, en tanto que su genuina personalidad, aquella minúscula y giroscópica criatura situada en lo más hondo de su fuero interno, que siempre conseguía mantenerse erguida, se alejaba de puntillas, grácilmente, para contemplar la representación desde un extremo del escenario. La ira dejó en suspenso su pasmo, amortiguó el dolor de su vergüenza. La ira aclaró su mente y dio luz a su visión. Charlie avanzó un paso, y levantó el

puño dispuesta a golpear a Kurtz, pero Kurtz era ya muy viejo, tenía una personalidad dominante, y ya había sido golpeado muchas veces con anterioridad. Además, Charlie tenía cuentas pendientes a su espalda, exactamente detrás de ella.

Ciertamente, Kurt fue quien con su deliberada provocación había prendido la cerilla que desencadenó el estallido de Charlie. Pero fue la astucia de Joseph, fue el cortejo de que Joseph la hizo objeto, y fue el sibilino silencio de Joseph, lo que había provocado la genuina humillación de Charlie. La muchacha dio media vuelta, dio dos pasos hacia Joseph, y esperó a que alguien la contuviera, pero nadie la contuvo. Echó una pierna hacia atrás, y atizó una patada a la mesa, y contempló cómo la lamparilla trazaba una grácil curva en el aire, camino de ir a parar sabe Dios dónde, hasta que el cordón llegó a su límite y la lámpara se apagó con un sorprendido «plop». Charlie echó el puño hacia atrás, esperando que Joseph se defendiera. Joseph no se defendió, por lo que Charlie le golpeó, estando Joseph sentado, y el golpe dio de lleno, con toda su fuerza en el pómulo de Joseph. Charlie insultaba a Joseph, con sus más sucios insultos, los mismos que antes dirigiera a Long Al, y que también dirigía al vacío de su vida, a la penosa nada de su enmarañada y pequeña vida. Pero Charlie deseaba que Joseph levantara un brazo o le devolviera el golpe. Charlie golpeó a Joseph por segunda vez, con la otra mano, animada por el deseo de dejarle marcas, de causarle el mayor daño posible. También esperó a que Joseph se defendiera, pero sus tan conocidos ojos castaños siguieron mirándola con la fijeza con que brillan las luces de la costa contempladas desde una tormenta en el mar. Volvió a golpearle con el puño medio cerrado y sintió dolor en los nudillos, pero vio cómo la sangre se deslizaba por la barbilla de Joseph. Charlie gritó:

- ¡Fascista, hijo de la gran puta!

Y siguió gritándole, sintiendo cómo la fuerza se le iba con el aliento. Vio a Raoul, el hippy con el cabello del color del lino, junto a la puerta, en pie, y también vio que una de las chicas, la africana Rose, se ponía ante la ventana y abría los brazos en cruz, por si acaso a Charlie le diera por saltar a la galería exterior que había abajo. Y Charlie deseó ardientemente perder la razón, con el fin de que todos se apiadaran de ella. Deseó estar loca de atar, para que todos se dispusieran a internarla a la fuerza, en vez de ser una estúpida insensata, actriz de ideas radicales, que se inventaba débiles historias acerca de sí misma a medida que iba hablando, que renegaba de su padre y de su madre, y que predicaba una fe poco convincente, pero que no tenía el valor suficiente para abandonarla, aunque, de todas maneras, ¿con qué podía sustituir dicha fe? Oyó la voz de Kurtz que, en inglés, ordenaba a todos que se mantuvieran quietos. Vio que Joseph volvía la cara y se sacaba un pañuelo del bolsillo con el que se

secaba la sangre del labio, haciendo de Charlie tanto caso como hubiera podido hacer de una mal educada niña de cinco años. Charlie volvió a llamarle hijo de mala madre, y volvió a golpearle, aunque esta vez en un lado de la cabeza y con la palma abierta, en un golpe sonoro que le torció la muñeca y le dejó momentáneamente la mano insensible. Pero ahora Charlie estaba agotada y sola, y sólo quería que Joseph le devolviera los golpes.

Desde su silla, con voz tranquila, Kurtz le advirtió:

- Adelante, Charlie, no te prives de nada. Ya has leído a Fanon. La violencia es una fuerza purificadora, ¿no te acuerdas? Nos libera de los complejos de inferioridad, nos quita el miedo, y nos devuelve el respeto hacia nosotros mismos.

A Charlie sólo le quedaba una salida. En consecuencia, la utilizó. Echó los hombros hacia adelante y hundió dramáticamente la cara en las palmas de las manos. Lloró inconsolablemente hasta que Rachel, obedeciendo a un movimiento de la cabeza de Kurtz, abandonó la ventana, se acercó a Charlie y le puso un brazo sobre los hombros, a lo cual Charlie se resistió por unos instantes, y luego cedió.

Mientras las dos muchachas avanzaban hacia la puerta, Kurtz dijo a Rachel:

- Le concedo tres minutos, no más. No puede cambiarse las ropas ni adquirir una nueva identidad. Y la devuelves directamente aquí. Quiero mantener el motor en marcha.

Dirigiéndose a Charlie, Kurtz dijo:

- Charlie, párate, aquí, donde estás. Es sólo un instante. ¡He dicho que te pares!

Charlie se detuvo, pero no dio media vuelta. Se quedó quieta, expresándose con la espalda, mientras se preguntaba doloridamente si Joseph hacía algo a su cortada cara.

Sin condescendencia, desde la silla, Kurtz dijo:

- Has actuado bien, Charlie. Te felicito. Tropezaste y te caíste, y propusiste levantarte. Mentiste, te extraviaste, pero aguantaste las embestidas, y cuando ya no supiste qué hacer, te dio una rabieta y acusaste al mundo entero de todos tus males. Estamos orgullosos de ti. La próxima vez te daremos una historia más verosímil para que tú la cuentes. No tardes en volver. Ahora ya nos queda muy poco tiempo.

En el cuarto de baño, Charlie estuvo llorando con la frente apoyada en la pared, mientras Rachel llenaba de agua la pileta, y Rose se quedaba junto a la puerta, por si acaso.

Mientras disponía el jabón y la toalla, Rachel dijo:

- No sé cómo pudiste vivir en Inglaterra tanto tiempo. Yo estuve allí quince años, y pensaba que me moría. ¿Conoces Macclesfield? Es la muerte. Por lo menos lo es cuando una es judía. Con todas sus manías de clase social, de frialdad y de hipocresía. Macclesfield es el

peor lugar del mundo, para un judío; realmente esto es lo que pienso. Solía frotarme la piel con limón, en el baño, porque me decían que tenía la piel grasienta. Oye: no te acerques a esta puerta sola; no, porque tendría que detenerte.

Amanecía y, por lo tanto, era la hora de acostarse. Charlie se encontraba de nuevo en compañía de aquella gente, que era en aquellos momentos lo que más le gustaba. Le habían explicado un poco el asunto de que se trataba, le habían esbozado la historia de la misma manera que una linterna ilumina fugazmente un oscuro pasillo, dando una rápida visión de una parte de lo que hay oculto en él. Imagina, le dijeron, y le hablaron de un amor perfecto que Charlie no conocía.

Apenas le interesaba. La necesitaban. La conocían del derecho y del revés. Conocían su fragilidad y su pluralidad. Y a pesar de esto, todavía la querían, la necesitaban. La habían secuestrado a fin de rescatarla. Después de su navegación sin rumbo, se encontraba con la línea recta de aquella gente. Después de todos sus sentimientos de culpa y de todas sus ocultaciones, recibía su aceptación. Después de todas sus palabras, la actuación de aquella gente, su sobriedad, su celo de clara mirada, su autenticidad, su verdadera lealtad, todo lo cual venía a llenar la vaciedad que se abría y chillaba en su interior, como un aburrido demonio, desde siempre, en tanto podía recordar. Era como una pluma en una tormenta, pero, de repente, con pasmado alivio, aquella gente actuaba como un viento impulsor.

Charlie reposó, y dejó que la llevaran, que la asumieran, que se apoderaran de ella. Charlie pensó: «Gracias a Dios, una patria al fin.» Le dijeron: «Interpretarás el papel de ti misma, pero más exageradamente.» Sí, pero ¿cuándo no había interpretado el papel de sí misma? «Serás tú misma, con todos tus falsos alardes, si es que podemos expresarlo así.» Y Charlie pensó: «Expresadlo como queráis.»

Sí, escucho. Sí, lo entiendo.

Habían dado a Joseph el puesto de máxima autoridad en la mesa, en medio. Litvak y Kurtz estaban sentados a uno y otro lado de Joseph, quietos como lunas. Joseph tenía la cara hinchada en los lugares en que Charlie le había golpeado. Sí, tenía una cadena de pequeñas hinchazones a lo largo de su quijada izquierda. Al través de las persianas, peldaños de luz se proyectaban sobre las tablas del suelo y sobre la mesa plegable. Dejaron de hablar.

Charlie le preguntó:

- ¿No ha decidido todavía?

Joseph meneó negativamente la cabeza. La oscura barba de veinticuatro horas marcaba las partes cóncavas de su cara. La luz pendiente del techo revelaba la telaraña de las arrugas alrededor de sus ojos.

Charlie dijo:

- Vuelve a hablarme de la utilidad.

Charlie percibió que el interés de aquellos hombres se tensaba como una cuerda. Litvak tenía sus blancas manos cruzadas ante sí, v contemplaba a Charlie, con la mirada muerta, aunque extrañamente irritada. Kurtz, entrado en años y profético, tenía su cara surcada cubierta de polvillo de plata. Y junto a las paredes, los jóvenes, estaban devotos e inmóviles, como si hicieran cola para recibir la primera comunión.

En un tono impersonal, del que había eliminado todo matiz de teatralidad, Joseph explicó:

- Dicen que salvarás vidas, Charlie.

¿Advirtió Charlie en el tono de las palabras de Joseph cierta renuencia? Si así fue, sólo sirvió para dar mayor gravedad a sus palabras. Joseph siguió:

- Dicen que devolverás los hijos a sus madres y que contribuirás a dar la paz a las gentes pacíficas. Y que mujeres y hombres inocentes vivirán, gracias a ti.

Charlie preguntó:

- ¿Y tú qué dices?

Joseph contestó con voz deliberadamente apagada:

- ¿Y por qué crees que estoy aquí? Para cualquiera de nosotros, lo que hacemos puede ser una labor de sacrificio, una expiación de la vida. Y, para ti… Bueno, quizá tampoco sea tan diferente, para ti.

- ¿Y en dónde estarás?

- Estaremos lo más cerca de ti que podamos.

- Me refería a ti, a Joseph, en singular.

- Estaré cerca de ti, como es natural. Este será mi trabajo.

«Y esto será sólo mi trabajo», decía Joseph. Ni siquiera Charlie pudo interpretar erróneamente el significado de las palabras de Joseph.

Con voz suave, Kurtz intervino:

- Joseph estará siempre contigo, Charlie. Joseph es un excelente profesional, realmente excelente. Por favor, Joseph, háblale del factor tiempo.

Joseph dijo:

- Disponemos de muy poco tiempo. Todas las horas son importantes.

Kurtz seguía sonriendo, como si esperase que Joseph siguiera hablando. Pero Joseph ya había terminado.

Charlie había dicho que sí. Forzosamente tuvo que haberlo dicho. O, por lo menos, había dicho que sí en lo tocante a la fase siguiente, debido a que percibió un leve movimiento de alivio a su alrededor, y, luego, con su consiguiente desencanto, nada más. En el hiperbólico

estado de ánimo en que se encontraba, Charlie había imaginado que una platea rebosante de público iba a levantarse rindiéndole una salva de aplausos. Sí, y el agotado Mike hundiría la cara en sus flacas manos y lloraría abiertamente. Y Marty, comportándose como el viejo que a fin de cuentas había demostrado ser, la cogería por los hombros con sus gruesas manos -hija mía, pequeña- y oprimiría su cara erizada de picantes pelillos contra su mejilla. Los jóvenes, sus admiradores de suaves pasos, romperían filas para congregarse a su alrededor y tocarla. Y Joseph la oprimiría contra su pecho. Pero en el teatro de la realidad la gente no se comportaba así, al parecer. Kurtz y Litvak se dedicaban a ordenar papeles y a meterlos en las carteras. Joseph hablaba con Dimitri y con la chica sudafricana, Rose. Raoul se dedicaba a llevarse los restos del té con pastelillos azucarados. Sólo Rachel parecía estar pendiente de lo que le pasaba a la nueva recluta. Tocó el brazo de Charlie y la llevó hacia el descansillo, a un lugar en el que, según dijo Rachel, podría tumbarse cómodamente. Las dos muchachas no habían llegado aún a la puerta cuando Joseph pronunció en voz baja el nombre de Charlie. Joseph la miraba con pensativa curiosidad.

Como si las palabras en sí mismas fueran enigmáticas, Joseph repitió:

- Buenas noches, Charlie.

Con una dolorida sonrisa que bien hubiera podido representar el telón final, Charlie supuso:

- Lo mismo te deseo.

Pero la sonrisa de Charlie no fue el telón que al bajar da fin a la obra. Mientras Charlie seguía a Rachel a lo largo del corredor, tuvo la sorpresa de descubrir que se encontraba en el club londinense de su padre, camino del anexo destinado a las señoras, en donde almorzaría. Charlie detuvo sus pasos, y miró alrededor en un intento de hallar el origen de su alucinación. Y entonces lo oyó. Era el incesante sonido menudo de un teletipo, expulsando las hojas con las últimas cotizaciones de bolsa. Charlie aventuró que quizá proviniera de un cuarto con la puerta entornada. Pero Rachel la empujó hacia adelante, antes de que Charlie tuviera tiempo de confirmar sus sospechas.

Los tres hombres habían vuelto a la habitación con aspecto de sala de estar, desde la cual la parlanchina máquina teletipo les había convocado como si de un cornetín se tratara. Mientras Becker y Litvak miraban, Kurtz, inclinado sobre la mesa, descifraba, con aire de suma incredulidad, el más reciente, el más imprevisto, el más urgente telegrama estrictamente privado enviado desde Jerusalén. Situados a espaldas de Kurtz, los otros dos hombres podían ver la mancha de sudor que se extendía sobre su camisa como una sangrante herida. El operador de la radio se había ido, despachado por Kurtz tan pronto el

texto en clave procedente de Jerusalén comenzó a salir impreso. El silencio imperante en la casa era absoluto, y sólo lo quebraba el sonido de la máquina. Si cantaban pájaros o si pasaba tránsito rodado, no lo oían. Sólo percibían los sonidos de comienzo y terminación del teletipo.

Kurtz, para quien jamás nadie trabajaba demasiado, dijo: -En mi vida te he visto trabajar mejor, Gadi.

Kurtz había hablado en inglés, que era el idioma en que llegaba el mensaje de Gavron. Kurtz siguió:

- Magistral, con altas miras, incisivo…

Arrancó una hoja y esperó a que la siguiente quedara impresa. Dijo: -Es cuanto una muchacha a la deriva puede esperar de su salvador. ¿No es así, Shimon?

La máquina volvió a funcionar. Kurtz dijo:

- Algunos de nuestros colegas de Jerusalén ponen en tela de juicio el que yo te haya seleccionado. Entre ellos, el señor Gavron. El señor Litvak, aquí presente, también. Pero yo no. Yo siempre tuve confianza.

Kurtz musitó una leve maldición y arrancó la segunda hoja. Kurtz volvió a hablar:

- Este Gadi es el mejor hombre con quien he tratado jamás, les he dicho. Tiene corazón de león, cabeza de poeta; sí, éstas fueron mis propias palabras. Una vida de violencia no le ha endurecido, dije. ¿Cómo se las arregla esa mujer para manejar a Gadi?

Kurtz volvió la cabeza, inclinándola a un lado, en espera de que Becker le contestara. Becker dijo:

- ¿No te has dado cuenta todavía?

Si Kurtz se había dado cuenta o no, no estaba dispuesto a decirlo. Terminado el mensaje, giró hacia la derecha, en su silla giratoria, manteniendo las hojas en posición vertical, ante su vista, para que la luz, situada a su espalda, diera en ellas. Pero, cosa rara, fue Litvak el primero en hablar. Y Litvak dio rienda suelta a un tenso y estridente estallido de impaciencia que pilló de sorpresa a sus dos colegas. Farfulló:

- ¡Dínoslo! ¿En dónde ha ocurrido? ¡Han puesto otra bomba! Kurtz meneó lentamente la cabeza, y esbozó una sonrisa por primera vez desde que llegó el mensaje. Dijo:

- Una bomba quizá, pero sin muertos, Shimon. Al menos por el momento.

Becker dijo:

- Que lea el mensaje. No permitas que te tome el pelo.

Pero Kurtz prefirió expresarse mediante circunloquios:

- Misha Gavron nos saluda y nos manda tres mensajes más. Primer mensaje: ciertas instalaciones del Líbano serán bombardeadas mañana, pero quienes lleven a cabo la misión tendrán buen cuidado

de no atacar nuestras casas. -Kurtz prescindió de los papeles y dijo-: Segundo mensaje: este mensaje es una orden armónica en su contenido y agudeza a la orden que recibimos anoche a primera hora. Tenemos que prescindir del valeroso doctor Alexis a partir de ayer. No más contactos con él. Misha Gavron pasó el expediente del doctor Alexis a ciertos sabios psicólogos que han dictaminado que Alexis está más loco que una cabra.

Una vez más, Litvak comenzó a protestar. Quizá el gran cansancio provocaba en él esa clase de reacciones. Kurtz, que aún sonreía dulcemente, le dirigió unas dulces palabras que le hicieron bajar de las nubes:

- Cálmate, Shimon. Nuestro valiente jefe se está portando un poco, aunque sólo un poco, como un político, y esto es todo. Si Alexis se pasa al otro bando y se produce un escándalo que afecte a nuestras relaciones con un aliado dolorosamente necesario, Marty Kurtz, aquí presente, será quien pagará el pato. Si Alexis se mantiene fiel a nosotros, mantiene la boca cerrada y hace lo que le digamos, Misha Gavron se llevará la gloria. Ya sabéis cómo me trata Misha Gavron. Soy su judío.

Becker preguntó:

- ¿Y el tercer mensaje?

- Nuestro jefe nos recuerda que tenemos muy poco tiempo a nuestra disposición. Dice que ya tiene a los lobos en la puerta de su casa. Como es natural, se trata de nuestra casa, antes que la suya.

Siguiendo el consejo de Kurtz, Litvak se fue a hacer las maletas. Después de haberse quedado a solas con Becker, Kurtz emitió un agradecido suspiro de alivio, y, con modales mucho más tranquilos, se acercó a la cama de campaña y cogió un pasaporte francés, lo abrió y estudió sus datos, grabándoselos en la memoria. Mientras leía, Kurtz observó:

- Eres quien nos proporciona el éxito, Gadi. Si se produce alguna laguna, si tiene, necesidades especiales, dínoslo. ¿Oyes? Si, Becker le había oído. Kurtz dijo:

- Las chicas me han dicho que hacíais una buena pareja, los dos en la Acrópolis. Me han dicho que parecíais un par de estrellas de cine.

- Dales las gracias en mi nombre.

Después de coger un viejo y pelado cepillo para el pelo, Kurtz se puso ante el espejo y comenzó a peinarse. En tono reflexivo, sin parar de cepillarse el pelo, Kurtz observó:

- En un caso así, con la intervención de una muchacha, habiendo un concepto de por medio, siempre confío en la discreción del que lleva el caso. A veces es aconsejable mantener cierta distancia, y otras veces…

Becker dijo:

- Este es un caso de distancia.

Se abrió la puerta, y apareció Litvak, vestido para ir a la ciudad, con una cartera en la mano, y, solicitando la compañía de su jefe, dijo:

- Estamos llegando tarde.

Litvak dirigió una poco amistosa mirada a Becker.

Y a pesar de todo, Charlie, a pesar de que la habían manipulado, no se sentía coaccionada, al menos no se sentía coaccionada por los modales de Kurtz. Este siempre se esforzó, desde el principio, en que así fuera. Kurtz dejó bien sentado que su plan exigía una duradera base de carácter moral. Cierto es que en las primeras etapas del plan hubo ciertos fantasiosos proyectos de ejercer presión, de dominio, de dominio sexual ejercido por un Apolo menos escrupuloso que Becker, de situar a Charlie en circunstancias duras durante unas cuantas noches, antes de ofrecerle su amistad. Los sabios psicólogos de Gavron, después de haber leído el historial de Charlie, hicieron todo género de vacías propuestas, incluyendo algunas que eran un tanto brutales. Pero la experta mentalidad operacional de Kurtz ganó la batalla contra el siempre en crecimiento ejército de expertos de Jerusalén. Kurtz había alegado que los voluntarios luchan con más empeño y durante más tiempo. Los voluntarios encuentran su propia manera de convencerse a sí mismos. Y, además, si uno pretende pedir en matrimonio a una chica, es aconsejable no violarla antes.

Otros, entre los que se contaba Litvak, habían propuesto en altisonantes términos que era preciso encontrar a una chica israelí que tuviera los antecedentes de Charlie. Litvak era visceralmente opuesto, juntamente con otros, a que se utilizara a una muchacha gentil, principalmente si la muchacha era nada menos que inglesa. Kurtz se había mostrado opuesto a esta tesis, con igual vehemencia. Le gustaba la naturalidad de Charlie, y quería el original, no una imitación. Las tendencias ideológicas de Charlie no le molestaban en absoluto. Kurtz dijo que cuanto más cerca de ahogarse estuviera Charlie, más contenta estaría de subir a bordo.

Sin embargo, otra tesis, ya que el equipo era democrático, si olvidamos la natural tendencia de Kurtz a ejercer la tiranía, había propuesto que Charlie fuera cortejada durante más tiempo antes del secuestro de Yanuka, cortejo que terminaría con una oferta clara y sencilla, de acuerdo con las líneas clásicamente definidas del reclutamiento de personal para los servicios de información. Una vez más, Kurtz estranguló la propuesta apenas nacida. «Una muchacha con el temperamento de Charlie no toma sus decisiones mediante largas horas de meditación», gritó Kurtz. Y, en realidad, es preciso observar que tampoco Kurtz seguía este comportamiento. ¡Más valía ejercer presión! Más valía investigar y prepararlo todo hasta el último detalle,

no conquistar a Charlie al asalto en un último esfuerzo. Becker, después de haber echado una ojeada a la muchacha, se mostró de acuerdo con Kurtz. Si, lo mejor era reclutarla al asalto.

Algunos, entre ellos Gavron, gritaron: «¡Por el amor de Dios! ¿Y si la chica dice que no? ¡Tanto trabajo, para que la novia diga no, al pie del altar!»

«En este caso, mi querido amigo Misha, habremos perdido algún tiempo, un poco de dinero, y algunas oraciones.» Y Kurtz mantuvo esta tesitura a pie y a caballo, a pesar de que entre los más íntimos, su esposa y, a veces, el propio Becker se contaban entre ellos. Kurtz confesó que corría un gran riesgo de fracasar. Aunque también cabía la posibilidad de que Kurtz jugara un poco a darse importancia. Kurtz se había fijado seriamente en Charlie desde el instante en que ésta apareció por vez primera en el congreso de los fines de semana. Si, se fijó en ella, hizo indagaciones acerca de ella, y estuvo pensando en ella. Kurtz decía: «Hay que reunir el instrumental, hay que determinar las funciones y hay que improvisar. Es preciso armonizar la operación con los recursos.»

«Pero ¿a santo de qué llevar a la chica a Grecia, Marty? Y todos los que van con ella, ¿qué? ¿Es que de repente nos hemos convertido en una institución benéfica que prodiga sus preciosos fondos secretos a desarraigados actores ingleses, con tendencias izquierdistas?»

Pero Kurtz siguió inconmovible. Desde un principio pidió que le concedieran el derecho a la flexibilidad, sabedor que, después, le impondrían condiciones. Dijo que, como fuere que la odisea de Charlie comenzaría en Grecia, más valía trasladarla a Grecia con tiempo, ya que en Grecia el ambiente de extranjería y la magia de su situación la alejaría de los vínculos domésticos. Era preciso dejar que el sol la ablandara. Y como fuera que Alastair no la dejaría ir sola, más valía que Alastair también fuera allá, y que fuese apartado en el momento psicológico oportuno, privando así a Charlie del apoyo de Alastair. Y como fuera que todos los actores se reúnen en familias, y no se sienten seguros cuando no cuentan con la protección del rebaño, y como sea que no había otro método para llevar a la pareja al extranjero… Y de esta manera, con una concatenación de argumentaciones, se formó el hilo lógico de una ficción, y la ficción se convirtió en una tela de araña que los abarcó a todos.

En lo referente al apartamiento de Alastair, digamos que dio lugar, en aquel mismo día, en Londres, a un divertido estrambote a todo lo planeado hasta el presente momento. La escena se produjo, ni más ni menos, en los dominios del pobre Ned Quilley, mientras Charlie todavía dormía profundamente, y Ned se obsequiaba a sí mismo con un pequeño refresco, en la intimidad de su despacho, en vistas a enfrentarse con los rigores del almuerzo. Se encontraba en

trance de abrir la botella cuando tuvo el sobresalto de oír un torrente de palabrotas, pronunciadas con fuerte acento celta, masculino, procedentes del cuartito en que trabajaba la señora Longmore, en el piso inferior, torrente de obscenidades que terminó con la exigencia de que la señora Longmore sacara «al viejo chivo de su guarida antes de que vaya yo y personalmente le arrastre de la covacha». Preguntándose cuál sería, entre todos sus excéntricos clientes, el que había decidido tener un ataque de nervios en escocés y antes del almuerzo, Quilley anduvo delicadamente de puntillas hasta la puerta y aplicó el oído. Pero no pudo reconocer la voz. Instantes después se oía un terremoto de pasos, la puerta se abría violentamente, y Quilley vio ante sí la balanceante figura de Long Al, a quien conocía de sus ocasionales visitas al camerino de Charlie, en donde Alastair solía esperar que Charlie terminara la representación, lo cual hacía con la ayuda de una botella, durante los largos períodos de inactividad que el muchacho padecía. Ahora, Alastair iba hecho un cerdo, con barba de tres días, y una borrachera que no se tenía. En su mejor estilo de Pickwick, Quilley intentó preguntar a Alastair cuál era el motivo de aquel escándalo, pero más le hubiera valido ahorrarse el aliento. Además, Quilley había vivido bastantes escenas de aquel mismo tipo, en sus buenos tiempos, y la experiencia le había enseñado que lo mejor era hablar lo menos posible.

De forma harto halagüeña, Alastair comenzó diciendo, meneando el dedo índice bajo las mismísimas narices de Quilley:

- ¡Viejo y despreciable mariconazo, mezquino e intrigante simio, te voy a partir el pescuezo!

Quilley dijo:

- ¿Y con qué motivo, mi querido amigo?

Desde el piso inferior, la señora Longmore gritó:

- ¡Ahora mismo llamo a la policía, señor Quilley! ¡Estoy ya marcando el nueve, nueve, nueve!

Severamente, Quilley dijo:

- O se sienta usted y explica inmediatamente el motivo de su visita o la señora Longmore llamará a la policía.

La señora Longmore, que en alguna que otra ocasión había tenido que actuar de forma semejante, gritó:

- ¡Estoy llamando!

Alastair se sentó. Quilley, altivo dominador de la situación, dijo:

- Bien, bien… Creo que una buena taza de café no le sentará mal, mientras me explica qué he podido hacer para ofenderle.

La lista de agravios era larga. Quilley los había engañado. En beneficio de Charlie. Había fingido la existencia de una imaginaria empresa cinematográfica. Había conseguido que alguien mandara telegramas a Mikonos. Había urdido una conspiración con astutos

amigos de Hollywood. Había comprado billetes de avión. Y todo para dejar a Alastair en ridículo ante sus amigos. Y para conseguir que se apartara de Charlie.

Poco a poco, Quilley se enteró de la historia. Una empresa cinematográfica de Hollywood, llamada Pan Talent Celestial, había llamado por teléfono, desde California, a su representante en Inglaterra, diciéndole que su principal actor había caído enfermo, y que pedían que se hicieran pruebas inmediatamente a Alastair, en Londres. Estaban dispuestos a pagar lo que fuera, con tal de que Alastair acudiera, y cuando supieron que se encontraba en Grecia mandaron un cheque de mil dólares al agente en Londres. Alastair regresó a toda velocidad, y estuvo esperando impacientemente durante una semana, sin que le hicieran prueba alguna. Los telegramas decían: «ESPERE.» Y todo se desarrolló mediante telegramas, lo cual no dejaba de ser curioso. Otro telegrama decía: ((PREPARATIVOS EN MARCHA.» Nueve días después, cuando Alastair ya se encontraba en un estado rayano con la demencia, recibió instrucciones para presentarse en los Shepperton Studios, y preguntar por cierto Pete Vychinsky, en el estudio D.

No había tal Vichinsky en lugar alguno. No había tal Pete.

El agente de Alastair llamó al teléfono de Hollywood. La telefonista le dijo que Pan Talent Celestial había cancelado su abono telefónico. El agente de Alastair llamó a otros agentes. Nadie había oído hablar de Pan Talent Celestial. Tragedia. La lógica de Alastair, que era tan buena como la de cualquier mortal, en el curso de dos días de borrachera, y después de hacer balance de lo que le quedaba de los mil dólares de gastos, le había inducido a concluir que la única persona que tenía motivos y habilidad suficiente para jugarle tan mala pasada era Ned

Quilley, conocido en el oficio con el nombre de el Desesperante Quilley, quien jamás había ocultado la antipatía que sentía por Alastair, y que Alastair era la mala influencia que llevaba a Charlie a la adopción de reprobables ideas políticas. En consecuencia, Alastair había visitado personalmente a Quilley, con la idea de retorcerle el pescuezo. Sin embargo, después de haber tomado unas cuantas tazas de café, Quilley comenzó a manifestar su imperecedera admiración hacia su visitante, y, por fin, ordenó a la señora Longmore que llamara un taxi porque tenía que irse urgentemente.

Aquel mismo día, al atardecer, mientras Quilley estaba sentado en el jardín tomando el sol muriente, antes de la cena -los Quilley habían gastado dinero, recientemente, en unos cuantos decentes muebles para tener al aire libre, de hierro fundido, pero siguiendo los originales modelos victorianos-, Marjory escuchó gravemente el relato de su marido, y después, con gran indignación por parte de Ned, Marjory se

echó a reír. Luego, Marjory dijo:

- ¡Qué traviesa es esa chica! ¡Seguramente ha encontrado un amante rico que, pagando, la ha desembarazado de Alastair!

A continuación, Marjory vio la cara de su marido: empresas norteamericanas sin domicilio, números de teléfonos que no contestan, cineastas que no se encuentran… Y todo ello ocurría alrededor de Charlie y de Ned.

En el colmo de la desdicha, Quilley dijo:

- Y hay cosas peores.

- ¿Por ejemplo?

- Han robado todas las cartas de Charlie.

- ¿Qué?

Quilley dijo que habían robado todas las cartas manuscritas de Charlie. Las cartas fechadas en el curso de los últimos cinco años o más. Todas sus íntimas notitas, escritas mientras se hallaba de gira o en un momento de soledad. Notas maravillosas. Retratos de productores teatrales o de compañeros. Dibujitos que a Charlie le gustaba trazar cuando se sentía feliz. Todo desaparecido. Lo sacaron de los archivos. Lo hicieron aquellos horrendos norteamericanos que no quisieron beber; sí, el tal Karman y su sacasillas. A la señora Longmore le dio un ataque. Y la señora Ellis se puso enferma.

Marjory aconsejó a su marido que les escribiera una carta dejándolos como chupa de dómine.

En el colmo de la desdicha, Quilley dijo:

- ¿Para qué? ¿Y a qué señas?

Marjory le dijo que hablase con Brian.

Si; bueno, Brian era su abogado, pero ¿qué diablos podía hacer un abogado?

Laciamente, Quilley entró en su casa, se sirvió un buen trago, y conectó la televisión, sólo para ver, en el boletín de noticias de última hora de la tarde, un reportaje sobre el último bestial atentado con bombas, que había tenido lugar en algún lugar u otro. Ambulancias, policías llevándose a los heridos… Pero Quilley no estaba de humor para tan frívolas distracciones. No hacía más que repetirse, en su fuero interno, que habían saqueado literalmente el historial de Charlie. ¡Y ha sido un cliente, maldita sea! ¡Y en mi propio despacho! Y el hijo del viejo Quilley estaba sentado en su despacho, haciendo una siestecilla, mientras aquella gente actuaba… Hacía muchos años que no se llevaba un disgusto parecido.

Si soñó, no tuvo recuerdo de ello al despertar. 0 quizá, al igual que Adán, al despertar descubrió que su sueño se había convertido en realidad, puesto que lo primero que vio fue un vaso con naranjada recién hecha, junto a la cama, y lo segundo que vio fue a Joseph yendo muy decidido de un lado para otro, abriendo alacenas, y

descorriendo las cortinas para que entrara la luz del sol. Fingiendo seguir dormida, Charlie le observó con los párpados entornados, tal como había hecho anteriormente en la playa. Vio la línea de su espalda herida. La primera y leve escarcha del paso del tiempo en las sienes, sobre su cabello negro. Y, una vez más, la camisa de seda, con sus gemelos de oro.

Charlie preguntó:

- ¿Qué hora es?

- Las tres. -Tiró de la cortina y añadió-: De la tarde. Ya has dormido bastante. Tenemos que ponernos en marcha.

Y Charlie creyó ver, también, una cadena de oro en el cuello, con la medalla metida debajo de la camisa. Charlie preguntó:

- ¿Cómo sigue el labio?

- Parece que no podré volver a cantar.

Se acercó a un viejo armario pintado del que extrajo un caftán azul que dejó sobre una silla. Charlie no vio señales en la cara de Joseph, aunque sí marcadas ojeras de cansancio. Charlie pensó que Joseph seguramente no se había acostado, y recordó lo absorto que había estado con sus papeles sobre la mesa. Si, seguramente había terminado aquel trabajo.

- ¿Recuerdas la conversación que tuvimos antes de que te acostaras, esta mañana? Cuando te levantes, te ruego que te pongas este vestido, así como la ropa interior que encontrarás en esta caja. Quiero que hoy vayas vestida de azul y que lleves el cabello suelto, sin moños.

Charlie le corrigió:

- Trenzas.

Joseph hizo caso omiso de la corrección. Dijo:

- Esta ropa es un regalo que te hago, y tendré sumo placer en decirte lo que debes llevar y el aspecto que debes tener. Siéntate en la cama, por favor, y mira bien este cuarto.

Charlie iba desnuda. Poniéndose la sábana junto a la barbilla, se incorporó cautelosamente, quedando sentada en la cama. Una semana atrás, en la playa, Joseph hubiera podido estudiar el cuerpo de Charlie cuanto hubiera querido. Sí, pero de ello hacía va una semana. Joseph dijo:

- Apréndete de memoria todo lo que veas en este cuarto. Somos amantes en secreto, y éste es el dormitorio en el que hemos pasado la noche. Si, la cosa pasó así: nos reunimos en Atenas, vinimos a esta casa y la encontramos desierta. Sin Marty, sin Mike, sin nadie; sólo tú y yo.

- ¿Y tú quién eres?

- Aparcamos el automóvil donde lo aparcamos. Cuando llegamos, había una luz en el porche. Abrí la puerta, y, cogidos de la mano,

subimos corriendo la ancha escalinata.

- ¿Y el equipaje qué?

- Dos piezas. Mi cartera de negocios, y tu bolsa de viaje. Yo llevé las dos piezas.

- En este caso, ¿cómo te las arreglaste para cogerme la mano?

Charlie pensó que quizá se estaba excediendo con sus preguntas, pero la precisión de las mismas pareció agradar a Joseph, quien dijo:

- Llevaba la bolsa para colgar del hombro, con la correa rota, debajo del brazo derecho, y la cartera en la mano del mismo lado. Yo iba a tu derecha, y mi mano izquierda estaba libre. Encontramos el cuarto exactamente tal como está ahora, con todo dispuesto. Tan pronto hubimos cruzado la puerta nos abrazamos. No podíamos contener nuestro deseo ni un segundo más.

En dos pasos, Joseph se acercó a la cama, y comenzó a buscar por entre las revueltas sábanas, hasta que encontró la blusa de Charlie, que sostuvo ante la cara de ésta para que la viera. Estaba desgarrada en la parte correspondiente a todos sus ojales, y faltaban dos botones.

Joseph dijo:

- Frenesí. -Y lo dijo como si «frenesí» fuera el nombre del día de la semana, con la misma indiferencia. Añadió-: ¿Es ésta la palabra adecuada?

- Es una de las palabras adecuadas.

- Bueno, pues frenesí.

Echó la blusa a un lado y se permitió sonreír levemente. Dijo: -¿Quieres café?

- Me parece una estupenda idea.

- ¿Pan? ¿Yogur? ¿Aceitunas?

- Sólo café.

Joseph había ya llegado a la puerta, cuando Charlie le dijo en voz más alta:

- Lamento mucho haberte raptado, Joseph. Hubieras debido montar una de esas contraofensivas que montan los israelíes y derrotarme antes de que se me ocurriera la idea.

La puerta se cerró, y Charlie oyó los pasos de Joseph alejándose por el pasillo. Charlie se preguntó si algún día volvería. Sintiéndose absolutamente irreal, saltó cautelosamente de la cama. «Es una pantomima», pensó. Trenzas de oro, en la cueva de los osos. Las pruebas de su imaginaria noche de amor se encontraban en todas partes: una botella de vodka, de la que faltaba un tercio del líquido, flotando en el agua de una cubitera, dos vasos usados, dos cuencos con fruta, dos platos con restos de tarta de manzana y semillas de uvas, el blazer rojo sobre una silla, la elegante cartera de cuero negro, con bolsillos a los lados, que formaba parte del equipo de virilidad de todo joven ejecutivo que se precie, colgando de la puerta un kimono

de karate, Hermes de París, también de Joseph, de gruesa seda negra. En el cuarto de baño, el neceser de colegiala de Charlie, de piel de becerro, junto a sus esponjas. Charlie podía elegir entre dos toallas, eligió la que estaba seca. Cuando examinó su caftán azul pudo comprobar que era relativamente lindo, de gruesa tela de algodón, con el cuello púdicamente alto, y teniendo todavía, dentro, el papel de seda de la tienda, que era Zelide, Roma y Londres. La ropa interior era propia de una fulana cara, negra y de la medida de Charlie. En el suelo había una bolsa para llevar colgada al hombro, nueva, de cuero, y un par de elegantes sandalias sin tacón. Se probó una Le sentaba a la perfección. Charlie se vistió, y estaba cepillándose el cabello cuando Joseph regresó al dormitorio con una bandeja en la que llevaba el café. Joseph podía moverse pesadamente, y también podía moverse con tal levedad que parecía que la película se había quedado sin banda sonora. Era una persona dotada de una amplia gama de pesos y levedades.

Mientras depositaba la bandeja en la mesa, Joseph observó:

- Tienes un aspecto excelente, hoy.

- ¿Excelente?

- Estás hermosa, encantadora, radiante. ¿Has visto las orquídeas?

No, pero las vio ahora, y el estómago de Charlie dio un vuelco de manera parecida al que había dado en la Acrópolis. Vio las hojas doradas y rojizas, con un envoltorio blanco, junto a un jarrón. Despacio, Charlie terminó de cepillarse el cabello, cogió el envoltorio, v se lo llevó al diván en el que se sentó. Joseph siguió de pie. Del envoltorio, Charlie extrajo una sencilla tarjeta con las palabras «Te quiero», escritas con caligrafía inclinada, poco inglesa, y con la conocida firma «M».

- ¿Qué te recuerda?

Secamente, después de haber efectuado demasiado tarde la conexión de recuerdos, Charlie repuso:

- Lo sabes muy bien.

- Pues dímelo.

- Nottingham, el teatro Barrie. York, el Phoenix. Stratford East, el Cockpit. Tú, agazapado en primera fila y mirándome con ojos de ternero degollado.

- ¿Es la misma escritura?

- La misma escritura, el mismo texto, y las mismas Flores. -Me conoces por Michel. «M» significa Michel.

Joseph abrió su elegante cartera negra y comenzó a meter rápidamente sus ropas dentro. Sin mirar a Charlie, dijo:

- Yo soy cuanto has deseado en la vida. Para realizar el trabajo, no sólo debes recordarlo, sino también creerlo, sentirlo y soñarlo. Estamos construyendo una nueva realidad, una realidad mejor.

Charlie dejó la tarjeta, y se sirvió café, haciéndolo lentamente para contradecir las prisas de Joseph. Charlie dijo:

- ¿Y quién dice que esa realidad es mejor?

- Pasaste las vacaciones en Mikonos con Alastair, pero secretamente, en el fondo de tu corazón, esperabas mi llegada, esperabas a Michel. -Joseph entró en el cuarto de baño y regresó con su neceser. Dijo-: No soy Joseph, soy Michel. Tan pronto terminaste las vacaciones te apresuraste a ir a Atenas. En el barco dijiste a tus amigos que querías estar sola durante unos días. Fue una mentira. Tenías una cita con Michel, no con Joseph. -Arrojó el neceser en la cartera y prosiguió-: Fuiste en taxi al restaurante y allí me encontraste. A mi, a Michel. Con mi camisa de seda y mis gemelos de oro. Pedimos langosta. Te hice con unos prospectos para enseñártelos. Comimos lo que comimos, y muy excitados hablamos de dulces tonterías, como suelen hacer los enamorados secretos cuando se reúnen. -Descolgó el negro kimono que colgaba de la puerta y siguió-: Di una cuantiosa propina y me guarde la nota, como tu pudiste observar. Luego te llevé a la Acrópolis, en una excursión única, prohibida. Un taxi especial, mi taxi, nos aguardaba. Me dirigí al taxista llamándole Dimitri…

Charlie le interrumpió, diciéndole con voz átona:

- ¿Y ésta fue la única razón por la que me llevaste a la Acropolis?

- No fui yo quien te llevo allá. Fue Michel. Michel es un hombre que está orgulloso de dominar idiomas y de saber comportarse.

Le gusta lucirse, le gustan los gestos románticos, le gustan los cambios bruscos. Michel es tu mago.

- Los magos no me gustan.

- También está genuinamente interesado en la arqueología, aunque sus conocimientos son superficiales, como pudiste observar.

- En este caso, ¿quién me besó?

Plegando cuidadosamente el kimono, lo dejó en la cartera. Era el primer hombre que sabía hacer una maleta que Charlie veía en su vida.

- La principal razón práctica por la que te llevó a la Acrópolis consistió en poder hacerse cargo discretamente del Mercedes, automóvil que, por razones que Michel sabría, no quería meter en el centro de la ciudad, en una hora punta. Tú no te haces pregunta alguna acerca del Mercedes, sino que lo aceptas como parte del ambiente mágico que se crea cuando estas conmigo, de la misma forma que aceptas como un favor clandestino todo lo que hacemos. Lo aceptas todo. Date prisa, por favor. Tenemos que hacer un largo viaje en automóvil, y tenemos mucho que hablar.

- ¿Acerca de que? ¿Estas enamorado de mí o se trata de un juego?

Mientras esperaba que le contestara, Charlie tuvo una visión en la

que Joseph se echaba físicamente a un lado, para permitir que la propia Charlie pasara junto a el, velozmente y sin riesgo, para dirigirse hacia la oscura figura de Michel.

- Tú amas a Michel y crees que Michel te ama.

- Pero ¿estoy equivocada o no?

- Michel dice que te ama y te da pruebas de ello. ¿Qué más puede hacer un hombre para convencerte, ya que, a fin de cuentas, no puedes estar en el interior de su cabeza?

Joseph inició un nuevo recorrido de la habitación, recogiendo cosas. Se detuvo ante la cartulina que acompañaba a las orquídeas. Charlie preguntó:

- ¿De quien es esta casa?

- Jamás contesta esa clase de preguntas. Mi vida es un enigma para ti. Lo fue desde el instante en que nos conocimos y sigue siéndolo. -Cogió la cartulina y la entrego a Charlie-. Consérvala en tu nueva bolsa. A partir de ahora quiero que conserves con cariño estos pequeños recuerdos de mi. ¿Ves esto?

Joseph levanto un poco la botella de vodka de la cubitera. Dijo:

- Por ser hombre, bebo más que tú, como es natural. Pero la bebida me sienta mal. El alcohol me da dolor de cabeza y, a veces, vómito. De todas formas, lo que prefiero es el vodka. -Dejó caer la botella en la cubitera. Siguió-: En cuanto a ti, pues si, de vez en cuando tomas una copa, debido a que soy hombre tolerante, pero, en términos generales, no me gusta que las mujeres beban. -Cogió un plato sucio y lo mostró a Charlie-: Soy goloso. Me gusta el chocolate, los dulces y la fruta. En especial la fruta. Las uvas, pero han de ser uvas verdes, como las de mi pueblo. ¿Y qué comió Charlie anoche?

- No comí. No, cuando ocurren cosas como las de anoche no como. Sólo me fumo mi porro de después del coito.

- Mucho me temo que no permito fumar en el dormitorio. En el restaurante de Atenas te permití fumar porque soy tolerante. Incluso en el Mercedes te permito fumar de vez en cuando. Pero en el dormitorio jamás. En el caso de que anoche tuvieras sed, bebiste agua del grifo. -Comenzó a ponerse el blazer rojo y preguntó-: ¿Te fijaste en el ruido que producía el grifo?

- No.

- Pues en este caso, el grifo no hizo ruido. A veces hace ruido y otras veces no.

Mirándole fijamente, Charlie dijo:

- Es un árabe, ¿verdad? Es el típico árabe machista. Y el automóvil que llevas se lo robaste a él.

Joseph cerraba la cartera de hombre de negocios. Se irguió y la miró fijamente durante un segundo, en parte de una manera calculadora y, en parte, como Charlie no pudo dejar de advertir,

rechazándola. Joseph repuso:

- Bueno, yo diría que es algo más que un árabe. Y es algo más que machista. No es vulgar en manera alguna, y menos desde tu punto de vista. Acércate a la cama, por favor.

Joseph esperó en silencio, mirando fijamente a Charlie, hasta que éste llegó al lado de la cama. Entonces dijo:

- Mete la mano debajo de mi almohada. Despacio… ¡Con cuidado! Duerme siempre en el lado derecho.

Cautelosamente, obedeciendo la orden de Joseph, Charlie metió la mano bajo la almohada, que imaginó oprimida por el peso de la cabeza de Joseph.

- ¿Lo has encontrado? Ya te dije que tuvieras cuidado.

- Si, Joseph.

Charlie lo había encontrado.

- Levántala con cuidado. No tiene el seguro puesto. Michel no tiene la costumbre de avisar, antes de disparar. La pistola es como nuestro hijo. Comparte la cama con nosotros. La llamamos «nuestro hijo». Incluso cuando hacemos apasionadamente el amor jamás tocamos esa almohada y jamás olvidamos qué hay debajo de ella. Esta es la manera en que vivimos. ¿Te das cuenta de que no soy vulgar?

Charlie miró la pistola que sostenía en la palma de la mano. Era pequeña, de color castaño y de bonitas proporciones. Joseph preguntó:

- ¿Has manejado alguna vez un arma como ésta?

- A menudo.

- ¿Dónde? ¿Contra quién?

- En el escenario, noche tras noche.

Charlie entregó la pistola a Joseph y vio cómo se la metía en un bolsillo del blazer tan tranquilamente como si fuera el billetero. Detrás de Joseph, Charlie bajó la escalera. La casa estaba desierta y sorprendentemente fría. El Mercedes esperaba en el patio. Al principio, Charlie sólo quería irse, ir a cualquier sitio, salir, ir hacia la carretera y hacia la compañía entre los dos. La pistola le había atemorizado y Charlie necesitaba moverse. Pero en el momento en que el automóvil comenzó a alejarse a lo largo del sendero, algo indujo a Charlie a volver la vista atrás y a mirar el resquebrajado yeso amarillento, las rojas flores, las ventanas cerradas, y las viejas tejas rojas. Y se dio cuenta, demasiado tarde, de lo bonito que era aquello, de lo acogedor que le parecía precisamente en el momento en que se iba. Decidió: «Es la casa de mi juventud, de una de las muchas juventudes que jamás he tenido. Es la casa de la que nunca salí para casarme. Si, Charlie vestida de blanco y no de azul, con mi madre llorando, y yo diciendo adiós a todo eso.»

En el momento en que el automóvil se unía al torrente circulatorio de la tarde, Charlie preguntó:

- ¿Existimos también nosotros? ¿O sólo existen los otros dos? Una vez más, Joseph dejó pasar cierto tiempo, antes de contestar. Por fin dijo:

- Claro que existimos. ¿Por qué no vamos a existir?

Y esbozó su encantadora sonrisa, aquella sonrisa que hubiera inducido a Charlie a hacer cualquier cosa. Joseph dijo:

- Somos berkeleyanos, ¿sabes? Si nosotros no existiéramos, ¿cómo podrían existir los otros dos?

Charlie se preguntó qué diablos era un berkeleyano. Pero su orgullo le impidió preguntarlo.

Joseph llevaba veinte minutos, de acuerdo con el reloj de cuarzo del salpicadero, sin decir palabra. Sin embargo, Charlie no había advertido que Joseph se relajara, sino antes bien algo parecido a una preparación para pasar al ataque.

De repente, Joseph dijo:

- Bueno, Charlie, ¿estás dispuesta?

- Si, Joseph, estoy dispuesta.

- El día veintiséis de junio, viernes, tú estabas interpretando la Santa Juana, en el teatro Barrie de Nottingham. Pero tú no actuabas con tus compañeros habituales. Llegaste en el último instante para sustituir a una actriz que había incumplido su contrato. Llegas tarde, la iluminación aún no es completa, te has pasado el día entero ensayando, y dos actores padecen gripe. Por el momento, ¿recuerdas claramente todo lo anterior?

- Vívidamente.

Desconfiando de la ligereza con que Charlie había contestado, Joseph le dirigió una mirada inquisitiva, pero, al parecer, nada censurable descubrió. Oscurecía rápidamente, pero la concentración de Joseph tenía la fuerza inmediata de la luz solar. Charlie pensó: «Está en su elemento; esto es lo mejor que hace en su vida; este impulso implacable es la explicación que hasta el momento faltaba.»

- Minutos antes de que se levantara el telón te dejaron en la puerta de artistas unas orquídeas doradas y castañas, con una nota dirigida a Joan, Juana, que decía: «Joan, te quiero infinito.»

- No hay puerta de artistas.

- Hay una puerta trasera para entregar material de escenario. Tu admirador llamó a la puerta y dejó las orquídeas en manos de un portero, un tal señor Lemon, juntamente con un billete de cinco libras. El señor Lemon quedó debidamente impresionado por semejante propina, y prometió entregarte las orquídeas al instante. ¿Lo hizo?

- Entrar en los camerinos de las señoras sin anunciarse previamente es la especialidad de Lemon.

- Muy bien. ¿Y qué hiciste al recibir las orquídeas?

Charlie, después de dudar, preguntó:

- La firma era «M».

- Efectivamente. ¿Qué hiciste?

- Nada.

- Tonterías.

Charlie, picada, contestó:

- ¿Qué iba a hacer? Faltaban diez segundos para que me llamaran a escena.

Un camión cubierto de polvo avanzaba velozmente hacia ellos, invadiendo su carril. Con mayestática indiferencia, Joseph metió el Mercedes en el suave margen de la carretera y aceleró para evitar el patinazo. Dijo:

- O sea que arrojaste unas orquídeas que valían treinta libras a la papelera, encogiste los hombros y saliste a escena. Perfecto, te felicito.

- Las puse en agua.

- ¿Y dónde pusiste el agua?

La imprevista pregunta tuvo la virtud de avivar la memoria de Charlie:

- Una jarra pintada. Por las mañanas, el teatro Barrie es una escuela de artes plásticas.

- Es decir, encontraste una jarra, la llenaste de agua pusiste las orquídeas en el agua. Bien. ¿Y qué era lo que sentías mientras hacías esto? ¿Te sentías impresionada? ¿Excitada?

La pregunta pilló a Charlie en un momento de indefensa desorientación:

- Pues seguí la comedia. -Y soltó una risita, sin quererlo. Luego añadió-: Esperé a ver quién venía a visitarme.

Se habían detenido ante un semáforo. La quietud creó una nueva intimidad. Joseph preguntó:

- Y el «te amo», ¿qué?

- Esto es teatro, ¿no? En el teatro todo el mundo ama a todo el mundo, en algún momento u otro. Sin embargo, el «infinitamente» me gustó. Si, era una demostración de clase.

La luz del semáforo cambió, y reanudaron la marcha.

- ¿No se te ocurrió examinar al publico a ver si había algún conocido?

- No tenía tiempo.

- ¿Y en el entreacto?

- En el entreacto miré, pero no vi a conocido alguno.

- Y después de la representación, ¿qué hiciste?

- Regresé a mi camerino, me cambié, esperé un poco. Pensé: «¡Al cuerno!», y me fui a

casa.

- Al decir «a casa», ¿quieres decir al hotel Astral Commercial, cerca de la estación del ferrocarril?

Charlie había perdido, hacía ya tiempo, la capacidad de que Joseph la sorprendiera. Repuso:

- Sí, «casa» significa el Astral Commercial, cerca de la estación.

- ¿Y las orquídeas?

- Me las llevé al hotel.

- Sin embargo, no preguntaste al señor Lemon cómo era la persona que te había obsequiado con las orquídeas.

- Lo hice al día siguiente. No la misma noche.

- ¿Y qué te contestó el señor Lemon?

- Me dijo que era un caballero extranjero, pero respetable. Le pregunté la edad. Me dirigió una sonrisa picaresca y repuso que tenía la edad adecuada. Intenté recordar a un M extranjero, pero no lo conseguí.

- ¿En toda tu colección de individuos no encontraste ni un solo M extranjero? Me defraudas.

- Ni uno.

Los dos sonrieron durante un breve instante, pero no se sonrieron el uno al otro.

- Bueno, Charlie, y ahora pasemos al segundo día, el sábado, con sus dos sesiones.

- Sí, allí estuviste tú, en medio de la primera fila, con tu blazer rojo, la mar de elegante, rodeado de sucios colegiales, todos tosiendo y yendo al retrete cada dos por tres.

Irritado por la ligereza de la contestación de Charlie, Joseph condujo en silencio, centrando su atención en la carretera durante un rato. Y cuando Joseph volvió a la carga con sus preguntas, lo hizo con unos acentos preocupados que tenían su reflejo en el gesto de cejas fruncidas, un poco al estilo de un maestro de escuela. Dijo:

- Me gustaría que me dijeras con exactitud cuáles eran tus sentimientos, Charlie. Es media tarde, la sala recibe un poco de luz del día debido a la mala calidad de las cortinas. Antes parece que estamos en un aula grande que en una sala teatral. Yo me encuentro en primera fila, tengo aspecto claramente extranjero, o, por lo menos, modales extranjeros, con ropas extranjeras. Se me ve de una forma muy destacada, allí, rodeado de colegiales. Tú tienes la descripción que Lemon dio de mí y, además, yo no aparto la vista de ti ni un instante. ¿No sospechaste en momento alguno que yo era el que te había obsequiado con las orquídeas, el extraño individuo que se firmó «M» y que dijo amarte infinitamente?

- Naturalmente. Es más: lo sabía de cierto.

- ¿Cómo? ¿Buscaste la confirmación de Lemon?

- No hacía falta. Lo sabía de cierto. Te vi allí, mirándome, y pensé: «Mira, es éste.» Fueses quien fueres. Después, cuando bajó el telón dando fin a la primera sesión, y tú te quedaste en el asiento y

sacaste la entrada de la segunda representación…

- ¿Y cómo sabes que hice esto? ¿Quién te lo dijo?

- ¿También tú eres así? -pensó Charlie, añadiendo un duramente ganado dato más acerca de Joseph-. Tan pronto consigues lo que quieres te transformas en un supermacho rebosante de sospechas.» Contestó:

- Tú mismo lo has dicho. Era una pequeña compañía en un teatro pequeño. Pocas veces nos regalan orquídeas. El promedio es una vez cada diez años, y tenemos a muy pocos fanáticos que se queden a ver dos veces seguidas la misma representación.

Charlie no pudo resistir la tentación y preguntó:

- ¿Te aburriste mucho, Joseph? Me refiero a la representación. A fin de cuentas, la viste dos veces seguidas. ¿O te divertiste? Sin dudarlo un instante, Joseph repuso:

- Fue el día más monótono de mi vida.

Luego, su rostro perdió toda su rigidez, y dibujó la mejor de las sonrisas, de manera que, durante unos instantes, causó la impresión de haber cruzado las rejas de aquel lugar en que estaba siempre encerrado, fuera cual fuese. Dijo:

- En realidad, estimé que eras excelente.

En esta ocasión, Charlie no puso objeción alguna al adjetivo empleado por Joseph. Dijo:

- Joseph, ¿quieres hacer el favor de estrellar el automóvil? Sería para mí maravilloso. Me gustaría morir así de feliz.

Y antes de que Joseph pudiera impedírselo, Charlie le cogió la mano y le dio un beso en el nudillo del dedo pulgar.

La carretera era recta, pero con baches. Las colinas y los árboles a uno y otro lado estaban empolvados con un lunar polvillo procedente de una fábrica de cemento. Los dos se encontraban en una misma cápsula, en la que la cercanía de otros objetos móviles sólo servía para dar más intimidad a su mundo privado. Charlie pensaba constantemente en Joseph y en su historia. Charlie era una chica soldado, aprendiendo a ser soldado. El le preguntó:

- Además de las orquídeas, ¿recibiste otros regalos mientras actuabas en el teatro Barrie?

Estremeciéndose, y antes de fingir siquiera que se esforzaba en recordar, Charlie repuso:

- Si., la caja.

- ¿Qué caja?

Charlie había previsto la pregunta, y ya se disponía a dar una exhibición teatral de lo mucho que Joseph le desagradaba, que era lo que Charlie creía que Joseph quería:

- Fue una especie de bromita de mal gusto. Algún cretino me mandó una caja al teatro. Fue un envío certificado y urgente.

- ¿Cuándo ocurrió?

- El sábado. El mismo día en que viste las dos sesiones.

- ¿Y qué contenía la caja?

- Nada. Se trataba de una cajita de joyero, vacía. Certificada y vacía.

- ¡Qué raro!… ¿Y la etiqueta del envoltorio? ¿Te fijaste en ella? - Estaba escrita con un bolígrafo azul. En mayúsculas.

- Pero si el envío fue certificado, forzosamente tenía que constar el remitente.

- Ilegible. Parecía decir «Marden». También podía ser «Hordern». Algún hotel de la localidad.

- ¿Dónde la abriste?

- En el camerino, entre la primera y la segunda sesión.

- ¿Estabas sola?

- Sí.

- ¿Y a qué conclusión llegaste?

- Pensé que alguien quería molestarme por razón de mis convicciones políticas. Había ocurrido anteriormente. Cartas insultantes. Amante de negros. Roja pacifista. En cierta ocasión me arrojaron una de esas cosas que llamamos bomba fétida, por la ventana de mi camerino. Pensé que la caja era una de esas cosas.

- ¿Asociaste la caja vacía con las orquídeas?

- ¡Joseph, las orquídeas me gustaron mucho! ¡Y tú también!

Joseph había detenido el automóvil. Lo hizo en un apartadero junto a una zona industrial. Los camiones pasaban zumbando. Por un momento, Charlie pensó que Joseph iba a actuar apasionadamente y abalanzarse sobre ella, tan paradójica y desorientada era la tensión que la muchacha experimentaba. Pero no fue esto lo que Joseph hizo, sino que metió la mano en la bolsa de la puerta del automóvil, y entregó a Charlie un sobre reciamente reforzado, certificado, con lacre, que contenía algo duro y cuadrado, reproducción del objeto que Charlie había recibido el día del que habían estado hablando. Llevaba matasellos de Nottingham, y la fecha era la del veinticinco de junio. En la parte frontal constaba el nombre de «Charlie», y las señas del Barrie, todo ello escrito con bolígrafo azul. En el dorso, estaba la misma ilegible palabra del remitente.

Mientras Charlie daba lentas vueltas al sobre, Joseph dijo solemnemente:

- Ahora vamos a hacer teatro. Sobre la vieja realidad vamos a imponer el nuevo teatro.

Hallándose demasiado cerca de Joseph para sentirse segura de sí misma, Charlie guardó silencio. Joseph dijo:

- El día ha sido complicado, tal como lo fue aquel día. Tú te encuentras en el camerino, entre una sesión y otra. El paquete, todavía

no abierto, está ante ti. ¿Cuánto tiempo falta para que tengas que entrar de nuevo en escena?

- Diez minutos. Quizá menos.

- Muy bien. Ahora, abre el paquete.

Charlie dirigió una furtiva mirada a Joseph, y vio que éste tenía la vista fija en el horizonte, cual si contemplara a un enemigo. Bajó la vista al paquete y volvió a mirar a Joseph. Metió un dedo en el sobre y lo desgarró. Era la misma roja caja de joyero, aunque más pesada. Vio un pequeño sobre blanco, sin cerrar, con una tarjeta blanca en su interior. En la tarjeta leyó: «Para Joan, espíritu de mi libertad. Eres fantástica. Te quiero.» La caligrafía era inconfundible, pero la firma, en lugar de «M» era «Michel», palabra escrita en letras grandes, con el trazo final de la «l» retrocediendo, alargado, para dar mayor importancia al nombre. Charlie cogió la caja y sintió un suave y excitante golpe en su interior.

Con cómicos acentos, Charlie dijo:

- ¡Santo Dios!

Pero no consiguió con ello aliviar la tensión que la embargaba, ni la que embargaba a Joseph. Charlie dijo:

- ¿La abro? ¿Qué hay dentro?

- ¿Cómo voy a saberlo? Haz lo que debes.

Charlie levantó la tapa. Sobre el forro de satén reposaba un grueso brazalete de oro con piedras azules.

En voz baja, Charlie exclamó:

- ¡Cristo! -Cerró bruscamente la caja y dijo-: ¿Y qué debo hacer para ganarme esto?

Inmediatamente, Joseph dijo:

- Muy bien, ya tenemos tu primera reacción. Echas una ojeada, sueltas una exclamación irreverente, y cierras la caja. Acuérdate. Recuérdalo con toda exactitud. Esta fue tu reacción, a partir de ahora, y nunca debes variarla.

Charlie volvió a abrir la caja, cogió cautelosamente el brazalete y lo sopesó en la palma de la mano. Pero Charlie carecía de experiencia en lo tocante a joyería, como no fuera la de las piedras falsas que lucía en escena. Preguntó:

- ¿Es auténtico?

- Desgraciadamente no tienes aquí peritos que puedan darte su dictamen. Decide por ti misma.

Por fin, Charlie decidió:

- Es antiguo.

- Muy bien, has decidido que es antiguo.

- Y pesado.

- Pesado y antiguo. No es una baratija de árbol de Navidad, no es una chuchería para una niña, sino que es una joya verdadera. ¿Qué

haces a continuación?

La impaciencia de Joseph los distanciaba. Charlie estaba pensativa y alterada, en tanto que Joseph actuaba rigiéndose por el sentido práctico. Charlie estudió las marcas de fabricación y de quilates, pero nada entendía de ello. Rascó el metal levemente, y advirtió que era aceitoso y suave.

- Te queda muy poco tiempo, Charlie. Tienes que salir a escena dentro de un minuto, dentro de treinta segundos. ¿Qué haces? ¿Lo dejas en tu camerino?

- ¡No!

- Te llaman a escena. Debes ir allá. Debes decidir.

- ¡Deja ya de apremiarme! Se lo doy a Millie para que me lo guarde. Millie es otra actriz que me sustituye de vez en cuando. Sabe improvisar.

La idea de Charlie no pareció gustar ni pizca a Joseph.

- Pero tú no confías en ella.

Charlie se hallaba próxima a la desesperación. Dijo: -Lo escondo en el retrete. Detrás de la cisterna.

- ¿No te parece demasiado fácil?

- Lo pongo en la papelera y lo cubro con papeles.

- Cabe la posibilidad de que entre alguien y vacíe la papelera. Medita.

- ¡Joseph, déjame en paz de una maldita vez! ¡Si! ¡Lo pongo detrás de los botes de maquillaje! ¡Eso! En una de las estanterías altas, a las que nadie ha quitado el polvo en no sé cuántos años.

- Excelente. Lo pones en el fondo de la estantería y vas corriendo a escena. Tardíamente. Te dicen: «Charlie, Charlie, ¿dónde estabas?» Y se levanta el telón. ¿No es así?

- Si, de acuerdo.

Y, acto seguido, Charlie soltó un gran suspiro.

Joseph preguntó:

- ¿Y qué sientes ahora? ¿Acerca del brazalete y de quien te lo ha regalado?

- Bueno, pues me siento aterrada.

- ¿Y por qué estás aterrada?

- Pues porque no puedo aceptarlo. Es valioso, representa dinero.

- Pero lo has aceptado. Has firmado el recibo y has ocultado la joya.

- Sólo hasta el final de la representación.

- ¿Y qué harás luego?

- Lo devolveré.

Relajándose un poco, Joseph exhaló un suspiro de alivio, como si Charlie, por fin, hubiera demostrado la tesis propuesta por él. Dijo:

- Y entretanto, ¿qué sientes?

- Me siento pasmada. Hecha trizas. ¿Qué quieres que sienta?

- El se encuentra a pocos metros de ti, Charlie, con la mirada apasionadamente fija en ti. El asiste por tercera vez consecutiva a tu interpretación de la obra. Te ha mandado orquídeas y una joya, y te ha dicho dos veces que te ama. En una ocasión te ha dicho solamente que te ama, y en la otra te ha dicho que te ama infinitamente. Y es un hombre apuesto. Mucho más apuesto que yo.

Llevada por la irritación, Charlie hizo caso omiso, por el momento, de la constante intensificación de la autoridad de Joseph, al describir al admirador en cuestión. Sintiéndose atrapada y, al mismo tiempo, un poco tonta, Charlie repuso:

- Me dejo llevar por mis impulsos.

La propia Charlie apostilló secamente:

- Lo cual no significa que el individuo en cuestión haya ganado la partida.

Cuidadosamente, como si no quisiera perturbar a Charlie, Joseph puso en marcha el automóvil. La luz del día había muerto, y el tránsito había disminuido hasta convertirse en intermitentes filas de rezagados. Estaban siguiendo la costa del golfo de Corinto. Por el agua plomiza del mar, una fila de sucios petroleros avanzaban hacia el oeste, como si fueran magnéticamente atraídos por el sol, ya puesto. Por encima de ellos, una cadena montañosa destacaba en oscuro a la luz del último ocaso. La carretera se bifurcó, y comenzaron el largo ascenso, curva tras curva, hacia el cielo vacío.

Joseph dijo:

- ¿Recuerdas cuánto te aplaudí? ¿Recuerdas que me puse en pie y estuve en pie para aplaudirte, cuantas veces se alzó el telón?

«Sí, Joseph, me acuerdo.» Pero Charlie no tenía la suficiente confianza en sí misma para decirlo en voz alta. Joseph dijo:

- Bueno: en este caso también te acuerdas del brazalete.

Si., se acordaba. Un ejercicio de imaginación destinado únicamente a él, un regalo de correspondencia a su apuesto y desconocido benefactor. Terminada la obra, Charlie saludó cuantas veces fue preciso, y tan pronto quedó libre fue corriendo a su camerino, sacó el brazalete de su escondrijo, se quitó el maquillaje a toda velocidad, y se vistió de calle para ir a su encuentro, al encuentro de aquel hombre.

Pero, después de haberse plegado a la versión que Joseph había dado de los hechos, hasta el presente momento, Charlie se retrajo bruscamente de seguir haciéndolo, en el instante en que cierto sentido de la corrección acudió en su ayuda. Dijo:

- Oye, un momento, por favor. ¿Y por qué el caballero en cuestión no viene a mi encuentro? Es él quien tiene la iniciativa. ¿Por qué no me quedo yo en mi camerino, esperando tranquilamente a que el

caballero aparezca, en vez de internarme en la selva, en su busca?

- Quizá el caballero carezca de la intrepidez precisa. Te admira y te teme… ¿Por qué no ha de ser así? A fin de cuentas, tú le has dejado totalmente trastabillado.

- Bueno, pero ¿por qué no me quedo esperando, aunque sólo sea un ratito, a ver qué

pasa?

- Charlie, ¿qué intentas expresar? ¿Qué es lo que mentalmente le dices al señor en cuestión?

En tono remilgado, Charlie repuso:

- Pues le digo: «Llévese esto; yo no puedo aceptarlo.»

- Muy bien. En este caso te arriesgas a que el señor en cuestión se desvanezca en la noche, para no reaparecer jamás, dejándote con este valioso obsequio que tu sinceramente no quieres aceptar.

De mala gana, Charlie accedió a ir al encuentro del caballero. Joseph le preguntó:

- Pero ¿dónde esperas encontrarle? ¿En qué lugar le buscas, primeramente?

La carretera estaba desierta, pero Joseph conducía despacio a fin de que el pasado reconstruido no quedara excesivamente influido por el presente.

Antes de haber pensado seriamente la respuesta, Charlie contestó:

- Pues hubiera salido por la puerta trasera y me hubiera plantado en la delantera, a fin de encontrarle en el vestíbulo.

- ¿Y por qué no ir a su encuentro en el mismo teatro?

- Pues porque hubiera tenido que abrirme paso por entre la muchedumbre. Y él ya hubiera salido mucho antes de que yo pudiese alcanzarle.

Joseph meditó esta respuesta y dijo:

- En este caso, necesitas el impermeable.

Una vez más, Joseph estaba en lo cierto. Charlie había olvidado que, en aquella noche, llovía en Nottingham, y que cayó chaparrón tras chaparrón, durante toda la representación. Charlie volvió a comenzar la historia. Después de haberse cambiado las ropas a velocidad de rayo, se puso encima su nuevo impermeable -el largo impermeable francés comprado en unas liquidaciones-, se abrochó el cinturón, y salió velozmente a la calle, bajo la lluvia, recorrió la calleja, dobló la esquina, y se situó en la parte delantera del teatro.

Joseph la interrumpió:

- Y encontraste a casi todo el público, o por lo menos la mitad, atestado bajo la marquesina, esperando que escampara. ¿Por qué sonríes?

- Necesito llevar el pañuelo amarillo en la cabeza, ya sabes, el

pañuelo Jaeger que llevaba en el anuncio de la televisión.

- En este caso también debemos advertir que, incluso a pesar de tus prisas para desembarazarte del señor en cuestión, no te olvidas de tu pañuelo de cabeza. Bueno: el caso es que Charlie, con su pañuelo de cabeza y su impermeable, sale corriendo bajo la lluvia, en busca de su enamorado. Llega a la atestada marquesina. ¿Va, quizá, gritando: «¡Michel, Michel!»? ¿Si? Precioso. Sin embargo, Charlie grita en vano. Michel no está. Entonces, ¿qué hacemos?

- Oye, ¿escribiste esto, Joseph?

- Da igual, no te preocupes por esto.

- ¿Y regreso a mi camerino?

- ¿Y no se te ocurre mirar la sala?

- Bueno, sí, de acuerdo.

- ¿Y por dónde entras?

- Por la entrada de platea, que es donde tú estabas sentado.

- Yo no, Michel. Vas a esta entrada, empujas la puerta, y, ¡viva!, la puerta se abre, debido a que el señor Lemon no la ha cerrado todavía. Entras en la vacía platea, caminas despacio a lo largo del pasillo.

En voz baja, Charlie dijo:

- Y allí está el tipo. ¡Dios, qué cachondo es esto!

Sí, pero da juego.

- ¡Y tanto!

- Sí, debido a que Michel está todavía en la misma butaca, en el centro de la primera fila. Con la vista fija en el telón, como si por el simple medio de mirar pudiera conseguir que el telón se levantara y le permitiera la visión de su Joan, del espíritu de su libertad, a la que ama infinitamente.

Charlie murmuro:

Esto es horroroso.

Pero Joseph, haciendo caso omiso de Charlie, observó:

- Sentado en la misma butaca en la que haba estado sentado siete horas seguidas.

Charlie pensó: «Quiero irme a casa. Quiero dormir largamente, sola, en el Astral Commercial and Private. ¿Con cuántos destinos se puede tropezar una muchacha en un solo día?» Si, ya que Charlie ya no podía prescindir de la nota de seguridad, del acercamiento, que notaba en Joseph mientras se dedicaba a describir a su nuevo admirador, el nuevo admirador de Charlie. Joseph dijo:

- Tú dudas, y luego le llamas por su nombre: «¡Michel!» Este es el único nombre que sabes. Michel gira la cabeza para mirarte, pero por lo demás no se mueve. No sonríe, no te saluda, y en manera alguna demuestra su muy considerable encanto.

- Bueno, en este caso, ¿qué diablos hace el muy gusano?

- Nada. Se limita a mirarte con sus ojos profundos y apasionados, como si te retara a que hablases. El tipo te puede parecer romántico, te puede parecer arrogante, pero en modo alguno vulgar, y, desde luego, no es hombre dado a pedir disculpas ni a sentirse inferior. Ha venido para reclamarte para sí. Es joven, es cosmopolita, y va bien vestido. Es un hombre de acción y de dinero, y en el no hay el menor rastro de timidez. Por lo tanto…

Joseph hizo una pausa y siguió:

- Recorres el pasillo dirigiéndote hacia mí, mientras ya te das cuenta de que la escena no se desarrolla de la manera que tú esperabas. Parece que seas tú y no yo quien deba dar explicaciones. Sacas del bolsillo el brazalete. Me lo ofreces. Yo sigo inmóvil. Tu impermeable chorrea agua de lluvia, lo cual en manera alguna favorece tu postura.

La carretera ascendía en línea sinuosa por la falda de una colina. La voz dominante de Joseph, aunada al hipnótico ritmo de las curvas de la carretera, obligaba a la mente de Charlie a dejarse absorber más y más por el laberinto del relato. Joseph siguió:

- Tú dices algo. ¿Que dices?

Al no obtener contestación de Charlie, Joseph le dio la suya:

- «No te conozco. Gracias, Michel; me siento muy halagada, pero no te conozco no puedo aceptar este obsequio.» ¿Te parece correcto, es lo que hubieras dicho? Si, creo que sí, aunque seguramente lo hubieras dicho mucho mejor.

Charlie apenas le oía. Charlie estaba de pie ante él, en platea, ofreciéndole la caja, y con la vista fija en sus ojos. «Y mis nuevas botas, las altas botas castañas que me compré en Navidad, estropeadas por la lluvia; pero ¿que importa?»

Joseph seguía narrando su cuento de hadas:

- Y yo sigo sin decir palabra. Por tu experiencia teatral sabias que nada hay mejor que el silencio para establecer comunicación. Y si el desdichado individuo no dice ni media palabra, ¿qué puedes hacer tú? Te sientes obligada a volver a hablar. ¿Dime lo que vas a decir en esta ocasión?

Una no deseada timides luchaba con la imaginación de Charlie, quién dijo:

- Pues voy y le pregunto quien es.
- Me llamo Michel.
- Esto ya lo sé. Michel ¿que?
- No hay contestacion a esta pegunta.
- Te pregunto que haces en Nottingham.
- Enamorarme de ti. Anda: sigue.
- ¡Dios mío, Joseph…!
- Sigue!

- Michel no puede decirme esto.

- ¡Entonces habla tú!

- Procuro hacerle entrar en razón. Apelar a su comprensión.

- Pues a ver como lo haces. Michel esta esperando, Charlie háblale.

- Pues le diría…

- Oye, Michel, es muy amable por tu parte… Me siento muy halagada, pero, y lo siento mucho, es demasiado.

Joseph pareció defraudado. En tono de sereno reproche dijo:

- Charlie, esperaba más de ti. Michel es árabe, y aun cuando no lo sepas de cierto ya debes comenzar a sospecharlo, y tú, por tu parte, estas rechazando su obsequio. Debes actuar de forma más enérgica.

- Me portaría de una manera injusta para contigo, Michel. La gente a menudo es víctima de fijaciones con respecto a actrices y actores. Si, es una cosa que ocurre a diario. No hay razón alguna para que te arruines sólo por culpa de… una ilusión.

- Bien, prosigue.

Ahora, a Charlie le resultaba mas fácil. Le irritaba que Joseph la obligara a pensar, de la misma forma que también le irritaba que lo hiciera un director teatral, pero no podía negar que la actitud de Joseph resultaba eficaz. Siguió:

- Precisamente en esto estriba la representacion teatral, Michel, en la ilusión. El público se sienta aquí con la esperanza de que le encanten. Y los actores se ponen en el escenario con la finalidad de encantar al público. Parece que yo lo he conseguido. Pero no puedo aceptar" tu obsequio. Y es hermoso, por cierto. Demasiado hermoso. No puedo aceptarlo. No puedo aceptar nada. Te he engañado. Esto es lo que ha sucedido. El teatro es un truco, parecido a una estafa. Te hemos engañado.

- Yo sigo callado.

- ¡Pues haz algo para que el tipo hable!

¿Por que? (Es que ya desconfías de ti misma? ¿Acaso no te sientes ya responsable de lo que me ocurre? Un muchacho joven como yo, tan apuesto, tirando el dinero en orquídeas y en joyas caras…

- ¡Claro que si! ¡Y te lo he dicho ya!

En tono de impaciencia, Joseph insistió:

- Pues dímelo. Protégeme. Sálvame de los maleficios de mi enamoramiento.

- ¡Es lo que intento!

- Este brazalete me ha costado cien libras, e incluso tú puedes adivinarlo. Desde tu punto de vista, quizá miles de libras. Quizá yo lo haya robado para poder ofrecértelo. Quizá haya matado. Tal vez haya malbaratado mi herencia. Todo por ti. ¡Estoy hechizado, Charlie! ¡Entontecido! ¡Sé caritativa! ¡Ejerce tu poder!

Charlie, en la pantalla de su imaginación, se había colocado al lado de Michel, sentada en la butaca contigua. Con las manos prietamente unidas, la una contra la otra, en su regazo, se inclinaba ansiosamente hacia Michel para hacerle entrar en razón. Era para él como una niñera, como una madre. Una amiga.

- Pues voy y le digo que quedaría muy defraudado si me conociera de veras.

- Dilo con las palabras exactas.

Charlie efectuó una profunda inhalación, y se lanzo:

- Oye, Michel: soy una muchacha normal y corriente. Llevo medias rotas, tengo en descubierto la cuenta corriente y puedes tener la absoluta certeza de que no soy Juana de Arco. No soy virgen, no soy soldado, y Dios y yo no hemos intercambiado ni media palabra desde que me expulsaron del colegio por…

Charlie meditó un instante y dijo:

- No, esto no lo diría. Diría: soy Charlie, una desvergonzada chica occidental.

- Excelente. Prosigue.

- Michel, tienes que salir del atolladero en que te has metido. Y estoy haciendo todo lo posible para ayudarte a ello. Por lo tanto, toma el regalo, conserva tu dinero y conserva también tus ilusiones. Y muchas gracias. De veras, muchas gracias. Considera que este asunto está ya acabado.

Tozudo, Joseph insistió:

- Pero tú no quieres que conserve sus ilusiones. ¿Si o no?

- ¡Bueno, pues que se quede sin ilusiones!

- En este caso, ¿cómo termina la cosa?

- Pues terminó pura y simplemente. Dejé el brazalete en la butaca contigua a la suya y me fui. Muchísimas gracias, y adiós muy buenas. Si voy corriendo hasta la parada del autobús, llegare a tiempo para comer el pollo frío con sabor a plástico que dan en el hotel Astral.

Joseph quedó aterrado. Así lo expresaba su cara, y, por otra parte, su mano izquierda abandonó el volante y trazó un ademán de austera súplica:

- Pero, Charlie, ¿cómo puedes hacer esto? ¿No te das cuenta de que me abandonas y que quizá me suicide? ¿Que quizá me pase la noche entera vagando bajo la lluvia por las calles de Nottingham? ¿A solas? ¿Mientras tú reposas junto a mis orquídeas, en la calidez y la elegancia del hotel Astral?

- ¡Elegancia! ¡Incluso las malditas pulgas están húmedas en el hotel ese!

- ¿Es que no tienes sentido de la responsabilidad? ¿Tú, nada menos que tú, la defensora de los oprimidos, tú tienes sentido de la responsabilidad con respecto a un muchacho al que has enloquecido

con tu belleza, tu talento y tu pasión revolucionaria?

Charlie intentó refrenar a Joseph, pero éste no le dio la oportunidad de hacerlo. Joseph

dijo:

- Charlie, tú eres una muchacha con corazón. Otros pensarán, en los presentes momentos, que Michel es un refinado seductor. Pero tú no piensas eso. Tú tienes fe en los seres humanos. Y ésta es la razón por la que esa noche estás con Michel. Sin pensar en ti misma, has quedado sinceramente afectada por Michel.

Ante ellos, un pueblecito medio derruido marcaba la cumbre de su ascenso. Charlie vio las luces de una taberna, al borde de la carretera.

Después de dirigir una rápida mirada de valoración a Charlie, Joseph prosiguió:

- De todas maneras, tu reacción en aquel momento concreto carece de importancia, debido a que, por fin, Michel decide dirigirte la palabra. Con agradable y suave acento, en parte francés y en parte correspondiente a otro idioma, Michel se dirige a ti, sin dar muestras de timidez ni de inhibición. Dice que no tiene el menor interés en discutir, dice que tú representas cuanto él ha podido soñar en su vida que desea ser tu amante, a ser posible a partir de esta misma noche, y te llama Joan, a pesar de que tú le dices que te llamas Charlie. Si aceptas cenar en su compañía y si después de cenar sigues deseando no volver a verle nunca más, pensará en la posibilidad de aceptar que le devuelvas el brazalete. Pero tú le dices que no, que debe aceptar ahora mismo que se lo devuelvas, debido a que ya tienes amante y a que, además, no sea ridículo, ya que, ¿dónde se puede cenar, en Nottingham, a las diez y media de una noche lluviosa? ¿Dirías esto? ¿Te parece certero?

Negándose a mirar a Joseph, Charlie reconoció:

- Sí, aquella ciudad es así.

- ¿Y en cuanto a la cena? ¿En realidad dirías textualmente que cenar es un sueño imposible?

- Siempre queda el recurso de los restaurantes chinos, o del pescado con patatas fritas.

Joseph advirtió:

- Sin embargo, con tus palabras ya has hecho una peligrosa concesión.

Picada, Charlie preguntó:

- ¿Ah, sí? ¿Cómo?

- Le has puesto una objeción de carácter práctico. Le has dicho: No podemos cenar juntos debido a que no hay ningún restaurante abierto.» Es algo muy parecido a que le hubieras dicho: «No podemos acostarnos juntos debido a que no tenemos cama a nuestra

disposición.» Michel se da perfecta cuenta de ello. Y se las arregla para intentar superar tus dudas. Si, Michel conoce un sitio, y ya ha tomado las medidas precisas para poder ser atendido en tal sitio. De modo y manera que sí, podemos cenar. En este caso, ¿por qué no cenar?

Joseph apartó el coche de la carretera, deteniéndolo en el espac¡o de aparcamiento, con suelo de grava, que se extendía delante de la taberna. Charlie, un tanto deslumbrada por el imponente paso efectuado por Joseph, desde lo fingido a lo real y presente, se sintió perversamente excitada por el acoso a que Joseph la sometía, así como aliviada de que, a fin de cuentas, Michel no la dejara. Charlie se quedó quieta en su asiento, dentro del automóvil. Y Joseph se comportó de igual manera. Charlie se volvió hacia Joseph, con lo que pudo advertir a la colorida luz de la iluminación de feria de la taberna, el lugar hacia el que Joseph miraba. Joseph miraba las manos de Charlie, que se encontraban unidas sobre su regazo, la derecha encima de la izquierda. La cara de Joseph, en la medida que Charlie podía apreciar a la colorida luz, estaba rígida e inexpresiva. Joseph alargó una mano, cogió la muñeca derecha de Charlie, y lo hizo en un movimiento rápido, de quirúrgica confianza, y, levantando la mano, dejó al descubierto el brazalete de oro que relucía en la oscuridad. Impasible, Joseph observó:

- Bien, bien, debo felicitarte. ¡Las muchachas inglesas no perdéis el tiempo!

Irritada, Charlie retiró bruscamente la mano y, con sequedad, dijo:

- ¿Qué te pasa? ¿Tenemos celos?

Pero Charlie no consiguió ofenderle. Joseph tenía una cara inmune. Mientras le seguía, Charlie se preguntó: «¿Quién es ese hombre? ¿Quién eres? ¿Eres él? ¿0 eres tú? ¿O no eres nadie?»

9

Sin embargo, a pesar de que Charlie bien hubiera podido suponerlo con notable convicción, ella no era el único centro del universo de Joseph, aquella noche. Ni tampoco lo era el de Kurtz, y menos todavía el de Michel.

Mucho antes de que Charlie y su hipotético amante hubieran dicho su último adiós a la casita ateniense, mientras en su ficción se encontraban todavía el uno en brazos del otro, recuperándose con el sueño de sus frenesíes, Kurtz y Litvak estaban castamente sentados en diferentes butacas de un avión de la Lufthansa que volaba rumbo a Munich, yendo cada uno de ellos protegido por la bandera de diferente país. Kurtz iba bajo la protección de la bandera francesa, y Litvak, bajo la de Canadá. Tan pronto aterrizaron, Kurtz se dirigió a la ciudad olímpica, en donde los fotógrafos argentinos, según propia definición, le esperaban con ansia, en tanto que Litvak fue al hotel Bayerischer Hof, donde fue recibido por un experto en balística, del que Litvak sabía que se llamaba Jacob, quien era un tipo como recién llegado de otro mundo, dado a emitir suspiros, ataviado con una manchada chaqueta de ante, y que llevaba consigo un paquete de mapas a gran escala, dentro de una barata carpeta de plástico. Haciéndose pasar por agrimensor, Jacob había pasado los tres últimos días dedicado a la minuciosa medición en la autopista de Munich a Salzburgo. Su función era la de calcular el probable efecto, en diferentes circunstancias atmosféricas y de tránsito, que produciría una fuerte carga explosiva que estallara junto a la autopista, a primeras horas de una mañana de un fin de semana. Mientras tomaban varias tazas de excelente café en el vestíbulo del hotel, los dos hombres estudiaron las diferentes hipótesis de Jacob, y, después, en un automóvil de alquiler, recorrieron despacio los ciento cuarenta kilómetros de autopista, molestando a los conductores que iban, más de prisa, y deteniéndose en casi todos los puntos en que se lo permitieron, e incluso en algunos puntos en que no se lo permitieron.

Desde Salzburgo, Litvak se dirigió a Viena, en donde le esperaba un nuevo equipo de actividades exteriores, con nuevos medios de

transporte y también con nuevas caras. Litvak les dio instrucciones en una sala de conferencias, insonorizada, de la embajada de Israel, y después de haber prestado su atención a otros asuntos de menor importancia, entre los que se contaba la lectura de los últimos boletines de Munich, los llevó hacia el sur, en un convoy de viejos automóviles, hasta llegar a la zona inmediata a la frontera con Yugoslavia, en donde, con la tranquilidad de veraniegos turistas, estudiaron los aparcamientos urbanos de automóviles, las estaciones de ferrocarril y las pintorescas plazas con mercado, antes de dispersarse para ir a diversas humildes pensiones de la región de Villach. Después de haber tendido su red, Litvak regresó a toda prisa a Munich, a fin de contemplar la crucial preparación de la carnada.

Comenzaba el cuarto día del interrogatorio de Yanuka, cuando llegó Kurtz para tomar las riendas, y el interrogatorio se había desarrollado, hasta el momento, con desesperante suavidad.

En Jerusalén, Kurtz había advertido a los dos encargados de interrogar a Yanuka:

- Lo podéis interrogar durante seis días como máximo. Pasados estos seis días, vuestros errores serán constantes, y los del interrogado también.

Se trataba de un trabajo que Kurtz amaba. Si Kurtz hubiera podido estar en tres sitios al mismo tiempo, en lugar de poder estar solamente en dos, se hubiera reservado para sí aquel trabajo. Pero no podía, por lo que había seleccionado, para que le representasen, a aquellos dos corpulentos especialistas en la técnica suave, famosos por sus parcos talentos de histriones, y por su lúgubre aspecto de buenas personas. No había parentesco entre los dos, y tampoco eran amantes, pero habían trabajado al unísono tantas veces y durante tanto tiempo, que sus amistosas expresiones causaban cierta impresión de repetición, y cuando Kurtz los convocó por vez primera en la casa de la calle Disraeli, las cuatro manos de los dos individuos reposaron, sobre el borde de la mesa, como las patas de dos perros. Al principio, Kurtz los trató con sequedad, debido a que los envidiaba, y además porque Kurtz consideraba, en aquellos momentos, que delegar funciones era equivalente a declararse derrotado. Dio a los dos sólo una leve pista de lo que sería su función; luego les ordenó que estudiaran el historial de Yanuka, y que no le dieran el parte de sus actuaciones hasta que se supieran dicho historial del derecho y del revés. Cuando aquellos dos regresaron, demasiado pronto a juicio de Kurtz, éste los acosó a preguntas, como si fuese un inquisidor más, y les pidió detalles acerca de la infancia de Yanuka, de su modo de vida, de sus pautas de comportamiento, de todo lo que pudiera ponerles en un aprieto. Pero sus contestaciones fueron perfectas. En consecuencia, no sin cierta desgana, Kurtz convocó a su Comité Literario, formado

por la señorita Bach, por el escritor Leon y por el viejo Schwili, quienes en el curso de las últimas semanas habían formado un fondo común de excentricidades, llegando a ser un equipo íntimamente interrelacionado. Las instrucciones dadas por Kurtz en dicha ocasión fueron un ejemplo clásico del arte de la expresión oscura.

Para presentar a los nuevos muchachotes, Kurtz comenzó diciendo:

- La señorita Bach es la encargada de la supervisión y quien sostiene los hilos en sus manos.

El hebreo de Kurtz, después de treinta y cinco años de hablar este idioma, seguía siendo famosamente horroroso. Kurtz prosiguió:

- La señorita Bach se encarga de ser la monitora de la materia prima, tal como llega a sus manos. Ella es quien redacta los boletines de comunicación con el campo de operaciones. Ella suministra a Leon las directrices básicas de la actuación de éste. Ella se encarga de revisar las composiciones de Leon, y hace lo preciso para que dichas composiciones sean armónicas con el general plan de correspondencia.

En el caso de que los dos interrogadores hubieran sabido algo, con anterioridad, ahora sabían mucho menos que algo. Pero mantuvieron la boca cerrada. Kurtz dijo:

- La señorita Bach, tan pronto ha dado su aprobación a una composición, convoca una reunión con Leon y el señor Schwili.

Hacía más de cien años que nadie llamaba «señor» a Schwili.

- En esta reunión se llega a un acuerdo en lo tocante al papel, a la tinta, a las plumas, al estado emotivo y físico del autor de la escritura, según las condiciones de la ficción. ¿Está, él o ella, pesimista u optimista? ¿Está, él o ella, irritado o no? Mediante la proyección de cada uno de los aspectos, el equipo estudia la ficción en su integridad.

Poco a poco, los interrogadores, a pesar del empeño de su jefe en expresar implícitamente la información en vez de darla, comenzaron a discernir las líneas generales del plan del que ellos formaban parte.

- Cabe la posibilidad de que la señorita Bach también tenga a su disposición una muestra original de escritura a mano, sea una carta, una tarjeta postal o una nota de un diario, que pueda servir de modelo. También cabe la posibilidad de que la señorita Bach no tenga tal muestra.

El antebrazo derecho de Kurtz había subrayado ambas posibilidades mediante un enérgico movimiento sobre la mesa.

- Cuando todos estos procesos hayan sido seguidos, y únicamente después de que hayan sido seguidos, el señor Schwili se encargará de la falsificación. Lo hará a la perfección.

Kurtz advirtió en tono indicativo de que más les valía a todos recordarlo bien:

- El señor Schwili no es sólo un falsificador, sino también un

artista. Terminado su trabajo, el señor Schwili lo entregará directamente a la señorita Bach, a fin de proceder a una revisión, al problema de las huellas dactilares, a su conservación. ¿Alguna pregunta?

Mientras esbozaban sus humildes sonrisas, los dos interrogadores aseguraron a Kurtz que no tenían nada que preguntar. Mientras los interrogadores se iban, Kurtz les espetó:

- Comiencen por el final. Más adelante podrán meterse con el principio, si es que hay tiempo para ello.

En otras reuniones se abordó el más complejo tema centrado en cuál sería la mejor manera de persuadir a Yanuka de que debía colaborar con sus planes, y conseguirlo con muy poco tiempo. Una vez más fueron convocados los tan amados psiquiatras de Misha Gavron, se escuchó su parecer y fueron debidamente despedidos. Mayor éxito tuvo una conferencia sobre drogas alucinógenas y desintegrantes, y hubo una rápida búsqueda de otros interrogadores que ya las hubieran utilizado con éxito. De esta manera se incorporó, como siempre sucedía, al planteamiento a largo plazo un cierto ambiente de improvisaciones en el último instante, ambiente que Kurtz, más que nadie, amaba. Habiendo llegado a un acuerdo con respecto a todo lo anterior, Kurtz mandó a los interrogadores a Munich, antes del tiempo previsto, para preparar sus luces y sus efectos sonoros, así como para instruir a los guardianes acerca del comportamiento a seguir. Los interrogadores llegaron con su aspecto de pareja de músicos, con un pesado equipaje y con trajes parecidos a los de Satchmo. El comité de Schwili los siguió dos días después, y sus miembros se aposentaron discretamente en el apartamiento inferior, haciéndose pasar por filatélicos profesionales que habían acudido a la ciudad en vistas a la gran subasta de sellos que en ella iba a celebrarse. A los vecinos esta historia les pareció perfectamente verosímil. Se dijeron: «Son judíos, pero ¿qué importa, en estos tiempos?» A modo de equipo llevaban, además del sistema portátil de acumulación de datos de la señorita Bach, magnetófonos, auriculares, paquetes de comida en lata, y a un muchacho muy delgado, llamado Samuel el Pianista, encargado de manejar el teletipo en comunicación con el puesto de mando de Kurtz. Samuel llevaba un revólver Colt, de gran tamaño, debajo de su gruesa blusa acolchada, propia de montañero, y cuando Samuel transmitía, todos oían el sonido de los choques del revólver contra el borde de la mesa, pero, a pesar de ello, Samuel jamás se desprendía de su arma. Samuel pertenecía a la misma clase de tipo que Daniel, el de la casa de Atenas, por sus modales parecía su hermano gemelo.

La distribución de las habitaciones era competencia de la señorita Bach. Asignó a Leon, basándose en lo muy silencioso que era, la habitación de los niños. En las paredes de este cuarto se veían ciervos

de húmedos ojazos comiendo pacíficamente gigantescas margaritas. Samuel fue a parar a la cocina, con su natural salida al patio trasero, en donde Samuel montó su antena y colgó de ella calcetines infantiles. Pero cuando Schwili vio la habitación que le habían asignado -un cuarto en el que dormir y trabajar al mismo tiempo-, no pudo reprimir una espontánea exclamación de desdicha. Dijo:

- ¡La luz! ¡Santo Dios, qué luz! ¡Ni una carta a la abuelita se puede falsificar con semejante luz!

Juntamente con Leon, rebosante de nerviosa creatividad, excitado ante aquella imprevista experiencia, la señorita Bach, tan dotada de sentido práctico, se dio cuenta inmediatamente de cuál era la naturaleza del problema: Schwili necesitaba más luz del día para realizar su trabajo, pero también la necesitaba, después de su largo encarcelamiento, para su alma. En un dos por tres, la señorita Bach llamó al piso superior y comparecieron los chicos argentinos. Siguiendo las instrucciones de la señorita Bach, se procedió a un rápido traslado de muebles, de un sitio a otro, igual que si se tratara de esos bloques de madera con que los niños juegan a arquitectos, y la mesa de trabajo de Schwili fue colocada junto a la ventana mirador de la sala de estar, desde la que se veía un panorama de hojas verdes y una buena porción de cielo. La propia señorita Bach puso una cortina más, de redecilla, para que el señor Schwili gozara de intimidad, y ordenó a Leon que hiciera una extensión de hilo de conducción eléctrica para la flamante lámpara italiana de Schwili. Luego, obedeciendo a un movimiento de la cabeza de la señorita Bach, todos dejaron en paz a Schwili, a pesar de que Leon le observaba a distancia, disimuladamente, desde la puerta.

Sentado ante la mugiente luz del sol, Schwili puso sobre la mesa sus preciosas tintas, plumas y papeles, situando cada cosa en su debido lugar, cual si mañana tuviera que pasar el gran examen final. Luego se quitó los gemelos de la camisa y se froto despacio las palmas de las manos para calentarlas, a pesar de que la temperatura era cálida, incluso para un ex presidiario. Luego se quitó el sombrero. Después tiró de sus dedos uno a uno, dando así soltura a las articulaciones, produciendo salvas de menudos chasquidos. Luego se dispuso a esperar, tal como había esperado en el curso de su vida adulta, en su integridad.

El gran personaje que todos estaban esperando llegó puntualmente por vía aérea a Munich, aquella misma tarde, procedente de Chipre. No hubo cámaras con flash que celebrasen su llegada, debido a que llego en camilla, asistido por un enfermero y por un médico. El médico era realmente un médico, aunque su pasaporte era falso. En cuanto a Yanuka digamos que era un hombre de negocios inglés procedente de Nicosia, urgentemente trasladado a Munich para

que le hicieran una operación quirúrgica de corazón. Esto quedaba demostrado por un amplio e impresionante expediente de documentos médicos, a los que las autoridades del aeropuerto alemán no prestaron la menor atención. Les bastó con dirigir una rápida mirada, rápida y desagradable, a la exánime cara del paciente para saber que no necesitaban ulterior información. Una ambulancia llevó a los recién llegados, a toda prisa, hacia el hospital de la ciudad, pero en cierto punto la ambulancia se metió en una calleja lateral, como si hubiera ocurrido lo peor, y penetró en el patio cubierto de un empresario de pompas fúnebres, dispuesto a hacer favores. En la ciudad olímpica se pudo ver cómo los dos fotógrafos argentinos y sus amigos transportaban a mano una gran cesta, como las que se emplean para la colada, y con el letrero «Vidrio delicado», desde su viejo minibús al ascensor del servicio, y los vecinos dijeron que, sin la menor duda, los fotógrafos argentinos añadían otro elemento extravagante a su ya voluminoso equipo técnico. Se hicieron divertidos comentarios acerca de si los vecinos del piso interior, los filatélicos profesionales, se quejarían de los gustos musicales de los fotógrafos argentinos. Sí, porque los judíos se quejaban siempre de todo. Entretanto, en el piso superior desempaquetaron su preciosa carga y, con la ayuda del médico, se cercioraron de que nada se había quebrado durante el viaje. Minutos después dejaban a Yanuka en el suelo de la habitación acolchada, con aspecto de confesionario, en donde se esperaba que Yanuka recobrara los sentidos en cuestión de media hora, aun cuando siempre cabía la posibilidad de que la caperuza que impedía el paso de la luz y que le habían atado a la cabeza retrasara un poco el proceso de recobrar la conciencia. Poco después, el médico se iba. Este médico era un hombre concienzudo y, temeroso del futuro de Yanuka, había pedido a Kurtz todo género de garantías de que no le obligara a transgredir sus principios éticos profesionales.

Y, efectivamente, antes de que transcurrieran cuarenta minutos, vieron que Yanuka tiraba de las cadenas con que le habían atado. Primero tiró con las muñecas y luego con las rodillas, y luego con las cuatro articulaciones al mismo tiempo, igual que una crisálida intentando romper su envoltorio, y así lo hizo hasta el momento en que, probablemente, Yanuka cayó en la cuenta de que se encontraba boca abajo. Sí, ya que hizo una pausa y pareció recapacitar. A continuación, Yanuka emitió un exploratorio gemido. Después de lo cual, y sin previo aviso, se armó la de Dios es Cristo, ya que Yanuka, soltando rugientes y angustiados sollozos, uno tras otro, comenzó a retorcerse y a estremecerse violentamente, a intentar revolcarse, y todo lo hizo con tal vigor que los presentes se alegraron doblemente de tenerle encadenado. Después de haber observado la actuación de Yanuka durante un rato, los interrogadores se retiraron, dejando la

situación al cuidado de los guardianes hasta el momento en que la tormenta hubiera pasado. Lo más probable era que a Yanuka le hubieran hinchado la cabeza de historias referentes a la brutalidad de los interrogadores israelíes. Probablemente, Yanuka, en el estado de desorientación en que se hallaba, quería que los interrogadores se comportaran de acuerdo con su fama y convirtieran en realidad los terrores que experimentaba.

Pero los guardianes se negaron a complacerle. Habían recibido órdenes de actuar como silenciosos cancerberos, de mantener distancias y de no hacerle daño. Y obedecían al pie de la letra estas instrucciones, a pesar de lo mucho que les costaba, especialmente a Oded, el aniñado. Desde el instante de la ignominiosa llegada de Yanuka al apartamiento, los jóvenes ojos de Oded quedaron oscurecidos por el odio. Día tras día, a medida que los días pasaron, Oded parecía más y más enfermo y más gris, y en el sexto día, Oded tenía los hombros rígidos, debido únicamente a la tensión de tener bajo su mismo techo a Yanuka vivo.

Por fin, Yanuka causó la impresión de volver a dormirse, y los interrogadores decidieron que había llegado el momento de comenzar a trabajar. En consecuencia, produjeron los sonidos propios del tránsito matutino, encendieron una muy intensa luz blanca, y sirvieron el desayuno a Yanuka, a pesar de que todavía no era medianoche. Ordenaron a gritos a los guardianes que desataran a Yanuka y le permitieran comer como un ser humano, y no como un perro. Luego, los propios interrogadores desataron solícitamente la caperuza que llevaba

Yanuka, debido a que deseaban que la primera noción que de ellos tuviera Yanuka fuera la de sus amables caras, en modo alguno judías, mirándole con ojos de paternal preocupación.

Uno de los interrogadores dijo a los guardias, en inglés y con voz serena:

- Jamás vuelvan a ponerle esas cosas.

Y el interrogador, después de emitir un simbólico suspiro, arrojó caperuza y cadenas a un rincón del cuarto.

Los guardianes se retiraron, y Oded lo hizo con particularmente teatral desgana. Yanuka accedió a tomarse una taza de café, mientras sus dos nuevos amigos le miraban. Los interrogadores sabían que tenía una sed tremenda, ya que habían pedido al doctor, antes de que se fuera, que la provocara, por lo que el café seguramente le supo maravillosamente, a pesar de los aditivos que pudiera contener. Los interrogadores también sabían que la mente de Yanuka se hallaba en un estado de ensoñada fragmentación, y, en consecuencia, indefenso en lo tocante a ciertas zonas importantes, por ejemplo cuando la comprensión constituía una oferta. Después de varias visitas llevadas a

cabo de esta manera, algunas de ellas con el intervalo de pocos minutos, los interrogadores estimaron que había llegado el momento de dar el salto definitivo y presentarse a sí mismos. En términos generales, su plan era el más viejo en esta clase de juegos, pero habían incorporado varias ingeniosas variaciones.

En inglés dijeron que eran observadores de la Cruz Roja. Eran ciudadanos suizos, pero residían aquí, en la cárcel. Sin embargo, no podían decir en qué cárcel, ni en qué lugar se encontraba la cárcel, aun cuando dieron claras pistas de que podía hallarse en Israel. Mostraron impresionantes cartillas en plástico y con huellas dactilares, con sus retratos fotográficos y cruces rojas impresas en líneas onduladas, para dificultar las falsificaciones, como se hace en los billetes de banco. Explicaron que su misión consistía en procurar que los israelíes observaran las normas referentes a los prisioneros de guerra acordadas en la Convención de Ginebra, aun cuando, dijeron, bien sabía Dios que la tarea era difícil, y asimismo en dar a Yanuka medios para comunicar con el mundo exterior, dentro de los límites establecidos por los reglamentos de las prisiones. Estaban ejerciendo presiones para que cambiaran su régimen de incomunicación y le pusieran en el bloque asignado a los prisioneros árabes, pero que les constaba que las sesiones de «rigurosos interrogatorios» podían comenzar en cualquier instante, y que, por el momento, los israelíes proyectaban mantenerle en estado de total incomunicación. Explicaron que, a veces, los israelíes se perdían en el laberinto de sus propias obsesiones, y se olvidaban en absoluto de mantener su imagen pública. Pronunciaron la palabra «interrogatorios» con desagrado, como si quisieran que existiera otra mejor para expresar aquel hecho. En este momento, Oded regresó, cumpliendo así las instrucciones previamente recibidas, y fingió ocuparse de la instalación sanitaria de la celda. En el mismo instante en que Oded llegó, los interrogadores dejaron de hablar y no volvieron a hacerlo hasta que Oded se hubo ido.

A continuación, los interrogadores sacaron un gran formulario y ayudaron a Yanuka a rellenarlo de puño y letra: «Aquí el nombre, querido amigo; aquí la fecha de nacimiento; aquí los parientes más próximos; eso, así, aquí tu profesión; bueno, claro, tu profesión será la de estudiante; sí, títulos, religión y lamentamos mucho darte tanto la lata, pero es obligatorio.» Yanuka fue notablemente veraz y preciso, a pesar de cierta inicial desgana. De todas maneras, esta muestra de deseos de cooperación fue advertida con satisfacción por los miembros del Comité Literario que se hallaba reunido en el piso inferior, a pesar de que la caligrafía de Yanuka fue, en este caso, un tanto parvularia, por culpa de las drogas que le habían sido suministradas.

Al marcharse, los interrogadores dieron a Yanuka un folleto,

impreso en inglés, en el que se hacían constar sus derechos, y además, los interrogadores le obsequiaron con una barrita de chocolate, dándole una palmadita en la espalda, y dirigiéndole un amistoso guiño. Y le llamaron por su nombre de pila, que era Salim. Durante una hora, desde la estancia contigua, los interrogadores observaron a Yanuka, mediante rayos infrarrojos, mientras el preso yacía llorando y meneando la cabeza. Luego dieron la luz en la celda de Yanuka y entraron alegremente. Dijeron al preso:

- ¡Mira lo que te hemos traído! ¡Despierta, Salim, que ya es de día!

Se trataba de una carta dirigida a Yanuka con su nombre y ape llido. Llevaba el matasello de Beirut, había sido enviada por indicación de la Cruz Roja, y llevaba impresas con tampón las palabras «Aprobada por la censura de la prisión». La carta era de su amada hermana

Fatmeh, quien había dado a Yanuka el amuleto de oro que llevaba colgado del cuello. Schwili había falsificado la carta, la señorita Bach había compilado los datos precisos para su contenido, y el camaleónico talento de Leon había suministrado el justo tono del censurable afecto de Fatmeh. Los modelos en que se basaron fueron las cartas que Yanuka había recibido de Fatmeh, mientras el primero se hallaba sometido a estrecha vigilancia. Fatmeh le decía que le amaba, y que albergaba esperanzas de que Yanuka se portara como un valiente, cuando le llegara el momento. Con la palabra «momento», Fatmeh parecía referirse al temido interrogatorio. También le decía que había decidido abandonar a su novio y dejar su trabajo, para volver a entregarse a su labor de ayuda a los desvalidos, debido a que no podía soportar hallarse tan lejos de su amada Palestina, mientras Yanuka se encontraba en tan desesperada situación. Fatmeh admiraba a Yanuka y siempre le admiraría, juraba Leon. Hasta la tumba y más allá de la tumba, Fatmeh admiraría a su valeroso y heroico hermano, había urdido Leon. Yanuka aceptó la carta con fingida indiferencia, pero cuando los interrogadores volvieron a dejarle solo, Yanuka se quedó en postura piadosamente agazapada, con la cabeza noblemente vuelta a un lado y hacia arriba, en la postura del mártir que espera la espada, oprimiendo la carta de Fatmeh contra su mejilla.

Cuando los guardianes volvieron al cabo de una hora para barrer la celda, Yanuka les dijo, no sin cierta altivez, que necesitaba papel.

Bueno, pues fue lo mismo que si nada hubiera dicho. Oded se limitó a bostezar.

- ¡Exijo papel! ¡Exijo la presencia de los representantes de la Cruz Roja! ¡Exijo el derecho a escribir una carta a mi hermana Fatmeh, de acuerdo con las normas de la Convención de Ginebra! ¡Si, señor!

Estas palabras también fueron favorablemente recibidas en el piso

inferior, ya que demostraban que la primera ofrenda del Comité Literario había merecido la aceptación de Yanuka. Inmediatamente se transmitió un mensaje a Atenas. Los guardianes se fueron de la celda con aire lánguido, con la evidente finalidad de pedir instrucciones, y poco tardaron en reaparecer con papel de cartas de la Cruz Roja. También entregaron a Yanuka una hoja impresa que llevaba el título «Consejo a los presos», en el que se decía que sólo se transmitirían las cartas escritas en ingles, y que asimismo sólo se transmitirían las cartas que no contuvieran «mensajes encubiertos». Pero no dieron pluma a Yanuka. Yanuka pidió que le entregaran una pluma, suplicó que le dieran pluma, chilló y lloro, todo a cámara lenta, pero los muchachos contestaron a gritos y muy secamente que la Convención de Ginebra nada decía acerca de plumas. Media hora después, los dos interrogadores volvían a entrar diligentemente en la celda, rebosantes de justa indignación, con una pluma suya que llevaba la inscripción: «Por la humanidad»

Escena tras escena, esta comedia duró varias horas más, mientras Yanuka, en su debilitado estado, luchaba en vano para rechazar la ofrecida mano de la amistad. Su contestación escrita a Fatmeh era clásica. Fue una incoherente carta de tres páginas, en la que se mezclaban los consejos con los sentimientos de piedad hacia sí mismo y con el anuncio de audaces actitudes, que proporcionó a Schwili la primera muestra «limpia» de la caligrafía de Yanuka cuando éste se hallaba en estado de tensión emotiva, y que proporcionó a Leon una excelente muestra primeriza del estilo de Yanuka, en prosa inglesa.

Yanuka escribió: «Mi querida hermana: me estoy enfrentando con la mayor prueba de mi vida, en la cual la grandeza de tu espíritu me acompañará.» Esta carta motivó una comunicación especial. Kurtz dijo a la señorita Bach: «Mándemelo todo. No quiero silencios. Si nada ocurre, dígame que nada ocurre.» Y Kurtz también se dirigió a Leon, en términos más severos: «Haz lo preciso para que la señorita Bach comunique conmigo cada dos horas, a ser posible cada hora.»

La carta de Yanuka a Fatmeh fue la primera de toda una serie. A veces, las cartas de uno y otra se cruzaban. A veces, Fatmeh contestaba las preguntas de Yanuka tan pronto éste se las formulaba, y le formulaba preguntas, a su vez.

Kurtz les había dicho que comenzaran por el final. En este caso concreto, el final estaba muy lejos de ser chismorreos sin importancia. Hora tras hora los dos interrogadores hablaron con Yanuka, comportándose siempre con inflexible afabilidad, dándole ánimos, a juicio de Yanuka, con su monótona sinceridad suiza, reforzando su resistencia en vistas al día en que los inquisidores judíos le arrastraran fuera de la celda para interrogarle. En primer lugar, los interrogadores pidieron a Yanuka su opinión acerca de casi todos los temas que

podían interesarle, halagándole con su respetuosa curiosidad y atención. Con cierta timidez, los interrogadores suizos confesaron que la política jamás había sido tema de su principal interés. Por natural tendencia siempre habían puesto al ser humano por encima de las doctrinas políticas. Uno de ellos citó versos de Robert Burns - que por pura casualidad resultaba ser uno de los poetas favoritos de Yanuka. A veces, casi parecía incluso que los interrogadores pidieran a Yanuka que los convirtiera a su propio credo, tal era el entusiasmo con que escuchaban las argumentaciones de Yanuka. Le preguntaron cuáles eran sus reacciones ante el mundo occidental, después de haber vivido en él cosa de un año o más. Primero la pregunta fue general y luego le preguntaron país por país, y escucharon encantados sus vulgares generalizaciones: el egoísmo francés, la codicia de los alemanes, la decadencia de los italianos…

- ¿E Inglaterra? -le preguntaron inocentemente.

¡Inglaterra era el peor de todos los países!, afirmó Yanuka en tono decisorio. Inglaterra era decadente, estaba en quiebra, y desorientada. Inglaterra era el agente del imperialismo norteamericano. Inglaterra era todo lo malo que en el mundo podía haber, y su peor delito consistía en haber entregado al país a los sionistas. Yanuka derivó hacia otro ataque contra Israel, y los interrogadores le dejaron hacerlo. En aquellas primeras sesiones, los interrogadores no querían que Yanuka tuviera la más leve sospecha de que sus viajes a Inglaterra les interesaban de muy especial manera. Le preguntaron por su infancia, por sus padres, por su hogar en Palestina, y observaron con satisfacción que ni siquiera una vez Yanuka hizo mención de su hermano mayor, y que, ahora, incluso ahora, el hermano mayor de Yanuka había quedado totalmente borrado de la vida de éste. Observaron que, a pesar de todo, Yanuka sólo hablaba de asuntos que consideraba inofensivos para su causa.

Escucharon con impecable simpatía las historias que Yanuka contó de las atrocidades cometidas por los sionistas, y también escucharon sus recuerdos de los días en que jugaba de portero con su victorioso equipo de fútbol, en Sidón. Los interrogadores pidieron:

- Por favor, cuéntenos su mejor partido, explíquenos su mejor parada, háblenos de la copa que usted ganó, y de las personas que estaban presentes cuando el gran Abu Ammar se la entregó personalmente.

Tartamudeando un poco, con cierta timidez, Yanuka lo contó todo. En el piso inferior las cintas de los magnetófonos iban girando y girando, y la señorita Bach no paraba de poner cinta tras cinta, interrumpiendo esta labor solamente para pasar el parte al pianista Samuel, para que lo transmitiera a Jerusalén y a su homólogo David, en Atenas. Entretanto, Leon se sentía en la gloria. Con los ojos

entornados, Leon se sentía sumergido en el idiosincrático inglés de Yanuka, en su manera de expresarse impulsiva y veloz, en sus arrebatos de literaria belleza, en su cadencia y vocabulario, en sus imprevistos saltos de un tema a otro que se producían casi siempre a mitad de una frase. Al otro lado del pasillo, Schwili escribía, musitaba palabras para sí, y soltaba risitas. Pero Leon advirtió que Schwili, de vez en cuando, detenía su trabajo y se hundía en la desesperación. Pocos segundos después, Leon veía cómo Schwili caminaba lentamente por su cuarto, recorriéndolo en todos los sentidos, igual que un preso en su celda, cual si actuara llevado por un impulso de simpatía hacia el pobre muchacho encerrado arriba.

Para hablar acerca del diario emplearon otra farsa, mucho más azarosa. Lo retrasaron hasta el tercer día, el tercer día propiamente dicho, momento en el que ya habían desnudado a Yanuka en la medida de lo posible por el simple método de la conversación. Pero incluso entonces insistieron en que Kurtz les diera el visto bueno para seguir adelante, debido a lo muy nerviosos que estaban de intentar romper la cáscara de la confianza que Yanuka había depositado en ellos, en un momento en que ya no les quedaba tiempo para emplear otros métodos. Los «vigilantes» habían descubierto el diario de Yanuka el día siguiente al secuestro de éste.

Tres vigilantes ataviados con monos de color amarillo y con brazales que les identificaban como mozos de una empresa de limpieza, habían penetrado en el piso de Yanuka. Una llave de la puerta de entrada y una casi auténtica carta del administrador de la casa les habían otorgado cuanta autoridad precisaban. De su camioneta de color canario extrajeron aspiradores, fregonas y una escalera de mano. Luego cerraron la puerta del piso, corrieron las cortinas y durante ocho horas seguidas hurgaron en el piso como hurones, hasta no dejar nada sin investigar, fotografiar y volver a dejar en su sitio, antes de cubrirlo todo con polvo, mediante un artilugio al efecto diseñado. Y entre otras cosas descubrieron, en el fondo de una estantería con libros, en lugar apto para coger el teléfono, el diario de bolsillo forrado con piel de color castaño, regalo de las Middle East Airlines, que algún día seguramente dieron a Yanuka. Sabían que éste llevaba un diario, y no lo habían encontrado cuando secuestraron a Yanuka. Ahora, con su consiguiente alegría, lo habían descubierto. Algunas de sus notas estaban escritas en árabe, otras en inglés y otras en francés. Algunas eran indescifrables en todo género de idiomas, y otras estaban escritas en una clave no muy difícil. En su mayor parte, las anotaciones hacían referencia a citas con otras personas, pero unas cuantas, pocas, tenían carácter retrospectivo: «Me reuní con J; llamé por teléfono a P.» Además del diario, descubrieron otra pieza que habían estado buscando, a saber,

un grueso sobre de papel de seda que contenía un mazo de recibos que abarcaban hasta el día en que Yanuka tuvo que presentar cuentas de los gastos efectuados en el curso de sus operaciones. Siguiendo instrucciones de sus superiores, el equipo también hurtó el sobre en cuestión.

Pero ¿cómo interpretar las anotaciones cruciales del diario? ¿Cómo descifrarlas sin la ayuda de Yanuka?

Los interrogadores tomaron en consideración la posibilidad de aumentar la dosis de droga que daban a Yanuka, pero decidieron no seguir este método. Temían que Yanuka se desmoronase totalmente. Recurrir a la violencia equivalía a arrojar por la ventana toda la confianza que tan arduamente se habían ganado. Además, como buenos profesionales, odiaban la idea de la violencia. Preferían edificar sobre las bases que habían conquistado sobre la base del miedo, de la dependencia y de la inminencia del interrogatorio israelí que aún no había tenido lugar. Por esto, lo primero que hicieron fue entregar a Yanuka otra carta de Fatmeh, que era una de las mejores y más breves que había escrito Leon: «Me he enterado que tu hora está ya muy próxima. Te pido y te ruego que tengas valor.» Encendieron las luces para que Yanuka la pudiera leer, las volvieron a cerrar, y le dejaron solo más tiempo del acostumbrado. Mientras Yanuka se hallaba en la más total oscuridad, le permitieron oír gritos y chillidos apagados, el golpear de distantes celdas al cerrarse, y el sonido de un cuerpo inerte al ser arrastrado con cadenas a lo largo de un pasillo con piso de piedra. Luego hicieron sonar las fúnebres gaitas de una banda militar palestina, con lo que quizá Yanuka llegó a pensar que ya estaba muerto. Ciertamente, se estaba quieto como un muerto. Entraron los guardianes, quienes le desnudaron, le esposaron las manos a la espalda y le pusieron grilletes en los tobillos. Luego le dejaron. Como si le dejaran para siempre. Oyeron que Yanuka farfullaba una y otra vez: «¡Oh, no!»

Pusieron una bata blanca a Samuel, el pianista, y le dieron un estetoscopio, encomendándole que auscultara, sin dar muestras de interés, a Yanuka. Todo ello se hizo en la oscuridad, aun cuando quizá Yanuka percibió la blanca bata moviéndose a su alrededor. Volvieron a dejarle solo. A la luz de los rayos infrarrojos, observaron cómo Yanuka sudaba y temblaba, y hubo un momento en que Yanuka les causó la impresión de intentar suicidarse por el medio de golpearse la cabeza contra la pared, lo cual, estando encadenado, era casi el único movimiento que poda efectuar. Pero la pared estaba gruesamente acolchada, por lo que Yanuka hubiera podido pasarse un año entero golpeándose la cabeza contra ella, sin conseguir los resultados deseados. Le hicieron oír más chillidos, seguidos por un absoluto silencio. Dispararon un tiro de pistola en el silencio y la oscuridad. Se

oyó con tanta fuerza y claridad que Yanuka se estremeció. Luego, Yanuka comenzó a aullar, aunque en voz baja, como si no pudiera darle el volumen que hubiese deseado.

Este fue el momento en que decidieron actuar.

Primero entraron en la celda los guardianes, lo hicieron con aire decidido, y, cogiéndole por uno y otro brazo, le pusieron en pie. Los guardianes iban ataviados con ropas muy ligeras, como si se dispusieran a llevar a cabo un duro trabajo En el instante en que los guardianes habían conseguido arrastrar el tembloroso cuerpo de Yanuka hasta la puerta, aparecieron los dos salvadores suizos e impidieron el paso a los guardianes, mientras en sus caras se formaba la más convincente expresión de indignada preocupación. A continuación se produjo una larga y apasionada discusión entre los guardianes y los dos suizos. La discusión tuvo lugar en hebreo, por lo que Yanuka sólo en parte comprendió lo que se decía, pero parecía que se tratase de un último recurso, de una última instancia. Los dos suizos dijeron que el interrogatorio de Yanuka aún no había sido aprobado por el director de la cárcel, y la norma 6, párrafo 9, de la Convención establecía explícitamente que no se podían aplicar métodos coactivos, sin el permiso del director de la cárcel y sin la presencia de un médico. Pero la

Convención de Ginebra importaba un pimiento a los guardianes, quienes así lo manifestaron. Dijeron que estaban de la Convención hasta el gorro, y se llevaron las manos a la cabeza. Poco faltó para que aquello degenerara en pelea. Únicamente la paciencia suiza pudo evitar tal desenlace. Acordaron que los cuatro irían a ver, ahora mismo, al director de la cárcel para que decidiera. Y los cuatro salieron juntos, muy decididos, dejando de nuevo a Yanuka sumido en la oscuridad, a quien pronto se le vio apoyándose en un muro y orando, a pesar de que, en aquellos momentos, no podía tener la más leve idea del lugar en que se encontraba el Oriente.

A continuación, los dos suizos regresaron, sin los guardianes, aunque con un aspecto tremendamente grave, y aportando consigo el diario de Yanuka como si, a pesar de su pequeñez física, el diario hubiera cambiado totalmente la situación. También llevaban consigo dos pasaportes, uno de ellos francés y el otro chipriota, que habían sido hallados bajo las tablas del suelo, en el piso de Yanuka. Y también llevaban el pasaporte libanés con el que Yanuka viajaba en el momento en que fue secuestrado.

A continuación, los suizos le explicaron el problema con el que se enfrentaban, aunque lo hicieron en unos términos truculentos que no eran habituales en ellos, pero esta truculencia no constituía una amenaza, sino un aviso. Dijeron que, a petición de los israelíes, las autoridades de la Alemania Occidental habían efectuado un registro

en el piso de Yanuka en Munich. Los alemanes habían encontrado el diario, los pasaportes y otros indicios abundantes que reflejaban los movimientos efectuados por Yanuka en el curso de los últimos meses, y que ahora se había decidido investigar «con todo vigor». En su argumentación con el director de la cárcel, los suizos habían insistido en que esta última propuesta no era legal ni necesaria. Lo mejor era, dijeron, que los representantes de la Cruz Roja pusieran dichos documentos ante el detenido, para que éste explicara el sentido de su contenido. Lo mejor era que la Cruz Roja, decentemente, invitara al detenido a explicarse, en vez de obligarle, a fin de dar un primer paso para preparar una declaración -que, si el director de la cárcel así lo deseaba, podía ser manuscrita por el propio detenido- referente a su paradero en el curso de los últimos seis meses, haciendo mención de fechas y lugares, de las personas con las que se habla reunido, de los alojamientos que había ocupado y de la documentación con la que había viajado. Si el honor militar obligaba a ser reticente, dijeron los suizos, el detenido podía alegarlo, en los puntos precisos. En los puntos en que no fuera dable aplicar dicha excepción, el detenido podía declarar, con lo cual ganaría tiempo.

En este momento, los suizos se atrevieron a ofrecer a Yanuka, o a Salim, que era como ahora le llamaban, sus propios consejos. Le suplicaron que, ante todo, fuera veraz y preciso, y tal le dijeron mientras montaban una mesa, daban una manta a Yanuka, y le dejaban libres las manos. No digas nada que quieras mantener en secreto, pero esfuérzate en que aquello que digas sea cierto. Re-cuerda que estamos obligados a conservar nuestro prestigio. Piensa en aquellos que algún día se encontrarán en la misma situación en que tú te encuentras ahora. Pórtate lo mejor posible, en beneficio de esa gente, lo cual será también en tu propio beneficio. La manera en que dijeron estas palabras sugería que Yanuka ya se encontraba a mitad de camino del martirio. Las razones de ello parecían carecer de importancia. Lo único que Yanuka sabía era que el terror dominaba su alma.

Tal como los interrogadores sabían desde un principio, la estratagema no era muy sólida. Y hubo un momento, de notable duración, por cierto, en que temieron que habían perdido la partida. Ello se manifestó en una larga y directa mirada que Yanuka les dirigió, con la que causó la impresión de abrir las cortinas del engaño y ver con toda claridad a sus opresores. Pero la claridad jamás había sido la base de las relaciones entre una y otra parte, y tampoco lo fue ahora. En el instante en que Yanuka aceptó la pluma que le ofrecían, vieron en sus ojos una expresión con la que les suplicaba que siguieran engañándole.

En el día siguiente al de este drama, alrededor de la hora del

almuerzo, en la vida normal y corriente, Kurtz llegó procedente de Atenas, a fin de inspeccionar el trabajo de artesanía de Schwili, y dar su personal aprobación al diario, a los pasaportes y a los recibos, con ciertos ingeniosos añadidos, que debían ser devueltos a sus puntos de origen.

Kurtz también asumió la tarea de volver al principio. Pero, ante todos, cómodamente sentado en el piso inferior, Kurtz llamó a cuantos habían intervenido en la operación, salvo a los guardianes, para que le informaran, a su estilo y aire, acerca de los progresos efectuados.

Kurtz, con las manos enfundadas en blancos guantes de algodón, y sin que en él se advirtieran los rastros de haber pasado la noche entera dedicado a interrogar a Charlie, examinó los documentos que le presentaron, escuchó las cintas magnetofónicas en las grabaciones correspondientes a los momentos cruciales, y contempló con admiración en el ordenador de la señorita Bach los datos referentes a la vida de Yanuka, día tras día, en los últimos tiempos, expresados con letras verdes en la pantalla de un televisor: «Escribe a Charlie desde el City Hotel de Zürich, carta enviada desde el aeropuerto De Gaulle el dieciocho a las veinte horas… se reúne con Charlie en el hotel Excelsior, Heathrow… llamada telefónica a Charlie desde la estación de ferrocarril de Munich…» Y en cada nota iba la expresión de la prueba: el recibo, la anotación en el diario referente a cada encuentro… Se hacía constar en qué punto se daba una voluntaria laguna u oscuridad, debido a que en aquella reconstrucción nada era demasiado claro ni demasiado fácil.

Después de haber hecho todo lo anterior, cuando ya era de noche, Kurtz se quitó los blancos guantes, se puso el uniforme de oficial del ejército israelí, con las insignias de coronel, y unas cuantas siniestras tiras indicativas de campañas en las que había participado, y, en términos generales, redujo sus apariencias externas a las propias de un típico oficial del ejército convertido en funcionario de prisiones. Subió al piso de arriba, anduvo ágilmente de puntillas hasta la ventana de observación, a través de la cual observó muy atentamente a Yanuka durante un rato. Luego mandó a Oded y a su compañero al piso inferior, dándoles estrictas instrucciones de que le dejaran a solas con Yanuka. Hablando arábigo con voz gris y burocrática, Kurtz comenzó formulando a Yanuka unas cuantas preguntas sencillas y aburridas acerca de asuntos menudos: de dónde procedía cierto detonador, cierto explosivo, cierto automóvil o el lugar exacto en que Yanuka y la muchacha se habían reunido antes de que la chica pusiera la bomba de Godesberg.

Los detallados conocimientos que Kurtz poseía, y que demostraba de forma tan carente de énfasis, aterraron a Yanuka, quien reaccionó hablando a gritos a Kurtz y ordenándole que hiciera el favor de

callarse, por razones de seguridad. Esta reacción intrigó a Kurtz.

Con la pasmada estupidez propia de las personas que han pasado largo tiempo en la cárcel, sea en calidad de celadores sea en calidad de presos, Kurtz protestó:

- ¿Y por qué debo callarme? Si tu gran hermano no se ha callado, ¿qué secretos tengo yo que mantener?

Kurtz formuló esta pregunta no a modo de revelación, sino como una lógica consecuencia de algo conocido por los dos. Mientras Yanuka miraba todavía con expresión enloquecida a Kurtz, éste le dijo unas cuantas cosas, referentes al propio Yanuka, que sólo su hermano podía conocer. Nada mágico hubo en esto. Después de haber empleado semanas estudiando la vida cotidiana del muchacho, teniendo intervenido su teléfono e interceptada su correspondencia -por no hablar ya del expediente en él centrado desde los dos últimos años que se hallaba en Jerusalén-, no constituía sorpresa alguna que Kurtz y su equipo estuvieran tan familiarizados como el propio Yanuka con detalles tales como los puntos francos a que sus cartas llegaban, el ingenioso sistema de una sola dirección por el que le llegaban las órdenes, y el momento en que Yanuka quedó sin comunicación con su estructura de mando. Lo que diferenciaba a Kurtz de sus antecesores consistía en la indiferencia con que se refería a estos detalles, así como su también evidente indiferencia ante las reacciones de Yanuka.

Yanuka comenzó a chillar:

- ¿Dónde está mi hermano? ¿Qué le habéis hecho? ¡Mi hermano no se chiva! ¡Jamás hablará! ¿Cómo le capturasteis?

Llegaron a un acuerdo en muy poco tiempo. En el piso inferior, el resto del equipo, arremolinado junto al altavoz, sintió que una impresión de maravilla dominaba por entero el cuarto, mientras oían cómo Kurtz, tres horas después de haber llegado, demolía fácil y rápidamente las últimas defensas de Yanuka. «En mi calidad de director de esta cárcel, mis funciones se limitan a cuestiones administrativas -explicó Kurtz-. Tu hermano se encuentra en el hospital, en una celda del hospital, abajo. Sí, está un tanto fatigado. Como es natural, tenemos esperanzas de que salve la vida, pero tardará unos cuantos meses en poder caminar. Cuando hayas contestado las preguntas pertinentes, firmaré una orden que te permita que compartas la celda de tu hermano; de modo que podrás cuidarle hasta que se recupere. Si te niegas a contestar, seguirás aquí, en el lugar en que ahora te encuentras.» Luego, para evitar que Yanuka creyera que le estaban engañando, Kurtz le mostró la foto en color, hecha con una polaroid, y debidamente trucada, en la que se veía la apenas reconocible cara del hermano de Yanuka, sobresaliendo de una manta carcelaria, manchada de sangre, mientras dos celadores

le llevaban en vilo, después de haber sido interrogado.

Pero el talento de Kurtz jamás le permitía adoptar una postura inmóvil. Cuando Yanuka comenzó a hablar de verdad, Kurtz inmediatamente dio muestras de cordial comprensión de las pasiones del muchacho. De repente, el viejo carcelero sintió escuchar todo lo que el gran luchador había dicho al joven aprendiz. Cuando Kurtz regresó al piso inferior, el equipo había recibido de Yanuka cuanto de él se podía conseguir. Lo cual era casi nada o absolutamente nada, como Kurtz se apresuró a observar, en lo tocante a determinar el paradero del hermano mayor de Yanuka. Se advirtió, además, que la vieja norma del veterano interrogador había quedado de relieve una vez más, a saber, que la violencia física es contraria a la ética y al espíritu de la profesión. Kurtz insistió en ello, principalmente ante Oded. Realmente, Kurtz dio gran importancia a la máxima en cuestión. «Si es preciso hacer uso de la violencia, y es de advertir que, en ocasiones, no queda otro remedio, esforzaos siempre en utilizar la violencia contra la mente y no contra el cuerpo.» Kurtz estaba convencido de que se podían sacar lecciones de todo, siempre y cuando los jóvenes tuvieran la vista suficiente para verlas.

Kurtz insistió en esta máxima ante Gavron, aunque produjo una impresión notablemente inferior.

A pesar de todo, Kurtz ni siquiera entonces quiso descansar, o quizá no pudo descansar. A primera hora de la mañana siguiente, cuando el asunto de Yanuka estaba ya resuelto, con la salvedad de la última decisión, Kurtz regresó al centro de la ciudad, para consolar al equipo de vigilancia, cuya moral había descendido vertiginosamente, desde la desaparición de Yanuka. «¿Qué se ha hecho del muchacho? -gritó el viejo Lenny-. ¡Un chico con un futuro tan formidable, una promesa en tan diferentes campos!» Después de haber cumplido su piadosa misión, Kurtz se dirigió hacia el norte para tener otra amistosa entrevista con el buen doctor Alexis, haciendo caso totalmente omiso del hecho consistente en que, en méritos de la supuesta inestable naturaleza del doctor, Misha Gavron le hubiera apartado de la operación.

Esbozando una ancha sonrisa, Kurtz, recordando el fatuo telegrama que Gavron había enviado a la casa de Atenas, dijo a Litvak: -Diré al doctor Alexis que soy norteamericano.

Sin embargo, Kurtz iba al encuentro de su amigo, solo, con cauteloso optimismo. Dijo a Litvak: «Ahora avanzamos, y Misha sólo me ataca cuando estoy quieto.»

10

La taberna era mucho más primitiva que las de Mikonos, con un aparato de televisión, en blanco y negro, cuyas imágenes ondeaban como una bandera a la que nadie saludaba, y con unos clientes que eran viejos campesinos tan altivos que ni siquiera prestaban atención a los turistas, incluso en el caso de que se tratara de lindas muchachas inglesas, con un caftán azul, pelirrojas, y con un brazalete de oro. Pero en la historia que Joseph se estaba inventando ahora, eran Charlie y Michel que cenaban a solas en la grill-room de un parador situado en las afueras de Nottingham, que les había abierto las puertas en méritos del soborno pagado por Michel. El patético automóvil de Charlie se encontraba, como de costumbre, incapacitado para circular, y guardado en su garaje favorito de Camden. Pero Michel tenía un Mercedes lujoso, y ésta era la marca que le gustaba más. Michel tenía su Mercedes aparcado en la puerta trasera del teatro, y a bordo del Mercedes se llevó inmediatamente a Charlie, en un viaje de diez minutos, bajo la sempiterna lluvia de Nottingham. Y no hubo pasajera pataleta de Charlie, fuere aquí fuese allá, no hubo perecederas dudas de la muchacha, capaces de poner freno al impulso de la narración de Joseph.

Joseph dijo:

- Michel lleva guantes de conducir, para conducir. Es una de sus manías. Si te fijas en ello, nada dices al respecto.

Charlie pensó: «Sí, guantes con orificios en el dorso.» Preguntó:

- ¿Y qué tal conduce?

- No es un conductor nato, pero esto es algo que tú no se lo reprochas. Le preguntas dónde vive, y te contesta que ha llegado en automóvil desde Londres para verte. Le preguntas cuál es su ocupación y te contesta: «Estudiante.» Le preguntas dónde estudia y te contesta: «En Europa.» Lo dice de tal manera que parece insinuar que Europa es un sitio malo. Cuando insistes en tus preguntas sobre el mismo tema, aun cuando no lo haces con excesivo interés, te dice que sigue cursos semestrales en diversas ciudades, según sea el estado de su ánimo y el profesor que dirija el curso. Dice que los ingleses no

comprenden este sistema de estudio. Cuando pronuncia la palabra «inglés», lo hace de tal manera que te parece hostil; tú no sabes por qué te parece hostil, pero así te parece. Hazme más preguntas.

- ¿Dónde vive ahora?

- Es un tanto evasivo al respecto, igual que yo. Con vaguedad, dice que a veces vive en Roma, a veces en Munich, un poco en París, en cualquier sitio, según decida. También en Viena. No dice que viva enclaustrado, pero deja claramente establecido que no está casado, lo cual no te desagrada.

Joseph sonrió y retiró la mano. Siguió:

- Tú le preguntas qué ciudad le gusta más, y él no contesta por estimar que la pregunta es frívola. Le preguntas qué disciplina estudia, y te contesta: «La libertad.» Le preguntas de qué país es y él te contesta que su patria está, en la actualidad, ocupada por el enemigo. ¿Cuál es tu reacción ante todo eso?

- Confusión.

- De todas maneras, llevada por tu habitual tozudez, vuelves a insistir y Michel pronuncia la palabra Palestina. Con pasión. En su voz, la palabra Palestina es un reto, es un grito de guerra: Palestina.

Joseph tenía la mirada tan fija en Charlie que ésta no pudo reprimir una risita nerviosa, después de lo cual apartó la mirada. Joseph dijo:

- Debo recordarte que en los tiempos en que ocurre todo lo anterior tú estás seriamente liada con Alastair, pero éste se encuentra en Argyll, para tu tranquilidad, interpretando un corto comercial que anuncia un producto de consumo carente de todo valor, y te consta que Alastair convive con la actriz que interpreta el corto junto con él. ¿De acuerdo?

- De acuerdo.

Y con la consiguiente sorpresa, Charlie se dio cuenta de que se había sonrojado. Joseph

dijo:

- Y ahora te ruego que me digas, por favor, lo que la palabra Palestina, pronunciada de la manera antes dicha por un muchacho ardiente, significa para ti en un parador de Nottingham, durante una noche lluviosa. Digamos que es él mismo quien te lo pregunta. Si te lo pregunta. ¿Por qué no ha de preguntártelo?

Charlie pensó: «¡0h Dios!, ¿Cómo se puede dar tantas vueltas a un mismo asunto?» Contestó:

- Los admiro.

- Llámame Michel, por favor.

- Los admiro, Michel.

- ¿Por qué?

- Por sus sufrimientos.

Charlie se sintió un poco tonta, después de esta contestación, y añadió:

- Por su perseverancia.

- Tonterías. Nosotros, los palestinos, no somos más que un hatajo de terroristas carentes de educación, que hubiéramos debido acostumbrarnos hace ya mucho tiempo a la pérdida de nuestra patria. No somos más que ex limpiabotas y vendedores ambulantes, no somos más que delincuentes juveniles con metralletas y viejos que se niegan a olvidar. Dime tu opinión. Para mí es de gran importancia. Recuerda que todavía te llamo Joan.

Charlie dejó de respirar. «Bueno: a fin de cuentas de algo me sirvieron mis fines de semana revolucionarios.» Contestó:

- Muy bien, de acuerdo, ahí va. Los palestinos, vosotros los palestinos, sois un pueblo pacifico y decente, dedicado a la agricultura y con grandes tradiciones, que injustamente fuisteis privados de vuestras tierras y vuestra patria, desde 1948, con la sola finalidad de apaciguar al sionismo, y de dejar bien sentada una base de Occidente en Arabia.

- Tus palabras no me desagradan, ni mucho menos. Prosigue, por favor.

Fue maravilloso para Charlie descubrir lo mucho que recordaba, al impulso de la perversa presión que Joseph ejercía en ella. Párrafos de olvidados panfletos, conferencias de entusiastas, discursos de luchadores por la libertad, páginas de libros leídos a medias, todo acudía a su memoria cual fieles aliados en un momento de apuro. Dijo:

- Sois el invento surgido de un complejo de culpabilidad europeo con respecto a los judíos… Os han obligado a pagar el holocausto en el que vosotros no participasteis… Sois víctimas de una política racista e imperialista, antiárabe, empeñada en un comportamiento de desposición y destierro…

En voz baja, Joseph apuntó:

- Y asesinato.

- Y asesinato.

Charlie volvió a vacilar, y se fijó en la extraña mirada fija en ella y, lo mismo que le ocurrió en Mikonos, de repente comprendió que ignoraba en absoluto el significado de aquella mirada. En tono frívolo, Charlie dijo:

- De todas maneras, esto es lo que los palestinos sois. -Al advertir que Joseph nada decía a estas palabras, Charlie añadió-: Y te lo digo porque lo preguntas, que conste.

Charlie siguió mirando a Joseph, en espera de que le diera una indicación que le revelara qué era lo que ella debía ser. Bajo el influjo de la presencia de Joseph, Charlie había relegado sus convicciones a

las vivencias de una existencia anterior. Y estaba dispuesta a decir sólo lo que Joseph quisiera.

Como si jamás se hubieran sonreído el uno al otro en el curso de toda su existencia, Joseph dijo en tono de mando:

- Advierte que Michel no dice frivolidades. Advierte cuán rápidamente se ha dirigido a la faceta seria de tu personalidad. En ciertos aspectos, Michel también es meticuloso. Por ejemplo, esa noche lo ha preparado todo: la comida, el vino, las velas e incluso la conversación. Bien podemos decir que, con una eficiencia de puro estilo israelí, ha montado una campaña completa para capturar él solito a su Joan.

Fija la vista en su brazalete, como si lo estudiara, Charlie repuso gravemente:

- Lamentable.

- Entretanto, te dice que eres la más brillante actriz del mundo, lo cual, supongo, no te desagrada en absoluto. Insiste en confundirte con santa Juana, por lo que te llama Joan, pero en estos momentos ya no te irrita tanto como antes que la vida y el teatro formen una sola unidad para Michel. Te dice que santa Juana ha sido su heroína favorita desde el primer día en que leyó algo a ella referente. Era una mujer, y, a pesar de ello, supo despertar la conciencia de clase entre los campesinos franceses, y les dirigió en su batalla contra los invasores ingleses, imperialistas y opresores. Era una auténtica revolucionaria que supo encender la llama de la libertad en los pueblos oprimidos del mundo. Transforma en héroes a los esclavos. Esto es el resumen del análisis crítico de Michel. La voz de Dios dirigiéndose a Juana no es más que la conciencia revolucionaria de la propia Juana que la impulsa a ofrecer resistencia a los colonialistas. Desde luego, no puede ser la verdadera voz de Dios, debido a que Michel ha concluido que Dios ha muerto. ¿No te habías dado cuenta de todo lo anterior, al interpretar el papel de Juana de Arco?

Charlie seguía toqueteando el brazalete. A la ligera, contestó:

- Es posible que no me hubiera dado cuenta de algunos de estos aspectos.

Charlie levantó la cabeza y vio en Joseph una granítica expresión de desaprobación. Charlie exclamó:

- ¡Oh, Dios!

Joseph dijo:

- Charlie, te advierto muy sinceramente que jamás debes burlarte de Michel mediante tu occidental ingenio. Su sentido del humor es cambiante, y deja de existir en cuanto se centra en chistecitos acerca de su persona, principalmente cuando es una mujer quien los hace.

Joseph hizo una pausa para que su advertencia calara hondo. Siguió:

- Bueno… La comida es horrorosa, pero a ti te da absolutamente igual. Michel ha pedido carne, ignorando que tu estás pasando una de tus temporadas de vegetariana. Masticas unas pequeñas porciones de carne para no ofender a Michel. En una carta escrita posteriormente, le dirás que fue el peor bistec que comiste en tu vida, y, al mismo tiempo, el mejor. Sólo puedes prestar atención, mientras Michel habla, a su voz animada y apasionada, y a su bello rostro árabe iluminado por la luz de las velas. ¿De acuerdo?

Charlie dudó, sonrió y dijo:

- Eso.

- Te ama, está enamorado también de tu talento, y ama a santa Juana. Te dice: «Para los colonialistas británicos, Juana de Arco era una delincuente, cual lo han sido todos los luchadores por la libertad. Lo fue George Washington, lo fue Mahatma Gandhi, y también lo fue Robin Hood. De la misma forma que también lo son los luchadores por la libertad de Irlanda.» Tú te das cuenta de que Michel no expresa ideas que sean exactamente nuevas, pero su apasionada voz oriental, tan rebosante de… ¿naturalidad animal, digamos?, da a las ideas que expresa cierto carácter hipnótico que te impresiona, y da nueva vida a los viejos clisés. Es algo así como volver a descubrir el amor. Michel te dice: «Para los ingleses, todo aquel que lucha contra el terror del colonialismo es un terrorista; los británicos son mis enemigos, sí, todos salvo tú. Los británicos entregaron mi patria a los sionistas, mandaron allá a los judíos de Europa con la orden de convertir el Este en Oeste. Les dijeron: "Id allá y domesticad el Oriente en nuestro beneficio, los palestinos son basura, pero serán buenos esclavos para vosotros." Los viejos colonizadores británicos estaban cansados y derrotados, por lo que nos entregaron a los nuevos colonizadores, que tenían las ansias v la brutalidad precisas para cortar el nudo gordiano. Los británicos dijeron a los judíos: "No os preocupéis por el asunto árabe, que nosotros miraremos hacia otro lado, mientras vosotros os encargáis de ellos."» Escucha. ¿Me escuchas?

Joseph, ¿acaso he dejado de escucharte siquiera un instante? Joseph prosiguió:

- Michel es un profeta para ti, esa noche. Con anterioridad, nadie había concentrado sobre ti, sola, la plena fuerza de su fanatismo. Su convicción, su entrega y su devoción resplandecen en él, mientras habla. Desde luego, desde un punto de vista teórico, esta predicando a una convencida de antemano, pero, desde un punto de vista práctico, está poniendo un corazón humano en el vago cajón de sastre de tus izquierdistas principios. Esto es algo que tu le dices en una carta escrita más tarde, prescindiendo de que sea o no sea lógico que un cajón de sastre contenga un corazón. Quieres que te sermonee, quieres que ataque tu británico sentido de culpabilidad, y es lo que Michel

hace. Tu protector cinismo queda totalmente apartado. Te sientes renacida. ¡Cuán lejos está Michel de los prejuicios de la clase media, prejuicios que aún no han sido erradicados! ¡Cuán lejos se encuentra de tus simpatías occidentales, tan perezosamente adquiridas!

Joseph hizo una pausa y dijo en voz baja, como si Charlie hubiera formulado una pregunta:

- ¿Dime?

Charlie meneó negativamente la cabeza, v Joseph volvió a lanzarse, rebosando el fervor propio de su árabe personaje:

- Michel ignora totalmente que en teoría tú ya estás de su parte. Exige que te obsesiones del todo con su causa, que te conviertas de nuevo a ella. Te dice estadísticas como si tú fueras culpable de los números. Más de dos millones de árabes cristianos y musulmanes expulsados de su patria, desde 1948. Sus casas y sus pueblos fueron arrasados, y te dice los correspondientes números, sus tierras expropiadas en méritos de leyes en las que los acabe; no tuvieron ni voz ni voto, y te recita el número de *dunams* (un dunam equivale a mil metros cuadrados). Tú se lo has preguntado y él te lo ha dicho. Y cuando estos árabes llegan al exilio, sus propios hermanos árabes los asesinan y los tratan como a chusma, y los israelíes bombardean sus campamentos debido a que los palestinos siguen resistiendo. Si, ya que resistirse a ser desposeído es ser un terrorista, en tanto que colonizar, bombardear a refugiados, diezmar la población, esto no es más que una lamentable necesidad política. Si, ya que diez mil árabes muertos valen menos que un judío muerto. Escucha.

Joseph se inclinó al frente y cogió a Charlie por la muñeca:

- En Occidente no hay ni un solo liberal que dude en hablar en contra de las injusticias de Chile, Sudáfrica, Polonia, Argentina, Cambodia, Irán, Irlanda del Norte, o cualquier otro territorio que esté de moda.

La presión de la mano de Joseph sobre la muñeca de Charlie se intensificó:

- Sin embargo, ¿quién tiene la pura y simple valentía de manifestar en voz alta el acto más cruel y burlesco de toda la historia, consistente en que Israel, en treinta años, ha convertido a los palestinos en los nuevos judíos de la tierra? ¿Sabes cómo los sionistas calificaban a mi país, antes de apoderarse de él? Pues decían: «Es una tierra sin pueblo para un pueblo sin tierra.» ¡No existimos! Mentalmente, los sionistas ya habían cometido un genocidio, sólo les faltaba cometerlo de hecho. Y vosotros, los ingleses, fuisteis los arquitectos de esa gran visión. ¿Sabes cómo nació Israel? Una potencia europea regaló a un grupito de judíos un territorio árabe. Y no consultó ni a un solo habitante de dicho territorio. Y esta potencia fue la Gran Bretaña. ¿Quieres que te cuente cómo nació Israel? ¿Es

demasiado tarde, quizá? ¿Estás cansada, acaso? ¿Tienes que regresar a tu hotel?

Mientras daba las contestaciones pedidas, Charlie tuvo tiempo de maravillarse ante la paradoja de un hombre capaz de bailar con tantas y tantas de sus muchas sombras, y, a pesar de ello, mantener el equilibrio. Entre los dos ardía una vela. Estaba clavada en el cuello de una vieja y grasienta botella negra, y sometida al constante ataque de un moscardón ebrio, que Charlie apartaba de vez en cuando con el dorso de la mano, con lo cual su brazalete despedía destellos. A la luz de la vela, mientras Joseph desarrollaba su historia alrededor de Charlie, ésta contemplaba la cara recia y disciplinada de Joseph, alternándola con la de Michel, cual si se tratara de dos caras impresas en una misma placa fotográfica.

- Escucha. ¿Me escuchas?

- Joseph, te estoy escuchando. Michel, te estoy escuchando.

- Nací en el seno de una patriarcal familia en un pueblo situado cerca de El Jalil, ciudad a la que los judíos llaman Hebrón. -Hizo una pausa, con la recia mirada de sus ojos negros fija en Charlie, y repitió-: El Jalil. -Volvió a callar. Y habló de nuevo-: Recuerda el nombre, es de gran importancia para mí que lo recuerdes, y lo es por muchas razones. Recuérdalo: El Jalil. ¡Dilo!

Charlie lo dijo: «El Jalil.»

- El Jalil es un gran centro de pura fe islámica. En arábigo, la palabra significa «amigo de Dios». El pueblo de El Jalil, o Hebrón, es la élite de Palestina. Y te voy a contar un chistecito que te dará mucha risa. Existe la creencia de que el único lugar del que los judíos jamás fueron expulsados es la montaña de Hebrón, que se alza al sur de la ciudad. Por lo tanto, es muy posible que por mis venas corra sangre judía. Y esto no me avergüenza. No soy antisemita, sólo soy antisionista. ¿Me crees?

Joseph no esperó a que Charlie le asegurase que le creía, debido a que no lo necesitaba.

- En casa éramos seis hermanos; o sea, cuatro chicos y dos chicas. Yo soy el menor. Todos trabajábamos la tierra; mi padre era el mukhtar, o jefe, nombrado por el consejo de los ancianos. Nuestro pueblo era famoso por sus higos y sus uvas, por sus guerreros y por sus mujeres, mujeres tan hermosas y tan obedientes como tú. La mayor parte de los pueblos son famosos solamente por una cosa. El mío lo es por muchas.

Charlie murmuró:

- Sí, claro, ¿cómo no?

Pero su interlocutor estaba muy lejos, pero que muy lejos, de ser susceptible a ironías.

- Sin embargo, mi pueblo era famoso sobre todo por los sabios

consejos que daba mi padre, quien tenía la convicción de que los musulmanes debieran formar una sociedad conjuntamente con los cristianos y los judíos, de la misma forma que sus respectivos profetas vivían en armonía, todos juntos, bajo un mismo Dios. Y te hablo mucho de mi padre, mi familia y mi pueblo. En esta ocasión y en muchas otras posteriores. Mi padre admiraba a los judíos. Había estudiado el sionismo, y le gustaba invitar a judíos a nuestro pueblo para hablar con ellos. Obligó a mis hermanos mayores a aprender el hebreo. De niño escuchaba por la noche a los hombres cantando viejas canciones de guerra. De día, llevaba por la brida el caballo de mi abuelo al río, y escuchaba cuentos de viajeros y trashumantes. Cuando te describo este paraíso, te causo la sensación de recitarte auténtica poesía. Sí, sé hacerlo. Tengo el don preciso para ello. Te cuento que en la plaza de mi pueblo bailábamos el dabke y escuchábamos el oud, mientras los viejos jugaban al chaquete y fumaban sus narjeels.

Esta última palabra nada significaba para Charlie, pero tuvo la prudencia suficiente para no interrumpir a Joseph.

- En realidad, tal como voluntariamente reconozco ante ti, poco recuerdo de todo lo que te he contado. En realidad, te estoy contando los recuerdos de mis mayores, ya que ésta es la manera en que nuestras tradiciones perviven en el exilio de los campamentos. A medida que pasan las generaciones, nos vemos obligados más y más a vivir nuestra patria al través de los recuerdos de los viejos. Los sionistas te dirán que no teníamos una cultura y que no existíamos. Te dirán que estábamos degenerados, que vivíamos en chozas de adobe y que íbamos cubiertos de apestosos harapos. Te dirán palabra por palabra lo mismo que, en pasados tiempos, los antisemitas decían de los judíos en Europa… La verdad, en ambos casos, es que éramos un pueblo noble.

La oscura cabeza que Charlie tenía ante sí efectuó un movimiento afirmativo, indicando que las dos personalidades estaban de acuerdo en lo tocante a esta última realidad.

- Te cuento nuestra vida campesina, y los muchos intrincados sistemas mediante los cuales se mantenía el comunitario vivir en nuestro pueblo, te cuento la cosecha de la uva, te cuento que la población entera iba a los viñedos, siguiendo las órdenes del mukhtar, mi padre. Te explico que mis hermanos mayores comenzaron su formación en una escuela que vosotros, los ingleses, establecisteis en el Mandato. Te reirás, pero la verdad es que mi padre también creía en los ingleses. Te cuento que en la casa destinada a invitados, en nuestro pueblo, había café caliente a todas horas, de día y de noche, para que nadie dijera que el pueblo era pobre o que nosotros no tratábamos con la debida hospitalidad a los forasteros. ¿Quieres saber qué le ocurrió al caballo de mi abuelo? Lo vendió para comprarse un

rifle, con la finalidad de matar sionistas cuando atacaran el pueblo. Pero pasó todo lo contrario: los sionistas mataron a tiros a mi abuelo. Y obligaron a mi padre a estar al lado de ellos, de los sionistas, cuando mataron a mi padre. A mi padre, que había tenido fe en ellos.

- ¿Es verdad esto?

- Por supuesto.

Pero Charlie no pudo determinar si la contestación se la había dado Joseph o Michel, y le constaba que quien le contestó quería que no lo supiera.

- Cuando me refiero a la guerra del 48, la llamo «La Catástrofe». Jamás hablo de la guerra, siempre hablo de la Catástrofe. Carecíamos de organización, y no podíamos defendernos del agresor armado. Nuestra cultura se desarrollaba en pequeñas comunidades, todas independientes, y lo mismo cabe decir de nuestra economía. Pero, al igual que los judíos de Europa antes de su holocausto, carecíamos de unidad política, lo cual fue nuestra perdición. Con excesiva frecuencia nuestras pequeñas comunidades peleaban entre sí, lo cual es característico de los árabes, estén donde estén, y quizá también de los judíos. ¿Sabes lo que hicieron los sionistas en mi pueblo, debido a que no huimos, dejándolo abandonado, como hicieron nuestros vecinos?

Charlie no lo sabía, pero ello carecía de importancia debido a que quien le hablaba no le prestaba la menor atención.

- Llenaron de gasolina y explosivos varios barriles, y los soltaron colina abajo, con lo que nuestras mujeres y los niños murieron abrasados. Podría hablarte durante una semana entera, sólo de las torturas a que mi gente ha sido sometida. Manos cortadas. Mujeres violadas y quemadas vivas. Niños cegados.

Una vez más, Charlie examinó profundamente a aquel hombre para saber si realmente creía sus propias palabras. Pero el hombre no le dio clave alguna, como no fuera la de una intensa solemnidad en su expresión, solemnidad que armonizaba bien con cualquiera de sus maneras de ser.

- Ahora, si te murmuro las palabras.Deir Yasseen», ¿sabes lo que te digo, sabes lo que significan?

- No, Michel; jamás las había oído.

Pareció complacido. Dijo:

- Pues en este caso, debes preguntarme. ¿Qué significa Deir Yasseen?

Charlie así lo hizo:

- Por favor, señor, dígame qué significa Deir Yasseen.

- Una vez más te contesto como si lo hubiera visto con mis propios ojos ayer mismo. El día 9 de abril de 1948, en el pequeño pueblo árabe de Deir Yasseen, doscientos cincuenta y cuatro habitantes del pueblo, mujeres, viejos y niños, fueron asesinados por

los pelotones terroristas de Sión, mientras los hombres jóvenes trabajaban en los campos. Mujeres preñadas tuvieron que sufrir que asesinaran a sus hijos nonatos, en su propio vientre. La mayoría de los cadáveres fueron arrojados a un pozo. Pocos días después, casi medio millón de palestinos habían huido de su propio país. El pueblo de mi padre fue una excepción. Mi padre dijo: «Nos quedamos aquí, ya que si vamos al exilio, los sionistas jamás nos permitirán volver.» Mi padre incluso creía que vosotros, los ingleses, volveríais para protegernos. No alcanzaba a comprender que vuestras ambiciones imperialistas necesitaban implantar en el Oriente Medio, en el mismísimo corazón del Oriente Medio, un obediente aliado.

Charlie sintió en ella la mirada de Joseph, y se preguntó si aquel hombre era consciente del interior retraímiento del espíritu de Charlie, y si el hombre había tomado la decisión de hacer caso omiso de ello. Sólo después, Charlie pensó que Joseph provocaba voluntariamente tal retraímiento, con la finalidad de que se pasara al campo opuesto.

- Durante casi veinte años, a partir de la Catástrofe, mi padre se mantuvo arraigado en los restos de mi pueblo. Algunos le tildaban de colaboracionista. Esa gente no sabía nada de nada. Esa gente no había sentido la bota del sionista en el cuello. En los alrededores de mi pueblo, en las regiones contiguas, la gente era expulsada, golpeada y detenida. Los sionistas confiscaban sus tierras, arrasaban sus casas con los tractores, y fundaban asentamientos sobre el terreno devastado, y en estos asentamientos prohibían que morasen árabes. Pero mi padre era pacífico y sabio, lo que le permitió, durante cierto tiempo, mantener a los sionistas alejados de nosotros.

Una vez más, Charlie sintió deseos de preguntarle: «¿Y eso es verdad?» Pero tampoco en esta ocasión tuvo tiempo para ello.

- Pero en la guerra del 67, cuando vimos que los tanques se acercaban a nuestro pueblo, también nosotros emprendimos la huida. Con lágrimas en los ojos, nuestro padre nos reunió, y nos dijo que juntáramos todo lo que teníamos. Nos dijo: «Ahora, comenzarán los pogroms.» Yo era el más joven y no sabía nada de nada, por lo que le pregunté: «Padre, ¿qué es un pogrom?» Y me contestó: «Es lo que los occidentales hicieron a los judíos, y precisamente por esto es lo que ahora los sionistas nos hacen a nosotros; los sionistas han conseguido una gran victoria y podrían ser generosos; pero en su política no hay virtudes.» Hasta el fin de mis días recordaré cómo mi altivo padre penetró en la miserable choza que entonces era nuestro hogar. Durante largo rato estuvo quieto ante la entrada de la choza, reuniendo el valor preciso para entrar. No lloró, pero se pasó varios días sentado en una caja de madera que contenía sus libros, y nada comió. Creo que mi padre, en el curso de aquellos días, se avejentó

veinte años. Dijo: «He penetrado en mi tumba; esta choza es mi tumba.» Desde el momento en que entramos en Jordania nos convertimos en apátridas, sin documentación, sin derechos, sin futuro, sin trabajo. ¿La escuela a la que me mandaron? Era una barraca hecha con latas, llena de moscas y de niños mal alimentados. Recibo enseñanzas de Al Fatah. Son muchas las cosas que tengo que aprender. Me enseñan el manejo de las armas de fuego. Me enseñan a luchar contra los agresores sionistas.

Hizo una pausa y Charlie, al principio, pensó que le sonreía, pero en su rostro no había alegría. Con voz tranquila, dijo a Charlie:

- Lucho, luego existo. ¿Sabes quién dijo estas palabras, Charlie? Un sionista. Un sionista patriota, amante de la paz, idealista, que ha matado a muchos ingleses y a muchos palestinos, mediante métodos terroristas; ahora bien, debido a que es un sionista, no es un terrorista, sino un héroe y un patriota. ¿Sabes quién era este sionista cuando pronunció estas palabras, este sionista civilizado y amante de la paz? Era el primer ministro de un país llamado Israel. Procedente de Polonia. Tú, que eres una inglesa bien educada, ¿puedes decirme a mí, que soy un campesino apátrida, de qué manera un polaco llegó a ser el jefe político de mi patria, Palestina, un polaco que sólo existe debido a que lucha? ¿Puedes explicarme, por favor, en méritos de qué principio de la justicia inglesa, de la inglesa imparcialidad y del juego limpio inglés, este hombre gobierna mi país? ¿Y nos llama terroristas?

La pregunta resbaló de la mente de Charlie, antes de que pudiera analizarla. Charlie no estimó que la pregunta constituyera un reto, sino que ello quedó de relieve por sí mismo, gracias al caos que su interlocutor estaba creando en ella. Charlie le preguntó:

- ¿Y tú puedes decírmelo?

No contestó; sin embargo, no se comportó como si no hubiera oído la pregunta. La recibió. Charlie tuvo una pasajera impresión de que la había estado esperando. Luego, el interlocutor de Charlie se irguió, en un movimiento poco agradable, soltó una carcajada, cogió el vaso y lo levantó en brindis a Charlie, a quien ordenó:

- Brinda conmigo. Vamos: levanta tu vaso. Son los vencedores quienes escriben la historia. ¿Habías olvidado un hecho tan simple como éste? ¡Bebe conmigo!

Obediente, Charlie levantó el vaso.

El hombre dijo:

- Brindo por el menudo y valeroso Israel, por su increíble capacidad de supervivencia, gracias al subsidio norteamericano de siete millones de dólares diarios, y gracias a todo el poder del Pentágono bailando al son de Israel.

Sin beber, dejó el vaso en la mesa. Charlie hizo lo mismo. Con este gesto, con el consiguiente alivio de Charlie, pareció que el

melodrama terminara, por el momento.

- Y tú, Charlie, escuchas. Admirada y pasmada por su romanticismo, por su belleza, por su fanatismo. No es un hombre reticente. No tiene las inhibiciones occidentales. ¿Tiene éxito el trasplante antes dicho o quizá el tejido de tu imaginación rechaza algo tan perturbador?

Charlie cogió la mano de Joseph y comenzó a explorar la palma con la punta de sus dedos. Para ganar tiempo, Charlie le preguntó:

- ¿Y domina el inglés hasta el punto de poder decir todo esto?

- Tiene un vocabulario plagado de palabras en jerga, y una impresionante cantidad de frases de vacía retórica, de estadísticas dudosas, y de citas tendenciosamente utilizadas. A pesar de esto, comunica la excitación propia de una mente joven, apasionada, y en constante formación.

- ¿Y qué hace Charlie durante todo ese tiempo? Sí, ¿qué hago? ¿Me estoy quieta y pasmada, con cara de boba, pendiente de todas y cada una de sus palabras? ¿Le animo a seguir hablando? ¿Qué hago?

- De acuerdo con el libreto, tu actuación carece de toda importancia. Michel te tiene medio hipnotizada, al otro lado de la vela. Esto es lo que tú le dices en una de las cartas que más adelante le escribirás. «Mientras viva recordaré tu noble rostro, iluminado por la luz de la vela, en la primera noche que estuvimos juntos.» ¿Crees que estas frases son un poco exageradas o ridículas quizá?

Charlie soltó la mano de Joseph, y dijo:

- ¿A qué cartas te refieres? ¿De dónde recibo tales cartas?

- Por el momento, dejemos establecido que tú, más tarde, le escribes cartas. Y permíteme que te lo vuelva a preguntar: ¿te parece eficaz lo que te he dicho? ¿O estimas que debiéramos despedir al autor del libreto e irnos a casa?

Charlie tomó un sorbo de vino. Luego otro. Y dijo:

- Es eficaz. Sí, por el momento se puede representar, esa obra.

- ¿Y la carta? ¿No te parece demasiado? ¿Eres capaz de aguantar el escribir cartas así?

- Si no se puede dejarlo todo expresado en una carta, ¿de qué otra manera podrás hacerlo?

- Excelente. En consecuencia, esto es lo que tú le escribes, y ésta es la manera en que todo se desarrolla. Con la salvedad de un pequeño detalle. Este no es tu primer encuentro con Michel.

Sin hacer comedia, Charlie dejó bruscamente el vaso sobre la mesa.

Una nueva excitación se había apoderado de Joseph. Inclinándose hacia adelante, de manera que la luz de la vela iluminó sus bronceadas sienes, causando la impresión de que fuera la luz del sol incidiendo en un casco de bronce, Joseph dijo:

- Escucha. -Hizo una pausa y repitió-: Escucha. ¿Me escuchas? Una vez más, Joseph no se tomó la molestia de esperar la contestación. Dijo-: Una cita de un filósofo francés: «El mayor delito es no hacer nada debido a que tememos que sólo podamos hacer un poco.» ¿No te suena la frase?

En voz baja, Charlie exclamó:

- ¡Oh, Dios!

Y, llevada por un impulso, cruzó protectora mente los brazos sobre su pecho. Joseph inquirió:

- ¿Quieres que prosiga? -De todas maneras, prosiguió-: ¿No te recuerda a nadie esta frase? «Sólo hay una guerra de clases, y esta guerra de clases es la que se da entre los colonizadores y los colonizados, entre los capitalistas y los explotados. Nuestra tarea es llevar la guerra al terreno de aquellos que la inician. Al terreno de los millonarios racistas, que creen que el Tercer Mundo es una granja de su propiedad privada. Al terreno de los corruptos jeques petroleros que han vendido la primogenitura del mundo árabe.»

Joseph hizo una pausa, y observó cómo la cabeza de Charlie resbalaba por entre sus manos. Esta musitó:

- Basta, Joseph. Esto es ya demasiado. Vayamos a casa.

- «Al terreno de los belicistas imperialistas que arman a los agresores sionistas. Al terreno de la insensata burguesía occidental que es inconsciente esclava de su sistema y perpetuadora del mismo.» -Joseph hablaba casi en un murmullo, pero precisamente debido a ello su voz era mas penetrante-. «Nos dicen que no debemos atacar a las mujeres y a los niños. Pero yo os digo que la inocencia ha dejado de existir. Por cada niño que muere de hambre en el Tercer Mundo, hay en Occidente un niño que ha robado la comida de aquél.»

Charlie, ahora tremendamente segura de la situación en que se encontraba, dijo por entre los dedos con que se cubría la cara:

- Basta. Esto es excesivo. Me rindo.

Pero Joseph prosiguió su recitado:

- «Cuando tenía seis años de edad, me echaron de mi tierra. Cuando tenía ocho años me alisté al Ashbal.» Vamos, Charlie: pregunta qué es el Ashbal. Si, tú eres quien debe formular la pregunta. Y la formulaste. ¿Y qué te contesté?

Por entre sus dedos, Charlie repuso:

- La milicia infantil. Voy a vomitar, ahora mismo, Joseph.

- «A los diez años de edad estuve agazapado en un refugio construido con nuestras propias manos, mientras los sirios bombardea ban nuestro campamento. Cuando yo tenía quince años, mi madre y mi hermana fueron asesinadas por los sionistas, en el curso de un ataque aéreo.» Prosigue, Charlie. Termina tú misma mi historia.

Charlie había vuelto a coger la mano de Joseph, en esta ocasión

con las dos suyas, y la golpeaba suavemente contra la mesa, como si de esta manera quisiera reñirle. Joseph le recordó:

- «Si se puede bombardear a los niños, los niños también pueden luchar.» ¿Y si esa gente coloniza? ¿Qué? ¡Prosigue! Casi sin querer, Charlie repuso:

- Hay que matarla.

- ¿Y si las madres del mundo agresor alimentan a sus hijos para poderles enseñar después a robarnos la tierra y a bombardear a nuestros compatriotas en el exilio?

- En este caso, las madres están en primera línea de fuego, juntamente con sus maridos, Joseph.

- ¿Y qué debemos hacer nosotros?

- Debemos matarlas también. Pero yo no le creí, cuando me contó todo lo que has dicho, y tampoco ahora le creo.

Joseph hizo caso omiso de la protesta de Charlie. Ahora Joseph estaba declarando, en nombre del otro, su eterno amor a Charlie:

- Escucha, por los orificios del negro casco que me había puesto, mientras te transmitía mi mensaje en el curso de la conferencia, observé cómo me mirabas entusiasmada. Observé tu cabeza pelirroja. Tus fuertes y revolucionarias facciones. ¿Y acaso no fue paradójico que, en la primera ocasión en que nos vimos, yo estuviera en el escenario y tú te encontraras entre el público?

- ¡Yo no estaba entusiasmada! Contrariamente, pensaba que te estabas excediendo, y sentía deseos de decírtelo.

Pero Joseph no permitió que Charlie le enmendara la plana:

- Fueran cuales fuesen tus sentimientos en aquella ocasión, ahora, aquí, en el motel de Nottingham, sometida a mi hipnótica influencia modificaste tus recuerdos. Y me dices que, a pesar de no haber podido ver mi cara, mis palabras quedaron para siempre grabadas en tu memoria. ¿Por qué no? ¡Charlie, así consta en la carta que me dirigiste!

Pero Charlie no estaba dispuesta a ceder. No, todavía no. De repente, y por primera vez desde el instante en que Joseph comenzó su relato, Michel se había convertido para Charlie en un ser independiente y vivo. Charlie se dio cuenta de que hasta el presente instante se había servido, inconscientemente, de las facciones de Joseph para dar vida a su imaginario amante, y de la voz de Joseph para dar carácter a sus declamatorias manifestaciones. Pero ahora, igual que una célula que se divide, los dos, hombres eran seres independientes y en contradicción, y Michel había adquirido su propia dimensión en la realidad. Charlie le volvió a ver en la sala de conferencias, con el suelo sin barrer, y con la fotografía de Mao, en viejo papel que ya se curvaba, y con los rayados bancos de escuela. Vio las filas de distintas cabezas con peinados que iban desde el de

estilo afro al estilo Jesús, y volvió a ver a Long Al, laciamente sentado, en estado de aburrida embriaguez. Y en el estrado vio la figura aislada e indescifrable del valeroso representante de Palestina, un poco más bajo que Joseph, y quizá un poco más recio, aunque era difícil determinarlo, tal como iba, con su negra máscara, su ancha blusa caqui y su *kaffiyeh* blanco y negro, aunque ciertamente era más joven y, desde luego, más fanático. Recordó sus labios de pez, con expresión airada, debajo del casco. Se acordó del pañuelo rojo desafiantemente liado al cuello, y las manos enguantadas con las que subrayaba sus palabras y argumentaciones. Principalmente, recordó su voz, que no era gutural, como Charlie había previsto, sino de tono literario y cortés, en macabro contraste con su sanguinario mensaje tan impropio de Joseph. Recordó que se detenía, con el fin de volver a estructurar una frase, impulsado por sus deseos de expresarse con gramatical corrección: «Las armas y el regreso son una misma cosa para nosotros…; es imperialista todo aquel que no nos ayuda en nuestra revolución…, no actuar es apoyar la injusticia.»

En el mismo tono de leve rememoración, Joseph dijo:

- Me enamoré de ti inmediatamente. O, por lo menos, esto es lo que ahora te digo. Tan pronto terminé la conferencia, pregunté quién eras, pero me sentí incapaz de abordarte delante de tanta gente. También me di cuenta de que no podía mostrarte mi rostro, rostro que es una de mis mejores armas, En consecuencia, decidí ir a tu encuentro en el teatro. Hice indagaciones y te localicé en Nottingham. Y allá fui: te amo infinitamente, Michel.

Como si quisiera disculparse, Joseph dio exageradas muestras de preocuparse por el bienestar de Charlie, le llenó el vaso, pidió café, tras preguntarle cómo le gustaba más - resultó ser con un poco de leche-, le preguntó si deseaba ir al lavabo, obteniendo la contestación de que no, gracias. En la pantalla de televisión se veía un boletín de noticias, en el que un sonriente político descendía por la escalerilla de un avión. El político consiguió llegar al suelo, sin contratiempos.

Terminadas estas muestras de solicitud, Joseph miró significativamente a su alrededor, en la taberna, y luego miró a Charlie. A continuación, la voz de Joseph se convirtió en la mismísima esencia del sentido práctico:

- En consecuencia, Charlie, te conviertes de la Joan, la Juana de Arco, de Michel, en su gran amor, en su obsesión. Los empleados del motel ya se han ido, y estamos los dos solos en el comedor. Tu admirador sin máscara y tú. Ha pasado ya la medianoche y yo te he estado hablando durante demasiado tiempo, a pesar de que ni siquiera he comenzado a explicarte los sentimientos de mi corazón, ni a preguntar acerca de tu vida, a pesar de que te amo más que a nadie en mi vida, de que una experiencia semejante es totalmente nueva para

mi, etcétera. El día siguiente es domingo, y tú estás libre, en tanto que yo he alquilado una habitación en el hotel. No hago el menor intento de persuadirte. No, no es éste mi estilo. Quizá sienta demasiado respeto hacia tu dignidad. O quizá mi orgullo me impida el intento de persuasión. O bien tú vienes a mí, como un verdadero compañero de armas, una amante libre, en una relación de soldado a soldado, o bien no te comportas de tal manera. ¿Cómo reaccionas? ¿Te muestras súbitamente impaciente por regresar al Astral Commercial Hotel, junto a la estación ferroviaria?

Charlie le miró fijamente y luego apartó la mirada. En la cabeza le bullían diez o doce respuestas cómicas, pero decidió prescindir de ellas. La figura del encapuchado en la sala de conferencias volvió a ser una abstracción. Era Joseph, y no un extraño, quien le había formulado la pregunta. ¿Y qué podía contestar Charlie, cuando en su imaginación ya estaban los dos juntos en cama, descansando Joseph su cabeza sobre el hombro de Charlie, teniendo Joseph su fuerte cuerpo con cicatrices junto al de Charlie, mientras ésta averiguaba la verdadera manera de ser de Joseph?

Joseph dijo:

- A fin de cuentas, Charlie, según tus propias declaraciones, te has acostado con hombres por mucho menos que esto.

Charlie, pareciendo de repente muy interesada en el salero de plástico, repuso:

- ¡Oh, sí, por muchísimo menos!

- Luces la costosa joya que te ha regalado. Te encuentras sola en una ciudad aburrida. Llueve. Ese hombre ha sabido halagar a la actriz, ha sabido despertar tus revolucionarios impulsos. ¿Cómo vas a rechazarle?

Charlie recordó a Joseph:

- Y también me ha dado de comer. A pesar de que yo estaba pasando una temporada vegetariana.

- Creo que ese hombre representa cuanto una aburrida muchacha occidental puede soñar.

Incapaz de mirarle siquiera, Charlie musitó:

- Joseph, por el amor de Dios!…

Mientras con una seña pedía que le entregaran la cuenta, Joseph dijo en tono decisorio:

- Muy bien. Felicidades. Por fin has encontrado tu alma gemela.

En los modales de Joseph había aparecido bruscamente una expresión de misteriosa brutalidad. Charlie tuvo la ridícula sensación de que su asentimiento había irritado a Joseph. Observó cómo pagaba la cuenta y cómo se guardaba el recibo en el bolsillo. Detrás de Joseph, Charlie salió al aire nocturno. Charlie pensó: «Soy una muchacha comprometida dos veces. Si amas a Joseph, dedícate a

Michel. Como un alcahuete me ha vendido a su fantasma en el teatro de la realidad.»

Mientras entraban en el automóvil, Joseph dijo sin dar importancia a sus palabras:

- En la cama, te dice que su verdadero nombre es Salim, aunque ello constituye un gran secreto. Prefiere ser Michel. Ello se debe, en parte, a razones de seguridad, y, en parte, a que ya está levemente enamorado de la decadencia europea.

- Y a mí me gusta más Salim.

- Pero le llamas Michel.

«Lo que queráis», pensó Charlie. Pero la pasividad de Charlie era un engaño, incluso para ella misma, por cuanto sentía el nacimiento de la ira, que se iba alzando, muy lejos todavía, pero real.

El motel parecía un bloque de una fábrica, de poca altura. Al principio no encontraron espacio donde aparcar, pero después, un minibús Volkswagen, blanco, salió y dejó espacio para ellos. Charlie vio la figura de Dimitri al volante del minibús. Con las orquídeas en la mano, tal como Joseph le había dicho, Charlie esperó a que Joseph se pusiera el blazer rojo, y luego le siguió por el aparcamiento hasta la puerta de entrada. Joseph llevaba la bolsa de viaje de Charlie, así como su propia elegante cartera negra de hombre de negocios. Charlie le siguió a cierta distancia, con desgana. En el vestíbulo, mirando de soslayo, vio a Raoul y a Rachel en pie, bajo la deficiente luz, leyendo los programas de excursiones para el día siguiente. Charlie les dirigió una furiosa mirada. Joseph fue a recepción, y Charlie se puso junto a él, para ver cómo firmaba en el libro de registro, a pesar de que Joseph le había dado estrictas instrucciones de que no lo hiciera. El nombre era árabe, la nacionalidad libanesa, y las señas, las de un apartamiento en Beirut. Los modales de Joseph eran desdeñosos, los propios de un hombre de alta posición, que muy pronto se sentía ofendido. Charlie se dijo: «Sabes hacerlo bien.» Pero se lo dijo, en su fuero interno, con desgana, y esforzándose en odiarle. Joseph fue parco en sus ademanes, aunque con mucho estilo en ellos, identificándose con el papel que representaba. El aburrido recepcionista en servicio nocturno lanzó una lujuriosa mirada a Charlie, pero no dio muestra alguna de aquella falta de respeto a que Charlie estaba acostumbrada. Un empleado cargaba su equipaje en una enorme carretilla de hospital. «Visto un caftán azul, luzco un brazalete de oro, llevo ropa interior de Persephone, de Munich, y morderé al primer palurdo que me trate de fulana.» Joseph la tomó del brazo, y la mano de Joseph quemaba en el brazo de Charlie. La muchacha apartó el brazo de un tirón. «¡No sobes!» A los sones de gregoriano canto plano, difundido por ocultos altavoces, siguieron la carretilla con el equipaje a lo largo de un túnel gris, con puertas

pintadas en tonalidades pastel. Su dormitorio era de la categoría grande luxe, lo cual significaba que tenía un aspecto tan estéril como un quirófano, y una cama de matrimonio.

Con furiosa hostilidad, Charlie exclamó:

- ¡Cristo! -Y miró furiosa a su alrededor.

El mozo del motel le dirigió una sorprendida mirada, pero Charlie hizo caso omiso de él. La muchacha vio un cuenco con fruta, un cubo con hielo, dos vasos y una botella de vodka esperando junto a la cama. También había un jarrón para las orquídeas. Charlie arrojó las orquídeas al jarrón. Joseph dio una propina al mozo, la carretilla emitió un gemido de despedida, y, de repente, los dos se encontraron solos, ante una cama del tamaño de un campo de fútbol, en tanto que dos minotauros, al carboncillo, y debidamente enmarcados, suministraban un ambiente de erotismo de buen tono, mientras que un balcón proporcionaba una perfecta vista del aparcamiento. Charlie sacó la botella de vodka del cubo de hielo, se sirvió un buen trago y se dejó caer desmadejadamente en el borde de la cama. Dijo:

- Salud, muchacho.

Joseph se hallaba de pie, contemplando sin expresión en el rostro a Charlie, y repuso, a pesar de que no tenía el vaso en la mano:

- Salud.

- Y ahora, ¿qué hacemos? ¿Nos dedicamos a hacer una partid¡ta de naipes? ¿O es ésta la gran escena para la que hemos comprado las entradas?

Alzando la voz, Charlie prosiguió:

- Quiero decir, ¿quién diablos somos en este caso concreto? Lo quiero saber sólo a título informativo. ¿Quiénes somos? ¿Lo entiendes? ¿Quiénes?

- Sabes muy bien quiénes somos, Charlie. Somos dos enamorados gozando de nuestra luna de miel en Grecia.

- Pues yo pensaba que estábamos en un motel de Nottingham.

- Estamos interpretando los dos papeles al mismo tiempo. Pensaba que lo habías comprendido. Estamos construyendo el pasado y el presente.

- Debido a que tenemos muy poco tiempo a nuestra disposición.

- Digamos que se debe a que hay vidas humanas en peligro.

Charlie tomó otro trago de vodka, y observó que tenía la mano firme como una roca, ya que así se le ponía la mano cuando Charlie se malhumoraba seriamente. Charlie corrigió a Joseph:

- Vidas judías, querrás decir.

- ¿Es que son diferentes de las otras vidas?

- ¡Pues sí, si, señor! ¡Santo cielo! Quiero decir que Kissinger puede bombardear a los camboyanos hasta hartarse, y nadie pestañea siquiera. Los Israelíes pueden despedazar palestinos a placer. Pero si

alguien mata a un par de conejos en Frankfurt o cualquier otro sitio, ello es un desastre internacional de primera división especial, ¿no es así?

Charlie tenía la vista fija en un punto situado más allá del cuerpo de Joseph, como si contemplara a un invisible enemigo, pero a pesar de este enfoque visual, Charlie pudo ver que Joseph daba un firme paso hacia ella, y, durante un feliz instante, Charlie pensó que Joseph se disponía a dejarla sin opciones, de una vez para siempre. Pero, contrariamente, Joseph pasó junto a la muchacha, llegó al balcón y abrió las puertas, quizá debido a que quisiera que el zumbido del tránsito ahogara la voz de Charlie.

Fija la vista en el exterior, sin el más leve matiz de emoción en la voz, Joseph dijo: -Todo son desastres. Pregúntame lo que sienten los habitantes de Kiryat Shmonah, cuando los palestinos los bombardean. Pregunta a los habitantes de los kibbutz qué sienten cuando oyen el silbido de los cohetes Katiuska, cuando llegan de cuarenta en cuarenta, mientras esconden a sus hijos en refugios, diciéndoles que sólo se trata de un juego.

Joseph hizo una pausa y emitió un suspiro de aburrimiento, como si ya hubiera oído demasiadas veces sus propias argumentaciones. En tono más práctico, Joseph añadió:

- De todas maneras, la próxima vez que utilices esta argumentación, recuerda que Kissinger es judío. Esto es también impontante en el un tanto primitivo arsenal argumentativo de Michel.

Charlie se llevó los nudillos a la boca y descubrió que estaba llorando. Joseph se acercó y se sentó a su lado, en la cama, y Charlie esperó que le pusiera el brazo alrededor de los hombros, o que le ofreciera sabias razones una vez más, o, sencillamente, que la poseyera, que era lo que más hubiera gustado a Charlie. Pero Joseph no hizo ninguna de estas cosas. Se limitó a dejarla llorar, hasta que, poco a poco, Charlie tuvo la falsa impresión de que Joseph había acoplado su humor al de ella, y que los dos lloraban juntos. Con mucha mayor eficacia que las palabras, el silencio de Joseph causaba la impresión de mitigar lo que los dos tenían que hacer. Durante largo tiempo, durante lo que pareció siglos, estuvieron los dos así, sentados el uno al lado del otro, hasta que Charlie permitió que su sensación de ahogo se desvaneciera en un suspiro de agotamiento. Pero no por ello Joseph se movió, ni hacia ella, ni alejándose de ella.

Desesperada y cogiendo una vez más la mano de Joseph, Charlie dijo: -Joseph, ¿quién diablos eres? ¿Qué sientes en el interior de este laberíntico amasijo de alambre de espino?

Charlie levantó la cabeza y comenzó a prestar atención a los sonidos producidos por otros seres en las habitaciones vecinas. Oyó los suplicantes vagidos de un niño insomne. Oyó una estridente discusión

conyugal. Y también oyó el sonido de pasos en el balcón. Volvió la vista y vio a Rachel, vestida con mono de deporte, de tela de rizo, armada con una bolsa para el tocador y un termo, y de esta guisa penetraba en el dormitorio.

Charlie yacía despierta, tan agotada que no podía conciliar el sueño. Nottingham jamás fue así. Del cuarto contiguo llegaba el apagado sonido de una voz que hablaba por teléfono, y a Charlie le pareció reconocer aquella voz. Charlie yacía en brazos de Michel. Charlie yacía en brazos de Joseph. Charlie añoraba a Al. Charlie se encontraba en Nottingham con el amor de su vida. Charlie se encontraba a salvo en su propia cama en Camden, y también se hallaba aún en el cuarto que su maldita madre todavía llamaba el cuarto de los niños. Charlie yacía tal como había yacido el día en que su caballo la derribó, contemplando la película de su vida y explorando su mente tal como había explorado dubitativamente su propio cuerpo, miembro a miembro, para saber si había padecido lesiones. A kilómetros de distancia, al otro lado de la cama, Rachel leía una obra de Thomas Hardy, en edición de bolsillo, a la luz de una menuda lamparilla.

Charlie preguntó:

- ¿A quién tiene, Rachel? ¿Quién le zurce los calcetines y le limpia las pipas?

- Mejor será que se lo preguntes a él, querida.

- ¿Eres tú?

- Daría mal resultado. A la larga daría mal resultado, ¿no crees?

Medio adormilada, Charlie intentaba descifrar el enigma de aquel hombre. Dijo:

- ¿Ha sido un luchador, no es cierto?

Muy satisfecha, Rachel repuso:

- El mejor. Y todavía lo es.

- ¿Y cómo encontraba las ocasiones de luchar?

Sin dejar de estar inmersa en la lectura de su libro, Rachel contestó:

- Los demás se las proporcionaban.

Charlie decidió formular una pregunta audaz:

- ¿Tuvo esposa, en otros tiempos? ¿Qué fue de ella? Rachel repuso:

- Lo siento mucho. Mil perdones, querida.

Haciendo caso omiso de la chasqueante contestación, Charlie musitó: -¿Y esta esposa se tiró por la ventana o la empujaron? Da igual. Pobre tía, seguramente tenía que comportarse como seis camaleones, sólo para ir en autobús con él. Charlie se quedó inmóvil durante un rato. Luego preguntó:

- ¿Y cómo te metiste en este lío, Rachel?

Con la consiguiente sorpresa de Charlie, Rachel dejó el libro apoyado en su estomago y contestó la pregunta. Dijo que sus padres eran judíos ortodoxos de Pomerania. Después de la guerra se trasladaron a Macclesfield y ganaron mucho dinero en la industria textil. Tranquilamente, Rachel dijo:

- Si, con sucursales en toda Europa, y un lujoso piso en Jerusalén.

Habían querido que Rachel estudiara en Oxford y que luego pasara a trabajar en la empresa familiar, pero Rachel prefirió estudiar la Biblia y la historia de los judíos, en la Universidad Hebrea.

Cuando Charlie insistió para que Rachel le contara el paso siguiente, la muchacha se limitó a contestar:

- Sencillamente, ocurrió.

Charlie quiso saber el cómo y el porqué:

- ¿Quién te inició, qué te dijeron?

Rachel no quiso decirle el cómo ni el quién, aunque sí el porqué. Dijo que conocía bien Europa y conocía asimismo el antisemitismo. Y quería demostrar a aquellos engreídos sabra, pequeños héroes de guerra, que conoció en la universidad, que ella podía luchar por Israel tan bien como un muchacho.

Arriesgándose más, Charlie preguntó: -¿Y Rose?

- Rose era una muchacha complicada -repuso Rachel, como si ella no lo fuera. Rose había pertenecido a las juventudes sionistas en la República de Sudáfrica, y había ido a Israel sin saber exactamente si acaso no le hubiera valido más quedarse en Sudáfrica y luchar contra el apartheid.

Rachel explicó:

- Y Rose lucha con tanto más empeño por cuanto no sabe todavía qué hubiera debido hacer.

Y, a continuación, con un enérgico movimiento que indicaba que la conversación había terminado, volvió a sumirse en la lectura de Mayor of Casterbridge.

«Un empacho de ideales -pensó Charlie-. Y hace dos días yo no tenía ideal alguno.» Se preguntó si acaso ahora tenía algún ideal. Pensó que se lo volvería a preguntar mañana por la mañana. Durante un rato, adormilada, imaginó leer los siguientes titulares: «FAMOSA IMAGINATIVA ENCUENTRA LA REALIDAD», «JUANA DE ARCO QUEMA A UN ACTIVISTA PALESTINO». «Bueno, Charlie; pues sí: buenas noches.»

El dormitorio de Becker se hallaba un poco más allá, en el mismo pasillo, y tenía dos camas, lo cual era lo más que el hotel se acercaba a reconocer la posibilidad de que en el mundo hubiera personas no aparejadas. Becker yacía en una de las camas y contemplaba la otra, separada de la suya por la mesilla con teléfono. Faltaban diez minutos para la una y media, y la una y media era el momento señalado. El

conserje de guardia nocturna había recibido su propina, prometiendo pasar la llamada. Becker estaba plenamente despierto, como a menudo le ocurría a aquella hora. Estaba habituado a pensar con gran rapidez y a dejar de pensar muy lentamente, a tenerlo todo en el primer plano de su mente y a olvidar lo que había detrás, o lo que no había detrás. El teléfono sonó a la hora convenida, y la voz de Kurtz saludó a Becker. Este se preguntó dónde diablos estaría Kurtz. Oyó música de altavoz al fondo, y aventuró correctamente que Kurtz se encontraba en un hotel. En Alemania, recordó, ya que sólo un hotel alemán es capaz de establecer comunicación con un hotel de Delfos. Kurtz hablaba en inglés, debido a que con ello llamaba menos la atención, y lo hacía en un tono tranquilo, para no alarmar a un posible escucha. Becker le dijo que sí, que todo se desarrollaba a pedir de boca. Las conversaciones se sostenían en un buen ambiente, y no esperaba que se produjeran dificultades, por el momento. Becker se preguntó por el último producto.

Y Kurtz, en el tono altisonante que solía emplear para lanzar al combate a sus tropas más rezagadas, repuso:

- Contamos con colaboraciones de primerísimo orden. Cuando quieras ven a visitar el almacén, y te aseguro que el producto no te defraudará. Y tengo que decirte otra cosa.

Por norma general, Becker rara vez terminaba sus conversaciones telefónicas con Kurtz, y lo mismo hacía éste en las conversaciones con el primero. Se daba la rara circunstancia de que cada uno de ellos hacía lo posible para ser el primero en dejar de hablar con el otro. Sin embargo, en esta ocasión, Kurtz escuchó hasta el final, y lo mismo hizo Becker. Pero éste, cuando colgó el teléfono vio sus atractivas facciones reflejadas en el espejo, y las estuvo contemplando un rato, con notable desagrado. Instantes hubo en que le parecieron las luces de un buque pirata, y sintió el morboso y avasallador deseo de apagarlas de una vez para siempre: o ¿Quien diablos eres? ¿Qué es lo que sientes?» Becker se acercó al espejo. «Siento lo mismo que sentiría si estuviera contemplando a un amigo muerto y alentara esperanzas de que resucitara. Siento lo mismo que si estuviera buscando mis viejas esperanzas en otra persona, y lo hiciera sin el menor éxito. Siento que soy un actor, tal como lo eres tú, rodeándome a mí mismo de versiones de mi propia identidad, debido a que, por razones ignoradas, el personaje original, se perdió en el camino. Aunque, en realidad, nada siento, debido a que los sentimientos verdaderos son subversivos y atentan contra la disciplina militar. En consecuencia, no siento, sin embargo lucho, luego existo.»

En la ciudad, Becker caminaba con impaciencia, a largos pasos, mirando fijamente al frente, como si caminar le aburriera, y como si la distancia, como siempre, fuera demasiado corta. Era una ciudad que

esperaba ser atacada, y durante más de veinte años Becker había conocido muchas ciudades, demasiadas, en estas mismas circunstancias. Las gentes habían huido de las calles, a los oídos no llegaban voces de niños. Derriba las casas. Dispara contra todo lo que se mueva. Los coches y camionetas que se veían habían sido abandonados por sus dueños, y sólo Dios sabe cuándo dichos dueños volverían a echar la vista encima a sus vehículos. De vez en cuando, la rápida mirada de Becker penetraba deslizándose en un portal abierto o en una calleja sin luces, pero el acto de observar era habitual en el, y no por ello menguaba la velocidad de su paso. Al llegar a un cruce, Becker alzó la cabeza para leer en la placa el nombre de la calle, pero una vez mas siguió adelante a paso vivo, antes de penetrar muy deprisa en un solar en construcción. Allí había un minibús, aparcado entre montones de ladrillos. Palos destinados a sostener alambres para tender la ropa a secar se inclinaban en los alrededores del minibús, de manera que disimulaban la existencia de una antena de unos treinta pies. Del interior del mini-bus salía una música suave. Se abrió la puerta del vehículo, el cañón de una pistola apuntó a la cara de Becker, como un ojo que le escrutara, la pistola desapareció. Una voz respetuosa dijo:

- Shalom.

Becker entró en el minibus y cerró la puerta. La música no conseguía superar el irregular parloteo de un pequeño teletipo. David el operador de la casa de Atenas, estaba agazapado junto al aparato. Le acompañaban dos de los chicos de Litvak. Limitándose a efectuar un movimiento de saludo con la cabeza, Becker se sentó en el banco con almohadillas, y comenzó a leer el montón de hojas de teletipo que habían sido arrancadas antes de su llegada.

Los muchachos le miraban con respeto. Becker tenía la impresión de que aquellos chicos contaban vorazmente las cintas de sus medallas, y que probablemente sabían sus actos de heroísmo mucho mejor que él mismo.

El más audaz de los dos muchachos osó decir:

- Es guapa la chica, Gadi.

Becker no le hizo caso. A veces, Becker subrayaba un párrafo, otras veces subrayaba una fecha. Cuando hubo terminado, entregó los papeles a los muchachos, y les ordenó que le formularan preguntas, hasta que quedó en la certeza de haberse aprendido bien cuanto debía aprenderse.

Al salir del minibús, Becker se detuvo, en contra de su voluntad. junto a una ventana, y oyó las alegres y juveniles voces que hablaban de él.

El más audaz de los dos muchachos dijo:

- Gavron le reserva un cargo de director general. Si, dirigir a una

nueva fábrica textil cerca de Haifa.

El otro repuso:

- Excelente. En este caso lo que debemos hacer es retirarnos y dejar que Gavron nos convierta en millonarios.

11

En vistas a su prohibida pero crucial reunión con el buen doctor Alexis, Kurtz había adoptado un aire de fraternal afinidad entre dos profesionales, no sin matices de estar fraguada por una muy vieja amistad. A propuesta de Kurtz, no se reunieron en Weisbaden, sino en Frankfurt, donde las multitudes son más densas y móviles, en un amplio y destartalado hotel, especializado en convenciones, donde aquellos días se celebraba una conferencia para alumnos de la artesanía de muñecos de trapo. Alexis había propuesto que se reunieran en su casa, pero Kurtz declinó esta invitación mediante una insinuación que Alexis comprendió de inmediato. Se reunieron a las diez de la noche, y los alumnos de la industria antes mentada habíanse esparcido por la ciudad en busca de otra clase de muñecas. El bar estaba vacío en sus tres cuartas partes, y aquel par parecía, a primera vista, formado por dos comerciantes más dedicados a solucionar los problemas mundiales, ante un jarrón con flores de plástico. Lo cual, hasta cierto punto, era verdad. Sonaba música por los altavoces, pero el barman escuchaba un recital de música de Bach, al través de un transistor.

Desde la última vez que se habían reunido, Alexis había experimentado un cambio, ya que había dejado de tener la expresión propia de un enanito travieso. Sí, esta faceta de Alexis parecía adormecida para siempre. Se advertían en él las primeras sombras del fracaso, como los síntomas precoces de una enfermedad, y su sonrisa televisiva tenía ciertos desagradables matices de modestia. Kurtz, que se estaba preparando para el asalto final, advirtió con satisfacción lo anterior. Alexis también se daba cuenta todos los días, cuando en la intimidad del cuarto de baño, todas las mañanas, con los dedos echaba hacia atrás la piel alrededor de los ojos y recuperaba momentáneamente los últimos vestigios de su moribunda juventud. Kurtz le dio recuerdos de la gente de Jerusalén, y, a modo de testimonio de amistad, le entregó una botella de agua turbia extraída del Jordán. Le habían dicho que la nueva señora Alexis esperaba un hijo, y sugirió que quizá aquella agua les fuera útil. Este gesto conmovió a Alexis, y le divirtió un poco más que la ocasión en cuyo mérito se hizo el obsequio.

Después de haber contemplado la botella, con expresión de cortés pasmo, Alexis dijo:

- Parece que usted se enteró antes que yo. Ni siquiera lo he comunicado a mis jefes.

Y estas palabras eran verdad. El silencio de Alexis había sido algo

parecido a un último intento de evitar la concepción. Kurtz, no sin malicia, dijo:

- Lo mejor será que se lo diga cuando todo haya ya pasado, y que además les pida disculpas.

Tranquilamente, en silencio, como es propio de hombres que no se tratan con cumplidos, brindaron. Brindaron por la vida y por un futuro mejor para el hijo nonato del doctor Alexis.

Con una maligna chispa en los ojos, Kurtz dijo:

- Me han dicho que en la actualidad es usted coordinador. Con grave acento, Alexis dijo:

- Brindemos por todos los coordinadores.

Y una vez más, los dos bebieron un sorbito simbólico. Acordaron tratarse por el nombre de pila, a pesar de lo cual Kurtz siguió utilizando el respetuoso *Sie,* en vez del *Du.* No quería que su ascendencia sobre Alexis quedara socavada.

Kurtz dijo:

- ¿Y puedo preguntarle qué es lo que usted coordina, Paul? Haciendo una deliberada parodia del tono oficial empleado en Bonn, Alexis recitó:

- Herr Schulmann, me veo en el caso de comunicarle que las funciones de enlace con servicios extranjeros amigos han dejado de formar parte de mis atribuciones oficiales.

Y Alexis esperó a que Kurtz insistiera más. Pero Kurtz prefirió aventurar una hipótesis que no era tal hipótesis:

- El coordinador tiene responsabilidades de carácter administrativo en materias tan importantes como transportes, formación, reclutamiento y contabilidad de las secciones de operaciones. Y también en materia de intercambio de información entre organismos estatales y federales.

Alexis, tan divertido como horrorizado, una vez más, por la precisión de las informaciones de Kurtz, dijo:

- Se ha olvidado de las vacaciones oficiales. Si desea más vacaciones venga a Wiesbaden y se las daré. Tenemos un comité poderosísimo, en lo tocante a vacaciones oficiales.

Kurtz prometió que así lo haría, confesando que ya era hora de que se tomase un descanso. La referencia al excesivo trabajo trajo a la memoria de Alexis sus tiempos pasados en los campos de operaciones, y, haciendo un paréntesis en la conversación, Alexis contó a Kurtz un caso en el que no había dormido, literalmente hablando, sin siquiera tumbarse, durante tres días seguidos. Kurtz le escuchó con respetuosa comprensión. Kurtz sabía escuchar, y esto era algo que Alexis rara vez encontraba en Wiesbaden.

Después de un agradable intercambio de frases intrascendentes, al estilo de las narradas, Kurtz dijo:

- No sé si sabe, Paul, que yo también fui coordinador, en cierta ocasión.

Esbozando una triste sonrisa de complicidad, Kurtz prosiguió:

- Mi superior decidió que me había portado como un niño travieso, y me nombró coordinador. Me aburrí tanto que, al cabo de un mes de ser coordinador, escribí al general Gavron y le dije oficialmente que era un inepto, él. Le escribí: «Mi general, se lo digo oficialmente. Si, Marty Schulmann le dice que es usted un inepto.» Me mandó llamar. ¿Ha conocido usted a ese Gavron? ¿No? Es un hombrecillo pequeño y arrugado, con una gran cabellera negra. No hay modo de vivir en paz con él. Al verme, me gritó: «¡Schulmann!, ¿cómo diablos se las ha arreglado, con sólo un mes, para poder llamarme inepto? ¿Cómo ha conseguido usted descubrir mi más terrible secreto?» Gavron tiene la voz cascada, como si alguien le hubiera dejado caer de cabeza cuando era un niño de teta. Y yo le contesté: «Mi general, si tuviera usted un mínimo respeto hacia sí mismo, me degradaría, dejándome en soldado raso, y me devolvería a mi primitiva unidad, desde la que no podría insultarle directamente.» ¿Y sabe qué hizo Gavron? me echo de su despacho, me ascendió, y de esta manera volví a mi primitiva unidad.

Esta historieta divirtió a Alexis, principalmente si tenemos en cuenta que le recordó sus antiguos tiempos de muy popular excéntricos entre los envarados mandos de Bonn. Por esto resultó muy lógico y natural que la conversación se centrara en el indignante suceso de Bad Godesberg, que, a fin de cuentas, fue la ocasión que dio lugar a que se conocieran.

Kurtz observó:

- Me han dicho que por fin están haciendo ciertos progresos. Ya sabe que la chica vino desde París, desde el aeropuerto de Orly, lo cual no deja de ser importante, a pesar de que aún desconozcan la identidad de la muchacha.

Alexis quedó notablemente irritado al escuchar este mal medido elogio en los labios de alguien a quien él admiraba y respetaba:

- ¿A esto le llama un progreso? Ayer recibí el más reciente análisis efectuado por esa gente. Una muchacha se traslada de Orly a Colonia, el día en que estalla la bomba. O, por lo menos, eso creen. Lleva pantalones tejanos. Creen. Pañuelo en la cabeza, tiene buena figura, y quizá sea rubia. ¿Y qué? Los franceses ni siquiera han podido averiguar su embarque. O por lo menos eso dicen.

Kurtz aventuró:

- Tal vez se deba a que la muchacha no embarcó rumbo a Colonia.

Sin haber comprendido con la debida exactitud, Alexis objetó:

- ¿Y cómo diablos llega volando a Colonia, si no embarca rumbo a cretinos son incapaces de descubrir un caballo en la sopa.

Las mesas contiguas seguían todavía vacías, aun cuando con música transistor y música de Oklahoma en los altavoces, había música más que ahogar todo género de herejías. Kurtz explicó pacientemente:

- Supongamos que la chica saca billete para cualquier otro sitio; Madrid, por ejemplo. Es decir, la chica embarca en Orly, pero con pasaje para Madrid.

Alexis aceptó la hipótesis. Kurtz prosiguió:

- Compra un billete Orly-Madrid, y, cuando llega a Orly saca la carta de embarque para Madrid. Se va a la sala de partida con su carta de embarque para Madrid, espera en un lugar determinado. Y sigue esperando. Lo más probable es que lo haga cerca de alguna puerta de salida. Digamos que espera junto a la puerta número dieciocho. Entonces cierta persona, otra muchacha, se acerca a ella, le dice las palabras concertadas de antemano, las dos van al lavabo e intercambian las cartas de embarque. Organización perfecta. Cosa bien hecha. También intercambian los pasaportes. Esto, tratándose de chicas, no constituye problema. Maquillaje, pelucas… Paul, en cuanto investigues un poco, siempre descubres que todas las muchachas bonitas son iguales.

La verdad de este último aforismo dejó altamente satisfecho a Alexis, ya que recientemente había llegado a esta misma triste conclusión, con respecto a su segundo matrimonio. Pero el doctor Alexis no meditó mucho el aserto de su interlocutor, debido a que intuía la inminencia de una información importante, y el espíritu policiaco del doctor Alexis estaba de nuevo alerta. Alexis encendió un cigarrillo y dijo:

- Y cuando llega a Bonn, ¿qué?

- Llega con pasaporte belga. Una bonita falsificación, uno de la serie de pasaportes fabricados en Alemania Oriental. En el aeropuerto la recibe un muchacho con barbas, que va en una motocicleta robada y con matrícula falsa. Es un muchacho alto, joven y con barbas. Es lo único que la muchacha sabe con respecto a él, es lo único que todos saben con respecto a él; sí, ya que esa gente sabe muy bien todos los trucos para mantener su seguridad. ¿Con barbas? ¿Qué es una barba? Además, el chico en momento alguno se quitó el casco de motorista. En materia de seguridad, esa gente está muy por encima del término medio. Son incluso sobresalientes. Sí, esto es lo que yo creo.

Alexis dijo que también él se había dado cuenta de ello. Kurtz prosiguió:

- La función del muchacho en esta operación es sólo la de despistar. Es lo único que el muchacho hace. Interrumpe el circuito. Se

reúne con la muchacha, se cerciora de que nadie la sigue, le da un paseo en moto y la lleva a una casa franca, en la que la chica recibirá instrucciones.

Kurtz hizo una pausa y siguió:

- Cerca de Mehlem hay una casa propiedad de un agente de cambio y bolsa. Esta casa se llama «Haus Sommer». Al final del sendero sur hay un granero transformado en aceptable vivienda. El sendero lleva a una carretera que va a desembocar en la autopista. Debajo de lo que pudiéramos llamar dormitorio del granero hay un garaje, y en el garaje hay un Opel, registrado en Siegburg, con el chófer ya al volante.

En esta ocasión, con el consiguiente placer y diversión de Kurtz, Alexis pudo proseguir la historia. En voz baja, Alexis dijo:

- Achmann. El publicista Achmann, de Dusseldorf. ¿Cómo es que nadie pensó en ese hombre? ¿Acaso somos tontos?

Dando la razón a su discípulo, Kurtz dijo:

- Exactamente, Achmann. «Haus Sommer» es propiedad del doctor Achmann, de Dusseldorf, cuya distinguida familia es propietaria de una próspera industria de madera, algunos semanarios, y una importante cadena de tiendas de pornografía. A modo de distracción, Achmann también publica calendarios con románticas imágenes de la campiña alemana. El granero transformado pertenece a la hija de Achmann, llamada Inge, y ha sido el lugar en que han tenido lugar muy distinguidas reuniones a las que han asistido principalmente opulentos y desencantados exploradores del alma humana. En los días de que estamos hablando. Inge había alquilado la casa a un amigo que la necesitaba; o sea, a un amiguito que tenía una amiguita…

Alexis terminó magistralmente la frase de Kurtz:

- *Y así,* ad infinitum.

- Si, ya que cuando se disipa el humo, aparece más humo. El fuego nunca deja de arder. Esta es la manera en que esa gente trabaja. Y siempre ha trabajado así.

«Desde las cuevas del valle del. Jordán -pensó Alexis excitado-. Con un ovillo de hilo conductor sobrante. Con bombas que se pueden fabricar en la cocina.»

Mientras Kurtz hablaba, la cara y la figura de Alexis habían experimentado un cambio, como una tranquilización, que Kurtz no dejó de advertir. Las arrugas de preocupación y de humana debilidad que tanto le afectaban habían desaparecido. Estaba bien reclinado en la silla, había cruzado cómodamente sus cortos brazos sobre el pecho, en su rostro bailaba una juvenil sonrisa, y su cabeza de tonalidades arenosas se había inclinado al frente en armoniosa sumisión a la gran actuación de su mentor.

Con un poco convincente intento de escepticismo, Alexis dijo:

- ¿Y puedo preguntar en qué basa usted tan interesantes teorías?

Kurtz fingió meditar, a pesar de que la información que le había dado Yanuka estaba tan fresca en su memoria como si en los presentes momentos todavía estuviera sentado ante Yanuka, en la celda acolchada de Munich, sosteniéndole la cabeza, mientras Yanuka hipaba y lloraba. Kurtz confesó:

- Bueno, Paul: la verdad es que tenemos la matrícula del Opel y la fotocopia del contrato de alquiler del automóvil, y también contamos con una declaración firmada por uno de los participantes.

Y Kurtz, con la modesta esperanza de que tan endebles pistas pudieran pasar por una sólida base, por el momento, prosiguió su relato:

- El muchacho con la barba deja a la chica en el granero, y desaparece sin dejar rastro. La muchacha se pone su lindo vestidito azul, se coloca una peluca y se maquilla bien, pero lo que se dice bien, con la calculada intención de agradar al crédulo y excesivamente cariñoso agregado laboral. La chica entra en el Opel y es transportada a la casa objeto del atentado por un segundo muchacho. Durante el trayecto, hacen un alto para disponer la bomba, o sea, armarla. ¿De acuerdo?

Muy interesado, Alexis preguntó:

- ¿Y en cuanto a ese segundo muchacho? ¿La chica le conoce o es para ella un total enigma?

Negándose en absoluto a explicar con más pormenores el papel de Yanuka, Kurtz no contestó la pregunta, limitándose a sonreír, pero este evasivo comportamiento no resultó ofensivo. Alexis, ahora, ansiaba saber todos los detalles, y no podía esperar que le llenasen el plato en cada instante. Además, tampoco era deseable.

- Cumplida la misión, el mismo conductor cambia las placas de la matrícula y los papeles, y lleva a la guapa muchachita al spa de Bad Neuenahr, en Renania, lugar en el que la deja.

- ¿Y luego?

Kurtz habló muy despacio, como si cada una de sus palabras constituyera un peligro para sus complejos planes:

- Y allí, supongo, la chica conoce a un secreto admirador suyo, persona que quizá la preparó un poco para cumplir la misión del día. Por ejemplo, le enseñó la manera de armar la bomba. De preparar el mecanismo de relojería, de disponer el detonador… También me atrevería a suponer que este mismo admirador ya había alquilado un dormitorio en algún hotel, y que, hallándose los dos bajo el estímulo de su reciente logro, se entregaron a hacer el amor de manera muy apasionada. En la mañana siguiente, mientras la parejita duerme, descansando de sus agotadores placeres, estalla la bomba. Estalla más

tarde de lo previsto, pero ¿qué importa?

Alexis, en rápido movimiento, se inclinó al frente y, llevado por su excitación, preguntó casi en tono acusatorio:

- ¿Y el hermano, Marty? ¿El gran luchador que ya ha dado muerte a tantos y tantos israelíes? ¿Dónde estaba, mientras ocurría todo lo que acaba de decir? Imagino que en Bad Neuenahr, divirtiéndose un poco con la guapa muchachita que puso la bomba, ¿verdad?

Las facciones de Kurtz habían quedado heladas en rígida impasibilidad, impasibilidad que el entusiasmo del buen doctor parecía intensificar. Con aparente satisfacción, Kurtz replicó:

- El caso es que, esté donde esté, este hombre dirige una operación eficiente, con compartimientos bien delimitados, bien delegada, y con excelente información. El chico de la barba tenía la descripción de la chica, y nada más. Ni siquiera sabía en qué consistía la operación. La chica sabía la matrícula de la motocicleta. El conductor del automóvil conocía la casa a la que iba, pero no conocía al chico de la barba. Aquí hay una buena inteligencia en funcionamiento.

Después de decir estas palabras, Kurtz causó la impresión de haber quedado afectado por una seráfica sordera, por lo que Alexis, tras formular unas cuantas infructuosas preguntas, sintió la necesidad de pedir más whiskies. La verdad era que el doctor padecía cierta escasez de oxígeno. Era como si, hasta el presente momento, el doctor Alexis hubiera vivido en un muy bajo nivel de existencia, y, en los últimos tiempos, en un bajísimo nivel. Pero ahora, de repente, el gran Schulmann le había elevado a alturas en las que el buen doctor ni siquiera había soñado.

Con ánimo de provocar a Kurtz, Alexis le preguntó:

- ¿Y supongo que ha venido aquí para comunicar esta información a sus oficiales colegas alemanes?

Pero Kurtz se limitó a contestar con un largo y meditativo silencio, durante el cual causó la impresión de medir y pesar a Alexis, con su vista y sus pensamientos. Luego, Kurtz efectuó aquel ademán que Alexis tanto admiraba, el ademán de tirar de la camisa hacia atrás, levantar el antebrazo y mirar su reloj de pulsera. Y esto recordó a Alexis, una vez más, que mientras su tiempo se consumía aburridamente ante su propia vista, Kurtz parecía tener ante sí todo el tiempo del mundo. Insistente, Alexis dijo:

- Puede tener la seguridad de que los agentes de Colonia le quedarán muy agradecidos. Mi excelente sucesor, ¿se acuerda de él, Marty?, conseguirá un inmenso triunfo personal. Con la ayuda de los medios de difusión se convertirá en el más brillante y popular policía de Alemania Occidental. Y con razón, ¿verdad? Todo gracias a usted.

Con una ancha sonrisa, Kurtz reconoció que así sería. Tomó un

sorbito de whisky y se secó los labios con un viejo pañuelo de color caqui. Luego apoyó la barbilla en la palma de una mano y emitió un suspiro, como queriendo significar que no había albergado la intención de decir lo anterior, pero que, puesto que Alexis había hecho mención de ello, lo había hecho. Kurtz confesó:

- La verdad es que Jerusalén ha pensado mucho en este asunto, Paul. Y no estamos tan seguros como usted parece estarlo de que su sucesor sea ese tipo de caballero cuyo progreso en la vida nosotros estamos interesados en promover.

Kurtz fingió meditar. Su cejo parecía decir: ¿y qué podemos hacer para evitarlo? Siguió:

- Sin embargo, se nos ocurrió que teníamos una alternativa, y que quizá pudiéramos estudiar con usted esta alternativa y saber cuáles son sus reacciones. Nos dijimos que tal vez el buen doctor Alexis nos haría el favor de transmitir nuestra información a Colonia, en representación de nosotros. De una forma privada. No oficial todavía, si es que comprende lo que pretendo decir. Sobre la base de su propia iniciativa personal y de su sabia dirección. Si; esto es algo que nos hemos estado preguntando. Nos dijimos que acaso fuera conveniente ir a ver a Paul, y decirle: «Mire, Paul: sabemos que usted es amigo de Israel. Tome esto y utilícelo, saque provecho de ello. Considere que es un regalo que le hacemos, y manténganos al margen del asunto.» Nos preguntamos a santo de qué íbamos a ayudar la promoción de un hombre que no nos gusta. ¿Por qué no promover al hombre más adecuado? ¿Por qué no tratar con amigos, lo cual siempre ha sido nuestro principio? ¿Promoverlos? ¿Recompensar su lealtad?

Alexis fingió no comprender estas palabras. Se había puesto un tanto rojo, y en su negativa había una nota un tanto histérica:

- ¡Pero, Marty, tenga en cuenta que yo carezco de fuentes de información! ¡No intervengo en las operaciones, sólo soy un burócrata! ¿Acaso puedo coger el teléfono y decir: «Colonia, aquí Alexis; os aconsejo que vayáis inmediatamente a "Haus Sommer", detengáis a la hija de Achmann, y os llevéis a todos sus amigos para interrogarlos»? ¿Es que soy un mago, un alquimista, que de las piedras saca informaciones tan maravillosas como esta? ¿Acaso en Jerusalén piensan, de repente, que un coordinador se ha transformado en mago?

La manera en que Alexis se ponía a sí mismo en ridículo llego a ser pesada y cada vez más irreal:

- ¿Es que tengo que exigir que detengan a todos los motoristas con barba y aspecto italiano? Se reirían de mí.

Alexis se había quedado sin argumentaciones, por lo que Kurtz le ayudó a salir del trance, lo cual era precisamente lo que Alexis quería, ya que se encontraba en el estado de ánimo propio del niño que critica a sus mayores con la sola finalidad de que sus mayores le abracen.

Kurtz dijo:

- Nadie pide detenciones, Paul. No, todavía no. Por lo menos nosotros no las queremos. Nadie quiere que se desvele nada, por lo menos en Jerusalén.

Con brusca sequedad, Alexis preguntó:

- Entonces, ¿qué desean?

En tono amable, Kurtz repuso:

- Justicia. -Pero la implacable sonrisa de Kurtz transmitía otro mensaje. Dijo-: Justicia, un poco de paciencia, un poco de valentía, mucha creatividad y mucha inventiva por parte de la persona que lleve el juego por nuestra cuenta. Quisiera hacerle una pregunta, Paul.

De repente, Kurtz acercó mucho más su gran cabeza a Alexis, y puso su recia mano sobre el antebrazo de éste. Dijo:

- Suponga, Paul, suponga que un confidente extremadamente secreto, extremadamente anónimo, al que yo imagino como un importante árabe que está aquí, en Alemania, un árabe del centro moderado, que ama a Alemania, que la admira y que posee información referente a ciertas operaciones terroristas que no merecen su aprobación; supongamos además que este árabe haya visto al gran Alexis en la televisión, hace poco tiempo. Por ejemplo, supongamos que esta persona estuviera sentada en su habitación de cualquier hotel, en Bonn o en Dusseldorf, y estando allí se le ocurrió poner en funcionamiento la televisión, sólo para distraerse, y apareció el gran doctor Alexis, abogado, policía… Pero, al mismo tiempo, el doctor Alexis era un hombre de buen humor, flexible, pragmático, y un humanista de los pies a la cabeza… En resumen: todo un hombre. ¿De acuerdo?

Alexis, con la mente medio sorda por el volumen de las palabras de Kurtz, dijo:

- Supongamos.

Kurtz siguió:

- Y ese árabe, Paul, ha hecho lo preciso para hablar con usted. No quiere hablar con nadie, salvo con usted. Confió en usted desde el primer momento, se negó a tener tratos con otros representantes alemanes, fuesen ministros o policías o miembros del servicio de información. Buscó su nombre en el listín telefónico y le llamó a su casa. O a su oficina. Como usted guste, ya que la historia es suya. Y se reunió con usted aquí, en este hotel. Esta noche. Y se bebió un par de whiskies en su compañía. Permitió que fuese usted quien los pagara. Y mientras tomaban esas copas le reveló ciertos hechos: Si, los reveló al gran Alexis, y a nadie más estaba dispuesto a revelarlos. ¿Ve usted ciertas ventajas, en lo que le digo, para un hombre injustamente privado de la debida culminación de su carrera?

Más tarde, cuando Alexis volvió a vivir esta escena, lo cual hizo

en muchas ocasiones, y en estados de humor diferentes, tales como el de pasmo, orgullo y horror totalmente anárquico, llegó a considerar que el discurso que Kurtz pronunció a continuación no era más que una indirecta justificación de lo que pretendía. Kurtz dijo en tono de amarga queja:

- En nuestros días, los terroristas son cada vez más eficaces. Misha Gavron me chilla inclinado sobre su escritorio: «¡Ponga un agente, Schulmann!», y yo le contesto: «Sí, mi general.» Y añado: «Encontraré un agente, le adiestraré, le enseñaré a no dejar pistas, a conseguir que le hagan caso en los lugares que sea preciso… Sí, mi general, haré todo lo que usted quiera; enseñaré al agente a infiltrarse en la oposición si es preciso. Ahora bien: este agente, una vez infiltrado, que será lo preciso, será invitado a demostrar su lealtad por el enemigo, le invitaran a que asesine a un guarda jurado de un banco o a un soldado norteamericano, o a que ponga una bomba en un restaurante, o a que entregue una maletita a alguien. Es decir, lo neutralizarán. ¿Es esto lo que usted quiere que haga, mi general? ¿Quiere que ponga un agente y que espere sentado viendo cómo el agente mata a los nuestros, por orden del enemigo?»

Una vez más, Kurtz dirigió a Alexis la amarga sonrisa del hombre que, en cierto tiempo, estuvo a merced de irrazonables superiores. Kurtz dijo:

- Las organizaciones terroristas no llevan personal auxiliar, Paul. Esto es lo que le dije a Gavron. Los terroristas no tienen secretarias, mecanógrafas, empleados encargados de cifrar y descifrar claves, no tienen ni una sola persona que no sea capaz, de una forma natural, de ser agentes en primera línea de fuego. Para conseguir la infiltración en las organizaciones terroristas es preciso una operación muy especial. Dije a Gavron: «Tal como ahora están las cosas, si usted quiere infiltrarse en una organización terrorista, lo primero que tiene que hacer es crear su propia organización terrorista.» ¿Usted cree que Gavron me escuchó, Paul?

Alexis ya no podía contener su fascinación. Se inclinó hacia adelante, iluminados sus ojos por el peligroso encanto de la pregunta que le había dirigido a Kurtz, y, en un susurro, le preguntó:

- ¿Y ha hecho esto? ¿Aquí, en Alemania?

Kurtz, como era frecuente en él, no contestó directamente. Sus ojos eslavos parecían mirar más allá de Alexis, parecían mirar su próxima meta, a lo largo de su sinuosa y solitaria senda.

En el tono propio del que elige una remota opción entre las muchas que se ofrecen a una mente prolífica, Kurtz dijo:

- Supongo que yo le informaré de un accidente, Paul. Si, de un accidente que ha de ocurrir dentro de cuatro días, digamos.

El concierto del barman había terminado, y, ahora, el hombre se

dedicaba a cerrar ruidosamente el bar, a modo de preludio de su partida, camino de la cama. A propuesta de Kurtz, se trasladaron al vestíbulo del hotel, donde se sentaron el uno al lado del otro, juntas las cabezas, como pasajeros sentados en la cubierta de un buque barrida por el viento. Dos veces, durante la conversación, Kurtz consultó su viejo reloj de acero, y se excusó presurosamente, para efectuar una llamada telefónica. Más tarde, cuando, llevado por pura y simple curiosidad, Alexis investigó estas llamadas telefónicas, supo que Kurtz había hablado con un hotel de Delfos, Grecia, durante doce minutos, y que había pagado la llamada con dinero contante y sonante, y que también había llamado a un número de teléfono de Jerusalén, número que no pudo ser identificado. Hacia las tres de la madrugada o más aparecieron varios obreros, con aspecto oriental, y con delgados monos de trabajo, empujando un aspirador verde, gigantesco, con aspecto de cañón de la Krupp. Pero Kurtz y Alexis siguieron hablando, a pesar del ruido que los obreros armaban. En realidad, hacía ya un buen rato que había amanecido cuando los dos hombres salieron del hotel, y se estrecharon la mano, como quien sella un pacto. Pero Kurtz tuvo muy buen cuidado de no dar las gracias con excesiva generosidad a su nuevo recluta, debido a que el doctor Alexis, como muy sabía Kurtz, era una persona que se retraía cuando se le trataba con excesiva gratitud.

El Alexis nacido de nuevo se fue corriendo a su casa y, después de haberse afeitado y cambiado la ropa, y de haberse mostrado debidamente evasivo para impresionar a su reciente esposa con el carácter secreto de su nueva misión, llegó a su oficina de vidrio y cemento, manteniendo en la cara una expresión de misteriosa satisfacción que no le había sido vista, desde hacía mucho tiempo. Sus colaboradores comentaron que había bromeado mucho, y que se había aventurado a hacer algunos chistes un tanto arriesgados referentes a sus colegas.

Sus colaboradores dijeron: Si, «es el Alexis de los viejos tiempos, otra vez; incluso da muestras de sentido del humor, a pesar de que el sentido del humor nunca fue su fuerte.» Pidió que le trajeran papel sin membrete y, echando incluso a su secretaria particular, se puso a redactar una larga carta, deliberadamente oscura, en la que comunicaba a sus superiores que había entrado en contacto con «una fuente oriental, altamente situada, a la que conocí en el desempeño de anteriores puestos», y en la que incluía notable información totalmente nueva, acerca del atentado de Godesberg, aun cuando dicha información no era todavía suficiente para demostrar la buena fe del confidente y, en consecuencia, la buena fe del buen doctor, en cuanto a receptor de las confidencias. Alexis pedía ciertas potestades y medios, así como un fondo de operaciones, que no constara en

contabilidad, y que sería administrado a su única y exclusiva discreción. Alexis no era un hombre codicioso, aún cuando su segundo matrimonio le había resultado caro, y el divorcio fue ruinoso. Pero Alexis también se daba cuenta de que, en estos tiempos materialistas, la gente suele valorar más lo que les resulta más caro.

Y, por último, Alexis hizo una apasionante predicción, predicción que Kurtz le había dictado palabra por palabra, y que Alexis tuvo que leérsela, mientras Kurtz escuchaba con suma atención. La predicción era tan imprecisa que resultaba prácticamente inútil, pero, al mismo tiempo, era lo suficientemente precisa para que resultase impresionante una vez se hubiera cumplido. Informes no confirmados afirmaban que una gran partida de explosivos había sido recientemente suministrada por los extremistas islámicos turcos, en Istambul, con la finalidad de que fuera utilizada en acciones antisionistas en Europa occidental. Cabía esperar, dentro de los próximos días, un nuevo atentado. Según los rumores, el lugar en que el atentado tendría lugar se hallaba en el sur de Alemania. Era preciso poner en alerta a todos los puestos fronterizos, así como a la policía de dicha zona. No se podían facilitar más detalles. Aquella misma tarde, Alexis fue llamado por sus superiores, y, por la noche, tuvo una larga y clandestina conversación telefónica con su gran amigo Schulmann, durante la cual Alexis recibió las felicitaciones de éste, así como palabras de estímulo, y nuevas instrucciones.

Muy excitado, Alexis gritó en inglés:

- ¡Han picado, Marty! ¡Son como corderitos! ¡Los tenemos completamente en nuestras manos!

«Alexis ha picado -dijo Kurtz a Litvak, en Munich-; pero Alexis va a necesitar mucha dirección y mucha ayuda.»

Después de una pausa, y mientras contemplaba pensativo su reloj, Kurtz musitó:

- ¿Y por qué Gadi no se da prisa con esa chica, y termina ya de una vez para siempre?

Con un júbilo que no podía ocultar, Litvak gritó:

- ¡Pues porque a Gadi ha dejado de gustarle actuar! ¿Cree que no me doy cuenta? Y usted también se da cuenta de ello. Kurtz le dijo que se callara.

12

En lo alto de la colina se olía a tomillo y era, para Joseph, un punto especial. Lo había buscado en el mapa y había llevado allá a Charlie, dando a la excursión un aire de indudable importancia. Primero viajaron en automóvil, y ahora avanzaban a pie, ascendiendo constantemente, pasando junto a colmenas, cipreses, pedregosos campos con flores amarillas. El sol no había llegado aún al punto más alto de su trayectoria. Tierra adentro se alzaban cadenas montañosas, una tras otra, de color castaño. Al este, Charlie divisó las plateadas llanuras del Egeo, hasta que la neblina las transformó en cielo. El aire olía a resina y a miel, y lo estremecía el vibrar de los cencerros de los machos cabríos. Una fresca brisa daba en un lado de la cara de Charlie y le pegaba al cuerpo su vestido de tela ligera. Tenía cogido por el brazo a Joseph, pero éste estaba con la atención tan concentrada que no parecía darse cuenta. En una ocasión, Charlie creyó ver a Dimitri sentado en unas piedras, pero cuando exclamó el nombre del muchacho, Joseph le ordenó secamente que no le saludara. En otra ocasión creyó ver la silueta de Rose, en lo alto, recortada contra el cielo, pero cuando Charlie volvió a mirar allá, nada vio.

Hasta el presente momento, el día había tenido para ellos su propia coreografía, y Charlie había dejado que Joseph la guiara a través del baile, con su habitual energía. Charlie se despertó pronto y encontró a Rachel inclinada sobre ella, diciéndole que, por favor, debía ponerse el otro vestido azul, el vestido con mangas largas. Charlie se duchó rápidamente v regresó al dormitorio totalmente desnuda, pero no encontró allí a Rachel, sino a Joseph, que estaba sentado ante una bandeja con desayuno para dos, y escuchando un boletín de noticias, en griego, que difundía su pequeña radio, a Joseph que, ante todos, había sido el hombre que había pasado la noche con ella. Charlie se refugió velozmente en el cuarto de baño, y Joseph le entregó el vestido por el estrecho espacio de la puerta entornada, alargando el brazo. Desayunaron de prisa y en casi total silencio. En conserjería, Joseph pagó la factura y se guardó el recibo. Cuando se acercaron al Mercedes, juntamente con el equipaje, encontraron a

Raoul, el muchacho hippy, tumbado en el suelo, a menos de dos metros del parachoques trasero, ocupado en arreglar el motor de una motocicleta supercargada, y a Rose, reclinada en el césped, sobre una cadera, comiendo un panecillo. Charlie se preguntó cuánto tiempo llevarían allí aquel par, y a santo de qué tenían que vigilar el automóvil. Joseph condujo el automóvil descendiendo por la carretera durante una milla, hasta llegar a unas ruinas, y allí lo aparcó, mucho antes de que los restantes mortales comenzaran a hacer cola. Entraron por una puerta lateral, y Joseph obsequió a Charlie con una nueva vista, con explicaciones suyas, el centro del universo. Le mostró el templo de Apolo y el muro dórico con sus himnos de alabanza en él inscritos, y la piedra que había señalado el ombligo del mundo. Le mostró los Tesoros y le habló de las muchas guerras que se habían librado para estar en posesión del oráculo. Sin embargo, Joseph no se comportó con la ligereza con que lo había hecho en la Acrópolis. Charlie le imaginó leyendo una lista grabada en su memoria y poniendo una marca en cada tema explicado, mientras iban con prisas de un lado a otro.

Al regresar al automóvil, Joseph le entregó la llave, y Charlie preguntó:

- ¿Conduzco yo?

- ¿Por qué no? Creía que tu debilidad eran los buenos automóviles.

Se dirigieron hacia el norte siguiendo sinuosas carreteras desiertas y, al principio, Joseph poco hizo como no fuera valorar la manera de conducir de Charlie, de una forma muy parecida a la que se usa para la obtención del carnet de primera, pero no consiguió ponerla nerviosa, y, al parecer, tampoco Charlie puso nervioso a Joseph, ya que éste poco tardó en abrir el mapa sobre sus rodillas y a estudiarlo. El automóvil se conducía como en un sueño, y la carretera pasaba de tener trechos asfaltados a tener trechos con grava. En cada curva cerrada se alzaba una nube de polvo que, iluminada por el claro sol, se perdía confundiéndose con el maravilloso paisaje. Bruscamente, Joseph dobló el mapa y volvió a guardarlo en el bolsillo en la portezuela. Joseph preguntó:

- Bueno, Charlie: ¿estás dispuesta?

Lo hizo tan bruscamente como si Charlie le hubiera obligado a esperar. Acto seguido, Joseph reanudó su relato.

Al principio, los dos seguían en Nottingham, llevados los dos por una culminante oleada de frenético amor. Habían pasado dos noches y un día en el motel, y así constaba en el libro de registro. Joseph dijo:

- Los empleados del motel, en el caso de que se les exija, recordarán a una pareja de enamorados con nuestro aspecto físico. Nuestro dormitorio se encontraba en el extremo oeste del complejo,

con ventanas que daban a un jardincillo. A su debido tiempo te llevarán allá y podrás ver cómo es.

Dijo que pasaron casi todo el tiempo en cama, hablando de política, hablando de su vivir y haciendo el amor. Al parecer, las únicas interrupciones fueron un par de salidas al campo, en los alrededores de Nottingham, pero fueron cortas, ya que pronto quedaron de nuevo embargados por sus sentimientos amorosos, y regresaron corriendo al hotel.

En un intento de arrancar a Joseph de su negro estado de ánimo, Charlie le dijo:

- ¿Y por qué no lo hicimos en el automóvil? Me encantan estos actos de amor improvisados.

- Respeto tus gustos, pero, por desdicha, Michel es un hombre un tanto tímido en esta materia y prefiere la intimidad del hotel. Animada por el mismo propósito, Charlie preguntó:

- ¿Y qué puntuación tiene Michel en estos asuntos? Joseph también intentó contestar esta pregunta:

- Según los informes de las más solventes fuentes, le falta un poco de imaginación, pero tiene un entusiasmo sin límites y su virilidad es impresionante.

Gravemente, Charlie dijo:

- Muchas gracias.

Joseph prosiguió. El lunes por la mañana, a primera hora, Michel regresó a Londres, pero Charlie, que no tenía ensayo hasta la tarde, se quedó, con el corazón roto, en el motel. Joseph describió rápidamente el penoso día de Charlie.

- El día es negro como un entierro. Sigue lloviendo. Acuérdate del tiempo. Al principio, lloras tanto que ni siquiera puedes tenerte en pie. Yaces en la cama que todavía conserva el calor del cuerpo de Michel, llorando y llorando. Te ha dicho que hará lo posible para ir a York la semana siguiente, pero tú estás convencida de que jamás volverás a verle. ¿Y qué haces, entonces?

Joseph no le dio ocasión de contestar.

- Te sientas ante el atestado tocador, con espejo, y contemplas las marcas de sus manos en tu cuerpo, y miras cómo sigues llorando. Abres un cajón. Extraes el folleto publicitario del motel. Sacas también el papel de cartas con membrete del motel, y el bolígrafo obsequio del mismo establecimiento; y escribes a Michel. En esta carta te describes a ti misma, describes tus pensamientos más recónditos. Cinco páginas en total. Esta es la primera de las muchas, muchas, cartas que le escribirás. ¿Harías esto, llevada por tu desesperación? A fin de cuentas, eres una chica con una notable afición a escribir cartas.

- Si tuviera las señas de Michel, le escribiría.

- Te dio unas señas, en París.

Acto seguido, Joseph le dio tales señas, por mediación de una expendeduría de tabaco de Montparnasse, diciendo en el sobre: «Para Michel.» «Sí, ya que éste no te dio su apellido, ni tú se lo pediste.»

- Aquella misma noche, desde la sordidez del hotel Astral Commercial, le vuelves a escribir. Por la mañana, tan pronto te despiertas, le escribes de nuevo. Le escribes en toda clase de papeles. Durante los ensayos, en los entreactos, a ratos perdidos, le escribes apasionadamente, sin pensar, con franqueza total. -Joseph miró a Charlie e insistió-: ¿Eres capaz de esto? ¿Realmente hubieras podido escribir cartas así?

Charlie se preguntó hasta qué punto aquel hombre necesitaba seguridades. Pero Joseph se había lanzado de nuevo. Sin embargo, a pesar de las pesimistas previsiones de Charlie y para su alegría sin límites, Michel no sólo fue a York, sino que también fue a Bristol, y, mejor todavía, a Londres, donde pasó una noche mágica en el piso que Charlie tenía en Camden, noche que fue de total frenesí. Y fue precisamente allí, dijo Joseph, contento como si hubiera por fin llegado a la conclusión de una compleja demostración:

- Allí, en tu propia cama, entre declaraciones de amor eterno, fue donde tú y yo planeamos estas vacaciones en Grecia, de las que ahora estamos gozando.

Se produjo un largo silencio, durante el cual Charlie se dedicó a pensar y a conducir. Por fin, en tono un tanto escéptico, dijo:

- Para reunirme con Michel, después de haber estado en Mikonos.

- Si, ¿por qué no?

- ¿En Mikonos, con Al y todo el grupo, y luego los dejo plantados, me reúno con Michel en un restaurante de Atenas, y nos largamos los dos juntos?

- Exactamente.

Charlie decidió:

- Al no puede entrar en la historia. Si yo me hubiera entusiasmado contigo, no me hubiera llevado a Al a Mikonos. Me hubiera desprendido de él. Los que nos invitaron no incluyeron a Al. Fue él quien se enganchó. Y yo, por mi parte, prefiero a los hombres uno a uno. Soy así.

Joseph desechó esta objeción, diciendo:

- Michel no exige esa clase de lealtad. Ni la da ni la pide. Michel es un luchador, un enemigo de tu sociedad, al que la policía puede detener en cualquier instante. Y tú puedes tardar una semana o quizá seis meses en volverle a ver. ¿Es que imaginas de repente que Michel quiere que vivas como una monja? ¿Sentadita y sin hacer nada, hundida en la melancolía, confiando tus secretos a las amigas? Tonterías. Si Michel te lo dijera, serías capaz de acostarte con un ejército entero.

Pasaron junto a una capilla. Joseph ordenó:

- Reduce la velocidad.

Y volvió a estudiar el mapa.

- Más despacio. Aparca aquí. Vamos…

Joseph caminaba, ahora, más de prisa. El sendero los condujo a un grupo de chozas en ruinas y luego a una cantera abandonada, en forma del cráter de un volcán, en la cumbre de la colina. Junto al cráter había una vieja lata de petróleo. Joseph, sin decir palabra, llenó de guijarros la lata, mientras Charlie le observaba intrigada. Joseph se quitó el blazer rojo, lo dobló y lo dejó cuidadosamente en el suelo. Llevaba pistola al cinto, colgada mediante una correa, la punta del cañón estaba un poco adelantada con respecto a la línea recta descendente que comenzara en el sobaco derecho. Colgada del hombro izquierdo llevaba una funda de pistola vacía. Joseph cogió a Charlie por la muñeca, y la obligó a ponerse en cuclillas, al estilo árabe, a su lado. Dijo:

- Bueno: el caso es que Nottingham pertenece al pasado, lo mismo que York, Bristol y Londres. Hoy es hoy, el tercer día de nuestra gran luna de miel en Grecia. Estamos en el lugar en que estamos, hicimos el amor durante toda la noche, nos levantamos temprano, y Michel te ha dado una memorable conferencia sobre la cuna de nuestra civilización. Tú has conducido el automóvil y yo he tenido ocasión de comprobar lo que ya me habían dicho de ti, que te gusta conducir y que conduces bien en la medida en que puede hacerlo una mujer. Y ahora te he traído aquí, a la cumbre de esta colina, sin que tú sepas por qué. Ya has advertido que hoy me comporto con cierto retraimiento. Estoy pensativo, quizá sopesando una gran decisión. Tus intentos de sacarme de mi abstracción me irritan. ¿Qué le pasa?, te preguntas. ¿Sigue adelante nuestro amor? ¿O acaso tú has hecho algo que me ha desagradado? Y si nuestro amor sigue, ¿de qué manera sigue? Te hago sentar aquí, a mi lado, y saco la pistola.

Charlie contempló fascinada cómo Joseph extraía fácilmente la pistola y la empuñaba de tal manera que el arma parecía una prolongación de su mano.

- Como si se tratara de un privilegio inmenso y exclusivo, voy a contarte la historia de esta arma, y, por primera vez… -Joseph hizo una pausa, y, al seguir hablando, lo hizo muy lentamente para dar más énfasis a sus palabras-: Si., por primera vez haré mención de mi gran hermano, de este hermano cuya existencia constituye un secreto militar que sólo los más leales, que son poquísimos, pueden saber. Te lo digo porque te amo y porque…

Joseph dudó: «Y porque a Michel le gusta compartir secretos», pensó Charlie. Pero por nada del mundo estaba Charlie dispuesta a estropear la representación de Joseph, quien dijo:

- Y porque hoy me propongo dar el primer paso a fin de iniciarte en cuanto a camarada combatiente de nuestro ejército secreto. Cuántas y cuántas veces en tus cartas y en tus momentos de pasión amorosa has suplicado que te permitan demostrar tu lealtad mediante la acción… Y hoy vamos a dar el primer paso en este sentido.

Una vez más, Charlie se dio cuenta de la facilidad con que Joseph adoptaba modales de árabe. Lo mismo que anoche en la taberna, en aquellos instantes en que Charlie apenas podía distinguir cuál de los conflictivos espíritus de Joseph era el que le hablaba, ahora escuchaba pasmada la manera en que Joseph adoptaba el colorido estilo narrativo propio de los árabes.

- Durante toda mi vida de nómada, víctima de los usurpadores sionistas, mi gran hermano mayor brilló ante mi vista como una estrella celestial. Así fue en Jordania, en nuestro primer campamento, donde la escuela era una choza de latas llena de moscas. En Siria, a donde huimos cuando las tropas jordanas nos echaron con sus tanques. En el Líbano, donde los sionistas nos bombardearon con cañones navales y con aviones, ayudados por los chiítas. Y en medio de tantos sufrimientos, yo siempre me acordaba del gran héroe ausente, mi hermano, cuyas hazañas, que me contaba en susurros mi muy querida hermana Fatmeh, deseo ardientemente emular.

Ahora, Joseph ya no preguntaba a Charlie si le prestaba atención.

- Veo a mi hermano muy de vez en cuando, y con sumo secreto. Ya en Damasco, ya en Ammán… Una llamada: ¡Ven! Y, entonces, paso una noche bebiendo literalmente sus palabras, la nobleza de su corazón, sus claros pensamientos de jefe, su valentía. Una noche me ordena que vaya a Beirut. Mi hermano acaba de regresar de una misión extremadamente osada, de la que yo nada puedo saber, salvo que constituyó una formidable victoria sobre los fascistas. Con él voy a escuchar a un gran orador político, libio, hombre de maravillosa retórica y de una gran capacidad de persuasión. Es el discurso más bello que he oído en mi vida. Incluso ahora te lo podría recitar. Todos los pueblos oprimidos del mundo debieran oír a ese gran libio.

Joseph sostenía el arma en la palma de la mano. La ofrecía a Charlie, como si quisiera que ésta cubriera la pistola con su mano.

- Con nuestros corazones henchidos de excitación regresamos a Beirut al alba, después del discurso. Íbamos cogidos del brazo, al modo árabe. Tengo los ojos llorosos. Llevado por un impulso, mi hermano se detiene y me abraza en plena calle. Siento su rostro sabio oprimido contra el mío. Extrae de su bolsillo esta pistola y me la entrega. Así…

Joseph cogió la mano de Charlie y puso en ella el arma, aunque mantuvo la mano sobre la de Charlie, de manera que la pistola apuntaba hacia el muro de la cantera.

- Mi hermano me dijo: «Es un regalo, para vengar nuestro pueblo, para darle la libertad, un regalo que un luchador hace a otro luchador, y recuerda que con esta arma hice mi juramento sobre la tumba de mi padre.» Me quedé mudo.

La fría mano de Joseph estaba aún sobre la de Charlie, quien sentía cómo su propia mano temblaba como un ser con vida independiente.

- Charlie, esta pistola es un objeto sagrado para mí. Te lo digo porque amé a mi padre, amo a mi hermano y te amo a ti. Dentro de unos instantes te enseñaré a disparar con ella, pero antes te pido que beses la pistola.

Charlie miró a Joseph y luego la pistola. Pero la excitada expresión del rostro de Joseph no daba lugar a excusas. Cogiendo con la otra mano el brazo de Charlie, Joseph la puso de nuevo en pie.

- Somos amantes, ¿es que no te acuerdas? Somos camaradas, servidores de la revolución. Vivimos en íntima unión de mentes y cuerpos. Soy un apasionado árabe y me gustan las grandes palabras y los grandes gestos. Besa la pistola.

- Joseph, no puedo hacerlo.

Charlie se había dirigido a la personalidad de Joseph, y éste le contestó en cuanto a tal:

- Oye, Charlie: ¿imaginas que esto es una reunión entre ingleses para tomar el té? ¿Imaginas que Michel, por el hecho de ser un guapo muchacho, está jugando?

Tras una pausa, Joseph preguntó con buena lógica:

- ¿En dónde pudo Michel aprender a jugar cuando la pistola fue el único objeto que le dio la medida de su hombría?

Charlie volvió a mover negativamente la cabeza, sin dejar de mirar la pistola. Pero la resistencia de la muchacha no irritó a Joseph, quien dijo:

- Escucha, Charlie: anoche, mientras hacíamos el amor, me preguntaste: «¿Michel, dónde está el campo de batalla?» ¿Y sabes qué hice? Puse la mano sobre tu corazón y te dije: «Estamos librando una jehad y el campo de batalla está aquí.» Eres mi discípula, y tu sentido de misión jamás ha sido tan exaltado. ¿Sabes lo que es una jehad? Es la guerra santa.

Charlie dudó, y luego oprimió sus labios sobre el pavonado metal del cañón de la pistola. Alejándose al instante de Charlie, Joseph dijo:

- Y, a partir de ahora, esta pistola forma parte de nosotros dos. La pistola es nuestro honor y nuestra bandera. ¿Lo crees?

- Si, Joseph; lo creo. Si, Michel; lo creo. Y no me obligues a volver a hacer esto. - Involuntariamente, Charlie se pasó la muñeca por los labios, como si hubiera sangre en ellos. Se odiaba a sí misma, tal como odiaba a Joseph, y se sentía un poco loca.

Cuando Charlie volvió a oír a Joseph, éste le explicaba:

- Es una Walther PPK. No es pesada, pero recuerda que todas las armas cortas son el resultado de la búsqueda de eficiencia, posibilidad de ocultación y facilidad de llevarlas. Esta es la manera en que Michel te habla de las armas. Exactamente igual que su hermano le hablaba de ellas.

Joseph se puso detrás de Charlie, le colocó las manos en las caderas, dejándola frente al blanco, y con los pies separados. Después, Joseph cogió la mano de Charlie, enlazando sus dedos con los de la muchacha, manteniendo el brazo de la chica plenamente extendido, y el cañón de la pistola apuntando al suelo, justamente entre uno y otro pie de Charlie. Joseph dijo:

- El brazo izquierdo debe estar libre y tranquilo. -Cogió el brazo izquierdo y con un movimiento le dio soltura-. Con los ojos abiertos levantas la pistola despacio hasta que se encuentre alineada con el blanco. Mantén la pistola horizontal al suelo. Así. Cuando te diga «Fuego», disparas dos veces, bajas la pistola y esperas.

Charlie bajó la pistola hasta que volvió a apuntar al suelo. Joseph dio la orden, Charlie levantó rígidamente el brazo, tal como le había dicho Joseph, oprimió el gatillo y nada ocurrió. Joseph dijo:

- Ahora, sí.

Y bajó el seguro del arma.

Charlie repitió el movimiento, oprimió el gatillo, y la pistola dio un salto en su mano como si hubiera recibido un tiro. Charlie disparó por segunda vez, y su corazón quedó invadido por aquel mismo peligroso sentimiento de excitación que experimentó la primera vez que saltó a caballo o que nadó desnuda en el mar. Charlie bajó la pistola, Joseph le dio una nueva orden, Charlie volvió a levantar el arma, mucho más de prisa, y disparó dos veces, en rápida sucesión, y una tercera vez para asegurar la suerte. Luego repitió el movimiento sin que Joseph se lo ordenara, disparando cuanto quiso, hasta que el creciente sonido de los estampidos estremeció el aire a su alrededor, y las balas, al rebotar, silbaban en el aire del valle, y volaban hacia el mar. Charlie siguió disparando hasta que el cargador quedó vacío. Luego se quedó quieta, con el brazo caído al costado, sosteniendo el arma, alborotado el corazón, mientras a su olfato llegaba el olor a tomillo y a pólvora.

Volviéndose hacia Joseph le preguntó:

- ¿Qué tal me he portado?

- Compruébalo tú misma.

Apartándose de Joseph, Charlie fue corriendo hacia la lata de petróleo. Y se quedó mirando la lata, con expresión de incredulidad, debido a que la lata estaba intacta.

Indignada, Charlie exclamó:

- ¡No puede ser! ¡Algo ha fallado!

Cogiendo la pistola, Joseph dijo:

- Sencillamente, no has dado en el blanco.

- ¡Serían cartuchos de fogueo!

- No, ni hablar.

- Hice todo lo que me dijiste.

- Para comenzar, digamos que no puedes disparar con una sola mano. Es ridículo que una chica que pesa cincuenta kilos y que tiene muñecas como espárragos dispare con una sola mano.

- En este caso, ¿por qué no me dijiste cómo debía disparar?

Joseph se dirigía hacia el automóvil, llevando a Charlie cogida del brazo. Dijo:

- Si es Michel quien te enseña a disparar, debes disparar como una discípula de Michel. Michel nada sabe de disparar con las dos manos. Ha seguido el ejemplo de su hermano. ¿0 es que quieres que te induzca a portarse de tal manera que sería lo mismo que si llevaras un cartel que dijera «Made in Israel»?

Irritada, y mientras cogía el brazo de Joseph, Charlie insistió: -¿Y por qué Michel dispara así? ¿A qué se debe que no sepadisparar correctamente? ¿Por qué no le enseñaron a disparar?

- Ya te lo he dicho. Su hermano le enseñó.

- ¿Y por qué su hermano no le enseñó a disparar bien?

Charlie realmente quería que le dieran respuesta a estas preguntas… Se sentía humillada y estaba disponiéndose a hacer una escena. Joseph pareció darse cuenta de ello, por cuanto sonrió y, a su manera, se rindió:

- Michel dice que es voluntad de Dios que El Jalil dispare con una sola mano.

- ¿Por qué?

Joseph meneó la cabeza, y de esta manera se negó a contestar la pregunta. Regresaron al automóvil.

- ¿El hermano se llama El Jalil?

- Sí.

- ¿Tú dijiste que El Jalil es el nombre árabe de Hebrón?

Joseph quedó complacido al escuchar estas palabras, aunque extrañamente apesadumbrado. Puso en marcha el motor y repuso:

- Es las dos caras. El Jalil es nuestro pueblecito, es mi hermano, es el amigo de Dios, es el profeta judío Abraham, a quien el Islam respeta, y que reposa en nuestra antigua mezquita.

- Bueno, pues El Jalil.

Joseph dio su conformidad, secamente:

- El Jalil. -Luego dijo-: Recuérdalo bien. Debes también recordar las circunstancias en que Michel te lo dijo. Sí, porque te ama. Porque ama a su hermano. Porque has besado la pistola de tu hermano y has

pasado a pertenecer a la gente de su sangre.

Con Joseph al volante, comenzaron el descenso de la colina. Charlie ya no sabía quién era ella, en el caso de que alguna vez lo hubiera sabida. El sonido de los disparos efectuados por ella misma aún resonaba en sus oídos. Sentía en sus labios el sabor del cañón, y cuando Joseph le indicó el Olimpo, lo único que Charlie vio fue un conjunto de manchas blancas y negras, como una lluvia atómica. La preocupación de Joseph era tan grande como la de Charlie, pero la finalidad de Joseph se encontraba una vez más ante ellos, y Joseph, mientras conducía, siguió distraídamente su narración, amontonando detalle sobre detalle. El Jalil otra vez. Los días que Michel y El Jalil pasaron juntos, antes de que éste iniciara su lucha. Nottingham, el gran encuentro de sus almas. Su hermana Fatmeh y el gran amor que por ella sentía. Habló de sus hermanos muertos.

Llegaron a la carretera de la costa. El tránsito era mucho más rápido y producía un sonido estruendoso. Las sucias playas con sus chozas medio derruidas, las torres de las fábricas que parecían prisiones,…

Charlie se esforzó en mantenerse despierta, en atención a Joseph. Pero no pudo conseguirlo. Apoyó la cabeza en el hombro de Joseph, y durante cierto tiempo se hurtó a cuanto la rodeaba.

El hotel de Tesalónica era un antiguo armatoste eduardiano, con cúpulas iluminadas, y cierto aire de pompa y circunstancia. La suite que ocuparon se encontraba en el último piso, y tenía una alcoba para niños, un cuarto de baño amplísimo, y muebles de los años veinte, con arañazos, igual que en Inglaterra. Charlie encendió las luces, pero Joseph le ordenó que las apagara. Joseph había ordenado que les subieran comida, pero ninguno de los dos la había tocado. Había una ventana mirador, y Joseph se encontraba en ella, dando la espalda a Charlie, dedicado a mirar la verde plaza, y los muelles iluminados por la luna, más allá. Charlie estaba sentada en la cama. Hasta el cuarto llegaba la popular música callejera.

- Bueno, Charlie…

En espera de que le dieran la explicación que se merecía, Charlie repuso, como un eco:

- Bueno, Charlie…

- Te has comprometido a librar mi guerra. Pero ¿qué guerra? ¿Y cómo se libra esta guerra? ¿Dónde? Te he hablado de la causa, te he hablado de acción. Tenemos fe, en consecuencia actuamos. Te he dicho que el terror es teatro, y que, a veces, es preciso coger al mundo por las orejas y ponerlo en pie, con el solo fin de que nos escuche.

Charlie se rebulló inquieta. Joseph prosiguió:

- Reiteradamente, en mis cartas, en nuestras largas conversaciones, te he prometido llevarte al campo de acción. Pero lo

he demorado. Hasta esta noche. Quizá no confío en ti. 0 quizá he llegado a amarte tanto que no quiero situarte en primera línea. Tú no sabes a cuál de las dos causas puede deberse, pero a veces te sientes ofendida por mis secretos, tal como tus cartas demuestran.

Charlie volvió a pensar: «Las cartas, siempre las cartas.» Joseph dijo:

- En términos prácticos, ¿de qué manera te conviertes en mi soldadito? Este es el tema de la conversación de esta noche. Aquí. En esta cama en la que estás sentada. En la última noche de nuestra luna de miel en Grecia. Quizá en nuestra última noche para siempre, ya que no puedes tener la seguridad de volver a verme.

Dio media vuelta para quedar frente a Charlie. Lo hizo despacio. Parecía que Joseph hubiera puesto a su cuerpo los mismos cuidadosos frenos que ponía a sus palabras. Observó:

- Lloras mucho. Sí, imagino que esta noche lloras. Abrazada a mí. Diciéndome que me amarás eternamente. Tú lloras, y mientras lloras te digo: «Ha llegado el momento.» Mañana tendrás tu ocasión. Mañana por la mañana cumplirás el juramento que hiciste por la pistola del gran El Jalil.

Despacio, casi majestuosamente, Joseph regresó a la ventana mirador y dijo:

- Te ordeno, te pido, que lleves el Mercedes a Yugoslavia y que, siguiendo hacia el norte, llegues a Aastria. Allí, otras personas se harán cargo del automóvil. Lo harás tú sola. ¿De acuerdo? ¿Qué dices?

En la superficie, Charlie nada sentía, salvo ciertos deseos de comportarse con la misma aparente carencia de sentimientos con que se comportaba Joseph. No sentía miedo, ni sensación de peligro, ni sorpresa. Mediante un brusco acto de voluntad había eliminado estos sentimientos. Es ahora -pensó-. Charlie, ahora te pones en funcionamiento. Todo consiste en conducir un automóvil. ¡En marcha!» Charlie miraba fijamente a Joseph, firme la mandíbula, tal como solía mirar a la gente cuando mentía. En un levísimo tono de burla, Joseph dijo:

- Bueno: ¿cómo reaccionas ante la petición de Michel? -Le recordó-: Irás sola. La distancia no es corta. Son unos mil doscientos kilómetros en territorio yugoslavo. No es poca cosa, por tratarse de una primera misión. ¿Qué dices?

Charlie preguntó:

- ¿De qué se trata?

Charlie no pudo determinar si la actitud de Joseph fue deliberada al no comprender el sentido de su pregunta. Joseph dijo:

- Dinero: Tu presentación en el teatro de la realidad. Todo lo que Marty te prometió.

Para Charlie, la mente de Joseph era algo tan cerrado como quizá

lo fuera para el propio Joseph, quien había hablado en voz baja y como pidiendo excusas. Charlie dijo:

- Yo quería decir, ¿qué hay dentro del automóvil?

Joseph observó el habitual silencio previo a su contestación, y, acto seguido, su voz habló con autoridad:

- ¿Y qué importa lo que haya en el automóvil? Quizá un mensaje militar. Papeles. ¿Imaginas que puedes saber todos los secretos de nuestro gran movimiento desde el primer día?

Hizo una pausa, pero Charlie no contestó. Joseph insistió: - ¿Conducirás el automóvil o no? Esto es lo único importante. Charlie no quería la respuesta de Michel, sino que quería la de Joseph:

- ¿Y por qué no conduce él mismo?

- Charlie, tu tarea en concepto de nuevo recluta no consiste precisamente en discutir las órdenes.

¿Quién era aquel hombre? Charlie tuvo la impresión de que la máscara de su interlocutor comenzaba a resbalar. Siguió hablando:

- Si de repente sospechas, dentro de la ficción, que has sido manipulada por ese hombre, que toda su adoración hacia ti, su encanto, sus declaraciones de amor eterno…

Una vez más pareció perder pie. ¿Sería solamente una falsa impresión de Charlie, estimulada por sus deseos, o acaso Charlie osaba suponer que, en la penumbra del cuarto, cierto sentimiento se había apoderado de él, sin que se diera cuenta, sentimiento que hubiera preferido contener?

La voz recobró su fuerza:

- Sólo quiero decir que, si en esta etapa, las escamas comienzan a caerte de los ojos, o te falla el valor, debes decirlo, como es lógico y natural.

- Yo sólo he formulado una pregunta. ¿Por qué no conduces tú, Michel?

Joseph dio bruscamente media vuelta sobre sí mismo, quedando de nuevo dando frente a la ventana, y Charlie tuvo la impresión de que aquel hombre tenía qué reprimir demasiadas reacciones, antes de contestar. Haciendo un esfuerzo para dominarse, Joseph contestó:

- Michel te dice esto y nada más. Sea lo que fuere lo que haya en el interior del automóvil… -Joseph podía ver el automóvil aparcado abajo, en la plaza y vigilado por el minibús. Mirándolo prosiguió-: Sea lo que fuera, decía, es de vital importancia para nuestra gran lucha y, al mismo tiempo, muy peligroso. Y aquella persona que fuese atrapada conduciendo este automóvil a lo largo de dicho trayecto, tanto si el coche transporta propaganda subversiva o cualquier otra clase de material, como mensajes, por ejemplo, se tendría que enfrentar con una gravísima acusación penal. Y nada, ni las más fuertes influencias, ni las presiones diplomáticas, ni los mejores abogados, podrían evitar

que esta persona lo pasara mal, muy mal. Si estás pensando en tu propia piel, no te equivocas, porque te juegas la piel. -Y, con una voz en manera alguna parecida a la de Michel, añadió-: A fin de cuentas, tu vida es exclusivamente tuya. Tú no eres uno de los nuestros.

Pero esta vacilación dio a Charlie una seguridad de la que jamás había gozado hallándose en compañía de Joseph. Charlie insistió:

- He preguntado que por qué no conduce él mismo, y todavía no he obtenido la respuesta.

Una vez más, Joseph reaccionó con excesiva vehemencia:

- ¡Charlie! ¡Soy un activista palestino! Soy un conocido luchador en pro de mi causa. Viajo con pasaporte falso, lo cual puede descubrirse en cualquier instante. Pero tú eres una atractiva muchacha inglesa, con buen aspecto, sin antecedentes, de rápido ingenio, encantadora, y, como es natural, no corres peligro alguno. ¡Creo que con esto tienes más que suficiente!

- Pero hace unos instantes has dicho que había peligro.

- ¡Tonterías! Michel te asegura que no corres el menor riesgo. Para él, quizá. Para ti, ninguno. Y te digo: «Hazlo por mí. Hazlo y enorgullécete de haberlo hecho. Hazlo por nuestro amor y por la revolución. Hazlo por todo aquello que nos hemos jurado. Hazlo por mi gran hermano. ¿Acaso tus juramentos carecen de valor? ¿Quizá sólo has dicho hipocresías occidentales, cuando te declarabas revolucionaria?» -Hizo una pausa y añadió-: Hazlo porque, si no lo haces, tu vida será todavía más vacía de lo que era cuando te conocí en la playa.

Charlie le corrigió:

- En el teatro querrás decir.

Apenas le hizo caso. Se quedó de pie, de espaldas a Charlie, fija la vista en el Mercedes. Volvía a ser Joseph, una vez más, el Joseph de la pronunciación medida y las frases cautelosas, el Joseph de la misión que salvaría vidas inocentes. Dijo.

- Bueno ahí estás. Ante tu Rubicón. ¿Sabes lo que es el Rubicón? Puedes dejarlo, si quieres. Irte a casa, recibir algún dinero, olvidarte de la revolución, de Palestina, de Michel, de todo.

- ¿O?

- Conducir el automóvil. Será el primer acto que efectúes en beneficio de la causa. Lo harás sola. ¿Qué eliges?

- ¿Y dónde estarás tú?

La calma de Joseph volvía a ser, ahora, inalterable, y una vez más se refugió en la personalidad de Michel:

- Mi espíritu estará junto a ti, pero en nada podré ayudarte. Nadie podrá ayudarte. Estarás sola, llevando a cabo un acto delictivo en defensa de lo que el mundo denomina todavía una pandilla de terroristas.

Después de una pausa volvió a hablar, pero en esta ocasión era Joseph:

- Algunos de nuestros muchachos te escoltarán, pero no podrán ayudarte si algo sale mal, como no sea por el medio de informarnos de ello a Marty y a mí. Yugoslavia no es muy amiga de Israel.

Charlie guardó silencio, a la espera. Todos sus instintos de supervivencia le decían que esto era lo que debía hacer. Vio que Joseph volvía a ponerse de cara a ella, y sostuvo la negra mirada de Joseph, sabedora que la cara de éste no era claramente visible, y la suya sí. Charlie pensó: «¿Contra quién luchas, Joseph? ¿Contra ti o contra mí? ¿A qué se debe que eres el enemigo en ambos campos? Charlie recordó a su interlocutor:

- No hemos terminado la interpretación de la escena. Yo os pregunto, y lo pregunto a los dos, qué hay en el interior del automóvil. Y si tú me pides que conduzca el automóvil, sea quien sea el que me lo pida, tú o él, él o tú, necesito saber qué hay en el automóvil. Y necesito saberlo ahora.

Charlie pensó que tendría que esperar. Esperaba que tuviera que aguardar durante aquellos segundos con los que Joseph a menudo precedía sus palabras, mientras Joseph analizaba las opciones y estructuraba sus meditadas frases de contestación. Pero Charlie se equivocaba. Joseph, con su más impersonal voz, repuso:

- Explosivos. Doscientas libras de plástico explosivo ruso, divididas en porciones de media libra. Es un material nuevo, bien acondicionado, capaz de aguantar temperaturas extremas, tanto de calor como de frío, y razonablemente plástico en cualquier temperatura.

Luchando para dominar sus sensaciones, Charlie repuso alegremente:

- ¡Vaya, me alegro de que esté bien acondicionado! ¿Y en qué parte del automóvil está escondido?

- En la tapicería, en el techo, en los asientos. Se trata de un modelo antiguo que facilita esconder cosas en él.

- ¿Y en qué se usará el explosivo?

- En nuestra lucha.

- ¿Y por qué has tenido que venir a Grecia a buscar este material, cuando hubieras podido recogerlo en la propia Europa?

- Mi hermano guarda cierta clase de secretos, y espera que yo los respete y obedezca. El círculo de personas en las que confía es muy pequeño, y no está dispuesto a ampliarlo. Esencialmente, mi hermano no confía en los europeos ni en los árabes. Lo que hacemos solos, únicamente nosotros podemos traicionarlo.

En el mismo tono inocente y de suma tranquilidad, Charlie preguntó:

- ¿Y, en este caso concreto, qué forma reviste, exactamente, nuestra lucha?

Una vez más, contestó sin dudar:

- Matar a los judíos de la diáspora. De la misma forma que ellos han dispersado al pueblo de Palestina, nosotros les castigamos en su diáspora, y expresamos nuestros sufrimientos ante la vista y los oídos del mundo.

Hizo una pausa, y, con menos seguridad, añadió:

- Y por este medio también despertamos la conciencia del proletariado.

- Bueno, pues me parece razonable.

- Muchas gracias.

- Y tú y Marty, habéis pensado que sería una buena idea que yo transportara esos explosivos hasta Austria, para hacer un favor a los palestinos.

Charlie inhaló aire brevemente, se levantó y, muy despacio, se acercó a la ventana. Dijo:

- ¿Quieres hacer el favor de abrazarme, Joseph? No, no intento seducirte. Es sólo un instante. Me siento un tanto sola.

Un brazo se posó sobre los hombros de Charlie, quien se estremeció violentamente. Oprimiendo su cuerpo contra el de Joseph, se puso de cara a él, y puso sus brazos alrededor de su cuerpo, que oprimió contra el suyo, y Charlie, con la consiguiente alegría, advirtió que el cuerpo de Joseph se relajaba y respondía a su presión. La mente de Charlie se centraba en todo género de temas, al igual que la vista que de repente se encuentra ante un vasto e inesperado paisaje. Pero con más claridad que cualquier otra cosa, más allá del inmediato riesgo del viaje, Charlie comenzó a ver, por fin, la larga aventura que se extendía ante ella, y, dentro de esta aventura, vio a los camaradas sin rostro del otro ejército, el ejército al que iba a alistarse. Charlie se preguntó: «¿Me dejará con ellos, o me conservará a su lado? No lo sabe. Se está despertando y se está durmiendo al mismo tiempo.» Los brazos de Joseph, oprimiendo todavía el cuerpo de Charlie, daban a ésta renovado valor. Hasta el presente momento, e influenciada por la decidida actitud de castidad de Joseph, Charlie había pensado, oscuramente, que su cuerpo dado a la promiscuidad no era apto para el de Joseph. Ahora, en méritos de razones que Charlie ignoraba, esta sensación de desprecio hacia sí misma se había desvanecido.

Sin soltar a Joseph, Charlie dijo:

- Sigue convenciéndome. Cumple con tu deber.

- ¿No te basta con que Michel te mande a este viaje y que, al mismo tiempo, no le guste que lo hagas?

Charlie no contestó. Joseph dijo:

- ¿Quieres que te cite aquellas palabras de Shelley: «La

tempestuosa belleza del terror?» ¿Debo recordarte las muchas promesas que recíprocamente nos hicimos, y que estamos dispuestos a Matar debido a que estamos dispuestos a morir?

- Creo que las palabras, ahora, ya de nada sirven.

Charlie tenía la cara oprimida contra el pecho de Joseph, a quien dijo:

- Prometiste estar cerca de mí.

Charlie sintió que Joseph aflojaba la presión de sus brazos y que, al contestarle, su voz se endurecía:

- Te esperaré en Austria. Esto te lo promete Michel. Y también yo.

Charlie se echó hacia atrás, y cogió entre sus manos la cabeza de Joseph, tal como había hecho en la Acrópolis, y estudió críticamente su rostro a la luz procedente de la plaza. Tuvo la impresión de que aquella cara se había cerrado ante ella, como una puerta que no le permitiera entrar ni salir. Fría y excitada al mismo tiempo, Charlie anduvo hasta la cama y volvió a sentarse en ella. Cuando habló, la voz de Charlie mostraba una nueva confianza que la impresionó. Tenía la vista fija en el brazalete, al que daba vueltas, en la penumbra del cuarto. Preguntó:

- ¿Qué quieres que haga? ¿Tú, Joseph? ¿Charlie se queda y cumple la misión? ¿O Charlie coge el dinero y se larga? ¿Qué pasa en tu personal libreto?

- Sabes los peligros. Decide.

- También los sabes tú. Y mejor que yo. Los sabías desde el principio.

- Ya has escuchado todas las argumentaciones, expresadas por Marty y por mí.

Charlie abrió el cierre del brazalete, y se puso éste en la palma de la mano. Dijo:

- Salvamos vidas inocentes. En el supuesto de que yo transporte los explosivos. Ahora bien, también habrá personas, que desde luego son tontas de remate, que creerán que se salvarán más vidas por el medio de no transportar los explosivos. Estas personas están equivocadas, ¿verdad?

- A la larga, y si todo se desarrolla bien, estarán equivocadas.

Una vez más, Joseph daba la espalda a Charlie, y, a juzgar por todas las apariencias, volvía a examinar el panorama que se divisaba desde la ventana.

En tono meditativo, y mientras se ponía el brazalete en la otra muñeca, Charlie dijo:

- Si tú eres Michel, hablándome, es fácil. Me has elevado al séptimo cielo, me has hecho besar la pistola, yo estoy muriéndome de ganas de ir a las barricadas. Si no creemos esto, todos los esfuerzos que has hecho durante los últimos días han fracasado. Lo cual no es

verdad. Este es el papel que me has confiado, y ésta es la manera en que me has convencido. Fin. Iré.

Vio que Joseph movía despacio la cabeza, en sentido afirmativo. Charlie dijo:

- Y si tú eres Joseph, hablándome, ¿qué importa? Si dijera que no, jamás volvería a verte. Volvería a la nada, con un puñado de oro.

Con sorpresa, Charlie advirtió que Joseph había perdido todo interés en ella. Con los hombros alzados, Joseph exhaló un largo suspiro. Su cara siguió orientada hacia la ventana y su mirada fija en el horizonte. Joseph volvió a hablar, y Charlie pensó, al principio, que Joseph volvía a hurtarse al empuje, a la fuerza, de sus palabras, de lo que Charlie le había dicho. Pero, al cabo de unos momentos, Charlie se dio cuenta de que Joseph le explicaba las razones en cuyos méritos, en cuanto a él hacía referencia, no había habido verdadera libertad de elección para ninguno de los dos.

- Me parece que a Michel le gustaría esta ciudad. Hasta que comenzó la ocupación alemana, sesenta mil judíos vivían con relativa felicidad, ahí, en lo alto de esta colina. Eran funcionarios de correos, hombres de negocios, banqueros. Sefarditas. Llegaron aquí a través de los balcanes, procedentes de España. Cuando los alemanes se fueron, no quedaba ni uno. Los que no fueron exterminados pasaron a Israel.

Charlie se tumbó en la cama. Joseph seguía junto a la ventana contemplando cómo se iban apagando las luces de la plaza. Charlie se preguntaba si Joseph iría a su lado, aunque tenía el convencimiento de que no lo haría. Oyó un gemido, cuando Joseph se tumbó en el diván, con el cuerpo en posición paralela al de Charlie, aunque separado por la longitud de Yugoslavia. Charlie deseaba a Joseph más de lo que jamás hubiera deseado a cualquier hombre. Y el miedo a mañana intensificaba este deseo.

Charlie preguntó:

- ¿Tienes hermanos, Joseph?

- Un hermano.

- ¿Y a qué se dedica?

- Murió en la guerra del 67.

Charlie dijo:

- ¿La misma guerra que mandó a Michel a la otra orilla del Jordán?

Charlie jamás esperaba que Joseph diera respuestas veraces a sus preguntas, pero en este caso le constaba que había dicho la verdad. Charlie preguntó:

- ¿Y tú también participaste en esta guerra?

- Eso creo.

- ¿Y en la guerra anterior? No sé el año.

- Cincuenta y seis.

- ¿Si o no?

- Sí.

- ¿Y en la guerra siguiente? La del setenta y tres. -Probablemente.

- ¿Y por qué luchaste?

De nuevo Charlie tuvo que esperar. Oyó a Joseph:

- En la del 56 porque quería ser un héroe, en la del 67 por la paz y en la del 73…

Hizo una pausa como si se esforzara en recordar, y, por fin dijo: - Por Israel.

- ¿Y ahora? ¿Por qué luchas en esta ocasión?

Charlie pensó, porque hay lucha. Para salvar vidas. Porque me lo han pedido. Para que las gentes de los pueblecitos de Israel puedan bailar el dabke y escuchar las narraciones de los viajeros, junto al pozo.

- ¿Joseph?

- Si, Charlie.

- ¿Y cómo te causaron las heridas que te han dejado esas cicatrices tan atractivas?

En la oscuridad, las largas pausas de Joseph habían adquirido la fuerza narrativa de las historias contadas junto a la hoguera, en un campamento. Joseph dijo:

- Las quemaduras me las hicieron mientras estaba sentado dentro de un tanque. Y las cicatrices de bala, al salir del tanque.

- ¿Qué edad tenias, entonces?

- Veinte o veintiún años.

«A la edad de ocho años me alisté en el Ashbal -pensó Charlie-. A la edad de quince…»

Dispuesta a mantener en marcha la conversación, Charlie preguntó:

- ¿Y quién era tu padre?

- Un pionero. Uno de los primeros que se asentó en Israel.

- ¿De dónde procedía?

- Polonia.

- ¿Cuándo fue?

- En los años veinte. En la tercera aliyah, si es que sabes el significado de esta palabra.

Charlie no lo sabia, pero en aquellos momentos carecía de importancia.

- ¿A qué se dedicaba tu padre?

- Obrero de la construcción. Era un trabajador manual. Convirtió unas dunas de arena en una ciudad a la que llamó Tel Aviv. Socialista, de los de carácter práctico. No respetaba mucho a Dios. No bebía. Y jamás fue propietario de algo que pudiera valorarse en más que unos pocos dólares.

- ¿Te hubiera gustado ser así?

Charlie pensó que Joseph no contestaría esta pregunta. «Se ha dormido. No seas impertinente, Charlie.» Secamente, Joseph contestó:

- Elegí una más alta misión.

«O la misión te eligió a ti -pensó Charlie-, que es lo que suele ocurrir cuando se nace en el cautiverio.» Y Charlie, sin poder explicárselo, se durmió muy de prisa.

Pero Gadi Becker, el veterano luchador, quedó yacente y pa_ cienzudamente despierto, contemplando la oscuridad y escuchando la regular respiración de su joven recluta. ¿Por qué le había hablado de aquella manera? ¿Por qué le había hecho aquellas revelaciones acerca de sí mismo, en el preciso instante en que despachaba a la muchacha a realizar su primera misión? Había ocasiones en las que Gadi Becker dejaba de confiar en sí mismo. Gadi flexionaba los músculos y ello sólo le servía para descubrir que los nervios y tendones de la disciplina ya no los sujetaban tal como antes solían. Se trazaba un camino recto, y cuando miraba hacia atrás se daba cuenta de los errores cometidos. Se preguntó: ¿en qué sueño, en la lucha o en la paz? Era ya demasiado viejo para una y otra cosa. Y también demasiado viejo, sí, demasiado viejo para dejar de luchar. Era demasiado viejo para entregarse y, al mismo tiempo, incapaz de contenerse. Demasiado viejo para no percibir el olor de la muerte, antes de matar.

Volvió a aguzar el oído, y advirtió que la respiración de la muchacha había adquirido el más calmo ritmo del sueño. Al estilo de Kurtz, agarrándose la muñeca, Gadi Becker levantó el antebrazo y, en la oscuridad consultó la esfera de su reloj luminoso. Luego, tan silenciosamente que Charlie, incluso en el caso de hallarse plenamente despierta, hubiera tenido dificultades en oírle, Becker se puso su blazer rojo y salió sigilosamente al cuarto.

El conserje nocturno era un hombre siempre alerta, y le bastó sólo echar una ojeada al bien vestido caballero para intuir la proximidad de una buena propina.

En tono de premura, Becker le preguntó:

- ¿Tiene impresos de telegramas?

El conserje de noche se hundió al instante debajo del mostrador.

Becker comenzó a escribir cuidadosamente, con letra grande y en tinta negra. Recordaba de memoria las señas, que eran las de un abogado de Ginebra que transmitiría el mensaje. Kurtz le había dado estas señas, desde Munich, después de conseguir, por razones de mayor seguridad, que Yanuka le confirmara que las señas seguían siendo válidas. Becker también recordaba el texto de memoria. Comenzaba diciendo: «Comunique a su cliente…» Y, a continuación el mensaje se centraba en los avances conseguidos en la colaboración, de

acuerdo con nuestro previsto contrato. El mensaje tenía cuarenta y cinco palabras, y Becker, después de repasarlo, añadió la rígida y personalista firma que Schwili pacientemente le había enseñado a trazar. Luego, empujó el telegrama al través del mostrador, y dio al conserje una propina de quinientas dracmas, diciéndole:

- Mande este telegrama dos veces, ¿comprende? Si, el mismo mensaje dos veces, La primera ahora mismo, por teléfono, y la segunda por la mañana, en la oficina de telégrafos. No encargue el trabajo a un botones, hágalo usted mismo. Luego, me manda una copia de confirmación del envío.

Si, el conserje lo haría exactamente tal como el señor le decía. Al conserje le habían hablado de las propinas que daban los árabes. Y aquella noche, sin que pudiera preverlo, le había caído una propina árabe. Con mucho gusto, el conserje hubiera prestado muchos más servicios a aquel caballero, pero el caballero, ¡oh tristeza!, fingió no percatarse de las insinuaciones del conserje. Con tristeza, el conserje contempló cómo su presa salía a la calle, y caminaba en dirección al muelle. La camioneta de comunicaciones se encontraba en un aparcamiento. Había llegado el momento de que el gran Gadi Becker mandara su informe y se asegurara que todo estaba dispuesto para la gran operación.

13

El monasterio se encontraba a dos kilómetros de la frontera, en una depresión con grandes piedras y amarillentos juncos. Era una ruina triste y profanada, con techumbres hundidas y un patio con celdas ruinosas, en cuyas piedras se veían psicodélicas muchachas pintadas. Ciertos post-cristianos habían comenzado a instalar una discoteca allí, pero, al igual que los anteriores monjes, habían huido del lugar. En la pequeña extensión de cemento que hubiera debido ser pista de baile, se encontraba el Mercedes rojo, como un caballo de guerra siendo preparado para la batalla. Al lado del Mercedes se encontraba el adalid que lo montaría, y junto al adalid se hallaba Joseph, supervisando la operación. Este es el lugar al que Michel te trajo para cambiar las placas de la matrícula, y despedirse de ti, Charlie. Este es el lugar en que te dio las llaves y la documentación falsa. Rose, vuelve a limpiar la tapa de la guantera, por favor. Rachel, ¿qué es ese papelito, ahí, en el suelo? De nuevo era Joseph, el perfeccionista, ocupándose de todos los detalles, incluso los más nimios. La camioneta de comunicaciones se encontraba al otro lado del muro, y su antena se inclinaba en graciosas reverencias, al impulso de la brisa.

Las placas de matrícula de Munich ya habían sido colocadas. Una polvorienta «D» de Alemania había sustituido la pegatina del cuerpo diplomático. El coche había sido limpiado de todo género de restos y desechos. Con meticuloso cuidado, Becker comenzó a distribuir elocuentes souvenirs, tales como una muy usada guía de la Acrópolis, olvidada en la bolsa de una puerta, semillas de uva en el cenicero, fragmentadas pieles de naranja en el suelo, palos de helados griegos, porciones de papel para envolver chocolate, dos billetes para visitar los antiguos restos de Delfos, un mapa de carreteras de la ESSO en el que se veía la ruta desde Delfos a Tesalónica, mapa marcado con un rotulador, y en el que asimismo constaban dos anotaciones marginales, en arábigo, escritas por Michel, en aquel punto de la montaña en que Charlie había disparado la pistola con una sola mano y no había dado en el blanco, un peine con unos cuantos cabellos

negros entre las púas, y oliendo a la penetrante loción capilar alemana utilizada por Michel, un par de guantes de cuero, para conducir, levemente perfumados con el masaje utilizado por Michel, un estuche para gafas, de Frey, de Munich, que era el correspondiente a las gafas de sol que fueron involuntariamente rotas cuando su propietario intentó recoger a Rachel, en la carretera.

Por fin, Becker sometió a Charlie a una inspección igualmente minuciosa que abarcó toda la superficie de su cuerpo vestido, desde los zapatos hasta la cabeza, y de la cabeza a los zapatos, pasando por el brazalete, antes de pasar a prestar su atención -con desgana, según le pareció a Charlie- a la mesilla plegable en donde se encontraba el revisado contenido del bolso de Charlie.

Por fin, y después de haber trazado otra crucecita en la lista, Becker dijo a Charlie:

- Mételo todo dentro del bolso.

Observó como Charlie lo guardaba todo, a su manera: pañuelo, lápiz para los labios, carnet de conducir, monedas, billetero, recuerdos, llaves, y todos los meticulosamente elegidos chismes que, debidamente examinados, serían el testimonio de las complejas ficciones de las diversas vidas de la muchacha.

Charlie preguntó:

- ¿Y las cartas?

Joseph hizo una de sus características pausas, que Charlie aprovechó para decir:

- Si me hubiera escrito esas cartas tan ardientes, yo las llevaría conmigo a todas partes, ¿no crees?

Joseph, por fin, dijo:

- Michel no te lo permite. Te ha dado estrictas instrucciones de guardar esas cartas en un lugar seguro de tu casa, y, sobre todo, de jamás pasar una frontera llevando contigo las cartas en cuestión.

Del bolsillo lateral de la chaqueta, Joseph extrajo una pequeña agenda, apta para llevar un diario en ella, protegida con plástico, encuadernada en tela, y con un lápiz en el lomo, diciendo:

- Sin embargo, como sea que tú no tienes la costumbre de llevar un diario, nosotros decidimos llevarlo por ti.

Charlie lo aceptó con remilgado ademán, y arrancó el plástico. Cogió el lápiz. En él había marcas de mordeduras, lo cual indicaba lo que Charlie aún hacía con los lápices: los chupaba. Echó una ojeada a diez o doce páginas. Las anotaciones hechas por Schwili eran breves, pero gracias a la intuición de Leon y a la memoria electrónica de la señorita Bach, resultaban exactamente las propias de Charlie. Nada había referente a la temporada de Nottingham, ya que Michel había sido un ataque por sorpresa. En cuanto a la temporada de York había una gran «M» con un interrogante, todo ello dentro de un círculo. En

una esquina de la hoja correspondiente a aquel día había un alargado dibujo abstracto, un dibujo contemplativo, que era la clase de dibujos abstractos que Charlie trazaba cuando se hallaba en estado de ensoñación. Se hacía referencia a su automóvil: «El Fiat a Eustace, a las 9.» También a su madre: «1 semana falta para el cumpleaños de mamá, comprar regalo ahora.» Había referencia a Alastair: «A la Isla de Wight, ¿el comercial Kellog's?» Charlie recordaba que no había ido allá, debido a que la Kellog había encontrado un actor más competente y menos borracho. En los días correspondientes a la menstruación había líneas sinuosas, y la burlona anotación: «Rebajada de juegos.» Después de buscar los días correspondientes a las vacaciones griegas, Charlie encontró la palabra Mikonos, escrita en grandes letras mayúsculas, y, al lado las horas de llegada y de salida. Pero cuando Charlie llegó al día correspondiente a su llegada a Atenas, la doble página, en su integridad, estaba ilustrada con una bandada de pájaros en pleno vuelo, dibujada con bolígrafos rojo y azul, de manera que parecía un tatuaje de marinero. Charlie dejó caer el pequeño diario en el bolso, y cerró éste con un seco sonido del cierre. Aquello era demasiado. Se sentía sucia y con su intimidad invadida. Quería conocer a gente nueva a la que todavía pudiera sorprender, a gente que fuera incapaz de fingir sus sentimientos, los de Charlie, ni su caligrafía, de tal manera que ni ella misma podía distinguir lo genuino de lo falsificado. Quizá Joseph se hubiera ya dado cuenta de los sentimientos de Charlie. Quizá los supo adivinar en la brusquedad de los modales de ésta. Al menos esto esperaba Charlie. Joseph, con la mano enguantada, mantenía la puerta del Mercedes abierta para que Charlie entrara en él. Charlie entró muy de prisa. Joseph le ordenó:

- Mira los papeles una vez más.

Con la vista fija al frente, Charlie repuso:

- No hace falta.

- ¿Número de la matrícula del automóvil?

Charlie lo dijo.

- ¿Fecha de registro?

También lo dijo. Lo dijo todo, todas las invenciones dentro de otras invenciones, dentro de otras invenciones. El automóvil era propiedad de un médico de Munich que estaba de moda y que era el actual amante de Charlie, cuyo nombre Charlie dio con seguridad. El automóvil estaba registrado y asegurado a nombre de dicho doctor. O si no, vean los papeles falsificados.

- ¿Y por qué no está contigo este diligente médico? Esta pregunta te la hace Michel, ¿comprendes?

Si, Charlie comprendía. Repuso:

- Esta mañana tuvo que regresar desde Tesalónica para atender un

caso urgente. Accedí a conducir el automóvil, en su lugar. El médico se encontraba en Atenas para dar una conferencia. Hemos hecho turismo juntos.

- ¿Y cuándo conociste al médico ese?

- En Inglaterra. Es amigo de mis padres. Les cura las resacas. Mis padres son inmensamente ricos.

- Para un caso extremo, para un caso de necesidad, llevas en el bolso los mil dólares que Michel te prestó para el viaje. También cabe la posibilidad de que esa gente, teniendo en cuenta las molestias que le has causado y el tiempo que te ha tenido que dedicar, acepte elegantemente cierta ayuda económica por tu parte. ¿Cómo se llama la esposa?

- Renate, y la odio.

- ¿Los hijos?

- Christoph y Dorotea. Y yo sería una madre para ellos si Renate hiciera el favor de no entrometerse en mis relaciones con ellos. Y ahora quiero irme. ¿Algo más?

- Sí.

Mentalmente, Charlie se preguntó ¿cómo, por ejemplo, que me amas? ¿Cómo, por ejemplo, que te sientes un poco culpable por mandarme a cruzar media Europa con un automóvil cargado de explosivos rusos de alta calidad?

Con la misma pasión que emplearía para examinar su carnet de conducir, Joseph le aconsejó:

- No te confíes en exceso. No todos los policías fronterizos son tontos u obsesos sexuales.

Charlie se había prometido no decir frase alguna de despedida, y era posible que Joseph hubiera hecho lo mismo. Charlie dijo:

- Bueno, pues adelante, Charlie.

Y puso en marcha el motor.

Joseph no agitó la mano ni sonrió, aunque quizá Joseph repitió:

- Adelante Charlie.

Pero si así lo hizo, la muchacha no lo oyó. Llegó a la carretera principal y el monasterio con sus temporales habitantes desapareció del espejo retrovisor. Recorrió de prisa un par de kilómetros, y llegó ante un viejo cartel indicador, con una flecha, que decía Yugoslawien. Condujo despacio, a la par que el resto del tránsito. La carretera se ensanchó, convirtiéndose en una zona de aparcamiento. Vio una fila de camionetas y una fila de automóviles, y las banderas de todas las naciones cocidas por el sol hasta haberles dado tonalidades pastel. Soy inglés, soy alemán, soy israelita, soy árabe. Charlie puso su automóvil detrás de un coche deportivo. En el deportivo iban dos muchachos sentados delante y dos chicas detrás. Charlie se preguntó si acaso serían miembros del equipo de Joseph. O de Michel. O policías de

algún tipo u otro. Charlie comenzaba a ver el mundo de esta manera: todas las personas formaban parte de un grupo u otro. Un funcionario con uniforme gris le indicó con un impaciente ademán que avanzara. Charlie lo tenía todo dispuesto. Documentos falsos, explicaciones falsas. Nadie le pidió los unos o las otras. Y pasó la frontera.

Joseph, en lo alto de la colina, bajó los prismáticos, y regresó a la camioneta que le esperaba.

Dirigiéndose a David, el muchacho que tecleaba obedientemente palabras con la máquina, Joseph dijo:

- El paquete ha sido enviado.

David tecleó estas palabras. En obediencia a Becker, el muchacho hubiera tecleado cualquier cosa, se hubiera arriesgado a todo, hubiera matado a gente. Para él, Becker era una leyenda viviente, un ser perfecto, alguien a quien el muchacho intentaría en todo momento imitar.

Con reverentes acentos, el muchacho dijo:

- Marty le felicita.

Pero el gran Becker pareció no oírle.

Charlie condujo eternamente. Condujo con los brazos doloridos debido a agarrar con demasiada fuerza el volante, con el cuello dolorido debido a mantener las piernas demasiado rígidas. Condujo con dolor en la barriga, causado por el mantenimiento de la misma posición. Estaba mareada de miedo. Luego, se sintió todavía peor cuando el motor produjo unos raros ruidos, y Charlie pensó: ¡Avería! Joseph le había dicho: Si tienes una avería, abandona el automóvil, lo dejas en la cuneta y haces auto-stop, pierde tu documentación, coges el tren, y, sobre todo aléjate cuanto puedas del coche. Pero ahora que había comenzado la aventura, Charlie estimaba que no podía comportarse de semejante manera. Sería lo mismo que abandonar el teatro en plena representación. La música la estaba dejando sorda. Cerró la radio y el ruido de los motores de los camiones volvió a dejarla sorda. Se sentía en una sauna, se sintió muerta de frío, cantaba. No había avance, sino solo movimiento. Charlie conversaba animadamente con su padre muerto y con su maldita madre: «Bueno, el caso es, mamá, que conocí a ese árabe sencillamente encantador, maravillosamente bien educado, y terriblemente rico y culto, y todo fue una larga jodienda desde el alba hasta el ocaso, y luego volvimos a la carga…»

Charlie conducía con la mente en blanco y sus pensamientos voluntariamente apagados. Se obligaba a permanecer en la superficie exterior de la experiencia. Oh, mira, un lago, oh, mira un villorrio, se limitaba Charlie a pensar, sin permitirse jamás penetrar en el caos interior. Soy libre, estoy descansada, y hago un viaje maravilloso. Para almorzar comió fruta y pan, que compró en un kiosko de una

gasolinera. Y un helado. Si, le cogió la pasión de comer helados, como si de un antojo de embarazada se tratara. Fue un helado amarillento, aguado, yugoslavo, en cuyo envoltorio se veía a una muchacha con grandes senos. En una ocasión Charlie vio a un muchacho que hacía auto-stop, y sintió la avasalladora necesidad de hacer caso omiso de las instrucciones de Joseph, y coger al chico. El sentimiento de soledad que experimentaba Charlie se hizo de repente tan terrible que hubiera hecho cualquier cosa para gozar de la compañía del muchacho. Si, se hubiera casado con él en una de las capillitas que se alzaban en lo alto de pequeñas montañas peladas, le hubiera violado sobre el amarillento césped junto a la carretera. Pero en momento alguno reconoció ante sí misma, durante los largos años y las infinitas millas de aquel viaje, que llevaba doscientas libras de explosivos rusos de alta calidad, divididos en porciones de media libra, ocultos en la tapicería, en los asientos, en la techumbre del automóvil, ni que los modelos antiguos ofrecían más oportunidades de esconder explosivos en ellos. Ni que se trataba de unos explosivos excelentes y nuevos, bien acondicionados, y que resistían bien el frío y el calor, y que eran razonablemente plásticos en todas las temperaturas.

«Sigue adelante, muchacha -se repetía en tono decidido una y otra vez, en ocasiones en voz alta-. Es un día soleado y eres una rica fulana que conduce el Mercedes de su amante.» Recitaba versos de Como gustéis, recitaba párrafos de su primera y más importante representación, recitaba párrafos de Santa Juana. Pero, Charlie no pensaba jamás en Joseph. Charlie en su vida había conocido a un israelí, jamás has deseado a ese israelí, jamás cambió sus puntos de vista y su religión por culpa del tal israelí, jamás se convirtió en creación de dicho israelí fingiendo ser creación de su enemigo, jamás se maravilló e inquietó ante las secretas guerras que se desarrollaban en el fuero interno de tal hombre.

A las seis de la tarde, a pesar de que Charlie bien hubiera querido conducir durante toda la noche, vio el cartel que nadie le había dicho que esperase ver, y dijo: «Bueno, parece un sitio agradable, vamos a probarlo.» Así de sencillo. Y Charlie lo dijo en voz alta, con gran optimismo, probablemente a su madre, a su maldita madre. Recorrió una milla más, según indicaba el cartel, penetrando en la zona montañosa, y allí estaba, exactamente igual que lo había descrito aquella inexistente persona. Se trataba de un hotel, construido en el interior de unas ruinas, con un campo de golf en miniatura y una piscina. Y sólo entrar en el vestíbulo, ¿a quién encontró Charlie sino a sus viejos amigos Dimitri y Rose, a quienes había conocido en Mikonos? ¡Santo Dios, mira qué coincidencia querido, es Charlie! ¿Y por qué no cenamos juntos? Para cenar comieron carne asada junto a la piscina y nadaron. Luego la piscina se cerró al público, y como que

Charlie padecía insomnio, jugaron con ella al juego de formación de palabras añadiendo cada cual, por turno, una letra, igual que carceleros en la noche anterior a la ejecución de un condenado. Charlie dormitó durante unas poquísimas horas, y a las seis de la mañana estaba de nuevo en la carretera. A media tarde llegó a la frontera austríaca, en cuyo momento el aspecto exterior de Charlie llegó a ser, de una forma brusca, terriblemente importante para ella.

Llevaba una blusa sin mangas, procedente de la generosidad de Michel, se había peinado hacia atrás, y estaba impresionante en los tres espejos de que disponía. A la mayoría de los automóviles les daban la entrada sin trámite alguno, pero Charlie no contaba con tener tanta suerte una vez más. A otros automovilistas les pedían la documentación, y a unos pocos les ordenaban que aparcaran a un lado para proceder a una detenida inspección. Charlie se preguntó si esa selección se hacía al azar o si la policía había recibido información de antemano, o bien si se guiaban por invisibles indicios. Dos hombres vestidos de uniforme avanzaban despacio por la carretera, deteniéndose ante las ventanillas de los automóviles. Uno de ellos iba de verde y el otro vestía uniforme azul. El que iba de azul había inclinado la visera de su gorra de tal manera que parecía un as de la aviación. Los dos miraron a Charlie y dieron un paseo alrededor del automóvil, muy despacio, Charlie oyó que uno de ellos propinaba una patada a un neumático trasero, y Charlie tuvo tentaciones de exclamar, «¡Huy, qué daño!», pero se contuvo debido a que Joseph, en quien no quería pensar, le había dicho no les des confianzas, mantén las distancias, decide que es lo que debes hacer, y haz la mitad de lo que hayas decidido. El hombre vestido de verde le preguntó algo en alemán, y Charlie le contestó en inglés, «Sorry?» Charlie le mostraba su pasaporte inglés, en el que se decía que su profesión era la de actriz. El policía cogió el pasaporte, lo examinó y lo entregó a su compañero. Los dos eran muchachos bien parecidos. Hasta el momento, Charlie no se había dado cuenta de lo muy jóvenes que eran. Rubios, rebosantes de vida, con la mirada clara, y la piel con el permanente tostado propio de las gentes de montaña. Charlie, de buena gana les hubiera dicho, en un arranque directamente encaminado hacia su propia extinción: Me llamo Charlie, por si quieren probarme.

Los cuatro ojos estuvieron fijos en ella, mientras le formulaban preguntas: ahora tú, ahora yo. Charlie dijo que no, sólo unos cien cigarrillos griegos y una botella de ouzo. No, dijo, nada de regalos, de verdad. Apartó la vista de ellos, resistiendo la tentación de coquetear. Bueno, sí, una chuchería para su madre, pero carente de valor. Digamos que unos diez dólares. Abrieron la puerta y le pidieron que les mostrase la botella de ouzo, aunque Charlie tenía la astuta

sospecha de que los dos policías, después de haber lanzado una profunda mirada a su escote, ansiaban ver sus piernas para tener una visión del conjunto. El ouzo se encontraba en un cesto al lado de Charlie, en el suelo. Inclinándose sobre el asiento contiguo, Charlie cogió el ouzo, de manera que su falda se abrió, lo cual fue accidental en un noventa por ciento, aunque por un instante su muslo izquierdo quedó al descubierto hasta la cadera. Charlie levantó la botella para mostrarla a los policías, y, en el mismo instante sintió que algo frío y húmedo golpeaba su carne desnuda. «¡Dios mío, me han apuñalado!» Charlie soltó una exclamación y se llevó la mano al punto en cuestión, y quedó pasmada al ver, estampado en su muslo, el sello de goma, en tinta azulenca, que daba constancia de su entrada en Austria. Se enojó tanto que poco faltó para que atacara a los policías. Pero, al mismo tiempo, se sintió tan aliviada que poco le faltó para echarse a reír a grandes carcajadas. Si las palabras de cautela de Joseph no la hubieran detenido, Charlie hubiera abrazado a los dos policías por su increíble, adorable e inocente generosidad.

Charlie había cruzado la frontera y se sintió maravillosa. Alzó la vista al espejo retrovisor y vio a los dos simpáticos muchachos despidiéndola con la mano, en tímido ademán, lo cual hicieron durante treinta y cinco minutos, sin prestar la menor atención a los restantes automóviles que esperaban.

Charlie jamás había amado tanto a los representantes de la autoridad.

La larga espera de Shimon Litvak comenzó a primera hora de la mañana, ocho horas antes de que se diera la noticia de que Charlie había cruzado felizmente la frontera, y dos noches y un día después de que Joseph, actuando en representación de Michel, hubiera mandado los telegramas duplicados al abogado de Ginebra, para su transmisión al cliente de éste. Ahora era media tarde y Litvak había cambiado la guardia tres veces, pero nadie se aburría, y todos estaban muy alerta. El problema de Litvak no consistía en mantener a su equipo alerta, sino en convencer a sus miembros que debían descansar debidamente, durante las horas libres.

Desde su puesto de mando en la suite nupcial de un viejo hotel, Litvak contemplaba una linda plaza de mercado, de Carintia, principalmente caracterizada por dos posadas tradicionales, con mesas en el exterior, un pequeño aparcamiento, y una antigua y simpática estación ferroviaria, en la que la caseta del jefe de estación estaba coronada con una cúpula en forma de cebolla. La posada que más cerca de Litvak se hallaba tenía el nombre de «El Cisne Negro», y contaba orgullosamente con un acordeonista, pálido y retraído muchacho que tocaba demasiado bien para sentirse feliz, y lanzaba furiosas miradas a los automóviles, cuando pasaban ante él, lo cual

hacían con excesiva frecuencia. La segunda posada se llamaba «Las Armas del Carpintero», y tenía un cartel dorado, muy bello, con representaciones de las herramientas del oficio. «Las Armas del Carpintero» tenía clase: manteles blancos y truchas que se podían elegir en un tanque al aire libre. En aquella hora del día pasaban pocos viandantes. Y un calor denso y polvoriento sumía el paraje en una agradable somnolencia. En la parte exterior del «Cisne» dos muchachas tomaban té y soltaban risitas mientras conjuntamente escribían una carta, siendo su tarea la de formar una lista de las matrículas de todos los vehículos que entraban o salían de la plaza. En la parte exterior de «Las Armas del Carpintero», un joven y grave sacerdote bebía sorbitos de vino y leía su breviario, y en el sur de Austria nadie pide a un sacerdote que se vaya por pelmazo que sea. El verdadero nombre del sacerdote era Udi, abreviación de Ehud, el zurdo asesino del rey de Moab. Lo mismo que su tocayo, el joven sacerdote iba armado hasta los dientes y también era zurdo, y se encontraba allí por si acaso fuese preciso luchar. En retaguardia el sacerdote tenía a una pareja de ingleses de media edad sentados en su Rover, en el aparcamiento, que, al parecer dormían para superar los efectos de un excelente almuerzo. De todas maneras, tenían entre los pies armas de fuego, y otras armas de diversas clases al alcance de la mano. Su radio estaba sintonizada con la camioneta de comunicaciones aparcada a doscientos metros, en la carretera de Salzburgo.

En total, Litvak tenía a sus órdenes nueve hombres y cuatro mujeres. Más le hubiera gustado tener a dieciséis personas, pero no se quejaba. Le gustaban los buenos despliegues, y la tensión siempre le producía sensación de bienestar. Para esto nací, pensaba Litvak. Sí, cuando se disponía a actuar, Litvak siempre pensaba esto, Litvak se sentía calmo, con el cuerpo y la mente en un sueño profundo, y su equipo descansaba soñando en muchachas y muchachos, y en veraniegas excursiones en Galilea. Sin embargo, bastaba el más leve rumor de una brisa para que todos los miembros del equipo pasaran a ocupar sus puestos, antes de que la brisa tocara las velas.

Litvak murmuró una rutinaria contraseña en el aparato transmisor receptor que llevaba en la cabeza, y recibió la pertinente contestación. Para llamar menos la atención, hablaban en alemán. A veces, fingían ser miembros de una empresa de radio-taxis de Graz, y en otras ocasiones de un servicio de helicópteros de rescate, con base en Innsbruck. Cambiaban de frecuencia a menudo, y utilizaban una amplia variedad de señales conducentes a la confusión.

A las cuatro de la tarde, Charlie entró despacio en la plaza, a bordo del Mercedes, y uno de los vigilantes situados en el aparcamiento, transmitió tres alegres notas de una marcha triunfal.

Charlie tuvo problemas para encontrar sitio en el que aparcar el automóvil, debido a que Litvak había ordenado terminantemente que ninguna ayuda se le diera en este aspecto. Charlie debía tropezarse con las dificultades normales en estos casos, nada de mimos. Un espacio quedó vacante, Charlie lo ocupó, salió del coche, se desperezó y se frotó la espalda. Del portamaletas sacó su bolsa de viaje y la guitarra. Lo hace muy bien, pensó Litvak, quien la contemplaba con prismáticos. Es innato en ella. Ahora cierra con llave el automóvil. Y, ahora, mete las llaves en el tubo de escape. Esto último Charlie lo hizo con un movimiento realmente natural, en el momento en que sacaba su equipaje. Después emprendió cansinamente el camino hacia la estación ferroviaria, sin mirar a derecha ni a izquierda. Litvak se dispuso a esperar. La cabra ya está atada, pensó Litvak recordando una frase favorita de Kurtz. Ahora, lo único que necesitamos es un león. Litvak habló por el receptor-transmisor y escuchó la confirmación de su orden. Imaginó a Kurtz en su piso de Munich, inclinado sobre el teletipo, mientras la camioneta de comunicaciones imprimía el mensaje. Imaginó el movimiento inconsciente de los gruesos dedos de Kurtz al secarse los labios nerviosamente, mientras mantenía en ellos su constante sonrisa. Imaginó como Kurtz levantaba su recio antebrazo para consultar el reloj, sin verlo. Por fin estamos penetrando en la oscuridad, pensó Litvak mientras contemplaba los primeros indicios del temprano ocaso. Durante todos estos meses hemos estado buscando la oscuridad.

Pasó una hora y el buen sacerdote Udi pagó su módica factura y desapareció con paso piadoso, para penetrar en una calleja secundaria, a fin de descansar y de cambiar su imagen en un piso franco. Las dos muchachas habían terminado su carta por fin y pidieron un sello. Después de conseguirlo, se fueron por las mismas razones por las que se había ido Udi. Con satisfacción, Litvak observó como los relevos de los anteriores ocupaban sus posiciones: una tronada camioneta de lavandería, dos auto-stopistas que deseaban almorzar tardíamente, y un trabajador inmigrante italiano que pidió un café y los periódicos de Milán. Un automóvil de la policía penetró en la plaza y dio tres vueltas de honor, pero ni el conductor ni su acompañante prestaron la menor atención al Mercedes rojo aparcado, con las llaves escondidas en el tubo de escape. A las siete y cuarenta minutos, con el consiguiente interés de todos los espectadores, una mujer gorda anduvo hacia la puerta del Mercedes correspondiente al conductor, intentó meter la llavecilla, efectuó unos cómicos movimientos de reconocimiento de su error, y se fue a bordo de un Audi. Si, se había equivocado de marca. A las ocho, una potente motocicleta entró en la plaza, dio una vuelta muy de prisa, y se fue rugiendo, antes de que nadie pudiera fijarse en su matrícula. El que

iba de paquete en la motocicleta llevaba el cabello muy largo y bien podía ser una mujer. Los dos causaban la impresión de ser un par de jovenzuelos corriendo una aventura.

Por la radio, Litvak preguntó:

- ¿Contacto?

Había división de opiniones. Una voz dijo que hablase dado cierta falta de cautela. Otra dijo que demasiado de prisa ya que, ¿a santo de qué correr el riesgo de ser detenidos por la policía? La opinión de Litvak era diferente. Se trataba de un primer reconocimiento, y de ello tenía plena seguridad, pero no lo dijo por temor a influenciar el parecer de los otros. Litvak se dispuso a esperar una vez más. El león ya ha olfateado la presa. ¿Volvería?

Eran las diez. Los restaurantes comenzaban a vaciarse. Un profundo silencio campesino se estaba adueñando de la ciudad. Pero el Mercedes rojo seguía intacto, y la motocicleta no regresó.

Cuando uno ha contemplado un automóvil vacío, uno se da cuenta de que contemplar un automóvil vacío es algo absolutamente estúpido, y Litvak había contemplado muchos automóviles vacíos. Al paso del tiempo y manteniendo la vista fija en él, uno llega a darse cuenta de cuán tonto es un automóvil cuando no hay un ser humano que lo conduzca. Y también se da cuenta de cuán tonto es el ser humano, por haber inventado el automóvil. Al cabo de un par de horas, el automóvil se transforma en el cacharro peor que uno haya contemplado en toda su vida. Uno comienza a soñar en un mundo de peatones y caballos. En huir de la vida de retazos metálicos, y volver a la vida de la carne. A pensar en el propio kibbutz y sus huertos de naranjos. En el día en que el mundo entero se dé cuenta de los riesgos que derramar sangre judía comporta.

Uno desea hacer volar por los aires, destrozados, todos los coches enemigos, y conseguir de una vez para siempre la libertad de Israel.

O uno se acuerda que es la fiesta del sábado, y que la ley dice que más vale salvar un alma trabajando en sábado que observar la fiesta del sábado y no salvar el alma en cuestión.

0 que uno se ha comprometido a casarse con una muchacha poco atractiva y muy devota que a uno no le gusta demasiado, y a asentarse en Herzlia, con una hipoteca, y penetrar en la trampa de ser padre, sin emitir la más leve protesta.

0 uno piensa en el Dios judío, y en ciertas situaciones bíblicas que son paralelas a las de

uno.

Pero sea lo que fuere lo que uno piensa, y sea lo que fuere lo que uno hace, cuando uno es un hombre tan bien preparado como lo era Litvak, y si uno se encuentra en una posición de mando, y si uno pertenece a aquella clase de gente para quien la perspectiva de actuar

en contra de los verdugos de los judíos es como una droga que jamás le abandonará a uno, uno no aparta ni siquiera por un segundo la vista del automóvil aparcado.

La motocicleta había regresado.

Había estado en la estación ferroviaria durante cinco minutos y medio, que parecieron una eternidad, de acuerdo con el reloj luminoso de Litvak. Desde la ventana de la oscura habitación del hotel, situada, en línea recta, a menos de veinte yardas, Litvak había estado observando sin descanso. Se trataba de una motocicleta de la más alta cilindrada, japonesa, con matrícula de Viena, y un manillar alto especialmente incorporado. Había dado la vuelta a la plaza con el motor parado, como un fantasma, teniendo como conductor a un ser de sexo todavía indeterminado, con vestido de cuero y casco, y un pasajero o paquete, del sexo masculino y anchos hombros, que recibió al instante el apodo de Melenas, con tejanos y zapatillas de lona, y un pañuelo al cuello, heroicamente anudado en el cogote. La motocicleta aparcó cerca del Mercedes, aunque no tan cerca que pudiera parecer que los motociclistas tuvieran interés alguno en el coche. Si hubiera estado en su lugar, Litvak hubiera hecho lo mismo.

En voz baja, Litvak dijo por la radio:

- Los socios se han reunido.

E inmediatamente recibió cuatro asentimientos. Litvak estaba tan seguro del terreno que pisaba que si en aquel instante los dos motoristas se hubieran atemorizado y se hubiesen dado a la fuga, Litvak hubiera dado la orden sin pensarlo un instante, a pesar de que ello hubiera significado el fin de la operación. Aarón, desde la camioneta de la lavandería se hubiera puesto en pie y les hubiera asado a tiros en la misma plaza. Luego el propio Litvak hubiera bajado y hubiera vaciado un cargador, para mayor seguridad. Pero los dos motoristas no echaron a correr, lo cual fue mucho mejor. Se quedaron montados en la moto, toqueteando el barboquejo del casco y las hebillas de las correas, sin hacer nada durante horas, como suelen hacer los motoristas, aunque en realidad sólo pasaron dos minutos. Siguieron haciéndose cargo de la situación, mirando entradas y salidas, automóviles aparcados y altas ventanas, tales como aquella en la que se encontraba Litvak, aun cuando el equipo de éste había tomado todas las medidas precisas, desde hacía ya largo tiempo, para que no se viera absolutamente nada.

Pasado este período de meditaciones, Melenas se bajó de la moto en lánguidos movimientos, y pasó junto al Mercedes, con la cabeza inocentemente inclinada a un lado, mientras cabía presumir que se percataba de la presencia de la llave de contacto en el interior del tubo de escape. Pero no intentó apoderarse de ella, lo cual mereció la aprobación de Litvak, en su calidad de colega. Después de rebasar el

Mercedes, Melenas se dirigió hacia la estación, entrando en el lavabo público, del que salió inmediatamente, con la finalidad de poner en peligrosa situación a cualquier persona que hubiera tenido la temeraria idea de seguirle. Pero nadie le seguía. Las muchachas no podían seguirle, y los chicos tenían la astucia suficiente para no hacerlo. Melenas pasó junto al automóvil por segunda vez, y Litvak deseó ardientemente que Melenas se inclinara y cogiera la llave, debido a que Litvak necesitaba un movimiento decisivo. Pero Melenas no quiso complacer a Litvak. Volvió junto a la motocicleta y a su compañero, quien se había quedado sentado en el sillín, con la finalidad, sin duda, de poder salir pitando y sin dificultades, si fuere preciso. Melenas dijo algo a su compañero; acto seguido se quitó el casco y, en un brusco movimiento de la cabeza, puso la cara a la luz.

Dando el nombre en clave previamente acordado, Litvak dijo por la radio:

- Luigi.

Y, al hacerlo, Litvak experimentó la rara e intemporal bendición de la satisfacción pura y simple. Con calma, pensó: Eres tú, Rossino, el apóstol de la solución pacífica. Sí, Litvak le conocía muy bien. Sabía los nombres y las señas de las amigas y amigos de aquel hombre, sabía quiénes eran sus derechistas padres con residencia en Roma, y sabía quién era su izquierdista mentor en la academia de música de Milán. Conocía el periódico napolitano que publicaba todavía los artículos, con aire de sermón, en los que aquel hombre insistía en que el único camino aceptable era el de la no-violencia. Sabía que Jerusalén llevaba largo tiempo sospechando de aquel hombre, y asimismo estaba al tanto de la historia de los reiterados y vanos intentos de conseguir pruebas condenatorias. Sabía cómo olía y qué número de zapatos calzaba. Y, ahora, Litvak comenzaba a sospechar la función que había desempeñado en Bad Godesberg y en otros lugares. Asimismo Litvak, al igual que sus compañeros, tenía ideas muy claras acerca de qué era lo mejor que se podía hacer con aquel hombre. Aunque todavía no se le podía hacer. Y no se le podría hacer durante bastante tiempo. No, las cuentas no podrían saldarse hasta que todos hubieran recorrido íntegramente el sinuoso camino que les esperaba.

La muchacha ha dado el rendimiento esperado, pensó Litvak. Sólo gracias a esta identificación, el largo viaje que la muchacha ha hecho hasta aquí ha sido rentable. La muchacha era una gentil justa, lo cual, en opinión de Litvak, resultaba muy raro.

Por fin, ahora el conductor de la moto desmontaba. Desmontó, se desperezó y se desabrochó el barboquejo, mientras Rossino le sustituía en el asiento del conductor.

Pero quien había conducido la moto hasta el momento era una muchacha.

Si, se trataba de una muchacha rubia, esbelta, según pudo ver Litvak a través de sus prismáticos con dispositivo de intensificación de las luces, muchacha con delicadas facciones delgadas y con aire etéreo, a pesar de su dominio en la conducción de motocicletas. Y Litvak, en aquel instante crítico, se negó terminantemente a preocuparse de intentar averiguar si los viajes de aquella muchacha la habían llevado de Orly a Madrid, o si se había dedicado a transportar maletas con discos para entregarlas a amigas suecas. No, ya que si su mente hubiera seguido este rumbo, el odio acumulado entre los miembros del equipo hubiera podido superar su sentido de la disciplina. La mayoría de los miembros del equipo habían matado, y en casos como el presente no tendrían el menor inconveniente en volverlo a hacer. En consecuencia, Litvak nada dijo por la radio. Dejó que cada cual hiciera su identificación aproximativa y nada más.

Ahora, a la muchacha rubia le tocó el turno de visitar el retrete. Después de sacar una bolsita de la bolsa de equipaje y de entregar el casco a Rossino, la chica, con la cabeza descubierta, cruzó la plaza y penetró en la estación, en donde, a diferencia de su compañero, se quedó. Una vez más, Litvak deseó que la muchacha cogiera la llave del contacto, pero no lo hizo. Al igual que Rossino, la chica caminaba con decisión, decisión que no vaciló ni un instante. Sin duda alguna, era una chica sumamente atractiva. No era de extrañar que el desdichado agregado laboral se sintiera atraído hacia ella. Litvak enfocó los prismáticos en Rossino. Alzándose un poco en la parte delantera del sillín, Rossino había inclinado la cabeza a un lado, como si aguzara el oído en espera de oír algo. Naturalmente, pensó Litvak, mientras también aguzaba el oído en espera de oír el mismo murmullo, el del tren procedente de Klagenfurt, que estaba a punto de llegar. Y llegó el tren que, con un leve estremecimiento, se detuvo ante el andén. Los primeros pasajeros de cansada expresión bajaron al andén. Un par de taxis avanzaron unos metros y volvieron a detenerse. Apareció un fatigado grupo de excursionistas, suficientes para llenar un vagón, todos ellos con la misma etiqueta en sus maletas.

Litvak rogó: «Hacedlo ahora, agarrad el coche y largaos aprovechando el tránsito más denso, actuad tal como debéis.»

Litvak no estaba aún preparado para lo que realmente hicieron. Un hombre y una mujer entrados en años se encontraban en la parada de taxis y detrás de ellos había una muchacha de modesto aspecto, como una niñera o una acompañante. La chica iba con un vestido de color castaño y un sombrerito, también castaño, con el ala baja. Litvak se fijó en ella, tal como se fijó en muchas otras personas que se hallaban en el mismo lugar, se fijó con su visión adiestrada y clara, a la que la tensión daba aún más claridad. Una linda muchacha que

llevaba una pequeña bolsa de viaje. La pareja entrada en años llamó a un taxi, lo cual hicieron los dos a la vez, en tanto que la muchacha se mantenía detrás, cerca de ellos, observando cómo el taxi se acercaba. La pareja entrada en años subió al taxi, y la muchacha les ayudó, entregándoles maletas y paquetes. Se trataba evidentemente de la hija de los otros dos. Litvak volvió a observar el Mercedes, y, a continuación, la motocicleta. Si algún pensamiento dedicó a la muchacha vestida de castaño, este pensamiento le dijo que seguramente había subido en el taxi alquilado por sus padres. Era lo natural. Y no fue hasta el momento en que Litvak prestó atención al fatigado grupo de excursionistas que avanzaban por la acera en dirección a dos autocares que Litvak, con un sobresalto de pura alegría, se dio cuenta de que aquella chica era su chica, nuestra chica, la chica de la motocicleta. Si, la muchacha se había cambiado las ropas muy de prisa en los retretes y había conseguido de esta manera engañar por el momento a Litvak. Y luego se había unido al grupo de excursionistas para cruzar con ellos la plaza. Litvak estaba todavía embargado por la alegría, cuando la muchacha abrió la puerta del automóvil con su propia llave, arrojó dentro la bolsa de viaje, y se aposentó ante el volante en movimientos tan castos que parecía se dispusiera a ir a la iglesia. Así se alejó, mientras la cadena de la llave de contacto todavía lanzaba destellos en la salida del tubo de escape. Este detalle también hizo las delicias de Litvak. ¡Cuán evidente, cuán lógico! Telegramas duplicados, llaves duplicadas: nuestro jefe tiene fe en multiplicar por dos sus oportunidades.

Litvak dio la orden expresada con una sola palabra, y vio como los seguidores se ponían en marcha: las dos muchachas a bordo de un Porsche, Udi en un Opel grande con la bandera de Europa, pegada por el propio Udi en la parte trasera, después el acompañante de Udi, a bordo de una motocicleta menos llamativa que la de Rossino. Desde la ventana, Litvak vio como la plaza se iba vaciando despacio, cual la gente abandona un teatro. Se fueron los automóviles, se fueron las camionetas, se fueron los peatones, las luces se apagaron en los alrededores de la estación, y a los oídos de Litvak llegó el metálico golpe de alguien que cerraba una puerta, por haber llegado ya la noche. Sólo en las dos posadas quedaban restos de vida.

Por fin, la contraseña que Litvak esperaba sonó en su radio:

- Ossian.

El automóvil se dirigía hacia el norte. Litvak preguntó:

- ¿Y a dónde va Luigi?

- Camino de Viena.

Litvak dijo:

- Espera.

Y se quitó los auriculares para poder pensar más cómodamente y

con mayor claridad.

Tenía que tomar una decisión inmediata, y, a fin de cuentas, lo más importante que le

había enseñado la educación recibida era precisamente tomar decisiones rápidas. Seguir a Rossino y a la chica al mismo tiempo era imposible. Litvak carecía de los recursos pertinentes para ello. En teoría, debía seguir a los explosivos, y, en consecuencia, seguir a la muchacha, pero Litvak dudaba, debido a que Rossino era escurridizo y, con mucho, la pieza más importante, en tanto que el Mercedes era notorio por definición, y su destino casi cierto. Litvak dudó durante unos instantes más. Ovó unos sonidos en los auriculares, pero Litvak hizo caso omiso, y siguió repasando la hilación lógica de la ficción. La idea de dejar escapar a Rossino era casi superior a sus fuerzas. Y Rossino era, sin la menor duda, un importante eslabón en la cadena de la oposición. Y, además, tal como había dicho Kurtz, si la cadena no se conocía en su integridad, ¿cómo iba Charlie a poder penetrar en ella? Rossino regresaría a Viena convencido de que, hasta el momento, nada había quedado en situación comprometida. Rossino era un eslabón esencial, pero, al mismo tiempo, era un esencial testigo. Por otra parte, la muchacha no era más que un ser subalterno, un conductor de vehículos, un ser que colocaba las bombas, la infantería siempre sacrificable del gran movimiento de la oposición. Además, Kurtz tenía planes de vital importancia con respecto a la muchacha, en tanto que Rossino podía esperar.

Litvak se volvió a poner los auriculares:

- Seguid el automóvil. Dejad a Luigi.

Tomada la decisión, Litvak se permitió esbozar una satisfecha sonrisa. Sabía con exactitud el orden de marcha. Primero Udi en su moto, luego la rubia en el Mercedes rojo, y después de ésta el Opel. Y después del Opel, rezagadas con respecto a todos, las dos muchachas en el Porsche de reserva, dispuestas a relevar a quien fuera tan pronto se les ordenara. Litvak se repitió in mente los puestos estáticos que vigilarían el Mercedes hasta la frontera con Alemania. Imaginó las fantasiosas historias que Alexis se habría inventado con el fin de tener la certeza de que permitieran la entrada sin complicaciones a la muchacha.

Echando una ojeada a su reloj, Litvak preguntó:

- ¿Velocidad?

Le contestaron que Udi comunicaba que la velocidad a que iba la muchacha era muy moderada. La señorita no quería complicaciones con los representantes de la ley. La carga que llevaba la había puesto nerviosa.

Y así debía ser, pensó Litvak mientras se quitaba los auriculares. Si yo fuera una chica, esa carga me aterraría.

Litvak bajó la escalera con una cartera en la mano. Ya había pagado la cuenta pero si se la hubieran presentado de nuevo la hubiese pagado por segunda vez. Sí, Litvak estaba enamorado del mundo entero, en aquellos instantes. Su automóvil, el automóvil de mando, un nervioso BMW, le esperaba en el aparcamiento del hotel. Con un dominio de sí mismo nacido de la experiencia, Litvak se dispuso a seguir con calma el convoy. ¿Qué era lo que aquella muchacha sabía? ¿Cuánto tiempo tardarían en sonsacárselo? Litvak pensó: ten calma, primero hay que atar a la cabra. Pensó en Kurtz, y, con una punzada de placer, Litvak imaginó oír la voz autoritaria e inagotable de Kurtz amontonando elogios sobre su cabeza, en un hebreo horroroso. Y complacía en gran manera a Litvak pensar que iba a ofrecer un sacrificio tan sustancioso a Kurtz.

El verano todavía no había llegado a Salzburg. Un fresco aire de primavera soplaba procedente de las montañas, y el río Salzach olía a mar. Cómo habían llegado allá seguía siendo un misterio para Charlie, debido a que pasó gran parte del trayecto durmiendo. Desde Graz fueron en avión a Viena, pero el viaje duró unos cinco segundos, ya que Charlie seguramente durmió en el avión. En viena, Michel ya tenía un coche de alquiler esperándole, un elegante BMW. Charlie volvió a dormir, y cuando penetraron en la ciudad la muchacha tuvo la impresión de que el automóvil se había incendiado, pero se trataba solamente de los rayos del sol poniente reflejados en la pintura, en el momento en que Charlie abrió los ojos.

Charlie preguntó:

- ¿Y por qué Salzburgo precisamente?

Oyó la respuesta, según la cual ello se debía a que era una de las ciudades de Michel, y a que se encontraba en el camino. Charlie preguntó:

- ¿En el camino a dónde?

Pero una vez más se tropezó con la reserva de su compañero.

El hotel tenía un patio interior cubierto, con viejas barandas doradas y plantas en macetas de mármol. Las ventanas de su suite daban directamente a un río de aguas barrosas y muy rápido curso, y al otro lado del río se alzaban más cúpulas que las que pueda haber en los cielos. Más allá de las cúpulas se levantaba un castillo, con un teleférico que ascendía por la ladera de la montaña.

Charlie dijo:

- Necesito caminar.

Se metió en la bañera y se durmió en ella, y Michel tuvo que golpear la puerta para despertarla. Charlie se vistió y Michel, una vez más, demostró saber cuáles eran los lugares que debía mostrar a la muchacha y cuáles eran las cosas que más le gustarían.

Charlie preguntó:

- ¿Es nuestra última noche, verdad?

Y, en esta ocasión, Joseph no se ocultó detrás de Michel:

- Si, es nuestra última noche, Charlie. Mañana tenemos que hacer una visita, y luego regresarás a Londres.

Cogiendo con ambas manos el brazo de Joseph, Charlie anduvo con él por estrechas callejas y por plazuelas que comunicaban entre sí, igual que salones. Se detuvieron ante la casa en que nació Mozart, y, para Charlie, los turistas fueron como el alegre y distraído público teatral de los sábados por la tarde.

Charlie preguntó:

- Lo hice bien, ¿verdad, Joseph? Anda, dilo.

- Excelentemente.

Pero, para Charlie, las reservas de Joseph tenían más significado que sus elogios.

Las pequeñas iglesias, como casas de muñecas, fueron para Charlie más bellas que cualquier sueño, con dorados altares de curvas líneas, con ángeles voluptuosos, y con tumbas en las que los muertos parecían tener placenteros sueños. Un judío que se finge musulmán me muestra mi legado cristiano, pensó Charlie. Pero cuando Charlie le pidió información, Joseph se limitó a comprar una guía de relucientes tapas y a meterse el recibo en el billetero. Secamente, Joseph dijo:

- Mucho me temo que Michel todavía no ha tenido tiempo de estudiar el barroco.

Pero Charlie percibió en estas palabras las sombras de un obstáculo no explicado. Joseph

dijo:

- ¿Volvemos a casa?

Charlie meneó negativamente la cabeza. Quería que aquello durase más. Entróse la noche, las muchedumbres desaparecieron, y de las más insospechadas puertas surgían voces de coros infantiles. Se sentaron junto al río y escucharon las viejas campanas de sordo sonido contestándose las unas a las otras en tozuda competencia. Volvieron a caminar, y súbitamente Charlie se sintió tan lacia que tuvo que poner un brazo alrededor de la cintura de Joseph, para sostenerse.

Mientras Joseph la llevaba hacia el ascensor, Charlie dijo:

- Comida. Champaña. Música.

Pero apenas Joseph hubo llamado al servicio de las habitaciones, Charlie ya estaba en cama, profundamente dormida, y nada en el mundo entero, ni siquiera Joseph, hubiera podido despertarla.

Charlie yacía tal como había yacido en Mikonos, con el brazo izquierdo doblado y la cara apoyada en él, mientras Becker, sentado en un sillón, la contemplaba. La primera luz grisácea del alba colaba por las cortinas. Al olfato de Becker llegaba un aroma a madera y

hojas verdes. Durante la noche había caído un chaparrón con gran aparato eléctrico, tan ruidoso que causaba la impresión del paso de un rugiente tren por el valle. Desde la ventana, Becker había contemplado la ciudad estremeciéndose bajo los ataques de los rayos, y la lluvia bailando en las brillantes y resbaladizas cúpulas. Pero Charlie había seguido tan quieta que Becker se inclinó sobre ella y puso una oreja junto a la boca de la muchacha, para comprobar que seguía respirando.

Becker miró el reloj. Pensó: planea, actúa. Deja que la acción mate las dudas. Junto a la ventana estaba la mesa con la comida intacta, y el cubo con la botella de champaña sin abrir. Utilizando, alternativamente, los dos tenedores, Becker comenzó a sacar de la cáscara la carne de langosta y a ensuciar platos, mezclando la ensalada, estropeando las fresas, añadiendo, en suma, una ficción más a las muchas que ya habían representado. Si, el gran banquete de Salzburgo, en el que Charlie y Michel celebraron el éxito con que Charlie coronó su primera misión en pro de la revolución. Llevó la botella de champaña al cuarto de baño y cerró la puerta, no fuera que el sonido del descorche despertara a Charlie. Derramó el champaña en la pileta, y luego abrió el grifo de agua. Arrojó la carne de langosta y las fresas al retrete, y tuvo que vaciar la cisterna un par de veces, debido a que en la primera vez no desapareció todo lo allí arrojado. Dejó un poco de champaña para verterlo en su copa. Luego extrajo el lápiz de labios del bolso de la muchacha y embadurnó un poco el borde de la copa de la chica, antes de arrojar a ella los últimos restos del champaña. Después, volvió a la ventana en la que había pasado la mayor parte de la noche, y contempló las azules montañas empapadas de lluvia. Pensó: soy un escalador harto de montañas.

Se afeitó y se puso el blazer rojo. Se acercó a la cama, alargó la mano para despertar a Charlie, pero la retrajo al instante. Sintió una desgana parecida a un pesado cansancio. Volvió a sentarse en el sillón, en donde se le cerraron los ojos. Con un esfuerzo los volvió a abrir. Se despertó con un sobresalto, sintiendo el peso del rocío del desierto en su uniforme de combate, y percibiendo el aroma de la arena mojada antes de que el sol la secara dejándola ardiente.

- ¿Charlie?

Volvió a alargar la mano, con la intención de tocar la mejilla de la muchacha, pero le tocó el brazo. Charlie, ha sido un éxito. Charlie, Marty dice que eres una gran estrella, y que le has regalado todo un reparto de nuevos personajes. Me llamó por la noche, pero no te despertaste. Dice que eres mejor que la Garbo. Dice que, juntos, somos capaces de conseguirlo todo. Charlie, despierta. Charlie, tenemos que trabajar.

Pero, en voz alta, Becker se limitó a pronunciar una vez más el

nombre de Charlie, y bajó al vestíbulo, en donde pagó la factura y se guardó el último recibo. Se dirigió a la parte trasera del hotel para hacerse cargo del BMW, y el alba era igual que había sido el ocaso, fresca, sin ser todavía veraniega.

Becker dijo a Charlie:

- Ahora debes despedirme agitando la mano. Luego date un paseo. Dimitri te llevará a Munich.

El ascensor olía a desinfectante, y los dibujos y frases de los artistas espontáneos estaban profundamente hendidos en el vinilo gris. Charlie penetró en silencio en el ascensor. Charlie había colocado su forma de ser dura en primera fila, al exterior, tal como solía hacer en las manifestaciones, en las sentadas y en otras actividades de parecido tenor. Estaba excitada. Tenía una sensación de inminente logro final. Dimitri pulsó el timbre y el propio Kurtz abrió la puerta. Detrás de Kurtz estaba Joseph y detrás de Joseph colgaba una placa de bronce con un San Cristóbal y un Niño.

Oprimiendo prietamente a Charlie contra su pecho, Kurtz dijo con voz baja y tensa:

- Charlie, has estado maravillosa, realmente maravillosa. Charlie, has estado increíble.

Sin mirar a Joseph, sino más allá del lugar en que éste se encontraba, a la puerta cerrada, Charlie preguntó:

- ¿Dónde está?

Dimitri no había entrado. Después de entregar a Charlie, había bajado en el mismo ascensor.

Hablando todavía como si estuvieran en la iglesia, Kurtz soltó a Charlie, y contestó a Charlie como si ésta le hubiera formulado una pregunta de simple cortesía:

- Está bien. Un poco fatigado de tanto viajar, lo cual me parece lógico.

Después de hacer una pausa, dijo:

- Gafas oscuras, Joseph. Dale unas gafas oscuras. ¿No tienes unas gafas oscuras, Charlie, querida? ¿Y un pañuelo para ponerte en la cabeza y ocultar tu adorable cabellera? Toma, ahí tienes un pañuelo. Puedes quedarte con él.

Se trataba de un bonito pañuelo de seda verde. Kurtz lo llevaba guardado en el bolsillo, para dárselo a Charlie. Los dos hombres, muy juntos, contemplaron a Charlie, mientras ésta ante el espejo se colocaba el pañuelo, anudándoselo en la nuca. Kurtz explicó:

- Se trata sólo de una precaución. En esta clase de asuntos, toda precaución es poca. ¿No es así, Joseph?

Charlie extrajo del bolso la polvera con polvos nuevos y se retocó el maquillaje. Kurtz le advirtió:

- Charlie, este asunto en el que estamos puede tener ciertos

matices emotivos.

Charlie guardó la polvera y sacó el lápiz de labios. Kurtz le advirtió:

- Si en algún momento lo que estamos haciendo te impresiona, debes recordar que este hombre ha dado muerte a muchos inocentes. Todos tenemos rostro humano, y este muchacho no constituye una excepción. El chico es muy apuesto, tiene talento y muchas aptitudes jamás utilizadas. El espectáculo no es agradable. Y tan pronto comencemos, quiero que guardes silencio. Yo me encargaré de decir cuanto haya que decir. Acuérdate de esto. Deja que sea yo, y solo yo, quien hable.

Kurtz abrió la puerta, diciendo:

- Le encontraréis dócil. Tuvimos que infundirle esa docilidad durante el trayecto hasta aquí, y, luego, durante su estancia entre nosotros. Por lo demás, se encuentra en perfecto estado. No hay problemas. Ahora bien, no hables con él.

Automáticamente, Charlie se dijo: Estoy en un dúplex que en otros tiempos fue elegante pero que ahora está en desastrosa decadencia, con una bonita escalera interior, una galería alta en el nivel superior, de estilo rústico, y con una barandilla de hierro forjado. Un hogar de estilo inglés, con leños pintados en lienzo. Se ven focos de fotógrafo e impresionantes cámaras en trípodes. Un gran magnetófono en su propio mueble independiente, un gracioso sofá curvo, de estilo Marbella, con relleno de espuma de nylon, y más duro que el hierro. Charlie se sentó en este sofá y Joseph lo hizo a su lado. Charlie pensó: Joseph y yo debiéramos estar cogiditos de la mano. Kurtz había cogido un teléfono gris, y oprimió el botón de la extensión. Dijo algo en hebreo, teniendo la vista levantada a la galería. Dejó el teléfono y dirigió una tranquilizadora sonrisa a Charlie. Al olfato de Charlie llegaba olor a cuerpos masculinos, a polvo, a café y a salchichas. Y a millones de colillas muertas. Notó otro olor diferente, pero no pudo identificarlo debido a que tenía en la mente demasiadas posibilidades, desde la silla de su primera jaca al sudor de su primer amante.

La mente de Charlie había cambiado su ritmo de funcionamiento, y a la muchacha le faltaba poco para dormirse. Estoy enferma, pensó. Estoy esperando el resultado de los análisis. Doctor, déme inmediatamente esos resultados. Notó la existencia de un montón de revistas propias de una sala de espera, y deseó tener una en el regazo, para protegerse con ella. Ahora, Joseph también miraba a la galería, en lo alto. Charlie siguió la mirada de Joseph, aun cuando tardó un poco en hacerlo, debido a que quería darse a sí misma la impresión de haber hecho aquello tan a menudo que, en realidad, ni siquiera le

hacía falta mirar. Charlie era como una compradora en una tienda de modas. Se abrió la puerta y apareció un muchacho con barba, que penetró de espaldas en la galería superior, caminando torpemente, y esforzándose en tener expresión airada, incluso visto de espaldas.

Por unos instantes nada más apareció. Luego salió un bulto escarlata, y después un muchacho con la cara rasurada, aunque éste no tenía expresión airada, sino devota, hasta el punto de parecer un jefe de coro de iglesia, castigado por haberse excedido en sus deberes.

Por fin, Charlie comprendió la situación. No se trataba de dos muchachos, sino de tres. El que iba en medio se tambaleaba entre los otros dos, y llevaba un blazer rojo. Era el esbelto muchacho árabe, el amante de Charlie, el monigote caído, en el teatro de la realidad.

Sí, pensó Charlie, hundida detrás de los oscuros vidrios de sus gafas, es perfectamente razonable. Sí, y el parecido es bueno. A veces, Charlie, en su fantasía, había utilizado las facciones de Joseph, permitiendo que éste sustituyera a su amante, al amante de sus sueños. En otras ocasiones, se había formado una figura diferente, basada en sus oscuros recuerdos del palestino que les dio conferencias en aquella reunión, y, ahora, Charlie estaba muy impresionada por lo mucho que se había acercado a la realidad. ¿No crees, quizá, que las comisuras de los labios son demasiado alargadas?, se preguntó la muchacha. ¿Que no hay un poquitín de exageración en la sensualidad? ¿Que las aletas de la nariz son excesivamente expresivas? ¿Que la cintura es demasiado estrecha? Charlie tuvo tentaciones de ponerse en pie y acudir a proteger a aquel muchacho, pero esto no se hace en escena, a no ser que conste en el libreto. Y, además, Charlie no se había liberado de Joseph.

Sin embargo, durante un segundo poco faltó para que Charlie perdiera el dominio de sí misma. Durante este segundo, Charlie fue todo aquello que Joseph le había dicho que ella era, fue la salvadora y liberadora de Michel, fue su Santa Juana de Arco, la esclava de su cuerpo, su estrella. Por él, Charlie había interpretado un papel con el corazón, había cenado con él en un asqueroso motel a la luz de una vela, había compartido la cama con él, se había unido a su revolución, había llevado su brazalete y había bebido su vodka, y Charlie había casi desgarrado el cuerpo de aquel hombre quien, a su vez, casi había desgarrado el suyo. Charlie había conducido el Mercedes de aquel hombre, obedeciendo sus instrucciones, y había entregado el TNT ruso, de la más alta calidad, a los acosados ejércitos de la libertad. Con él había celebrado la victoria en un hotel junto al río en Salzburgo. Había bailado con él en el Acrópolis, una noche, y el mundo entero había resucitado para ella. Y Charlie se sentía poseída por un loco sentimiento de culpabilidad que no había experimentado en ningún otro amor.

Era muy hermoso aquel hombre, tan hermoso cual Joseph le había prometido. Más hermoso todavía. Tenía aquella absoluta capacidad de atracción que Charlie y las mujeres como ella reconocen con renuente inevitabilidad. Si, aquel hombre pertenecía a esa monarquía y le constaba. Era leve, pero perfecto, con hombros bien formados y caderas muy estrechas. Tenía frente de boxeador y cara de Peter Pan, coronada por densos rizos negros. Nada entre todo lo que le hubieran hecho para domarlo podía ocultar a los ojos de Charlie el profundo apasionamiento de su manera de ser, ni apagar la luz de la rebeldía en sus ojos negros como el carbón.

Y era un muchacho ligero, un joven campesino caído de las ramas de un olivo, con un repertorio de frases hechas, y vista de garza para las lindas joyas, los billeteros de cocodrilo, las señoras lindas y los coches bonitos. Y con la indignación del campesino dirigida contra aquellos que le habían echado de sus tierras. Ven a mi cama, muchachito, y deja que tu mamá te enseña algunas de las largas palabras de la vida.

Le sostenían por los sobacos, y, al bajar laciamente los peldaños de madera, sus zapatos Gucci no acertaban a apoyarse debidamente, lo que parecía avergonzarle, ya que en su rostro apareció una evanescente sonrisa, y bajó la vista a sus inseguros pies.

Acercaban a ella al muchacho, y Charlie no estaba segura de que pudiera soportar aquello. Se volvió hacia Joseph para decírselo, y vio que éste la miraba derechamente a los ojos mientras le decía algo, pero en el mismo instante, el magnetófono gigante comenzó a hablar en voz muy alta, por lo que Charlie se volvió bruscamente y vio a Kurtz, con su cárdigan, inclinado sobre el aparato y toqueteando los mandos para reducir el volumen.

La voz era suave y hablaba con fuerte acento extranjero, exactamente igual que aquella otra voz que Charlie recordaba en la reunión de izquierdistas ingleses. Eran palabras que formaban frases desafiantes, leídas con dubitativo énfasis.

«Nosotros somos los colonizados. Hablamos en nombre de los nativos en contra de los asentados. Hablamos por los mudos, alimentamos las bocas ciegas y estimulamos los oídos mudos… Nosotros, los animales de pacientes pezuñas, hemos perdido al fin nuestra paciencia… Vivimos de acuerdo con la ley que nace todos los días bajo el fuego… El mundo entero, salvo nosotros, tiene algo que perder… Lucharemos contra todos aquellos que se irroguen la función de administradores de nuestras tierras…»

Los muchachos habían colocado al prisionero en un extremo del sofá, ante Charlie. El prisionero no conservaba bien el equilibrio. Inclinaba el tronco hacia delante, pesadamente, y utilizaba los antebrazos para enderezarse. Tenía una mano sobre la otra, cual si

estuviera encadenado, aunque sólo estaba encadenado por la cadenilla de oro que le habían puesto en una muñeca para completar su caracterización. El muchacho con barba, ceñudo, se encontraba detrás del prisionero, y el jefe del coro eclesial, con la cara afeitada, estaba devotamente sentado al lado del prisionero, y mientras la voz de éste registrada en la cinta seguía sonando triunfal, como una música de fondo, Charlie vio que los labios de Michel se movían lentamente, intentando seguir las palabras. Poco a poco, Michel abandonó sus intentos, ya que las palabras eran demasiado rápidas, demasiado fuertes para el propietario de la voz que las pronunciaba. En el rostro de Michel se dibujó una tonta sonrisa de disculpa, que trajo a la memoria de Charlie la expresión de la cara de su padre, después de sufrir el ataque de apoplejía.

«Los actos de violencia no son criminales… cuando se llevan a cabo en oposición a la fuerza utilizada por el estado… que el terrorista considera criminal.»

Se oyó el sonido de papel al volver página el orador. Ahora la voz adquirió un tono intrigado y desganado: «Te amo… Eres mi libertad… Ahora eres uno de los nuestros… Nuestros cuerpos y nuestra sangre se han mezclado… Eres mía… Mi soldado… Por favor, ¿por qué digo esto? Juntos pondremos la cerilla al detonador.» Se hizo un silencio de perplejidad, y volvió a oírse la voz: «Por favor, señor, ¿puede preguntarle qué es esto?»

Kurtz hizo callar la máquina, y ordenó:

- Mostrad sus manos a la señorita.

Cogiendo una de las manos de Michel, el muchacho con la cara afeitada la abrió rápidamente y la mostró a Charlie, cual si de una mercancía se tratara.

Mientras se acercaba al grupo, Kurtz explicó:

- Mientras trabajó la tierra, tuvo las manos endurecidas por el trabajo manual. Pero ahora es un gran intelectual. Tiene montones de dinero, montones de chicas, buena comida y tiempo que perder. ¿No es así, muchacho?

Kurtz se acercó al sofá, puso su recia mano sobre la cabeza de Michel y le dio una vuelta obligándole a mirarle. Kurtz dijo: -¿Eres un gran intelectual, verdad?

La voz de Kurtz no era cruel ni burlona. Parecía que estuviera hablando con un travieso hijo suyo, y en su voz se daba también el mismo tono de triste cariño. Kurtz dijo:

- Y haces lo preciso para que tus chicas trabajen en vez de ser tú quien lo haga.

Dirigiéndose a Charlie, Kurtz explicó:

- En cierta ocasión, se sirvió de una chica a modo de bomba. Embarcó a la chica en un avión, con bonito equipaje, y el avión

estalló. Creo que la chica jamás supo que fue ella la que hizo estallar el avión. Esto es de muy mala educación muchachito. Tratar así a una señora es de mal educado, muchachito.

Ahora, Charlie reconoció el olor que no había podido identificar anteriormente. Era el olor de la loción para después del afeitado que Joseph había dejado en todos los cuartos de baño que habían compartido. Seguramente habían rociado loción de esta clase a Michel, para la presente ocasión. Kurtz preguntó a Michel:

- ¿No quieres hablar con esta señora? ¿No quieres darle la bienvenida a nuestra villa de recreo? Comienzo a preguntarme a qué se deberá que no quieres seguir cooperando con nosotros.

Poco a poco, al influjo de la persistencia de Kurtz, los ojos de Michel despertaron, y su cuerpo, obediente, se enderezó. Kurtz le dijo:

- ¿Quieres saludar correctamente a esta señora tan linda? ¿Quieres desearle buenos días? ¿Quieres decirle buenos días, muchachito?

Y así lo hizo, desde luego. En una átona versión de la voz grabada en el magnetófono, Michel dijo:

- Buenos días.

Sin que apareciera la nota del rencor en su voz, Kurtz insistió: -Se dice «Buenos días, señora».

Joseph, en voz baja, dijo a Charlie:

- No contestes.

Michel dijo:

- Señora.

Kurtz ordenó:

- Hacedle escribir algo.

Y soltó a Michel. Sentaron a éste ante una mesa, colocando en ella papel y pluma, pero Michel poco pudo hacer. A Kurtz esto último le importó muy poco. Decía: «Mira cómo coge la pluma, cómo de una manera natural se le curvan los dedos para trazar los signos árabes.» Añadió:

- Quizá una noche te despertaste y le encontraste despierto, haciendo cuentas. ¿Comprendes? En este caso, tenía ese aspecto.

Mentalmente, Charlie hablaba a Joseph. «Sácame de aquí. Me parece que me voy a morir.» Oyó el pesado sonido de los pies de Michel, mientras le hacían subir la escalera quitándole del alcance de la vista y del oído de los presentes. Pero Kurtz no dio respiro a Charlie, tal como tampoco se lo concedía a sí mismo:

- Charlie, tenemos que hacer otra cosa, dentro de esta campaña. Y creo que más vale que nos ocupemos de ello ahora mismo, incluso si ello resulta un poco pesado. Ya sabes, hay ciertas cosas que deben hacerse.

En el cuarto había silencio, igual que en cualquier otro cuarto de

estar normal y corriente. Cogida al brazo de Joseph, Charlie subió la escalera, siguiendo a Kurtz. Sin saber exactamente por qué, a Charlie le pareció más cómodo arrastrar un poco los pies, igual que Michel.

El sudor había dejado pegajosa la barandilla de madera. En los peldaños había tiras de color que parecían papel de lija, pero Charlie, al pisarlas, no oyó el sonido rasposo que lógicamente cabía esperar. Charlie se fijó atentamente en estos detalles debido a que hay momentos en que los detalles son lo único que nos vincula con la realidad. Vio un retrete con la puerta abierta, pero cuando se fijó más advirtió que no había tal puerta, sino solamente el vano, y que de la cisterna no colgaba cadena alguna. Charlie supuso que, cuando uno está obligado a ir arrastrando a un preso de un lado para otro durante todo el día, incluso en el caso de que el prisionero esté tan drogado que no sepa lo que hace, uno tiene que pensar en estos detalles, sí, uno tiene que conservar la casa en buen orden. Hasta que no hubo meditado debidamente estos importantes detalles, Charlie se negó a reconocer ante sí misma que acababa de entrar en un cuarto acolchado, con una sola cama, adosada a la pared del fondo. Y en la cama, sentado, estaba de nuevo Michel, desnudo, con la única salvedad de su medallón de oro, con las manos en el sexo, y sin apenas una arruga en barriga o vientre. Los músculos de sus hombros eran sólidos y redondeados, los del pecho eran planos y anchos, y las sombras que había abajo eran límpidas como rayas trazadas con tinta china. En obediencia a una orden dada por Kurtz, los dos muchachos pusieron en pie a Michel y apartaron del sexo las manos. El sexo era bien desarrollado, circunciso y hermoso. Silenciosamente, con las cejas fruncidas en expresión de desaprobación, el muchacho con barba indicó una blanca mancha de nacimiento, como una mancha de leche, en un flanco, después la marca oscura de una cicatriz resultante de una herida con arma blanca en el hombro derecho, y luego el tierno arroyuelo de vello negro que descendía desde el ombligo. En silencio, obligaron a Michel a dar media vuelta sobre sí mismo, y Charlie se acordó de Lucy y de la clase de espalda que más le gustaba a su amiga, una espalda con la columna vertebral profundamente hendida entre los músculos. Pero en aquella espalda no había orificios de bala, no había nada que menguase su pura belleza.

Kurtz dijo:

- Mostradle los pies.

Tumbaron a Michel de espaldas y le levantaron los pies para que Charlie los viera. Charlie vio las cicatrices producidas por los azotes que los jordanos propinaron a Michel, cuando aún era un niño. Eran extraños surcos en las plantas que terminaban en manchas blancas, en los extremos del puente del pie. Comenzaron a poner de nuevo en pie a Michel, pero Joseph pareció haber llegado a la conclusión de que

Charlie ya había gozado durante demasiado tiempo del espectáculo, y Joseph ya la estaba conduciendo de prisa, escaleras abajo, sosteniéndola con un brazo alrededor de la cintura, y cogiéndole con la otra mano la muñeca, con tal fuerza que causaba dolor a la muchacha. En el lavabo junto al vestíbulo, Charlie se detuvo el tiempo suficiente para vomitar, pero lo que más ardientemente deseaba era irse. Salir de aquel piso, apartar de su vista a aquellos hombres, apartarlos de su mente y de su piel.

Charlie corría. Si, era una jornada deportiva. Corría a cuanta velocidad podía. La dentadura de cemento formada por los límites superiores de los edificios, dentadura que mordía el cielo, pasaba veloz bamboleándose, procedente de la dirección contraria a la que Charlie seguía. A la vista de Charlie, los jardines de las azoteas estaban unidos por estrechos senderos con el piso de ladrillos, carteles de ciudad de juguete le indicaban lugares cuyos nombres no podía leer, y sobre su cabeza, en lo alto, tuberías de plástico azul y amarillo trazaban rayas de colores. Charlie corría tan de prisa como podía, subiendo y bajando escaleras, y tomando una especie de interés hortícola en las variedades de vegetación que encontraba a su paso, en los alegres geranios, en los arbustos cuajados de flores, en las colillas de cigarrillos y en las zonas de tierra pelada, cual tumbas sin lápida. Joseph iba a su lado, y Charlie le gritaba que se fuera, que se alejara de ella. Una pareja entrada en años les sonrió nostálgicamente imaginando que era una pelea entre enamorados. Charlie recorrió dos manzanas de esta manera, hasta que llegó a una barandilla y un precipicio con un aparcamiento abajo. Y Charlie no se suicidó debido a que anteriormente había ya decidido que su tipo humano no era el del suicida, y, además, quería vivir con Joseph, en vez de morir con Michel. Charlie se detuvo, y descubrió que apenas jadeaba. La carrera le había sentado bien. Debiera correr más a menudo. Pidió un cigarrillo a Joseph, pero éste no llevaba cigarrillos. Joseph la llevó a un banco, en el que Joseph la sentó, pero Charlie se puso inmediatamente en pie, en un acto de afirmación de su personalidad. Por otra parte, Charlie había aprendido que las escenas con fuertes juegos de emoción no pueden representarse eficazmente entre personas que caminan, por lo que se quedó quieta.

Joseph, cortando con calma los primeros impulsos agresivos de Charlie, advirtió a ésta:

- Te recomiendo que reserves tus simpatías para los inocentes.

- ¡Este hombre era inocente hasta que os lo inventasteis!

Confundiendo el silencio de Joseph con el desconcierto y confundiendo el desconcierto con la debilidad, Charlie hizo una pausa y fingió observar la monstruosa línea formada por las azoteas contra el cielo. En tono mordaz, Charlie dijo:

- «Es necesario. No estaría aquí si no fuese necesario.» Es una cita. «Ningún juez sensato del mundo nos condenaría en méritos de lo que te pedimos.» También es una cita. Son tus propias palabras. ¿Quieres desmentirlas ahora?

- No, me parece que no.

- Me parece que no. Pues más valdrá que estés absolutamente seguro, ¿no te parece? Sí, ya que en el caso de que en los presentes momentos haya dudas, preferiría mil veces que fuera yo quien las tuviera.

Manteniéndose en pie, Charlie trasladó su atención a un punto que se encontraba directamente ante ella, en la parte media del edificio frontero, edificio que Charlie, ahora, estudiaba con el interés de un presunto comprador. Pero Joseph seguía sentado, con lo cual estropeaba el desarrollo de la escena. Hubieran debido estar los dos cara a cara y muy cerca el uno del otro. 0 bien Joseph a la espalda de Charlie, mirando el mismo distante punto que ésta.

Charlie preguntó:

- ¿Te molestaría mucho que,sacara unas cuantas conclusiones lógicas?

- Adelante, por favor.

- Ha matado judíos.

- Ha matado judíos y ha matado a inocentes que se encontraban en las cercanías, que no eran judíos y que no habían adoptado postura alguna en el conflicto.

- Me gustaría escribir un libro acerca de la culpabilidad de estos inocentes que se encontraban en las cercanías, y de los que tú tanto hablas. Comenzaría con vuestros bombardeos del Líbano, y, a partir de aquí, me iría extendiendo.

Prescindiendo del hecho consistente en que Joseph estaba sentado, lo cierto es que reaccionó con más dureza y rapidez de lo que Charlie esperaba:

- Este libro ya ha sido escrito, Charlie, y se llama Holocausto. Con índice y pulgar, Charlie imitó una lente y al través de esta lente miró un distante balcón. Dijo:

- Pero, por otra parte, me parece que tú has matado árabes, personalmente.

- Desde luego.

- ¿Muchos?

- Los suficientes.

- Aunque sólo en legítima defensa. Sí, los israelitas sólo matan en legítima defensa.

Joseph no contestó. Charlie añadió:

- «He matado los árabes suficientes», firmado ‹Joseph». Tampoco con estas palabras consiguió Charlie una reacción. Charlie dijo:

- Pues me parece que éste sería un interesante punto en el libro en cuestión. Un israelita ha matado los árabes suficientes.

La falda de tartán que llevaba Charlie pertenecía a las ropas regaladas por Michel. Esta falda tenía bolsillos a los lados, lo cual Charlie acababa de descubrir. Metió las manos en los bolsillos, y con ellas imprimió un movimiento de balanceo a la falda, que Charlie fingió estudiar. Sin dar la menor importancia a sus palabras, Charlie dijo:

- Sois unos hijos de puta, ¿verdad? Sois, rotundamente, unos hijos de puta. ¿No crees?

Charlie seguía mirando su falda, realmente interesada en la manera en que se hinchaba y se balanceaba. Añadió:

- Y entre todos los hijos de puta, tú eres el más hijo de puta, ¿verdad? Sí, porque juegas a las dos barajas. En un momento determinado eres el piadosísimo caballero, y en el instante siguiente eres el sanguinario guerrero. Cuando en realidad, en última instancia, no eres más que el pequeño judío ladrón de tierras y sediento de sangre.

Joseph no sólo se levantó sino que golpeó a Charlie. Dos veces, aunque primero le quitó las gafas de sol. Jamás habían pegado a Charlie tan fuerte y tan de prisa, y, ambas veces, en el mismo lado de la cara. El primer golpe fue tan fuerte debido a que una malhadada sensación de triunfo indujo a Charlie a mover la cara en dirección contrapuesta a la seguida por la mano de Joseph. Me he vengado, pensó Charlie, acordándose de Atenas. El segundo golpe fue una nueva erupción en el mismo cráter, y, terminada la explosión, Joseph empujó a Charlie obligándola a sentarse en el banco, en donde Charlie hubiera podido llorar todo lo que hubiese querido, pero su orgullo le impidió derramar ni una sola lágrima. ¿Me ha abofeteado en defensa propia o en defensa de mí misma?, se preguntó Charlie. Albergaba ansiosas esperanzas de que la hubiera golpeado en defensa de sí mismo, esperanzas de que en la última hora de su loco maridaje, ella hubiera conseguido por fin avasallar las defensas de aquel hombre. Pero le bastó una sola mirada al rostro hermético y flaco de Joseph para saber que era ella, y no Joseph, el sujeto paciente. Joseph le ofrecía un pañuelo, pero Charlie, en vago ademán, lo rechazó.

Charlie murmuró:

- Olvídalo.

Charlie se cogió del brazo de Joseph, y éste la llevó despacio hacia la zona de cemento por la que circulaban los peatones. La misma pareja entrada en años volvió a sonreír cuando los vio pasar. En un instante se peleaban como bandidos, pero en el instante siguiente estarían juntos en cama, pasándolo todavía mejor.

El piso inferior era muy parecido al superior, con la diferencia de

que no tenía balcón y que en él no había un prisionero. A veces, mientras leía o escuchaba, Charlie conseguía llegar al convencimiento de que jamás había estado en el piso superior. El piso superior era la cámara de los horrores, en las oscuras buhardillas de su mente. De vez en cuando, Charlie oía el sordo sonido del golpe de una caja de embalaje, al través del techo, mientras los muchachos empacaban su equipo fotográfico, preparando con ello su final de temporada, y, entonces, Charlie tenía que reconocer que el piso superior era tan real como el piso inferior, a fin de cuentas. Más real todavía, ya que las cartas eran ficticias, en tanto que Michel era de carne y hueso.

Se sentaron los tres formando tres puntos de una rueda, y Kurtz comenzó con uno de sus preámbulos. Pero el estilo de Kurtz era ahora mucho más seco y menos indirecto de lo habitual en él, debido quizá a que Charlie ya era, ahora, un soldado con valor demostrado, y no meramente supuesto, es decir una veterana, «que ha conseguido el prestigio de obtener un montón de nuevas informaciones importantes», tal como dijo Kurtz. Las cartas se encontraban dentro de una cartera de hombre de negocios situada sobre la mesa, y antes de abrir la cartera Kurtz dijo a Charlie la «ficción», palabra que utilizaba a menudo y que compartía con Joseph. La ficción consistía no sólo en que Charlie era una apasionada amante, sino también una apasionada cultivadora del género epistolar, género que, en las ausencias de Michel, constituía la única vía de expansión de Charlie. Mientras explicaba lo anterior, Kurtz se puso un par de baratos guantes de algodón. En consecuencia, las cartas no sólo eran una ilustración de las relaciones entre los dos, sino también «el único lugar en el que podías manifestar tu vida, querida Charlie». En las cartas constaba el crecientemente obsesivo amor de Charlie hacia Michel -a veces con inaudita franqueza-, pero también en ellas se demostraba el nuevo despertar político de la muchacha y su transición a un «activismo global» que se basaba, dándola por supuesta, en la vinculación que se daba entre todas las luchas antirepresivas del mundo. Conjuntamente consideradas, las cartas constituían el diario de «una persona emotiva y sexualmente excitada», a medida que la autora de las cartas avanzaba desde una actitud protestaria vagamente definida a un activismo general, con la implícita aceptación de la violencia.

Mientras terminaba de abrir la cartera de hombre de negocios, Kurtz concluyó:

- Y como sea que, habida cuenta de las circunstancias, no podíamos confiar en ti para que nos dieras toda la gama de tu literario estilo epistolar, decidimos escribir las cartas por tu cuenta.

Es natural, pensó Charlie. Acto seguido dirigió una mirada a Joseph, quien se hallaba sentado con la espalda muy erguida y con aspecto de insólita inocencia, juntas las manos por las palmas, entre

las rodillas, como quien en su vida ha matado una mosca.

Las cartas se encontraban en dos grandes sobres de color pardo, aunque uno de los sobres era más grande que el otro. Kurtz eligió primero el más pequeño de los dos sobres, que abrió con torpes ademanes, con sus enguantados dedos, y esparció el contenido sobre la mesa. Charlie reconoció la escritura de Michel en tinta negra y con caligrafía infantil. Kurtz abrió el segundo sobre y Charlie, como entre sueños, reconoció su propia caligrafía. Las cartas que Michel te dirigió y que aquí ves son fotocopias, dijo Kurtz, ya que nosotros tenemos las cartas originales en Inglaterra, a tu disposición. Ahora bien, tus propias cartas son originales, por lo que pertenecen a Michel, ¿no crees?

Charlie dijo:

- Es natural.

Pero en esta ocasión lo dijo en voz alta. E instintivamente miró Joseph, aunque lo hizo concretamente hacia sus manos juntas, en una postura claramente indicativa de que él no era el autor de las cartas.

Charlie leyó en primer lugar las cartas de Michel, debido a que estimaba que le debía tal deferencia. Eran unas doce, cuyo contenido iba desde el texto francamente sensual y apasionado al tono autoritario. «Haz el favor de numerar tus cartas, y si no las numeras más valdrá que no escribas. No puedo gozar de tus cartas si no tengo la seguridad de que recibo todas las cartas que me escribes. Y te pido esto en beneficio de mi personal seguridad». Entre párrafos de delirantes elogios de su arte de actriz había otros párrafos de densas exhortaciones a interpretar solamente «papeles de significado social que puedan despertar la conciencia del público». Al mismo tiempo, Charlie debía evitar asistir a actos públicos que pudieran revelar sus convicciones políticas. Charlie debía dejar de ir a reuniones radicales, a manifestaciones o sentadas y otros actos públicos. Debía comportarse «de acuerdo con los modales burgueses», y causar la impresión de aceptar los criterios burgueses. Debía hacer lo preciso para que la gente creyera que había «renunciado a la revolución», en tanto que, en secreto, debía «proseguir por todos los medios las lecciones del radicalismo». En estas cartas de Michel había gran número de contradicciones en materia de lógica, muchos errores sintácticos, e incluso faltas de ortografía. En ellas hablaba de «nuestra reciente reunión», refiriéndose posiblemente a la futura reunión en Atenas, y también había unas sugestivas referencias a las uvas, al vodka y a «dormir mucho antes de reunirnos de nuevo».

A medida que leía, Charlie se fue formando una nueva y más humilde imagen de Michel, una imagen que se acercaba mucho más a la del prisionero que se hallaba en el piso superior. Charlie musitó:

- Es como un niño.

Dirigió una acusadora mirada a Joseph, a quien dijo:

- Le diste demasiada importancia en tus descripciones. No es más que un crío.

Al no recibir respuesta, Charlie cogió las cartas que figuraban como escritas por ella a Michel, y las cogió con remilgo, como si contribuyeran a revelar un gran misterio. En voz alta, Charlie dijo:

- Cosas de colegiala.

Lo dijo con una estúpida sonrisa en la cara, al dirigir una primera y nerviosa mirada a las cartas, debido a que, gracias a los archivos del pobre Ned Quilley, el viejo georgiano había sabido reproducir no sólo los extraños gustos de Charlie en materia de papeles en los que escribir -menús de restaurantes, facturas, cartas con membrete de hoteles y de teatros…-, sino también las espontáneas variaciones en su caligrafía, desde los casi infantiles trazos de los primeros momentos de tristeza hasta la apasionada letra de una mujer locamente enamorada, desde la caligrafía de la actriz fatigada a más no poder, enjaulada en su camerino y ansiando un poco de respiro, hasta la caligrafía de la pseudo-erudita revolucionaria que se tomaba la molestia de copiar un largo párrafo de Tolstoi, pero que escribía la palabra «ocurrió» con una sola erre.

Gracias a Leon, el estilo de la prosa de Charlie no era menos exacto que su caligrafía. Charlie se ruborizó materialmente al comprobar con cuánta perfección habían sabido imitar sus coloristas hipérboles, sus incursiones en torpes e inacabadas argumentaciones pseudo- filosóficas, su furia violenta y feroz contra el gobierno conservador, a la sazón en el poder. A diferencia de Michel, las referencias que Charlie hacía a sus actos de amor físico eran gráficas, explícitas. Las referencias a sus padres eran insultantes. Y cuando se refería a su propia infancia se mostraba airada y vengativa. Charlie conoció a la Charlie romántica, a la Charlie penitente, y a la Charlie mala bestia y caradura. Conoció aquella faceta suya que Joseph denominaba «la árabe que llevas dentro», o sea la Charlie enamorada de su propia retórica, cuya idea acerca de la verdad no estaba inspirada en lo realmente ocurrido, sino en lo que hubiera debido ocurrir. Cuando Charlie hubo leído todas las cartas, formó con ellas un montón, juntando las de los dos, y, cogiéndose la cabeza con las manos, leyó de nuevo íntegramente la correspondencia: sus cinco cartas por cada una recibida de Michel, las contestaciones suyas a las preguntas de Michel, y las evasivas de Michel a sus preguntas.

Por fin, y sin levantar la cabeza, Charlie dijo:

- Gracias, Joseph. Muchísimas gracias. Si me prestas un instante esa linda pistola que tenemos a medias, saldré del cuarto y me pegaré un tiro.

Kurtz rió a grandes carcajadas, pero parecía ser el único que

experimentaba alegría en aquel cuarto. Dijo:

- Vamos, vamos, querida Charlie, no eres justa para con nuestro amigo Joseph. Todo fue labor de una comisión. Fueron muchos los que trabajaron en estas cartas,

Kurtz tenía que formular una última petición: Se trata de los sobres que contienen tus cartas, querida. Si, Kurtz los tenía allí. Todavía no estaban franqueados y no llevaban matasellos como es natural, y asimismo Kurtz aún no había metido las cartas en los sobres, con el fin de que Michel cumpliera con el requisito puramente formal de abrir los sobres. Dijo que se trataba de una cuestión de huellas dactilares. Primero las tuyas, querida, después las de los funcionarios de correos, y, por fin las de Michel. Pero tampoco había que olvidar el detalle de la saliva. Si, el sobre y los sellos debían ser pegados con la saliva de la propia Charlie, cuya saliva, sometida a análisis, revelaría su grupo sanguíneo, no fuera que algún ser astuto tuviera la idea de pedir comprobaciones al respecto, ya que no debemos olvidar que entre los enemigos hay gente astutísima, cual tu excelente, excelentísimo, trabajo nos reveló, o mejor dicho, nos confirmó, anoche.

Charlie recordó el largo y paternal abrazo que Kurtz le dio, ya que en el momento en que se lo dio pareció tan inevitable y necesario como la propia paternidad. Sin embargo, Charlie no guardó el más leve recuerdo de la despedida de Joseph, la última de toda una serie de despedidas, no, no recordó el modo en que se despidieron, ni el lugar en que lo hicieron. Recordó la sesión de información. Recordó el regreso a Salzburgo, que hizo en la parte trasera de la camioneta de Dimitri, en un trayecto de hora y media, y sin hablar a partir del anochecer. De la misma manera, recordó su aterrizaje en Londres, más sola de lo que jamás había estado en toda su vida, y recordó el olor de la tristeza londinense que la recibió incluso cuando aún se hallaba en la pista de aterrizaje, aportándole de nuevo a la mente qué fue aquello que la encaminó hacia la adopción de medidas radicales: la maligna negligencia de las autoridades y la acosada desesperación de los vencidos. Había huelga de celo de maleteros y una huelga de ferrocarriles. El lavabo de mujeres parecía una cárcel. Como de costumbre, el aburrido funcionario de aduanas la detuvo y la interrogó. Con la diferencia de que en esta ocasión Charlie dudó si acaso aquel individuo tenía otra razón para interrogarla, además de la de charlar con ella.

Volver a casa es como ir al extranjero, pensó Charlie mientras se ponía en la resignada cola que formaban los que iban a tomar el autobús. Bueno, lo mejor sería mandarlo todo al cuerno, y comenzar de nuevo.

15

El parador de automovilistas se llamaba «Romanz» y se alzaba en un bosque de pinos, en un altozano junto a la autopista. Había sido construido para complacer a enamorados con gustos medievales, con claustros de cemento armado, medievales armas de plástico, y luces de neón debidamente coloreadas a lo medieval. El complejo estaba formado por varios chaletitos, y Kurtz ocupó el último de la fila, con una ventana enrejada que daba a la senda que se extendía hacia el Oeste. Eran las dos de la madrugada, hora a la que Kurtz estaba alegremente acostumbrado. Se había duchado y afeitado, se había hecho un café en la cafetera de astuto diseño, se había bebido una coca-cola debidamente dispuesta en el refrigerador, y durante el resto del tiempo había estado haciendo lo que ahora hacía. Había estado sentado, en mangas de camisa ante una mesa escritorio, pequeñita, con todas las luces apagadas, y unos prismáticos al lado, contemplando los faros de los automóviles que pasaban por entre los árboles, camino de Munich. En aquella hora poco tránsito había. Un promedio de cinco vehículos por minuto. Cuando llovía, los vehículos mostraban tendencia a agruparse.

Había sido un largo día y también una larga noche, en el caso de que también se contaran las noches, pero Kurtz tenía el convencimiento de que el descanso entontecía la cabeza, por lo que cinco horas de sueño eran suficientes para cualquiera y demasiadas para él. De todas maneras había sido un largo día, día que realmente no comenzó hasta el instante en que Charlie se fue. Fue preciso dejar vacantes los pisos de la Ciudad Olímpica, operación que Kurtz supervisó personalmente, debido a que sabía que los muchachos se sentían estimulados cuando eran testigos de la preocupación de Kurtz por cuidar todos los detalles. Fue preciso poner las cartas en el apartamento de Yanuka, y también Kurtz se encargó de ello. En el puesto de vigilancia en la acera frontera, Kurtz recibió a los observadores estáticos que allí volvieron a instalarse, y no se olvidó de felicitarles en ocasión de su regreso, y de darles todo género de seguridades, en el sentido de que sus largas y heroicas horas de vigilia

pronto serían recompensadas.

Lenny preguntó sentimentalmente:

- ¿Qué ha sido del chico? Marty, este muchacho tiene un gran futuro. No lo olvides.

La contestación de Kurtz fue un tanto sibilina:

- Lenny, ese muchacho tiene un futuro, aunque no con nosotros.

Shimon Litvak se sentó detrás de Kurtz, en el borde de la cama de matrimonio. Shimon Litvak se había quitado el chorreante chubasquero y lo había extendido en el suelo, a sus pies. Parecía defraudado e irritado. Becker estaba sentado, un poco apartado de los otros, en una quebradiza silla de dormitorio, con su propia aureola alrededor, igual que en la casa de Atenas. Si, en la misma lejanía solitaria, pero participando del ambiente de vigilancia, antes de dar comienzo a la batalla.

Litvak, sentado todavía a la espalda de Kurtz, dijo en tono indignado:

- La chica no sabe nada. Es medio cretina.

Litvak había hablado con voz un tanto alta y algo temblorosa. Litvak prosiguió:

- Es holandesa y se llama Larsen. Cree que Yanuka se la ligó mientras ella estaba viviendo en una comuna en Frankfurt, pero no está segura porque se acuesta con muchos hombres y se olvida de ellos, como es lógico. Yanuka la llevó de viaje varias veces, y la enseñó a disparar, a disparar mal, desde luego, y luego llevó a la chica a su gran hermano mayor, para que el héroe descansara y se divirtiera un poco. La chica recuerda esto último. Incluso para el caso de la vida sexual de Khalil emplearon trucos de seguridad y protección, jamás utilizaron una misma casa. Esto le pareció estupendo y divertido a la chica. Entre una cosa y otra, la chica condujo automóviles al servicio de esa gente, colocó un par de bombas y robó unos cuantos pasaportes. Todo por amistad. Sí, ya que la chica es anarquista. Y, además, medio cretina.

Pensativo, dirigiendo su voz antes a su propio reflejo en el espejo que a Litvak, Kurtz

dijo:

- Cómoda chica.

Reconoce lo de Godesberg, reconoce a medias lo de Zurich. Si tuviéramos tiempo, reconocería plenamente lo de Zurich. Lo de Amberes no.

Kurtz preguntó:

- ¿Leyden?

Y, al pronunciar esta palabra, pareció que a Kurtz se le hubiera formado un nudo en la garganta, de manera que, desde el lugar en que Becker estaba sentado, se tenía la impresión de que Kurtz y Litvak

padecieran una misma afección en la garganta, algo parecido a un encogimiento de las cuerdas vocales.

Litvak repuso:

- Leyden absolutamente no. No, no, y no. Y otra vez que no. A la sazón, la chica estaba pasando vacaciones con sus padres, en Sylt. ¿Dónde está Sylt?

Becker repuso:

- Ante la costa del norte de Alemania.

Pero Litvak le dirigió una feroz mirada, como si sospechara que Becker le hubiera insultado. Dirigiéndose una vez más a Kurtz, Litvak dijo en tono quejoso:

- La chica es muy lenta. Comenzó a hablar hacia el mediodía, pero a media tarde se desdijo de todo lo que había afirmado hasta el momento. «No, yo no he dicho esto. Tú mientes.» Bueno, pues nosotros tuvimos que buscar el punto en que habían quedado grabadas anteriormente las palabras de la chica, hacérselas oír, y la tía, duro que duro, diciendo que es una falsificación. Y entonces, comenzó a escupirnos. Es tozuda, holandesa y está loca.

Kurtz dijo:

- Sí, comprendo.

Pero Litvak quería algo más que simple comprensión:

- La tratamos con dureza, y con ello la irritamos y se comportó con más tozudez todavía. Dejamos de tratarla con dureza, permitimos que recupere fuerzas, y se puso más tozuda y comenzó a insultarnos.

Kurtz se volvió un poco, de manera que, en el caso de que estuviera mirando a alguien, estaría mirando a Becker. En el mismo estridente tono de queja, Litvak siguió:

- La chica regatea y ofrece tratos. Como que somos judíos, hay que regatear. «Si yo os cuento tal cosa, no me matáis, ¿de acuerdo? Si yo os cuento tal cosa, me soltáis, ¿de acuerdo?»

Bruscamente, Litvak se dirigió a Becker, a quien preguntó: -¿Y qué es lo que debe hacer un héroe en estos casos? ¿Seducirla? ¿Conseguir que se enamore de mí? Kurtz miraba su reloj y más allá de su reloj. Observó:

- Lo que esta chica sabe, sea lo que fuere, ya pertenece a la historia. Lo único importante es lo que hagamos con ella. Y cuándo.

Pero no habló como si planteara un problema, sino como el hombre que tomara la decisión final. Kurtz se dirigió a Becker:

- ¿Qué tal funciona la comedia, Gadi?

Becker repuso:

- Todo encaja bien.

Hizo una pausa, dejándoles a todos pendientes de sus palabras, y añadió: -Rossino utilizó a la muchacha en Viena durante un par de días, la llevó al Sur, y le entregó el automóvil. Todo es verdad. La

chica fue en automóvil hasta Munich en donde se reunió con Yanuka. Esto no es verdad, pero ellos dos son los únicos que lo saben. Ansioso, Litvak siguió el relato:

- Se reunieron en Ottobrunn, que es un pueblo al sureste de la ciudad. Desde allí fueron a otro sitio, en donde hicieron el amor. El sitio importa poco. No es preciso que todo encaje, en una reconstrucción. Quizá hicieron el amor en el automóvil. La chica dice que le gusta hacer el amor en todo momento. Pero sobre todo le gusta hacer el amor con los luchadores, que es como ella les llama. Quizás alquilaron una habitación en cualquier sitio, y el propietario tiene miedo de declarar. Lagunas de este tipo son normales. La oposición lo espera.

Dirigiendo la vista a la ventana, Kurtz preguntó:

- ¿Y esta noche? ¿Ahora?

A Litvak no le gustaba que le hicieran preguntas tan concretas. Repuso:

- Ahora están en el automóvil camino de la ciudad, para hacer el amor. Para efectuar un trabajillo y esconder el resto de los explosivos. ¿Quién sabe? ¡Por qué tenemos que explicarnos tantas y tantas cosas?

Grabándose los detalles en la memoria, mientras seguía meditando, Kurtz preguntó:

- ¿En dónde está ella en estos instantes, en realidad? Litvak repuso:

- En la camioneta.

- ¿Y dónde está la camioneta?

- Al lado del Mercedes, en el aparcamiento. Basta una orden para que traslademos a la

chica.

- ¿Y Yanuka?

- También está en la camioneta. Es la última noche que pasan juntos. Hemos dado sedantes a los dos, tal como acordamos.

Kurtz volvió a coger sus prismáticos, los elevó a mitad de camino de los ojos, y los volvió a dejar en la mesa. Juntó las manos y frunció las cejas. Dirigiéndose a Becker, a juzgar por la postura de su cabeza, Kurtz dijo:

- Proponedme un método diferente. La metemos en un avión y la devolvemos a su casa, la dejamos en el desierto de Negev, la encerramos. ¿Y qué pasa? ¿Qué habrá sido de ella?, se preguntarán. En el momento en que la chica desaparezca, sospecharán lo peor. Pensarán que se ha pasado al enemigo, que ha desertado. Que Alexis la ha atrapado. Que la han atrapado los sionistas. Piensen lo que piensen, creerán que sus operaciones corren peligro. Y no cabe la menor duda de que dirán: «Licenciamos al equipo, que cada cual se vaya a su casa.»

Después de una pausa, Kurtz resumió:

- Deben tener pruebas concretas de que nadie tiene a la muchacha en su poder salvo Yanuka y Dios. Deben saber que la chica está tan muerta como Yanuka. ¿No estás de acuerdo conmigo, Gadi? ¿O me engaño al creer que en tu expresión se lee que tienes una idea mejor?

Kurtz se limitó a esperar, pero la mirada de Litvak, fija en Becker era inocente, en el momento en que necesitaba que Becker compartiera su culpabilidad.

Después de hacerles esperar un siglo, Becker dijo:

- No.

Pero Kurtz advirtió que en la cara de Becker había aparecido una dura expresión de fidelidad.

De repente, Litvak atacó a Becker, de manera que su voz y sus palabras parecieron saltar al aire desde el lugar en que el muchacho estaba sentado:

- ¿No? ¿No, qué? ¿No se hace la operación? ¿Qué significa no? Becker, sin prisas, replicó:

- «No» significa: no tenemos otra alternativa. Si soltamos a la holandesa, jamás aceptarán a Charlie. La señorita Larsen, viva, es tan peligrosa como Yanuka. Y si queremos seguir adelante, éste es el momento en que tenemos que hacerlo.

Con desprecio, Litvak repitió el condicional:

- Si queremos.

Kurtz restableció el orden por el medio de formular una pregunta que dirigió a Litvak, en tal tono que parecía desear que Litvak le diera una contestación afirmativa:

- ¿Es que la chica no puede dar nombres útiles? ¿Algún dato que pudiéramos comprobar con su colaboración? ¿Alguna razón para retenerla con nosotros?

Litvak encogió enfáticamente los hombros, y dijo:

- Conoce a una corpulenta chica alemana llamada Edda, sí, del norte de Alemania. Sólo la ha tratado una vez. Además de Edda hay otra chica que no es más que una voz que llama por teléfono desde París. Detrás de esta voz está Khalil, pero Khalil no tiene la costumbre de entregar tarjetas de visita.

Litvak estuvo callado unos instantes y repitió:

- Es medio cretina. Se droga hasta tal punto que sólo estar a su lado basta para que uno quede drogado.

Kurtz dijo:

- Bueno, parece que la chica es un callejón sin salida.

Litvak ya estaba abrochándose su oscuro chubasquero. Con una sonrisa carente de toda alegría, se mostró de acuerdo con su jefe:

- Si, es un callejón sin salida.

Pero Litvak no avanzó hacia la puerta. Todavía esperaba una

orden concreta. Kurtz le dirigió una última pregunta:

- ¿Qué edad tiene la muchacha?

- La semana próxima cumple los veintiuno. ¿Es que tiene alguna importancia?

Despacio, con cierta solemnidad, Kurtz también se puso en pie, y se enfrentó normalmente con Litvak, al través del atestado cuartito, con sus muebles de madera labrada, propios de un pabellón de caza, y con sus adornos de hierro forjado. Kurtz dio la siguiente orden:

- Shimon, pregunta uno a uno a cada miembro de tu equipo. ¿Chico, chica, quieres apartarte de esta operación? No hace falta que den explicaciones, y no se pondrá una mala nota al lado del que no quiera seguir. Una votación libre, honesta.

Litvak dijo:

- Ya lo he hecho.

Kurtz levantó el brazo izquierdo, miró el reloj y dijo:

- Pues vuélvelo a hacer. Dentro de una hora, exactamente, me llamas por teléfono. No me llames antes. Y nada hagas hasta haber hablado conmigo.

Dentro de una hora, pensó Kurtz, cuando se dé el momento de menos tránsito. Y cuando yo haya tomado ya mis disposiciones. Litvak se fue y Becker se quedó.

Primero Kurtz llamó por teléfono a su esposa, Elli, con pago revertido, debido a que era puntilloso en materia de gastos. Cuando Kurtz se disponía a llamar a su esposa, Becker se levantó para dejarle solo, pero Kurtz, que estaba orgulloso de llevar una vida sin secretos, dijo tranquilamente a Becker:

- Quédate aquí, Gadi, por favor.

En consecuencia, durante diez minutos, Becker tuvo que escuchar una conversación sobre temas tan trascendentales como qué tal le iba a Elli con su grupo de estudios bíblicos, o cómo se las arreglaba para ir de compras a las tiendas, teniendo el automóvil averiado. Becker no tuvo necesidad alguna de preguntar por qué razón Kurtz había elegido precisamente aquel instante para abordar aquellos temas. En otros tiempos, Becker había hecho exactamente lo mismo. Kurtz quería tocar terreno seguro, antes de lanzarse a la matanza. Quería oír la viva voz de Israel.

Kurtz colgó y, la mar de entusiasmado, dijo a Becker:

- Elli está perfectamente bien. Te manda recuerdos y me ha encomendado que te diga que vuelvas a casa tan pronto puedas. Dice que hace un par de días se encontró con Frankie, y que Frankie también está bien. Debido a tu ausencia se siente un poco sola, pero está bien.

La segunda llamada de Kurtz fue a Alexis, y, al principio, Becker hubiera podido suponer, si no hubiera conocido a Kurtz tan bien cual

le conocía, que se trataba de una llamada de amistad más. Kurtz escuchó las noticias que su agente alemán le dio acerca de su vida familiar. Y Kurtz le preguntó por el hijo que esperaba. Si, la madre y el niño se encontraban en excelente estado. Pero, terminados estos preliminares, Kurtz se puso serio y atacó directamente el cogollo del asunto, debido a que en las últimas conversaciones que había tenido con el buen doctor, Kurtz había percibido una clara mengua de la devoción que aquél tenía hacia él. Jovialmente, Kurtz anunció a Alexis:

- Paul, parece que cierto accidente del que hablamos recientemente va a ocurrir de un momento a otro, y no hay nada en el mundo que usted o yo podamos hacer para evitarlo. Por esto le ruego que tome papel y lápiz.

A continuación, y cambiando el tono de la voz, Kurtz habló rápida y torrencialmente en alemán:

- Durante las primeras veinticuatro horas siguientes a la notificación oficial que usted recibirá, limitará usted sus investigaciones a los ámbitos universitarios de Frankfurt y Munich. Difundirá usted que los principales sospechosos son un grupo de activistas izquierdistas que se sabe tienen vinculaciones con una célula de París. ¿Comprendido?

Kurtz hizo una pausa para permitir que Alexis anotara todo lo anterior. Después de haber recibido evidentes seguridades de que podía continuar, Kurtz así lo hizo:

- En las veinticuatro horas siguientes, hacia el mediodía, se presentará usted en la oficina principal de Correos de Munich y recogerá una carta dirigida a usted, con nombre y apellidos, dejada en poste restante. Allí encontrará la identidad del primer culpable, que será una chica holandesa, y recibirá asimismo datos referentes a la intervención de esa muchacha en anteriores incidentes.

Ahora, Kurtz dio sus órdenes a velocidad de dictado, y con gran autoridad: no se efectuarán investigaciones en el centro de Munich hasta el día catorce; los resultados de las pruebas forenses deberán ser enviados primeramente y con carácter exclusivo al doctor Alexis, y no se distribuirán hasta que los haya visto y examinado el propio Kurtz; las comparaciones públicas con otros incidentes sólo se harán previa la aprobación de Kurtz.

Al oír que su agente comenzaba a rebelarse, Kurtz apartó el aparato de su oído, para que Becker pudiera oír también el doctor Alexis:

- Pero, Marty, mi querido amigo, escuche, debo preguntarle algo de esencial importancia, ya que…

- Pregunte.

- ¿Qué es lo que buscamos, en este caso concreto? A fin de

cuentas un accidente no es una tontería, Marty. Esto es una democracia civilizada, y ya comprende usted, Marty, lo que quiero decir con ello.

En el caso de que Kurtz lo supiera, se abstuvo de confesarlo. Alexis siguió hablando:

- Escuche. Debo exigirle algo, Marty, sí, insisto en que es una exigencia. No quiero daños, ni heridos ni muertos. Es una condición imperativa. ¿Comprende lo que le quiero decir?

Kurtz lo comprendió muy bien, tal como lo demostraron sus tersas frases:

- Paul, tengo la seguridad de que no se producirán daños en bienes alemanes. Alguna avería quizá. Pero daños propiamente dichos, no.

Sintiendo resurgir su alarma, Alexis gritó:

- ¿Y lesiones y muertes? ¡Por el amor de Dios, Marty, que aquí no somos un hatajo de primitivos!

Una gran calma dominó la voz de Kurtz:

- Paul, no se derramará sangre inocente. Tiene usted mi palabra. Ni un solo ciudadano alemán sufrirá siquiera un arañazo.

- ¿Puedo estar cierto de ello?

Kurtz repuso:

- No le queda más remedio.

Y colgó el aparato sin dar su número de teléfono.

En circunstancias normales, Kurtz no hubiera utilizado el teléfono con tanta libertad, pero, teniendo en consideración que, actualmente, el encargado de intervenir teléfonos era el propio Alexis, Kurtz estimó que podía correr esa clase de riesgo.

Litvak llamó diez minutos después. Kurtz le dijo: «Adelante, tienes luz verde, hazlo.»

Los dos esperaron. Kurtz junto a la ventana, y Becker de nuevo sentado en la silla, mirando el inquietante cielo nocturno. Kurtz agarró la manecilla de la ventana y abrió ambas hojas de par en par, dejando que en el cuarto penetrase el zumbido del tránsito en la autopista.

Como si se hubiera pillado a sí, mismo en una actitud negligente, Kurtz dijo:

- ¿A santo de qué correr riesgos innecesarios?

Becker comenzó a hacer cuentas a velocidad de soldado. Tanto tiempo para que los dos quedaran en posición. Tanto tiempo para las últimas comprobaciones. Tanto tiempo para emprender la retirada. Tanto tiempo para que se produjera una interrupción del tránsito en ambas direcciones. Tanto tiempo para preguntarse cuál es el valor de la vida humana, incluso en el caso de aquellos que conculcan totalmente su naturaleza. Y de aquellos que tal no hacen.

Como de costumbre fue el estallido más fuerte que todos habían oído en su vida. Más fuerte que el de Godesberg, más fuerte que el de Hiroshima, más fuerte que el de todas las batallas jamás libradas. Sentado en su silla, mirando más allá de la silueta de Kurtz, Becker vio una bola de color anaranjado que estallaba a la altura del suelo, y que luego se desvanecía, llevándose consigo las últimas estrellas y la primera luz del día. El estallido fue seguido de inmediato por un aceitoso humo negro que llenó el espacio vaciado por los gases expansivos. Vio cascotes volando por los aires, y un chorro de fragmentos negros que salía disparado y girando sobre sí mismo detrás del estallido, sin saber exactamente qué eran aquellos fragmentos, ruedas, una porción de asfalto, restos humanos… Vio como la cortina acariciaba amorosamente el desnudo brazo de Kurtz, y sintió el calor propio de un secador de cabello. Oyó el zumbido, parecido al que producen los insectos, causado por objetos duros que, al temblar, se rozaban entre sí, y mucho antes de que este zumbido se acallara, oyó los primeros gritos de indignación, los ladridos de perros, el paso de pies que avanzaban arrastrándose, calzados con zapatillas, por los pasillos cubiertos que unían los chalets, y oyó voces que decían las tontas frases que se dice la gente en las películas cuando se hunde un barco: «¡Mamá! ¡Mamá, mamá!» «¡He perdido las joyas!» Oyó la voz de una mujer, presa de la histeria, que aseguraba que llegaban los rusos, y oyó otra voz igualmente aterrada que decía a la mujer que no pasaba nada, ya que sólo había estallado un depósito de petróleo. Alguien dijo que era cosa de los militares, y que era una vergüenza las cosas que los militares transportaban de noche. Junto a la cama había una radio. Mientras Kurtz seguía junto a la ventana, Becker puso la radio en marcha, que comenzó a difundir un programa local centrado en conversaciones para insomnes, y la mantuvo conectada con dicha estación, en espera de que se interrumpiera el programa para dar la información de emergencia. Acompañado por el gemido de una sirena, un automóvil de la policía, destellante, intermitente su luz azul, avanzaba a toda velocidad por la autopista. Luego, no pasó nada. Después un coche de bomberos, y luego una ambulancia. El programa de la radio fue interrumpido, y se dio la primera noticia. Se había producido una misteriosa explosión al Este de Munich, sin que se supieran las causas ni otros detalles del hecho. La auto-pista había quedado cerrada al tránsito en ambas direcciones, y se advertía a los conductores que debían seguir las rutas alternativas.

Becker cerró la radio y encendió las luces. Kurtz cerró la ventana y corrió las cortinas. Luego se sentó en la cama y se quitó los zapatos sin desanudar los cordones.

Como si, de repente, algo le hubiera refrescado la memoria, Kurtz dijo:

- A propósito, Gadi, no hace mucho, unos días tan sólo, estuve hablando con nuestra gente en la embajada de Bonn. Les pedí que practicaran ciertas investigaciones sobre las finanzas de esos polacos con los que tú trabajabas en Berlín…

Becker nada dijo. Kurtz siguió:

- Bueno, pues parece que las noticias no son buenas, ni mucho menos. Creo que tendremos que buscar más dinero para ti o, de lo contrario, otros polacos…

Al no recibir respuesta, siquiera ahora, Kurtz levantó despacio la cabeza y vio a Becker que le miraba fijamente desde la puerta, y algo había en la apostura de Becker, el más alto de los dos hombres, que irritó gravemente a Kurtz, quien dijo:

- ¿Acaso quiere usted decirme algo, señor Becker? ¿Es que tiene que hacer alguna alegación de carácter moral que deje tranquilizada su mente?

Al parecer, Becker nada tenía que decir. Se fue, cerrando suavemente la puerta a su espalda.

Kurtz tenía que hacer una última llamada telefónica. Se trataba de una llamada a Gavron, directamente a su casa. Alargó la mano para coger el teléfono, dudó, y retiró la mano. Que espere, pensó, mientras la ira volvía a surgir en su fuero interno. De todas maneras, le llamó. Comenzó a hablar suavemente, con sentido común, y como si todo estuviera dominado. Siempre comenzaban a hablar de esta manera. Utilizaban el inglés. Y se servían de los nombres falsos correspondientes a cada uno de ellos, en aquella semana.

- Nathan, soy Harry. Hola. ¿Cómo está tu mujer? Magnífico, dale también mis recuerdos. Nathan, dos cabras locas, jóvenes por cierto, han pillado un fuerte resfriado. Esto seguramente gustará a la gente que de vez en cuando nos pide que le demos una satisfacción.

Al escuchar la respuesta de Gavron, seca, imparcial, oficialesca, Kurtz comenzó a temblar. Pero, a pesar de todo, consiguió mantener el tono sereno de su voz:

- Nathan, me parece que ahora comienza tu gran momento. Por mi culpa has tenido que aguantar ciertas presiones, para que esa cosa madurase. Te he hecho promesas y las he cumplido, ahora hace falta que tengas un poco de confianza, un poco de paciencia.

De entre todas las mujeres y los hombres que Kurtz conocía, Gavron era el único ser que le inducía a decir frases que luego Kurtz lamentaba. De todas maneras, Kurtz siguió dominándose.

- Bueno, y también es cierto que nadie espera que una partida de ajedrez se gane antes de desayunar, ¿oyes? Necesito un poco de aire, un poco de libertad, un poco de terreno en el que moverme.

La ira, por fin, dominó a Kurtz, quien dijo:

- En consecuencia, ponles camisa de fuerza a esos locos, ¿oyes?

¡Por una vez en la vida pide que me apoyen un poco!

La comunicación se cortó. Si ello se debió a la explosión o a un acto de Misha Gavron, Kurtz jamás lo supo, ya que no intentó establecer comunicación de nuevo.

Segunda parte

LA RECOMPENSA

16

Durante dos o tres interminables semanas, mientras Londres pasaba del verano al otoño, Charlie vivió en un estado de semi-realidad, durante el que pasaba de la incredulidad a la impaciencia, desde los excitados preparativos al terror espasmódico. Tarde o temprano vendrán a buscarte, éstas eran las palabras que él no dejaba de decirle. Deben hacerlo. Y él se dedicó a preparar la mente de Charlie, en consonancia con sus predicciones.

Pero ¿por qué han de venir? Charlie no lo sabía y él no se lo decía sino que utilizaba su lejanía a modo de protección. ¿Convertirían Mike y Marty a Michel en su hombre, de la misma manera que la habían convertido a ella en su chica? Había días en que Charlie imaginaba que llegaría el momento en que Michel se pondría a la altura de la historia que para él habían imaginado, y que aparecería ante ella, para reclamar sus derechos de enamorado. Y Joseph estimulaba suavemente la esquizofrenia de Charlie, guiándola de día en día más y más cerca de su ausente sustituto o al ausente a quien sustituía. Michel, mi querido Michel, ven a mi lado. Ama a Joseph pero sueña con Michel. Al principio, Charlie apenas osaba mirarse al espejo, debido a que estaba convencida de que se le notaba su secreto. La información que Charlie llevaba oculta detrás de la cara tiraba de su piel, dejándola tensa. La voz y los movimientos de Charlie habían adquirido cierto lento aire sub-acuático que la situaba a millas de distancia del resto de la humanidad: soy un espectáculo interpretado por una sola chica durante las veinticuatro horas del día; por una parte está el mundo entero, y, por otra parte, estoy yo.

Luego, poco a poco, a medida que el tiempo pasaba lentamente, el temor de Charlie a quedar descubierta dio paso a una afectuosa

falta de respeto hacia todos los inocentes que tenía a su alrededor y que eran incapaces de ver lo que todos los días se les ponía debajo de las mismísimas narices. Charlie pensaba: se encuentran en el lugar en que antes me encontraba yo. Son lo que yo era, antes de que pasara al otro lado del espejo.

Con respecto a Joseph, Charlie empleaba la técnica que había perfeccionado durante su viaje al través de Yugoslavia. Joseph era el ser familiar al que Charlie vinculaba todos sus actos y decisiones; era el amante para quien contaba chistes y para el que se maquillaba. Joseph era su áncora, su mejor amigo y su mejor objeto. Joseph era la presencia que aparecía en los más raros lugares, dotada de una absolutamente imposible previsión de los movimientos de Charlie, ya en la parada del autobús, ya en una biblioteca, ya en una lavandería sentada bajo las luces de neón entre tristes madres, contemplando como las camisas de Joseph daban vueltas dentro de la lavadora. Pero Charlie jamás reconocía la existencia de Joseph. Joseph estaba totalmente fuera de la vida de Charlie, fuera del tiempo y fuera del contacto físico. Con los excepcionales momentos de sus furtivas misiones, que eran los momentos que sostenían a Charlie. Excepto Michel, el sustituto de Joseph, o el sustituido por éste.

Para ensayar Como gustéis, la compañía había arrendado un viejo barracón de instrucción militar del Ejército Territorial, cercano a la estación Victoria, y allá iba Charlie todas las mañanas. Y todas las tardes se lavaba el cabello para quitarle el rancio olor de la cerveza militar.

Charlie permitió que Quilley la invitara a almorzar en el «Bianchi», y tuvo la impresión de que aquel hombre se comportaba de manera rara. Parecía que Ned intentara precaverla de algo, pero cuando Charlie le preguntó directamente de qué quería precaverla, Ned se cerró de banda, y dijo que la política es un asunto personal de cada individuo, y que precisamente fue esta convicción lo que le indujo a luchar en la guerra, con los Chaquetas Verdes. Pero Ned se emborrachó de una forma terrible. Después de haber ayudado a Ned a firmar la factura, Charlie se unió a la multitud que circulaba por la calle, y tuvo la sensación de caminar un poco rezagada con respecto a sí misma, de seguir su propia forma huidiza, forma que se escapaba de sí misma, penetrando entre las densas y móviles multitudes. Estoy separada de la vida. Jamás encontraré el camino de regreso. Pero incluso mientras pensaba lo anterior, Charlie sentía el roce de una mano en su hombro, cuando Joseph caminaba unos instantes a su lado, antes de apartarse para meterse en «Marks and Sparks». El efecto de estas presencias pronto adquirió un carácter extraordinario en la vida de Charlie. La mantenían en constante estado de vigilancia, y si Charlie se contestaba a sí misma honradamente, en un estado de

deseo, también. Un día sin él nada era. Y bastaba con que Charlie le vislumbrara para que su corazón y su cuerpo se estremecieran cual si tuviera dieciséis años.

Charlie leyó los respetables suplementos dominicales de los periódicos y estudió las pasmosas revelaciones de la señora Sackville West -o acaso de la señora Sitwell-, y se maravilló ante la frívola estupidez de la egoísta tontería de la mentalidad de los ingleses rectores del país. Charlie contempló el Londres que había olvidado, y encontró en todas partes el apoyo a su postura radical, en cuanto a mujer comprometida con su destino, su destino unido a la senda de la violencia. La sociedad, tal como ella la conocía, no era más que una planta muerta. Su misión consistía en limpiarla, y en utilizar la tierra para conseguir algo mejor. Los desesperanzados rostros de los tenderos, moviéndose como esposados esclavos a lo largo y ancho de los supermercados iluminados con neones le revelaban todo lo anterior, al igual que lo hacían los viejos de desesperada mirada y los policías de desesperada mirada. Y la misma actitud era la de los desocupados y heroicos negros que contemplaban el paso de los Rolls-Royce, y los relucientes bancos con su aire de secular culto, y sus gerentes con el comportamiento de rigurosos moralistas. Las empresas de construcción engañando a los ilusos para que cayesen en sus engaños, los establecimientos de bebidas, los establecimientos de apuestas, el vómito… Con muy poco esfuerzo por parte de Charlie, la escena de Londres, en su totalidad, no era más que un cubo de basura repleto de esperanzas frustradas y de almas defraudadas. Gracias a la inspiración de Michel, Charlie pudo construir los puentes mentales entre la explotación capitalista y el Tercer Mundo, situado ahí, en el umbral de Camden Town.

Vivida tan a lo vivo, la vida le daba una sensación de hombres libres. Al dar un paseo matutino, en domingo a lo largo de la senda paralela al Regent Canal -lo cual, en realidad era uno de sus pocos concertados encuentros con Joseph- Charlie oyó el sonido de un instrumento musical de profundo tono gutural, que entonaba una canción espiritual negra. El canal se abría al frente, y Charlie vio en el centro del embarcadero con abandonados tinglados alrededor, a un viejo negro que parecía recién sacado de la Cabaña del tío Tom, sentado en una barquita anclada y tocando el violoncelo para la suma delicia de un grupo de chiquillos. Era una escena digna de Fellini. Era cursi, era un espejismo, era una inspirada visión surgida del subconsciente.

Fuera lo que fuese, era una inspirada visión que, durante varios días, se transformó en un término de referencia de cuanto Charlie vio a su alrededor, algo tan íntimo que ni siquiera a Joseph podía confiarlo, por temor a que él se riera de ella, o, peor todavía, que le

diera una explicación racional de ello.

El caso es que Charlie se acostó varias veces con Al, debido a que no quería que surgieran crisis con él, y debido también a que después de su larga abstinencia con Joseph, el cuerpo de Charlie necesitaba a Al. Y, además, Michel le había ordenado que lo hiciera. Charlie no había permitido a Al que la volviera a visitar en su casa, debido a que Al volvía a estar sin hogar, y Charlie temía que Al intentara quedarse, lo cual era precisamente lo que había hecho antes, hasta que llegó el momento en que Charlie arrojó sus ropas y sus aparejos para afeitarse a la calle. De todas maneras el piso de Charlie albergaba nuevos secretos que nada en la tierra, ni bajo el poderío de Dios, sería capaz de revelar, y compartir con él. La cama de Charlie era la cama compartida con Michel, la pistola de Michel había reposado bajo la almohada, y no había nada, ni Al ni nadie, que pudiera obligarla a profanar aquello. Por otra parte, Charlie estaba ya cansada de Al, debido a que Joseph la había advertido que la película de Al se había ido al garete, y Charlie sabía, desde mucho tiempo atrás, lo muy bestia que Al podía ser cuando se sentía herido en su orgullo.

El primer encuentro tuvo lugar en el pub habitual de él, en donde Charlie encontró al gran filósofo, arropado por dos femeninas discípulas. Mientras caminaba al encuentro del hombre en cuestión, Charlie pensó: oleré a Michel, porque Michel está en mis ropas, en mi piel, en mi sonrisa. Pero Al estaba muy ocupado en demostrar lo muy poco que le importaba oler cualquier cosa. Con el pie, Al apartó una silla para que Charlie se sentara, y Charlie mientras se sentaba, pensó: Que Dios me asista, apenas hace un mes, este enano era mi asesor sumo, y era quien conseguía que el mundo funcionara, que el mundo hiciera tic-tac. Cuando el pub se cerró y todos fueron al piso de un amigo, y los dos se aposentaron en el cuarto libre, el cuarto de invitados, Charlie quedó aterrada al pensar que era Michel quien se encontraba dentro de ella, y que era la cara de Michel la que estaba mirando su cara, y que era el cuerpo oliváceo de Michel el que estaba junto al suyo, en la penumbra… Michel, su joven asesino, que la llevaba al borde del abismo. Pero detrás de Michel había todavía otra figura, la figura de Joseph, que al fin era poseído por ella. La sexualidad contenida de Joseph, al final estallaba, quedando liberada, y el cuerpo con cicatrices de Joseph, lo mismo que su mentalidad igualmente herida, era poseída por Charlie.

Además de los suplementos dominicales de los periódicos, Charlie leía esporádicamente diarios capitalistas y escuchaba programas de radio orientados hacia el consumismo, pero nada supo acerca de una muchacha inglesa, pelirroja, buscada en relación con el paso de contrabando a Austria de cierta cantidad de explosivos rusos. No, esto jamás había ocurrido. Lo hicieron otras dos chicas, sí, esta es una de

mis fantasías. En muchos otros aspectos del estado del ancho mundo había dejado de interesar a Charlie. Leyó la noticia del estallido de una bomba puesta por palestinos en Aachen, o Aix-la-Chapelle, y de un bombardeo de represalia llevado a cabo por los israelitas en un campamento del Líbano, del que resultó un alto número de civiles muertos. Leyó que en Israel se había levantado una furia creciente de día en día, y se sintió debidamente estremecida al leer una entrevista con un general israelí que prometía solucionar de raíz el problema palestino. Pero Charlie después de su cursillo intensivo en actividades secretas había perdido su fe en la descripción oficial de hechos y acontecimientos, y jamás recobraría tal fe. Las únicas informaciones que leía con fe eran las referentes a una osa panda del zoo de Londres que se negaba a ser cubierta por el correspondiente oso, a pesar de que las feministas insistían en que el fracaso se debía al macho. El parque zoológico era también uno de los lugares de Joseph. Se encontraban en un banco del parque, aunque sólo fuera para estar con las manos juntas, antes de separarse e ir cada cual a sus asuntos.

Joseph decía: pronto. Pronto.

Flotante, interpretando constantemente un papel ante un público invisible, vigilando todas sus palabras y todos sus gestos para no cometer una indiscreción momentánea, Charlie se vio obligada a confiar en gran manera en la observación de rígidas costumbres. En los fines de semana iba a su club infantil, en Peckham, y allí, en un gran patio con arcadas, que por su tamaño permitiría incluso representar obras de Brecht, ponía en funcionamiento su grupo de arte dramático, lo cual le gustaba en gran manera. Proyectaban representar una pantomima rock en Navidad, representación que sería un ejemplo de pura anarquía.

Algunos viernes iba al pub que solía frecuentar Al, y los miércoles iba con dos botellas de cerveza a visitar a la señorita Dubber, que vivía en la esquina, fulana retirada, procedente de coros de revista musical. La señorita Dubber padecía artritis y otras varias enfermedades graves, y lanzaba maldiciones contra su cuerpo con el mismo entusiasmo con que en mejores tiempos las lanzaba contra los amantes tacaños. Charlie, en justa correspondencia, regalaba los oídos de la señorita Dubber con maravillosas historias inventadas acerca de escándalos en el mundo del espectáculo, y las dos se reían tan estentóreamente que los vecinos tenían que subir el volumen del televisor para ahogar el ruido.

Por lo demás, Charlie se sentía incapaz de tratar con gente, a pesar de que su carrera de actriz le había proporcionado la amistad de diez o doce grupos de personas a las que podía visitar cuando quisiera.

Habló por teléfono con Lucy y acordaron verse, pero no concertaron una cita concreta. Descubrió que Robert se encontraba en

Bettersea, pero el grupo de Mikonos era ya algo así como los condiscípulos que no se han visto en diez años. No podían compartir nada, ya que nada les quedaba. Comió un curry con Willy y Pauly, pero aquellos dos estaban ya proyectando separarse y la comida fue un fracaso. Intentó ver a otros amigos del alma, de otros tiempos, pero tampoco estos encuentros fueron un éxito, después de lo cual Charlie se transformó en una solterona. Regaba los árboles jóvenes de su calle, cuando el tiempo era seco, y colgaba bolsas en su ventana con comida para los gorriones, debido a que ésta era una de las señales que Charlie destinaba a Joseph, al igual que la pegatina del Desarme Mundial en su automóvil, y la «C» de latón pegada a una porción de cuero cosida al bolso para llevar colgado del hombro. Joseph llamaba a estos signos las «señales de seguridad» de Charlie, y le enseñaba reiteradamente la manera de usarlas. La desaparición de cualquiera de estas señas significaba un grito en petición de auxilio. Y en el bolso de Charlie vivía un gran pañuelo de seda blanca, totalmente nuevo, que no tenía la misión de indicar una rendición, sino la de decir, «Han venido», caso de que vinieran. Llevaba su diario íntimo de bolsillo, que continuaba a partir del punto en que el comité literario había dejado de escribirlo. Terminó la reparación de un bordado, de carácter pictórico, que había comprado antes de ir de vacaciones, y que representaba a Lotte en Weimar, agonizando sobre la tumba de Werther. Sí, yo otra vez, entregada al clasicismo. Escribió largas cartas a su ausente, pero poco a poco dejó de echarlas al buzón.

«Michel, querido Michel, por favor, ven a mi lado.»

Pero Charlie se mantenía apartada de los grupos radicales, no iba a las librerías subversivas de Islington, a las que solía ir para tomar café en un ambiente soporífero. Y, ante todo, se mantenía alejada del airado grupo de St. Pancras, cuyos panfletos basados en la cocaína Charlie solía distribuir, debido a que nadie más quería hacerlo. Por fin, pudo retirar del taller de Eustace, el mecánico, su automóvil, un viejo Fiat que Al estrelló, y que, en el día de su cumpleaños, Charlie aireó un poco por primera vez, llevándolo hasta Rickmansworth, para visitar a su maldita madre y entregarle el mantel que para ella había comprado en Mikonos. Por norma general, Charlie temía esas visitas a su madre, con la trampa del almuerzo del domingo, con tres clases de hortalizas y un pastel de ruibarbo, todo ello seguido del detallado relato, a cargo de su madre, de todas las maldades de que el mundo la había hecho objeto desde la última visita de su hija. Pero, en esta ocasión, con la consiguiente sorpresa de Charlie, la conversación con su madre fue deliciosa. Durmió en casa de su madre y, al día siguiente, se puso en la cabeza un pañuelo oscuro, jamás el blanco, y llevó en su automóvil a su madre a la iglesia, teniendo buen cuidado de no acordarse de la última vez que había llevado un pañuelo en la

cabeza. Al arrodillarse, Charlie se sintió conmovida por unos imprevistos restos de piedad religiosa, y puso fervientemente sus diversas identidades al servicio del Señor. Al escuchar la música del órgano, Charlie se echó a llorar, lo cual le indujo a preguntarse hasta qué punto ejercía el control de su mente.

«Se debe a que no puedo enfrentarme con la necesidad de regresar a mi piso», pensó.

Lo que desconcertaba a Charlie era la fantasmal manera en que su piso había cambiado para recibir aquella nueva identidad en la que con tanto cuidado Charlie se iba metiendo. De entre todo lo que formaba su nueva vida, la insidiosa reconstrucción de su piso durante su ausencia era lo que más la perturbaba. Hasta el momento, Charlie había estimado que su piso era el más seguro entre todos los lugares, algo así como un Ned Quilley arquitectónico. Había sucedido en la ocupación del piso a un actor sin trabajo que, después de haberse dedicado a ladrón, se había retirado, trasladándose juntamente con su amiguete a España. El piso se encontraba en el extremo norte de Camden Town, encima de un café indio de Goa, con clientela de transportistas, que comenzaba a animarse a las dos de la madrugada y que seguía despierto hasta las siete, sirviendo Samosas y desayunos de comida frita. Para llegar hasta su escalera, Charlie tenía que pasar por un angosto lugar entre los retretes y la cocina, y luego cruzar un patio, lo cual comportaba el ser objeto de detenida observación por parte del dueño, del cocinero, y del descarado amiguete del cocinero, por no hablar ya de cuantos estuvieran en el retrete. Y cuando Charlie llegaba a lo alto de la escalera tenía que cruzar una segunda puerta, antes de entrar en sus atemorizados dominios, que estaban formados por un cuarto de buhardilla con la mejor cama del mundo, un cuarto de baño y una cocina, todo ello independiente e independientemente pagado.

Pero ahora, de repente, Charlie había perdido el consuelo de la seguridad. Se lo habían robado. Tenía la impresión de que hubiera alquilado su habitáculo a otra persona, durante su ausencia, y que esta persona, que era un hombre, hubiera hecho todo género de modificaciones erróneas, para favorecer a Charlie. Sin embargo Charlie ignoraba cómo habían podido penetrar en su piso sin que nadie se diera cuenta de ello. Cuando hizo las pertinentes indagaciones en el café, le dijeron que allí nada sabían. Por ejemplo, en su mesa escritorio encontró, amontonadas en el extremo más alejado, todas las cartas que Michel le había dirigido, es decir las cartas originales cuyas fotocopias había visto en Munich. Allí estaba también su dinero de reserva, que ascendía a unas trescientas libras en billetes de cinco, detrás de la pequeña y rajada alacena del cuarto de baño, que era el lugar en que Charlie guardaba la marijuana, en las temporadas en que fumaba. Charlie trasladó el dinero a un hueco

debajo del parquet, luego lo devolvió al baño y luego debajo del parquet una vez más. Luego estaban las reliquias, los adorados recuerdos de su gran aventura amorosa a partir del primer día en Nottingham: carteritas de cerillas del motel; el barato bolígrafo con el que había escrito sus primeras cartas a París; las primeras orquídeas recibidas, aplanadas mediante un peso entre las páginas del libro de cocina Mrs. Beeton; el primer vestido que su gran amor le había regalado -que fue en York, donde acudieron los dos juntos a la tienda-; los horribles pendientes que le había regalado en Londres y que Charlie no podía llevar como no fuera para complacer a su amante… En realidad cosas cual las contadas, Charlie casi las esperaba, y, además, Joseph se lo insinuó. Lo que perturbaba a Charlie era que estos objetos, estos menudos detalles, a medida que Charlie fue conviviendo con ellos, llegaron a ser más propios de ella misma de lo que ella misma era: en su librería, las relucientes y muy manoseadas obras de información sobre Palestina, con cautelosas dedicatorias de Michel; en la pared el cartel de propaganda palestina, con la cara de rana del primer ministro de Israel crudamente representada encima de las siluetas de refugiados árabes; junto al cartel el conjunto de mapas en colores reflejando la expansión territorial de Israel desde 1967, con un signo de interrogación trazado por la propia Charlie sobre Tiro y Sidón, signo nacido de la lectura de las reclamaciones de estos territorios por Ben Gurion; y la pila de mal impresas revistas en lengua inglesa, de propaganda anti-israelita.

Soy yo desde la cabeza a los pies, pensó Charlie, mientras repasaba despacio aquella colección de objetos. Si, en cuanto me entusiasmo con algo, ya no hay quien me pare.

Pero esto no lo hice yo. Lo hicieron ellos.

Pero decir lo anterior en nada ayudaba a Charlie. Y, al paso del tiempo, ni siquiera retuvo en su mente esta distinción. «Michel, ¡por el amor de Dios!, ¿te han hecho prisionero?»

Poco después de regresar a Londres, y siguiendo instrucciones, Charlie fue a las oficinas de Correos de Maida Vale, presentó sus credenciales, v recogió una sola carta, con matasellos de Istambul, que había llegado a Londres, evidentemente, después de que ella partiera hacia Mikonos. «Querida, poco falta para Atenas. Te quiero. Firmado: M.» Una notita para mantener el fuego sagrado. Pero la visión de esta comunicación viva conmovió profundamente a Charlie. Una multitud de imágenes enterradas salió a la superficie para torturarla. Los pies de Michel, calzados con sus zapatos Gucci, bajando torpemente la escalera. Su lacio y adorable cuerpo sostenido por sus carceleros. Su rostro viril, tan joven que aún no podía ser llamado a filas. Su voz, rica, inocente, excesivamente rica e inocente. El medallón de oro golpeando suavemente su desnudo pecho de oliváceo color. Joseph, te

quiero.

Después de esto, Charlie fue todos los días a la oficina de Correos, e incluso llegó a ir dos veces al día, convirtiéndose en una persona conocida en el lugar, aunque sólo fuera por el curioso hecho de irse siempre con las manos vacías, y con aspecto cada día más desdichado. Era una interpretación teatral delicada y bien dirigida, que Charlie llevaba a cabo con gran cuidado, y que Joseph, en su calidad de director secreto, observó personalmente más de una vez, mientras compraba sellos en el mostrador contiguo.

Durante este mismo período, y con la intención de darle un poco de vida, Charlie mandó tres cartas a Michel, en París, en las que le rogaba que le escribiera, le decía que le amaba, y le perdonaba de antemano su silencio. Estas fueron las primeras cartas que Charlie escribió por sí misma. Tuvo la extraña reacción de experimentar alivio al mandarlas. A fin de cuentas, estas cartas conferían autenticidad a las anteriores, así como a los sentimientos por Charlie expresados. Siempre que escribía una de estas cartas la echaba a un buzón que le habían designado especialmente, y Charlie suponía que había gente vigilando el buzón, pero Charlie había ya aprendido a no mirar alrededor, y a no pensar en estos asuntos. En una ocasión vio a Rachel detrás del vidrio de un bar, con un aspecto muy gris e inglés. En otra ocasión, junto a ella pasaron Raoul y Dimitri en motocicleta. La última carta que mandó a Michel la envió por correo certificado, en la misma oficina de correos en donde iba a buscar cartas en vano, y Charlie escribió, «Querido, por favor, por favor, por favor, escribe», en el dorso del sobre, después de haberlo franqueado, mientras Joseph esperaba pacientemente detrás de ella.

Poco a poco, Charlie comenzó a considerar que su vida, durante aquellas semanas, estaba escrita en letra grande y en letra menuda. La letra grande correspondía al mundo en que vivía. La letra menuda correspondía al mundo en el que entraba y del que salía subrepticiamente, cuando el mundo mayor no la observaba. Ninguna aventura amorosa, ni siquiera con hombres muy casados, había sido tan secreta para ella.

El viaje que hicieron a Nottingham tuvo lugar en el quinto día de Charlie. Joseph tomó excepcionales precauciones. La recogió en un Rover, junto a una muy lejana estación del metro, un sábado por la tarde, y la devolvió a Londres el domingo por la tarde. Joseph acudió a la cita con una peluca rubia para Charlie, muy buena, y con ropas de repuesto, incluido un vestido y un abrigo de pieles, en una maleta. Había encargado una cena tardía, y dicha cena fue tan mala como la primera. A mitad de la cena, Charlie dio muestras de sentir un miedo terrible de que el personal del establecimiento la reconociera, a pesar de la peluca y del abrigo de pieles, y le preguntara qué había sido de

su único y verdadero amor. Luego fueron a su dormitorio, con dos castas camas separadas, que arreglaron por el medio de juntarlas y poner los colchones al través. Por unos instantes, Charlie pensó que realmente iba a ocurrir. Charlie salió del baño y encontró a Joseph tendido cuan largo era en la cama, mirándola. Charlie se tendió junto a él y apoyó la cabeza en su pecho, luego levantó la cabeza y comenzó a besarle, con besos ligeros y en puntos favoritos, alrededor de las sienes, en las mejillas, y, por fin, en los labios. La mano de Joseph apartó un poco la cabeza de Charlie, la levantó, y Joseph besó a Charlie, manteniendo la mano en la mejilla de la muchacha, y los ojos abiertos.

Luego, Joseph, la apartó muy suavemente y se sentó. Le dio otro beso: adiós.

Mientras cogía la chaqueta, Joseph dijo:

- Escucha.

Joseph sonreía. Era una sonrisa hermosa, su sonrisa dulce, su mejor sonrisa. Charlie escuchó y oyó el sonido de la lluvia de Nottinghamshire contra los cristales. Era la misma lluvia que les había mantenido en cama durante dos noches y un día.

En la mañana siguiente repitieron nostálgicamente las mismas excursioncillas que ella y Michel habían hecho por los contornos del hotel hasta que el deseo recíproco les obligó a regresar al motel. Lo hicieron todo para refrescar los recuerdos visuales de Charlie, cual explicó muy seriamente Joseph, lo cual daba, por añadidura, la confianza de haberlo visto realmente. Entre estas lecciones, y a modo de descanso, Joseph le enseñó otras cosas. Señales silenciosas, las llamaba, y también le enseñó un método de escritura secreta en el interior de paquetes de cigarrillos Marlboro, método que, sin saber por qué, Charlie fue incapaz de tomar en serio.

Varias veces se reunieron en una sastrería teatral, detrás del Strand, por lo general después de los ensayos.

Una gigantesca señora rubia de unos sesenta años, ataviada con muy anchas ropas, decía a Charlie cada vez que ésta entraba en la tienda:

- ¿Ha venido para las pruebas, verdad, querida? Por aquí, querida.

Y la conducía a un dormitorio situado en la parte trasera, en donde Joseph estaba sentado esperándole, cual el cliente espera a la prostituta. El otoño te sienta bien, pensó Charlie, al fijarse de nuevo en la escarcha que cubría las sienes de Joseph, y en el color rosáceo de sus austeras mejillas. Te sienta bien y siempre te sentará bien.

La mayor preocupación de Charlie consistía en averiguar una manera de poder entrar en contacto con Joseph: «¿En dónde te alojas? ¿Cómo puedo entrar en contacto contigo?»

Joseph contestaba que a través de Cathy. Tienes las señales de seguridad y tienes a Cathy.

Cathy era el vínculo de Charlie con la vida, la oficina de recepción de Joseph, y la protectora de la exclusividad de éste. Todas las tardes, entre seis y ocho, Charlie entraba en una cabina telefónica, siempre diferente, y marcaba un número del West End, con el fin de que Cathy la guiara a través del día: la manera en que se habían desarrollado los ensayos; qué noticias había de Al y de su grupo; cómo se encontraba Quilley; si se había hablado de nuevas interpretaciones; si ya había celebrado entrevistas con referencia a la película; y qué era lo que Charlie necesitaba, en el caso de que necesitara algo. A menudo, la conversación telefónica duraba una hora o más. Al principio, Charlie sentía antipatía hacia Cathy por considerar que representaba una mengua de sus relaciones con Joseph, pero poco a poco Charlie llegó a esperar con placer las conversaciones con Cathy, debido a que ésta resultó ser muy ingeniosa, dentro de un estilo algo anticuado, y que estaba dotada de muy notable sabiduría práctica. La imagen que Charlie tenía de Cathy era la de una persona cordial, serena y posiblemente canadiense, parecida a una de aquellas imperturbables doctoras psiquiatras a cuya consulta acudía Charlie, en la Tavistock Clinic, después de haber sido expulsada de la escuela, cuando Charlie creía que estaba a punto de volverse loca. Y esta interpretación de Charlie era notablemente inteligente, por cuanto si bien la señorita Bach no era canadiense, sino norteamericana, pertenecía a una familia en la que había habido médicos durante muchas generaciones.

La casa de Hampstead que Kurtz había alquilado para que en ella se aposentaran los vigilantes era muy grande, y se alzaba en un tranquilo paraje, frecuentado por los automóviles de enseñanza de conducción de las escuelas Finchley. Los propietarios de dicha casa, obedeciendo una insinuación de Marty, su buen amigo de Jerusalén, se habían trasladado disimuladamente a Marlow, pero la casa que habían dejado momentáneamente seguía siendo una fortaleza de discreta e intelectual elegancia. En la sala de estar había cuadros debidos a Nolde, una fotografía de Thomas Mann firmada por el autor en cuestión estaba colgada en el invernadero, y una jaula de pájaros que cantaba si se le daba cuerda, así como una biblioteca con gimientes sillones de cuero, y una sala de música con un gran piano Bechstein. Había una sala de ping-pong en el sótano, y en la parte trasera de la casa había un denso y enmarañado jardín, con una gris y agrietada pista de tenis, en tan mal estado que los muchachos de la familia habían tenido que inventar un juego nuevo, consistente en una especie de golf-tenis, para aprovechar los muchos orificios y baches. En la parte delantera de la casa había una caseta de guarda en la que

los vigilantes pusieron un cartel que decía «Grupo de estudios hebraicos y humanistas. Entrada sólo a los alumnos y al personal», cartel que en Hampstead no producía la menor sorpresa.

En conjunto eran catorce, incluyendo a Litvak, pero se repartieron en las cuatro plantas con tal discreción y gatuno silencio que parecía que en la casa no hubiera nadie. El estado de la moral del grupo nunca había sido un problema, y la casa de Hampstead tuvo la virtud de elevarlo todavía más. A todos les gustaba aquel mobiliario oscuro, así como la sensación de que todos los objetos a su alrededor parecían saber más cosas que ellos. Les gustaba trabajar durante todo el día y a menudo durante media noche, así como el haber regresado a aquel templo de elegante vivir judío, como también les gustaba vivir a tono con su legado histórico. Cuando Litvak interpretaba a Brahms, lo cual hacía muy bien, incluso Rachel, que era una fanática de la música pop, se olvidaba de sus prejuicios y bajaba a escucharle, a pesar de que, cual a menudo le recordaban, Rachel se había rebelado, al principio, ante la idea de volver a Inglaterra, e hizo ostentación de no viajar al amparo de un pasaporte inglés.

Animados por tan estupendo espíritu de equipo, se dispusieron a esperar, con puntualidad de reloj. Sin necesidad de que nadie se lo dijera, no entraron en los bares y restaurantes del barrio, y evitaron el trato con el vecindario. Por otra parte tomaron la precaución de mandarse correo a sí mismos, así como de comprar periódicos y leche, y hacer todas esas cosas que las personas observadoras echarían en falta. Fueron mucho en bicicleta, y les divirtió grandemente enterarse de los muy distinguidos, y a veces discutibles, judíos que habían estado allí antes que ellos, y ni una de ellas dejó de rendir honores, con reservas, a la casa de Friedrich Engels y a la tumba de Karl Marx, en el cementerio de Highgate. Su parque móvil se encontraba en un elegante garaje, pintado de color de rosa, junto a Haverstock Hill, en donde había un viejo Rolls plateado, con las palabras «No está en venta» pintadas en el vidrio de una ventanilla. El propietario del garaje era un hombre llamado Bernie, hombre corpulento, que gruñía al hablar, con la cara oscura, ataviado con un traje azul, que solía llevar un cigarrillo medio consumido entre los dientes, y que se cubría con un sombrero azul, de alas duras y vueltas hacia arriba, parecido al que usaba Schwili, y que no se quitaba siquiera mientras escribía a máquina. Este hombre tenía gran número de camionetas, automóviles, motocicletas y placas de matrículas, y el día en que los vigilantes llegaron puso un gran cartel que decía: «SOLO CONTRATISTAS. VISITANTES ABSTENERSE.» Este hombre dijo a sus colegas en el negocio, refiriéndose a los vigilantes, a los que calificó rudamente: «Un atajo de inútiles. Dicen que son de una compañía de cine. Alquilaron todo lo que tenía en mi maldita tienda, y me pagaron a

tocateja. ¿Cómo iba a resistirme?»

Todo lo cual era verdad, hasta cierto punto, ya que ésta era la historia que los vigilantes habían acordado contar a Bernie. Pero a Bernie no había quien le engañara, ya que, en sus buenos tiempos, también había andado metido en asuntejos parecidos.

Entretanto, casi todos los días, llegaba alguna que otra noticia, a través de la embajada en Londres, noticias como la de una distante batalla recientemente librada. Rossino había ido de nuevo al piso de Yanuka en Munich, en esta ocasión acompañado de una mujer rubia que constituía una demostración de las teorías de los vigilantes acerca de la chica llamada Edda. Fulano había visitado a Zutano en París, o en Beirut, o en Damasco o en Marsella. A raíz de la identificación de Rossino, se habían abierto nuevos caminos en diez o doce direcciones diferentes. Tres veces por semana, Litvak les reunía a todos, les daba instrucciones e información, y organizaba una libre discusión de la situación. En los casos en que se habían tomado fotografías, Litvak organizaba también una sesión de diapositivas, y daba breves conferencias acerca de nombres falsos recién descubiertos, de pautas de comportamiento personal, de gustos individuales y de costumbres en el desempeño del oficio. Periódicamente montaba competiciones de adivinanzas con divertidos premios para los ganadores.

Alguna que otra vez, aunque no a menudo, el gran Gadi Becker les visitaba para enterarse de las últimas noticias, sentándose en el fondo del cuarto, alejado de todos, y yéndose tan pronto la reunión terminaba. En lo tocante a la vida que Gadi Becker llevaba lejos de ellos nada sabían, y tampoco pretendían saberlo. Era un agente independiente, pertenecía a una raza especial, era Becker, el héroe jamás elogiado, que había llevado a cabo heroicamente más misiones secretas que años tenían la mayoría de los muchachos del grupo. Cariñosamente, le llamaban el «Steppenwolf», y se contaban impresionantes historias, mitad verdad mitad mentira, de sus hazañas.

El aviso llegó el día dieciocho. Un telex desde Ginebra les puso en alerta, y una llamada telefónica desde París les dio luz verde. Antes de que transcurriera una hora, las dos terceras partes del equipo se hallaban en camino, avanzando hacia el oeste, bajo una torrencial lluvia.

17

La compañía se llamaba «Los Herejes», e iniciaba su gira en Exeter ante un público recién salido de la catedral, formado por mujeres medio enlutadas y por viejos sacerdotes al borde de las lágrimas, con carácter permanente. Cuando no tenían primera sesión, los miembros de la compañía vagaban aburridos por la ciudad, y, por la noche, después del espectáculo, comían queso y bebían vino, en compañía de ardientes enamorados de las artes, debido a que formaba parte del programa el compartir la cama con los nativos.

En Plymouth actuaron en la base naval, ante un público formado por desorientados oficiales de la Armada, todos jóvenes, que sufrieron horrores ante la duda de si era preciso conceder a los tramoyistas, aunque sólo fuera temporalmente, la condición de caballeros y darles entrada al comedor de oficiales.

Pero tanto Exeter como Plymouth eran ciudades de perdición y vida fácil, en comparación con la pequeña y húmeda ciudad de minería del granito, en un extremo de la península de Cornualles, con sus callejas cegadas por la niebla marítima, y con sus árboles retorcidos por la furia de las galernas. Los actores habían quedado repartidos en diez o doce casas de huéspedes, y a Charlie le tocó en suerte alojarse en una casa con tejas de pizarra, que formaba como una isla totalmente rodeada de hortensias, en la que el estrépito de los trenes que se dirigían hacia Londres, mientras Charlie yacía en cama, la hacía sentirse igual que el náufrago que desde su balsa ve pasar grandes buques, a lo lejos. El teatro en el que actuaba no era más que un improvisado escenario dentro de un pabellón de deportes, y desde este escenario de gimientes maderas, al olfato de Charlie llegaba el olor a cloro de la piscina, y a sus oídos llegaba el golpear de las pelotas contra un frontón. El público estaba integrado por gente mayor y pueblerina, con grandes pretensiones, en cuyos ojos embrutecidos y envidiosos se leía que cualquiera de los presentes lo haría mejor que los actores y actrices, si algún día accediera a caer tan bajo. Por fin, el camerino era un vestuario para mujeres, y éste fue el lugar en el que entregaron a Charlie las orquídeas, mientras ésta se maquillaba, faltando diez minutos para levantar el telón.

Charlie las vio por vez primera en el largo espejo ante las piletas, vio que entraban flotando por la puerta, envueltas en húmedo papel blanco. Vio que las orquídeas dudaban, y, luego, que avanzaban dubitativamente hacia ella. Pero Charlie siguió maquillándose como si en su vida hubiera visto una orquídea, y menos todavía orquídeas con una tarjeta, entregadas en el camerino, poco antes de que se alzara el

telón, cual se hubiera alzado si hubiera habido telón. Orquídeas que, como un niño envuelto en papel, llevaba en brazos una vestal de Cornualles de cincuenta años de edad, llamada Val, con negras trenzas, y una sonrisa de tonto desinterés.

Con remilgo, Val dijo:

- Y en estos precisos instantes te proclamo la bella Rosalind.

Se produjo un hostil silencio, durante el cual todas las mujeres de la compañía saborearon la tontería de Val. Corrían los instantes en que los actores y las actrices más nerviosos están y en que menos hablan.

Charlie dijo:

- Bueno, sí, soy Rosalind. ¿A qué viene esto?

Y siguió perfilándose las líneas de los párpados, para indicar que le importaba muy poco la respuesta que aquella mujer pudiera darle.

Comportándose con indudable valentía, Val dejó ceremoniosamente las orquídeas en la pileta, y se fue sigilosamente, mientras Charlie cogía el sobre sin el menor disimulo, de manera que todos lo vieron. «Para la señorita Rosalind.» Escrito con caligrafía continental, y con bolígrafo azul en vez de tinta negra. Dentro había una tarjeta de visita, también continental, de papel muy brillante. El nombre estaba escrito con letra realzada, en mayúsculas inclinadas al frente: «ANTON MESTERBEIN, GINEBRA.» Debajo había una sola palabra: «Justicia.» No había otro mensaje, ni tampoco las palabras Joan, espíritu de mi libertad.

Charlie fijó su atención en el otro ojo, con mucho cuidado, como si aquel ojo fuera lo más importante del mundo. Una pastora que estaba sentada ante la pileta contigua, recién salida de la escuela, y con una edad mental de quince años, preguntó:

- ¿Quién es, Chas?

Concentrando toda su atención en su propia cara reflejada en el espejo, Charlie estudió críticamente su trabajo de maquillaje. La pastora dijo:

- Habrán costado un dineral, ¿no crees, Chas?

Como un eco, Charlie repitió:

- ¿No crees, Chas?

¡Es él!

¡Un mensaje de él!

En este caso, ¿por qué no está aquí? ¿Por qué no ha escrito la nota de su puño y letra?

«En nadie confíes -le había advertido Michel-. Desconfía especialmente de aquellos que dicen conocerme.»

Es una trampa. Es la policía. Se han enterado de mi viaje a través de Yugoslavia. Me quieren utilizar como cebo para atrapar a mi amante.

«¡Michel! ¡Michel! ¡Mi amor, dime qué debo hacer!»

Oyó que la llamaban:

- Rosalind.

Otra vez la misma voz:

- ¡Charlie! ¿Dónde diablos se ha metido Charlie?

En el corredor, un grupo de nadadores con toallas alrededor del cuello miraron sin expresión en los ojos la imagen de una señora pelirroja, ataviada con un viejo vestido elizabetiano, saliendo del vestuario de las chicas.

Sin saber cómo, Charlie consiguió terminar su interpretación. E incluso cabe la posibilidad de que llevara a cabo una buena interpretación. Durante el entreacto, el director, hombre con alma de monje, a quien llamaban Hermano Mycroft, pidió a Charlie, con una extraña expresión en los ojos, que hiciera el favor de bajar un poquitín el tono de su interpretación, y Charlie le prometió obedientemente hacerlo así. Pero, en realidad, Charlie apenas le oyó, debido a que estaba totalmente absorta en escrutar las medio vacías hileras de sillas, con la esperanza de ver un blazer rojo.

Fue en vano.

Vio otras caras -la de Rachel y la de Dimitri, por ejemplo-, aunque no las reconoció. Desesperada, Charlie pensó: «No está aquí. Es una trampa. Es la policía.»

En el vestuario, Charlie se cambió rápidamente las ropas, se puso el pañuelo de cabeza blanco, y estuvo esperando allí hasta que el conserje la echó. En el vestíbulo, en pie, como un fantasma de blanca cabeza, esperó entre los deportistas que se iban, mientras mantenía las orquídeas junto a su pecho. Una vieja señora le preguntó si acaso ella misma había cultivado aquellas orquídeas. Un colegial le pidió un autógrafo. La pastora le tiró de la manga:

- Chas, la fiesta, por favor, Val te está buscando por todos lados.

Las puertas del pabellón de deportes se cerraron a sus espaldas, avanzó en el aire nocturno, y poco le faltó para caer de narices sobre el asfalto, impelida por la fuerza del viento marino. Tambaleándose llegó hasta su automóvil, abrió la portezuela, dejó las orquídeas en el asiento contiguo al del conductor, se sentó y cerró la portezuela. Al principio, el motor se negó a ponerse en marcha, y cuando se puso en marcha lo hizo con tal ímpetu que parecía un caballo llevado por la querencia a la cuadra. Mientras recorría la calleja para penetrar en la vía principal, vio en el retrovisor las luces de otro automóvil. Luego este automóvil la siguió, manteniéndose siempre a la misma distancia, hasta la casa de huéspedes.

Aparcó y volvió a oír el viento azotando las hortensias. Se envolvió en su abrigo de pieles, y llevando las orquídeas dentro del abrigo, corrió hacia la puerta. Había cuatro peldaños que Charlie

contó dos veces, la primera de ellas cuando los subió a toda prisa, y la segunda mientras esperaba que le dieran la llave de su cuarto, todavía jadeante, al oír los pasos de otra persona que subía los mismos peldaños, con una linterna y firme caminar. No había huéspedes, ni en el vestíbulo ni en el salón. El único superviviente era Humphrey, chico gordo, con aspecto de personaje de Dickens, que jugaba a hacer de conserje de noche.

Mientras alargaba la mano para coger la llave, Charlie dijo alegremente:

- No es la seis, Humph, sino la dieciséis, arriba en la fila más alta. Y en el cajoncito también encontrarás una carta de amor, monada, que es para mí. Dámela, antes de que se te ocurra darla a otra.

Charlie cogió el papel doblado que le entregó el chico, con la esperanza de que fuera de Michel, y, a continuación las facciones de Charlie revelaron una expresión de reprimida desilusión, cuando descubrió que la carta era de su hermana, quien le decía: «Buena suerte en la representación de esta noche», lo cual era tan sólo la manera de Joseph de musitarle: «Estamos contigo», aunque en voz tan baja que Charlie apenas le oyó.

A espaldas de Charlie se abrió la puerta del vestíbulo y se cerró. Los pies de un hombre se acercaban cruzando la alfombra del vestíbulo. Charlie se permitió dirigirle una rápida mirada, por si acaso era Michel. Pero no lo era, cual reveló la expresión de desilusión de Charlie. Era una persona del resto del mundo, carente de toda utilidad para Charlie. Se trataba de un muchacho delgado, peligrosamente pacífico, con oscuros ojos que indicaban que amaba a su madre. Llevaba una larga trinchera de tela de gabardina, de color castaño, con militares hombreras para dar anchura a sus civiles hombros. Y una corbata castaña que armonizaba con el color de sus ojos que armonizaba con la trinchera. Calzaba zapatos castaños, de triste aspecto, con anchas punteras cosidas con dos filas de puntadas. Charlie concluyó que no era un hombre de la justicia, sino un hombre de justicia denegada. Un muchacho de cuarenta años, con gabardina, privado de su justicia en su primera juventud.

- ¿Señorita Charlie?

Y una boca excesivamente alimentada, sobre el campo de una barbilla pálida.

- Vengo a saludarla de parte de nuestro común amigo Michel, señorita Charlie.

Charlie había endurecido la expresión de su cara, como si se dispusiera a aguantar castigo en ella. Dijo:

- ¿Qué Michel?

Y vio que nada se movía en el individuo, lo cual, a su vez, infundió gran quietud en la propia Charlie, que se quedó quieta tal

como quietos nos quedarnos para que nos pinten o nos hagan estatuas, y tal como se quedan quietos los policías.

- Michel de Nottingham, señorita Charlie.

El hombre había hablado con acento suizo, acento ofendido y levemente acusador. El hombre añadió:

- Michel me ha pedido que le regale orquídeas doradas y que la lleve a cenar, en su nombre. Insistió mucho en que usted aceptara. Soy un buen amigo de Michel. Por favor, venga conmigo.

«¿Tú? -pensó Charlie-. ¿Amigo? Michel jamás tendría un amigo como tú, ni que en ello le fuera la vida.» Pero Charlie dejó que su furiosa mirada dijera estas palabras.

- También tengo la misión de representar a Michel jurídicamente, señorita Charlie. Michel tiene derecho a la plena protección legal. Por favor, venga. Ahora.

El ademán costó a Charlie un gran esfuerzo, pero Charlie deseaba que se notara. Las orquídeas pesaban terriblemente, y fue larguísimo el trayecto que tuvieron que recorrer en el aire, levantándose de las manos de Charlie a las del hombre. Pero Charlie lo consiguió. Pudo reunir el valor y la fuerza suficientes, y los brazos del hombre se levantaron para recibir las orquídeas. Y Charlie pudo hallar el metálico tono adecuado para decir las palabras que quería decir:

- Se equivoca, yo no conozco al Michel de Nottingham, y no conozco a ningún Michel, sea de donde sea. Y tampoco nos encontramos en Monte, en la última temporada. Lo ha hecho usted muy bien, pero estoy cansada. Cansada de todos ustedes.

Al volverse hacia el mostrador para coger la llave, Charlie se dio cuenta de que Humphrey, el conserje, le estaba diciendo algo de suma importancia. A Humphrey le temblaba la cara de grasienta piel, y sostenía un lápiz con la punta sobre un gran libro registro. En tono indignado, con su marcado acento norteño, y arrastrando las palabras, Humphrey dijo:

- Le he preguntado que a qué hora quiere usted el té del desayuno, señorita.

- A las nueve en punto, ni un segundo antes.

Y con cansados movimientos, Charlie se dirigió hacia la escalera. Humphrey dijo:

- ¿Quiere el periódico de la mañana también, señorita? Charlie se volvió, dirigió una

pesada mirada a Humphrey y murmuró:

- Dios mío…

De repente, Humphrey se excitó grandemente. Al parecer, Humphrey creía que únicamente un poco de animación podía despertar a Charlie. Dijo:

- ¡El periódico de la mañana! ¡Para leerlo! ¿Cuál es su favorito?

Charlie repuso:

- El Times, querido.

Humphrey volvió a sumirse en un estado de satisfecha apatía. Mientras escribía, dijo:

- Será el Telegraph, el Times es sólo para los suscriptores.

Pero en estos momentos, Charlie ya había comenzado a subir penosamente la ancha escalera, camino de las históricas tinieblas del primer descansillo.

- ¡Señorita Charlie!

Si vuelves a llamarme de esta manera, pensó Charlie, igual bajo unos cuantos peldaños y te atizo con verdadera fuerza en tu suave pasamontañas suizo. Charlie subió dos peldaños más, antes de que el individuo volviera a hablar. Charlie no había previsto que aquel hombre pudiera hablar con tanta energía:

- A Michel le gustará mucho saber que Rosalind ha llevado su brazalete esta noche. Y que, si no me equivoco, sigue llevándolo en los presentes momentos. ¿O se trata del regalo de otro caballero?

Primero la cabeza y, después, el cuerpo entero de Charlie dio frente al hombre, quien había trasladado las orquídeas al brazo izquierdo. El brazo derecho pendía junto al costado, causando la impresión de que fuera sólo una manga sin brazo.

- Le he dicho que se vaya. ¡Lárguese! ¿Quiere hacerme este favor?

Pero Charlie hablaba en contra de su convicción, cual revelaba el vacilante acento con que habló.

- Michel me ha ordenado que la invite a langosta y a una botella de Boutaris. Dice que el vino debe ser blanco y frío. También tengo que transmitirle otros mensajes de Michel. Se irritará mucho cuando sepa que usted ha rechazado su hospitalidad. Sí, incluso se sentirá insultado.

Aquello era demasiado. Aquel hombre era el propio ángel negro de Charlie reclamando aquella alma que ella había comprometido tan a la ligera. Tanto si aquel hombre mentía, como si era de la policía, como si era un chantajista, Charlie le seguiría hasta el centro del inframundo, en el caso de que aquel hombre pudiera llevarla al lado de Michel. Con pasos pesados, Charlie bajó los peldaños que había subido, hasta llegar al mostrador del conserje.

Arrojó la llave sobre el mostrador, cogió el lápiz que Humphrey sostenía en la mano, sin que éste ofreciera resistencia, y escribió la palabra «CATHY» en un bloc que Humphrey tenía ante sí. Charlie dijo:

- Humphrey, es una señora americana. ¿Me comprendes? Amiga mía. Si llama, dile que he salido acompañada de seis amantes. Dile que quizá mañana vaya a buscarla a su casa, para almorzar.

Después de decir estas palabras, Charlie repitió:

- ¿Me comprendes?

Charlie arrancó la hoja del bloc, la metió en el bolsillo alto de la chaqueta de Humphrey, y le dio un distraído beso, mientras Mesterbein contemplaba la escena con el disimulado resentimiento del amante que espera a la mujer con la que desea pasar la noche. En el porche, Mesterbein se sacó del bolsillo una linda linterna suiza. A la luz de la linterna, Charlie vio la amarilla pegatina de Hertz en el parabrisas del automóvil de Mesterbein. Este abrió la puerta del automóvil correspondiente al asiento contiguo al del conductor y dijo:

- Por favor.

Pero Charlie siguió adelante hasta llegar a su Fiat, entró en él, puso el motor en marcha y esperó. En el momento en que Mesterbein la adelantaba, Charlie observó que, para conducir, se había puesto una boina negra, con el borde perfectamente horizontal, como un gorro de baño, que tenía la virtud de poner de relieve sus orejas.

Condujeron despacio debido a las zonas de niebla. O quizá ésta fuera la habitual manera de conducir de Mesterbein, ya que tenía la agresivamente impasible espalda propia del conductor cauteloso. Ascendieron un poco y siguieron hacia el norte por una zona desértica. La niebla desapareció y aparecieron los postes de teléfono como agujas clavadas en el cielo nocturno. Una desgarrada luna griega apareció brevemente por entre las nubes, y éstas volvieron a absorberla. En una encrucijada Mesterbein detuvo su coche para consultar un mapa. Por fin, Mesterbein señaló hacia la izquierda, primero con la linterna y luego con una mano blanca a la que imprimió un movimiento giratorio. Si, Anton, comprendo. Charlie le siguió por una pendiente y, luego, a través de un pueblo. Charlie bajó el vidrio de la ventanilla y el olor salado del mar llenó el interior de su automóvil. La brusca entrada del aire obligó a Charlie a abrir la boca, igual que si se dispusiera a chillar. Siguiendo a Mesterbein, Charlie pasó debajo de un sucio cartel que decía «East West Timesharer Chalets Ltd». Luego avanzaron por una estrecha carretera nueva, por entre dunas, hacia una ruinosa mina de estaño que se alzaba en una colina, recortada contra el cielo. Un cartel decía: «Venga a Cornualles.» A la derecha y a la izquierda de Charlie se alzaban casitas de madera, todas oscuras. Mesterbein aparcó, y Charlie aparcó detrás de él, dejando el automóvil con una marcha puesta, debido a que el suelo era pendiente. El cambio de marchas vuelve a gemir, pensó Charlie. Tendré que devolver el automóvil a Eustace. Mesterbein bajó. Charlie también lo hizo, y cerró con llave el automóvil. El viento había dejado de soplar. Se encontraban en la zona de sotavento de la península. Las gaviotas trazaban círculos en el aire y chillaban, como si hubieran perdido algo valioso en el suelo. Mesterbein, con la linterna en la mano, cogió con la otra el codo de Charlie para guiarla hacia delante. Charlie dijo:

- Suélteme.

Mesterbein empujó una puerta en una verja, produciendo un gemido. Ante ellos se encendió una luz. Avanzaban por un corto sendero de cemento hacia una puerta azul en la que se leía Sea-Wrack. Mesterbein tenía ya la llave dispuesta. La puerta se abrió, Mesterbein entró primero y se detuvo para dejar pasar a Charlie, como un agente de la propiedad inmobiliaria mostrando una casa a un posible cliente. No había porche, y parecía que faltase algo que anunciara la entrada en la casa. Charlie entró y Mesterbein cerró la puerta. Se encontraban en una sala de estar. Al olfato de Charlie llegó el olor a colada húmeda, y Charlie vio negras manchas de hongos en el techo. Una mujer alta y rubia, con vestido de pana azul estaba metiendo una moneda en una estufa eléctrica. Cuando entraron, volvió rápidamente la cabeza, con una sonrisa en el rostro. Luego se puso en pie de un salto y, echándose atrás un largo mechón de cabello rubio, avanzó hacia ellos.

- ¡Anton! ¡Es maravilloso! ¡Me has traído a Charlie! ¡Charlie, bienvenida! ¡Y serás doblemente bienvenida si me enseñas la manera de poner en marcha esta estúpida máquina!

Cogió a Charlie por los hombros y le besó las mejillas. Dijo:

- Has estado sencillamente fantástica en tu interpretación de Shakespeare, esta noche. ¿Verdad que sí, Anton? Has estado soberbia. Me llamo Helga.

La rubia lo dijo de tal manera que parecía indicar que los nombres carecían de toda importancia para ella. Insistió:

- Helga. De la misma forma que tú te llamas Charlie, yo me llamo Helga.

Sus ojos eran grises y luminosos, y, al igual que los de Mesterbein, peligrosamente inocentes. Con militante sencillez contemplaban un mundo difícil. Ser auténtico es lo mismo que ser indómito, pensó Charlie, citando una frase de una de las cartas de Michel. Siento, en consecuencia actúo.

Desde un rincón de la estancia, Anton dio una tardía respuesta a la pregunta que Helga le había formulado. En aquellos momentos, Mesterbein estaba metiendo un colgador por debajo de las hombreras de su trinchera:

- Ha estado impresionante, desde luego.

Las manos de Helga todavía descansaban sobre los hombros de Charlie, y sus recios pulgares rozaban levemente el cuello de Charlie. Con su optimista mirada en la cara de Charlie, Helga preguntó:

- ¿Es difícil aprender tantas palabras, Charlie?

Charlie repuso:

- Para mí no representa problema alguno.

Y se apartó de Helga. Pero ésta cogió la mano de Charlie y le puso

una moneda de cinco peniques en la mano, diciéndole:

- ¿Aprendes con facilidad? Anda, enséñame como funciona este fantástico invento inglés llamado fuego.

Charlie se puso en cuclillas junto a la estufa, dio vuelta hacia un lado al cierre, echó la moneda, dio vuelta al otro mando, y la moneda cayó dentro. Se oyó un gemido de protesta en el momento en que se encendía el fuego. Helga exclamó:

- ¡Oh, Charlie! ¡Es increíble!

Luego, Helga explicó inmediatamente, como si fuera un rasgo importante de su personalidad que su nueva amiga debiera saber:

- Ocurre que soy absolutamente negada para las cosas técnicas. Es típico en mí. Soy totalmente opuesta a las posesiones, y por esto nada tengo, por lo que difícilmente puedo saber cómo manejar las cosas. Anton, haz de intérprete, por favor. Tengo fe en Sein, nicht Haben.

La petición dirigida a Anton fue pronunciada como la orden dada por una institutriz dictatorial. El inglés de Helga era lo suficientemente bueno para que no necesitara la ayuda de Anton. Helga dijo a continuación:

- ¿Has leído a Erich Fromm, Charlie?

Con lúgubres acentos, mientras miraba a las dos mujeres, Anton dijo:

- Cuando Helga ha dicho posesiones quería decir propiedades o propiedad. Esta es la esencia de la filosofía moral de la señorita Helga. Tiene fe en la bondad fundamental, y también en la superioridad de la naturaleza sobre la ciencia.

Y Anton, como si quisiera interponer su persona entre las dos mujeres, añadió: -Es lo que ella y yo creemos.

Helga, echándose de nuevo la rubia melena hacia atrás, y mientras ya pensaba en otra cosa absolutamente diferente, repitió:

- ¿Has leído a Erich Fromm? Estoy totalmente enamorada de él.

Helga se puso en cuclillas ante el fuego y alargó las manos para calentárselas. Dijo:

- Cuando admiro a un filósofo, me enamoro de él. Esto también es típico en mí.

Tenía Helga una gracia superficial en sus movimientos, unida a cierta torpeza de quinceañera. Calzaba zapatos sin tacones, para no incrementar su considerable altura.

Charlie preguntó:

- ¿Dónde está Michel?

Desde su rincón, Mesterbein observó secamente:

- La señorita Helga no sabe dónde se encuentra Michel. La señorita Helga no es abogado, y ha venido aquí sólo por el placer del viaje y en busca de la justicia. La señorita Helga nada sabe de las actividades y del paradero de Michel. Siéntese, por favor, señorita

Charlie.

Charlie siguió en pie, pero Mesterbein se sentó en una silla y colocó cruzadas sus blancas y limpias manos sobre sus muslos. Sin trinchera, Mesterbein lucía ahora un traje castaño, nuevo. Parecía un regalo de cumpleaños que le hubiera hecho su madre. Charlie dijo: - Me dijo que tenía noticias de él.

Un temblor se había apoderado de la voz de Charlie, quien sentía los labios rígidos. Helga, ahora tendida en el suelo, se volvió hacia Charlie. Helga oprimió con aire pensativo la uña de su dedo pulgar contra sus fuertes dientes frontales. Mesterbein preguntó a Charlie: - ¿Cuándo vio por última vez a Michel? Charlie ya no sabía a cuál de los dos mirar. Repuso: -En Salzburgo. Desde el suelo, Helga observó: - Salzburgo no es una fecha. -Hace cinco o seis semanas. ¿Dónde está? Mesterbein preguntó:

- ¿Y cuándo tuvo noticias de él por última vez? -¡Quiero saber dónde está! ¿Qué le ha ocurrido? Se volvió hacia Helga, insistiendo: - ¿Dónde está? Mesterbein preguntó:

- ¿Y nadie la visitó o la llamó? ¿Amigos? ¿La policía? Helga insinuó: -Quizá tu memoria no sea tan buena como dices, Charlie. Mesterbein dijo:

- Por favor, señorita Charlie, díganos con quien ha estado usted en contacto. Inmediatamente. Es absolutamente necesario. Estamos aquí para solucionar asuntos urgentes. Helga, mientras dirigía a Charlie una mirada límpida e interrogativa, dijo:

- En realidad, Charlie puede mentir con gran facilidad, siendo como es tan buena actriz. ¿Qué podemos creer de cuanto nos diga una mujer tan preparada para fingir?

Como si hiciera una nota mental para su actuación en el próximo futuro, Mesterbein se mostró de acuerdo con Helga:

- Debemos andar con mucho cuidado.

La doble y conjunta actuación de aquellos dos tenía cierto matiz de sadismo. Estaban hurgando en una herida que Charlie aún no sentía. Miró a Helga y luego a Mesterbein. A Charlie se le escaparon las palabras, no pudo evitarlo. En un susurro preguntó:

- ¿Ha muerto, verdad?

Helga pareció no haberla oído. Estaba totalmente absorta en la contemplación de Charlie. En tono lúgubre, Mesterbein dijo:

- ¡Oh, sí! Michel ha muerto. Como y es natural, lo siento. La señorita Helga también lo siente. Los dos lo sentimos mucho. Y a juzgar por las cartas que usted le escribió, le aseguramos que también usted lo sentirá, señorita Charlie.

Aquello, a Charlie, sólo una vez le había ocurrido en toda su vida. Fue en la escuela. Trescientas muchachas situadas junto a las paredes del gimnasio, la directora en medio, y todas esperando que la culpable

confesara. Charlie había estado observando a las chicas a su alrededor, junto con las compañeras más listas, con el fin de identificar a la culpable. ¿Es ella? Apostaría a que ha sido ella. Charlie no se había sonrojado, tenía la expresión grave e inocente, y luego se demostró que verdaderamente nada había hurtado. Pero, de repente, las rodillas le fallaron, y cayó redonda al suelo, sintiéndose perfectamente de la cintura para arriba, pero paralizada de cintura para abajo. Y esto fue lo que ahora le ocurrió. No fue un acto fingido. Le ocurrió antes de que se diera cuenta de ello, incluso antes de que siquiera a medias se hubiera percatado de la enormidad de la información, y antes de que Helga pudiera cogerla. Se tambaleó y se estrelló contra el suelo, con un golpe sordo, de modo que la lámpara pendiente del techo dio un leve salto. Rápidamente, Helga se arrodilló al lado de Charlie, murmuró algo en alemán, y puso su confortante mano femenina sobre el hombro de Charlie, en ademán suave, sin afectación. Mesterbein no la tocó. Toda su atención se centraba en la manera en que Charlie lloraba.

Charlie tenía la cara de lado, apoyada por una mejilla en una de sus manos crispadas en forma de puño; por lo que sus lágrimas no descendían por su cara, sino que la cruzaban. Poco a poco, las lágrimas de Charlie parecieron alegrar a Mesterbein, quien en momento alguno había dejado de mirarla. Mesterbein efectuó un levísimo movimiento afirmativo con la cabeza, que bien hubiera podido parecer un movimiento de aprobación. Estuvo junto a las dos mujeres, mientras Helga llevaba a Charlie, en brazos, al sofá, en donde la dejó de nuevo yacente, con las manos en la cara, y contra los ásperos almohadones, llorando como solo los verdaderamente apenados y los niños pueden llorar. Agitación, ira, culpabilidad, remordimientos, terror… Charlie reconoció todas y cada una de estas emociones cual las fases de una interpretación controlada, pero profundamente sentida. Sí, yo lo sabía. No, yo no lo sabía. No me permitía a mí misma pensar. Tramposos, asesinos fascistas tram posos, hijos de mala madre que habéis asesinado a mi amante en el teatro de la realidad.

Charlie seguramente dijo algo de lo anterior en voz alta. En realidad, sabía que había sido así. Charlie había medido y seleccionado sus estranguladas frases, incluso mientras el dolor la desgarraba: «Fascistas hijos de mala madre, ¡cerdos, oh Dios!, Michel.»

Hubo una pausa y, después, Charlie oyó la inalterable voz de Mesterbein invitándole a proseguir, pero Charlie hizo caso omiso de él, y siguió balanceando la cabeza a uno y otro lado. Se ahogaba y padecía arcadas, las palabras se le pegaban a la garganta y se tropezaban con sus labios. Las lágrimas, el sufrimiento, los sollozos constantes no constituían problema alguno para Charlie, ya que estaba

perfectamente acostumbrada a las fuentes de su dolor y de su indignación. Ninguna necesidad tenía de pensar en su padre, cuyo camino hacia la tumba había sido acortado por la vergüenza de la expulsión de Charlie de la escuela, ni de imaginarse a sí misma como a una trágica niña en la selva de la vida adulta, que era lo que solía hacer. Para que las lágrimas acudieran a sus ojos, le bastaba con recordar a aquel medio domesticado muchacho árabe que le había devuelto la capacidad de amar, que había dado a su vivir la orientación que ella siempre había ansiado, y que ahora estaba muerto.

En inglés, Mesterbein dijo a Helga:

- Dice que fueron los sionistas. ¿Por qué culpa a los sionistas, cuando en realidad fue un accidente? La policía nos ha asegurado que fue un accidente. ¿Por qué contradice a la policía? Es muy peligroso llevarle la contraria a la policía.

Pero Helga, o bien ya se había enterado de lo anterior, o bien no le interesaba. Helga, con su mano fuerte y práctica, meditativa la expresión, apartaba suavemente el pelo rojo de la cara de Charlie. Luego se sentó, para vigilar a Charlie, en espera de que ésta dejara de llorar y comenzara a dar explicaciones.

Helga hizo café en el hornillo eléctrico. Charlie se sentó en el sofá sosteniendo la taza con las dos manos, inclinada sobre ella como si inhalara el vapor, mientras las lágrimas seguían resbalando por sus mejillas. Helga había puesto un brazo sobre los hombros de Charlie, y Mesterbein estaba sentado frente a las dos, observándolas desde la penumbra de su propio mundo interior.

Mesterbein dijo:

- Murió en una explosión accidental, en la autopista de Salzburgo a Munich. Según la policía el coche iba cargado de explosivos. Unas cien libras. ¿Y por qué? ¿Por qué los explosivos han de estallar de repente, en el liso piso de una autopista?

Helga cogió un mechón de cabello de Charlie y lo colocó amorosamente detrás de la oreja de la muchacha. En voz baja, Helga dijo: -Tus cartas están a salvo.

Mesterbein dijo:

- El automóvil era un Mercedes, con matrícula de Munich, pero la policía dice que la matrícula es falsa. Y también la documentación. Falsificaciones. ¿Y por qué razón mi cliente conducía un automóvil con matricula falsa y cargado de explosivos? Mi cliente era un estudiante. No era un hombre dedicado a poner bombas. Se trata de una intriga. Estoy seguro.

Helga acarició con más cariño todavía a Charlie, para sonsacarle una contestación más fácilmente, y le preguntó:

- ¿Conoces este automóvil, Charlie?

Pero Charlie, en su imaginación, sólo podía ver a su amante despedazado, con sus miembros volando por los aires, por doscientas libras de explosivos rusos, escondidas en la tapicería, la techumbre y debajo de los asientos del automóvil; un infernal volcán que destruía el adorado cuerpo de su amante. Y lo único que podía oír era la voz de su otro mentor sin nombre, que le decía: «Desconfía de ellos, miénteles, niégalo todo, rechaza, rehusa.»

En tono acusador, Mesterbein dijo:

- Algo ha dicho la chica.

Helga, mientras secaba un nuevo torrente de lágrimas, utilizando al efecto el práctico pañuelo que había extraído del bolso, manifestó:

- Ha dicho «Michel».

Mesterbein dijo:

- También murió una muchacha. Dicen que iba cota él, en el automóvil.

Muy suavemente y tan cerca de ella que Charlie pudo sentir su aliento en la oreja, Helga

dijo:

- Una holandesa, una verdadera belleza. Rubia.

Alzando la voz, Mesterbein prosiguió:

- Al parecer murieron juntos.

En tono confidencial, Helga dijo:

- Tú no eras la única, Charlie. Tú no tenias el derecho al uso exclusivo de nuestro pequeño palestino.

Por primera vez desde que le habían dado la noticia, Charlie pronunció una frase coherente:

- Jamás se lo pedí.

Mesterbein explicó:

- La policía dice que la chica era una terrorista.

Helga añadió:

- Y dice que también Michel era un terrorista.

Mesterbein dijo:

- La policía dice que la holandesa puso varias bombas, en obediencia a las órdenes de Michel. La policía dice que la holandesa y Michel estaban planeando otra acción, y que en el automóvil encontraron un plano de Munich con el Centro de Comercio Israelita marcado de puño y letra de Michel.

Después de una pausa, Mesterbein añadió:

- En el río Tsar. Se trataba de una planta alta, o sea un objetivo difícil, en realidad. ¿Te habló Michel de esta acción, Charlie?

Temblorosa, Charlie tomó un sorbo de café, lo cual pareció complacer a Helga tanto como si Charlie hubiera dado una contestación explícita, ya que Helga dijo:

- ¡Mira! Por fin se está despertando, por fin. ¿Quieres más café,

Charlie? ¿Hago un poco de café? ¿Quieres comer algo? Tenemos salchichas, huevos, queso, en realidad tenemos un poco de todo.

Charlie meneó negativamente la cabeza y dejó que Helga la acompañara al lavabo, en donde Charlie estuvo mucho tiempo, echándose agua a la cara, eructando, y, de vez en cuando, deseando saber el alemán suficiente para comprender la conversación en voces breves y secas, conversación violenta, que llegaba a sus oídos, al través de la delgadísima puerta.

Cuando Charlie regresó, encontró a Mesterbein, con la trinchera puesta, en pie junto a la puerta. Mesterbein dijo:

- Señorita Charlie, le advierto que la señorita Helga goza de la plena protección de la ley.

Y, acto seguido, Mesterbein abrió la puerta.

Por fin solas. Mujeres solamente.

Riendo, Helga anunció:

- Anton es un genio. Es nuestro ángel de la guarda. Odia la ley pero, como es natural, se enamora de lo que odia. ¿No estás de acuerdo? Charlie debieras siempre estar de acuerdo conmigo, ya que de lo contrario me siento muy desilusionada.

Helga se acercó más, y dijo, reanudando una conversación que, en realidad, ni siquiera había comenzado:

- El tema principal no es la violencia. Jamás. Si actuamos violentamente o si actuamos pacíficamente, ello carece de importancia. Para nosotros, lo más importante es actuar con lógica. Y no mantenernos inactivos mientras el mundo rueda por sí mismo, sino convertir la opinión en convicción, y la convicción en acción.

Helga hizo una pausa para apreciar el efecto que su argumentación había producido en su alumna. Las cabezas de las dos mujeres estaban muy cerca la una de la otra. Helga dijo:

- La acción es auto-realización, y también es un objetivo. ¿Si o no?

Helga hizo una pausa, durante la cual tampoco obtuvo contestación. Dijo:

- ¿Quieres saber otra cosa que te dejará totalmente sorprendida? Mantengo excelentes relaciones con mis padres. Pero éste no es tu caso. Se nota en tus cartas. Anton también. Como es natural, mi madre es la más inteligente de los dos, pero mi padre…

Helga volvió a interrumpirse, pero en esta ocasión el silencio de Charlie la irritó, lo mismo que el renovado ataque de llanto de la muchacha. Helga dijo:

- Charlie, basta ya ¿lo oyes? ¡Basta! A fin de cuentas, no somos viejas. Tú le amabas, y nos parece lógico, pero está muerto.

La voz de Helga se había endurecido de manera sorprendente. Siguió:

- Está muerto, pero no somos individualistas entregados a nuestras experiencias íntimas, sino que somos luchadores y trabajadores. ¡Deja ya de llorar!

Cogiendo el codo de Charlie, Helga la puso enérgicamente en pie, y la obligó a atravesar lentamente la estancia. Le dijo:

- Escúchame. Ahora. En cierta ocasión tuve un novio muy rico. Se llamaba Kurtz. Era muy fascista y totalmente primitivo. Yo le utilizaba por motivos puramente sexuales, tal coma también utilizo a Anton, pero, al mismo tiempo, también intentaba educarle. Un día el embajador de Alemania en Bolivia, el conde no sé cuántos, fue ejecutado por los luchadores en pro de la libertad. ¿No recuerdas esta acción? Kurtz, que ni siquiera conocía al embajador en cuestión, se enfureció: «¡Cerdos! ¡Terroristas! ¡Es una vergüenza!» Y yo le dije: «Kurtz -sí, porque se Llamaba Kurtz-, ¿por qué te indignas? Todos los días hay gente que se muere de hambre en Bolivia. ¿Por qué has de llorar la muerte de un conde?» ¿Estás de acuerdo con esta argumentación, Charlie? ¿Si?

Charlie encogió laciamente los hombros. Y Helga, después de haber sentado la anterior base, pasó a una argumentación más concluyente:

- Y, ahora, voy a hacer un razonamiento más duro. Michel es un mártir, pero los muertos no pueden luchar y, además, hay muchos mártires. Ha muerto un soldado, pero la revolución continúa. ¿Si?

Charlie musitó:

- Sí.

Habían llegado de nuevo al sofá. Cogiendo su práctico bolso, Helga extrajo de él una plana media botella de whisky, en la que Charlie vio la etiqueta de «libre de impuestos». Helga desenroscó el tapón y entregó la botella a Charlie. Helga dijo:

- Por Michel. Brindemos por Michel. Por Michel. Anda, dilo. Charlie tomó un breve sorbo, puso mal gesto, y Helga recuperó la botella, diciendo:

- Siéntate, Charlie. Si, quiero que te sientes inmediatamente. Con atonía, Charlie se sentó en el sofá. Una vez más, Helga quedó cernida sobre Charlie. Dijo:

- Escucha lo que te voy a decir y contéstame. ¿De acuerdo? Yo no he venido aquí para divertirme. ¿Comprendes? Y tampoco he venido para conversar. Me gusta conversar, pero no ahora. Di «sí».

Con fatigados acentos, Charlie dijo:

- Sí.

- Tú atraías a Michel. Esto es un hecho científico. En realidad, Michel incluso estaba enamorado de ti. En la mesa de su apartamento había una carta inacabada dirigida a ti, rebosante de fantásticas frases

sobre la sexualidad y el amor. Todas destinadas a ti. Y también hablaba de política.

Despacio, como si el sentido de estas palabras sólo muy despacio hubiera llegado a su comprensión, la hinchada cara y deformada cara de Charlie adquirió expresión de ansiedad. Charlie dijo:

- ¿Dónde está esta carta? ¡Dámela!

- Está siendo estudiada. En esta clase de operaciones es preciso estudiarlo y valorarlo todo. Sí, todo debe ser objetivamente estudiado.

Charlie fijó la vista en sus propios pies y dijo:

- ¡Es mía! ¡Dámela!

- Es propiedad de la revolución, probablemente te la entregaran más adelante. Ya veremos.

Sin demasiados miramientos, Helga empujó a Charlie para que volviera a quedar en el sofá. Dijo:

- Este automóvil, el Mercedes, que ahora se ha convertido en un montón de chatarra. ¿Lo llevaste tu a Alemania? ¿Por cuenta de Michel? ¿Fue una misión? Contéstame.

Charlie musitó:

- A Austria.

- ¿Desde dónde?

- Cruzando Yugoslavia.

- Charlie, creo sinceramente que eres muy imprecisa en tus expresiones. Te he preguntado: ¿Desde dónde?

- Tesalónica.

- Y, naturalmente, Michel te acompañó en este viaje. Creo que éste era un comportamiento normal en él.

- ¿Cómo que no? ¿Condujiste sola? ¿En un trayecto tan largo? ¡Es ridículo! Michel jamás te hubiera dado una carga tan pesada. No creo ni media palabra de lo que dices. No haces más que mentir.

Volviendo a la apatía, Charlie repuso:

- Bueno, ¿y qué?

Pues para Helga no era «¿y qué?» Se puso furiosa. Dijo:

- ¡Claro, a ti nada te importa! Si eres una espía, ¿qué va a importarte? Veo con claridad lo que ocurrió: No hace falta que te haga más preguntas, ya que serían puros y simples formalismos. Michel le reclutó, te convirtió en su amor secreto, y tú, tan pronto pudiste, te fuiste con el cuento a la policía, con el fin de protegerte a ti misma, y de ganar una fortunita. Eres una espía de la policía. Comunicaré esto a ciertas personas muy eficaces con las que tenemos tratos, y estas personas darán buena cuenta de ti, incluso si tienen que esperar veinte años. ¡Ejecutada!

Charlie dijo:

- Formidable. Me parece estupendo.

Charlie apagó su cigarrillo y dijo:

- Hazlo, Helga Es exactamente lo que me hace falta. Mándamelos, por favor. Habitación dieciséis, en esa casa de huéspedes en que me alojo.

Helga se había acercado a la ventana y había apartado la cortina con la intención, al parecer, de indicar a Mesterbein que regresara. Mirando mas allá del cuerpo de Helga, Charlie vio el pequeño coche de alquiler de Mesterbein, con la luz interior encendida, y la silueta, con la cabeza cubierta, de Mesterbein, sentado impasible en el asiento del conductor, Helga golpeó la ventana, y dijo:

- Anton, Anton, ven aquí inmediatamente. ¡Tenemos cogida a una espía!

Pero la voz de Helga fue lo bastante baja para que Mesterbein no la oyera, que era, precisamente, lo que Helga quería. Después de volver a dejar la cortina cerrada, Helga se volvió hacia Charlie y, enfrentándose con ella, le preguntó:

- ¿Y por qué Michel no nos habló de ti? ¿Por qué no compartió tus servicios con nosotros? Y resulta que tú fuiste su secreto durante meses… ¡Es ridículo!

- Me amaba.

- ¡Uf…! Se servía de ti. Conservas sus cartas todavía, ¿verdad?

- Me ordenó que las destruyera.

- Pero no lo hiciste. Claro que no lo hiciste. ¿Cómo ibas a ser capaz de destruirlas? Eres una sentimental idiota, lo cual se puede ver a la primera ojeada, en las cartas que tú le escribiste. Le explotaste, le obligaste a gastar dinero en ti, le obligaste a comprarte ropas, joyas, a pagarte hoteles caros, y tú le vendiste a la policía. ¡Estaba clarísimo!

Como sea que el bolso de Charlie estaba al alcance de la mano de Helga, ésta lo cogió, y, en ademán impulsivo, vació su contenido sobre la mesa. Pero las pistas que habían sido puestas adrede en el bolso -el diario, el bolígrafo de Nottingham, las cerillas de Diógenes en Atenas- eran para Helga, en aquellos instantes, demasiado sutiles, ya que buscaba pruebas de la traición de Charlie, y no indicios de sus afectos.

- ¡La radio!

Se trataba de la pequeña radio japonesa, con su pito de alarma, el «chivato» que Charlie utilizaba para sus ensayos. Helga dijo:

- ¿Qué es? Un instrumento de espionaje. ¿De dónde procede? ¿Por qué razón una mujer como tú lleva una radio así en el bolso?

Dejando que Helga se ocupase de responder a sus propias preguntas, Charlie apartó la vista, fijándola en la estufa, sin verla. Helga toqueteó los mandos de la radio y encontró una sintonía con música. Irritada, echó la radio a un lado.

- En la última carta de Michel dirigida a ti, la carta que no echó al correo, dice que tú besaste su pistola. ¿Qué quiere decir con esto?

- Quiere decir que besé su pistola.

Charlie corrigió su contestación, diciendo:

- Quiere decir que besé la pistola de su hermano.

La voz de Helga se elevó de tono bruscamente:

- ¿Su hermano? ¿Qué hermano?

- Michel tenía un hermano mayor. Era su héroe. Un gran luchador. Y este hermano le dio la pistola, y Michel me hizo besar esta pistola a modo de juramento.

Helga la miraba con expresión de incredulidad. Preguntó:

- ¿Michel te dijo esto?

- Pues no, resulta que lo leí en los periódicos, claro.

- ¿Y cuándo te lo dijo?

- En la cumbre de una montaña, en Grecia.

Casi chillando, Helga preguntó:

- ¿Y qué más te dijo su hermano? ¡Contesta, rápido!

- Michel adoraba a su hermano. Ya te lo he dicho.

- Hechos, quiero hechos. Hechos y sólo hechos. ¿Qué más te dijo acerca de su hermano?

La voz secreta de Charlie le decía que ya había hablado demasiado. Contestó:

- El hermano de Michel es un secreto militar.

Y, acto seguido, Charlie cogió otro cigarrillo.

Helga dijo:

- ¿Te dijo donde se encuentra? ¿Te dijo qué es lo que está haciendo? ¡Charlie, te ordeno que me lo digas!

Helga se acercó más a Charlie, y dijo:

- La policía, los servicios de información, el mundo entero, incluso quizá los sionistas te están buscando. Nosotros tenemos excelentes relaciones con ciertos elementos de la policía alemana. La policía alemana ya sabe que no fue la chica holandesa quien condujo el automóvil a través de Yugoslavia. Cuenta con descripciones. Tiene mucha información para poder acusarte. Y si nosotros queremos, podemos ayudarte. Pero no podremos hacerlo hasta que nos hayas dicho todo lo que Michel te contó acerca de su hermano.

Helga se inclinó hasta que sus grandes y pálidos ojos quedaron a una distancia inferior a la anchura de la mano, con respecto a la cara de Charlie. Helga dijo:

- Michel no tenía derecho alguno a hablar contigo. Y tú no tienes derecho a esta información. Debes dármela.

Charlie meditó la petición de Helga, y, luego de reflexionar debidamente, se la denegó. Charlie dijo:

- No.

Charlie estuvo a punto de proseguir, diciendo: Le prometí nada decir, y basta, además no confío en ti, y quiero que te apartes, que me dejes en paz, pero tan pronto Charlie oyó su propio «no» decidió que

lo mejor era no decir más.

Joseph le había dicho: «Tu tarea consiste en convertirte en necesaria para ellos; piensa que se trata de algo parecido a que un hombre te corteje; darán mayor importancia a aquello que quieren si piensan que no lo pueden conseguir.»

Helga había adoptado, ahora, una actitud helada. La comedia había terminado. Helga habíase situado en un punto de total lejanía y falta de conexión, lo cual Charlie comprendía muy bien, de manera instintiva, porque era algo que ella también sabía hacer. -Muy bien. Resulta que te llevaste el automóvil a Austria. ¿Y luego qué? -Lo dejé donde me dijo. Nos reunimos y fuimos a Salzburgo. -¿De qué manera? -Avión y automóvil. -¿Y en Salzburgo, qué?

- Fuimos a un hotel.

- ¿El nombre del hotel, por favor?

- No lo recuerdo. Ni me fijé.

- En este caso, describe el hotel.

- Era grande, antiguo, cerca de un río. Y era bonito.

- Y os dedicásteis al sexo. Era muy viril, y tuvo muchos orgasmos, como de costumbre.

- Fuimos a pasear.

- Y después del paseo, os entregásteis a la sexualidad. Por favor, no seas tontaina.

Una vez más, Charlie hizo esperar a Helga, a quien por fin dijo:

- Esta era nuestra intención, pero inmediatamente después de cenar me quedé dormida. El viaje me había dejado agotada. Intentó despertarme un par de veces, pero, luego renunció. En la mañana siguiente, ya estaba vestido cuando yo desperté.

- ¿Y entonces fuiste a Munich con él?

- No.

- ¿Qué hiciste, pues?

- Por la tarde cogí el avión de Londres.

- ¿Qué automóvil llevaba Michel?

- Un coche de alquiler.

- ¿Qué marca?

Era un BMW, pero Charlie fingió no acordarse. Helga le preguntó.

- ¿Y por qué no fuiste con él a Munich?

- El no quería que cruzáramos juntos la frontera. Dijo que tenía que hacer un trabajo.

- ¿Esto te dijo? ¿Que tenía que trabajar? ¡Qué tontería! No me extraña que fueras capaz de traicionarle.

- Dijo que tenía que coger el Mercedes y llevarlo a un sitio, siguiendo instrucciones de su hermano.

Esta vez, Helga no dio muestras de pasmo, ni siquiera de indignación, ante la magnitud de la indiscreción de Michel. Helga

pensaba en actuar, sí, ya que tenía fe en la actuación. Anduvo hasta la puerta, la abrió de par en par, y, mediante ademanes, ordenó enérgicamente a Mesterbein que regresara. Dio media vuelta sobre sí misma, se puso en jarras y fijó la vista en Charlie. Los grandes y pálidos ojos de Helga eran un peligroso y alarmante vacío. Helga observó:

- De repente te has convertido en Roma, querida. Todos los caminos conducen a ti. Es una actitud terriblemente perversa. Eras la amante secreta de Michel, condujiste su automóvil, pasaste la última noche de su vida con él. ¿Sabías lo que iba dentro del automóvil que tu condujiste?

- Explosivos.

- Tonterías. ¿Qué clase de explosivos?

- Plástico ruso, doscientas libras.

- Esto te lo dijo la policía. Es la mentira que la policía dice ahora. La policía siempre miente.

- Me lo dijo Michel.

Helga soltó una falsa y airada carcajada:

- ¡Oh Charlie! Ahora no creo ni media palabra de cuanto has dicho. Mientes en todo momento.

A pasos silenciosos, Mesterbein había llegado junto a Helga quien dijo:

- Anton, ahora todo está claro. Nuestra joven viuda es una embustera de cabo a rabo. Tengo la seguridad de ello. Nada haremos para ayudarla. Nos vamos ahora mismo.

Mesterbein miró a Charlie, Helga miró a Charlie. Ninguno de los dos causaba la impresión de tener la certeza tan enérgicamente expresada por Helga. Aunque esto no importaba a

Charlie. Charlie estaba sentada como una lacia muñeca de trapo, una vez más indiferente a todo salvo a su propio dolor.

Helga se volvió a sentar a su lado, y puso un brazo sobre los indiferentes hombros de Charlie, a quien dijo:

- ¿Cómo se llamaba el hermano? Anda, dilo.

Helga dio un leve beso a Charlie en el pómulo, y añadió:

- Quizá podamos ser amigos tuyos, a fin de cuentas. Tenemos que andar con tiento, tenemos que alardear un poco de lo que tenemos. Es natural. Bueno, primero dime el nombre de Michel.

- Salim, pero juré no utilizarlo jamás.

- ¿Y el nombre del hermano?

Charlie musitó:

- El Jalil.

Charlie se echó a llorar de nuevo, y murmuró:

- Michel le adoraba.

- ¿Y su nombre profesional?

Charlie no comprendió el significado de la pregunta, pero le daba igual. Contestó:

- Era un secreto militar.

Decidió conducir hasta caerse muerta de cansancio, algo así como otra travesía de Yugoslavia. Abandonaré la compañía teatral, iré a Nottingham y me mataré en aquella misma cama del motel.

Volvía a encontrarse en aquel paraje desértico, sola y rozando los ciento treinta por hora, cuando poco faltó para que se saliera de la carretera. Detuvo el automóvil y apartó bruscamente las manos del volante. Los músculos del cogote se le estremecían como alambres al rojo, y se sentía mareada.

Estaba sentada en el linde de la carretera, con la cabeza adelantada, entre sus rodillas. Un par de caballos salvajes se acercó y la observaron. La hierba era larga y estaba mojada por el rocío del alba. Charlie alargó las manos, se las humedeció en la hierba y se las pasó por la cara. Una motocicleta pasó despacio ante ella, y vio que el muchacho que la montaba la miraba dubitativo, como si pensara en la conveniencia de detenerse y prestarle ayuda. Por entre los dedos, le vio desaparecer. ¿Es uno de los nuestros, es uno de los otros? Regresó al automóvil y anotó la matrícula. Por una vez en la vida no confió en su memoria. Las orquídeas de Michel reposaban en el asiento contiguo. Sí, ya que Charlie las había reclamado al irse. Helga se resistió diciendo:

- ¡Charlie, no seas ridícula! Eres excesivamente sentimental. «Pues jódete, Helga. Las orquídeas son mías.»

Se encontraba en una altiplanicie sin árboles, de color rosado y castaño. La luz del sol naciente incidía en su espejo retrovisor. La radio difundía un programa en francés. Parecía tratarse de un programa de preguntas y respuestas acerca de problemas de muchachas jóvenes, pero Charlie no podía comprender lo que se decía.

Pasó junto a un dormido remolque azul, aparcado en un campo. Un Land Rover vacío estaba al lado del remolque, y al lado del Land Rover colgaba ropa de bebé colgada de un alambre destinado a estos menesteres, pero en forma de antena telescópica. ¿Dónde había visto Charlie un alambre de aquel tipo? En ningún sitio. Jamás.

Se tumbó en su cama de la casa de huéspedes, observando como la luz del día iba iluminando el techo, escuchando el zureo de las palomas en el alféizar de la ventana. Joseph le había advertido: «Lo más peligroso es bajar de la montaña.» Charlie oyó un furtivo paso en el corredor. Son ellos. ¿Pero cuáles de ellos? Siempre la misma interrogante. ¿Rojo? No, señor agente, en mi vida he conducido un Mercedes rojo, así es que haga el favor de salir de mi dormitorio. Una gota de sudor frío se deslizó por su desnudo estómago. Mentalmente,

Charlie siguió el trayecto de la gota de sudor hasta el ombligo, y, luego, deslizándose hacia la sábana.

Un gemido del suelo de madera, un reprimido bufido de esfuerzo. Está mirando por el ojo de la cerradura. Una punta de papel que pasaba por debajo de la puerta. Y el papel se balanceaba a uno y otro lado. Y crecía. Humphrey, el muchacho gordo le estaba entregando el Daily Telegraph.

Se había bañado y se había vestido. Condujo despacio, por calles de segundo orden, deteniéndose ante un par de tiendas que halló en su camino, tal como él le había enseñado. Se había vestido descuidadamente, o, por lo menos, llevaba el cabello desaliñado. Nadie que se fijara en su aire atontado y en su aspecto desaliñado hubiera podido dudar que la muchacha se sentía desgraciada. La carretera se oscureció, olmos enfermos se cernían sobre ella, y entre ellos se encontraba, agazapada, una iglesia típica de Cornualles. Detuvo el automóvil y empujó la puerta de hierro en la verja. Las tumbas eran muy viejas. Pocas de ellas tenían inscripciones. Había una algo apartada de las demás. ¿Sería la tumba de un suicida? ¿De un asesino? Estaba equivocada: era la tumba de un revolucionario. Arrodillándose, Charlie dejó las orquídeas en aquel extremo de la tumba en que, a su juicio, reposaba la cabeza. Un impulso de luto, pensó Charlie, mientras penetraba en el aire estancado y frío como el hielo de la iglesia. Si, aquello era algo que Charlie hubiera hecho, habida cuenta de las circunstancias, en el teatro de la realidad.

Pasó otra hora haciendo lo mismo, vagando al azar, deteniendo el automóvil sin que tuviera razón alguna para ello, como no fuera la de apoyarse en una valla y contemplar el paisaje. 0 apoyarse en una valla y no mirar nada. Hasta pasadas las doce, Charlie no tuvo la certeza de que la motocicleta había dejado de seguirla. Pero, incluso entonces, Charlie efectuó varias incongruentes desviaciones, y penetró en dos iglesias más, antes de tomar la carretera principal que llevaba a Falmouth.

El hotel tenía aspecto de rancho y se encontraba en el estuario de Helford, tenía una piscina interior y una sauna, así como un campo de golf con nueve hoyos, y sus clientes presentaban aspecto de hoteleros. Había estado en los otros hoteles, pero no en éste, hasta ahora. El había firmado en el libro registro en concepto de editor alemán, y había traído consigo un montón de libros ilegibles, para demostrar su aserto. El había dado generosas propinas a las señoras de la centralita telefónica, diciéndoles que tenía negocios con personas de todas las partes del mundo, que no respetaban el descanso del prójimo. Los camareros y mozos le consideraban un cliente generoso, pero que vivía con un horario altamente insociable. Había vivido de esta manera utilizando diversos nombres y diversos pretextos, en el curso

de las últimas dos semanas, mientras seguía los pasos de Charlie, en solitario safari, a lo largo y ancho de la península. Había yacido en camas y contemplado techos, igual que Charlie. Habló por teléfono con Kurtz, y se mantuvo al tanto de las operaciones de Litvak, segundo a segundo. Alguna que otra vez había hablado con Charlie, había comido con ella alguna que otra vez, y le había enseñado más trucos referentes a escrituras secretas y a comunicaciones por otros medios. Había sido tan prisionero de Charlie como ésta lo había sido de él.

Abrió la puerta y Charlie entró sin mirarle, manteniendo en la cara un ceño de abstracta preocupación. Charlie no sabía cuáles eran sus sentimientos. Asesino. Bruto. Embustero. Pero Charlie no estaba de humor para interpretar las escenas de rigor en este caso. Charlie ya había interpretado todas las escenas, y su dolor la había dejado agotada. Charlie esperó que la abrazara, pero él se mantuvo quieto en su sitio, en pie. Charlie jamás le había visto con tan grave aspecto, con una actitud tan retraída. Profundas sombras de preocupación le rodeaban los ojos. Iba con camisa blanca remangada hasta los codos, y era una camisa de algodón, no de seda. Charlie examinó la camisa, consciente, a fin de cuentas, de cuáles eran sus propios sentimientos. No llevaba gemelos. No llevaba medallón colgado del cuello. No calzaba zapatos Gucci.

Charlie dijo:

- Al fin solos.

No comprendió el significado de las palabras de Charlie, quien insistió:

- Puedes olvidarte fácilmente del blazer rojo, ¿no es cierto? Tú eres tú y nadie más que tú. Has dado muerte a tu propio protector. Ya no hay nadie detrás de quien esconderse.

Charlie abrió el bolso y le entregó la pequeña radio. El cogió de encima de la mesa el modelo que originariamente era el de Charlie, y lo metió en el bolso de ésta. Riendo, y mientras cerraba el bolso, él dijo:

- Sí, ciertamente. Diría que a partir de ahora nuestras relaciones son remotas.

Charlie dijo:

- ¿Qué tal me he portado?

Se sentó y añadió:

- Pensaba que mi actuación era lo mejor que se había visto desde los tiempos de la Bernhardt.

- Mejor. En opinión de Marty ha sido lo mejor desde los tiempos en que Moisés bajó de la montaña. Incluso mejor que cuando subió a la montaña. Si quisieras, ahora podrías retirarte con honor. Están más que suficientemente en deuda contigo. Si, mucho más que

suficientemente.

«Ellos», pensó Charlie. «Jamás nosotros.» Dijo:

- ¿Y en opinión de Joseph?

- Esa gente es gente importante, Charlie. Importante gente menuda del centro. Lo auténtico.

- ¿Los he engañado?

Se sentó al lado de Charlie. Para estar cerca de ella, pero sin tocarla, y dijo:

- Como sea que todavía estás viva, debemos suponer que les has engañado, por el momento.

Charlie dijo:

- Comencemos.

Y, acto seguido, alargando la mano, Charlie puso en marcha el magnetófono. Sin más preámbulos pasaron a la ceremonia de dar el parte de la ejecución de las órdenes recibidas, como un viejo matrimonio, que era precisamente aquello en que se habían convertido. Si., por cuanto, si bien era cierto que la camioneta de comunicaciones de Litvak había recogido todas las palabras de la conversación de anoche, tampoco cabía negar que el oro puro de las percepciones de Charlie aún tenía que ser extraído y cribado.

18

El hombre joven y ágil que visitó la embajada de Israel en Londres llevaba una larga chaqueta de cuero, gafas anticuadas, y dijo llamarse Meadows. El automóvil era un impecable Rover verde, con motor trucado. Kurtz se sentaba en la parte delantera con el fin de no dejar solo a Meadows. Litvak estaba ceñudo en la parte trasera. Los modales de Kurtz eran deferentes y un tanto torpes, cual siempre le ocurría cuando se encontraba en presencia de superiores coloniales.

Negligentemente, Meadows preguntó:

- Acaba usted de llegar en avión, ¿verdad, señor?

Kurtz, quien ya llevaba una semana en Londres, contestó:

- Ayer, como de costumbre.

- Lástima que no nos lo hiciera saber de antemano, señor. El comandante hubiera hecho lo preciso para facilitarle los trámites en el aeropuerto.

Kurtz protestó:

- Bueno, la verdad es que tampoco teníamos tanto que declarar, señor Meadows.

Y los dos se rieron debido a que las relaciones de enlace eran excelentes. Desde el asiento trasero Litvak también rió, aunque sin convicción.

A buena velocidad fueron a Aylesbury, y luego, sin apenas disminuir la velocidad, avanzaron por estrechas carreteras. Llegaron a un arco de piedra caliza. Un cartel en rojo y azul decía, «N.° 3 TLSU», y detrás había una valla blanca que les impedía el paso. Meadows dejó solos a Kurtz y a Litvak, y anduvo hasta el arco. No pasaban automóviles, no se oía el sonido de distantes tractores. Desde las ventanas, tenebrosos ojos vigilaban. Parecía que poca vida hubiera alrededor.

En hebreo, mientras esperaban, Kurtz dijo: -Bonito lugar.

Por si acaso había un micrófono oculto, Litvak se mostró de acuerdo: -Si, bonito, y, además, gente amable y buena. Kurtz dijo:

- De primera clase especial. Sin duda alguna, lo mejorcito que hay en el oficio.

Meadows regresó, la barrera blanca se levantó, y durante un tiempo sorprendentemente largo viajaron por el incómodo parque de la Inglaterra paramilitar. Pero en lugar de caballos de pura raza pastando dulcemente había centinelas vestidos con uniforme azul, y con botas de campaña. Edificios de ladrillos, bajos y sin ventanas, se agazapaban medio enterrados en el suelo. Pasaron por un campo de ejercicios militares de asalto, y junto a una pista de aviación, bordeada de naranjos. Puentes de cuerdas cruzaban un arroyo de truchas. Cortésmente, Kurtz dijo:

- Un sueño. Es realmente hermoso, señor Meadows. Nos gustaría tener algo parecido en nuestra patria, pero no podemos. Meadows dijo: -Gracias, si, muchas gracias.

La casa había sido antigua en otros tiempos, pero su fachada había sido vandálicamente pintada del azul color de los barcos de guerra, y las rojas flores en los tiestos de las ventanas eran solamente un homenaje a las izquierdas. Otro hombre joven les esperaba en la entrada, y les llevó directamente a una reluciente escalera de madera de pino barnizada.

El joven que los esperaba les dijo, casi sin aliento, como si ellos hubieran llegado tarde: -Me llamo Lawson.

Y valerosamente golpeó con los nudillos una puerta de doble hoja. Dentro, una voz ladró: - ¡Adelante!

Lawson anunció:

- El señor Raphael, señor, de Jerusalén. Tuvieron ciertos problemas de transito, mucho me temo, señor.

Durante el tiempo necesario para ser mal educado. El Segundo Comandante Picton siguió sentado detrás de su escritorio. Cogió una pluma y, fruncidas las cejas, firmó una carta. Oprimió los labios, alzó la vista, y miró con sus ojos amarillos fijamente a Kurtz. Luego inclinó la cabeza al frente, como si quisiera golpear algo con la cabeza, y, lentamente, se puso en pie, hasta quedar cuan largo era, en posición de firmes. Dijo: -Mucho gusto, señor Raphael.

Y sonrió someramente, Como si las sonrisas hubieran pasado de moda.

Era corpulento y ario, con cabello rizado y rubio, partido con una raya que parecía trazada a navaja. Era de cuerpo ancho y cara gruesa y violenta, con labios prietamente cerrados, y recta mirada de bruto. Tenía el habla puntillosamente errónea propia del policía de alta graduación, y unos buenos modales imitados de los caballeros, prescindía de su habla peculiar y de sus buenos modales imitados, siempre que le daba la real gana. Llevaba un pañuelo a lunares metido en la manga izquierda de la chaqueta, y lucía una corbata con planas coronas doradas, para indicar que solía divertirse con gente mucho más distinguida que aquella con la que estaba obligado a tratar. Era

un ex antiterrorista autodidacto, «en parte soldado, en parte policía, y en parte cabrón», cual solía decir gustosamente, y pertenecía a la legendaria promoción de las gentes de su oficio. Había perseguido a comunistas en Malaya, a mau-mau en Kenia, a judíos en Palestina, a árabes en Aden, y a irlandeses en todas partes. Había reventado a gente con los Trucial Ornan Scouts. En Chipre le había faltado el canto de un duro para cargarse a Grivas, y cuando nuestro hombre estaba borracho hablaba de su fracaso, en el caso de Grivas, con verdadero dolor, pero cuidado. ¡Ay de aquel que sintiera lástima hacia el por tal fracaso! Había sido lugarteniente en varios lugares, rara vez había sido jefe absoluto, y ello se debía a que en el concurrían también ciartos oscuros matices.

Mientras seleccionaba un botón en su teléfono y lo oprimía con tal fuerza que pareció difícil que el tal botón pudiera volver a la superficie. preguntó: -¿Nlisha Gavron sigue bien?

Con entusiasmo, Kurtz replicó:

- El comandante en jefe Misha sigue perfectamente.

Y acto seguido comenzó a preguntar por la buena salud del jefe de Picton, pero Picton no demostró el menor interés en lo que Kurtz pudiera decirle, y menos aún si concernía a su jefe, el jefe de Picton.

Una caja de plata para contener cigarrillos, muy reluciente, se encontraba en un lugar muy visible de su mesa escritorio, y en la caja había las firmas de compañeros en el oficio. Picton abrió la caja y ofreció cigarrillos, aunque sólo fuera para que Kurtz admirase el brillo de la caja. Kurtz dijo que no fumaba. Picton devolvió la caja a su lugar, que era el lugar en el que mejor podía exhibirla. Alguien golpeó la puerta y Picton dio permiso para que entraran dos hombres, uno de ellos vestido de gris, y el otro con tela de tweed. El que iba de gris era un peso gallo galés, de unos cuarenta años, con cicatrices en la mandíbula. Picton le dio el título de «Mi inspector en jefe».

El inspector en jefe se puso de puntillas y, al mismo tiempo, tiró de los faldones de su chaqueta hacia abajo, como si intentara crecer un par de pulgadas y confesó:

- Mucho me temo, señor., que nunca he estado en Jerusalén. Mi esposa no piensa más que en pasar vacaciones en Belén, en Navidades. Pero, para mi gusto, no hay nada como Cardiff.

El que iba con tela de tweed era el capitán Malcolm, que era un hombre con la distinción social que Picton siempre había deseado poseer y al que, en consecuencia, de vez en cuando odiaba. Malcolm estaba dotado de una suave cortesía que era su mejor arma para agredir al prójimo.

Con gran sinceridad, Malcolm dijo a Kurtz:

- Realmente es un honor conocerle, señor.

Y le ofreció la mano, antes de que Kurtz lo necesitara.

Pero, cuando le llegó el turno a Litvak, el capitán Malcolm no pareció comprender bien el nombre del presentado, y dijo.

- Mi querido muchacho, por favor, vuélveme a decir cómo te llamas, por favor.

Litvak, con mucha menor untuosidad que el capitán Malcolm, repuso:

- Me llamo Levene, y tengo el honor de estar a las órdenes del señor Raphael, aquí presente.

Había una larga mesa destinada a los miembros de la reunión. Pero en el cuarto no se veían fotografías de la reina en kodachrome, ni siquiera la fotografía de una esposa. Las ventanas daban a un patio vacío. Y la única sorpresa que el lugar proporcionaba era un penetrante olor a petróleo caliente, como si un submarino acabara de pasar por allí.

Picton dijo:

- Bueno, pues ¿por qué no comienza usted a hablar así, directamente, señor…?

Hizo una pausa excesivamente larga y terminó la frase:

- ¿Señor Raphael, si no me equivoco?

Lo cierto es que esta frase fue curiosamente certera, en cierta medida. Mientras Kurtz abría su portafolios y comenzaba a repartir carpetas, la estancia fue estremecida por el largo estruendo de una explosión, provocada en circunstancias debidamente controladas.

Picton abrió la carpeta y le echó una primera ojeada, como quien mira distraídamente una carta de restaurante. Dijo:

- En cierta ocasión conocí a un tal Raphael. Y le hicimos comandante durante un tiempo. Era un chico joven. No recuerdo el lugar en que esto ocurrió. ¿No sería usted, por casualidad?

Con una triste sonrisa, Kurtz lamentó no haber sido el afortunado mortal. Picton dijo:

- ¿No está emparentado con él? Se llamaba Raphael, igual que ese tipo italiano que pintaba.

Picton volvió un par de páginas y añadió:

- Bueno, resulta que no lo sabe, ¿verdad?

La tolerancia de Kurtz era increíble. Ni siquiera Litvak, quien le había contemplado exhibiendo cien diferentes facetas de su personalidad, hubiera intuido que Kurtz pudiera tener un tan seráfico dominio de sus demonios. La ardiente energía de Kurtz había desaparecido totalmente, para ser remplazada por la servil sonrisa del subordinado. Incluso su voz, para empezar, tenía un tono deferente y de excusa.

El inspector jefe leyó en voz alta:

- Mesterbein. ¿Es ésta la correcta forma de pronunciar el apellido en cuestión?

El capitán Malcolm, ansioso de demostrar sus conocimientos en materia de idiomas, cogió la pregunta por los cuernos, y aclaró:

- Se pronuncia Mesterbain, querido Joseph.

En tono benévolo, Kurtz dijo:

- Las circunstancias personales se encuentran en la bolsa de la izquierda de la carpeta, caballeros.

Hizo una pausa para que todos hurgaran en las carpetas durante un ratito más. Luego

dijo:

- Comandante, necesitamos que nos dé su palabra en todo lo referente al uso y distribución de esta información.

Picton levantó despacio su rubia cabeza, y preguntó:

- ¿Por escrito?

Kurtz esbozó una cortés sonrisa de excusa, y dijo:

- Tengo la seguridad de que la palabra de un oficial inglés será suficiente para Misha Gavron.

Kurtz esperó un rato, hasta que Picton, con un inconfundible enrojecimiento de ira en la cara, repuso:

- De acuerdo.

A continuación, Kurtz pasó rápidamente a abordar el tema, menos espinoso, de Anton Mesterbein:

- Su padre es un caballero suizo, conservador, con una linda villa de recreo junto al lago, comandante, y no se sabe que tenga otros intereses que los de ganar dinero. La madre es una señora librepensadora, de la izquierda radical, que se pasa la mitad del año en París, en donde celebra recepciones periódicamente; es lo que se llama un salón, en París, que son muy concurridas por los árabes…

Picton le interrumpió:

- Malcolm, ¿sabe algo de esto?

- Un poco, muy poco, señor.

Kurtz prosiguió:

- El joven Anton, el hijo, es un abogado muy bien preparado. Además, estudió ciencias políticas en París y filosofía en Berlín. Estudió en Berkeley durante un año, derecho y ciencias políticas. Un semestre en Roma, y cuatro años en Zurich, graduándose magna cum laude.

Picton dijo:

- Un intelectual.

Lo dijo igual que hubiera podado decir «un leproso». Kurtz hizo un movimiento de asentimiento, y añadió:

- Podemos decir que, desde un punto de vista político, el señor Mesterbein se inclina hacia las tendencias de su señora madre, y que, desde un punto de vista económico, se inclina hacia las tendencias de su padre.

Picton soltó una gran carcajada, la gran carcajada del hombre carente del sentido del humor. Kurtz hizo la pausa suficientemente larga para compartir con Picton la carcajada. Siguió:

- La fotografía que está usted viendo fue tomada en París, pero el señor Mesterbein ejerce la abogacía en Ginebra. Concretamente, tiene un despachito en la parte baja de la ciudad, en el que atiende a estudiantes radicales, a gentes del tercer mundo y a inmigrantes. También es abogado de varias organizaciones progresistas carentes de dinero.

Kurtz volvió la página de la carpeta que tenía ante sí, invitando con ello a sus oyentes a hacer lo mismo. Kurtz llevaba unas gafas de gruesos lentes, resbaladas hasta casi la punta de la nariz, que le daban el ratonil aspecto de un empleado de banca.

Picton preguntó al inspector jefe:

- ¿Lo ha comprendido todo, Jack?

- No me he perdido ni una palabra.

El capitán Malcolm preguntó:

- ¿Y quién es la señora rubia que está bebiendo con él, señor?

Pero Kurtz se había trazado su camino y, a pesar de las dóciles maneras en que actuaba, Malcolm no era el hombre que pudiera desviarle de su camino. Kurtz prosiguió:

- El pasado mes de noviembre, el señor Masterbein asistió a un simposium de una gente que se llama así misma «Abogados por la Justicia», que se celebró en el Berlín Oriental, y en el que la delegación palestina recibió una atención notablemente excesiva.

Kurtz hizo una pausa y añadió:

- Bueno, de todas maneras lo que acabo de decir puede que sea una opinión un poco parcial. En abril, correspondiendo a una invitación que le formularon en la ocasión antes dicha, el señor Masterbein hizo su primera visita, que nosotros sepamos, a Beirut. Y rindió cortés tributo a dos de las más militantes organizaciones resistentes que allí hay.

Picton preguntó:

- Fue allí a por faena, ¿verdad?

Al decir estas palabras, Picton cerró la mano derecha y atizó un puñetazo en el aire. Después de distender la mano, escribió algo en un bloc que tenía ante sí, arrancó la hoja y se la entregó al suave Malcolm quien, después de dirigir una sonrisa a todos los presentes, salió de la estancia sigilosamente.

Kurtz prosiguió:

- En el viaje de regreso de esta visita a Beirut, el señor Masterbein hizo una parada en Estambul, en cuya ciudad habló con ciertos activistas turcos entre cuyas diversas finalidades se encuentra la de eliminar el sionismo.

Picton observó:

- Ambiciosos muchachos, ciertamente.

En esta ocasión, y debido a que fue Picton quien hizo el chistecito, todos rieron a grandes voces, menos Litvak. Con sorprendente velocidad, Malcolm regresó, con el recado cumplido. Con voz meliflua, Malcolm dijo:

- Mucho me temo que esa gente de Estambul no era muy agradable que digamos.

Entregó un papelito a Picton, dirigió una sonrisa a Litvak, y volvió a sentarse en su sitio. Pero Litvak causaba la impresión de haberse dormido. Había apoyado la barbilla en sus largas manos, e inclinado la cabeza sobre la carpeta que ni siquiera había abierto. Gracias a sus manos, no se podía saber con certeza cuál era la expresión de su rostro. Echando a un lado el papel que Malcolm le había entregado, Picton preguntó a Kurtz:

- ¿Ha dicho algo de lo anterior a los suizos?

En un tono indicativo de que Picton había planteado todo un problema, Kurtz confesó:

- Comandante, no, todavía no hemos informado a los suizos. Picton observó:

- Pues yo pensaba que ustedes y los suizos eran muy buenos amigos.

- Sí, sí, ciertamente lo somos. Sin embargo, el señor Masterbein tiene ciertos clientes domiciliados, total o parcialmente, en la República Federal Alemana, lo cual nos coloca en una situación un tanto delicada.

Terco, Picton insistió:

- No acabo de comprenderlo. Yo pensaba que ustedes y los hunos se habían dado un beso de amor, y hecho las paces hace ya mucho tiempo.

La sonrisa de Kurtz quizá tuvo una expresión tan rígida cual si la hubiera almidonado previamente, pero su voz fue inocentemente evasiva:

- Así es, comandante, pero Jerusalén sigue creyendo (habida cuenta de la sensibilidad de nuestras fuentes de información y de las complejidades de las simpatías políticas de Alemania, en los presentes tiempos) que no podernos informar a nuestros amigos suizos sin informar al mismo tiempo a sus homólogos alemanes. Hacer lo contrario sería imponer una carga excesivamente pesada, una carga de silencio, sobre las espaldas de los suizos que están en relación con Wiesbaden.

Picton también sabía emplear el silencio. Y tiempos hubo en que su mirada de biliosa incredulidad había obrado milagros ante personas de inferior temple que llegaron a preocuparse muy seria-mente de lo

que podía ocurrirles en el instante siguiente. Después de este silencio, Picton preguntó, sin que nadie lo esperase:

- Supongo que se habrá enterado de que han vuelto a poner a ese cretino, Alexis, en un puesto de responsabilidad…

Algo en la presencia y comportamiento de Kurtz comenzaba a inhibir un poco a Picton. Era el reconocimiento, si no de una personalidad, sí de la pertenencia a cierta especie de gentes.

Kurtz repuso que sí, que naturalmente se había enterado. Pero esto no pareció afectarle mucho ya que Kurtz, inmediatamente, pasó a su prueba gráfica número dos. En voz baja, Picton dijo:

- Un momento, por favor. Conozco al guapito ese. Es el genio que se echó a volar por los aires, hace cosa de un mes, en la auto-pista de Munich, y que se llevó consigo a las nubes a la fulanita holandesa, ¿no es cierto?

Quitándose por un instante de los hombros su manto de humildad, Kurtz avanzó rápidamente en el terreno contrario:

- Así es, comandante, y según las informaciones de que disponemos, tanto el vehículo como los explosivos, en este desdichado accidente, fueron suministrados por los contactos del señor Masterbein en Ankara, y transportados hasta Austria, a través de Yugoslavia.

Cogiendo el papelito que Malcolm le había entregado, Picton comenzó a acercarlo a sus ojos y luego a alejarlo, como si fuera corto de vista, que no lo era. Con fingida tranquilidad y desinterés, Picton dijo:

- Me informan que nuestra máquina mágica, abajo, no contiene ni a un solo Masterbein, no, señor, ni en la lista negra ni en la lista blanca. El tipo no está, sencillamente.

Kurtz pareció más contento que disgustado:

- Comandante, esto no significa ineficiencia de su magnífico servicio de archivos. Me atrevo a decir que hasta hace un par de días, Jerusalén también estimaba que Masterbein era un ser carente de toda importancia. Y lo mismo cabe decir de sus cómplices.

Malcolm, refiriéndose a la señora que acompañaba a Masterbein, preguntó:

- ¿Ni siquiera la rubita?

Pero Kurtz se limitó a sonreír, y se ajustó un poco las gafas en el puente de la nariz para llamar la atención de los presentes hacia la siguiente fotografía. Era una de las muchas fotografías que el equipo de vigilancia de Munich había tomado de la casa frontera, y en ella se veía a Yanuka en el momento de abrir la puerta a la calle de la casa en que se encontraba su apartamento. La foto era un poco borrosa, cual suelen ser las fotografías con rayos infrarrojos y de escasa velocidad, pero se veía a Yanuka con la claridad suficiente para poderle identificar. Iba en compañía de una alta mujer rubia, a la que se veía

en un cuarto de perfil. La mujer estaba un poco rezagada, mientras Yanuka metía el llavín, y era la misma mujer que había llamado la atención del capitán Malcolm en la anterior fotografía.

Picton preguntó:

- ¿Y dónde estamos ahora? Esto no es París. Los edificios no son así, en París.

Kurtz dijo:

- Es Munich.

Y dio las señas. Picton preguntó acto seguido, y con tanta brusquedad que cualquiera hubiera creído que se dirigía a alguno de sus subordinados:

- Munich, sí, pero ¿y el cuándo?

Una vez más, Kurtz fingió no haber oído la pregunta, y repuso: - La señora en cuestión se llama Astrid Berger.

Una vez más la amarillenta mirada de Picton, con expresión de bien fundadas sospechas, se fijó en Kurtz. Privado por el momento, de la oportunidad de pronunciar grandes discursos el policía galés se contentó con leer en voz alta la ficha de la señorita Berger:

- «Berger, Astrid, alias Edda, alias Helga», y con otra multitud de alias… «nacida en Bremen el año 1954, hija de un opulento naviero». Parece, señor Raphael, que nos movemos en altos círculos sociales… «Estudió en las universidades de Bremen y Frankfurt, licenciándose en ciencias políticas y en filosofía el año 1978. Esporádicamente colaboradora de publicaciones periódicas, radicales y satíricas, de Alemania Occidental, la última residencia conocida, en 1979, se encontraba en París, es frecuente visitando el Oriente Medio…»

Picton le interrumpió bruscamente:

- Otra maldita intelectual. Malcolm, traiga lo que tengamos de ella.

Mientras Malcolm salía de nuevo del cuarto, Kurtz recuperó hábilmente la iniciativa.

- Si se toma la molestia de comparar las fechas, comandante, advertirá que la última visita que la señorita Berger efectuó a Beirut fue en abril del presente año, coincidiendo con la gira del señor Masterbein. La señorita Berger también se encontraba en Estambul cuando el señor Masterbein hizo su parada en dicha ciudad. Llegaron en vuelos diferentes, pero se alojaron en el mismo hotel. Si, Mike, por favor.

Litvak les ofrecía dos fotocopias de formularios de inscripción en un hotel, a nombre de Anton Masterbein y de Astrid Berger, con fecha del 18 de abril. Junto a ellos, en una reproducción mucho más pequeña, estaba el recibo pagado por Masterbein. El hotel era el Hilton de Estambul. Mientras Picton y el policía -el inspector jefe- examinaban las fotocopias, la puerta volvió a abrirse y cerrarse. Con la

más desolada de las sonrisas, Malcolm anunció:

- Astrid Berger es también NRA. ¿Parece increíble, verdad?

Rápidamente, Kurtz preguntó:

- ¿NRA significa Nothing Recorded Against? (Nada consta en contra.).

Picton cogió el lapicero de plata y le dio vueltas y más vueltas bajo su glauca mirada. Pensativo, Picton contestó:

- Si, exactamente esto. Póngase usted el primero de la clase, señor Raphael.

La tercera fotografía de Kurtz -o cual Litvak la llamó irreverentemente, más tarde, el tercer naipe de Kurtz- había sido tan perfectamente falsificada que ni siquiera los más agudos expertos en reconocimientos aéreos de Jerusalén habían podido identificarle entre el montón de fotos que sometieron a su inspección. En ella se veía a Charlie y a Becker dirigiéndose hacia el Mercedes, ante el hotel de Delfos, en la mañana de su partida. Becker llevaba la bolsa de viaje de Charlie, y su propia cartera de hombre de negocios. Charlie iba con la bella túnica griega y llevaba su guitarra. Becker iba con su blazer rojo, su camisa de seda y sus zapatos Gucci. Tenía la mano enguantada adelantada hacia la manecilla de la puerta del Mercedes. Y su cabeza era la cabeza de Michel.

- Comandante, esta fotografía fue tomada por pura y simple suerte, exactamente dos semanas antes del estallido ocurrido en las afueras de Munich, en el que, como muy bien ha dicho usted, cierta pareja de terroristas tuvo la desdicha de perecer, quedando hecha trizas gracias a sus propios explosivos. La muchacha pelirroja que se ve en primer término en esta fotografía, es ciudadana británica. Su acompañante la llamaba «Joan», y ella le llamaba «Michel», nombre que no era el que figuraba en el pasaporte del caballero en cuestión.

El cambio que se produjo en el ambiente fue parecido a un brusco descenso de la temperatura. El inspector jefe dirigió una oblicua mirada a Malcolm, y éste le contestó con una sonrisa, pero la sonrisa de Malcolm, cual poco a poco pudo verse, nada tenía que ver con lo que comunmente se considera buen humor. Sin embargo lo que ocupaba el centro del escenario era la maciza inmovilidad de Picton, su negativa, al parecer, a aceptar informaciones de fuentes que no fueran la fotografía en sí misma. Si, ya que Kurtz, al hablar de un ciudadano británico, se había adentrado, como por descuido, en el sagrado territorio de Picton, y los hombres que tal hacían corrían serios riesgos.

Sin dejar de mirar la fotografía, Picton habló sin apenas separar sus rígidos labios:

- Pura y simple suerte. Si, claro, un buen amigo que por casualidad tenía su cámara fotográfica debidamente dispuesta. Si, una

gran suerte la de este tipo…

Kurtz esbozó una tímida sonrisa, pero nada dijo. Picton prosiguió:

- Sacó un par de instantáneas, y las mandó por pura casualidad a Jerusalén. Si, había pillado a un terrorista en vacaciones, y pensó que quizá las fotos pudieran ser de utilidad.

La sonrisa de Kurtz se ensanchó. Y, con la consiguiente sorpresa, Kurtz vio que Picton también sonreía, aunque sin excesiva alegría. Picton dijo:

- Pues sí, recuerdo haber tenido amigos así. Pero, claro, ahora que caigo en ello, ustedes tienen amigos en todas partes. Amigos altamente situados, amigos en posiciones humildes, amigos ricos…

Durante unos peligrosos instantes, pareció que ciertas antiguas frustraciones sufridas por Picton, en los tiempos en que estuvo destinado en Jerusalén, se habían reavivado bruscamente, y que amenazaban con brotar a chorro de sus labios, en un arrebato temperamental. Pero Picton supo refrenarse. Compuso la expresión de su cara y bajó la voz. Moderó su sonrisa hasta el punto que bien hubiera podido pasar por ser una sonrisa amistosa. Pero la sonrisa de Kurtz era una sonrisa «todo terreno», y la cara de Litvak estaba tan retorcida por su propia mano que, a la vista de un observador imparcial, igual podía estar partiéndose de risa que padecer un grave dolor de muelas.

Después de aclararse la garganta, el gris inspector jefe, animado por la afabilidad galesa, osó llevar a efecto otra oportuna intervención:

- Bueno, pues incluso en el caso de que esa chica fuera británica, señor, lo cual me parece una hipótesis un tanto aventurada, todavía no hay ley alguna, en este país, que prohíba acostarse con palestinos. ¡No podemos montar una operación de caza de esta señora, con amplitud nacional, solamente por esto! ¡Santo Dios, si tuviéramos que…!

Picton volvió a mirar a Kurtz y dijo:

- Tiene más cosas que decir, el señor Raphael. Si, muchas más. Pero el tono de Picton llegaba más lejos, ya que venía a decir: siempre tiene más cosas que decir, esa gente.

Kurtz, sin alterar su cortés tono de buen humor, invitó a los presentes a examinar el Mercedes, situado a la derecha de la fotografía. Kurtz rogó que le perdonasen por no entender mucho en automóviles, pero lo cierto era que, según los expertos, el Mercedes era del modelo llamado «salón», de color rojo vino, con la antena de la radio situada delante, dos espejos laterales, cierre de las puertas mediante un mando central, y cinturones de seguridad únicamente en los asientos delanteros. En méritos de todos estos detalles, así como de otros detalles no tan visibles, el Mercedes de la fotografía era igual

que el Mercedes que accidentalmente había volado por los aires en las afueras de Munich, y del cual quedó milagrosamente intacta la parte delantera.

A Malcolm se le ocurrió una repentina solución del problema:

- Bueno, señor, pero no se puede afirmar categóricamente que la muchacha sea inglesa. ¿No será la chica holandesa? Cabello rojo, cabello rubio, esto nada significa. Y el término inglesa, en este caso sólo cabe aplicarlo a la lengua común.

Picton ordenó:

- Cállese.

Encendió un cigarrillo, sin ofrecer el paquete a nadie, y dijo:

- Déjenle que siga explicándose.

Y acto seguido, Picton tragó una monstruosa cantidad de humo, que se guardó dentro del cuerpo.

Ahora, la voz de Kurtz se había endurecido, y parecía que sus hombros también lo hubieran hecho. Kurtz puso los puños a uno y otro lado de la carpeta. Dijo, con gran fuerza en su voz:

- Según nuestras informaciones, procedentes de otra fuente, comandante, este Mercedes, en su viaje hacia el Norte, desde Grecia y a través de Yugoslavia, fue conducido por una mujer joven, con pasaporte de la Gran Bretaña. Su amante no la acompañó, sino que se trasladó por vía aérea a Salzburgo, a bordo de un avión de la Austrian Airlines. Esta misma compañía de aviación, se ocupó de reservarle prestigiosas habitaciones en el hotel

Osterreichischer Hof, de Salzburgo, en donde según nuestras investigaciones, la pareja en cuestión se hizo pasar por monsieur y madame Laserre, a pesar de que la dama en cuestión no hablaba el francés, sino únicamente el inglés. La señora es recordada en el hotel, por su espectacular belleza, su cabello rojo, la ausencia de alianza en el dedo anular, así como por su guitarra, guitarra que suscitó ciertas risas, y también se la recuerda por el hecho de que, a pesar de haber dejado el hotel a primera hora de la mañana, en compañía de su marido, regresó más tarde, para utilizar sus servicios. El conserje recuerda haber llamado un taxi que llevara a madame Laserre al aeropuerto de Salzburgo, e incluso recuerda que llamó dicho taxi a las dos de la tarde, poco antes de terminar su turno de servicio. Este mismo conserje ofreció a madame Laserre confirmar la reserva de su vuelo y averiguar si la partida de su avión había sido retrasada o no, pero madame Laserre no le permitió hacerlo, y cabe presumir que tal negativa se basaba en que dicha señora no viajaba con el nombre de Laserre. Hay tres vuelos, que parten de Salzburgo que coinciden con la hora de partida. Uno de ellos es un vuelo de la compañía austríaca que va a Londres. La empleada del mostrador de ventas de la Austrian Airlines recuerda perfectamente a una chica pelirroja inglesa que tenía

un billete no usado, para un vuelo charter, para ir de Tesalónica a Londres, y que deseaba canjearlo, en el caso de que ello fuera posible. Por ello, la señorita inglesa tuvo que comprar un billete, solo de ida, que pagó en dólares norteamericanos, principalmente con billetes de veinte.

Picton gruñó:

- ¡Oiga, no sea tan reticente! ¿Cómo se llama la tía?

Y aplastó muy violentamente el cigarrillo contra el cenicero, cigarrillo que siguió oprimiendo con los dedos, hasta mucho después que la Lucha hubiera terminado, en realidad.

En contestación a la pregunta de Picton, Litvak ya estaba distribuyendo fotocopias de la lista de pasajeros. Litvak estaba pálido, e incluso parecía que sufriera algún dolor. Después de haber recorrido el perímetro de la mesa, se sirvió un poco de agua que bebió, a pesar de que apenas había pronunciado palabra.

Mientras todos centraban su atención en la lista de pasajeros, Kurtz confesó:

- Con la consiguiente consternación por nuestra parte, comandante, resultó que no había ninguna Joan en la lista de pasajeros. El nombre que mejor se adecuaba a nuestra señorita era Charmian. El apellido lo tiene usted a la vista. La empleada de la Austrian Airlines confirmó nuestra identificación. Dicha señorita Charmian era la número treinta y ocho de la lista. La empleada incluso recuerda la guitarra. Por una feliz coincidencia resulta que dicha empleada es una admiradora del gran Manitas de Plata, por lo que la guitarra de la pasajera impresionó profundamente a la empleada.

Rudamente, Picton dijo:

- Y, claro, la empleada era otra maldita amiga de ustedes. Litvak tosió.

La última prueba gráfica de Kurtz también salió de la cartera de Litvak. Kurtz extendió ambas manos para cogerla, y en las manos de Kurtz la depositó Litvak. Se trataba de un montón de fotografías todavía húmedas después del reciente proceso de sacar las pruebas positivas. Kurtz las repartió ágilmente, como si fueran naipes que uno puede permitirse el lujo de regalar. En estas fotos se veía a Mesterbein y a Helga en el aeropuerto, en una sala de salida. Mesterbein miraba aburridamente a un punto en el aire, y Helga, detrás de él, compraba una botella de whisky libre de impuestos. Mesterbein llevaba un ramillete de orquídeas envueltas en papel de seda del aeropuerto.

Sibilinamente, Kurtz dijo:

- Aeropuerto de Orly, hace treinta y seis horas. Berger y Mesterbein dispuestos a volar de París a Exeter. Mesterbein encargó que le tuvieran dispuesto un coche de alquiler de la Hertz, sin chófer,

en el aeropuerto de Exeter. Estos dos regresaron a París anoche, sin las orquídeas, por los mismos medios de transporte. La Berger viajaba con el nombre de María Brinkhausen, de nacionalidad suiza, que es otro alias que debemos añadir a sus muchos otros. Su pasaporte era uno de los muchos pasaportes preparados por los alemanes del Este, para uso de los palestinos.

En esta ocasión, Malcolm no había esperado a que le dieran la orden. Ya había salido del cuarto.

Mientras esperaban, Picton dijo, no sin ironía:

- Lástima que no los haya usted fotografiado también, en el momento de llegar a Exeter.

Con religioso respeto, Kurtz dijo:

- Comandante, sabe usted muy bien que las leyes no nos permiten hacer esto en la Gran Bretaña.

Picton dijo:

- ¿Ah no? ¡Oh!

- Nuestros superiores han hecho un trato de reciprocidad, señor. Ninguno de nosotros dos podemos pescar en aguas del otro, sin permiso escrito.

Con siniestros acentos, Picton dijo:

- Ya, ya…

El policía galés decidió una vez más hacer alarde de sus dotes de diplomático, preguntando a Kurtz:

- ¿Exeter es la patria chica de la muchacha, verdad señor? ¿Es de Devon, la señorita? ¿Supongo que no va usted a creer que una chica campesina se dedica a terrorista? Normalmente no es así.

Pero, al parecer, Kurtz había dejado de recibir informaciones, justamente en el momento en que los hechos comenzaron a ocurrir en la costa de la Gran Bretaña. Oyeron pasos que subían la amplia escalera, y el gemido de los zapatos de ante de Malcolm. El galés, siempre impertérrito pasara lo que pasara, insistió en tono de lamentación:

- La verdad es que jamás relacionaría a una pelirroja con Devon. Y tampoco a una Charmian, si quiere que le diga la verdad. Una Rose, o una Bess, sí, eso sí. Pero una Charmian en Devon, no. Diría que eso de las Charmian puede darse más en la parte norte. O en Londres, muy probablemente.

Malcolm entró cautelosamente, midiendo los pasos. Llevaba un montón de expedientes, todos ellos fruto de las incursiones de Charlie en el campo de la izquierda militante. Los expedientes que se encontraban en la parte más baja de la pila estaban desgastados y manchados, de tanto ser consultados. De los bordes de las carpetas sobresalían recortes de prensa, y panfletos en ciclostil.

Con un gruñido de alivio, mientras dejaba el montón en la mesa,

Malcolm dijo:

- Bueno, señor, si ésta no es la chica que buscamos, debiera serlo. Secamente, Picton

dijo:

- ¡El almuerzo!

Y después de haber farfullado un largo torrente de órdenes a sus subordinados, acompañó a sus invitados a un amplísimo comedor que olía a coles y a barniz de muebles.

Una gran lámpara de lágrimas de cristal colgaba sobre una mesa de unos diez metros, en la que ardían dos velas, en tanto que dos camareros con relucientes chaquetas blancas estaban atentos a atender a todas las necesidades de los presentes. Picton comió estólidamente. Litvak, mortalmente pálido, tragó la comida como si fuera un inválido. Pero Kurtz hizo caso omiso de los estados de humor de los demás. Kurtz habló, aunque, como es natural, nada dijo acerca de los asuntos que les tenían a todos ocupados. Dijo que dudaba mucho que el comandante pudiera reconocer la ciudad de Jerusalén, en el caso de que tuviera la buena suerte de poder visitarla de nuevo. Dijo que realmente estaba gozando de aquella comida, que era la primera que hacía en un comedor de oficiales del ejército inglés. Pero, ni siquiera en estas circunstancias, Picton pudo comer ininterrumpidamente. Dos veces, el capitán Malcolm llamó a Picton a la puerta, para sostener con él una conversación en susurros. Y una vez, Picton fue llamado por teléfono por su jefe. Y, cuando llegó el pastel, Picton se puso súbitamente en pie, como si algún bicho le hubiera picado, entregó su servilleta de damasco a un camarero, y se fue, con el pretexto de hacer unas llamadas por teléfono, y quizá, también, a consultar el contenido de una alacena cerrada con llave, en su oficina, en donde Picton guardaba sus cosas, cosas de consumo privado.

El parque, con la salvedad de los siempre presentes centinelas, estaba tan desierto como el campo de deportes de una escuela en el primer día de vacaciones, y Picton caminaba por él con el aire de vigilante amor propio de un terrateniente, mirando inquisitivamente las vallas, y golpeando con el bastón todo aquello cuya visión le desagradaba. A su lado, y nueve pulgadas por debajo de su cabeza, Kurtz caminaba alegremente. Vistos desde lejos, aquellos dos bien hubieran podido ser un prisionero y un apresador, aunque hubiera resultado un tanto difícil determinar quién era quién. Detrás, arrastrando los pies, iba Litvak cargado con las carteras, y detrás de Litvak iba la «Señora O'Flaherty», la legendaria perra alsaciana de Picton.

Con voz lo bastante alta para que Litvak pudiera oírle, Picton soltó:

- Al señor Levene le gusta escuchar, ¿verdad? Si, sabe escuchar y

tiene buena memoria. Me gustan esas cualidades.

Con una amable sonrisa, Kurtz dijo:

- Mike es un íntimo colaborador. Va conmigo a todas partes.

- Ya, comprendo. Pero me causa la impresión de estar siempre enfurruñado, ese muchacho. Pero, en fin, mi jefe me ha dicho que usted y yo habláramos a solas, si no le importa.

Kurtz se volvió y dijo algo en hebreo a Litvak. Litvak se rezagó hasta quedar lo bastante distanciado para no poder oír a los otros dos. Y, entonces ocurrió una cosa extraña, que ni Kurtz ni Picton hubieran podido explicar, incluso en el caso que hubieran reconocido que verdaderamente había ocurrido, cosa consistente en que se formó entre los dos un indefinible ambiente de compañerismo, tan pronto quedaron mano a mano.

La tarde era gris y ventosa. Pincton había prestado a Kurtz un chaquetón de gruesa tela, que le daba cierto aspecto de perro de aguas. Y Picton llevaba un capote del ejército. El aire fresco había oscurecido instantáneamente el color de la cara de Picton. En tono arrogante, Picton dijo:

- Ha sido muy decente por su parte el venir hasta aquí, sólo para informarnos acerca de esa chica. Mi jefe dará las gracias al buen Misha.

Kurtz dijo:

- Misha quedará sumamente agradecido.

- De todas maneras, la cosa es rara, realmente. Si, es raro que ustedes tengan que darnos pistas sobre nuestros propios terroristas. En mis tiempos, solía ocurrir todo lo contrario.

Kurtz dijo algo tranquilizante acerca de los ciclos históricos. Pero Picton no tenía sentido poético. Picton dijo:

- La operación es íntegramente de ustedes. Las fuentes son de ustedes y los gritos serán los suyos. Mi jefe se muestra inconmovible en este punto.

Dirigiendo una mirada de soslayo a Kurtz, Picton añadió:

- Nuestra misión es estarnos quietos y no hacer nada, salvo lo que ustedes nos digan.

Kurtz dijo que, en los presentes tiempos, lo más importante era la colaboración. Durante un segundo Picton causó la impresión de que fuera a estallar. Se le dilataron los amarillentos ojos, la barbilla se le hundió en el cuello, y quedó allí hundida. Pero, en vez de estallar, y quizá para calmarse un poco, Picton encendió un cigarrillo, poniéndose de espaldas al viento y protegiendo la llama con sus manazas de jugador de cricket.

Mientras apagaba la llama, Picton dijo con marcadísimo sarcasmo:

- De momento, quizá usted quede pasmado si le dijo que podemos

confirmar sus informes. Berger y Mesterbein efectuaron el viaje en avión desde Orly a Exeter, y al llegar al aeropuerto de Exeter cogieron un automóvil de la Hertz, sin chófer, con el que recorrieron cuatrocientas veinte millas. Mesterbein pagó mediante una tarjeta de crédito de la American Express, a su propio nombre. No sé dónde esos dos pasaron la noche, pero supongo que usted me lo dirá a su debido tiempo.

Kurtz mantuvo un virtuoso silencio. Picton prosiguió en el mismo tono de forzada indiferencia:

- En cuanto a la señora en cuestión, usted quedará igualmente pasmado al saber que, en la actualidad, está trabajando como actriz, en lo más profundo de Cornualles. Trabaja con un grupo de teatro clásico, que se llama «Los Herejes», lo cual me gusta, pero claro, esto a usted no le importa, ¿verdad? En el hotel en que se aloja nos han dicho que un hombre con las características de Mesterbein la fue a buscar después de la representación, y que la señora no regresó hasta la mañana siguiente. Por lo que dicen, esta señora en que usted está tan interesado, es realmente una fanática del catre.

Picton hizo una pausa monumental, por la que Kurtz fingió no quedar afectado. Picton prosiguió:

- Entretanto, me veo en la obligación de comunicarle que mi jefe es un caballero y un militar, y que le proporcionará a usted cuanta ayuda necesite. Está agradecido a ustedes. Si., mi jefe está agradecido y conmovido. Tiene un punto flaco por los judíos, y estima que ha sido muy noble por su parte el venir aquí y ponernos alerta y sobre la pista de esa señora.

Picton dirigió a Kurtz una malévola mirada, y dijo:

- Mi jefe es joven, ¿sabe usted? Es un gran admirador de la nueva y hermosa patria de usted, prescindiendo de cierta clase de accidentes, y no está dispuesto a prestar oídos a ciertas malévolas sospechas que yo albergo.

Picton se detuvo ante un gran barracón de color verde, y con el bastón golpeó la puerta de hierro. Un muchacho con zapatillas para practicar atletismo y un mono de deporte les abrió la puerta de lo que resultó ser un gimnasio vacío. Probablemente para explicar el ambiente de desolación, Picton dijo:

- Sábado.

Y se lanzó a efectuar una irritada inspección del lugar, ya echando una ojeada a los vestuarios, ya pasando su grueso dedo por las paralelas, a ver si había polvo en ellas.

En tono acusatorio, Picton dijo:

- Según parece, han vuelto ustedes a bombardear campamentos. Esto es idea de Misha, ¿no es cierto? Misha es incapaz de matar pulgas con el pulgar, si es que puede matarlas a cañonazos.

Kurtz comenzó a explicar, con toda sinceridad, que los procesos de toma de decisión en los más altos niveles de la sociedad israelita, siempre habían sido un tanto misteriosos para él. Pero Picton no estaba dispuesto a escuchar contestaciones de este tipo, y dijo:

- Pues bien, a Misha esto no le va a dar buenos resultados, ni mucho menos. Ya puede usted decírselo de mi parte. Esos palestinos se vengarán, y no les van a dejar en paz hasta el fin del mundo.

En esta ocasión, Kurtz se limitó a sonreír y a menear la cabeza con expresión de incredulidad ante los extraños giros del destino. Animado sólo por simple curiosidad, Picton preguntó:

- Misha Gavron era Irgun, ¿verdad?

Kurtz le corrigió:

- No. Era Haganah.

- ¿Y usted qué hacía, en aquel entonces?

Kurtz fingió el tono de tímida lamentación de los perdedores:

- Afortunadamente o no, comandante, nosotros, los Raphael, llegamos a Israel demasiado tarde para resultar molestos a los ingleses.

Picton dijo:

- ¡Oiga, no me torne el pelo! Sé perfectamente de dónde Misha Gavron se saca a sus amigos y colaboradores. ¡Yo fui quien le dio a Misha el maldito cargo que ahora tiene!

Con su sonrisa a prueba de bombas, Kurtz dijo:

- Lo sé. El mismo me lo dijo.

El muchacho vestido para practicar atletismo mantenía abierta una puerta. Los dos hombres la cruzaron. En una larga vitrina había una colección de armas caseras, destinadas a matar en silencio: un picaporte erizado de púas, una vieja aguja de sombrero muy herrumbrosa a la que le habían añadido un mango de madera, jeringuillas fabricadas en casa, un torniquete para dar garrote…

Después de mirar nostálgicamente estos instrumentos durante unos instantes, Picton dijo al muchacho:

- Las etiquetas están borrosas. A las diez en punto del lunes quiero ver etiquetas nuevas, o de lo contrario te meto un tubo. Tú verás.

Picton salió de nuevo al aire libre, mientras Kurtz caminaba cortésmente a su lado, y la «Señora O'Flaherty», que había esperado en el exterior, se ponía a seguir a su amo, rozándole los talones.

Como el hombre que se ve obligado a ceder, en contra de su voluntad, Picton dijo:

- Bueno, ¿qué quiere usted? Y no me diga que ha venido para entregarme una carta de amor de mi viejo camarada Misha, porque no le creeré. De todas maneras, dudo mucho que le crea, diga lo que diga. Es muy difícil que gentes como usted me convenzan de algo.

Kurtz sonrió y meneó la cabeza en gesto indicativo de lo mucho

que le divertía el ingenio inglés de Picton. En el tono de un simple mensajero, Kurtz dijo:

- Bueno, señor, Misha estima que en este caso una simple detención resultaría improcedente, habida cuenta, como es natural, lo muy delicadas que son nuestras fuentes de información.

Feroz, Picton dijo:

- Pues yo pensaba que sus fuentes de información eran buenos amigos.

Sin dejar de sonreír, Kurtz prosiguió:

- E incluso en el caso de que Misha accediera a que se efectuara una detención con todos los formalismos, se pregunta qué acusaciones se formularían contra la señora en cuestión, y ante qué autoridad judicial. ¿Quién puede probar que los explosivos iban ya en el automóvil, mientras esta señora lo conducía? La señora dirá que los explosivos fueron cargados en el automóvil después. Y, con ello, nos quedamos con un caso de poca importancia, en el que la máxima acusación sería la de conducir un automóvil al través de Yugoslavia, con documentación falsa. ¿Y dónde está esa documentación? ¿Quién puede demostrar que realmente existió? Sería un caso muy endeble.

Picton se mostró de acuerdo:

- Mucho.

Mirando de soslayo a Kurtz, Picton preguntó:

- Misha se hizo abogado, cuando ya era viejo, ¿verdad? ¡Cristo, esto sería algo así como si un cazador furtivo pasara a ser guarda-bosque!

- El caso es que Misha también tiene en cuenta el valor de esta señora, su valor para nosotros, y también para ustedes, habida cuenta de la posición en que se encuentra, un estado al que bien pudiéramos llamar de casi inocencia. ¿Qué sabe esta señora, a fin de cuentas? ¿Qué puede revelar? Por ejemplo, fijémonos en el caso de la señorita Larsen.

- ¿Larsen?

- Si, es la señora danesa que quedó tan fatalmente afectada por el desdichado accidente en las afueras de Munich.

- ¿Qué pasa con esa señora?

Después de formular la pregunta, Picton se detuvo en seco y, de arriba abajo, dirigió a su interlocutor una furiosa mirada de crecientes sospechas. Kurtz dijo:

- La señorita Larsen también conducía automóviles y hacía recados por cuenta de su amiguete palestino. Se trataba del mismo amiguete. La señorita Larsen incluso colocaba bombas, por cuenta del mismo individuo. Lo hizo en dos ocasiones, quizá en tres. Sobre el papel, la señorita Larsen estaba muy comprometida.

Kurtz hizo una breve pausa, meneó la cabeza, y añadió:

- Pero en lo tocante a información utilizable, la señorita Larsen era una jarra vacía.

Sin que la amenazadora proximidad de Picton le afectara en absoluto, Kurtz levantó las manos y las abrió palma arriba para demostrar lo muy vacía que era la jarra a la que se había referido. Añadió:

- La señorita Larsen era sólo una muchachita con amiguetes, chica de grupo, a la que le gustaba el peligro y los muchachos, y a quien también le gustaba gustar. Y nada le contaron. No le dieron nombres, ni señas ni planes. Nada.

En tono acusador, Picton dijo:

- ¿Y cómo lo sabe usted?

- Tuvimos una breve conversación con ella.

_ ¿Cuándo?

- Hace algún tiempo. Bastante tiempo. Una pequeña conversación en la que intentamos cerrar tratos, antes de devolverla a su ambiente. Ya sabe cómo funcionan esas cosas.

Picton, sin apartar su amarillenta mirada de Kurtz insinuó:

- Si, la conversación probablemente tuvo lugar cinco minutos antes de que la muchacha volara hecha trizas por los aires.

Pero la sonrisa de Kurtz siguió maravillosamente inalterable.

Kurtz suspiró y dijo:

- Ojalá las cosas fueran tan fáciles, comandante.

- Antes le he preguntado qué quería usted, señor Raphael.

- Pues nos gustaría poner a la muchacha en movimiento.

- Es lo que imaginaba.

- Nos gustaría que asustaran un poco a la muchacha, pero no que la detuvieran. Sí, quisiéramos que quedara lo suficientemente atemorizada que se sintiera obligada a volver a entrar en contacto con su gente, o que su gente entrara en contacto con ella. Nos gustaría que la chica actuara hasta el final de su trayecto. Es decir que se convirtiera en lo que nosotros llamamos un agente sin conciencia de serlo. Naturalmente, compartiríamos con ustedes los frutos conseguidos, y, cuando la operación haya terminado, ustedes podrán quedarse con la muchacha y con el prestigio.

Picton observó:

- La chica ya ha entrado en contacto. Esa gente se entrevistó con ella en Cornualles, y le entregó un ramo de orquídeas, ¿no es así?

- Comandante, según nuestra interpretación, esta entrevista sólo tuvo carácter exploratorio. Y mucho tememos que si no hacemos algo, este encuentro de nada nos servirá.

Picton con la voz henchida de maravillada ira, dijo:

- ¿Y cómo diablos lo sabe? Pues sí, yo mismo le voy a decir como se enteró. ¡Estaba usted con la oreja pegada al ojo de la cerradura!

¿Quién diablos imagina que soy, señor Raphael? ¿Un mico recién salido de la selva? Esta chica es de ustedes, señor Raphael. Les conozco muy bien a ustedes los israelitas, conozco a Misha, y comienzo a conocerle a usted.

El tono de la voz de Picton se había elevado de forma alarmante. Picton echó a andar más de prisa, adelantando a Kurtz, hasta que de esta manera consiguió apaciguar su arrebato. Luego, Picton se detuvo y esperó a que Kurtz le alcanzara. Picton dijo:

- En estos momentos estoy imaginando una bonita historia, señor Raphael, y me gustaría contársela. ¿Me lo permite?

Amablemente, Kurtz dijo:

- Será para mí un inmenso placer.

- Muchas gracias. Por lo general, el truco se hace utilizando un fiambre. Usted encuentra un buen cadáver, lo viste y lo arregla y se pone en un sitio en el que el enemigo pueda encontrarlo. Y el enemigo dice «¡Sopla! ¿Qué es esto? ¿Un cadáver con una cartera de hombre de negocios en la mano? Veamos qué lleva en la cartera.» Pues sí, miran y encuentran un mensaje. Entonces, el enemigo dice: «Oye, pues si llevaba un mensaje seguramente era un mensajero o un enlace, miremos lo que dice el mensaje y caigamos como bobos en la trampa.» Así lo hacen, y nos condecoran a todos. A esto, antes lo llamábamos «desinformación», y se hacía con la finalidad de dar falsas pistas al enemigo.

El sarcasmo de Picton era tan recio como su ira. Siguió:

- Pero esto es excesivamente sencillo para hombres como Misha y como usted. Y como que ustedes no son más que un atajo de fanáticos supereducados, se disponen a ir más lejos que esto. Y dicen: «No, nosotros no vamos a emplear fiambres, no, esto no es digno de nosotros. Nosotros vamos a utilizar carne viva, y, concretamente, carne árabe. Carne holandesa.» Y así lo hicieron. Volando un lindo automóvil Mercedes. Automóvil que era de ellos. Lo que no sé, y nunca sabré porque tanto usted como Misha se callarán, incluso en el lecho de muerte, es donde colocaron dicha desinformación. Pero me consta que la colocaron, y que ellos han picado, ya que de lo contrario no hubieran venido aquí con sus malditas orquídeas.

Meneando la cabeza en expresión de renuente admiración hacia la fantasía de Picton, Kurtz comenzó a avanzar para apartarse de Picton, pero éste, con el inefable olfato del policía, le mantuvo quieto, mediante un leve ademán. Dijo:

- Quiero que le diga una cosa a su maldito amo Misha Gavron. Si resulta que no me equivoco y que ustedes han reclutado a una persona de ciudadanía británica sin nuestro consentimiento, iré personalmente a su pequeño y repulsivo país y le atizaré una patada en los huevos al Misha Gavron en cuestión. ¿Me ha comprendido, ahora?

Pero de repente, y casi como si fuera en contra de su voluntad, la cara de Picton se relajó en una casi tierna sonrisa de rememoración, y preguntó:

- ¿Qué solía decir, el viejo sinvergüenza? Algo referente a tigres, me parece. Usted lo sabrá, sin duda.

Si, era una frase que Kurtz también decía a menudo. Esbozando su sonrisa de pirata, Kurtz dijo:

- Si quieres cazar un león, primero tienes que atar una cabra, a modo de cebo.

Pasando el instante de camaradería entre adversarios, la cara de Picton volvió a adquirir expresión pétrea. Con sequedad dijo:

- Dicho con los debidos formalismos, mi jefe les felicita. Hemos cerrado el trato con ustedes.

Picton dio marcialmente media vuelta y se encaminó hacia la casa, dejando que Kurtz y la «Señora O'Flaherty» le siguieran. Apuntando con el bastón a Kurtz, y en una última afirmación de colonial autoridad, Picton dijo:

- Y diga también lo siguiente a su jefe: que haga el maldito favor de dejar de utilizar nuestros malditos pasaportes. Si otra gente puede vivir sin nuestros pasaportes, también él se las podrá arreglar.

Durante el viaje de regreso a Londres, Kurtz obligó a Litvak a sentarse a su lado, con el fin de enseñarle modales británicos. Meadows, quien al parecer había recuperado la voz, quería discutir el problema de la orilla occidental. ¿Cómo se puede solucionar, a su juicio, señor? Supongo que por el medio de ofrecer un trato justo a los árabes, ¿verdad señor? Pero Kurtz no quiso entrar en la inútil conversación, y se abandonó a unos recuerdos que hasta el momento había procurado evitar.

En Jerusalén hay una vieja prisión de trabajos forzados en la que ya nadie es ahorcado, en los presentes tiempos. Kurtz conocía bien esta prisión. Estaba cercana al antiguo establecimiento ruso, a la izquierda según se va en dirección descendente por la vieja carretera hecha a mano, y al detenerse ante el viejo portalón de la Prisión Central de Jerusalén. Hay un cartel que dice: «AL MUSEO», y en el mismo cartel también se dice: «SALA DE HEROÍSMO.» Y también hay un hombre viejo y arrugado que se encuentra en la parte exterior, y que hace una reverencia cuando uno entra, acompañada de un saludo con el sombrero, con el que poco le falta para barrer el suelo. La entrada vale quince shekel, aunque muestra tendencia a subir. Este es el lugar en que los ingleses ahorcaban a los judíos durante el Mandato, y lo hacían con una cuerda cuyo nudo final iba forrado de cuero. Bueno, en realidad no ahorcaron a muchos judíos, aunque ahorcaron árabes a granel. Pero éste es el lugar en que ahorcaron a dos amigos de Kurtz, en los años en que éste estaba en el Irgun, junto con Misha

Gavron. A Kurtz bien hubiera podido caerle en suerte el ser ahorcado también. Le habían encerrado en la cárcel dos veces, y le habían interrogado cuatro. Y los problemas que de vez en cuando tenía con su dentadura se debían, según el dentista, a las palizas que le había propinado un amable y joven oficial de seguridad, ahora ya muerto, cuyos modales, aunque no su aspecto físico, evocaban en la memoria de Kurtz a Picton.

Pero, de todas maneras, el tal Picton era un buen hombre, pensó Kurtz, sonriendo en su fuero interno, mientras examinaba las posibilidades de dar otro paso con éxito, a lo largo de su camino. Quizá Picton fuera un poco rudo, de palabras y mano duras, y un poco entristecido por su afición al alcohol, lo cual era una verdadera lástima. Pero a fin de cuentas, tenía un normal y corriente sentido de la justicia. Era un buen profesional. Y un buen cerebro, dentro de su violencia. Misha siempre decía que había aprendido mucho de Picton.

19

Fue el regreso a Londres y la espera. Durante dos húmedas semanas de otoño, desde que Helga le había dado la terrible noticia, la Charlie de su imaginación había entrado en un infierno mórbido y vengativo, y ardía en él sola. Estoy en shock; soy una plañidera obsesiva, solitaria, sin un amigo a quien recurrir. Soy un soldado que ha perdido su general, un revolucionario separado de la revolución. Hasta Cathy la había abandonado.

- A partir de ahora, te las arreglarás sin niñera -le dijo Joseph con una sonrisa cansada-. No podemos permitir que vuelvas a entrar en las cabinas telefónicas.

Sus encuentros durante ese período fueron escasos y formales; por lo general, se trataba de citas en la carretera cuidadosamente planeadas. A veces la llevaba a restaurantes discretos en los alrededores de Londres; una vez, a Burnham Beeches a dar un paseo; y una vez al zoo de Regent's Park. Pero fueran donde fuesen, le hablaba sobre su estado mental y la examinaba constantemente, proponiéndole diversas contingencias, sin describir jamás con exactitud de qué se trataba.

- ¿Qué harán ahora? -preguntó ella.

«Están comprobando; te están observando. Pensando en ti.»

A veces, la alarmaban sus insólitos arrebatos de hostilidad hacia él, pero él, como un buen médico, se apresuraba a asegurarle que los síntomas eran normales en sus condiciones.

- ¡Soy el enemigo arquetípico, por Dios! Maté a Michel, y si tuviera la menor oportunidad te retaría a ti. Es lógico que tengas serios recelos, ¿por qué no?

«Gracias por la absolución -pensó ella, maravillándose secretamente de las facetas aparentemente interminables de su esquizofrenia compartida-: comprender es perdonar.»

Hasta que llegó el día en que él anunció que debían abandonar temporalmente todo tipo de encuentro, a menos que se diera un caso de urgencia extrema. Parecía saber que estaba a punto de suceder algo, pero se negó a decirle qué era por miedo a que ella reaccionara

mal. O no reaccionara. Estaría cerca, le dijo, recordándole la promesa que le había hecho en la casa de Atenas: cerca - aunque no presente-, día tras día. Y habiendo aumentado -quizá deliberadamente- su sentimiento de inseguridad casi hasta el punto de ruptura, la envió de regreso a la vida de aislamiento que había inventado para ella, pero esta vez con la muerte de su amante como tema obsesivo.

Ese piso que una vez había amado se transformó ahora, mediante su diligente descuido, en el desordenado santuario a la memoria de Michel, un lugar de quietud sucio, con aire de iglesia. Los libros y panfletos que él le había dado yacían boca abajo sobre el suelo y la mesa, abiertos en los pasajes importantes. Por la noche, cuando no podía dormir, se sentaba frente al escritorio con un cuaderno, en medio del desorden, y copiaba frases de sus cartas. Su intención era compilar una memoria secreta suya que lo mostraría a un mundo mejor como el Che Guevara árabe. Pensaba recurrir a un editor marginal que conocía: Cartas nocturnas de un palestino asesinado, en mal papel y con muchas erratas de imprenta. En estos preparativos había una cierta locura, como muy bien sabía Charlie cuando tomaba cierta distancia. Pero en otro sentido sabía que sin locura no había sanidad. O había el *role* o no había nada.

Sus excursiones al mundo exterior eran pocas, pero una noche - como para demostrarse más palmariamente su decisión de llevar a la batalla la bandera de Michel, si sólo conseguía encontrar el campo de batalla- fue a una reunión de camaradas en la habitación superior de una taberna de St. Pancras. Se sentó con los Muy Locos, la mayoría de los cuales estaba totalmente drogada para cuando llegaron allí. Pero se quedó hasta el final y se asustó a sí misma y a ellos con una furiosa perorata contra el sionismo en todas sus manifestaciones fascistas y genocidas, lo cual -para secreta diversión de otra parte de ella- provocó nerviosas quejas de los representantes de la izquierda radical judía.

En otras ocasiones, persiguió a Quilley hablándole de los papeles futuros. ¿Qué había pasado con la prueba cinematográfica? ¡Por el amor de Dios, Ned, necesito trabajo! Pero la verdad era que su amor por el escenario artificial iba desvaneciéndose. Se había comprometido -mientras durara y pese al aumento del peligro-con el teatro de lo real.

Entonces empezaron las advertencias, como el crujido de los aparejos que anuncia una tormenta en el mar.

La primera llegó por la vía del pobre Ned Quilley, una llamada telefónica mucho más temprana de lo que le era habitual, ostensiblemente para retribuir otra que ella le había hecho el día anterior. Pero supo en seguida que era algo que Marjorie le había ordenado hacer en cuanto entró en la oficina. Antes de que se olvidara o perdiera coraje o se pusiera a afilar la punta de los lápices. No, no

tenía nada para ella, pero quería cancelar el almuerzo de ese día, dijo Quilley. No hay problema, contestó ella, tratando galantemente de ocultar su decepción, porque ese almuerzo era el gran almuerzo que habían planeado para celebrar el final de su gira y hablar sobre lo que haría después. Realmente, había estado esperándolo como un placer que podía decentemente permitirse.

- Pero si está muy bien -insistió, y esperó a que él le diera su excusa, pero en lugar de eso, él se fue al otro extremo e hizo un intento estúpido por ser rudo.

- Sencillamente, no me parece que sea el momento adecuado -dijo con arrogancia.

- Ned, ¿qué pasa? No estamos en cuaresma. ¿Qué te ha pasado?

Su frivolidad falsa, que tenía por objeto facilitarle las cosas, sólo sirvió para incitarle a mayores muestras de pomposidad.

- Charlie, no sé qué te ha pasado a ti -comenzó, hablando desde su Altar-. Yo fui joven una vez y no tan estrecho como pudieras pensar, pero si es verdad la mitad de lo que se ha sugerido, entonces no puedo evitar pensar que sería mejor, mucho mejor para ambas partes… -pero, siendo su adorable Ned, no pudo decidirse a dar el golpe final, de modo que dijo-: posponer nuestra cita hasta que hayas recuperado el raciocinio -punto en el cual, según el guión de Marjorie, hubiera tenido que cortar la comunicación, cosa que de hecho se arregló para hacer después de varios telones falsos y mucha ayuda de parte de Charlie.

Ella volvió a telefonear en seguida y consiguió a la señora Ellis, que era lo que quería.

- ¿Qué sucede, Pheeb? ¿Por qué de pronto tengo mal aliento?

- ¡Oh, Charlie! ¿Qué has estado haciendo? -dijo la señora Ellis, hablando muy bajo porque temía que el teléfono estuviera intervenido-. La policía estuvo aquí una mañana entera preguntando por ti, tres tipos, y no se nos permite decir nada.

- Bueno, jódelos -dijo valerosamente.

Es uno de sus controles periódicos, se dijo. La brigada de Investigación Discreta, entrometiéndose con sus botas claveteadas para completar su dossier antes de Navidad. Habían estado haciéndolo regularmente desde que había empezado a ir a las tribunas. Excepto que, por alguna razón, no parecía cosa de rutina. No toda una mañana y tres de ellos. Eso estaba reservado a los V.I.P.

Después vino lo de la peluquera.

Había hecho una cita para las once y la mantuvo, con o sin almuerzo. La propietaria era una generosa dama italiana llamada Bibi. Cuando vio entrar a Charlie, frunció el entrecejo y dijo que ese día iba a atenderla ella misma.

- ¿Has vuelto a salir con un tipo casado? -aulló, mientras echaba

champú en el pelo de Charlie-. No tienes buen aspecto, ¿sabes? ¿Has sido una mala chica, le has robado el marido a alguien? ¿Qué haces, Charlie?

«Tres hombres -dijo Bibi, obligada por Charlie-. Ayer.» Dijeron que eran inspectores de impuestos; querían ver la agenda de Bibi y las cuentas del valor añadido.

Pero en realidad, lo que de verdad querían era saber sobre Charlie.

- «¿Quién es esta Charlie de aquí?», me dicen. «¿La conoce bien, Bibi?» Claro, les digo. «Charlie es una buena chica, una cliente.» «¡Ah, una cliente!, ¿eh? Le habla de sus amiguitos, ¿eh? ¿A quién se ha conseguido? ¿Dónde duerme estos días?» Todo acerca de que has estado de vacaciones…, con quién vas, dónde vas después de Grecia. Yo no les digo nada. Confía en Bibi.

Pero ya en la puerta, después de que Charlie hubo pagado, Bibi se puso un poco desagradable, por primera vez.

- No vuelvas por un tiempo, ¿de acuerdo? No me gustan los problemas. No me gusta la policía.

- A mí tampoco, Beeb. Créeme, a mí tampoco. Y menos que nadie esas tres bellezas.

«Cuanto más pronto sepan de ti las autoridades, más pronto forzaremos la mano de la oposición», le había prometido Joseph. Pero no le había dicho que iba a ser así.

Después, menos de dos horas más tarde, llegó el chico bonito.

Había comido una hamburguesa en alguna parte y luego empezó a caminar, pese a que estaba lloviendo, porque tenía la estúpida idea de que mientras se mantuviera en movimiento estaba segura, y bajo la lluvia más segura todavía. Se encaminó hacia el oeste, pensando vagamente en Primrose Hill; después cambió de idea y saltó a un autobús. Probablemente fuera una coincidencia, pero cuando miró atrás desde la plataforma vio a un hombre que se metía en un taxi, a unas cincuenta yardas de allí. Y repasando el incidente, creyó recordar que había bajado bandera antes de que el tipo lo detuviera.

- «Manténte dentro de la lógica de la ficción -le había dicho Joseph una y otra vez-. Cede y habrás estropeado la operación. Pégate a la ficción y, cuando todo haya terminado, repararemos los daños.»

A medio camino del pánico, pensó en arrastrarle hasta lo de la modista y pedir ver a Joseph inmediatamente. Pero su lealtad hacia él la retuvo. Le amaba sin vergüenza y sin esperanza. En el mundo que él había vuelto de cabeza para ella, era lo único permanente, tanto en la ficción como en los hechos.

De modo que en lugar de eso fue al cine y allí fue donde trató de ligársela el hombre bonito. Y donde estuvo a punto de dejar que lo hiciera.

Era alto y malicioso, con un largo abrigo de cuero, nuevo, y gafas de abuelita, y cuando, durante el intermedio, se dirigió hacia ella por la fila, supuso estúpidamente que lo conocía y en su desconcierto no supo darle un nombre o un lugar. De modo que le devolvió la sonrisa.

- ¡Hola! ¿Cómo está? -exclamó él, sentándose a su lado-. Charmian, ¿no es verdad? ¡Dios, sí que estuvo bien en Alpha Beta el año pasado! ¿No estuvo realmente maravillosa? Tome unas palomitas de maíz.

De pronto, nada encajaba. La sonrisa despreocupada no encajaba con la mandíbula parecida a la de un esqueleto; las gafas de abuelita no se llevaban bien con los ojos de rata; las palomitas no tenían nada que ver con los zapatos lustrados y el abrigo de cuero, seco, no guardaba relación con el tiempo. Había llegado allí desde la luna, sin otra intención que la de detenerla.

- ¿Quiere que llame al gerente o se va solo? -dijo.

El se mantuvo en sus trece, protestando, sonriendo con afectación, preguntándole si era un fraude, pero cuando ella se precipitó en el vestíbulo, el personal había desaparecido como nieve de verano. No había nadie, excepto una chica negra, menuda, en la ventanilla, que fingió que estaba demasiado ocupada contando el cambio.

Ir a casa requirió más coraje del que poseía, más del que Joseph tenía derecho a esperar de ella, y durante todo el camino estuvo rogando que se le rompiera un tobillo o la atropellara un bus o sufriera otro de sus desmayos. Eran las siete de la tarde y el café atravesaba un momento de calma. El chef le sonrió brillantemente y su descarado amiguito la saludó, como de costumbre, agitando la mano como si ella fuera una tonta. Dentro del piso, en lugar de encender la luz, se sentó sobre la cama y dejó las cortinas abiertas, observando en el espejo cómo holgazaneaban los dos hombres por la acera de enfrente, sin hablarse y sin mirar nunca en su dirección. Las cartas de Michel todavía estaban bajo las tablas del suelo. También su pasaporte y lo que quedaba del fondo de combatiente. «Ahora tu pasaporte es un documento peligroso -le había advertido Joseph durante su sermón sobre su nuevo status después de la muerte de Michel-. No debería haber dejado que lo usaras para el viaje. Tu pasaporte debe quedar guardado, junto con los otros secretos.»

«Cindy», pensó Charlie.

Cindy era una huérfana georgiana que hacía el turno de tarde abajo. Su amante de la India occidental estaba en prisión por graves daños corporales y de vez en cuando Charlie le daba lecciones de guitarra gratis para ayudarla a pasar el tiempo,

«Cindy -escribió-. Aquí va un regalo de cumpleaños, para cuando sea tu cumpleaños. Llévalo a casa y practica hasta que estés medio

muerta. Tienes el talento, así que no te des por vencida. Llévate también el estuche, aunque como una idiota he dejado la llave en casa de mamá. La traeré la próxima vez que venga. De todos modos, la música todavía no es para ti. Amor, Chas.»

El estuche era de su padre, un sólido chisme eduardiano con cerraduras y remiendos. Adentro puso las cartas de Michel, junto con su dinero, el pasaporte y mucha música. Lo llevó abajo con la guitarra.

- Esto es para Cindy -le dijo al chef, y él tuvo un ataque de risa y lo puso todo en el lavabo de señoras, con la aspiradora y los envases vacíos.

Volvió a subir, encendió la luz, corrió las cortinas y se puso todas sus galas porque era noche de Peckham y ni todos los polis de la tierra ni todos sus amantes muertos le impedirían hacer ensayar a sus chicos para la pantomima. Regresó a casa apenas pasadas las once. La calle estaba vacía; Cindy se había llevado el estuche y la guitarra. Telefoneó a Al porque, de pronto, necesitaba desesperadamente un hombre, No hubo respuesta. El bastardo está follando por ahí otra vez. Intentó, sin éxito, encontrar a un par de antiguos amigos. El sonido del teléfono le parecía peculiar, pero, teniendo en cuenta cómo se sentía, era posible que fueran sus oídos. A punto de acostarse, echó una última ojeada por la ventana y allí estaban sus dos guardianes, otra vez plantados en la acera.

Al día siguiente no sucedió nada, excepto que cuando llamó a Lucy, esperando de algún modo encontrar a Al allí, Lucy dijo que Al había desaparecido de la superficie terrestre, que había llamado a la policía, a los hospitales y a todo el mundo.

- Prueba con la Perrera de Battersea -le aconsejó Charlie. Pero cuando regresó a su piso, allí estaba el viejo y horrible Al en el teléfono, en estado de histeria alcohólica.

- Vente para aquí ahora mismo, mujer. No hables; limítate a venir ya.

Fue, sabiendo que era más de lo mismo, sabiendo que ya no había rincón de su vida que no estuviera ocupado por el peligro.

Al se había instalado en lo de Willy y Pauly, que después de todo no iban a separarse. Llegó y descubrió que había convocado a todo un club de admiradores. Robert había llevado a una novia nueva, una idiota con los labios pintados de blanco y el cabello color malva, llamada Samantha. Pero, como de costumbre, era Al quien dominaba la escena.

- ¡Y tú puedes decirme lo que quieras! -aullaba cuando ella entró-. ¡Es esto! ¡Es la guerra! ¡Oh, sí, lo es, y la guerra total, ya que estamos en eso!

Siguió gritando hasta que Charlie le gritó a él: que se callara y le contara lo que había pasado.

- ¿Lo que ha pasado, chica? ¿Lo que ha pasado? Lo que ha pasado es que la contrarrevolución ha disparado sus primeras salvas, eso es lo que ha pasado, y la diana era este maldito idiota.

- ¡Cuéntamelo en maldito inglés! -chilló Charlie, pero estuvo a punto de volverse loca antes de poder sacarle los hechos.

Al estaba saliendo de esta taberna, cuando esos tres gorilas cayeron sobre él, dijo. Uno o hasta dos y hubiera podido enfrentarlos, pero eran tres y tan duros como el maldito Peñón de Brighton, y trabajaron sobre él en equipo. Pero no fue hasta que le metieron en el coche policial, medio castrado, que comprendió que los cerdos le detenían basándose en un cargo de indecencia amañado.

- Y sabes de qué querían hablar realmente, ¿no? -y la amenazó con su brazo-. ¡De ti, chica! ¡De ti y de mí y nuestra maldita política,! oh, sí! ¿Por casualidad no habría entre nuestros conocidos algunos amigables activistas palestinos? Mientras tanto, me dicen que me abrí la bragueta delante de un bonito niño cobrizo en el baño de caballeros del Rising Sun e hice con la mano derecha movimientos como si me masturbase. Y cuando no están diciéndome eso, me están diciendo que me arrancarán las uñas una a una y me darán diez años en Sing Sing por tramar complots anarquistas con mis amiguitos maricas de las islas griegas, como Willy y Pauly. ¡Quiero decir que ya estamos, chica! Este es el día uno y nosotros, en esta habitación, somos la vanguardia.

Le habían golpeado la oreja con tanta fuerza que no se escuchaba hablar, dijo; sus pelotas eran como huevas de ostra y miren el maldito hematoma de su brazo. Lo tuvieron en conserva veinticuatro horas y le interrogaron durante seis. Le ofrecieron el teléfono, pero no monedas, y cuando pidió una guía telefónica resultó que la habían perdido, así que ni siquiera pudo llamar a su agente. Después, absurdamente, habían dejado caer el cargo de exhibición indecente y lo habían dejado salir bajo fianza.

Entre los presentes había un chico llamado Matthew, un aprendiz de contable de mejillas regordetas que buscaba emociones. Y tenía un piso. Para su sorpresa, Charlie fue allí y durmió con él. Al día siguiente no había ensayo y ella había estado pensando en visitar a su madre, pero a la hora del almuerzo, cuando despertó en la cama de Matthew, no tuvo estómago para hacerlo, así que la llamó por teléfono y canceló la visita. Probablemente fue esto lo que decidió a la policía, porque cuando llegó a la puerta del café de Goa esa tarde, encontró un coche patrulla aparcado junto al bordillo y a un sargento de uniforme parado en la puerta abierta y junto a él el chef, sonriéndole con turbación asiática.

«Ha sucedido -pensó tranquilamente-. Y ya era tiempo. Finalmente, han dejado el trabajo fino.»

El sargento pertenecía al tipo de hombre de ojos furiosos y pelo

corto que odia a todo el mundo, pero más que a nadie a los indios y las mujeres bonitas. Tal vez fue este odio el que lo cegó, en ese momento crucial, con referencia a la posible identidad de Charlie.

- El café está temporalmente cerrado -le espetó-. Busque otro lugar.

La aflicción engendra sus propias respuestas.

- ¿Es que ha muerto alguien? -preguntó temerosamente.

- Si es así, no me lo han dicho. Se ha visto a un sospechoso en el local. Nuestros oficiales están investigando. Y ahora, lárguese.

Tal vez había estado demasiado tiempo trabajando y tenía sueño. Tal vez no conocía la velocidad de pensamiento y movimientos que puede desarrollar una chica impulsiva. En cualquier caso, en un segundo pasó bajo su brazo y estuvo dentro del café, cerrando las puertas detrás de sí mientras corría. El café estaba vacío y las máquinas apagadas. Su propia puerta estaba cerrada, pero escuchó el murmullo de voces masculinas. Abajo, el sargento aullaba y golpeaba la puerta. Escuchó: «Eh, usted. Deténgase. Salga.» Pero débilmente. Pensó: llave, y abrió el bolso. Vio el pañuelo de cabeza blanco y se lo puso, un cambio relámpago entre escenas. Después tocó el timbre, dos timbrazos rápidos, confiados. Movió la solapa del buzón.

- ¿Chas? ¿Estás ahí? Soy yo, Sandy.

Las voces se acallaron de golpe; escuchó unos pasos y un susurro: «¡Harry, rápido!» La puerta se abrió y se encontró mirando directamente a los ojos de un hombrecito salvaje, de cabello gris y traje gris. Detrás de él, veía las atesoradas reliquias de Michel dispersas por todas partes, la cama deshecha, los pósters en el suelo, la alfombra enrollada y las tablas del piso retiradas. Vio una cámara boca abajo y un segundo hombre mirando por el visor y debajo varias de las cartas de su madre. Vio cortafríos, cortapapeles y su aspirante a amante del cine con sus gafas de abuelita, arrodillado entre una pila de sus lujosas ropas nuevas, y supo de una sola mirada que no estaba interrumpiendo la investigación, sino la irrupción misma.

- Busco a mi hermana Charmian -dijo-. ¿Quién demonios son ustedes?

- No está aquí -contestó el hombre cano, y ella percibió un ligerísimo acento galés y observó marcas de uñas en su mandíbula. Sin dejar de mirarla, levantó la voz hasta un bramido.

- ¡Sargento Mallis! ¡Sargento Mallis, saque a esta dama de aquí y tómele los datos!

Le cerraron la puerta en la cara. Desde abajo llegaba el sonido del desafortunado sargento, que seguía aullando. Bajó suavemente las escaleras, pero sólo hasta el rellano, desde donde se deslizó entre montones de cajas de cartón en dirección a la puerta del patio. Tenía puesto el cerrojo, pero no estaba cerrada con llave. El patio daba a un

callejón y el callejón a una calle donde vivía la señorita Dubber. Al pasar junto a su ventana, Charlie golpeó y le dedicó un alegre ademán de saludo. Nunca sabría cómo se las arregló para hacerlo, de dónde sacó el coraje. Siguió caminando, pero detrás de ella no se escucharon pasos ni voces furiosas. Ningún coche frenó a su lado. Llegó al camino principal y en algún punto del camino se puso un guante de cuero, que era lo que Joseph le había dicho que hiciera si la hacían correr. Vio un taxi libre y lo detuvo. «Bueno - pensó alegremente-, aquí estamos.» Fue sólo mucho, mucho más tarde en sus muchas vidas, cuando le pasó por la cabeza la idea de que la habían dejado ir deliberadamente.

Joseph había ordenado que dejara fuera del asunto a su Fiat y, aunque a regañadientes, supo que tenía razón. De modo que se movió por pasos, nada apresurado. Estaba tratando de contenerse. «Después del taxi, damos un paseo en bus -se dijo-, caminamos un poco y luego un trecho en metro.» Su mente estaba afilada como un hacha, pero tenía que poner las ideas en orden. Su alegría no había disminuido. Sabía que tenía que controlar con firmeza sus respuestas antes de hacer el movimiento siguiente, porque si estropeaba eso, estropeaba todo el espectáculo. Joseph se lo había dicho y ella le creía.

«Estoy huyendo. Me siguen. ¡Cristo, Helg!, ¿qué hago?»

«Puedes llamar a este número sólo en caso de extrema emergencia, Charlie. Si llamas innecesariamente, nos enojaremos mucho, ¿me oyes?»

«Sí, Helg; te oigo.»

Se sentó en una taberna y bebió uno de los vodkas de Michel, recordando el resto de consejo gratuito que Helga le había dado mientras Mesterbein remoloneaba en el coche. «Asegúrate de que no te siguen. No uses el teléfono de amigos o de tu familia. No uses la cabina de la esquina o la de enfrente o la que esté calle arriba o calle abajo de tu piso.

»Nunca, ¿me oyes? Todas son extremadamente peligrosas. Los cerdos pueden intervenir un teléfono en un segundo, puedes estar segura. Y nunca uses dos veces el mismo teléfono. ¿Me oyes, Charlie?»

«Te oigo perfectamente, Helg.»

Salió a la calle y vio a un hombre mirando el escaparate oscuro de una tienda, y a un segundo alejándose lentamente de él hacia un coche con antena aparcado. Entonces le poseyó el terror y era un sentimiento tan horrible que deseaba dejarse caer gimoteando en la acera y confesarlo todo y rogarle al mundo que la aceptara de nuevo. La gente que estaba delante de ella era tan aterradora como la que estaba detrás; las líneas fantasmales del bordillo conducían a un espantoso punto impreciso que era su propia extinción. «Helga -rezó-. ¡Oh, Helg, sácame de esto!» Cogió un bus en dirección equivocada,

esperó, cogió otro y volvió a caminar, pero se salteó el metro porque la idea de estar bajo tierra la asustaba. De modo que cedió y tomó otro taxi y miró por la ventanilla posterior. Nada la seguía. La calle estaba vacía. Al demonio con el paseo, al demonio con los metros y los buses.

- Peckham -le dijo al conductor, y fue directo hasta las puertas, como es debido.

El vestíbulo que usaban para los ensayos estaba en la parte trasera de la iglesia. Era un lugar parecido a un granero, contiguo a un campo de juegos aventurero que los chicos habían destrozado hacía tiempo. Para llegar, tenía que bajar junto a una hilera de tejos. No había luces, pero tocó el timbre a causa de Lofty, un boxeador retirado. Lofty era el guardián nocturno, pero desde los cortes venía como mucho tres noches por semana y, para su alivio, el timbre no produjo ruido de pasos como respuesta. Abrió la puerta y entró, y el frío aire institucional le recordó la iglesia de Cornish, a la que había entrado después de haber colocado su corona al revolucionario desconocido. Cerró la puerta detrás de sí y encendió una cerilla. Su llama aleteó en los pulidos azulejos verdes y la alta bóveda del techo de pino victoriano. Llamó: «Loftyyyy», bromeando para mantener alto el espíritu. La cerilla se apagó, pero encontró la cadena de la puerta y la hizo deslizarse por su canal antes de encender otra cerilla. Su voz, sus pasos, el ruido metálico de la cadena en medio de la profunda oscuridad, siguieron sonando locamente durante horas.

Pensó en murciélagos y otras pesadillas; en algas que se arrastraban sobre su cara. Una escalera con barandilla de hierro conducía a una galería de pino conocida eufemísticamente como «la habitación común» y que le recordaba a Michel desde su visita clandestina al dúplex de Munich. Cogiéndose de la barandilla, la siguió escaleras arriba; después se quedó inmóvil en la galería, contemplando la penumbra del vestíbulo y escuchando mientras sus ojos se acostumbraban a la oscuridad. Distinguió el escenario, después las infladas nubes sicodélicas del telón de foro, después las vigas y el techo. Desechó el resplandor plateado de su único spot, un faro transformado por un chico de las Bahamas llamado Gums, que lo había birlado de un cementerio de automóviles. En la galería había un viejo sofá y junto a él una mesa recubierta de plástico que reflejaba el resplandor de la ciudad que entraba por la ventana. Sobre la mesa estaba el teléfono negro, que era para uso exclusivo del personal, y el cuaderno en el cual se suponía que había que anotar las llamadas personales, que provocaba por lo menos seis peleas frenéticas por mes.

Sentada en el sofá, Charlie esperó a que su estómago se desanudara y su pulso bajara de las trescientas pulsaciones. Entonces levantó a la vez el teléfono y la horquilla y los dejó en el suelo, debajo de la mesa. En el cajón de la mesa solía haber un par de bujías

domésticas para cuando no funcionara la instalación eléctrica, lo que sucedía a menudo, pero alguien las había birlado también. De modo que retorció una página de una vieja revista parroquial, haciendo una pajuela y, metiéndola dentro de una taza sucia, encendió un extremo para hacer un sebo. Con la mesa arriba y el parapeto a un lado, la llama quedaba tan contenida como era posible, pero de todos modos la apagó de un soplido después de marcar. Tenía que marcar un total de quince números, y la primera vez el teléfono se limitó a aullar. La segunda vez marcó mal y se encontró con un italiano loco que le gritaba, y la tercera, se le resbaló el dedo, pero la cuarta vez consiguió un silencio pensativo seguido por el sonido agudo de una llamada continental, seguido a su vez mucho después por la voz estridente de Helga hablando alemán.

- Es Joan -dijo Charlie-. ¿Me recuerdas?

- Y le respondió otro silencio pensativo.

- ¿Dónde estás, Joan?

- Ocúpate de tus malditos asuntos.

- ¿Tienes un problema, Joan?

- No exactamente. Sólo quería darte las gracias por llevar a los cerdos hasta mi maldita puerta.

Y después, para gloria suya, la poseyó la vieja furia voluptuosa y se dejó llevar con un abandono que no había manejado desde la época que no le estaba permitido recordar, cuando Joseph la había llevado a ver a su pequeño amante antes de utilizarlo como carnada.

Helga la escuchó en silencio.

- ¿Dónde estás? -dijo cuando le pareció que Charlie había terminado. Hablaba a disgusto, como si estuviera quebrantando sus propias reglas.

- Olvídalo -dijo Charlie.

- Te pueden ver en alguna parte? Dime dónde estarás las próximas cuarenta y ocho horas.

- No.

- ¿Puedes volver a telefonearme dentro de una hora, por favor?

- No puedo.

Hubo un largo silencio.

- ¿Dónde están las cartas?

- A salvo.

Otro silencio.

- Busca lápiz y papel.

- No necesito.

- Hazlo de todos modos. No estás en condiciones de recordar nada con exactitud. ¿Estás

lista?

No era una dirección ni tampoco un número de teléfono. Pero sí

una calle, una hora y la ruta por la cual debía aproximarse.

- Haz exactamente lo que te digo. Si no puedes hacerlo, si tienes más problemas, llama al número de la tarjeta de Anton y di que deseas encontrar a Petra. Trae las cartas. ¿Me oyes? Petra y las cartas. Si no las traes, nos enojaremos muchísimo contigo.

Al cortar la comunicación, Charlie percibió el sonido de unas manos aplaudiendo suavemente desde la platea, abajo. Fue hasta el borde del balcón, miró y para su inconmensurable alegría vio a Joseph sentado solo en el centro de la primera fila. Se volvió y bajó corriendo las escaleras a su encuentro. Llegó al último escalón y lo encontró esperando con los brazos tendidos. Tenía miedo de que tropezara en la oscuridad. La besó y siguió besándola; después, la llevó de regreso a la galería, rodeándola con su brazo aun en la porción más angosta de la escalera y llevando una cesta en la otra mano.

Había llevado salmón ahumado y una botella de vino. Los había puesto sobre la mesa sin desenvolverlos. Sabía cuál era el lugar de los platos bajo el fregadero y cómo conseguir que se encendiera el fuego eléctrico en el enchufe sobrante de la cocina. Había llevado un termo con café y un par de mantas bastante oportunas que había sacado de la guarida de Lofty, abajo. Colocó el termo junto a los platos y después comprobó las grandes puertas victorianas, corriendo el cerrojo por la parte de adentro. Y ella supo, incluso en esa luz escasa -lo supo por la línea de su espalda y la privada deliberación de sus gestos-, que estaba haciendo algo no programado y cerraba las puertas a todo mundo que no fuese el propio. Se sentó a su lado en el sofá y la cubrió con una manta, porque era preciso defenderse del frío del vestíbulo. Y también porque había que dominar sus temblores, que no podía detener. La llamada telefónica a Helga la había dejado muerta de miedo, y también los ojos de verdugo del policía de su piso y la acumulación de días de espera y de conocimiento a medias que era mucho, mucho peor que no saber nada.

La única luz era la que provenía del fuego eléctrico e iluminaba desde abajo la cara de él como una pálida candileja de la época en que los teatros usaban candilejas. Lo recordaba en Grecia, diciéndole que la iluminación por candilejas de los antiguos lugares era un acto de moderno vandalismo, porque los templos habían sido construidos para ser vistos con el sol encima, no debajo. Le rodeaba los hombros con su brazo debajo de la manta y ella percibió lo delgada que era apoyada en él.

- He adelgazado -le dijo, como una especie de advertencia.

El no contestó, pero la estrechó aún más para mantener bajo control sus temblores, para absorberlos y hacerlos suyos. Ella pensó que siempre había sabido, pese a sus evasiones y disfraces, que él era esencialmente un hombre bueno, lleno de comprensión instintiva para

todos; en la guerra como en la paz, un hombre con conflictos que odiaba causar dolor. Le puso una mano en la cara y se sintió complacida al descubrir que no se había afeitado, porque esa noche no deseaba pensar que él hubiera calculado nada, aunque no era su primera noche, ni siquiera la quinta: eran viejos amantes apasionados con la mitad de los moteles de Inglaterra a sus espaldas, con Grecia y Salzburgo y Dios sabe cuántas otras vidas además. Porque de pronto se le hizo evidente que toda esa ficción compartida no era nada más que una preparación para esta noche de hechos.

El retiró su mano, la apretó contra sí y besó su boca, y ella respondió castamente, esperando que él encendiera las pasiones de las que tan a menudo habían hablado. Amaba sus muñecas, sus manos. No había habido manos más sabias que las suyas. Estaba tocando su cara, su cuello, sus pechos, y ella evitó besarle porque deseaba que los sabores se separaran: «Ahora está besándome, ahora está tocándome, me desnuda, está en mis brazos, estamos desnudos, estamos otra vez en la playa, sobre la arena rasposa de Mikonos; somos edificios maltratados con el sol iluminándonos desde abajo.» El rió y, rodando para separarse de ella, bajó el fuego eléctrico. Y en toda su experiencia amorosa, ella nunca había visto nada tan hermoso como su cuerpo inclinado sobre el resplandor rojo, el fuego más brillante en el que ardía su propio cuerpo. Regresó a su lado, y, arrodillándose, volvió a empezar desde el principio por si había olvidado la historia, besando y tocando todo con una posesividad ligera que lentamente perdía su timidez, pero regresando siempre a su cara porque necesitaban verse y gustarse el uno al otro una y otra vez y reasegurarse de que eran quienes decían que eran. El era el mejor mucho antes de penetrarla, el amante incomparable que nunca había tenido, la estrella distante que había estado siguiendo por todo ese país podrido. Si hubiera sido ciega, lo hubiera conocido por su contacto; si hubiera estado muriéndose, por esa triste sonrisa victoriosa que derrotaba al terror y la incredulidad simplemente porque estaba allí, frente a ella, por su instintiva capacidad de conocerla y de acrecentar su propio conocimiento.

Despertó y lo encontró sentado mirándola, esperando que volviera en sí. Había guardado

todo.

- Es un niño -dijo, y sonrió.

- Son mellizos -contestó ella y cogió su cabeza y la puso contra su hombro. El empezó a hablar, pero lo detuvo con una seria advertencia-: No quiero confesiones -dijo-. Ninguna cobertura ni disculpa ni mentira. Si es parte del servicio, no me lo digas. ¿Qué hora es?

- Medianoche.

- Entonces vuelve a la cama.

- Marty quiere hablarte -dijo él.

Pero algo en su voz y en sus gestos le dijeron que esta ocasión la había creado él, no Marty.

Era la casa de Joseph.

Lo supo en cuanto entró. Una pequeña habitación rectangular, llena de libros, en una planta baja de algún lugar de Bloomsbury, con cortinas de encaje y lugar para un inquilino pequeño. En esta pared había mapas del Londres secreto; en aquella otra, un aparador con dos teléfonos. El tercer lado estaba constituido por una litera en la que nadie había dormido; el cuarto era un escritorio de abeto con una vieja lámpara encima. Junto a los teléfonos burbujeaba una cafetera y en la chimenea ardía un buen fuego. Marty no se puso en pie cuando entró ella, pero la miró y le dedicó la sonrisa más cálida y mejor que había obtenido de él, aunque tal vez fuera porque ella misma estaba viendo el mundo como un lugar agradable. Le tendió los brazos y ella cedió y se entregó a su largo abrazo paternal: mi hija, que acaba de regresar de sus viajes. Se sentó frente a él y Joseph se acuclilló en el suelo, al estilo árabe, de la misma manera en que se había acuclillado en lo alto de la colina cuando la hizo acudir a su lado y le dio instrucciones sobre el arma.

- ¿Quieres escucharte a ti misma? -la invitó Kurtz, señalando un grabador que tenía a su lado. Ella meneó la cabeza-. Charlie, estuviste fantástica. No la tercera figura ni la segunda, sino la primera, siempre.

- Está halagándote -le advirtió Joseph, pero no bromeaba.

Entró una mujer pequeña vestida de marrón, sin golpear, y hubo una conversación sobre quién había cogido el azúcar.

- Charlie, estás libre para salirte -dijo Kurtz cuando la mujer se hubo ido-. Aquí Joseph insiste en que te lo recuerde, en voz alta y con toda claridad. Vete ahora; te vas con todos los honores. ¿Está bien, Joseph? Un montón de dinero; un montón de honor. Lo que te prometimos y más.

- Ya se lo he dicho -dijo Joseph.

Ella vio que la sonrisa de Kurtz se ensanchaba para ocultar su irritación.

- Seguro que se lo has dicho, Joseph, y ahora se lo estoy diciendo yo. ¿No es eso lo que quieres? Charlie, has levantado la tapa de una caja de gusanos que hemos estado buscando desde hace mucho tiempo. Nos has revelado más nombres, lugares y conexiones de las que sabes, y vendrán más. Contigo o sin ti. Por ahora estás todavía casi limpia, y donde haya zonas sucias, danos unos meses y las haremos limpiar. Un período de cuarentena en alguna parte, un período de enfriamiento, llévate una amiga contigo… Tú lo quieres así y así es como tienes derecho a pedirlo.

- Lo dice en serio -dijo Joseph-. No te limites a decir que seguirás. Piénsalo.

Una vez más, observó la sombra de fastidio en la voz de Marty cuando se dirigió a su subordinado.

- Por supuesto que lo digo en serio, y si no lo dijera en serio, éste sería el último momento que elegiría para flirtear con lo que digo -dijo, arreglándoselas al final para transformar la reprimenda en un chiste.

- ¿Entonces dónde estamos? -preguntó Charlie-. ¿En qué momento?

Joseph comenzó a hablar, pero Marty llegó primero.

- Charlie, en este asunto hay una cosa que está por encima de la línea y otra que está por debajo. Hasta ahora, has estado por encima, arreglándotelas de todos modos para mostrarnos qué estaba pasando más abajo. Pero a partir de aquí…, bueno, puede tratarse de algo distinto. Así es como lo interpretamos. Podemos equivocarnos, pero es así como interpretamos los signos.

- Lo que quiere decir es que hasta ahora has estado en territorio amigo. Podemos estar cerca de ti, sacarte del lío si es preciso. Pero a partir de ahora, eso ha terminado. Serás una de ellos. Compartirás sus vidas. Su mentalidad. Su moral. Podrías pasar semanas y aun meses sin tener contacto con nosotros.

- Tal vez no sin contacto, pero sí fuera de nuestro alcance, eso es verdad -concedió Marty. Estaba sonriendo, pero no a Joseph-. Pero andaremos por ahí, puedes contar con eso.

- ¿Cuál es el fin? -preguntó Charlie.

Marty pareció momentáneamente confundido.

- ¿Qué clase de fin, querida…, el fin que justifica estos medios? Me parece que no te entiendo bien.

- ¿Qué estoy buscando? ¿Cuándo estarán satisfechos?

- Charlie, ahora estamos más que satisfechos -dijo Marty generosamente, y ella supo que estaba mintiendo.

- El fin es un hombre -dijo abruptamente Joseph, y ella vio que la cabeza de Marty giraba hacia él hasta que dejó de verle la cara. Pero no la de Joseph y su mirada, al devolver la de Marty, tenía una franqueza desafiante que no había visto antes en él.

- Charlie, el fin es un hombre -aceptó finalmente Marty, volviéndose hacia ella una vez más-. Si vas a seguir adelante, éstas son cosas que tendrás que saber.

- El Jalil -dijo ella.

- El Jalil está bien -dijo Marty-. El Jalil dirige toda su operación europea. El es el hombre que necesitamos tener.

- Es peligroso -dijo Joseph-. Es tan bueno como malo era Michel.

Tal vez para descolocarle, Kurtz adoptó el mismo estribillo.

- El Jalil no confía en nadie, no tiene una chica fija. Jamás duerme dos noches en la misma cama. Se ha desconectado de la gente. Ha reducido sus necesidades básicas hasta el punto en que es casi autosuficiente. Un operario inteligente -terminó Kurtz, dedicándole su sonrisa más indulgente. Pero cuando encendió otro cigarro, ella supo por el temblor de la cerilla que estaba de verdad muy enojado.

¿Por qué no vacilaba?

Había descendido sobre ella una calma extraordinaria, una lucidez de sentimiento que estaba más allá de lo que había conocido hasta entonces. Joseph, no había dormido con ella para echarla, sino para retenerla. Estaba sufriendo por ella todos los temores y las vacilaciones que deberían haber sido sólo suyos. Sin embargo, ella sabía también que en este secreto microcosmos de existencia que habían creado para ella, retroceder ahora era retroceder para siempre; que un amor que no progresaba, jamás podía renovarse; sólo podía hundirse en el pozo de mediocridad al cual se habían consignado sus otros amores desde que había empezado su vida con Joseph. El hecho de que él deseaba que se detuviera, no la arredró; por el contrario, fortificó su resolución. Eran socios. Eran amantes. Estaban casados con un destino común, una común marcha hacia adelante.

Estaba preguntando a Kurtz cómo reconocería a la presa. ¿Se parecía a Michel? Marty sacudía la cabeza y reía.

- ¡Ay, querida, jamás posó para nuestros fotógrafos!

Después, mientras Joseph apartaba deliberadamente la vista en dirección a la ventana manchada de hollín, Kurtz se puso rápidamente en pie y sacó de un viejo portafolios que estaba junto al sillón en el que había estado sentado, lo que parecía un gordo recambio de bolígrafo, ondulado en un extremo por un par de delgados alambres rojos que se destacaban como las patillas de una langosta.

- Esto es lo que llamamos un detonador, querida -explicó, mientras su dedo rechoncho daba golpecitos sobre el recambio-. Aquí, en el extremo, está el tapón y metidos en el tapón están los alambres. Necesita un poco de alambre. El resto, lo que sobra, lo embala así. -Y sacando, también del portafolios, un par de pinzas, cortó cada cable por separado, dejando del mismo unas dieciocho pulgadas. Después, con un gesto hábil y experimentado, enrolló los cables sobrantes hasta formar un títere completo, hasta con cinturón. Luego se lo pasó-. La muñequita es lo que llamamos su firma. Más pronto o más tarde, todos reciben una firma. Esta es la suya.

Dejó que se lo sacara de las manos.

Joseph tenía un domicilio para que fuera. La pequeña mujer de marrón la acompañó hasta la puerta. Salió a la calle y encontró un taxi esperándola. Amanecía y los gorriones empezaban a cantar.

20

Salió más temprano de lo que le había dicho Helga, en parte porque en cierto sentido era aprensiva y en parte porque se había revestido deliberadamente de un escepticismo basto con referencia a la totalidad del plan. «¿Y qué pasa si no funciona? -había objetado-. Esto es Inglaterra, Helg, no la supereficiente Alemania… ¿Y qué pasa si cuando llamas está comunicando?» Pero Helga se había negado a considerar estos argumentos. «Haz exactamente lo que se te ordena, deja el resto para mí.» De modo que partió de Gloucester Road y se sentó arriba, pero en lugar de coger el primer bus posterior a las siete y media, cogió el que llegaba pasadas las ocho. En la estación de metro de Tottenham Court Road tuvo suerte: en el momento en que llegaban a la plataforma sur, salía un tren, con el resultado de que tuvo que quedarse sentada mucho tiempo en Embankment, hasta que hizo su última conexión. Era una mañana de domingo y, aparte de algunos insomnes y devotos, era la única persona despierta en todo Londres. La City, cuando llegó, había sido totalmente abandonada, y sólo tuvo que encontrar la calle para ver la cabina telefónica a unas cien yardas adelante, exactamente como la había descrito Helga, que le hacía guiños como un faro. Estaba vacía.

- Primero vas al final de la calle, das la vuelta y regresas -había dicho Helga, de modo que obedientemente hizo una primera pasada y se aseguró de que el teléfono no parecía demasiado destrozado, aunque para entonces había decidido que era un lugar absurdamente obvio para dar vueltas esperando llamadas telefónicas de terroristas internacionales. Dio la vuelta y comenzó a retroceder otra vez y, al hacerlo, vio con infinito fastidio, a un hombre que entraba en la cabina y cerraba la puerta. Echó una mirada a su reloj y comprobó que faltaban todavía doce minutos, de modo que, no demasiado preocupada, se instaló a unos metros de distancia y esperó. El llevaba un sombrero de corcho, como un pescador, y un abrigo de cuero con cuello de piel, excesivo para un día tan pegajoso. Le daba la espalda y hablaba en un italiano torrencial. «Por eso necesita el forro de piel -pensó-. Su sangre latina no se lleva bien con nuestro clima.» La propia

Charlie seguía usando la misma ropa que tenía cuando se ligó al joven Matthew en la reunión de Al: unos tejanos viejos y su chaqueta tibetana. Se había peinado, pero no cepillado el cabello. Se sentía tensa y perseguida y pensó que se le notaba.

Faltaban siete minutos y el hombre de la cabina se había embarcado en uno de esos apasionados monólogos italianos que podían versar tanto sobre el amor no correspondido como sobre el estado de la bolsa de Milán. Nerviosa ahora, se mojó los labios y examinó la calle, pero no había un alma. Ni siniestros sedanes negros ni hombres de pie en las puertas; tampoco había ningún Mercedes rojo. El único coche a la vista era una furgoneta pequeña, de carrocería rayada y con la puerta del conductor abierta directamente frente a ella. De todos modos, estaba comenzando a sentirse muy desnuda. Dieron las ocho, anunciadas por una sorprendente variedad de carillones seculares y religiosos. Helga había dicho a las ocho y cinco. El hombre había dejado de hablar, pero escuchó el tintineo de monedas en sus bolsillos mientras buscaba más. Después escuchó un golpecito con el que trataba de llamar su atención. Se volvió y lo vio con una moneda de cincuenta peniques, mirándola suplicante.

- ¿No puede dejarme pasar, primero? -dijo-. Tengo prisa. Pero el inglés no era su lengua.

«Al diablo con todo -pensó-. Helga tendrá que seguir marcando. Es exactamente lo que le dije que sucedería.» Sacándose la correa del bolso del hombro, lo abrió y hurgó en el fondo en busca de monedas de diez y de cinco, hasta que reunió las cincuenta. «¡Cristo, mira el sudor de mis dedos!» Le tendió el puño, con los dedos húmedos hacia abajo, dispuesta a dejar caer las monedas en su agradecida palma latina, y vio que él la apuntaba con una pistola pequeña por entre los pliegues de la chaqueta abierta, exactamente al punto en el que su estómago se encontraba con las costillas, un juego de manos tan limpio como el mejor que pudiera encontrarse. No era un arma grande, «aunque las armas parecen mucho más grandes cuando están apuntándote», observó. Más o menos del tamaño de la de Michel. Pero como le había dicho el propio Michel, toda pistola es un compromiso entre el disimulo, el transporte sencillo y la eficacia. Seguía sosteniendo el teléfono en la otra mano y ella supuso que del otro lado seguía escuchando a alguien, porque, aunque ahora le estaba hablando a Charlie, mantenía la cara cerca de la boquilla.

- Lo que harás es caminar junto a mí hasta el coche, Charlie -explicó en buen inglés-. Te mantienes a mi derecha, caminas un poquito por delante de mí, las manos a la espalda, donde pueda verlas. Juntas a la espalda, ¿me sigues? Si tratas de huir o haces una señal a alguien, si gritas, entonces te dispararé en el lado izquierdo…, aquí, y te mataré. Si aparece la policía, si alguien dispara, si sospechan

de mí, me da lo mismo. Te mataré.

Le mostró el punto en su propio cuerpo, de modo que comprendiera. Agregó algo en italiano en el teléfono y colgó. Después salió a la acera y le dedicó una gran sonrisa confiada, justo en el momento en que su cara estaba más cerca de la de ella. Era una verdadera cara italiana, sin una sola línea desperdiciada. Y también una verdadera voz italiana, rica y musical. Podía imaginarla sonando en antiguos mercados y dando charla a las mujeres en sus balcones.

- Vamos -dijo él. Una mano había quedado en el bolsillo de su chaqueta-. No demasiado rápido. ¿De acuerdo? Tranquila y normal.

Un momento antes había estado necesitando desesperadamente hacer pis, pero al caminar la urgencia desapareció y en su lugar padeció un calambre en la nuca y un zumbido en el oído derecho parecido al de un mosquito en la oscuridad.

- Cuando llegues al asiento del acompañante, pon las manos en el tablero -le aconsejó mientras caminaba detrás de ella-. La chica que está atrás también tiene una pistola y es muy, rápida para dispararle a la gente. Mucho más rápida que yo.

Charlie abrió la puerta del acompañante, se sentó y colocó la punta de los dedos sobre el tablero, como una niña educada en la mesa.

- ¡Tranquila, Charlie! -dijo alegremente Helga, detrás de ella-. ¡Baja los hombros, querida, ya pareces una vieja! -Pero Charlie mantuvo los hombros donde los tenía-. Ahora sonríe. ¡Hurra! Sigue sonriendo. Hoy todo el mundo es feliz. El que no sea feliz merece un tiro.

- Empieza conmigo -dijo Charlie.

El italiano se sentó frente al volante y encendió la radio en la emisora de Dios.

- Apágala -ordenó Helga. Estaba apretada contra las puertas traseras, con las rodillas levantadas y sosteniendo el arma con ambas manos, y no parecía el tipo de persona que falla a una lata de aceite a quince pasos. Con un encogimiento de hombros, el italiano apagó la radio y, en el silencio restablecido, volvió a hablarle:

- Muy bien; te pones el cinturón de seguridad, después juntas las manos y las pones sobre el regazo -dijo-. Espera, lo haré por ti. -Y cogiendo su bolso se lo tiró a Helga, después cogió el cinturón y lo cerró, rozando con descuido sus senos. En la treintena.

Apuesto como una estrella de cine. Un Garibaldi echado a perder con la bufanda roja, que iba para héroe. Calmosamente, con todo el tiempo del mundo para matar, sacó de su bolsillo un par de gafas de sol y se las puso. Al comienzo ella pensó que se había quedado ciega de miedo, porque no veía absolutamente nada. Después pensó: «Son del tipo de las que se van adaptando; se supone que tengo que

quedarme quieta y esperar a que se aclaren.» Después comprendió que se trataba precisamente de que no viese nada.

- Si te las sacas, ella te disparará en la nuca, puedes estar segura - le advirtió el italiano al poner en marcha el coche.

- ¡Oh, y lo hará! -dijo la jovial Helga.

Partieron, primero saltando un poco sobre un trozo de empedrado y después navegando en aguas más calmas. Trató de escuchar el sonido de otro coche, pero sólo oyó su propio motor latiendo y carraspeando por las calles. Trató de descubrir hacia dónde iban, pero ya estaba perdida. Se detuvieron sin que mediara advertencia alguna. No tuvo sensación de ir aminorando la marcha ni de que el conductor se estuviera preparando para aparcar. Había contado trescientas pulsaciones propias y dos paradas previas que supuso que eran señales de tráfico. Había memorizado detalles triviales, tales como la nueva alfombrilla de goma que tenía bajo los pies y el diablo rojo con un tridente en la mano que colgaba del llavero del coche. El italiano estaba ayudándola a salir del coche. Le pusieron un bastón en la mano; supuso que era blanco. Con mucha ayuda de sus amigos estaba negociando los seis pasos y los cuatro escalones ascendentes que conducían a la puerta delantera de alguien. El mecanismo del ascensor tenía un gorjeo que era una reproducción exacta del silbato de agua en el que había soplado en la orquesta de la escuela preparatoria para producir ruido de pájaros en la Sinfonía de los juguetes. «Son buenos actores -le había advertido Joseph-. No hay aprendizaje. Irás directamente de la escuela de arte dramático, al West End.» Estaba sentada en una especie de silla de cuero sin respaldo. La habían hecho cruzar las manos y volver a ponerlas sobre su regazo. Habían guardado su bolso y los escuchó revisar el contenido poniéndolo sobre una mesa de vidrio, que tintineó cuando cayeron sus llaves y el cambio. Y produjo un sonido seco bajo el peso de las cartas de Michel, que había recogido esa mañana cumpliendo órdenes de Helga. En el aire había un olor de loción corporal, más dulce y adormecedora que la de Michel. La alfombra que tenía bajo los pies era de nylon grueso y color rojizo, como las orquídeas de Michel. Supuso que las cortinas debían ser pesadas y estaban completamente cerradas, porque la luz que llegaba al borde de las gafas era de un amarillo eléctrico, sin una insinuación de luz natural. Habían estado unos minutos en la habitación sin cambiar ni una palabra.

- Necesito al camarada Mesterbein -dijo de pronto Charlie-. Necesito toda la protección de la ley.

Helga rió encantada.

- ¡Oh Charlie! Esto es demasiado loco. Es maravilloso, ¿no te parece? -Y esto presumiblemente al italiano, porque no tenía conciencia de que hubiera alguien más en la habitación. Sin embargo,

la pregunta no obtuvo respuesta y Helga no parecía esperar ninguna. Charlie probo otra vez.

- La pistola te sienta bien, Helg; te lo concedo. A partir de ahora, jamás pensaré en ti vestida de otra manera.

Y esta vez Charlie distinguió perfectamente la nota de nervioso orgullo en la risa de Helga. Estaba mostrándole Charlie a alguien…, alguien a quien respetaba mucho más que al chico italiano. Escuchó un paso y vio, exactamente debajo, colocada sobre la alfombra rojiza para que pudiera inspeccionarla, la puntera negra y muy lustrosa de un zapato masculino de alto precio. Escuchó una respiración y el chasquido de una lengua colocada contra los dientes superiores. El pie desapareció y sintió un movimiento del aire cuando el cuerpo cálidamente perfumado pasaba cerca de ella. Instintivamente se echó hacia atrás, pero Helga le ordenó que se estuviera quieta. Escuchó el chasquido de una cerilla y olió uno de los cigarros de Navidad de su padre. Sin embargo, Helga le estaba diciendo otra vez que se estuviera quieta, «completamente quieta, porque de otro modo serás castigada sin vacilación». Pero las amenazas de Helga eran meras intrusiones en los pensamientos de Charlie, mientras procuraba por todos los medios a su alcance definir al visitante invisible. Se imaginó como una especie de murciélago, enviando señales y escuchando cómo volvían hacia ella. Recordó los juegos a ciegas que solían jugar en las fiestas infantiles en vísperas del Día de todos los Santos. «Huele esto, siente aquello, adivina quién está besando tus labios de trece años.»

La oscuridad la estaba mareando. «Voy a caerme. Por suerte, estoy sentada.» El estaba frente a la mesa de vidrio, estudiando el contenido de su bolso, como había hecho Helga en Cornwall. Escuchó un jirón de música cuando él jugueteó con su pequeña radio-reloj, y un tintineo cuando la dejó a un lado. «Esta vez no hay trucos -había dicho Joseph-. Llevas tu modelo, sin sustitutos.» Le escuchó hojear su agenda mientras aspiraba el humo. «Va a preguntarme qué significa "fuera de juego" -pensó-. Ver a M…, encontrarme con M… amar a M… ¡ATENAS!…» No le preguntó nada. Escuchó un gruñido cuando se sentó con alivio en el sofá; escuchó el crujido de su pantalón sentado sobre un chintz con apresto. Un hombre rechoncho que usa una loción cara, zapatos hechos a mano y fuma un habano, se sienta con alivio en un sofá áspero. La oscuridad era hipnótica. Todavía tenía las manos cruzadas sobre el regazo, pero pertenecían a otra persona. Escuchó el chasquido de una banda de goma. Las cartas. «Nos enojaremos mucho si no traes las cartas. Cindy, acabas de pagar tus lecciones de música. Si hubieras sabido dónde iba cuando fui a verte. Si lo hubiera sabido yo…»

La oscuridad la enloquecía un poco. «Si me encarcelan, ya lo tengo… La claustrofobia es mi punto débil.» Estaba recitándose T. S.

Elliot a sí misma, algo que había aprendido en la escuela el curso en que la expulsaron: sobre que el tiempo presente y el tiempo pasado están contenidos en el tiempo futuro. Sobre que todo el tiempo era eternamente presente. No lo había comprendido entonces y no lo comprendía ahora. «Gracias a Dios que no acepté a Whisper», pensó. Whisper era un ruinoso perro negro que vivía en la acera de enfrente de su casa, y cuyos dueños se iban al extranjero. Se imaginó a Whisper sentado junto a ella ahora, con gafas negras él también.

- Usted nos dice la verdad y no la matamos -dijo suavemente una voz de hombre.

¡Era Michel! Casi. ¡Michel está casi vivo otra vez! Era el acento de Michel, la belleza de cadencia de Michel, el tono rico y adormecedor de Michel, sacado de la parte de atrás de la garganta.

- Nos dice todo lo que les dijo, lo que ya haya hecho para ellos, cuánto le pagan y está bien. Comprendemos. Dejamos que se vaya.

- Mantén la cabeza quieta -barboto Helga desde detrás de ella.

- No creemos que lo haya traicionado por traicionarlo, ¿entiende? Estaba asustada, se metió demasiado, así que ahora está con ellos. Bueno, es natural. No somos inhumanos. La sacamos de aquí, la dejamos en las afueras de la ciudad, usted les dice todo lo que le ha pasado aquí. Sigue sin importarnos, siempre y cuando salga limpia.

Suspiró como si la vida estuviera transformándose en una carga para él.

- Tal vez se crea usted una dependencia con algún policía guapo, ¿eh? Le hace un favor. Entendemos esas cosas. Somos gente comprometida, pero no psicópatas. ¿Si?

Helga estaba molesta.

- ¿Lo comprendes, Charlie? ¡Contesta o serás castigada! No contestar era una cuestión de honor.

- ¿Cuándo recurrió a ellos por primera vez? Dígamelo. ¿Después de Nottingham? ¿De York? No importa. Recurrió a ellos, estamos de acuerdo. Se asustó y corrió a la policía. «Ese chico árabe está tratando de alistarme como terrorista. Sálvenme, haré lo que me digan.» ¿Es así como pasó? Escuche: cuando vuelva a ellos sigue sin haber problema. Les dice que es una heroína. Le daremos alguna información que puede transmitirles; la hará sentirse bien. Somos buena gente. Gente razonable. Bueno: vamos al grano. No tonteemos. Es usted una linda damita, pero no entiende nada. Vamos.

Estaba en paz. La había invadido una lasitud profunda, provocada por el aislamiento y la ceguera. Estaba a salvo, estaba en el útero para volver a empezar o morir en paz, como lo dispusiera la naturaleza. Estaba durmiendo el sueño de la infancia o la vejez. Su silencio la fascinaba. Era el silencio de la libertad perfecta. Estaban esperándola…, sentía su impaciencia, pero no tenía la sensación de

compartirla. Varias veces llegó a pensar en lo que podría decir, pero su voz estaba muy lejos y no parecía tener objeto ir en su busca. Helga dijo algo en alemán y, aunque Charlie no entendió una sola palabra, reconoció, con tanta claridad como si fuese su propia lengua, la nota de resignación desconcertada. El hombre gordo contestó y parecía tan perplejo como ella, pero no hostil. Tal vez…, tal vez no, parecía estar diciendo. Tenía la percepción de aquellos dos negándose a hacerse responsables de ella, mientras se la pasaban el uno al otro: una pelea burocrática. El italiano intervino, pero Helga le ordenó callar. La discusión entre el gordo y Helga se reanudó y ella pescó la palabra «logisch». Helga está siendo lógica. O Charlie, no. O se le dice al hombre gordo que debería serlo.

Entonces el hombre gordo dijo:

- ¿Dónde pasó la noche después de haber telefoneado a Helga? - Con un amante.

- ¿Y anoche?

- Con un amante.

- ¿Otro?

- Sí pero ambos eran policías.

Comprendió que si no hubiera tenido puestas las gafas, Helga le hubiera pegado. Se abalanzó sobre ella y su voz enronquecía de ira, mientras le arrojaba una andanada de órdenes: no ser impertinente, no mentir, contestar a todo de inmediato y sin sarcasmos. Las preguntas recomenzaron y ella contestó con fatiga, dejándolos que le arrancaran las respuestas, frase tras frase, porque en última instancia no era cosa de ellos. ¿En Nottingham, qué número de habitación? ¿En qué hotel de Tesalónica? ¿Nadaron? ¿A qué hora llegaron, comieron? ¿Qué bebidas pidieron desde la habitación? Pero gradualmente, mientras escuchaba primero su voz y luego la de ellos, supo que, al menos por el momento, había ganado…, aun cuando le hicieron ponerse las gafas cuando se fue no se las sacaron hasta que estuvieron a una distancia prudente de la casa.

21

Cuando aterrizaron en Beirut estaba lloviendo y supo que era una lluvia cálida, porque su calor llegó hasta la cabina, mientras seguían describiendo círculos e hizo que volviera a picarle el cuero cabelludo a causa del tinte que Helga la había obligado a ponerse. Volaron sobre una nube como una roca ardiente bajo las luces del avión. La nube se detuvo y estaban volando bajo sobre el mar, rozando el desastre en las montañas que se aproximaban. Ella tenía una reiterada pesadilla en la que pasaba lo mismo, excepto porque su avión descendía sobre una calle atestada y flanqueada por rascacielos. Nadie podía pararlo porque el piloto le estaba haciendo el amor. Ahora nada podía pararlo. Hicieron un aterrizaje perfecto, las puertas se abrieron, olió por primera vez el Medio Oriente, que la recibía como a una hija pródiga. Eran las siete de la tarde, pero hubieran podido ser las tres de la madrugada, porque advirtió en seguida que ése no era un mundo que se acostase. El estruendo en el vestíbulo de recepción le recordó el día del Derby antes de la «salida». Había bastantes hombres armados, con distintos uniformes, como para comenzar una guerra privada. Apretando el bolso contra el pecho, se abrió paso hacia la cola de inmigración y descubrió, sorprendida, que estaba sonriendo. Su pasaporte de Alemania Oriental, su falsa apariencia, que cinco horas antes, en el aeropuerto de Londres, habían sido asuntos de vida o muerte, eran cosas triviales en esta atmósfera de urgencia inquieta, peligrosa.

- Ponte en la cola de la izquierda, y cuando muestres tu pasaporte solicita hablar con el señor Mercedes -le había ordenado Helga cuando estaban sentadas en el Citroén en el aparcamiento de Heathrow.

- ¿Y qué pasa si me habla en alemán?

Este punto estaba fuera de su alcance.

- Si te pierdes, toma un taxi hasta el hotel Commodore, siéntate en el vestíbulo y espera. Es una orden. Mercedes, como el coche.

- ¿Y después qué?

- Charlie, creo que realmente estás siendo un poco obstinada y un poco estúpida. Por favor, déjalo ahora.

- O me pegarás un tiro -sugirió Charlie.

- ¡Señorita Palme! Pasaporte. Pase. ¡Si, por favor!

Palme era su nombre alemán. Se pronunciaba «Palmer», le había dicho Helga. Había sido pronunciado por un árabe pequeño y jovial, con barba de un día, cabello rizado y ropas raídas inmaculadas.

- Por favor -repitió, y le tiró de la manga. Su chaqueta estaba abierta y tenía una enorme automática plateada metida en la pistolera. Había veinte personas entre ella y el funcionario de inmigración, y Helga no le había dicho que iba a ser así.

- Soy el señor Danny. Por favor, señorita Palme. Venga.

Le dio su pasaporte y él se zambulló en la multitud, abriendo los brazos para que ella pudiera seguirle. Ahí quedaba Helga. Ahí quedaba Mercedes. Danny había desaparecido, pero un momento después reapareció con aspecto orgulloso, llevando en una mano una tarjeta de desembarco blanca y en la otra a un hombre corpulento, de aspecto oficial, que llevaba un abrigo de cuero negro.

- Amigos -explicó Danny con una gran sonrisa patriótica-. Todos amigos de Palestina.

En cierta forma, ella lo dudaba, pero, enfrentada con su entusiasmo, era demasiado cortés como para decirlo. El hombre corpulento la examinó gravemente, después estudió el pasaporte, que pasó a Danny. Finalmente, estudió la tarjeta blanca, que se colocó en el bolsillo superior.

- Willkonzmeuz -dijo, con un rápido movimiento diagonal de la cabeza, que era una invitación a darse prisa.

Cuando estalló la pelea, estaban en las puertas. Comenzó de manera insignificante, como algo que un funcionario uniformado había dicho a un viajero de aspecto próspero. De pronto, ambos estaban gritando v agitando los puños muy cerca de la cara del otro. Segundos después, cada hombre tenía sus seguidores, cuando Danny le mostraba el camino hacia el aparcamiento, un grupo de soldados con boinas verdes se encaminaba dificultosamente hacia la escena, preparando las metralletas por el camino.

- Sirios -explicó Danny, y sonrió filosóficamente, como para decirle que cada país tenía sus sirios.

El coche era un viejo Peugeot azul que hedía a humo de tabaco y estaba aparcado junto a un puesto de café. Danny abrió la puerta trasera y sacudió los cojines con la mano. Cuando ella entró, un chico se deslizó a su lado, desde el costado opuesto. Cuando Danny puso en marcha el coche, apareció otro chico que se acomodó en el asiento del acompañante. Estaba demasiado oscuro como para que pudiera ver sus rasgos, pero veía claramente las metralletas. Eran tan jóvenes, que por un momento le resultó difícil creer que las armas fueran reales. El chico que estaba a su lado le ofreció un cigarrillo y quedó triste

cuando Charlie declinó la invitación.

- ¿Habla español? -preguntó él con la mayor cortesía, buscando un alternativa.

Charlie no hablaba español.

- Entonces perdonará mi inglés. Si hablara español, podría hablar perfectamente.

- Pero si su inglés es estupendo.

- Eso no es verdad -replicó él reprobadoramente, como si ya hubiera descubierto una perfidia occidental, y cayó en un silencio preocupado.

Detrás de ellos, sonaron dos disparos, pero nadie reparó en ello. Estaban aproximándose a un recinto rodeado de sacos de arena. Danny detuvo el coche. Un centinela uniformado la miró y después los dejó pasar agitando su metralleta.

- ¿El también era sirio? -preguntó.

- Libanés -dijo Danny, y suspiró.

De todos modos, ella sentía su excitación. La sentía en todos ellos: una agudeza, una rapidez de la mirada y el pensamiento. La calle era en parte campo de batalla, en parte lugar edificado. Las farolas de la calle, al menos las que funcionaban, se lo mostraban por retazos apresurados. Los tocones de árboles quemados recordaban a una bonita avenida. La buganvilla había comenzado a tapar las ruinas. Por todos lados había coches quemados, salpicados de agujeros de bala. Pasaron junto a chabolas iluminadas, con tiendas chillonas dentro, y altas siluetas de edificios bombardeados que parecían despeñaderos de montaña. Pasaron junto a una casa tan perforada por las bombas que parecía un gigantesco queso que se balanceaba contra el cielo pálido. Un poco de luna, que saltaba de un agujero al otro, les seguía los pasos. En ocasiones aparecía un edificio flamante, construido a medias, iluminado a medias, habitado a medias: el juego de un especulador, con vigas rojas y vidrio negro.

- En Praga estuve dos años. En La Habana, Cuba, tres. ¿Ha estado en Cuba?

El chico que estaba a su lado parecía haberse recuperado de su decepción.

- No he estado en Cuba -confesó ella.

- Ahora soy intérprete oficial, español-árabe.

- Fantástico -dijo Charlie-. Le felicito.

- ¿Interpreto para usted, señorita Palme?

- En cualquier momento -dijo Charlie, y hubo muchas risas. Después de todo, la mujer occidental estaba rehabilitada.

Danny estaba disminuyendo la marcha y bajando su ventanilla. Frente a ellos, en el centro de la calle, brillaba una hoguera, y a su alrededor se sentaba un grupo de hombres y muchachos con kuffias

blancos y pedazos de uniformes de fajina color caqui. Varios perros marrones habían acampado cerca, de ellos. Recordó a Michel en su aldea natal, escuchando los cuentos de los viajeros, y pensó: «Ahora han hecho una aldea en la calle.» Mientras Danny hacía guiños con las luces, un hombre viejo, hermoso, se puso en pie, se frotó la espalda, se dirigió hacia ellos, metralleta en mano, y metió su rostro marcado por la ventanilla de Danny hasta que pudieron abrazarse. La conversación oscilaba interminablemente hacia atrás y hacia adelante. Ignorada, Charlie escuchaba cada palabra imaginando que, de algún modo, comprendía. Pero, mirando más allá del hombre, tuvo una visión menos agradable: de pie en un semicírculo inmóvil, cuatro de los que estaban con el viejo apuntaban el coche con sus metralletas y ninguno de ellos tenía más de quince años.

- Nuestra gente -dijo el vecino de Charlie con reverencia cuando reemprendieron la marcha-. Comandos palestinos. Nuestra parte de la ciudad.

«Y también la parte de Michel», pensó ella con orgullo.

«Descubrirás que es gente fácil de amar», le había dicho Joseph.

Charlie pasó cuatro noches y cuatro días con los chicos y los amó, individual y colectivamente. Fueron los primeros de sus diversas familias. La trasladaban constantemente, como a un tesoro, siempre por la noche, siempre con la mayor cortesía. Había llegado tan de repente, explicaban con encantadora aflicción; «nuestro capitán necesitaba hacer ciertos preparativos». La llamaban «señorita Palme» y tal vez creyeran realmente que era su nombre. Ellos le retribuyeron su amor, pero sin pedirle nada personal o molesto. En todos los sentidos, mantenían una reticencia tímida y disciplinada que la hacía sentirse curiosa sobre la naturaleza de la autoridad que los gobernaba. Su primer dormitorio estaba en lo alto de una vieja casa, destrozada por las bombas, vacía de toda vida, excepto de la del loro del propietario ausente, que tenía una tos de fumador, que reproducía cada vez que alguien encendía un cigarrillo. Su otro truco consistía en chillar como un teléfono, lo que hacía durante la noche y la obligaba a correr hacia la puerta y esperar a que le contestaran. Los chicos dormían en el rellano, afuera, de a uno, mientras los otros dos fumaban, bebían vasitos diminutos de té dulce y alimentaban un murmullo de campamento mientras jugaban a las cartas.

Las noches eran eternas y, sin embargo, no había dos minutos iguales. Hasta los sonidos se peleaban, primero lejos, a distancia prudencial, después avanzando, agrupándose, cayendo los unos sobre los otros en una confusión de clamores en conflicto: un estallido de música, el chirrido de frenos y sirenas…, seguidos por el profundo silencio de un bosque. En esa orquesta, el tiroteo era un instrumento menor: un tamborileo aquí, un repiqueteo allá y a veces el lento

silbido de una bomba. Una vez escuchó carcajadas, pero las voces humanas eran escasas. Y una vez, a la mañana temprano, después de golpear con urgencia su puerta, Danny y los dos chicos entraron de puntillas y fueron hasta la ventana. Siguiéndolos, vio un coche aparcado a unas cien yardas. De adentro salía humo, se elevaba y se enrollaba a su costado como alguien que se revolviera en su cama. Una vaharada de aire caliente la hizo retroceder. Algo cayó de un estante. Escuchó un golpeteo en su cabeza.

- Paz -dijo Mahmoud, el más guapo, con un guiño. Y se retiraron, con los ojos brillantes y confiados.

Sólo el amanecer era predecible, cuando los crujientes altavoces ululaban la voz del muecín, que convocaba los fieles a la oración.

No obstante, Charlie lo aceptaba todo y como retribución se entregaba entera. En la sinrazón que la rodeaba, en esta tregua de meditación inesperada, encontró finalmente un soporte para su propia irracionalidad. Y como en medio de semejante caos no había paradoja lo bastante grande como para resultar excesiva, encontró también un lugar para Joseph. Su amor por él, en este mundo de devociones inexpresadas, estaba en todo lo que escuchaba o miraba. Y cuando los chicos, tomando té y fumando, la obsequiaban con espléndidas historias sobre los sufrimientos de sus familias a manos de los sionistas -como había hecho Michel y con el mismo regodeo romántico-, era una vez más su amor por Joseph, el recuerdo de su voz suave y su sonrisa poco habitual, los que abrían su corazón a esa tragedia.

Su segundo dormitorio estaba en lo alto de una resplandeciente casa de apartamientos. Desde su ventana, podía contemplar la fachada negra de un nuevo banco internacional y, más allá, el mar inconmovible. La playa vacía, con sus cabañas abandonadas, era como un balneario permanentemente fuera de temporada. Un solo raquero tenía la excentricidad de un bañista en la Serpentine un día de Navidad. Pero lo más extraño de ese lugar eran las cortinas. Cuando los chicos las corrían por la noche, no observaba nada insólito. Pero cuando llegaba el amanecer, veía una línea de agujeros de bala recorriendo la ventana con la ondulación de una serpiente. Ese fue el día que les preparó a los chicos un desayuno de tortillas y les enseñó a jugar al gin-rummy.

La tercera noche durmió encima de una especie de cuartel general del ejército. Había barrotes en las ventanas y agujeros de bombas en las escaleras. Había pósters que mostraban niños agitando ametralladoras o ramos de flores. En cada rellano había guardias de ojos oscuros y el edificio tenía un aire canalla, de Legión extranjera.

- Nuestro Capitán la verá pronto -le aseguraba tiernamente Danny de vez en cuando-. Está haciendo preparativos. Es un gran hombre.

Ella estaba empezando a conocer la sonrisa árabe, que significaba

retraso. Para consolarla en su espera, Danny le contó la historia de su padre. Después de pasar veinte años en los campos, pareció que la desesperación lo había hecho desaprensivo. Así que una mañana, antes de la salida del sol, metió sus pocas pertenencias en una bolsa junto con las escrituras de su tierra y, sin decir nada a su familia, cruzó las líneas sionistas con el objeto de ir en persona a reclamar su granja. Corriendo detrás de él, Danny y sus hermanos llegaron a tiempo para ver su pequeña figura encorvada avanzando más y más dentro del valle, hasta que le destrozó una mina. Danny relató todo esto con una precisión desconcertada, mientras los otros dos vigilaban su inglés, interrumpiéndole para volver a expresar una frase cuando su sintaxis o su cadencia les desagradaban, asintiendo como ancianos para aprobar otra. Cuando hubo terminado, le hicieron una cantidad de preguntas serias sobre la castidad de las mujeres occidentales, sobre la cual habían oído cosas desdichadas, aunque no totalmente desprovistas de interés.

Así que su amor por ellos aumentaba, un milagro de cuatro días. Amaba su timidez, su virginidad, su disciplina y la autoridad que tenían sobre ella. Los amaba como captores y amigos. Pero pese a todo su amor, nunca le devolvieron su pasaporte, y si ella se acercaba demasiado a sus metralletas, se alejaban con miradas peligrosas e indómitas.

- Venga, por favor -dijo Danny, golpeando suavemente la puerta para despertarla-. Nuestro Capitán está preparado. Eran las tres de la madrugada y estaba oscuro.

Después creyó recordar unos veinte coches, pero hubieran podido ser sólo cinco, porque todo sucedió muy aprisa: un zigzag de viajes por la ciudad, cada vez más alarmantes, en sedanes color arena con antenas adelante y atrás y guardias de corps que no hablaban. El primer coche estaba esperando frente al edificio, pero del lado del patio, donde no había estado. No fue hasta que estuvieron fuera del patio y corriendo a toda velocidad calle abajo, que comprendió que había dejado a los chicos. Al extremo de la calle, el conductor pareció ver algo que no le gustó, porque dio una vuelta en U que estuvo a punto de volcarlo, y cuando se precipitaban otra vez calle arriba, escuchó un tableteo y un grito junto a ella y sintió una mano pesada que la obligaba a bajar la cabeza, de modo que supuso que los disparos eran para ellos.

Pasaron un cruce con luz roja y estuvieron a punto de chocar con un camión; se subieron a una acera del lado derecho, después hicieron una amplia curva hacia la izquierda entrando en un aparcamiento en pendiente que daba a una playa abandonada. Vio otra vez la media luna de Joseph, suspendida sobre el mar, y por un segundo imaginó que estaba de camino a Delfos. Se detuvieron junto a un Fiat grande y

prácticamente la embutieron en él, y allá se fue otra vez, propiedad de dos nuevos guardias de corps, de camino hacia una autopista llena de baches con edificios acribillados a ambos lados y un par de luces que los seguían de cerca. Frente a ella, las montañas eran negras, pero las que estaban a su izquierda eran grises porque un resplandor del valle encendía sus laderas, y más allá del valle estaba una vez más el mar. El velocímetro marcaba 140, pero de pronto no marcó nada porque el conductor había apagado las luces y el coche que los seguía había hecho lo mismo.

A la derecha había una hilera de palmeras; a la izquierda, la reserva central que dividía las dos calzadas, una acera de seis pies de ancho, a veces de grava, otras veces de vegetación. Con un gran salto, la subieron y con otro aterrizaron del otro lado. El tráfico ululaba y Charlie gritaba: «!Jesús!», pero el conductor no era receptivo a la blasfemia. Encendiendo todas las luces, condujo directamente contra el tráfico antes de volver a hacer girar el coche a la izquierda, bajo un puente pequeño, y de pronto estaban deteniéndose en un camino lodoso v desierto y pasaban a un tercer coche, esta vez un Land-Rover sin ventanas. Llovía. No lo había notado hasta entonces, pero cuando la metieron en la parte trasera del Land-Rover, un chaparrón la empapó y vio un estallido de relámpagos blancos chocando contra las montañas. O tal vez fuera una bomba.

Treparon por un camino tortuoso. Por la parte trasera del Land-Rover veía cómo se alejaba el valle; por el parabrisas, entre las cabezas de los guardias y el conductor, observaba la lluvia goteando como cardúmenes de pececillos danzantes. Frente a ellos había un coche, y por la manera en que lo seguían, Charlie supo que era de ellos; había un coche detrás, y por la manera que tenían de no prestarle atención, era de ellos también. Hicieron otro cambio y quizá otro; entraron en lo que parecía ser una escuela abandonada, pero esta vez el conductor detuvo el motor, mientras él y el guardia se apostaban en las ventanas con ametralladoras, esperando a ver lo que llegaba a la colina. Hubo controles camineros en los que se detuvieron, y otros a los cuales pasaron con nada mas que un lento movimiento de la mano en dirección a los centinelas inmóviles. Hubo un control en el que el guardia del asiento delantero bajó su ventanilla y disparó una salva de metralleta a la oscuridad, pero la única respuesta fue el aterrado gemido de las ovejas. Y hubo un último salto aterrador en la negrura, entre dos filas de reflectores que los iluminaban de lleno, pero para entonces ella estaba más allá del terror. Estaba sacudida y aturdida y le importaba un comino.

El coche se detuvo. Estaba en el patio delantero de una villa antigua, con chicos centinelas con metralletas posando en silueta sobre el tejado como los héroes de una película rusa. El aire era frío y

limpio y lleno de los olores griegos que la lluvia había dejado atrás: ciprés y miel y todas las flores silvestres del mundo. El cielo estaba lleno de tormentas y una nube de humo; el valle se estiraba debajo de ellos en cuadrados de luz en retroceso. La hicieron atravesar un porche y entrar al vestíbulo, y allí, bajo una luz muy tenue, tuvo su primera visión de Nuestro Capitán: una figura marrón, torcida, con una madeja de pelo negro, lacio, de colegial, y un bastón de paseo de aspecto inglés, de fresno natural, para ayudar a sus piernas fláccidas, y una sonrisa forzada que le daba la bienvenida iluminando su rostro picado de viruelas. Para estrecharle la mano, colgó el bastón del antebrazo izquierdo, dejando que se balanceara, de modo que ella tuvo la sensación de estar sosteniéndole por un segundo antes de que volviera a enderezarse.

- Señorita Charlie, soy el capitán Tayeh y la saludo en nombre de la revolución.

Su voz era enérgica y formal. Y también, como la de Joseph, era hermosa.

«El miedo será un problema de selección -le había advertido Joseph-. Por desgracia, nadie puede estar asustado todo el tiempo. Pero con el capitán Tayeh, corno se hace llamar, tienes que hacer lo mejor que puedas, porque el capitán Tayeh es un hombre muy inteligente.»

- Perdóneme -dijo Tayeh con alegre hipocresía.

La casa no era suya, porque no podía encontrar nada de lo que deseaba. Hasta por un cenicero tuvo que dar vueltas en la penumbra, interrogando con humor a los objetos y observando si eran demasiado valiosos para usar. Sin embargo, la casa pertenecía a alguien de su gusto, porque ella observó una calidez en sus modales que decía: «Es típico de ellos…, sí; este es exactamente el lugar en el que guardarían la bebida.» La luz era escasa todavía, pero a medida que sus ojos se fueron acostumbrando a ella, decidió que estaba en la casa de un profesor. O de un político. O de un abogado. Las paredes estaban cubiertas de libros que habían sido leídos, sobados y vueltos a colocar sin demasiado cuidado; sobre la chimenea colgaba un cuadro que podía haber sido de Jerusalén. Todo lo demás era un desorden masculino de gustos mezclados: sillas de cuero, cojines hechos con trozos de lana de diferentes colores y un batiburrillo de alfombras orientales. Y objetos de plata árabe, muy blanca y adornada, brillando como cofres del tesoro en los oscuros rincones. Y además, un estudio, en una alcoba a la que se bajaba mediante dos escalones, con un escritorio estilo ingles y una vista panorámica del valle del cual ella acababa de emerger y de la costa a la luz de la luna.

Se había sentado donde él le había dicho que lo hiciera, sobre el sofá de cuero, pero el propio Tayeh seguía cojeando sin cesar por la

habitación, apoyado en su bastón, haciendo una cosa cada vez, mientras le echaba ojeadas desde distintos ángulos, midiéndola. Ahora los vasos; ahora una sonrisa; ahora, con otra sonrisa, vodka; y finalmente Scotch, aparentemente de su marca favorita, porque estudió la etiqueta con aprobación. A cada lado de la habitación había un chico sentado con una metralleta atravesada sobre las rodillas. Sobre la mesa había un montón de cartas y, sin mirar, supo que eran sus propias cartas a Michel.

«No confundas la aparente confusión con incompetencia -le había advertido Joseph-. Nada de ideas racistas sobre la inferioridad árabe, por favor.»

Las luces se apagaron, pero esto sucedía a menudo, incluso en el valle. El estaba de pie, recortado contra la enorme ventana, una sombra de sonrisa alerta apoyada en un bastón.

- ¿Sabe qué nos pasa cuando vamos a casa? -preguntó, sin dejar de mirarla. Pero su bastón apuntaba a la ventana-. ¿Puede imaginar cómo es estar en el propio país, bajo sus propias estrellas, de pie en la tierra con un arma en la mano, buscando al opresor? Pregúnteselo a los chicos.

Su voz, como otras que conocía, era aún más bella en la oscuridad. -Usted les gustó - dijo-. ¿Le gustaban a usted?

- Si…

- ¿Cuál le gustaba más?

- Todos por igual -dijo ella, y él rió otra vez.

- Dicen que está muy enamorada de su palestino muerto. ¿Es verdad?

Su bastón seguía apuntando a la ventana.

- En los viejos tiempos, si tenía usted coraje, la llevábamos con nosotros. Del otro lado de la frontera. Ataque. Venganza. Regreso. Celebración. Iríamos juntos. Helga dice que desea usted pelear. ¿Desea pelear?

- Sí.

- ¿Contra cualquiera o sólo contra los sionistas?

- No espero la respuesta. Estaba bebiendo-. Alguna de la escoria que conseguimos quiere volar el mundo entero. ¿Usted es así?

- No.

- Esa gente es escoria. Helga…, el señor Mesterbein… escoria necesaria. ¿Si?

- No he tenido tiempo de averiguarlo.

- ¿Es usted escoria?

- No.

Se encendieron las luces.

- No -aceptó él, mientras continuaba su examen-. No, no creo que lo sea. Tal vez cambie. ¿Ha matado a alguien alguna vez?

- No.

- Es usted afortunada. Tiene una policía. Su propia tierra. Parlamento. Derechos. Pasaportes. ¿Dónde vive?

- En Londres.

- ¿En qué parte?

Ella tenía la sensación de que sus heridas le hacían impaciente; que apartaban su mente de sus respuestas todo el tiempo, dirigiéndola hacia otras cuestiones. Había encontrado una silla alta y la arrastraba con descuido hacia ella, pero ninguno de los chicos se levantó a ayudarlo y supuso que no les importaba. Cuando tuvo la silla donde la quería, acercó una segunda, se sentó en la anterior y, con un gruñido, puso su pierna sobre la otra. Y cuando hubo hecho todo eso, sacó un cigarrillo suelto del bolsillo de su túnica y lo encendió.

- Usted es nuestra primera inglesa, ¿lo sabía? Holandés, italiano, alemán, suecos, un par de americanos, irlandés. Todos vienen a luchar por nosotros. Inglés, no. No hasta ahora. Como de costumbre, los ingleses llegan demasiado tarde.

«Experimento un sentimiento de gratitud.» Como Joseph, él hablaba de dolores que ella no había experimentado, desde un punto de vista que todavía tenía que aprender. No era viejo, pero poseía una sabiduría adquirida demasiado pronto. Su cara estaba junto a una pequeña lámpara. Tal vez por eso la había puesto allí. «El capitán Tayeh es un hombre muy inteligente.»

- Si quiere cambiar el mundo, olvídese del asunto -observó él-. Los ingleses ya lo hicieron. Quédese en casa. Represente sus pequeños papeles. Mejore su mente en un vacío. Es más seguro.

- No, ahora no lo es -dijo ella.

- ¡Oh, podría regresar! -Y bebió más whisky-. Confesión. Reforma. Un año en prisión. Todo el mundo debería pasar un año en prisión. ¿Por qué suicidarse luchando por nosotros?

- Por él -rectificó ella.

Con el cigarrillo, Tayeh aventó con irritación su romanticismo. -Dígame, ¿qué es para él? Está muerto. En uno o dos años, todos habremos muerto. ¿Qué es para él?

- Todo. El me enseñó.

- ¿Le dijo lo que hacemos…? ¿Bombardear? ¿Disparar? ¿Matar…? No importa.

Durante un rato, sólo se ocupó de su cigarrillo. Lo miraba arder, inhalaba y fruncía el ceño. Después lo apagó y encendió otro. Supuso que en realidad no le gustaba fumar.

- ¿Qué podía enseñarle? -objetó-. ¿A una mujer como usted? Era un niño. No podía enseñarle nada a nadie. No era nada.

- Lo era todo -repitió con obstinación, y una vez más sintió que él perdía interés, como alguien aburrido por una conversación inmadura.

Después comprendió que había escuchado algo antes que los otros. Dio una rápida orden. Uno de los chicos saltó hacia la puerta. «Corremos más rápido cuando se trata de hombres lisiados», pensó. Escuchó voces suaves afuera.

- ¿Le enseñó a odiar? -sugirió Tayeh, como si no hubiera sucedido nada.

- Dijo que el odio quedaba para los sionistas. Dijo que para pelear es necesario amar. Dijo que el antisemitismo era una invención cristiana.

Se interrumpió, escuchando lo que Tayeh había oído mucho antes: un coche que ascendía la colina. Oye como un ciego -pensó-. Es a causa de su cuerpo.

- ¿Le gusta Estados Unidos? -preguntó.

- No.

- ¿Ha estado alguna vez?

- No.

- ¿Cómo puede decir que no le gusta si no ha estado? -preguntó.

Pero una vez más se trataba de una pregunta retórica, una observación que hacía para sí mismo en el diálogo que estaba produciendo a su alrededor. El coche estaba deteniéndose en el patio delantero. Escuchó ruidos de pasos y voces bajas y vio los rayos de luz de los faros que cruzaban la habitación, antes de ser apagados.

- Quédese donde está -ordenó él.

Aparecieron otros dos chicos, uno llevando una bolsa de plástico, el otro una metralleta. Se quedaron quietos, esperando respetuosamente a que Tayeh les dirigiera la palabra. Las cartas yacían entre ellos, sobre la mesa y, cuando recordó lo importante que habían sido, su desorden le pareció majestuoso.

- No la siguen y va usted hacia el sur -le dijo Tayeh-. Termine su vodka y vaya con los chicos. Tal vez la crea, tal vez no. Tal vez no sea tan importante. Tienen ropas para usted.

No era un coche, sino una mugrienta ambulancia blanca con medias lunas verdes pintadas a los lados y mucho polvo rojo sobre el capó. Un chico despeinado, con gafas oscuras, iba al volante. Otros dos se acuclillaban sobre las literas en la parte trasera, con sus metralletas metidas dificultosamente en el espacio estrecho, pero Charlie se sentó audazmente junto al conductor, con una túnica de hospital gris y un pañuelo en la cabeza. Ya no era de noche, sino un alegre amanecer, con un pesado sol rojo a su izquierda que se empeñaba en ocultarse mientras bajaban cuidadosamente la colina. Trató de mantener una conversación intrascendente en inglés con el conductor, pero él se enojó. Dirigió un jovial «!Eh, ustedes!» a los chicos que iban detrás, pero uno era sombrío y el otro feroz, pensó. «Hagan su maldita revolución», y se dedicó a mirar el paisaje. Al sur,

había dicho él. ¿Por cuánto tiempo? ¿Para qué? Pero había una ética de la ausencia de preguntas y su orgullo su instinto de supervivencia le exigían que se conformara a ella.

El primer control llegó cuando entraban a la ciudad; hubo otros cuatro antes de que la dejaran por el camino costero hacia el sur, y en el cuarto había un chico muerto que dos hombres metían en un taxi, mientras las mujeres gritaban y golpeaban el techo. Estaba echado de costado con una mano vacía apuntando hacia abajo, buscando algo todavía. «Después de la primera muerte no hay otra», se dijo Charlie, pensando en el asesinado Michel.

A la derecha se abría el mar azul v una vez más el paisaje se volvió ridículo. Era como si hubiera librado una guerra civil en la costa inglesa. Ruinas de coches y villas acribilladas de balas flanqueaban el camino; en un campo, dos chicos jugaban con un balón, enviándoselo el uno al otro por encima del cráter de una bomba. Los pequeños embarcaderos de yates yacían destrozados y medio sumergidos; hasta los camiones de frutas que iban hacia el norte y casi los empujaban fuera del camino, tenían una desesperación fugitiva.

Volvieron a detenerse para un control caminero. Sirios. Pero las enfermeras alemanas en ambulancias palestinas no le interesaban a nadie. Escuchó el ruido de una motocicleta y le echó una mirada indiferente. Una Honda polvorienta con las bolsas atestadas de plátanos verdes. Un pollo vivo, colgado de las patas, se balanceaba en el manillar. Y en el asiento, Dimitri, escuchando con seriedad el ruido del motor. Usaba el medio uniforme del soldado palestino y un pañuelo rojo alrededor del cuello. Encajado dentro de la charretera color caqui de su camisa, como el favor de una mujer, había un orgulloso ramo de brezo blanco como para decir «Estamos contigo», porque el brezo blanco era el signo que bahía estado buscando durante los últimos cuatro días.

«A partir de ahora, sólo el caballo conoce el camino -le había dicho Joseph-. Tu trabajo consiste en mantenerte en la silla.»

Una vez más formaron una familia y esperaron.

Esta vez el hogar era una casita cerca de Sidón, con una galería de hormigón que había quedado partida en dos por un buque de guerra israelí, dejando oxidadas barras de hierro en el aire, como las antenas de un insecto gigante. El jardín trasero era un huerto de mandarinas en el que un viejo ganso picoteaba la fruta caída. El frente era un vertedero de lodo y metal que durante la última invasión había sido un emplazamiento famoso. En el prado adyacente un coche blindado en ruinas era compartido por una familia de pollos amarillos y una spaniel refugiada con cuatro gordos cachorros. Más allá del coche blindado estaba el cristiano mar de Sidón, con su fortaleza de

cruzados surgiendo de la orilla como un perfecto castillo de arena. De la reserva de chicos aparentemente interminable que tenía Taveh, Charlie había adquirido otros dos: Kareem y Yasir. Kareem era regordete un tanto payaso y fingía contemplar su metralleta como un peso muerto, bufando y gesticulando cada vez que se veía obligado a colgársela del hombro. Pero cuando ella le sonrió, comprensiva, el se turbó y se apresuró a alejarse para reunirse con Yasir. Su ambición era llegar a ser ingeniero. Tema diecinueve años y hacia seis que luchaba. Hablaba inglés en un susurro y colocaba un «solía» en casi todos los verbos.

- Cuando Palestina suela acostumbrarse a ser libre, estudio en Jerusalén -dijo Kareem-. Mientras tanto -agitó la mano y suspiró ante la espantosa perspectiva-, tal vez Leningrado, tal vez Detroit.

Sí, aceptó cortésmente Kareem, solía tener un hermano y una hermana, pero ésta había muerto en un ataque aéreo sionista al campo de Nabativeh. Su hermano había sido trasladado al campo de Rashideveh y tres días después había muerto en un bombardeo naval. Describió esas perdidas con modestia, como si no significaran mucho dentro de la tragedia general.

- Palestina suele ser un gatito -le dijo misteriosamente a Charlie una mañana, mientras ella esperaba con paciencia frente a la ventana de su dormitorio vestida con un camisón blanco y él mantenía preparada su metralleta-. Necesita muchas caricias o suele volverse salvaje.

Había visto en la calle a un hombre de mal aspecto, explicó, y había subido para ver si debía matarlo.

Pero Yasir, con su ceño de bóxer y la mirada ardiente y furiosa, no podía hablarle. Usaba una camisa roja a cuadros y un acollador negro sobre el hombro para denotar Inteligencia Militar, y cuando caía la oscuridad se quedaba en el jardín, vigilando el mar en busca de aviones sionistas. Era un gran comunista, explicó comprensivamente Kareem, e iba a destruir el colonialismo en todas partes del mundo. Yasir odiaba a los occidentales, aun cuando afirmaran amar a Palestina, dijo Kareern. Su madre y toda su familia habían muerto en Tal-al- Zataar.

- ¿De qué? -preguntó Charlie.

- De sed -dijo Kareem, y le explicó un pequeño capítulo de historia moderna: Tal al- Zataar, la colina del tomillo, era un campo de refugiados en Beirut. Chozas con tejados de lata; a menudo, once personas en una sola habitación. Treinta mil palestinos y pobres libaneses resistieron allí diecisiete meses un bombardeo persistente.

- ¿De quiénes? -preguntó Charlie.

Kareem quedó desconcertado con su pregunta.

- De los Katib -dijo como si fuera obvio-. De fascistas maronitas

ayudados por sirios e indudablemente también por sionistas. Murieron miles, pero nadie sabía cuántos -continuo-, porque quedaban muy pocos para extrañarlos. Cuando llegaron los atacantes, mataron a la mayor parte de los supervivientes. También colocaron en fila a las enfermeras y a los médicos y los mataron, lo que era lógico porque no tenían medicinas, ni agua ni pacientes.

- ¿Tú estabas allí? -preguntó Charlie.

- No -contestó él-, pero Yasir sí.

- En el futuro, no tome baños de sol -le dijo Tayeh cuando llegó la tarde siguiente a buscarla-. Esto no es la Riviera.

No volvió a ver a los chicos. Estaba entrando gradualmente en esa condición que le había predicho Joseph. Estaba siendo educada en la tragedia, y la tragedia la absolvía de la necesidad de explicarse. Era un jinete cegado, que era conducido a través de hechos emociones demasiado grandes para ser abarcados y dentro de una tierra donde el simple estar presente era ser parte de una injusticia monstruosa. Se había reunido con las víctimas y estaba finalmente reconciliada con su engaño. A medida que pasaban los días, la ficción de su supuesta lealtad hacia Michel estaba cada vez más firmemente basada en los hechos, mientras que su lealtad a Joseph, si bien no era una ficción, sobrevivía sólo cumo una marca secreta en su alma.

- Pronto todos estaremos muertos -le dijo Kareem, repitiendo a Tayeh-. Los sionistas nos perseguirán hasta la muerte, ya lo verá.

La antigua prisión estaba en el centro de la ciudad, y era el lugar, había dicho crípticamente Tayeh, donde los inocentes cumplían cadena perpetua. Para llegar tuvieron que aparcar en la plaza principal y meterse en un laberinto de antiguos pasajes abiertos al cielo, pero cubiertos por carteles de plástico, que al principio confundió con ropa lavada. Era la hora del comercio, por la tarde. Las tiendas y puestos estaban llenos. Las farolas de la calle brillaban profundamente en el viejo mármol de las paredes, pareciendo encenderlo desde adentro. El ruido de los callejones era fragmentario y a veces, cuando doblaban una esquina, se detenía y sólo se oían sus pasos deslizándose y arrastrándose sobre el bruñido pavimento romano. Un hombre hostil, de piernas torcidas, les mostraba el camino.

- He explicado al administrador que es usted una periodista occidental -le dijo Tayeh, mientras cojeaba a su lado-. Sus modales no son buenos, porque no le gustan los que vienen aquí a mejorar sus conocimientos de zoología.

La luna rota caminaba con ellos; la noche era muy calurosa. Entraron en otra plaza y los saludó un estallido de música árabe que surgía de unos altavoces improvisados instalados sobre palos. Las altas puertas estaban abiertas y daban a un patio brillantemente iluminado,

del cual salía una escalera de piedra que daba a sucesivos balcones. La música se escuchaba más fuerte.

- Entonces ¿quiénes son? -susurró Charlie, todavía sin comprender-. ¿Qué han hecho?

- Nada. Ese es su crimen. Son los refugiados que se han refugiado de los campos de refugiados -replicó Tayeh-. La prisión tiene paredes gruesas y estaba vacía, de modo que tomamos posesión de ella para protegerlos. Salude con solemnidad a la gente - agregó-. No sonría demasiado pronto o pensarán que se ríe usted de su miseria.

Un viejo, sentado en una silla de cocina, los contempló con indiferencia total. Tayeh y el administrador se adelantaron a saludarle. «Veo esto todos los días. Soy una dura periodista occidental que des-cribe la privación a aquellos que lo tienen todo y se sienten desdichados.» Estaba en el centro de un vasto silo de piedra cuyas antiguas paredes se elevaban hacia el cielo con puertas de jaula y balcones de madera. Pintado de blanco en su totalidad, producía una ilusión de higiene. Las celdas de la planta baja tenían entradas de arco. Las puertas estaban abiertas como para señalar hospitalidad. Al comienzo, las figuras del interior le parecieron inmóviles. Hasta los niños se movían como ahorrando fuerzas. Delante de cada celda había cuerdas para la ropa, y su simetría sugería el orgullo competitivo de la vida de aldea. Charlie olió café, alcantarillas abiertas y día de colada. Tayeh y el administrador regresaron.

- Deje que ellos le hablen primero -volvió a aconsejarle Tayeh-. No sea impertinente con esa gente; no comprenderá. Está observando una especie casi extinguida ya.

Subieron por una escalera de mármol. Las celdas de esa planta tenían puertas sólidas, con mirillas para los carceleros. El ruido pareció aumentar con el calor. Pasó una mujer con un traje de campesina. El administrador le habló y ella señaló hacia el balcón, en dirección a un signo en árabe pintado a mano, con forma de arco. Mirando abajo, hacia el pozo, Charlie vio al viejo de regreso en su silla, mirando a la nada. «Ha hecho el trabajo del día -pensó-. Nos ha dicho "suban".» Alcanzaron el arco, siguieron su dirección, llegaron a otro y pronto avanzaban hacia el centro de la prisión. «Necesitaré un cordel para encontrar el camino de regreso», pensó. Echó una mirada a Tayeh, pero él no quería mirarla. «En el futuro, no tome baños de sol.» Entraron en lo que había sido una habitación para el personal o cantina. En el centro había una camilla forrada de plástico y en una mesilla de ruedas nueva, medicinas, cubos y jeringas. Un hombre y una mujer trabajaban: la mujer, vestida de negro, estaba limpiando los ojos de un bebé con algodón. Las madres que esperaban estaban pacientemente sentadas a lo largo de la pared, mientras sus hijos dormitaban o se agitaban.

- Quédese aquí -ordenó Tayeh, y esta vez se adelantó él mismo, dejando a Charlie con el administrador. Pero la mujer ya lo había visto entrar. Sus ojos se alzaron hacia él, después hacia Charlie y se fijaron en ella, llenos de sentido y preguntas. Dijo algo a la madre del niño y le devolvió el bebé. Fue hacia el lavabo y se lavó metódicamente las manos mientras estudiaba a Charlie por el espejo.

- Síganos -dijo Tayeh.

Toda prisión tiene una habitación pequeña y brillante con flores de plástico y una fotografía de Suiza, donde se puede recibir a la gente inocente. El administrador se había ido. Tayeh y la muchacha se sentaron uno a cada lado de Charlie, la chica tan erguida como una monja y Tayeh reclinado, con una pierna puesta rígidamente hacia un lado y el bastón en el centro, como el palo de una tienda. El sudor corría sobre su cara, llena de cráteres, mientras fumaba y jugueteaba con el cigarrillo y fruncía el entrecejo. Los ruidos de la prisión no habían cesado, pero se habían confundido entre sí hasta formar un estrépito único, en parte de musita, en parte de voces humanas. A veces, sorprendentemente, Charlie escuchaba risas. La muchacha era hermosa y severa y un poco aterradora en su negrura, con rasgos fuertes y una mirada oscura, directa, que no tenía interés en disimular. Se había cortado el cabello. La puerta permanecía abierta. Los dos chicos de costumbre la guardaban.

- ¿Sabe quién es ella? -preguntó Tayeh, apagando ya su primer cigarrillo. ¿Ve algo familiar en su cara? Mirela bien. Charlie no necesitaba hacerlo.

- Fatmeh -dijo.

- Ha regresado a Sidón para estar junto a su gente. No habla inglés, pero sabe quién es usted. Ha leído sus cartas a Michel, y también las que él le escribió a usted. Traducidas. Naturalmente, está interesada en usted.

Agitándose dolorida en su silla, Tayeh sacó un cigarrillo manchado de sudor y lo encendió.

- Está sufriendo, pero todos sufrimos. Cuando le hable, por favor, no se ponga sentimental. Ya ha perdido a tres hermanos y una hermana. Sabe cómo se hace.

Tranquilamente, Fatmeh empezó a hablar. Cuando se detuvo, Tayeh tradujo… con desprecio, que era su humor de esa noche.

- Primero desea darle las gracias por el gran consuelo que le dio a su hermano Salim mientras combatía contra el sionismo también le agradece que usted se haya unido a la lucha por la justicia. -Y espera mientras Fatmeh continuaba-. Dice que ahora son hermanas. Ambas amaban a Michel, ambas están orgullosas de su muerte heroica. Le pregunta… -E hizo una nueva pausa para dejarla hablar-. Le pregunta si esta usted dispuesta a aceptar la muerte antes que ser esclava del

imperialismo. Es muy política. Diga que sí.

- Si.

- Desea saber cómo hablaba Michel de su familia de Palestina. No invente. Tiene mucho instinto.

El humor de Tayeh ya no era despreocupado. Poniéndose en pie con dificultad, comenzó a dar una larga vuelta a la habitación, interpretando, haciendo sus propias preguntas subsidiarias.

Charlie habló directamente mirando al frente, desde el corazón, desde su herida memoria. No era una impostora para nadie, ni siquiera para si misma. «Al comienzo -dijo-, Michel no quería hablar de sus hermanos; y sólo una vez, de pasada de su amada Fatmeh. Entonces un día en Grecia comenzó a recordarlos a todos con gran amor, subrayando que desde la muerte de su madre su hermana Fatmeh se había transformado en la madre de toda la familia.»

Tayeh tradujo con brusquedad. La muchacha no contestó, pero sus ojos estaban fijos en el rostro de Charlie, vigilándolo, escuchando, inquiriendo.

- ¿Qué dijo de ellos…, de los hermanos? -ordenó Tayeh, impaciente-. Repítaselo.

- Dijo que durante toda su infancia, sus hermanos mayores fueron su luminosa inspiración. En el Jordán, en el primer campo, cuando el era todavía demasiado pequeño para luchar, los hermanos se iban sigilosamente sin decir adonde. Después Fatmeh se acercaba a su cama y le decia en susurros que habían hecho otro ataque contra los sionistas…

Tayeh interrumpió con una veloz traducción.

Las preguntas de Fatmeh perdieron su nota nostálgica, adquiriendo la aspereza de un examen. ¿Qué habían estudiado sus hermanos? ¿Cuáles eran sus habilidades y aptitudes, cómo habían muerto? Charlie contestaba lo que podía, a trozos. Salim -Miuhel- no le había contado todo. Fawvaz era un gran abogado, o había tenido intención de serlo. Había estado enamorado de una estudiante en Ammán…; ella era la joven novia de su niñez en su aldea de Palestina. Los sionistas le mataron cuando salía de su casa una mañana temprano.

- Según Fatmeh… -comenzó.

- ¿Qué pasó según Fatmeh? -preguntó Tayeh.

- Segun Fatmeh, los jordanos le habían pasado su dirección a los sionistas.

Fatmeh estaba haciendo una pregunta. Enojado, Tayeh volvió a traducir:

- En una de sus cartas, Michel menciona su orgullo al compartir la tortura con su gran hermano -dijo Tayeh-. Con respecto a este incidente, escribe que su hermana Fatmeh es la única mujer sobre la

tierra, aparte de usted, a la que puede amar completamente. Explique esto a Fatmeh, por favor. ¿A qué hermano se refiere?

- A El Jalil -dijo Charlie.

- Describa el incidente -ordenó Tayeh.

- Fue en Jordania.

- ¿Dónde? ¿Cómo? Describa exactamente.

- Era al atardecer. Un convoy de jeeps jordanos entraron en el campo. Eran seis. Cogieron a El Jalil y a Michel, Salim, y le ordenaron que cortara unas ramas de un granado. - Extendió las manos de la manera en que lo había hecho Michel esa noche en Delfos-. Seis ramas jóvenes, de un metro cada una. Hicieron que El Jalil se quitara los zapatos y obligaron a Salim a arrodillarse y sujetar los pies de El Jalil, mientras ellos los golpeaban con las ramas de granado. Después tuvieron que cambiar. El Jalil sujeta a Salim. Sus pies ya no son pies. Son irreconocibles. Pero los jordanos los hacen correr de todos modos, disparando al suelo detrás de ellos.

- ¿Y entonces? -dijo Fatmeh, impaciente.

- Entonces, ¿qué?

- ¿Por qué es tan importante Fatmeh en este asunto?

- Ella los cuidó. Día y noche, lavándoles los pies. Les dio valor. Les leyó los grandes escritores árabes. Les hizo planear nuevos ataques. «Fatmeh es nuestro corazón», dijo él. «Es nuestra Palestina. Debo aprender de su coraje y de su fuerza.» Dijo eso.

- Hasta lo escribió, el idiota -dijo Tayeh, colgando el bastón del respaldo de una silla con un golpe enojado. Encendió otro cigarrillo.

Mirando rígidamente la pared blanca como si hubiera en ella un espejo, echado hacia atrás sobre su bastón de fresno, Tayeh se secaba la cara con un pañuelo. Fatmeh se puso en pie, fue silenciosamente hacia el fregadero y cogió un vaso de agua para él. Tayeh sacó de su bolsillo media botella de whisky; se sirvió un poco con el agua. A Charlie se le ocurrió, no por primera vez, que se conocían muy bien a la manera de colegas íntimos, incluso de amantes. Hablaron un momento. Después Fatmeh se dio vuelta y volvió a hacerle frente, mientras Tayeh hacía la última pregunta.

- ¿Qué significa esto en su carta: «El plan en el que acordamos sobre la tumba de mi padre»? Explique esto también. ¿Qué plan?

Empezó a describir cómo había muerto, pero Tayeh la interrumpió.

- Sabemos cómo murió. Murió de desesperación. Háblenos del funeral.

- Pidió ser enterrado en Hebrón, en El Jalil, de modo que le llevaron al puente Allenby. Los sionistas no los dejaron cruzar, así que Michel, Fatmeh y dos amigos llevaron el ataúd a una colina alta, y cuando cayó la noche cavaron una tumba en un lugar desde el cual

pudiera ver, del otro lado de la frontera, la tierra que los sionistas le habían robado.

- ¿Dónde está El Jalil, mientras tanto?

- Ausente. Ha estado ausente durante años. Fuera de contacto. Luchando. Pero esa noche, mientras están tapando la tumba, apareció de pronto.

- ¿Y?

- Ayudó a cerrar la tumba. Después le dijo a Michel que fuera a luchar.

- ¿Ir a luchar? -repitió Tayeh.

- Dijo que había llegado el momento de atacar a los judíos. En todas partes. Ya no debía hacerse distinción entre judío e israelí. Dijo que toda la raza judía era una base del poderío sionista y que los sionistas no descansarían hasta haber destruido a nuestro pueblo. Nuestra única posibilidad era obligar al mundo a escuchar. Una y otra vez. Si iban a destruirse vidas inocentes, ¿por qué siempre tenían que ser palestinas? Los palestinos no iban a imitar a los judíos y a esperar dos mil años para volver al hogar.

- ¿Y entonces? -preguntó Tayeh, inconmovible.

- Entonces Michel tenía que ir a Europa. El Jalil lo arreglaría. A transformarse en un estudiante, pero también en un combatiente.

Fatmeh habló, no por mucho tiempo.

- Dice que su hermano pequeño tenía una gran boca y que Dios fue sabio al cerrarla cuando lo hizo -dijo Tayeh y, llamando a los chicos, cojeó rápidamente hacia adelante, escaleras abajo. Pero Fatmeh puso una mano en el brazo de Charlie y la retuvo y la miró una vez más con curiosidad franca, pero amistosa. Una junto a otra, las dos mujeres regresaron por el corredor. A la puerta de la clínica, Fatmeh volvió a mirarla, esta vez con indisimulado desconcierto. Después besó a Charlie en la mejilla. Lo último que Charlie vio fue que recuperaba el bebé y se ponía en seguida a limpiarle los ojos, y, si Tayeh no hubiera estado instándola a que se diese prisa, se hubiera quedado a ayudar a Fatmeh para siempre.

- Debe esperar -le dijo Tayeh mientras la llevaba al campo-. Después de todo, no la esperábamos. No la invitamos.

A primera vista le pareció que la había llevado a una aldea, porque a la luz de los faros las terrazas de casuchas blancas que poblaban la falda de la colina parecían bastante atractivas. Pero a medida que continuaban, el lugar comenzó a verse, y cuando alcanzaron la cumbre de la colina estaba en una ciudad improvisada, construida para miles de personas. Un hombre grisáceo, digno, los recibió, pero fue en Tayeh en quien derramaba su simpatía. Llevaba zapatos negros lustrados y un uniforme color caqui rígidamente planchado, y ella supuso que se había puesto sus mejores ropas para

recibir a Tayeh.

- Es el jefe aquí -dijo simplemente Tayeh, presentándole-. Sabe que es usted inglesa, pero nada más. No preguntará.

Le siguieron a una habitación medio vacía, con trofeos deportivos metidos en cajas de cristal. Sobre una mesilla de café, colocada en el centro, había un plato lleno de paquetes de cigarrillos de distintas marcas. Una joven muy alta llevó té dulce y pasteles, pero nadie le habló. Usaba un pañuelo de cabeza, una falda ancha tradicional y zapatos chatos. ¿Esposa? ¿Hermana? Charlie no lo sabía. Tenía sombras de dolor debajo de los ojos y parecía moverse en un mundo personal de tristeza. Cuando se hubo ido, el jefe fijó una mirada feroz en Charlie e hizo un discurso sombrío con claro acento escocés. Explicó sin sonreír que durante los años del Mandato había servido en la policía de Palestina y que todavía cobraba una pensión británica. El espíritu de su pueblo, dijo, había sido muy fortalecido por sus sufrimientos. Suministró estadísticas. En los últimos doce años, el campo había sido bombardeado setecientas veces. Dio las cifras de víctimas, subrayando la proporción de mujeres y niños muertos. Las armas más eficaces eran las bombas-racimo de factura norteamericana. Los sionistas arrojaban también trampas explosivas disimuladas como juguetes. Dio una orden y un chico desapareció y regresó con un coche de carreras estropeado. Levantó la carrocería y mostró los alambres y el explosivo dentro. «Tal vez sí -pensó Charlie-. Tal vez no.» Se refirió a la diversidad de teorías políticas que había entre los palestinos, pero les aseguró seriamente que, en la lucha contra el sionismo, esas distinciones desaparecían.

- Nos bombardean a todos -dijo.

Se dirigió a ella llamándola «camarada Leila», que era como la había presentado Tayeh, y cuando hubo terminado le dio la bienvenida y se la pasó con alivio a la triste mujer alta.

- ¡Por la justicia! -dijo, al despedirse.

- ¡Por la justicia! -contestó Charlie.

Tayeh la miró cómo se iba.

Las calles estrechas tenían la oscuridad de la iluminación a bujías. Por el centro bajaba el alcantarillado abierto; sobre las colinas se movía una luna con cuarto creciente. La muchacha alta le mostraba el camino; la seguían los chicos con metralletas y el bolso de mano de Charlie. Atravesaron un campo deportivo lleno de barro y casuchas bajas que hubieran podido ser una escuela. Charlie se acordó del fútbol de Michel y se preguntó, demasiado tarde, si habría ganado algunas de las copas de plata que había en la estantería del jefe. Pálidas luces azules ardían sobre las puertas herrumbradas de los refugios antiaéreos. El ruido era el ruido nocturno de los exilios. El rock y la música patriótica se mezclaba con el murmullo atemporal de

los viejos. En algún lugar, una pareja joven discutía. Sus voces se hundieron en una explosión de furia exasperada.

- Mi padre pide disculpas por la precariedad del lugar. Una regla del campo es que los edificios no deben ser permanentes de modo que no podamos olvidar dónde está nuestro verdadero hogar. Si hay una incursión aérea, por favor no espere las sirenas. Siga en la dirección en que corran todos. Después de una incursión, por favor asegúrese de no tocar nada que haya en el suelo. Estilográficas, botellas, radios… ¡Nada!

Su nombre era Salma, dijo con su sonrisa triste, y el jefe era su padre.

Charlie permitió que la hicieran adelantarse de prisa. La casucha era diminuta y limpia como la sala de un hospital. Había una palangana y un lavatorio y un patio trasero del tamaño de un pañuelo.

- ¿Qué haces aquí, Salma?

La pregunta pareció desconcertarla por un momento. Estar allí ya era una ocupación.

- ¿Dónde aprendiste inglés? -preguntó Charlie.

- En América -contestó Salma-. Era graduada en bioquímica por la Universidad de Minnesota.

Hay una paz terrible, aunque pastoral, en vivir durante mucho tiempo entre las verdaderas víctimas del mundo. En el campo, Charlie experimentó finalmente la compasión que le había sido negada hasta entonces. Esperando, se unió a las filas de los que habían esperado toda su vida. Compartiendo su cautiverio, soñó que se había liberado del suyo. Amándolos, imaginó que recibía su perdón por las muchas duplicidades que la habían llevado allí. No se le asignaron centinelas, y la primera mañana, en cuanto despertó, se puso a probar con cautela cuáles eran los límites de su libertad. No parecía haber ninguno. Recorrió el perímetro de los campos deportivos y vio a los niños pequeños, encorvados, luchando duramente para lograr el físico de los adultos. Encontró la clínica y las escuelas y las tiendas diminutas que vendían de todo, desde naranjas a champú. En la clínica, una sueca anciana le habló satisfecha de la voluntad de Dios.

- Los pobres judíos no pueden descansar mientras nos tengan sobre sus conciencias - explicó, soñadora-. Dios ha sido tan severo con ellos. ¿Por qué no podrá enseñarles a amar?

Al mediodía, Salma le llevó un pastel de queso, chato, y un tarro de té, y cuando hubieron almorzado en su casucha ascendieron juntas, atravesando un bosquecillo de naranjos, hasta lo alto de una colina muy parecida al lugar en el que Michel le había enseñado a disparar con el arma de su hermano. Una cadena de montañas marrones se extendía en el horizonte, al oeste y al sur.

- Las del este son de Siria -dijo Salma, señalando un lugar del otro

lado del valle-. Pero aquéllas -y movió el brazo hacia el sur y lo dejó caer después en un súbito gesto de desesperación-, aquéllas son nuestras y de allí saldrán los sionistas para venir a matarnos.

Al descender, Charlie tuvo una visión de camiones del ejército aparcados bajo la red de camuflaje y, en un bosquecillo de cedros, el brillo opaco de los cañones que apuntaban al sur. Su padre venía de Haifa, a unas cuarenta millas de distancia, dijo Salma. Su madre había muerto, ametrallada por un bombardero israelí cuando salía del refugio. Tenía un hermano que era un próspero banquero de Kuwait. No, dijo con una sonrisa, respondiendo a la pregunta obvia: los hombres la encontraban demasiado alta y demasiado inteligente.

Por la tarde, Salma llevó a Charlie a un concierto infantil. Después fueron a una escuela y, junto con otras veinte mujeres, fijaron pegatinas chillonas en las camisetas de los niños, preparándolas para la gran manifestación, utilizando una plancha de hierro verde, como una máquina, que se quemaba a cada rato. Algunas de las pegatinas eran consignas en árabe que prometían la victoria total; otras eran fotografías de Yaser Arafat, a quien las mujeres llamaban Abu Ammar. Charlie se quedó con ellas la mayor parte de la noche y se transformó en su campeona. Dos mil camisetas de las tallas correctas, hechas a tiempo gracias a la camarada Leila.

Pronto su casucha estuvo llena de niños del amanecer al atardecer. Algunos iban a hablar inglés con ella; otros, a enseñarle a bailar y a cantar sus canciones. Y otros, finalmente, para coger su mano y caminar calle arriba y calle abajo en su compañía, porque eso era prestigioso. En cuanto a sus madres, le llevaban tantas galletas, dulces y pasteles de queso que hubiera podido mantenerse allí para siempre, que era lo que deseaba hacer.

«¿Y quién es ella?», se preguntaba Charlie, aplicándose a imaginar otra historia incompleta, mientras miraba a Salma recorriendo su triste camino privado entre su gente. La explicación fue insinuándose de manera gradual. Salma había estado en el mundo. Sabía cómo hablaban los occidentales de Palestina. Y había visto con mayor claridad que su padre lo lejos que estaban las montañas marrones de su hogar.

La gran manifestación tuvo lugar tres días más tarde, comenzando en el campo deportivo, en medio del calor de la mañana, y avanzando lentamente alrededor del campo, por calles atestadas de gente y adornadas con banderas bordadas a mano que hubieran sido el orgullo de cualquier instituto femenino inglés. Charlie estaba de pie en la puerta de su casucha, levantando a una niñita que era demasiado pequeña como para marchar, y el ataque aéreo empezó un par de minutos después de que hubo pasado la maqueta de Jerusalén, que llevaba media docena de niños. Primero venía Jerusalén, con la

mezquita El Aqsa, hecha con papel dorado y conchillas. Después, venían los hijos de los mártires, llevando cada uno una rama de olivo y una de las camisetas en las que habían trabajado. Después, como una continuación de las festividades, llegó el alegre tamborileo de fuego desde la colina. Pero nadie gritó ni comenzó a huir. Todavía no. Salma, que estaba de pie junto a ella, ni siquiera levantó la cabeza.

Hasta entonces, Charlie no había pensado en los aviones. Había visto un par de ellos, muy arriba, admirando las estelas blancas mientras daban vueltas ociosas por el cielo azul. Pero, en su ignorancia, no se le había ocurrido que los palestinos podían no tener aviones, o que las fuerzas aéreas israelíes podían molestarse ante las demandas fervientes de su territorio hechas a tan poca distancia de la frontera. Había estado más interesada en las muchachas de uniforme bailando en los flotadores arrastrados por tractores, balanceando las metralletas atrás y adelante al ritmo de la multitud; en los chicos combatientes con tiras de kuffias rojas al estilo apache rodeando sus frentes, de pie en la parte trasera de los camiones con sus metralletas; en el aullido interrumpido de tantas voces de uno a otro extremo del campo. ¿Es que no enronquecían nunca?

Y también sucedió que en ese preciso momento, su mirada había sido atraída por un pequeño espectáculo subsidiario que se desarrollaba frente al lugar en el que estaban Salma y ella: el de un niño siendo castigado por un guardia. El guardia se había quitado el cinturón y lo había doblado y estaba golpeando al niño en la cara con la hebilla y, durante un segundo, mientras pensaba todavía si debía intervenir, Charlie tuvo la ilusión, en medio de tanto ruido como el que la rodeaba, de que era el cinturón el que provocaba las explosiones.

Después llegó el gemido de los aviones que giraban y mucho más fuego desde el suelo, aunque indudablemente era demasiado ligero e insignificante como para impresionar a algo que estaba tan alto y era tan rápido. Cuando cayó la primera bomba fue como un anticlímax: «Si la escuchas, es que estás viva.» La vio relampaguear sobre la falda de la colina, a un cuarto de milla de distancia. Después, una negra cebolla de humo cuando el ruido y la onda explosiva pasaron por encima de ella al mismo tiempo. Se volvió hacia Salma y le gritó algo, alzando la voz como si se hubiera desatado una tormenta, aunque para entonces todo estaba sorprendentemente tranquilo. Pero el rostro de Salma estaba contorsionado en una mirada de odio mientras contemplaba el cielo.

- Cuando quieren darnos, nos dan -dijo-. Hoy están jugando con nosotros. Debes habernos traído suerte.

El significado de esta sugerencia era excesivo para Charlie, que lo rechazó de plano.

Cayó la segunda bomba y pareció más lejana todavía, o tal vez fuera que estaba menos impresionable. Podía caer en cualquier lugar excepto en estos callejones atestados, con sus columnas de niños pacientes esperando como diminutos centinelas condenados a que la lava bajara de las montañas. La banda reinició la música, mucho más alto que antes; la procesión volvió a ponerse en camino, doblemente brillante. La banda tocaba una marcha y la multitud batía palmas. Recuperando el uso de las manos, Charlie bajó a su pequeña y comenzó a batir palmas también. Las manos le hormigueaban y le dolían los hombros, pero siguió. La procesión se hizo a un lado. Pasó un jeep a toda velocidad, con las luces encendidas, seguido de ambulancias y de un coche de bomberos. Detrás de ellos quedó una cortina de polvo amarillo, como el humo de la batalla. La brisa la dispersó, la banda volvió a iniciar la música y le tocó el turno al sindicato de pescadores, representado por un furgón amarillo cubierto de retratos de Arafat, con un gigantesco pez de papel pintado de rojo, blanco y negro, en el techo. Después de esto, conducido por una banda de flautistas, venía otro río de niños con armas de madera, cantando la letra de la marcha. El canto creció, toda la multitud cantaba, y Charlie, con palabras o sin ellas, cantaba con todo su corazón.

Los aviones desaparecieron. Palestina había conseguido otra victoria.

- Mañana te llevan a otro lugar -dijo Salma mientras caminaban por la falda de la colina.

- No iré -dijo Charlie.

Oscureció y Charlie regresó sola a su casucha. Encendió una vela porque no había electricidad, y lo último que vio en la habitación fue la rama de brezo blanco colocada en el vaso de los cepillos de dientes, encima del lavatorio. Estudió la pequeña pintura del niño palestino; salió al patio, donde seguían colgadas sus ropas…

¡Hurra, están secas!» No tenía manera de planchar, de modo que abrió un cajón de su diminuto baúl y metió las ropas dobladas con la concentración en la limpieza de un habitante del campo. «Lo puso uno de mis chicos -se dijo-. Ese alegre, con dientes de oro, a quien llamo Aladino. Es un regalo de Salma en mi última noche.»

«Somos como una relación amorosa -le había dicho Salma al despedirse-. Te irás, y cuando te hayas ido, seremos un sueño.»

¡Bastardos! -pensó-. Bastardos asquerosos, asesinos. Si no hubiera estado yo aquí, los habrían bombardeado hasta el día del Juicio.»

«La única lealtad posible consiste en estar aquí», había dicho Salma.

Los aviones regresaron dos horas después, antes de la oscuridad, cuando Charlie estaba de regreso en su casucha. La sirena comenzó demasiado tarde y todavía corría hacia los refugios cuando llegó la

primera ola: eran dos, que se separaron de una exhibición aérea que ensordecía a la multitud con sus motores. ¿Volverán a levantarse alguna vez? Lo hicieron y el estallido de sus primeras bombas la arrojó contra la puerta de acero, aunque el ruido no era tan malo como el temblor de tierra que lo acompañaba y los histéricos gritos que llenaban el humo negro y hediondo del otro lado del campo de deportes. El golpe de su cuerpo alertó a alguien de los que estaban adentro, la puerta se abrió y fuertes manos de mujer la metieron en la oscuridad y la obligaron a sentarse en un banco de madera. Al comienzo estaba sorda como una tapia, pero gradualmente fue oyendo los gemidos de los niños aterrorizados y las voces más calmas, pero fervientes, de sus madres. Alguien encendió una lámpara de aceite y la colgó de un gancho en el centro del cielo raso, y durante un rato a Charlie le pareció, en medio de su mareo, que estaba viviendo en el interior de un grabado de Hogarth colgado al revés. Después vio que Salma estaba a su lado y recordó que había estado con ella desde el comienzo de la alarma. Siguieron otro par de aviones -¿o era el primer par que daba una segunda vuelta?-, la lámpara de aceite se agitó y su visión se corrigió mientras las bombas se aproximaban en un crescendo cauteloso. Sintió las dos primeras como golpes en el cuerpo…, no, otra vez no, otra vez no, por favor. La tercera fue la más ensordecedora y la mató en seguida; la cuarta y la quinta le dijeron que, después de todo, seguía viva.

- ¡América! -gritó de pronto una mujer, con histeria y dolor, dirigiéndose a Charlie-. ¡América, América, América!

Trató de conseguir que las otras mujeres la acusaran también, pero Salma le dijo suavemente que se quedara tranquila.

Charlie esperó una hora, aunque probablemente fueran dos minutos, y al no oír nada, miró a Salma para decir «Vámonos», porque había decidido que no había nada peor que el refugio. Salma meneó la cabeza.

- Están esperando que salgamos -explicó con tranquilidad, pensando tal vez en su madre-. No podemos salir antes de que oscurezca.

22

Charlie no era la única que veía pasar el tiempo y desplegarse su vida ante sus ojos. Desde el momento en que había pasado al otro lado, Litvak, Kurtz y Becker -toda su ex familia, de hecho- se habían visto forzados, de uno u otro modo, a refrenar su impaciencia para adaptarla al ajeno e imprevisible ritmo de sus adversarios. «No hay nada tan duro en una guerra -solía decir Kurtz a sus subordinados, y seguramente también a sí mismo- como la heroica hazaña de contenerse.»

Kurtz estaba conteniéndose como jamás lo había hecho en toda su carrera. El acto mismo de retirar su harapiento ejército de las sombras inglesas donde actuaba fue -al menos para sus soldados de infantería- algo más parecido a una derrota que las victorias que hasta entonces habían obtenido pero apenas celebrado. Pocas horas después de la partida de Charlie, la casa de Hampstead fue devuelta a la diáspora, la furgoneta de la radio desmantelada, su equipo electrónico enviado por valija diplomática a Tel Aviv, desacreditado en cierto modo. La furgoneta misma, una vez desprovista de sus placas de matrícula falsas y arrancados los números de motor, se convirtió en uno de tantos montones de chatarra chamuscados, en algún lugar a medio camino entre los brezales de Bodmin y la civilización. Pero Kurtz no se entretuvo en contemplar estas exequias. Regresó a toda prisa a la calle Disraeli, se encadenó a pesar suyo al despacho que odiaba, y volvió a convertirse en el coordinador de cuyas funciones se había burlado ante Alexis. Jerusalén disfrutaba de unos suaves días de sol invernal, y mientras él corría de un edificio de oficinas secretas a otro, repeliendo ataques y rogando que le concedieran recursos, las doradas piedras de la Ciudad Amurallada se reflejaban en el trémulo resplandor azul del cielo. Por una vez, Kurtz no obtuvo ningún consuelo de esta visión. Su máquina de guerra, dijo posteriormente, se había convertido en un carruaje tirado por caballos que iban cada uno por su lado. Sobre el terreno, pese a todos los esfuerzos que Gavron hacía por impedírselo, Kurtz actuaba por su cuenta; en su país, donde cada político de segunda fila y cada soldado de tercera se creía un genio del espionaje,

tenía más críticos que Elías y más enemigos que los samaritanos. La primera batalla que libró fue en defensa de la existencia de Charlie y quizá también de la suya propia, cierta clase de escena obligatoria que empezó en el momento mismo en que pisó la oficina de Gavron. Gavron el Grajo ya se encontraba de pie, con los brazos en alto, poniéndose en forma para la reyerta. Su revuelta pelambre estaba más alborotada incluso que de costumbre.

- Te lo has pasado bien? -graznó Gavron-. ¿Has disfrutado grandes comilonas? Veo que mientras estabas por ahí has engordado un poco.

Desde ese mismo instante empezaron a pelear como perro y gato. Sus voces llegaron a todos los rincones, pues se gritaban y chillaban mutuamente, y golpeaban la mesa con los puños como un matrimonio en plena pelea catártica. «¿Qué se había hecho de las promesas de progreso que hiciera Kurtz? -preguntaba el Grajo-. ¿Dónde estaba esa jornada decisiva a la que se había referido? ¿Qué era eso que había oído decir de Alexis, cuando había dado a Marty instrucciones específicas de que no siguiera contando con aquel hombre?»

- ¿Te extraña que haya perdido la fe en ti después de tantos inventos, tanto dinero, tantas órdenes desobedecidas y tan pocos resultados?

Como castigo, Gavron le obligó a acudir a una reunión de su comité directivo, que a estas alturas no podía hablar de nada que no fuera la utilización del último y definitivo recurso. Kurtz tuvo que dejarse hasta el corazón en su lucha de pasillos, para conseguir apenas una modificación de sus planes.

- Pero, Marty, ¿qué es lo que has organizado? -le rogaron sus amigos-. Danos al menos algún indicio, para que sepamos por qué estamos ayudándote.

Su silencio les ofendió, e hicieron que Kurtz se sintiera como un vil apaciguador.

Había otros frentes en los que luchar. Para controlar el avance de Charlie en territorio enemigo se vio obligado a inclinarse ante los miembros del departamento especializado en el mantenimiento de los correos de base y de los puestos de escucha situados a lo largo del litoral del nordeste. Su director, un sefardí de Alepo, odiaba a todo el mundo pero odiaba especialmente a Kurtz. «¡Una pista como ésta podría llevarme a cualquier lado!», objetó. ¿Y sus propios contactos? En cuanto a su sugerencia de dar apoyo sobre el terreno para tres observadores de Litvak, con el solo propósito de darle a la chica cierta sensación hogareña en aquel nuevo ambiente, jamás había oído hablar de un acolchamiento semejante, y desde luego no se podía hacer. Sólo a costa de sangre, y de toda clase de concesiones bajo mano, pudo Kurtz obtener una colaboración en la escala que él necesitaba. Misha Gavron se mantuvo cruelmente apartado de arreglos como éste y otros

similares, pues prefería que las fuerzas del mercado encontraran naturalmente la solución por sí solas. Secretamente les dijo a sus hombres que si Kurtz tenía suficiente fe en la empresa, sabría salir adelante; a un hombre así no le hacía ningún daño chocar con algunos obstáculos ni recibir, además, algún que otro varapalo, dijo Gavron.

Como no quería alejarse de Jerusalén, ni siquiera por una sola noche, mientras continuaban todas estas intrigas, Kurtz encargó a Litvak que hiciera los viajes de ida y vuelta a Europa, en calidad de emisario que debía reforzar y reformar el equipo de vigilancia, y prepararlo con todos los medios a su alcance para lo que anhelaban que fuese la última fase. Los días despreocupados de Munich, cuando un par de chicos podían satisfacer, trabajando por turnos, todas sus necesidades, habían quedado muy atrás. Para mantener una vigilancia permanente sobre el trío formado por Mesterbein, Helga y Rossino hacía falta reclutar patrullas enteras de hombres sobre el terreno que además hablaban solamente alemán y estaban en su mayoría bastante oxidados por la falta de uso. Los recelos que inspiraban a Litvak los judíos no israelíes no hicieron más que aumentar los dolores de cabeza de Kurtz, pero Litvak no quiso ceder: eran muy blandos para la acción, decía; su lealtad estaba demasiado dividida. Siguiendo órdenes de Kurtz, Litvak voló también a Frankfurt para celebrar una reunión clandestina con Alexis en el aeropuerto, en parte para conseguir su ayuda en la operación de vigilancia, y en parte -en palabras de Kurtz- «para poner a prueba su fuerza de voluntad, sobre la que albergo considerables dudas». En la práctica, la reanudación de las relaciones resultó desastrosa, porque los dos se odiaron mutuamente en cuanto se vieron. Y lo peor fue que la opinión de Litvak confirmó una predicción anterior de los psiquiatras de Gavron: que a Alexis no se le podía confiar ni un billete usado de autobús.

- Ya he tomado la decisión -le anunció Alexis a Litvak antes incluso de que se sentaran, en un furioso monólogo medio susurrado e incoherente que se deslizaba constantemente hacia el falsete-. Nunca me arrepiento de una decisión; todo el mundo lo sabe. Me presentaré a mi ministro en cuanto termine esta reunión, y lo confesaré todo abiertamente. No hay otra alternativa para un hombre de honor.

Alexis, como se vio rápidamente, no sólo había cambiado de idea, sino también, y radicalmente, de chaqueta.

- No es que tenga nada contra los judíos, naturalmente -prosiguió-. Como alemán tengo mi mala conciencia, pero por las experiencias recientes… cierto incidente con una bomba…, ciertas medidas que me he visto forzado…, víctima del chantaje…, a tomar…, he acabado comprendiendo los motivos por los cuales los judíos se han convertido históricamente en objeto de persecución. Perdóneme.

Litvak, con su impermeable expresión ceñuda, no le perdonó.

- Su amigo Schulmann, un hombre con talento…, impresionante… y también persuasivo…, su amigo carece en absoluto de moderación. Ha llevado a cabo en suelo alemán actos de violencia para los que carecía de autorización; durante demasiado tiempo se nos ha acusado a nosotros, los alemanes, de cometer excesos de un grado intolerable. Pues bien, él rivaliza con esos excesos.

Litvak ya tenía suficiente. Con una expresión pálida y enfermiza, apartó la mirada, quizá para ocultar su furia.

- ¿Por qué no le llama y se lo dice usted mismo? -sugirió.

Y así lo hizo Alexis, desde las oficinas de teléfonos del aeropuerto, y utilizando el número especial que Kurtz le había dado, mientras Litvak permanecía a su lado, escuchando la conversación con el otro auricular.

- Bien, Paul: haz lo que has dicho -le aconsejó animadamente Kurtz cuando Alexis terminó. Luego su tono cambió-: Y cuando hables con el ministro, asegúrate de informarle también de todo lo de esa cuenta que tienes en un banco suizo. Porque si no lo haces, quizá me sienta tan impresionado por tu magnífico ejemplo de sinceridad que tendré que ir a verle para decírselo yo.

Después de lo cual Kurtz ordenó a su centralita que no aceptase ninguna llamada más de Alexis durante las siguientes cuarenta y ocho horas. Pero Kurtz no guardaba rencores. Nunca guardaba rencor a un agente. Terminado el período de enfriamiento, lo dispuso todo de modo que le quedara un día libre e hizo también una peregrinación a Frankfurt, donde encontró al buen doctor muy recuperado. La referencia a la cuenta bancaria en Suiza, aunque Alexis la calificó entristecido de «antideportiva», le había tranquilizado, pero el factor que más contribuyó a su recuperación fue la alegría que tuvo al ver sus propios rasgos en las páginas centrales de un tabloide alemán muy popular -unos rasgos resueltos, entregados, pero siempre con ese subyacente ingenio propio de Alexis-, que le convencieron de que él era quien el periódico decía que era. Kurtz le dejó con esta feliz ficción y, como premio, se llevó de regreso una tentadora prueba para ser examinada por sus fatigados analistas, y que había sido hasta entonces retenida por el enfurecido Alexis: la fotocopia de una postal dirigida a uno de los muchos otros seudónimos de Astrid Berger.

Letra desconocida, matasellos del distrito séptimo de París. Interceptada por el servicio alemán de correos, según órdenes emanadas de Colonia.

El texto, en inglés, decía: «El pobre tío Frei será operado el mes próximo tal como estaba planeado. Pero esto tiene al menos la ventaja de que podrás usar la casa de V. Te veré allí. Te quiere K.»

Tres días después, la misma red recogió una segunda postal escrita con la misma letra, enviada a otra de las direcciones seguras de

Berger, aunque el matasellos fuera esta vez de Estocolmo. Alexis, que volvía a colaborar plenamente otra vez, la hizo enviar a Kurtz por correo especial. El texto era breve: «La apendicectomía de Frei será en la habitación 251, el día 24 a las 18.00.»

Y estaba firmada «M», lo cual hizo comprender a los analistas que había, entre estos dos, otro comunicado, que no había llegado a sus manos; tal era al menos hasta entonces la forma en la que Michel había recibido de vez en cuando las órdenes. La postal «L», a pesar de los esfuerzos de todo el mundo, no llegó a ser localizada. Pero dos de las chicas de Litvak se hicieron con una carta echada al correo por la propia presa, en este caso Berger, dirigida nada menos que a Anton Mesterbein, en Ginebra. Lo organizaron muy bien. Berger estaba entonces de visita en Hamburgo, viviendo con uno de sus múltiples amantes en una comuna de gente de clase alta, en Blankanese. Un día que la siguieron cuando se dirigía hacia el centro de la ciudad, las chicas la vieron echar subrepticiamente una carta a un buzón. En cuanto se fue, ellas echaron un sobre escrito por ellas mismas, un sobre grande de color amarillo, franqueado y listo para una contingencia de este tipo, para que quedase encima del de ella. Entonces la más guapa de las dos chicas se quedó de guardia junto al buzón. Cuando llegó el empleado de correos para vaciarlo, ella le contó tal historia de amor e ira, y le hizo promesas tan explícitas, que el hombre se quedó sonriendo dócilmente, mientras ella pescaba la carta de entre el montón, antes de que echase a perder su vida para siempre. Aunque la que cogió no fue su propia carta, sino la de Astrid Berger, cobijada justo debajo del gran sobre amarillo. Después de abrirla al vapor y fotografiarla, la metieron en el mismo buzón a tiempo para la siguiente recogida.

El premio obtenido fue una maraña de ocho páginas que rezumaban pasiones de colegiala. Berger debía estar colocada cuando la escribió, aunque quizá sólo fuera producto de su propia adrenalina. Era una carta franca, que hacía un elogio de la potencia sexual de Mesterbein. Se lanzaba luego a rodeos ideológicos que vinculaban arbitrariamente El Salvador con el presupuesto germano-occidental de defensa, y las elecciones en España con algún reciente escándalo ocurrido en Sudáfrica. Hablaba furiosamente de los bombardeos sionistas del Líbano y se refería a la «solución final» que querían aplicar los israelíes a los palestinos. Hablaba del placer de vivir, pero lo encontraba todo mal en todas partes; y, presuponiendo claramente que el correo de Mesterbein estaba siendo leído por las autoridades, se refería virtuosamente a la necesidad de mantenerse «en todo momento dentro de los límites legales». Pero tenía una posdata, de una sola línea, escrita apresuradamente como un simple chiste de despedida, subrayada muchas veces y respaldada por signos de exclamación. Un

jactancioso y burlón juego de palabras privado pero que contenía quizá, como otras frases de despedida, todo el sentido del discurso que la antecedía. Y estaba escrita en francés: «Attention! On va épater les Bourgeois!»

Los analistas se congelaron al verla. ¿Por qué esa B mayúscula? ¿Por qué estaba tan subrayada la frase? ¿Tan inculta era Helga que aplicaba a los nombres comunes franceses una regla de su alemán nativo? Era ridículo. ¿Y por qué aquel apóstrofe tan cuidadosamente añadido en la parte superior izquierda de esa mayúscula? Mientras los criptólogos y analistas sudaban sangre en su intento de descifrar la clave, mientras las computadoras se estremecían y crujían y sollozaban produciendo incontables permutaciones imposibles, fue la sencilla Rachel, precisamente, con la simplicidad típica de las chicas del norte de Inglaterra, quien supo avanzar por el camino recto que conducía a la conclusión más obvia. Rachel hacía crucigramas en sus ratos libres y soñaba con ganar un coche.

«Tío Frei» es la primera mitad, declaró simplemente, y «Bourgeois» es la segunda. Los «Freibourgeois» son los habitantes de Freiburgo, que van a quedar escandalizados ante una «operación» que ocurrirá a las seis de la tarde del día veinticuatro. Habitación 251

- Bien, creo que tendríamos que investigarlo, ¿no os parece? - dijo a los aturdidos expertos.

- Sí -tuvieron que admitir-. Tendríamos que investigarlo.

Las computadoras fueron apagadas, pero durante uno o dos días todavía reinó el escepticismo. Era demasiado absurdo. Francamente infantil.

Sin embargo, tal como ya habían tenido ocasión de comprobar, Helga y los de su calaña se negaban casi por principio a utilizar ningún método sistemático de comunicación. Creían que los camaradas debían hablarse de corazón revolucionario a corazón revolucionario, utilizando serpenteantes alusiones fuera del alcance de los cerdos.

- Probémoslo -dijeron.

Había al menos media docena de Freiburg, pero en el primero que pensaron fue en una pequeña ciudad de ese nombre situada en Suiza, país de origen de Mesterbein. En este Freiburg se habla francés y alemán, y su burguesía tiene, incluso para los propios suizos, fama por su terquedad. Sin esperar ni un momento más, Kurtz despachó a un par de investigadores muy sigilosos con órdenes de descubrir cualquier objetivo concebible para un ataque antijudío, y especialmente a todas las empresas que tuvieran contratos con el ministerio israelí de

Defensa; comprobar, hasta dónde pudieran sin colaboración de las autoridades, todas las habitaciones 251 de los hospitales, hoteles y

edificios de oficinas; y los nombres de todos los pacientes a los que se tenían que realizar apendicectomías el día veinticuatro del mes corriente; o las operaciones de cualquier clase que estuvieran fijadas para las 18.00 de ese mismo día.

La Agencia Judía de Jerusalén facilitó a Kurtz una lista al día de todos los judíos destacados residentes en esa ciudad, junto con la relación de los templos a los que acudían y los centros donde se relacionaban. Preguntó si había allí algún hospital judío o, en caso negativo, si existía algún hospital que se hiciera cargo de las necesidades de los judíos ortodoxos. Y así sucesivamente.

Pero Kurtz, al igual que los demás, luchaba contra sus propias convicciones. Todos aquellos presuntos objetivos carecían del efecto dramático que había distinguido a todos los anteriores; ninguno de ellos podría *épater* a nadie; no había modo de comprender qué sentido podía tener.

Hasta que, en medio de todas estas pesquisas, una tarde, casi como si sus energías aplicadas sobre un punto hubieran forzado a la verdad a emerger en otro, Rossino, el sanguinario italiano, tomó un avión que le llevó de Viena a Basilea, y allí alquiló una motocicleta. Cruzó la frontera, entró en Alemania, y recorrió durante cuarenta minutos la carretera que llevaba a la antigua ciudad catedralicia de Freiburg-im-Breisgau, antigua capital del estado de Baden. Una vez allí, después de disfrutar de un sabroso almuerzo, se presentó en el Rektorat de la universidad y pidió amablemente que le informaran sobre un curso de conferencias de temas humanistas organizado por la facultad de derecho, y que estaba parcialmente abierto al público en general, y luego, con más disimulo, pidió que le indicaran, sobre un plano de la universidad, la situación del aula 251.

Fue un rayo de luz en medio de la niebla. Rachel había acertado; Kurtz había acertado; Dios era justo, y también lo era Misha Gavron. Las fuerzas del mercado habían llegado naturalmente a la solución.

La única persona que no compartió el júbilo general fue Gadi Becker.

¿Dónde estaba Becker? Había ocasiones en las que había otros que parecían saber la respuesta mejor que él mismo. Un día caminaba de un lado a otro por la casa de la calle Disraeli fijando su inquieta mirada en las máquinas de descifrado que, demasiado ocasionalmente para su gusto, informaban de los momentos en que su agente, Charlie, era localizada. Esa misma noche -o, por decirlo más exactamente, a primera hora de la madrugada del día siguiente- apretó el timbre de casa de Kurtz, despertó a Elli y los perros, y pidió que le asegurasen que no se descargaría ningún golpe contra Tayeh ni contra nadie hasta que Charlie estuviese a salvo; dijo que había oído rumores.

- Misha Gavron no es famoso precisamente por su paciencia -dijo

con sequedad.

Si regresaba alguno de los hombres que actuaban sobre el terreno -por ejemplo, el muchacho conocido por el nombre de Dimitri, o su compañero Raoul, que se había escapado en un bote de caucho-, Becker insistía en que se le permitiese estar presente en los interrogatorios, para hacerle preguntas acerca de la situación en que Charlie se encontraba.

Después de varios días de esta actitud, Kurtz acabó hartándose de verle -«me persigue como si fuese mi mala conciencia»- y le amenazó abiertamente con prohibirle el acceso a la casa, hasta que algunos consejos más prudentes le hicieron modificar su actitud.

- Un contrabandista de agentes sin su agente es como un director sin orquesta -le explicó profundamente a Elli, mientras pugnaba por sofocar su propia ira-. Es más apropiado mimarle, ayudarle a pasar el tiempo.

Secretamente, sin más connivencia que la de Elli, Kurtz telefoneó a Frankie para decirle que su marido estaba allí, y le dio el número en el que podía encontrarle; pues Kurtz, con una magnanimidad digna de Churchill, esperaba que todo el mundo tuviera un matrimonio como el suyo.

Como estaba previsto, Frankie telefoneó; Becker -si era él quien descolgó- escuchó su voz un rato y luego volvió a colgar suavemente y sin contestar, lo cual enfureció a su esposa.

El complot de Kurtz produjo, sin embargo, algún efecto porque al día siguiente Becker partió para un viaje que posteriormente fue interpretado como una expedición en la que había tratado de juzgarse a sí mismo en relación con los principios fundamentales de su vida. Alquiló un coche y fue primero a Tel Aviv, donde, tras realizar algunas transacciones con el director de su banco, visitó el viejo cementerio donde estaba enterrado su padre. Puso flores en la tumba, limpió meticulosamente la zona circundante con una azadita que le prestaron, y dijo «Kaddish» en voz alta, aunque ni él ni su padre habían tenido mucho tiempo para la religión. De Tel Aviv salió en dirección sudeste, hasta Hebrón, o como hubiera dicho Michel, El Jalil. Visitó la mezquita de Abraham, que desde la guerra del 67 se utiliza, no sin dificultades, como sinagoga; charló con los soldados de la reserva que, con sus desaseados gorros de camuflaje y sus camisas desabrochadas hasta el ombligo, haraganeaban en la entrada y patrullaban por las almenas.

¿Qué diablos, se dijeron los unos a los otros cuando se fue Becker -aunque ellos le llamaron por su nombre hebreo-, qué diablos hacía nada menos que el legendario Gadi en persona, el hombre que combatió en la conquista de Golán desde detrás de las líneas sirias en aquel infernal agujero árabe, y con aquel aspecto de preocupación?

Bajo sus admirados ojos, anduvo errando por el antiguo mercado cubierto, sin hacer caso aparentemente de la explosiva calma y las provocativas miradas oscuras de los ocupados. Y a veces, como si estuviera pensando en otras cosas, hacía una pausa y hablaba en árabe con un tendero, preguntándole si tenía cierta especia o cuánto costaban unos zapatos, mientras los chiquillos se congregaban a su alrededor para oírle, y una vez, con gran atrevimiento, hasta tocarle la mano. Regresó luego a su coche, dijo adiós con la cabeza a los soldados y se dirigió a las estrechas carreteras que enfilan el paisaje entre los intensamente rojos terraplenes llenos de viñas, hasta que poco a poco fue acercándose a las aldeas árabes situadas en la ladera este de la cumbre de las colinas, con sus casas aplastadas y sus antenas altas como la torre Eiffel en los techos. En las rampas más altas había una delgada capa de nieve; montones de nubes oscuras daban a la tierra un brillo cruel e inquietante. Al otro lado del valle, una nueva colonia israelí de enorme tamaño destacaba como un emisario de algún planeta invasor.

En una de las aldeas Becker bajó del coche a tomar el aire. Era la aldea en la que había vivido la familia de Michel hasta que, el 67, su padre creyó llegado el momento de huir.

- Entonces, ¿también fue a visitar su propia tumba? -preguntó desabridamente Kurtz cuando oyó todo esto-. Primero la de su padre y luego la suya, ¿eh?

Hubo un momento de desconcierto antes de la carcajada general que estalló cuando recordaron la creencia islámica según la cual José, el hijo de Isaac, también había sido sepultado en Hebrón, lo cual es falso, como bien saben todos los judíos.

Desde Hebrón, al parecer, Becker se dirigió hacia el norte, camino de Galilea, hasta llegar a Beit Shean, una ciudad árabe colonizada por los judíos después de que, tras la guerra del 48, fuese abandonada. Tras entretenerse en ella lo suficiente como para admirar el anfiteatro romano, siguió su camino lentamente hacia Tiberíades, que está convirtiéndose a gran velocidad en la ciudad-balneario del norte del país, y cuenta con gigantescos hoteles nuevos de estilo norteamericano alineados frente a la orilla, un establecimiento de baños, muchas grullas, y un excelente restaurante chino. Pero el interés de Becker por todo aquello parecía ser mínimo, pues no se detuvo, sino que se limitó a conducir muy despacio, asomándose a la ventanilla para mirar los rascacielos como si estuviese contándolos. Después emergió en Metulla, en la mismísima frontera norte con el Líbano. La frontera estaba señalada por una faja arada precedida por varias filas de alambradas. En tiempos mejores se la conocía con el nombre de La buena valla. A uno de sus lados, unos ciudadanos israelíes vigilaban desde una plataforma de observación, mirando con expresiones

desconcertadas y a través de las alambradas hacia los yermos. Del otro lado, las milicias cristianas libanesas subían y bajaban de la frontera con toda clase de vehículos que llenaban de los abastecimientos que les proporcionaban los israelíes para su interminable y sangrienta lucha contra los usurpadores palestinos.

Pero en aquel entonces Metulla era también la terminal lógica de las líneas de correo que subían hasta Beirut, y el servicio de Gavron tenía allí un discreto grupo encargado de organizar el tránsito de agentes. El gran Becker se presentó a última hora de la tarde, ojeó el registro de la sección, hizo algunas preguntas inconexas sobre la situación de las fuerzas de la ONU, y volvió a irse. Con aspecto preocupado, dijo el comandante de la sección. Quizá estuviera enfermo. Lo parecía por sus ojos y el color de su tez.

- ¿Y qué demonios estaba buscando? -le preguntó Kurtz al comandante cuando le oyó decir eso. Pero el comandante, un hombre prosaico al que la necesidad de mantener el secreto convertía en un tipo insípido, no pudo añadir ninguna especulación adicional. Preocupado, repitió. Con el mismo aspecto que tienen a veces los agentes cuando regresan de una larga misión.

Y Becker siguió conduciendo hasta que llegó a una serpenteante carretera de montaña destripada por los tanques y que el mismo paso de aquellos vehículos prolongaba hasta el kibbutz donde, suponiendo que lo tuviese en algún lugar, guardaba su corazón: un nido de águila colgado en un alto que miraba al Líbano por tres de sus lados. La zona se convirtió en territorio judío el 48, cuando se estableció allí una fortaleza militar que controlaba la única carretera este-oeste al sur del Litani. El padre de Becker había combatido allí, y también el hermano de Becker. El año 52 llegaron los primeros colonos judíos de origen israelí para vivir allí la dura vida secular que en tiempos había sido el ideal sionista. Desde entonces, el kibbutz había soportado algún que otro ataque de granadas, gozado en apariencia de prosperidad, y sufrido una preocupante reducción de habitantes. Cuando llegó Becker, los aspersores jugueteaban sobre el césped; el aire estaba saturado de la dulce fragancia de unas rosas de color rojo y rosado. Sus anfitriones le recibieron tímidamente, y muy excitados.

- ¿Has venido por fin a unirte a nosotros, Gadi? ¿Han terminado tus días de lucha? Escucha: tienes aquí una casa que te espera. ¡Puedes instalarte esta misma noche!

El rió, pero no dijo ni sí ni no. Pidió que le dieran trabajo para un par de días, pero apenas podían ofrecerle nada; le explicaron que era la estación más inactiva. Ya habían recogido toda la fruta y el algodón, los campos habían sido arados en espera de la primavera. Pero luego, ante su insistencia, le prometieron que podía dedicarse a repartir la comida en el comedor comunitario. Pero lo que en realidad

querían de él era su opinión sobre la marcha del país, la opinión de Gadi, que era el único que podía decirles qué pasaba en realidad. Lo cual significaba, naturalmente, que lo que querían sobre todo oírle decir eran las mismas opiniones que ellos tenían de aquel gobierno trapacero, de la decadencia de la política de Tel Aviv.

- ¡Vinimos aquí para trabajar, para luchar por nuestra identidad, para convertir a los judíos en israelíes, Gadi! ¿Vamos por fin a ser un país, o tendremos que conformarnos con ser la vitrina de la judería internacional? ¿Cuál es nuestro futuro, Gadi? ¡Dínoslo!

Le formularon estas preguntas animada y confiadamente, como si él fuese algún tipo de profeta que hubiese aparecido en medio de ellos, que hubiese acudido para dar una nueva interioridad a sus vidas a la intemperie; lo que no podían saber -al menos al principio- era que le estaban hablando al vacío del alma de Becker. «¿Y qué ha quedado de todas esas bonitas declaraciones, cuando decíamos que había que llegar a un entendimiento con los palestinos, Gadi? Nuestro gran error fue el que cometimos el año 67 -decidieron aquellos hombres, contestando como siempre las preguntas que ellos mismos formulaban-. En 1967 hubiésemos tenido que ser generosos; hubiéramos debido ofrecerles un buen trato. Solamente los vencedores pueden ser generosos.»

- ¡Nosotros somos muy poderosos, Gadi, y ellos son muy débiles!

Pero al cabo de un tiempo estas cuestiones insolubles acabaron resultándole demasiado familiares a Becker, que se acostumbró, de acuerdo con su carácter introvertido, a pasear lentamente y en solitario por los campos. Su lugar favorito era una derruida torre de vigilancia que miraba directamente a una aldea chiita, y que por el nordeste permitía contemplar el bastión cruzado de Beaufort, que en aquella época estaba todavía en manos palestinas. Allí le vieron la última noche que estuvo con ellos, al descubierto y lejos de todo refugio, y tan cerca de la valla electrónica de la frontera que hubiese bastado un leve movimiento suyo para poner en marcha la alarma. Como el sol estaba poniéndose, tenía una mitad clara y otra mitad oscura, y, con su posición erecta, parecía estar invitando a toda la cuenca del Litani a enterarse de su presencia.

A la mañana siguiente, regresó a Jerusalén y, tras presentarse en la calle Disraeli, pasó casi todo el día errando por las calles de la ciudad en la que había librado tantas batallas y visto el derramamiento de tanta sangre, incluyendo la suya. Y todavía daba la sensación de que estuviera cuestionando todo lo que veía. Miraba con deslumbrado desconcierto las estériles arcadas del barrio judío recién reconstruido; se sentó en los vestíbulos de los altísimos hoteles que actualmente echan a perder el perfil de los tejados de Jerusalén, y contempló meditabundo los grupos de honrados ciudadanos

norteamericanos procedentes de Oshkosh, Dallas y Denver, recién descargados de sus jumbos, con su buena fe y su mediana edad, para mantener el contacto con sus antepasados. Se asomó a las pequeñas tiendas que vendían caftanes árabes bordados a mano y artefactos árabes garantizados por los dueños; oyó la inocente charla de los turistas, inhaló sus caros perfumes y les oyó quejarse, aunque con amabilidad y camaradería, de la calidad de los bistecs al estilo de Nueva York, que no parecían tener el mismo sabor que en Estados Unidos. Y pasó una tarde entera en el Museo del Holocausto, mirando preocupado fotografías de niños que, de haber sobrevivido, tendrían ahora su edad.

Después de enterarse de todo esto, Kurtz interrumpió antes de lo fijado el permiso de Becker y le puso a trabajar otra vez. «Entérate de todo lo de Freiburg -le dijo-. Repasa las bibliotecas. Entérate de las personas que conocemos allí, obtén los planos de la universidad. Consigue planos de los edificios y de la ciudad. Averigua todo lo que necesitamos y más. Y tenlo todo listo para ayer.»

- Los buenos combatientes -le dijo Kurtz a Elli para consolarse-, no son nunca gente normal. Si no son absolutamente necios, tienden a pensar demasiado.

Pero Kurtz se asombró a sí mismo cuando descubrió hasta qué punto podía aún encolerizarle la oveja descarriada.

23

Había llegado al límite. De todas las vidas que había vivido hasta entonces, aquélla era la peor, una vida que necesitaba olvidar incluso mientras la vivía en aquel sanguinario internado provisto, encima, de violadores, aquel centro de debates plantado en medio del desierto y en el que los argumentos eran balas de verdad. El maltrecho sueño de Palestina estaba a cinco horas de durísimo camino en coche, al otro lado de las colinas, y en lugar de eso tenían que contentarse con aquel fuerte en mal estado que parecía el decorado para una nueva producción de Beau Geste, con almenas de piedra amarilla y una escalera de piedra y la mitad de uno de sus muros destruida por los bombardeos, y una puerta principal protegida con sacos de arena y coronada con un asta golpeteada por las deshilachadas cuerdas que agitaba un viento abrasador, en la que nunca ondeaba ninguna bandera. Que ella supiera, nadie dormía en el fuerte. El fuerte era para la administración y las entrevistas; y para el cordero con arroz tres veces al día; y las indigestas discusiones de grupo hasta después de la medianoche en las que los alemanes orientales arengaban a los alemanes occidentales y los cubanos arengaban a todo el mundo, y un fantasma norteamericano que se hacía llamar Abdul leía un artículo de veinte páginas que trataba de la inminente consecución de la paz mundial.

El otro centro social con el que contaban era el sitio donde hacían prácticas de tiro con arma corta, un recinto pequeño que no era una cantera abandonada en lo alto de una colina, sino un viejo barracón con las ventanas tapadas y una hilera de bombillas eléctricas colgadas de las vigas de acero, y reventados sacos de arena en todas las paredes. Los blancos no eran tampoco barriles de petróleo, sino efigies de tamaño natural que representaban brutales infantes de marina norteamericanos, con muecas pintadas y bayonetas caladas y rollos de papel adhesivo pardo a sus pies para remendar los agujeros de bala después de las prácticas. Había una constante demanda de utilización de este campo de tiro, muchas veces en plena noche, y estaba lleno de jactanciosas carcajadas y gruñidos de competitiva decepción, Un día

apareció un gran combatiente, algún tipo de VIP del terrorismo que llegó en un Volvo conducido por un chófer, y despejaron el barracón para que él hiciera prácticas en solitario. Otro día hizo brutal acto de presencia en medio de una clase una pandilla de negros muy locos que vaciaron uno tras otro muchos depósitos de municiones sin prestar la más mínima atención al joven germano oriental que estaba al mando.

- ¿Qué, blanco, te ha gustado? -bramó uno de ellos, volviendo la cara por encima del hombro, con fuerte acento sudafricano.

- Por favor… ¡Oh, sí! Ha estado muy bien -dijo el alemán oriental, perplejo ante su actitud discriminativa.

Se fueron contoneándose, partiéndose de risa y dejando a los infantes de marina más agujereados que un colador, con lo cual la primera hora de adiestramiento de las chicas tuvo que ser dedicada a reparar los muñecos con parches de pies a cabeza.

Vivían en tres alargados barracones; uno, con cubículos, para mujeres; otro, sin cubículos, para hombres; y un tercero, que contenía la llamada biblioteca, para los instructores. «Y si te invitan a ir a la biblioteca -le dijo una chica sueca que se llamaba Fátima-, no esperes gran cosa por lo que a lecturas se refiere.» Para despertarlos, unos altavoces que ellos no podían cerrar vomitaban música marcial. Luego hacían ejercicios físicos en un llano arenoso manchado de tiras de pegajoso rocío que parecían la pista dejada por gigantescos caracoles. Pero Fátima le dijo que los otros campamentos eran peores incluso. Fátima, si se daba crédito a la versión que de sí misma daba, era una fanática de los campos de adiestramiento. Había sido adiestrada en Yemen, y en Libia, y en Kiev. Estaba recorriendo todos los campos, como un tenista profesional, en espera de que alguien decidiera qué hacer con ella. Tenía un hijo de tres años que se llamaba Knut y que andaba por allí desnudo y con aspecto de sentirse solo, pero que se puso a llorar cuando Charlie le habló.

Los guardianes eran un tipo nuevo de árabe que hasta entonces Charlie no había conocido y que no tenía ningún deseo de volver a encontrar jamás: unos contoneantes vaqueros casi silenciosos que jugaban a humillar a los occidentales. Adoptaban afectadas actitudes en el perímetro del campamento y montaban de seis en seis en jeeps que conducían a velocidades de vértigo. Fátima le dijo que eran una milicia especial de muchachos que habían crecido en la frontera siria. Algunos eran tan jóvenes que Charlie se preguntaba si llegaban con los pies a los pedales. Por la noche, hasta el día que Charlie y una chica japonesa armaron un escándalo, estos mismos chiquillos llegaban en patrullas de dos o tres y trataban de convencer a las chicas para que fueran con ellos a dar un paseo por el desierto. Fátima solía irse con ellos, y también acostumbraba hacerlo una joven alemana oriental, y a su regreso parecían francamente impresionadas. Pero el resto de las

chicas, si se interesaban por esas cosas, preferían jugar una baza más segura con los instructores occidentales, lo cual hacía que los chicos árabes se enfurecieran todavía más.

Todos los instructores eran hombres, y a modo de oración de la mañana se ponían en fila ante sus camaradas-alumnos como un ejército integrado por la peor chusma, y uno de ellos les leía una agresiva condena del archienemigo del momento: el sionismo, la traición egipcia, la explotación capitalista europea, otra vez el sionismo, y un enemigo nuevo para Charlie, que se llamaba expansionismo cristiano, pero esto fue porque aquel día era Navidad, fiesta cuya celebración consistió en que fue oficialmente ignorada. Los alemanes orientales iban muy rapados, eran taciturnos y fingían que las mujeres les aburrían; los cubanos eran unas veces llamativos, otras nostálgicos y otras arrogantes, y casi todos apestaban y tenían los dientes podridos, menos el amable Fidel, que era el favorito de todo el mundo. Los árabes eran los más volátiles y los que actuaban con mayor dureza, chillaban a los rezagados y en más de una ocasión habían rociado de balas los pies de aquellos que ellos creían que no estaban lo bastante atentos, de modo que uno de los irlandeses, presa de pánico, casi se arrancó un dedo de un mordisco, para gran regocijo de Abdul el norteamericano, que contemplaba la escena, como solía hacer, desde cierta distancia, sonriendo afectadamente y haciéndoles reverencias como el fotofija de un rodaje de cine, mientras iba tomando notas en un bloc para su gran novela revolucionaria.

Pero la estrella del campamento durante aquellos primeros días de Locura fue un fanático de las bombas, un checo llamado Bubi, que la primera mañana acribilló su propio casco de combate sobre la arena, primero con un Kalashnikov, luego con una enorme pistola de prácticas calibre 45, y por fin, para rematarlo, con una granada rusa que lo hizo volar por los aires hasta una altura de quince metros.

La lengua franca utilizada en las discusiones políticas era un inglés de grado elemental con el que de vez en cuando entremezclaban algunas palabras francesas, y Charlie juró en el más profundo secreto de su corazón que si llegaba a regresar viva a su casa, saldría todas las noches a cenar en restaurantes para compensar aquellas cretinas conversaciones nocturnas sobre el «amanecer de la revolución» durante el resto de su antinatural vida. Entretanto, no se reía de nada. No había vuelto a reír desde que los bastardos habían hecho volar en pedazos a su amante en la carretera de Munich; y su reciente visión de la agonía del pueblo de él no había hecho sino intensificar la rencorosa necesidad que sentía de conseguir un justo desquite.

«Deberás hacerlo todo con la mayor y más solitaria seriedad -le había dicho Joseph, que era un hombre absolutamente solitario y

serio-. Puedes distanciarte, hasta parecer un poco chalada, están acostumbrados a estas cosas. No debes hacer preguntas, y tendrás que permanecer sola siempre, día y noche.»

La cifra de alumnos variaba todos los días. Cuando el camión salió de Tiro, el grupo de Charlie estaba formado por cinco chicos y cuatro chicas, y los dos guardias con la cara llena de manchas de pólvora, que estuvieron con ellos en la trasera del camión durante todo el recorrido que el vehículo hizo dando saltos y tumbos por la pedregosa pista de montaña les prohibieron decir una sola palabra. Una chica que resultó ser vasca consiguió comentarle en susurros que estaban en Adén; dos chicos turcos dijeron que estaban en Chipre. Cuando llegaron había otros diez alumnos esperando, pero el segundo día los dos turcos y la chica vasca habían desaparecido, seguramente por la noche, cuando pudieron oír camiones que llegaban y se iban con los faros apagados.

Como ceremonia de ingreso los obligaron a hacer un juramento de fidelidad a la Revolución Antiimperialista y a estudiar el «reglamento» del campamento, que estaba escrito como si fueran los Diez Mandamientos en una pared encalada del Centro de Recepción de Camaradas. Todos los camaradas debían utilizar en todo momento su nombre árabe; estaban prohibidas las drogas, la desnudez, los juramentos en nombre de Dios, las conversaciones privadas, las bebidas alcohólicas, la cohabitación y la masturbación. Mientras Charlie estaba todavía preguntándose cuál de estas normas violaría en primer lugar, sonó a través de los altavoces un discurso pregrabado y sin firma de bienvenida.

- Camaradas, ¿quiénes somos? Somas los que no tienen nombre, los que no tienen uniforme. Somos las ratas que han huido de la ocupación capitalista. ¡Venimos de los campos libaneses, asolados por el dolor! ¡Y combatiremos contra el genocidio! ¡Venimos de las sepulturas de cemento de las ciudades de Occidente! ¡Y nos encontraremos los unos a los otros! ¡Y todos juntos encenderemos la antorcha en nombre de los ochocientos millones de bocas hambrientas que hay por todo el mundo!

Cuando terminó la arenga, Charlie sintió un sudor frío que le recorría la espalda, y una ira latente en su pecho. «Encenderemos la antorcha -pensó-. Si, la encenderemos.» Mirando de reojo a una chica árabe que estaba a su lado, vio en sus ojos el mismo fervor.

«Día y noche», había dicho Joseph.

Día y noche, por lo tanto, hizo los mayores esfuerzos: por Michel, por su propia loca cordura, por Palestina, por Fatmeh y por Salma y por los niños víctimas de las bombas en la cárcel de Sidón; obligándose a salir de sí misma para huir del caos interior; concentrándose en las características del personaje que interpretaba

con mayor intensidad que en toda su vida, fundiéndolas en una única identidad combativa.

«Soy una triste y enfurecida viuda y he venido aquí para tomar el relevo de mi amante muerto y continuar su lucha.

»Soy la militante que acaba de despertar y que ha perdido demasiado tiempo haciendo las cosas a medias y que ahora está aquí, firme y con la espada en la mano.

»He tocado con mi mano el corazón palestino; me he comprometido a tirar de las orejas al mundo, para obligarle a que escuche.

»Ardo en llamas, pero soy astuta y tengo muchos recursos. Soy la avispa dormida que puede esperar a que pase el largo invierno antes de clavar su aguijón.

»Soy la camarada Leila, ciudadana de la revolución mundial.» Día y noche.

Interpretó este papel hasta el límite, desde el iracundo y seco ademán con que participaba en el combate sin armas hasta el inquebrantable gesto ceñudo con que miraba su cara en el espejo cuando se peinaba brutalmente el pelo negro en el que empezaban a asomar las raíces pelirrojas. Hasta que lo que había empezado como un ejercicio de fuerza de voluntad acabó convirtiéndose en un hábito mental y corporal, una enfermiza, permanente y solitaria ira que se comunicaba rápidamente a su público, tanto a los instructores como a los alumnos. Casi desde el primer momento aceptaron su relativa rareza, que le permitía mantener distancias. Es posible que hubieran visto esa misma actitud en otros; Joseph le había dicho que no sería la primera. Su costumbre de llevar camisas de hombre adquirió una macabra dignidad cuando hizo saber que eran las de su asesinado amante. La fría pasión con que actuaba en las sesiones de prácticas de tiro -que iban desde los lanzacohetes manuales soviéticos hasta el inevitable Kalashnikov, pasando por la fabricación de bombas con cables eléctricos rojos y detonadores -impresionó hasta al exaltado Bubi. Era una alumna entregada, pero se mantenía apartada. Gradualmente notó que le mostraban cierta deferencia. Los hombres, incluso los de la milicia siria, dejaron de hacerle proposiciones de forma indiscriminada; las mujeres dejaron de sentir recelos de su despampanante tipo; los camaradas más débiles empezaron a buscar tímidamente su apoyo, y los fuertes la trataron de igual a igual.

En su dormitorio había tres camas, pero al principio no tenía más que una sola compañera: una diminuta muchacha japonesa que pasaba mucho tiempo rezando de rodillas, pero que no hablaba con los mortales en ningún idioma que no fuera el suyo. Cuando dormía, rechinaba los dientes tan fuerte que una noche Charlie la despertó, se sentó a su lado, cogiéndole la mano mientras ella lloraba con

silenciosas lágrimas asiáticas, y estuvieron así hasta que los altavoces empezaron a vomitar música y llegó la hora de levantarse. Poco después, y sin explicaciones, también ella desapareció, para ser sustituida por dos hermanas argelinas que fumaban cigarrillos rancios y parecían estar tan enteradas como Bubi de todo lo concerniente a armas y bombas. A Charlie le parecieron chicas corrientes, pero los instructores las veneraban por haber sido las autoras de una hazaña armada contra el opresor que nadie llegó a explicar en qué había consistido. Por las mañanas salían, todavía adormiladas, del barracón de los instructores, enfundadas en sus monos de lana, mientras las menos favorecidas terminaban sus ejercicios de combate sin armas. De modo que Charlie dispuso durante una temporada de su dormitorio para ella sola, y aunque Fidel, el amable cubano, apareció allí una noche, tan relimpio y repeinado como un niño del coro, dispuesto a estrecharla con su amor revolucionario, ella conservó su pose de firme abnegación y no le concedió ni un beso antes de echarlo.

El primero que le pidió sus favores después de Fidel fue Abdul el norteamericano. Fue a verla una noche, a última hora, y llamó tan suavemente que ella creyó que sería una de las argelinas, porque acostumbraban olvidarse la llave. A estas alturas Charlie había deducido que Abdul era un miembro permanente del campamento. Porque trataba a los instructores con gran intimidad, le dejaban mucha libertad, y no tenía más trabajo que el de leer sus aburridos artículos y citar a Marighella con un atronador acento del profundo Sur, que Charlie sospechaba que era postizo. Fidel, que le admiraba, dijo que era un desertor de la guerra de Vietnam, que odiaba el imperialismo y había llegado allí vía La Habana.

- ¡Hola, tía! -dijo Abdul, colándose en el dormitorio con una sonrisa en los labios, antes de que ella tuviera tiempo de cerrarle la puerta en las narices. Se sentó en la cama de Charlie y empezó a liar un pitillo.

- ¡Lárgate! -dijo ella.

- Claro -dijo él, que siguió liando el pitillo. Era alto, con entradas y, visto de cerca, muy flaco. Llevaba uniforme militar cubano y tenía una sedosa barba castaña a la que parecía faltarle pelo.

- ¿Cómo te llamas en realidad? -preguntó él.

- Smith, Leila Smith.

- Me gusta. Smith. -Y repitió el apellido varias veces en diversos tonos-. ¿Eres irlandesa, Smith? -Encendió el pitillo y se lo ofreció a Charlie. Ella le ignoró-. Tengo entendido que eres propiedad privada de mister Tayeh. Admiro tu buen gusto. Tayeh no se conforma con cualquier cosa. ¿Cómo te ganas la vida, Smith?

Ella cruzó el dormitorio a grandes zancadas, fue a la puerta y la abrió de golpe, pero él se quedó en la cama, sonriendo levemente con

una mueca maliciosa a través del humo de su pitillo.

- ¿No quieres joder? -preguntó él-. ¿Qué pena! Esas Fráuleins son como elefantes enanos de circo. Pensaba que tú y yo podíamos elevar un poco el nivel. Hacer una demostración de las Relaciones Especiales).

Se levantó lánguidamente, tiró el pitillo al lado de la cama y lo apagó con la bota.

- ¿No tendrás por casualidad un poco de hachís para este pobre hombre, Smith?

- ¡Largo! -dijo ella.

Accediendo pasivamente a la voluntad de Charlie, se le acercó arrastrando los pies. Luego se detuvo y levantó la cabeza, y se quedó quieto; ella se sintió muy violenta al ver que los ojos agotados y sin personalidad del norteamericano se habían llenado de lágrimas y que, con un nudo en la garganta, la miraba con una infantil expresión de súplica.

- Tayeh no quiere permitirme que salte del tiovivo en marcha -se quejó el norteamericano. Su acento del profundo Sur había dado paso a un acento corriente de la Costa Este-. Cree que mis baterías ideológicas se han descargado. Y me temo que acierta. Es como si ya no me acordara del razonamiento según el cual cada bebé muerto es un paso hacia la paz mundial. Lo cual es una lata para quien ha matado a unos cuantos. Tayeh se lo toma muy deportivamente. Es un tipo deportivo. ((Si quieres irte, vete», dice. Y señala al desierto. Deportivamente.

Como un pordiosero desconcertado, cogió la mano derecha de Charlie entre las suyas y se quedó mirando la palma vacía.

- Me llamo Halloran -explicó, como si a él mismo le costara recordarlo-. Donde dice Abdul debes leer Arthur J. Halloran. Y si alguna vez pasas delante de alguna embajada de Estados Unidos, te estaría agradecidísimo si dejaras una nota diciendo que Arthur Halloran, el que fuera miembro de la troupe de Boston y de Vietnam, y últimamente soldado de ejércitos no tan oficiales, desearía regresar corriendo a casa y pagar la deuda que ha contraído con la sociedad antes de que esos macabeos locos aparezcan por esas colinas y nos hagan papilla a todos. ¿Querrás hacerme este favor, Smith? Al fin y al cabo, a la hora de la verdad nosotros, los anglosajones, somos superiores, ¿no te parece?

Ella no podía apenas moverse. Una irresistible sensación de mareo la había invadido con la misma fuerza que la primera sensación de frío que tiene un cuerpo muy malherido. Lo único que quería era irse a la cama. Con Halloran. Para proporcionarle el consuelo que pedía y extraerle a cambio otro tanto. No le importaba que a la mañana siguiente él pudiese delatarla. Que lo hiciera. Lo único que sabía es

que no soportaba, ni una noche más, aquella infernal celda vacía.

El retenía todavía su mano. Ella le dejó, matando el tiempo como un suicida que mira anhelante desde el alféizar de una ventana la calle que está muy abajo, a sus pies. Después, haciendo un tremendo esfuerzo, se liberó, y con las dos manos a la vez empujó el esquelético cuerpo del norteamericano, que no ofreció resistencia, hacia el exterior.

Se sentó en la cama. Era, sin duda, la misma noche. Podía oler todavía el cigarrillo de él. Ver la colilla apagada en el suelo.

«Si quieres irte, vete», dijo Tayeh. Luego señaló al desierto. «Tayeh es un tipo muy deportivo.»

«No hay miedo que se le pueda comparar -había dicho Joseph-. Tu valentía será como el dinero, irás gastándola, cada vez más, y una noche te mirarás los bolsillos y estarás sin un céntimo. Entonces es cuando empieza la verdadera valentía.

»No hay más que un principio lógico -había dicho Joseph-, tú. No puede quedar más que un superviviente, tú. No hay más que una persona en la que puedes confiar, tú.»

Se quedó junto a la ventana, preocupada por la arena. No había pensado que la arena pudiera remontarse tan alto. De día, domada por el ardiente sol, yacía dócil y baja, pero cuando, como en este momento, brillaba la luna, se hinchaba formando inquietos conos que saltaban de un horizonte a otro, y supo que con el tiempo acabaría derramándose hasta el barracón a través de la ventana, y la dejaría tiesa en pleno sueño.

Su interrogatorio empezó a la mañana siguiente y duró, según los cálculos que hizo al terminar, un día entero y dos medias noches. Fue un proceso alocado e irracional, según quien fuese el sujeto al que le tocaba el turno de chillarle y según se tratara de desafiar su compromiso revolucionario o de acusarla de ser una delatora británica, sionista o norteamericana. Mientras duró, la excusaron de participar en todas las lecciones y la obligaron a encerrarse en su barracón entre una sesión y la siguiente, bajo arresto domiciliario, aunque a nadie parecía importarle que fuera a dar un paseo sola por el campamento. Se turnaban cuatro chicos árabes muy fervientes que actuaban por parejas y le ladraban las preguntas previamente preparadas que iban leyendo en unos cuadernos escritos a mano; lo que más los enfurecía era que ella no entendiese su mal inglés. No le pegaron, aunque quizás hubiera sido más fácil si lo hubiesen hecho, porque al menos hubiera podido saber cuándo les gustaban sus respuestas y cuándo no. Pero cuando se enfurecían resultaban bastante aterradores. A veces le gritaban con el rostro pegado al de ella, la cubrían de escupitajos, y luego la dejaban, presa de náuseas y jaqueca. Otro de los trucos consistía en ofrecerle un vaso de agua, y luego

tirárselo a la cara cuando ella estaba a punto de cogerlo. Pero la siguiente sesión, el chico que había sido el instigador de esta escena leyó delante de sus tres colegas una declaración de culpabilidad, y después abandonó la estancia profundamente humillado.

Otra vez la amenazaron con dispararle un tiro por su conocida vinculación con el sionismo y la reina de Inglaterra. Pero cuando incluso entonces se negó a admitir estos pecados, parecieron perder interés y empezaron a contarle con mucho orgullo historias de sus aldeas de origen, que no habían visto jamás, y le dijeron que en ellas vivían las mujeres más hermosas, y crecían los mejores olivos y las mejores viñas del mundo. Y fue entonces cuando Charlie supo que había regresado a la cordura, y a Michel.

Un *punkah* eléctrico empezó a funcionar; de las paredes colgaban unas cortinas grises que ocultaban parcialmente unos mapas. Por la ventana, que estaba abierta, Charlie podía oír los intermitentes golpes sordos de las prácticas con bombas que llegaban del campo de tiro de Bubi. Tayeh se había instalado en el sofá, y estirado en él una pierna. Su cara llena de heridas tenía un aspecto pálido y enfermizo. Charlie estaba de pie delante de él, como una niña que se ha portado mal, con la mirada baja y la mandíbula agarrotada de ira. Había intentado hablar una vez, pero Tayeh había impedido que lo hiciera desviando su atención al sacar una botella de whisky del bolsillo y pegarle un trago. Se secó los labios hacia los dos lados con el dorso de la mano, como si llevara bigote, que no era el caso. Jamás le había visto Charlie tan contenido, ni tan incómodo en su presencia.

- Abdul el norteamericano -dijo ella.

- ¿Qué?

Charlie estaba preparada. Había ensayado mentalmente la escena repetidas veces: el elevado sentido del deber de la camarada Leila supera su repugnancia natural a dar el chivatazo. Se sabía el texto de memoria. Sabía cómo eran las furcias del campamento que lo habían pronunciado. Para recitarlo mantuvo el rostro desviado del de él y habló con furia áspera y masculina.

- Su verdadero nombre es Halloran. Arthur J. Halloran. Es un traidor. Me pidió que, cuando me vaya, les diga a los norteamericanos que quiere regresar y hacer frente a los tribunales. Admite francamente que tiene ideas antirrevolucionarias. Podría traicionarnos a todos.

La oscura mirada de Tayeh no se había apartado ni un instante de su rostro. Sostenía su bastón de fresno con las dos manos, y golpeaba con su extremo los dedos de su pierna mala, como si tratara así de mantenerla despierta.

- ¿Es por eso que has pedido verme?

- Sí.

- Halloran fue a verte hace tres noches -observó él, desviando su mirada-. ¿Por qué no me lo has dicho antes? ¿Por qué has esperado tres días?

- No estabas aquí.

- Estaban otros. ¿Por qué no preguntaste por mí?

- Tenía miedo de que le castigaras.

Pero Tayeh no parecía pensar que Halloran estuviese siendo juzgado.

- Miedo -repitió, como si se tratase de una admisión muy grave-. ¿Miedo? ¿Y por qué ibas a temer por Halloran? ¿Durante tres días? ¿Acaso simpatizas secretamente con su actitud?

- Sabes que no.

- ¿Es por eso que él te habló con tanta franqueza? ¿Por qué le diste motivos para que confiara en ti? Creo que sí.

- No.

- ¿Te acostaste con él?

- No.

- Entonces, ¿qué deseos podías sentir de proteger a Halloran? ¿Por qué ibas a temer por la vida de un traidor cuando estás aprendiendo a matar en nombre de la revolución? ¿Por qué no eres sincera con nosotros? Me decepcionas.

- No tengo experiencia. Lo sentía por él y no quería que sufriera ningún daño. Después me acordé de cuál era mi deber.

Tayeh parecía cada vez más confuso ante el desarrollo de la conversación. Tomó otro trago de whisky.

- Siéntate.

- No siento necesidad de hacerlo.

- Siéntate.

Ella hizo lo que le ordenaban. Miraba con fiereza hacia un punto situado a un lado de él, algún punto odiado de su propio horizonte. En su interior había ido más allá del punto en que él hubiera tenido algún derecho a conocerla. «Ya he aprendido lo que me enviaste a aprender aquí. Echate la culpa a ti mismo si no me entiendes.»

- En una carta que escribiste a Michel hablabas de un hijo. ¿Tienes un hijo? ¿De él?

- Me refería a la pistola. Dormíamos con ella.

- ¿Qué clase de pistola?

- Una Walther. Se la dio El Jalil a él.

Taveh suspiró.

- Si estuvieras en mi lugar-dijo por fin, volviendo la cabeza a otro lado para no mirarla-, y tuvieras que arreglar el asunto de Halloran (que quiere irse a casa, pero sabe demasiado), ¿qué harías con él?

- Neutralizarle.

- ¿Pegarle un tiro?

- Eso es asunto tuyo.

- Sí. Lo es. -Volvía a estudiar su pierna mala, sosteniendo su bastón encima de ella, en paralelo-. Pero ¿por qué habría que ejecutar a un hombre que ya está muerto? ¿Por qué no podríamos dejarle que trabajara para nosotros?

- Porque es un traidor.

Una vez más Tayeh pareció no querer entender la lógica a la que obedecía la actitud de

ella.

- Halloran se acerca a muchos de los que pasan por este campamento. Siempre lo hace por algún motivo. Es nuestro buitre, y nos señala los sitios donde hay debilidad y enfermedad. Nos señala a los posibles traidores. ¿No crees que sería una tontería librarse de una criatura tan útil? ¿Te acostaste con Fidel?

- No.

- ¿Porque es latino?

- Porque no quería acostarme con él.

- ¿Y con los chicos árabes?

- No.

- Me parece que eres muy quisquillosa.

- No lo fui con Michel.

Soltando un suspiro de perplejidad, Tayeh tomó un tercer trago de whisky.

- ¿Quién es Joseph? -preguntó en un tono ligeramente quejumbroso. ¿Quién es Joseph, por favor?

¿Había por fin muerto la actriz que había sido? ¿O estaba tan reconciliada con el teatro de la realidad que había desaparecido la diferencia entre la vida y el arte? No se le ocurría ni una sola de las respuestas de su repertorio; no tenía a la sensación de estar eligiendo entre diversas formas de interpretación. No pensó en la posibilidad de desplomarse en el suelo y quedarse quieta sobre sus losas. No sintió la tentación de embarcarse en una dramática confesión, de revolcarse por el suelo admitiendo su culpa, vendiendo todos los secretos que conocía a cambio de su vida, que le habían dicho que era la última opción que le quedaba, y que le habían permitido utilizar. Estaba furiosa. Estaba hartísima de ver cómo sacaban a rastras su integridad y la desempolvaban y la sometían a nuevos escrutinios cada vez que alcanzaba otro hito en su camino hacia la revolución de Michel. De modo que lo que hizo fue lanzarle sin pensar una réplica -una carta cogida bruscamente de la parte superior de la baraja-, lo tomas o lo dejas, y vete al infierno.

- No conozco a ningún Joseph.

- Anda. Piensa. En Mikonos. Antes de que fueras a Atenas. Uno de tus amigos, en una conversación intrascendente con alguien que te

conocía, fue oído mencionar a Joseph, que había entrado en vuestro grupo. Dijo que Charlie estaba absolutamente cautivada por él.

No quedaban barreras ni curvas. Las había dejado todas atrás, y ahora avanzaba libremente.

- ¿Joseph? ¡Ah, ese Joseph! -dejó que su cara denotara el retrasado recuerdo, y, en el mismo momento, que se nublara de repugnancia.

- Le recuerdo. Era un grasiento judío que se enganchó a nuestro grupo.

- No hables así de los judíos. No somos antisemitas. Somos simplemente antisionistas.

- Oh, sí, desde luego! -cortó ella.

A Tayeh le interesó esta reacción.

- ¿Estás llamándome mentiroso, Charlie?

- Fuera o no un sionista, era un pelotillero. Me recordaba a mi padre.

- ¿Era judío tu padre?

- No. Era un ladrón.

Tayeh estuvo pensando en esto un buen rato, utilizando primero la cara de ella, y luego todo su cuerpo, como término de referencia para las dudas que quizás albergaba todavía. Le ofreció un cigarrillo, pero ella no lo aceptó: su instinto le aconsejó que no diera ese paso hacia él. Tayeh volvió a golpearse el pie malo con el bastón.

- Esa noche que pasaste con Michel en Tesalónica, en el viejo hotel, ¿la recuerdas?

- ¿Y qué pasa?

- El personal del hotel oyó gritos en vuestra habitación cuando ya era casi de madrugada.

- ¿Y qué quieres saber?

- No me empujes, por favor. ¿Quién gritaba esa noche?

- Nadie. Se confundieron de puerta cuando se metieron a fisgonear.

- ¿Quién gritaba?

- Nosotros no gritábamos. Michel no quería que me fuese. Eso es todo. Temía por mí.

- ¿Y tú?

Era una historia que había fabricado con ayuda de Joseph, el momento en que ella era más fuerte que Michel.

- Le dije que le devolvería su brazalete.

Tayeh asintió con la cabeza.

- Lo cual explica la posdata de tu carta: «Me alegró muchísimo quedarme al final con el brazalete.» Y, naturalmente, no hubo gritos. Tienes razón. Perdona mi simple trampa árabe.

La miró inquisitivamente una última vez, tratando, una vez más,

en vano, de resolver el enigma; luego hizo un puchero con los labios, militarmente, de una forma parecida a como a veces hacía Joseph, como preludio de una orden.

- Tenemos una misión para ti. Ve a por tus cosas y regresa aquí inmediatamente. Tu preparación ha terminado.

Irse de allí era la locura más inesperada. Era peor que el final de un curso; peor que deshacerse de la pandilla en el puerto del Pireo. Fidel y Bubi la apretaron contra sus pechos. Sus lágrimas se mezclaron con las de ella. Una de las chicas argelinas le regaló un niño Jesús de madera para que lo usara como medallón.

El profesor Minkel vivía en el collado que une el monte Scopus con la Colina Francesa, en el octavo piso de una nueva torre próxima a la Universidad Hebrea, vecina de otras muchas que formaban un racimo que había causado un gran dolor a los desafortunados que pretendían conservar el antiguo carácter de Jerusalén. Todos los apartamientos tenían vistas de la Ciudad Vieja, pero lo malo era que también desde la Ciudad Vieja se veían, en lo alto, los apartamientos. Al igual que las torres vecinas, ésta era, además de un rascacielos, una fortaleza, y sus ventanas habían sido dispuestas de modo que sirvieran para devolver desde ellas el fuego en caso de que hubiese necesidad de repelir un ataque. Kurtz se equivocó tres veces antes de encontrar el sitio que buscaba. Se perdió primero en un centro comercial, cuyos muros de cemento tenían más de un metro y medio de espesor; luego volvió a extraviarse y fue a parar a un cementerio británico dedicado a los caídos en la primera guerra mundial y que tenía una placa que decía:

«Obsequio del pueblo de Palestina.» Luego exploró otros edificios; casi todos regalo de millonarios norteamericanos, y finalmente llegó a esta torre de piedra labrada. Los carteles donde estaban los nombres habían sido estropeados por los gamberros, de modo que apretó un timbre al azar y desenterró a un viejo polaco de la Galitzia que solamente hablaba yiddish. El polaco sabía cuál era el edificio que estaba buscando -es precisamente éste, no lo dude- y conocía al doctor Minkel y le admiraba por su actitud; él mismo había sido alumno de la venerada Universidad de Cracovia. Pero también tenía que hacerle muchas preguntas, que Kurtz se vio obligado a contestar lo mejor que pudo: por ejemplo, ¿de donde procedía Kurtz? Santo cielo, ¿y no conoce a fulano y mengano? ¿Y qué es lo que puede querer hacer en ese edificio, a las once de la mañana, todo un adulto, cuando el doctor Minkel estaba seguramente enseñando a los futuros grandes filósofos del pueblo judío?

Los mecánicos del ascensor estaban en huelga, de modo que Kurtz se vio obligado a subir por la escalera, pero no había nada que hubiera podido echar a perder sus ánimos. Para empezar, porque su

sobrina acababa de anunciar su compromiso con un joven que trabajaba precisamente en la misma sección que él, y no se trataba de un compromiso prematuro. Además, la conferencia bíblica de Elli había concluido felizmente; al terminar había ofrecido un café a los participantes y se alegró muchísimo de que él hubiera podido combinarse el trabajo y estar presente. Pero, sobre todo, porque el decisivo descubrimiento de lo de Freiburg había sido respaldado por varios indicadores que lo confirmaban, de los cuales el más satisfactorio había llegado ayer mismo, gracias a uno de los escuchas de Shimon Lityak, que, probando un nuevo micrófono direccional desde un tejado de Beirut, había captado la palabra Freiburg; Freiburg repetida tres veces en poco tiempo, una auténtica delicia. «A veces -reflexionó Kurtz mientras iba subiendo-, la suerte te trata así de bien.» Y la suerte, como sabia Napoleon y sabían también todos los habitantes de Jerusalén, era la cualidad definitiva de los grandes generales.

Al llegar a un pequeño rellano hizo una pausa para recobrar un poco el aliento, y también para serenar sus pensamientos. La escalera tenía una iluminación propia de un refugio antibombardeo, con las bombillas protegidas por jaulas de alambre, pero lo que hoy oía saltar y brincar en el fondo del sombrío pozo eran los sonidos de su propia infancia en los ghettos. «Hice bien no trayendo conmigo a Shimon -pensó-. A veces Shimon da un toque helado a las cosas; será mejor actuar con cierto desparpajo superficial.»

La puerta del número 18 D tenía una mirilla incrustada en una chapa de acero, y en uno de sus lados estaba atestada de cerrojos. La señora Minkel los fue abriendo de uno en uno, como si desabrochara los botones de un botín, mientras iba diciendo «Un momentito, por favor», y seguía bajando más y más. Kurtz se hizo a un lado y esperó a que ella los fuese cerrando pacientemente otra vez. Era una mujer alta y guapa, con unos ojos azules muy luminosos, y el cabello cano recogido en un moño universitario.

- Usted es el señor Spielberg, del Ministerio del Interior -le informó ella con cierta reserva, mientras le daba la mano-. Hansi le está esperando. Bienvenido. Pase.

Abrió la puerta que daba a un diminuto estudio y allí vio sentado a Hansi, curtido y patriarcal como un Buddenbrook. Tenía un despacho demasiado pequeño para sus necesidades y hacía años que trabajaba así; sus libros y papeles estaban esparcidos a su alrededor por todo el suelo, en un orden que no podía ser fruto del azar. La mesa estaba puesta en un ángulo torcido a medio camino del saliente de una ventana, y el saliente era un semihexágono con delgadas ventanitas de cristales ahumados que parecían troneras para un arquero, y en la parte inferior tenía un banco empotrado.

Levantándose cuidadosamente, Minkel avanzó con precaución y lleno de una dignidad celestial por la habitación hasta llegar a una isleta que no había sido invadida aún por su erudición. Su bienvenida no fue muy tranquila, y cuando se sentaban en el saliente de la ventana, la señora Minkel acercó un taburete y se instaló firmemente entre los dos, como si pretendiera juzgar si se jugaba limpio o no.

Hubo entonces un incómodo silencio. Kurtz esbozó la sonrisa apesadumbrada del hombre que está obligado a cumplir con su deber.

- Señora Minkel, siento decirle que hay un par de cuestiones que por motivos de seguridad mi departamento insiste en tratar primero solamente con su esposo -dijo. Y volvió a esperar, sonriendo todavía, hasta que el profesor le sugirió a su mujer que les preparase un café y le preguntó a Kurtz si lo quería con leche.

Lanzando una mirada de advertencia a su esposo desde el umbral, la señora Minkel se retiró a regañadientes. En realidad, apenas debía haber diferencia de edad entre aquellos dos hombres; pero Kurtz tuvo el cuidado de hablarle a Minkel como a un superior, porque eso era a lo que el catedrático estaba acostumbrado.

- Profesor, tengo entendido que nuestra amiga Ruthie Zadir habló con usted ayer mismo -empezó Kurtz con el respeto de quien se dirige a un enfermo desde la cabecera de la cama. Pisaba aquí terreno seguro porque había estado al lado de Ruthie cuando llamó al profesor, v había escuchado las palabras de ambos a fin de hacerse una idea de la clase de persona que era.

- Ruth fue una de las mejores alumnas que he tenido -observó el catedrático como quien recuerda una pérdida.

- Sin duda es también uno de nuestros mejores elementos -dijo Kurtz, mas expansivo-. Profesor, ¿tiene usted idea, por favor, del caracter del trabajo que realiza actualmente Ruthie?

Minkel no estaba en realidad acostumbrado a contestar preguntas que no hicieran referencia a su especialidad, y necesitó unos instantes de desconcertada concentración antes de responder.

- Creo que debería decir una cosa -dijo por fin con incómoda resolución.

Kurtz sonrió hospitalariamente.

- Si su visita a mi casa tiene relación con las tendencias o simpatías políticas de mis alumnos, lamento no poder colaborar con usted. No puedo aceptar la legitimidad de tales criterios. Lo siento, pero ya hemos discutido de esto con anterioridad. -Parecía repentinamente embarazado, tanto por sus pensamientos, como por su mal hebreo-. Yo estoy aquí porque creo en algo. Y cuando creemos en algo tenemos el deber de decirlo, pero aún es más importante actuar según esas creencias. Esa es mi actitud.

Kurtz, que había leído la ficha de Minkel, sabía exactamente cuál

era la actitud del profesor. Era discípulo de Martin Buber, y miembro de un grupo idealista olvidado hacía tiempo que entre las guerras del 67 y el 73 había defendido la idea de llegar a una verdadera paz con los palestinos. Los políticos de derechas le llamaban traidor; y también lo hacían a veces los de izquierdas cuando recordaban aquella época. Minkel era un oráculo de la filosofía judía, de los primeros tiempos del cristianismo, de los movimientos humanistas alemanes y de unos treinta temas más; había escrito un libro en tres volúmenes sobre la teoría y la práctica del sionismo, con un índice tan abultado como un listín telefónico.

- Profesor -dijo Kurtz-, soy perfectamente consciente de cuál es su actitud en todas estas cuestiones y, desde luego, no tengo intención de interferir en modo alguno con su magnífica posición ética. -Hizo una pausa, dando tiempo a que sus palabras tranquilizaran plenamente a Minkel-. Por cierto, ¿puedo suponer que su próxima conferencia en la Universidad de Freiburg trata también de esta misma cuestión de los derechos individuales?

Los árabes, y sus libertades básicas…, ¿no es éste el tema de su conferencia del día veinticuatro?

El profesor no estaba dispuesto a aceptar aquello. Las definiciones imprecisas no le interesaban en lo más mínimo.

- El tema que trataré en esa ocasión es diferente. Se refiere a la realización del judaísmo por parte de los propios judíos por medio de la ejemplificación de la cultura y la moral judías, y no por medio de la conquista.

- ¿Qué dice exactamente la argumentación que utiliza usted? -preguntó benignamente Kurtz.

La esposa de Minkel regresó con una bandeja de pastas caseras.

- ¿Ya está pidiéndote otra vez que te conviertas en un delator? -preguntó-. Si te lo pide, dile que no. Y cuando le hayas dicho que no, dile que no otra vez, hasta que se entere. ¿Qué crees que te hará? ¿Golpearte con una porra de caucho?

- Señora Minkel, no estoy pidiéndole eso que usted dice, en absoluto -dijo Kurtz, imperturbable.

Dirigiéndole una mirada de paciente incredulidad, la señora Minkel volvió a retirarse.

Pero Minkel apenas esperó. Si había notado la interrupción, la ignoró. Kurtz le había dirigido una pregunta; Minkel, que rechazaba todo cuanto supusiera oponer barreras al conocimiento, porque le parecía inaceptable, se disponía a contestarle.

- Le diré exactamente cómo funciona la argumentación, señor Spielberg -contestó solemnemente-. Mientras tengamos un Estado judío pequeño, podremos avanzar democráticamente, como judíos, hacia nuestra realización como tales judíos. Pero cuando ampliemos

nuestro Estado e incorporemos en él a muchos árabes, tendremos que elegir. -Y le mostró a Kurtz las alternativas con sus manos pecosas-. De este lado, democracia sin realización del judaísmo; de este otro, realización del judaísmo sin democracia.

- ¿Cuál es, por lo tanto, la solución, profesor? -preguntó Kurtz.

Las manos de Minkel volaron por el aire en un despectivo ademán de impaciencia universitaria. Parecía haber olvidado que Kurtz no era alumno suyo.

- ¡Muy sencilla! ¡Retirarnos de Gaza y de la Orilla Occidental antes de que perdamos nuestros valores! ¿Qué otra solución podría haber?

- ¿Y cuál es la reacción de los propios palestinos a esta propuesta, profesor?

La anterior seguridad del catedrático fue sustituida por cierta tristeza.

- Me llaman cínico -dijo.

- ¿Ah, sí?

- Según ellos, quiero conseguir a la vez un Estado judío y las simpatías de todo el mundo, y por eso dicen que soy un agente subversivo y contrario a su causa. -La puerta volvió a abrirse y entró la señora Minkel con la cafetera y las tazas-. Pero no soy subversivo -dijo con desesperación el profesor, aunque, ante la entrada de su esposa, no añadió nada más.

- ¿Subversivo? -repitió como un eco la señora Minkel, dejando de golpe la bandeja de la vajilla y sonrojándose-. ¿Está usted llamando subversivo a Hansi? ¿Porque decimos lo que pensamos sobre lo que le está pasando a este país?

Kurtz no hubiera podido hacerla callar aunque lo hubiese intentado, pero de hecho ni siquiera hizo el menor esfuerzo en este sentido. Le bastaba dejar que siguiera su carrera hasta agotarse.

- ¿Y las palizas y torturas en Golán? ¿Y no los tratan en la Orilla Occidental peor que las SS? ¿Y en el Líbano y en Gaza? Incluso aquí, en Jerusalén, les dan bofetadas a los críos por el solo hecho de ser árabes. ¡Y nos llama subversivos porque nos atrevemos a hablar de la opresión, simplemente porque nadie nos oprime a nosotros, judíos de Alemania! ¿Nosotros somos subversivos para Israel?

- Aber, Liebchen… -dijo el profesor, enrojeciendo de embarazo.

Pero la señora Minkel era evidentemente una dama acostumbrada a decir todo lo que tenía que decir.

- No pudimos frenar a los nazis, y ahora no podemos frenarnos a nosotros mismos. Conseguimos una patria, ¿y qué es lo que hacemos? Al cabo de cuarenta años nos inventamos otra tribu perdida. ¡Qué idiotez! Y si no lo decimos nosotros, será el mundo quien lo dirá. El mundo ha empezado ya a decirlo. ¡Lea los periódicos, señor Spielberg!

Como si estuviera cubriéndose para evitar un golpe, Kurtz había levantado el antebrazo hasta situarlo entre su cara y la de ella. Pero la señora Minkel no había ni mucho menos terminado.

- Esa Ruthie… -añadió, con una mueca despectiva-. Era muy inteligente, estudió aquí casi tres años con Hansi. ¿Y qué hace luego? Ingresa en el aparato.

Kurtz bajó la mano y reveló que estaba sonriendo. No era una sonrisa burlona ni enfurecida, sino que denotaba el confundido orgullo de un hombre que amaba verdaderamente la asombrosa variedad de su raza. Estaba diciendo «por favor», apelaba al profesor, pero la señora Minkel tenía aún muchísimas cosas sabrosas que decir.

Finalmente, sin embargo, calló, y después de que lo hiciera Kurtz le preguntó si no quería sentarse también ella para oír lo que había ido a discutir con ellos. De modo que la señora Minkel se colgó en lo alto del taburete otra vez, en espera de que la desenojasen.

Kurtz eligió sus palabras con el mayor cuidado, con la mayor amabilidad. Dijo que lo que tenía que decirles era del máximo secreto. Ni siquiera Ruthie Zadir, les dijo, ni siquiera Ruthie Zadir -una magnífica funcionaria, que todos los días tenía que trabajar con numerosos asuntos secretos-, tenía noticia de aquello; lo cual no era cierto, pero no importaba. No había ido a verlos para hablar de los alumnos del profesor, dijo, y muchísimo menos a acusarle de subversión o a discutir sus magníficos ideales. Había acudido solamente a tratar de la próxima conferencia que el profesor tenía que pronunciar en Freiburg, debido a que había llamado la atención de ciertos elementos extraordinariamente negativos. Y finalmente habló con claridad.

- Esta es, pues, la triste realidad -dijo, e inspiró profundamente-. Si algunos de esos palestinos, cuyos derechos ha estado usted defendiendo con tanta valentía, logran realizar sus propósitos, el veinticuatro de este mes no va usted a pronunciar ninguna conferencia en Freiburg. De hecho, profesor, jamás volverá usted a pronunciar conferencias. -Hizo una pausa, pero su público no dio señales de querer interrumpirle-. Según las informaciones que obran actualmente en nuestro poder, es evidente que uno de los grupos menos intelectualizados de los palestinos le ha elegido a usted como un peligroso moderado, capaz de aguar el vino puro de su causa. Eso mismo que me ha referido usted antes, pero peor incluso. Le toman a usted por un defensor de la solución a la Bantustán para los palestinos. Le toman por una falsa luz, que podría conducir a los más débiles a hacer una nueva y fatal concesión a la bota sionista.

Pero hizo falta más, mucho más que la simple amenaza de muerte para convencer al profesor de que debía aceptar una versión no demostrada de los acontecimientos.

- Perdone -dijo en tono cortante-. Esa es exactamente la definición que hicieron de mí en la prensa palestina después de mi discurso en Beersheva.

- Precisamente de ahí es de donde la hemos sacado nosotros, profesor -dijo Kurtz gravemente.

24

Llegó a Zurich a primera hora de la noche. Luces de tormenta bordeaban la pista y brillaban delante de ella como el camino de su propia determinación. Su espíritu, tal como ella lo había preparado desesperadamente, era una acumulación de viejas frustraciones, maduradas y volcadas sobre el maldito mundo. Ahora sabía que no había en él ni una pizca de nada que fuese bueno; ahora había visto el dolor que era el precio de la riqueza de Occidente. Era la que había sido siempre: un desecho enfurecido, que tenía que valerse por sí misma; con la diferencia de que el Kalashnikov había sustituido ahora a sus inútiles rabietas. Las luces pasaban por delante de la ventanilla como restos ardiendo. El avión se había posado. Pero su billete decía Amsterdam y, en teoría, todavía tenía que aterrizar. «Las chicas solteras que vuelven de Oriente Medio son sospechosas -había dicho Tayeh al darle las últimas instrucciones en Beirut-. Lo primero que tenemos que hacer es darte una procedencia más respetable.» Fatmeh, que había ido a despedirla, fue más explícita: «El Jalil ha dado orden de que adquieras una nueva identidad cuando llegues.»

Al entrar en la sala de embarque desierta, tuvo la impresión de ser la primera pionera que ponía el pie en ella. Se oía sonar un disco, pero no había nadie para escuchar la música. Una tienda elegante vendía osos de chocolate y queso, pero estaba vacía. Fue al lavabo y se contempló a placer en el espejo. Miró su pelo corto y teñido de un color más o menos castaño. El mismo Tayeh había andado dando vueltas por el piso de Beirut mientras Fatmeh se lo trasquilaba. Nada de pinturas ni de «sex appeal», había dicho. Llevaba un traje marrón oscuro y unas gafas para mirar con cara de pocos amigos. Todo lo que necesito, pensó, es un sombrero de paja y una chaqueta deportiva con un escudo. Estaba muy lejos de ser la poule de luxe revolucionaria de Michel.

«Da recuerdos de mi parte a El Jalil», le había dicho Fatmeh, al darle un beso cuando se despidió de ella.

Rachel estaba en el lavabo de al lado, pero Charlie la caló en seguida. No le gustaba, no la conocía, y fue pura coincidencia que

Charlie pusiera su bolso abierto entre las dos, con el paquete de Marlboros encima, como Joseph le había dicho que hiciera. Y tampoco vio la mano de Rachel, que cambiaba los Marlboros por un paquete suyo, ni el guiño rápido y tranquilizador que le hizo en el espejo.

No tengo más vida que ésta. No tengo más amor que Michel, ni tengo que guardar lealtad a nadie, como no sea al gran El Jalil.

Siéntate lo más cerca posible del tablón de salidas, había ordenado Tayeh. Lo hizo así, y sacó de la maleta un libro sobre plantas alpinas, ancho y delgado, como un manual de colegiala. Lo abrió, y lo puso sobre las piernas, de manera que pudiera leerse el título. Lucía una insignia redonda en la que ponía «Salvad a las ballenas», y ésa era la otra señal, dijo Tayeh, porque de ahora en adelante El Jalil necesita que haya siempre dos cosas: dos planes, dos señales, un segundo sistema en todo, por si falla el primero; otra bala más, en caso de que el mundo continúe vivo.

«El Jalil no confía en nada la primera vez», había dicho Joseph. Pero Joseph estaba muerto y enterrado desde hacía mucho tiempo, un profeta de su adolescencia ya descartado. Ella era la viuda de Michel, y el soldado de Tayeh, y había venido para alistarse en el ejército del hermano de su amante muerto.

Un soldado suizo estaba mirándola, un hombre mayor que llevaba una Heckler amp; Koch. Charlie volvió la página. La Heckler era su favorita. En el último entrenamiento, de cien tiros, había hecho ochenta y cuatro blancos. Era la puntuación más alta, lo mismo para hombres que para mujeres. De reojo, vio que seguía mirándola. Pensó con rabia: voy a hacerte lo que Bubi hizo una vez en Venezuela. A Bubi le habían mandado matar a un policía fascista cuando saliera de su casa por la mañana, una hora muy conveniente. Bubi se escondió en el quicio de una puerta, y esperó. Su víctima llevaba un arma bajo el brazo, pero era también un hombre muy familiar, al que le gustaba jugar con sus hijos. En el momento en que salía, Bubi sacó una pelota del bolsillo, y la echó a rodar detrás de él. Una pelota de niño que viene dando botes, ¿qué hombre que tenga hijos no se agacharía instintivamente para cogerla? En el momento en que lo hacía, Bubi salió de su escondite y le mató. ¿Porque quién puede disparar un arma mientras está cogiendo una pelota de goma?

Alguien estaba intentando ligar con ella. Con pipa, zapatos de piel de cerdo, pantalones de franela grises. Vio que rondaba por allí, y se acercaba.

- Perdone, ¿habla inglés?

Lo de siempre, un tipo inglés de clase media, rubio, de unos cincuenta años y gordo. Disculpándose con una mentira. «No, no lo hablo -le apeteció decirle-. Sólo miro las fotos.» Odiaba tanto a esos tipos, que sintió verdadero asco. Le echó una mirada furibunda, pero

el tío no se movió.

- Se lo digo únicamente porque este sitio es espantosamente aburrido -dijo-. He pensado si le gustaría tomar una copa conmigo. Nada más. Le sentará bien.

No le dio las gracias, dijo simplemente:

- Mi papá dice que no debo hablar con desconocidos.

El hombre esperó un poco, y luego se marchó furioso, mirando si había por allí algún policía para denunciarla. Volvió a su estudio del edelweiss común, y a escuchar los pasos de los que iban llegando. Uno que pasaba de largo hacia la tienda de quesos. Otro, al bar. Unos pasos que se acercaban. Y se paraban.

- ¿Imogen? ¿Te acuerdas de mí? Soy Sabine.

Mirada. Pausa para reconocerse.

Un pañuelo de colores suizo, para ocultar el pelo corto y teñido de un color más o menos castaño. Sin gafas, pero si Sabine tuviera que ponerse unas gafas como las mías, cualquier fotógrafo malo podría sacarnos como gemelas. Una bolsa de viaje grande, de Franz Carl Weber, de Zurich, colgaba de su mano, lo que era la segunda señal.

- ¡Anda! Sabine. Eres tú.

Levantarse. Un besito en la mejilla. Qué sorpresa. ¿Adónde vas? El vuelo de Sabine va a salir en seguida. Qué pena que no podamos charlar un rato, pero así es la vida, ¿no es verdad? Sabine deja caer la bolsa de viaje a los pies de Charlie. Echamela un ojo. Descuida, Sabs. Sabine desaparece en «Señoras». Charlie registra el bolso, con todo atrevimiento, como si fuera suyo, saca un sobre atado con una cinta, palpa un pasaporte y un billete que hay dentro. Los sustituye en seguida por su propio pasaporte, su billete, y su tarjeta. Sabine vuelve, coge la bolsa, tiene que salir corriendo,. Charlie cuenta veinte, y va otra vez al retrete. Baastrup Imogen, Africa del Sur. Nacida en Johannesburgo tres años y un mes más tarde que yo. Destino Stuttgart, en una hora y veinte minutos. Adiós, chica irlandesa, bienvenida racista cristiana y reprimida de tierras remotas, que reclama su herencia de niña blanca.

Al salir de los lavabos, vio otra vez al soldado que estaba mirándola. Lo ha visto todo. Está a punto de detenerme. Cree que me he fugado, y no sabe lo acertado que está. No apartó la vista de él hasta que se marchó. Lo único que quería era tener algo que mirar, pensó la chica, y volvió a sacar su libro de flores alpinas.

El vuelo pareció durar cinco minutos. Un árbol de Navidad, ya pasado de moda, se alzaba en la sala de llegadas de Stuttgart, y había un aire de ajetreo familiar, y de gentes con ganas de irse a casa. Charlie vio las fotos de los terroristas buscadas por la policía, y tuvo la premonición de que iba a encontrarse con la suya. Pasó por inmigración sin pestañear; pasó por la ventanilla. Al acercarse a la

salida, vio a Rose, su compañera sudafricana, apoyada en una mochila y medio dormida, pero Rose para ella estaba tan muerta como Joseph o como cualquier otro, y era tan invisible como Rachel. Se abrieron las puertas eléctricas, un remolino de nieve le dio en la cara. Se subió el cuello del abrigo, y echó a andar deprisa por la acera hacia el aparcamiento de los coches. Cuarta planta, había dicho Tayeh; al fondo, en el rincón de la izquierda, y busca una cola de zorro en la antena. Ella se había imaginado una buena cola de zorro rojo, colgando de la punta de la antena. Pero esa cola era una birria, una imitación de nylon, sucia, puesta en una anilla, y tendida como un ratón muerto sobre el capó del Volkswagen.

- Soy Saúl. ¿Cómo te llamas, guapa? -preguntó cerca de ella la voz de un hombre con acento norteamericano.

Por un momento, tuvo miedo de que Arthur J. Halloran, alias Abdul, hubiese vuelto a buscarla, y sintió un gran alivio al mirar detrás de la pilastra y encontrarse con un chico muy normal, apoyado contra la pared. Pelo largo, botas y una sonrisa indolente y natural. Y una insignia de «Salvad las ballenas» como la suya, prendida en la cazadora.

- Imogen -contestó ella, porque Tayeh había dicho que Saúl era el nombre que tenían que darle.

- Levanta la tapa, Imogen. Mete la maleta dentro. Ahora echa una ojeada a ver si ves a alguien. ¿No te molesta nadie?

Examinó detenidamente el aparcamiento. En la cabina de un camión Bedford, cubierto de margaritas, Raoul y una chica a la que no podía ver bien, estaban ya a medio camino de la consumación.

Dijo que no había nadie.

Saúl abrió la puerta del coche.

- Y ponte el cinturón, guapa -dijo al sentarse a su lado-. En este país tienen leyes, ¿sabes? ¿Dónde has estado, Imogen? ¿De dónde has sacado tu bronceado?

Pero las viudas dedicadas al crimen no se ponen a charlar con extraños. Saúl se encogió de hombros, encendió la radio, y escuchó las noticias en alemán.

La nieve hacía que todo pareciera bonito y que el tráfico fuera prudente. Se abrieron paso entre él y cogieron una carretera de doble vía bordeada de edificios. Los copos de nieve se lanzaban contra los faros. Terminaron las noticias y una mujer anunció un concierto.

- ¿Te gusta esto, Imogen? Es música clásica.

No la quitó, aunque no contestara. Mozart, desde Salzburgo, donde Charlie se había sentido demasiado cansada para hacer el amor con Michel la noche antes de que muriera.

Bordearon el centro de la ciudad y sus luces, y los copos de nieve volaban hacia allí como cenizas negras. Subieron un paso elevado y,

desde arriba, vieron a unos niños con anoraks rojos que jugaban a tirarse bolas de nieve, en un patio de recreo alumbrado con luces de neón. Se acordó del grupo de niños que tenía en Inglaterra, hacía ya un montón de años. Lo estoy haciendo por ellos, pensó. Michel más o menos había pensado lo mismo. De alguna forma todos lo hacemos. Todos, menos Halloran, que ha dejado de comprenderlo. ¿Por qué se acordaba tanto de él? Porque dudaba, y la duda era lo que había llegado a darle más miedo. «Dudar es traicionar», le había advertido Tayeh.

Joseph también decía lo mismo.

Habían entrado en otro país, y la carretera era ahora como un río negro metido entre gargantas de campos blancos y bosques cargados. Perdió la noción del tiempo y luego la de las proporciones. Veía castillos de ensueño y pueblos en hilera que se destacaban sobre el cielo pálido. Las iglesias, que parecían de juguete con sus cúpulas en forma de cebolla, le daban ganas de rezar, pero ella ya era demasiado mayor para eso, y además la religión era una cosa para los débiles. Vio «ponies» que tiritaban y mordían balas de heno, y se acordó de todos los caballitos de su infancia, uno por uno. Cada vez que veía una cosa bonita, se le iba el corazón tras ella, y trataba de que se quedara allí, que se calmara. Pero no había nada que se detuviera, nada que dejara una huella en su mente; era como echar el aliento sobre un cristal bruñido. De cuando en cuando, les adelantaba un coche; una vez pasó a su lado una moto a toda velocidad, y le pareció reconocer la espalda de Dimitri, pero estaba ya fuera del alcance de los faros antes de que pudiera tener alguna seguridad.

Subieron una cuesta, y Saúl empezó a aumentar la velocidad. Torció a la izquierda y cruzó una carretera, luego volvió a la derecha y se metió por un camino. Se veían árboles talados a uno y otro lado, como soldados congelados en un noticiario ruso. A lo lejos, Charlie empezó a distinguir una casa antigua, ennegrecida, con chimeneas altas en el tejado, y por un momento le recordó la casa de Atenas. «Delirio, ¿es ésa la palabra?» Saúl paró el coche, y apagó y encendió un par de veces los faros. Desde lo que parecía el centro de la casa, contestaron haciendo señales con una linterna. Saúl estaba mirando su reloj, contando los segundos en voz alta. «Nueve, diez… tiene que ser ahora», dijo, y la luz que se veía a lo lejos hizo otra señal. Pasó el brazo por delante de ella, y abrió la puerta.

- Hasta aquí hemos llegado, guapa. Ha sido una conversación estupenda. Tranquila.

Con la maleta en la mano, eligió una rodera y echó a andar hacia la casa, sin más auxilio para ver el camino que la blancura de la nieve y la luz de la luna que se filtraba entre los árboles. Al acercarse a la casa, pudo distinguir una torre de reloj, que no tenía reloj, y un

estanque helado, con un plinto que tampoco tenía estatua. Una moto brillaba bajo un cobertizo de madera.

De repente, oyó una voz conocida que se dirigía a ella, pero reprimiéndose, como si se tratara de una conspiración.

- Imogen, ten cuidado con el tejado. Como te caiga un pedazo en la cabeza, te deja en el sitio. Imogen -bueno, Charlie-, qué absurdo es esto.

Un momento después, un cuerpo fuerte y suave había salido de la oscuridad del porche para abrazarla, aunque se lo estorbaran algo la linterna y la pistola que llevaba.

Dejándose arrastrar por una ridícula gratitud, Charlie devolvió el abrazo a Helga.

- ¡Helga, santo Dios, eres tú, cuánto me alegro!

A la luz de la linterna, Helga la guió por un vestíbulo con el suelo de mármol, del que habían arrancado ya la mitad de las piedras; y luego, con cuidado, por una escalera combada y sin barandilla. La casa se estaba muriendo, pero alguien se había encargado de acelerar su muerte. Las paredes estaban cubiertas de pintadas rojas; los picaportes de las puertas y la instalación eléctrica, arrancados. Charlie, recobrada otra vez su hostilidad, intentó soltar su mano, pero Helga se la apretó coma si tuviera derecho a hacerlo. Pasaron por una serie de habitaciones vacías, cada una de ellas lo bastante grande como para celebrar un banquete. En la primera, había una estufa de porcelana hecha pedazos y rellena de periódicos. En la segunda, una prensa de mano, cubierta de polvo, y rodeada de montones de hojas impresas amarillentas tiradas por el suelo, restos de anteriores revoluciones. Entraron en otra habitación, y Helga enfocó su linterna sobre una masa de carpetas y papeles tirados en una alcoba.

- ¿Sabes lo que hacemos aquí mi amiga y yo, Imogen? -preguntó, subiendo de repente la voz-. Mi amiga es fantástica. Es Verona, y su padre era un auténtico nazi. Un terrateniente, un industrial, lo que quieras. -Soltó la mano, pero sólo para coger a Charlie por la cintura-. Se murió, así es que estamos vendiéndolo todo para vengarnos. Los árboles, a los que acaban con los árboles. La tierra, a los que destruyen la tierra. Las estatuas y los muebles, al mercado de trastos viejos. Si vale cinco mil, lo damos por cinco. Aquí estaba el escritorio de su padre. Lo hicimos astillas con nuestras propias manos y lo quemamos en una hoguera. Como símbolo. Era el cuartel general de su campaña fascista, aquí firmaba sus cheques, y preparaba todas sus acciones represivas. Lo hicimos trizas y lo quemamos. Y ahora Verona es libre. Es pobre, pero es libre, se ha unido a las masas. ¿No te parece fantástica? A lo mejor tú debieras haber hecho lo mismo.

Una escalera de servicio subía dando vueltas hasta un corredor largo. Helga se puso delante. Charlie oía música folk arriba, y notaba

olor a petróleo quemado. Llegaron a un descansillo, pasaron una serie de dormitorios de los criados, y se pararon delante de la última puerta. Salía un poco de luz por debajo de ella. Helga dio unos golpecitos, y habló en alemán. Descorrieron un cerrojo y se abrió la puerta. Helga entró primero e hizo señas a Charlie para que entrara.

- Imogen, ésta es la camarada Verona. -Su voz tomó un tono autoritario-. ¡Vero!

Una chica regordeta y asustada acudió a recibirlas. Llevaba un delantal y unos pantalones negros y anchos, y tenía el pelo cortado como un chico. Una Smith amp; Wesson, metida en una funda, colgaba de sus caderas gordas. Verona se limpió con el delantal, y las dos se dieron un apretón de manos burgués.

- Hace un año, Vero era tan fascista como su padre -comentó Helga, con la debida autoridad-. Una esclava y una fascista, las dos cosas. Ahora, lucha. ¿No es verdad, Vero?

Una vez despedida, Verona volvió a cerrar la puerta, y luego se fue a un rincón, donde estaba guisando algo en un hornillo. Charlie pensó si no estaría soñando para sus adentros con el despacho de su padre.

- Ven, mira quién está aquí -dijo Helga, y la llevó al otro lado de la habitación.

Estaba en un desván grande, igual que el desván en que había jugado tantas veces cuando pasaba las vacaciones en Devon. La poca luz que había venía de una lámpara de petróleo que colgaba de una viga. Para tapar las ventanas, habían clavado encima de ellas unas cortinas de terciopelo dobladas. Junto a una pared se veía un caballo de juguete; a su lado, un tablero, montado sobre un caballete. Había un plano pintado en el tablero; unas flechas de colores señalaban un edificio grande y rectangular que estaba en el centro. En una mesa de ping-pong se veían restos de embutidos, pan negro y queso. Ropas de ambos sexos estaban puestas a secar delante de una estufa de petróleo. Habían llegado a unos escalones de madera, y Helga la hizo subirlos. Arriba, en el suelo, había dos catres, uno al lado del otro. En uno de ellos, desnudo hasta la cintura, y algo más abajo, estaba el italiano moreno que había retenido a Charlie a punta de pistola aquel domingo por la mañana en la City. Se había puesto una colcha rota encima de los muslos, y se veían a su alrededor las piezas de una Walther automática que estaba limpiando. Un transistor que tenía al lado tocaba música de Brahms.

- Y aquí tenemos al vigoroso Mario -anunció Helga, con orgullo sarcástico, mientras le tocaba los genitales con la punta del pie-. Mario, ¿sabes que no tienes ni la menor vergüenza? Tápate ahora mismo, y saluda a nuestra invitada. ¡Es una orden!

Pero la respuesta de Mario fue revolcarse hasta el extremo de la

cama, invitando a quien quisiera acompañarle.

- ¿Qué tal está el camarada Tayeh, Charlie? -preguntó-. Danos noticias de la familia.

Como un grito dentro de una iglesia, sonó el teléfono: un sonido tanto más alarmante, porque lo último que se le habría ocurrido pensar a Charlie era que pudieran tener uno. Para levantarle el ánimo, Helga, en ese momento, estaba proponiéndoles tomar un trago a su salud y charlar un rato. Había colocado unos vasos y una botella en una tabla de pan, y los transportaba ahora ceremoniosamente. Al oír el teléfono, se quedó helada, luego dejó la tabla encima de la mesa de ping-pong, que estaba a su lado. Rossino apagó la radio. El teléfono estaba solo, en una mesita de marquetería que Verona y Helga no habían quemado aún; era de los antiguos, con el auricular separado. Helga se puso al lado, pero no lo cogió. Charlie contó ocho interminables timbrazos antes de que parara. Helga seguía allí, sin dejar de mirarlo. Rossino, completamente desnudo, fue a coger una camisa del tendedero.

- Dijo que llamaría mañana -comentó, mientras empezaba a ponérsela-. ¿Qué pasa ahora de repente?

- Calma -replicó Helga.

Verona continuó removiendo lo que estuviera guisando, pero más despacio, como si la prisa fuera peligrosa. Era una de esas mujeres cuyos movimientos parecen salir siempre de los codos.

El teléfono volvió a sonar, dos llamadas, y esta vez Helga lo cogió, pero en seguida volvió a dejarlo. Pero, a la tercera llamada, contestó con un «sí», y luego estuvo escuchando, sin mover la cabeza ni sonreír, quizá durante un par de minutos, antes de decir:

- Los Minkels han cambiado sus planes. Van a pasar la noche en Tubinga, donde tienen amigos en la facultad. Llevan cuatro maletas grandes, muchas piezas pequeñas, y una cartera-. Con su instinto seguro para causar efecto, cogió un trapo húmedo del fregadero de Verona, y borró el plano que estaba pintado en el tablero-. La cartera es negra, con herrajes sencillos. El sitio de la conferencia se ha cambiado también. La policía no tiene sospechas, pero está nerviosa. Están tomando lo que ellos llaman precauciones razonables.

- ¿Qué es lo que les pasa? -preguntó Rossino.

- La policía quiere aumentar el número de vigilantes, pero Minkel se niega a que lo hagan. Es lo que se llama un hombre de principios. Dice que si va a predicar sobre la ley y la justicia, no pueden verle rodeado de policía secreta. Para Imogen, nada ha cambiado. Sus órdenes son las mismas. Es su primera acción. Y va a ser la estrella absoluta. ¿No es verdad, Charlie?

De repente, todos estaban mirándola: Verona de una forma fija e inexpresiva, Rossino, con una sonrisa de entendido, y Helga, con una

mirada franca y directa, de la que la duda, como siempre, estaba ausente.

Estaba tumbada de espaldas, con el brazo debajo de la cabeza, a modo de almohada. Su dormitorio no era el coro de una iglesia, sino una buhardilla sin luz ni cortinas. La cama, un colchón de crin y una manta amarillenta que olía a alcanfor. Helga estaba sentada a su lado, atusándole el pelo teñido con su mano fuerte. La luz de la luna entraba por la ventana alta; la nieve creaba su propio silencio. Alguien debía escribir aquí un cuento de hadas. Mi amante se acostaría conmigo a la luz rojiza de su linterna. Estaba en una cabaña de madera, a salvo de todo, menos del día de mañana.

- ¿Qué te pasa, Charlie? Abre los ojos. ¿Ya no te gusto?

Abrió los ojos y se quedó mirando, pero sin ver ni pensar en nada.

- ¿Todavía sueñas con tu palestino? ¿No te gusta lo que hacemos aquí? ¿Quieres dejarlo y escapar, ahora que todavía estás a tiempo?

- Estoy cansada.

- ¿Entonces por qué no te vienes a dormir con nosotros? Podemos querernos. Y luego podemos dormir. Mario es un amante estupendo.

Helga se inclinó sobre ella y la besó en el cuello.

- ¿Quieres que venga Mario solo? ¿Eres tímida? Hasta eso te lo permito.

Volvió a besarla. Pero Charlie estaba fría y rígida, como si tuviera el cuerpo de hierro.

- Mañana por la noche a lo mejor estás más cariñosa. A El Jalil no se le puede decir que no. Está encantado de volver a verte. Ha preguntado por ti. ¿Sabes lo que le dijo una vez a un amigo nuestro? «Sin mujeres, perdería mi calor humano y no valdría para soldado. Para ser un buen soldado es imprescindible tener humanidad.» Ya puedes imaginarte qué hombre tan estupendo es. A ti te gustaba Michel, pues también te gustará él. No hay problema.

Helga, después de besarla por última vez, salió del cuarto y Charlie se quedó tumbada, con los ojos muy abiertos, mirando la luz de la noche que entraba por la ventana. Oyó el quejido de una mujer, que luego se convirtió en un sollozo suplicante; después, la voz imperiosa de un hombre. Helga y Mario estaban adelantando la revolución sin su ayuda.

«Síguelos adondequiera que te lleven -había dicho Joseph-. Si te dicen que mates, mata. La responsabilidad será de ellos, no tuya.»

- ¿Dónde estaréis?

- Cerca.

«Cerca del fin del mundo.»

En el bolso tenia una linterna pequeña que daba un hilo de luz, y que le habría servido para jugar con ella debajo de las sábanas cuando estaba en el colegio. La sacó, y cogió también el paquete de Marlboros

que le había dado Rachel. Quedaban tres pitillos, y los guardó otra vez, sueltos. Con mucho cuidado, como le había enseñado a hacerlo Joseph, quitó el papel de fuera, abrió luego la caja hasta dejarla plana, con la parte de dentro hacia arriba. Se mojó el dedo, y empezó a frotar suavemente el cartón blanco con la saliva. Las letras iban apareciendo, oscuras y muy finas, como si las hubieran hecho con una plumilla. Leyó el mensaje, y luego metió el paquete aplastado por una ranura que había entre las tablas del suelo, y lo empujó hasta que desapareciera.

«Animo. Estamos contigo.» El Padre nuestro entero en la cabeza de un alfiler.

La sala de operaciones de Friburgo era un entresuelo alquilado a toda prisa, en una calle comercial importante, y su tapadera la Walter amp; Frosch Investment Company, GmbH, una de las varias docenas de ellas que la secretaría de Gavron tenía registradas permanentemente. Su equipo de comunicaciones parecía más o menos el de un negocio corriente; tenían además tres teléfonos normales, cortesía de Alexis, y uno de ellos, el menos oficial, era la línea directa del doctor con Kurtz. Eran las primeras horas de la madrugada, después de una noche muy movida, primero con el delicado asunto de rastrear a Charlie, y luego de alojarla; y después, por culpa de una discusión tensa sobre cuál era la demarcación entre Litvak y el que tenía a su mismo cargo en Alemania Occidental, porque ahora Litvak discutía con todo el mundo. Kurtz y Litvak se habían mantenido por encima de esas peleas entre subordinados. El acuerdo general funcionaba, y Kurtz todavía no tenía interés en romperlo. Alexis y sus hombres tendrían el crédito; Litvak y los suyos, la satisfacción.

En cuanto a Gadi Becker, por fin estaba otra vez en marcha. Ante la inminencia de la acción, su estilo había adquirido una rapidez decidida y resuelta. Las introspecciones que le habían perseguido en Jerusalén se habían disipado; el tormento de la espera ociosa había terminado. Mientras Kurtz dormitaba debajo de una manta del ejército, y Litvak, nervioso y agotado, iba de un lado para otro o mantenía conversaciones secretas por alguno de los teléfonos, con lo que se estaba poniendo de un humor que no se sabía cuál era, Becker montaba la guardia junto a las persianas del ventanal, mirando con paciencia las colinas cubiertas de nieve que había al otro lado del río Dreisam. Porque Friburgo, lo mismo que Salzburgo, es una ciudad rodeada de alturas, y todas las calles parecen subir hacia su propia Jerusalén.

- Está aterrada -dijo de repente Litvak a la espalda de Becker. Becker, desconcertado, se volvió a mirarle.

- Se ha pasado a ellos -insistió Litvak. Su voz tenía una cierta inseguridad.

- Becker volvió a la ventana:

- Parte de ella se ha ido, y otra parte se ha quedado -contestó-. Eso era lo que queríamos de ella.

- ¡Se ha pasado a ellos! -repitió Litvak, queriendo darse cada vez más importancia-. Ya ha ocurrido antes con otros agentes. Y ahora ha ocurrido con ella. Yo la vi en el aeropuerto, y tú no. ¡Parece un fantasma, te lo aseguro!

- Si parece un fantasma es porque quiere parecerlo -contestó Becker, sin descomponerse-. Es una actriz. Llegará hasta el final, no te preocupes.

- ¿Y qué motivos tiene? No es judía. No es nada. Es de los otros. ¡Olvídate de ella!

Al oír que Kurtz se movía debajo de su manta, Litvak levantó la voz todavía más para meterle también a él.

- Si todavía es de los nuestros, ¿por qué le dio en el aeropuerto a Rachel un paquete de cigarrillos en blanco, eh? Se pasa semanas enteras entre esa chusma, y no nos escribe ni una nota cuando vuelve a aparecer. ¿Que clase de agente es ése, que es tan leal a nosotros?

Becker parecía estar buscando la respuesta en las montañas lejanas.

- A lo mejor no tiene nada que decir -contestó-. Ella vota con sus actos. No con sus palabras.

Desde las escasas profundidades de su cama de campaña. Kurtz ofreció un consuelo soñoliento:

- Alemania te pone nervioso, Shimon. Cálmate. ¿Qué importa con quién esté, mientras continúe mostrándonos el camino?

Pero las palabras de Kurtz surtieron el efecto contrario. En su afán de atormentarse, Litvak tuvo la impresión de que se unían en contra de él, y eso le puso todavía más furioso.

- ¿Y si se hunde y confiesa? ¿Si les cuenta toda la historia, desde Mikonos hasta aquí? ¿Sigue mostrándonos el camino?

Parecía estar empeñado en armarla; no iba a poder quedar satisfecho si no lo hacía.

Kurtz se incorporó un poco, apoyado en el codo, y adoptó un tono más áspero.

- Entonces, ¿qué hacernos, Shimon? Danos la solución. Supón que se ha pasado a los otros. Supón que se ha descubierto la operación entera, desde el desayuno hasta la cena. ¿Quieres que llame a Misha Gavron y le diga que ya no hay nada que hacer?

Becker no había abandonado la ventana, pero se había dado otra vez la vuelta, y estaba contemplando pensativo a Litvak. Litvak, mirándoles al uno y al otro, levantó los brazos, un gesto muy sin sentido para hacerlo ante dos hombres tan estáticos.

- ¡Anda por ahí, en algún sitio! -gritó Litvak-. En un hotel. En un

apartamento. En una casa de huéspedes. Tiene que estar. Acordona la ciudad. Carreteras, trenes, autobuses. Di a Alexis que se encargue de aislarla. Registra las casas una por una hasta que le encontremos.

Kurtz trató de poner un poco de humor:

- Shimon, que Friburgo no es la Orilla Occidental.

Pero Becker, que por fin estaba interesado, parecía querer continuar la discusión.

- ¿Y cuándo le hayamos encontrado? -preguntó, como si no acabara de ver del todo claro el plan de Litvak-. ¿Qué hacemos entonces, Shimon?

- ¡Cuando le encontremos! ¡Matarle! La operación ha terminado.

- ¿Y quién mata a Charlie? -preguntó Becker, en el mismo tono razonable-. ¿Nosotros o ellos?

De repente, todo lo que estaba pasando fue demasiado para que Litvak pudiera aguantarlo solo. Bajo la tensión de la noche pasada, v del día que iba a venir, toda la enmarañada masa de sus frustraciones, masculinas y femeninas, subió de pronto a la superficie. Se puso colorado, con los ojos como brasas, mientras extendía un brazo delgado y acusatorio hacia Becker.

- ¡Es una puta, es una comunista y es la amante de un árabe! -gritó, y lo bastante alto para que pudieran oírle al otro lado del tabique-. Deshaceos de ella. ¿A quién le importa?

Si Litvak esperaba que Becker armara un escándalo por eso, se llevó una desilusión, porque todo lo que hizo fue mover la cabeza, como para confirmar que lo que había estado pensando Litvak desde hacía algún tiempo quedaba más que demostrado. Kurtz había apartado su manta. Estaba sentado en la cama, en calzoncillos, con la cabeza inclinada hacia adelante, y frotándose su pelo gris y corto con la punta de los dedos.

- Vete a darte un baño, Shimon -dijo-. Un baño, un buen descanso, un poco de café. Y no aparezcas por aquí hasta mediodía. Antes de eso, nada. -Sonó el teléfono-. No contestéis -dijo, y lo cogió él mismo, mientras Litvak, mudo de espanto, le contemplaba desde la puerta-. Está ocupado -contestó en alemán-. Si, soy Helmuth, ¿quién habla?

Dijo sí; volvió a decir sí; bien hecho. Colgó el teléfono. Luego sonrió, con su sonrisa eterna y sin alegría. Primero a Litvak, para consolarle, y luego también a Becker, porque en ese momento sus diferencias no tenían importancia.

- Charlie llegó al hotel de los Minkel hace cinco minutos -dijo-. Rossino está con ella. Se están tomando un buen desayuno juntos, y con mucho tiempo por delante, que es como le gusta hacerlo a nuestro amigo.

- ¿Y la pulsera? -preguntó Becker.

Esa parte le gustó más a Kurtz:

- En su muñeca derecha -contestó orgulloso-. Tiene un mensaje para nosotros. Es una buena chica, Gadi, te felicito.

El hotel había sido construido en los años sesenta, cuando la industria del ramo todavía creía en los grandes vestíbulos, llenos de gente, con fuentes luminosas tranquilizadoras, y relojes de oro metidos en las vitrinas. Una escalera doble y amplia subía hasta el salón de la primera planta, y Charlie y Rossino, sentados en una mesa junto a la barandilla, podían ver la puerta principal y la recepción. Rossino llevaba un traje de ejecutivo, azul, y Charlie su uniforme de las guías sudafricanas, y el Niño Jesús de madera del campo de entrenamiento. Los cristales de sus gafas, que Tayeh se había empeñado en que fueran auténticos hacían que le dolieran los ojos cuando era ella la que tenía que vigilar. Habían comido huevos con tocino porque estaba muerta de hambre, y ahora estaban tomando café, mientras Rossino leía el Stuttgarter Zeitung, y le obsequiaba de cuando en cuando con alguna noticia divertida. Habían llegado a la ciudad a primera hora de la mañana, y ella había estado a punto de congelarse, sentada detrás, en la moto. Habían aparcado en la estación del ferrocarril, donde Rossino había hecho varias diligencias, y habían ido luego al hotel en taxi. Llevaban allí una hora y durante ese tiempo Charlie había visto a los policías de escolta depositar a un obispo católico, y volver después con una delegación del Africa Occidental, vestida con los trajes de su tribu. También había visto llegar a un autocar lleno de americanos, y marcharse a otro lleno de japoneses; se sabía de memoria todos los requisitos necesarios para hacer la inscripción, incluido el nombre del que cogía las maletas de los que llegaban, en cuanto entraban por las puertas correderas, las cargaba en unos carritos pequeños, y se mantenía a cierta distancia mientras los huéspedes rellenaban sus hojas.

- Y su Santidad el Papa se propone hacer un viaje por todos los estados fascistas de Sudamérica -anunció Rossino detrás de su periódico, en el momento en que ella se levantaba-. A lo mejor esta vez se lo cargan. ¿Adónde vas, Imogen?

- A hacer pis.

- ¿Qué te pasa? ¿Estás nerviosa?

El lugar destinado a las señoras tenía luces de color rosa sobre los lavabos, y música suave para ahogar el zumbido de los ventiladores. Rachel se estaba poniendo sombra de ojos. Había otras dos mujeres, lavándose. Una puerta estaba cerrada. Charlie pasó al lado de Rachel y le puso en la mano el mensaje. Se lavó y volvió a la mesa.

- Vámonos de aquí -dijo, como si una vez aliviada hubiera cambiado de idea-. Es ridículo.

Rossino encendió un grueso puro holandés y le echó a propósito

el humo en la cara.

Un Mercedes que parecía oficial se detuvo en la puerta y descargó un puñado de hombres, vestidos con trajes oscuros y con insignias en la solapa. Rossino había empezado a hacer una broma obscena a propósito de ellos, cuando le interrumpió un botones diciendo que le llamaban al teléfono: se rogaba al señor Verdi, que había dejado su nombre y cinco marcos al conserje, que fuera a la cabina número 3. Charlie se bebió el café, sintiendo el calor que le bajaba por el pecho. Rachel estaba sentada con un amigo, debajo de una palmera de aluminio, leyendo Cosmopolitan. El amigo era nuevo para ella y parecía alemán. Estaba leyendo un documento metido en una funda de plástico. Había unas veinte personas más sentadas por allí, pero Rachel fue la única a la que pudo reconocer. Rossino había vuelto.

- Los Minkel llegaron a la estación hace dos minutos. Cogieron un Peugeot azul. Estarán aquí dentro de un momento.

Pidió la cuenta, pagó y volvió a coger su periódico.

Haré todas las cosas una sola vez, se había prometido a sí misma mientras esperaba a que amaneciese; todo será por última vez. Se lo repetía ahora. Si ahora estoy aquí sentada, no volveré a sentarme aquí nunca. Cuando baje las escaleras, no volveré nunca a subirlas. Cuando salga del hotel, no volveré a entrar nunca en él.

- ¿Por qué no le pegamos un tiro y terminamos de una vez? -preguntó en voz baja, con un miedo y un odio repentinos que le habían entrado al ponerse otra vez a mirar la puerta de entrada.

- Porque queremos estar vivos para matar a otros tíos como él. -contestó Rossino con paciencia, y volvió la página-. El Manchester United ha perdido otra vez -añadió complacido-. Pobre viejo Imperio.

- Acción -dijo Charlie.

Un taxi marca Peugeot, azul, se había parado al otro lado de las puertas de cristal. Una mujer de pelo gris estaba saliendo de él. La seguía un hombre alto, de aspecto distinguido, que tenía un andar lento y ceremonioso.

- Ocúpate de las piezas pequeñas, yo me ocuparé de las grandes -le dijo Rossino, mientras dejaba el periódico y volvía a encender el puro.

El taxista estaba abriendo el maletero; Franz, el mozo, estaba detrás de él con su carrito. Salieron primero dos maletas de nylon marrones, ni viejas ni nuevas. Con correas en el centro, como refuerzo. Etiquetas rojas. Luego una maleta vieja de cuero, mucho más grande, con un par de ruedas en una punta. Seguida todavía de otra maleta más.

- ¡Jesús! -suspiró Rossino-. ¿Cuánto tiempo piensan quedarse?

Las piezas pequeñas estaban apiladas en el asiento de delante. Después de cerrar el maletero, el taxista empezó a descargarlas, pero

Franz no iba a poder llevarlas todas en su carrito de una sola vez. Una bolsa de cuero de varios colores, bastante deteriorada, y dos paraguas, el de él y el de ella. Una bolsa de papel con un gato negro pintado en ella. Dos cajas grandes, envueltas en papel de regalo, probablemente obsequios de Navidad atrasados. Luego la vio: una cartera negra. Lados duros, montura de acero, etiqueta con el nombre de cuero. La buena de Helga, pensó Charlie; identificada. Minkel estaba pagando el taxi. Como alguien a quien Charlie había conocido en otro tiempo, llevaba las monedas en una bolsa, y se las ponía en la palma de la mano antes de separarse de ese dinero que no le era familiar. La señora Minkel cogió la cartera.

- Mierda -dijo Charlie.

- Espera -dijo Rossino.

Cargado de paquetes, Minkel siguió a su mujer, y cruzó las puertas correderas.

- Dices que crees que le reconoces -dijo Rossino-. ¿Por qué no bajas y le miras más de cerca? No te decides, eres una virgencita tímida-. La tenía agarrada por la manga del vestido-. No fuerces la cosa. Si no marcha, hay muchas otras maneras de hacerlo. Frunce las cejas. Ponte bien las gafas. Venga.

Minkel estaba acercándose a la recepción, con unos pasos cortos, un poco absurdos, como si no lo hubiera hecho nunca. Su mujer, con la cartera en la mano, estaba a su lado. No había más que una recepcionista atendiendo a la gente, y estaba ocupada con otros huéspedes. Minkel, mientras esperaba, miraba confuso a su alrededor. Su mujer, más tranquila, observaba el lugar. Se fijó en que al otro lado del vestíbulo, en una parte separada por unos cristales ahumados, se celebraba una fiesta. Observó con desagrado a los invitados, y comentó algo con su marido. La recepción estaba libre, y Minkel cogió la cartera de sus manos: una transacción tácita e instintiva entre dos personas que formaban una pareja. La recepcionista era una rubia vestida de negro. Comprobó las listas con sus uñas pintadas de rojo antes de entregar una hoja a Minkel para que la rellenara. Las escaleras chocaban con los tacones de Charlie, la mano se le pegaba a la barandilla. Minkel, a través de sus gafas, era una abstracción borrosa. El suelo se le echaba encima al iniciar su camino vacilante hacia la recepción. Minkel estaba inclinado sobre el mostrador, rellenando su hoja. Había puesto a un lado su pasaporte israelí, y estaba copiando el número. La cartera estaba en el suelo, junto a su pie izquierdo; la señora Minkel, fuera de tiro. Charlie se colocó a la derecha de Minkel, y miró con disimulo por encima de su hombro mientras escribía. La señora venía por la izquierda, y estaba mirando con asombro a Charlie. Hizo una seña a su marido. Al darse cuenta por fin de que la observaban, Minkel levantó despacio su venerable

cabeza, y se volvió hacia ella. Charlie carraspeó, simulando timidez, cosa que no le era nada difícil. Ahora.

- ¿El profesor Minkel? -preguntó.

Tenía unos ojos grises e inquietos, y parecía todavía más desconcertado que Charlie. De pronto, fue como ayudar a un actor malo.

- Soy el profesor Minkel -admitió, como si no estuviera del todo seguro-. Si. Soy yo. ¿Por qué?

Su actuación, de puro mala, le dio fuerzas a el… Respiró hondo.

- Profesor, me llamo Imogen Baastrup, soy de Johannesburgo y graduada en ciencias sociales por la Universidad de Witwaterstrand -dijo, todo de corrido. Su acento era menos sudafricano que vagamente de las antípodas; su actitud un poco tonta, pero decidida-. El año pasado tuve la suerte de oír su conferencia sobre los derechos de las minorías en las sociedades con problemas raciales. Fue una conferencia muy bonita. La verdad es que cambió mi vida. Pensé escribirle a usted, pero no llegué a hacerlo nunca. ¿Le importaría que le diese la mano?

Prácticamente tuvo que cogérsela. Miró sin saber qué hacer a su mujer, pero ella tenía más talento y, por lo menos estaba sonriendo a Charlie. Guiándose por lo que hacía ella, aunque fuera con retraso, Minkel sonrió también, pero con poca convicción. Si Charlie estaba sudando, eso no era nada comparado con lo que le ocurría a Minkel: fue como meter la mano en un puchero.

- ¿Va a estar mucho tiempo aquí, profesor? ¿Qué es lo que está haciendo? ¿No va a decirme que está otra vez dando conferencias?

En segundo término, fuera de la vista, Rossino estaba preguntando en inglés a la recepcionista si un tal señor Boccaccio, de Milán, había hecho ya la reserva.

La señora Minkel, una vez más, acudió en su auxilio:

- Mi marido está haciendo un viaje por Europa -dijo-. Estamos tomándonos unas vacaciones, dando algunas conferencias, visitando a los amigos. La verdad es que nos hace mucha ilusión.

Animado por esas palabras, Minkel se decidió a hablar:

- ¿Y qué es lo que le trae a Friburgo, señorita… Baastrup? -preguntó, con el acento alemán más marcado que había oído nunca fuera de un escenario.

- ¡Ah, nada!, pensé que me iría bien ver un poco de mundo antes de decidir qué es lo que hago con mi vida -contestó Charlie.

Sácame de ésta. Cristo, sácame de ésta. La recepcionista se lamentaba de que no hubiera ninguna reserva hecha a nombre del señor Boccaccio, y de que el hotel estuviera lleno; con la otra mitad de sí misma, entregaba a la señora Minkel la llave de una habitación. Charlie estaba dando otra vez las gracias al profesor por esa

conferencia tan instructiva y estimulante, y Minkel estaba dándoselas a ella por sus amables palabras; Rossino, después de darle también las gracias a la recepcionista, se dirigía a paso ligero hacia la puerta principal, con la cartera de Minkel tapada por el elegante impermeable negro que llevaba al brazo. Entre nuevas disculpas y tímidas expresiones de agradecimiento, Charlie salía tras él, con cuidado de no dar la impresión de que tenía prisa. Al llegar a las puertas de cristal, tuvo tiempo de ver reflejada en ellas la imagen de los Minkel, mirando desconsolados a su alrededor, tratando de recordar quién era el último que la había tenido y dónde.

Charlie pasó entre los taxis parados, y llegó al aparcamiento del hotel, donde Helga, que llevaba una capa Loden con botones de asta, estaba esperándola en un Citroen verde. Charlie se sentó a su lado; Helga avanzó tranquilamente hacia la salida, metió la tarjeta y el dinero. Al levantarse la barrera, Charlie empezó a reírse a carcajadas, como si la risa se le hubiera disparado también al mismo tiempo. Se ahogaba, se ponía las manos en la boca, y apoyaba la cabeza en el hombro de Helga, en un estallido de alegría incontenible.

- ¡He estado increíble, Helg! Tenías que haberme visto.

Al llegar al cruce, un policía de tráfico joven se quedó asombrado al ver a dos mujeres adultas, que lloraban de risa como si hubieran perdido la cabeza. Helga bajó el cristal de la ventanilla y le tiró un beso.

En la sala de operaciones, Litvak estaba sentado junto a la radio, y Becker y Kurtz, de pie, detrás de él. Litvak, pálido y silencioso, parecía tener miedo de sí mismo. Llevaba unos auriculares y un micrófono.

- Rossino ha cogido un coche para ir a la estación -dijo Litvak-. Lleva la cartera. Va a recoger la moto.

- No quiero que le sigan -dijo Becker a Kurtz.

Litvak se quitó el micrófono y respondió como si no pudiera creer lo que oía:

- ¿Que no le sigan? Tenemos seis hombres alrededor de esa moto. Alexis tiene unos cincuenta. Hemos puesto a un ex policía, y tenemos coches repartidos por toda la ciudad. Que sigan a la moto, nosotros seguimos a la cartera. La cartera nos lleva a nuestro hombre. -Se volvió hacia Kurtz, como para pedirle que le apoyara.

- ¿Gadi? -dijo Kurtz.

- Utilizará algún recurso -dijo Becker-. Siempre lo ha hecho. Rossino la llevará hasta allí, la entregará, y otro se encargará de cogerla en la etapa siguiente. Por la tarde, nos habrán hecho andar por calles desiertas, por el campo, por restaurantes vacíos. No hay en el mundo un equipo de vigilancia que pueda aguantar eso sin que le descubran.

- ¿Y tu interés particular, Gadi? -preguntó Kurtz.

- Berger estará pendiente de Charlie durante todo el día. El Jalil la telefoneará a la hora y en los sitios que hayan convenido. Si El Jalil ve que algo no va bien, mandará a Berger que la mate. Si no llama en dos o tres horas, como hayan quedado, Berger la matará de todas maneras.

Kurtz, sin cabar de decidirse, se apartó de ellos y empezó a andar por la habitación. Primero para un lado, luego para el otro, mientras Litvak le miraba con cara de loco. Kurtz cogió por fin la línea directa con Alexis, y le oyeron decir «Paul», en un tono como de consulta, a ver si me haces un favor. Habló un rato en voz baja, escuchó, volvió a hablar, y colgó.

- Tenemos unos nueve segundos antes de que llegue a la estación -dijo Litvak, nervioso, escuchando con sus auriculares-. Seis.

Kurtz no le hizo caso.

- Me comunican que Helga y Charlie acaban de entrar en una peluquería elegante -dijo, avanzando otra vez por la habitación-. Parece que quieren ponerse guapas para el gran acontecimiento. -Se paró delante de ellos.

- El taxi de Rossino ya ha llegado a la estación -dijo Litvak, desesperado-. Lo está despidiendo ahora.

Kurtz estaba mirando a Becker. Le miraba con respeto, casi con cariño. Era un viejo entrenador cuyo atleta favorito había encontrado por fin su forma.

- Gadi ha conseguido una victoria, Shimon -dijo, sin apartar los ojos de Becker-. Llama a tus chicos. Diles que se tomen un descanso hasta la noche.

Sonó un teléfono, y Kurtz volvió a cogerlo. Era el profesor Minkel, que sufría su cuarto ataque de nervios. Kurtz le escuchó hasta el final, habló luego con su mujer, durante un buen rato y en tono tranquilizador, tratándolos a los dos con superioridad.

- No hay duda de que es un buen día -dijo, conteniendo su mal humor después de colgar-. Todo el mundo lo está pasando en grande.

Se puso su boina azul y se fue a buscar a Alexis, para ir a inspeccionar con él la sala de conferencias.

Era para ella la espera más cargada de amenazas y la más larga; una noche de estreno para acabar con las noches de estreno. Y lo peor era que no podía hacer nada sola, porque Helga había nombrado a Charlie su protegida y sobrina favorita, y no pensaba perderla de vista. Después de la peluquería, donde Helga había recibido su primera llamada telefónica, fue a unos almacenes, en los que compró a Charlie un par de botas forradas de piel, y unos guantes de seda para lo que ella llamaba «marcas de dedos». Desde allí a la catedral, en la que Helga obligó a Charlie a oír una lección de historia, y luego, con muchas risitas e insinuaciones, a una plaza pequeña, donde estaba

empeñada en presentarle a un tal Bertold Schwartz.

- La persona más sexy que has visto en tu vida. Estoy segura de que te vas a enamorar como una loca de él.

Bertold Schwartz resultó ser una estatua.

- ¿No es fantástico, Charlie? ¿No te gustaría poder levantarle las faldas? ¿Sabes lo que hizo nuestro Bertold? Era un fraile franciscano, un alquimista famoso, e inventó la pólvora. Amaba tanto a Dios, que enseñó a todas sus criaturas a volarse unas a otras. Así es que los honrados ciudadanos le erigieron una estatua. Es natural. -La cogió del brazo y la apretó contra ella-. ¿Sabes lo que vamos a hacer esta noche? -le dijo al oído-. Volvemos aquí, traemos unas flores para Bertold, y las ponemos a sus pies. ¿Eh, Charlie?

Muy bien, Helg. Lo que tú quieras.

La aguja de la catedral estaba empezando a ponerle los nervios de punta: un faro, lleno de calados, siempre apagado, que aparecía delante de ella cada vez que daba la vuelta a una esquina o entraba en una calle nueva.

Fueron a comer a un restaurante elegante, donde Helga invitó a Charlie a vino de Baden, criado, según se dijo, en el suelo volcánico del Kaiserstuhl -«¡Un volcán!», pensó Charlie- y ya todo lo que comían, bebían o veían daba pie para hacer comentarios y bromas aburridas. Cuando estaban tomando el pastel de la Selva Negra. -«Hoy todo tiene que ser burgués»-, volvieron a llamar a Helga al teléfono, y dijo que tenían que ir a la universidad o no podrían hacer nada. Se metieron por un paso subterráneo, bordeado de tiendas pequeñas y buenas, y se encontraron a la salida frente a un edificio impresionante, de piedra arenisca rojiza, con columnas, y una fachada en la que se veían unas palabras escritas en letras de oro, que Helga se apresuró a traducir.

- Mira, aquí tienes un mensaje para ti, Charlie. Escucha. «La verdad os hará libres.» Citan a Carlos Marx en tu honor, ¿no te parece bonito?

- A San Juan -corrigió Charlie, antes de que hubiera tenido tiempo de pensarlo, y vio pasar una sombra de ira por la cara de Helga.

Un espacio de piedra abierto rodeaba el edificio. Un policía viejo se paseaba por allí, mirando con poca curiosidad a las chicas, que abrían la boca y señalaban con el dedo, como perfectas turistas. Cuatro escalones conducían a la entrada principal. Dentro de ella, las luces de una sala grande brillaban a través de las puertas de cristal oscuro. La entrada lateral estaba custodiada por estatuas de Homero y Aristóteles, y fue allí donde Helga y Charlie se detuvieron más tiempo, admirando las esculturas y la suntuosidad ar quitectónica, y calculando en secreto medidas y distancias. Un cartel amarillo anunciaba la conferencia de Minkel para las ocho de la tarde.

- Tienes miedo, Charlie -dijo Helga en voz baja, y sin esperar una

respuesta-. Escucha, a partir de esta mañana, vas a tener un triunfo absoluto. Vas a enseñarles qué es verdad y qué es mentira, y vas a enseñarles también qué es la libertad. Para las grandes mentiras necesitamos una acción grande, es lógico. Una acción grande, un gran auditorio, una gran causa. Ven.

Un puente moderno para peatones cruzaba la calle de doble vía. Unos macabros postes totémicos presidían cada uno de sus extremos. Del puente pasaron a la biblioteca de la universidad, y de allí a un café de estudiantes, una especie de plataforma de cemento, colgada sobre la calle. Las paredes eran de cristal, y mientras tomaban café, podían ver a profesores y estudiantes entrar y salir de la sala de conferencias. Helga estaba esperando otra llamada telefónica. La llamada llegó y, cuando volvía de hablar, vio algo en la expresión de Charlie que la puso furiosa.

- ¿Qué es lo que te pasa? ¿De repente te ha entrado una gran compasión por las deliciosas opiniones sionistas de Minkel? Pues es peor que Hitler, ¿sabes?, un auténtico tirano disfrazado. Voy a comprarte un «schnapps» para darte ánimos.

Todavía sentía el calor del «schnapps» cuando llegaron al parque vacío. El estanque estaba helado; empezaba a anochecer; se clavaban las motas de agua helada que volaban en el aire. Una campana antigua dio la hora, con un sonido fuerte. Una segunda campana, más pequeña y de un tono más agudo, sonó después de ella. Helga, arropada en su capa verde, lanzó un grito de alegría.

- ¡Charlie, escucha! ¿Oyes esa campana pequeña? Es de plata. ¿Y sabes por qué? Te lo voy a contar. Un viajero que venía a caballo se perdió por el camino una noche. Hacía muy mal tiempo y había bandidos, y se alegró tanto al ver Friburgo que regaló una campana de plata a la catedral. Desde entonces, toca todas las noches. ¿No es bonito?

Charlie dijo que sí con la cabeza y trató de sonreír, pero sin éxito. Helga le echó el brazo por encima, y la metió entre los pliegues de su capa.

- Oye, Charlie, ¿quieres que te eche otro sermón?

Charlie movió la cabeza.

Sin dejar de apretarla contra su pecho, Helga miró el reloj, y luego al camino, que estaba ya casi a oscuras.

- ¿Sabes otra cosa de este parque, Charlie?

Sé que es el segundo lugar más horrible del mundo. Y yo no doy nunca primeros premios. Guardó silencio.

- Pues entonces voy a contarte otra historia. ¿Quieres? En la guerra había aquí una oca macho. ¿Decís oca macho?

- Ganso.

- Pues este ganso era una sirena que avisaba de los ataques

aéreos. Cuando venían los aviones, era el primero que los oía, y cuando chillaba, la gente bajaba corriendo a los sótanos, sin esperar el aviso oficial. El ganso murió, pero los habitantes estaban tan agradecidos que después de la guerra le hicieron un monumento. Ahí tienes lo que es Friburgo. Una estatua al monje que inventó las bombas y otra al que avisaba de que iban a tirarlas. ¿Serán locos estos friburgueses? -Más seria, Helga volvió a mirar el reloj y luego hacia la oscuridad brumosa-. Aquí esta -dijo, con mucha tranquilidad, y se dispuso a despedirse.

«No, Helg -pensó Charlie-; te quiero, puedes desayunar conmigo todos los días, pero no me hagas ir con El Jalil.»

Helga le puso las manos en la cara, y la besó en los labios.

- Por Michel, ¿eh? -Volvió a besarla, esta vez con más fuerza-. Por la revolución y la paz y por Michel. Sigue por el camino, todo derecho, y encontrarás una puerta. Un Ford verde está esperando allí. Te sientas en la parte de atrás, justo detrás del conductor. -Otro beso-. Charlie, escucha, eres maravillosa. Siempre seremos amigas.

Charlie echó a andar por el camino, se detuvo, miró para atrás. En la media luz del anochecer, rígida, extrañamente cumplidora, Helga estaba vigilándola, con su Loden verde colgándole de los hombros, como la capa de un guardia.

Helga saludó con su mano grande, moviéndola a un lado y a otro, a estilo real. Charlie contestó, contemplada por la aguja de la catedral.

El conductor llevaba un sombrero de piel que le tapaba la mitad de la cara, y se había subido el cuello de piel del abrigo. No se dio la vuelta para saludarla y, desde donde estaba, no podía hacerse una idea de cómo era, salvo que a juzgar por la línea de su mandíbula era joven, y que le parecía también que era árabe. Conducía despacio, primero por entre el tráfico nocturno y luego por el campo, por caminos estrechos y rectos, en los que todavía había nieve. Encendió más de una vez la luz para mirar el reloj del panel, pero volvió a apagarla. Pasaron una estación de ferrocarril pequeña, llegaron al paso a nivel, y se pararon. Charlie oyó un timbre de aviso y vio que la barrera se movía y empezaba a bajar. Puso el coche en segunda, y cruzó a toda velocidad, justo en el momento en que el paso a nivel se cerraba tras ellos.

- Gracias -dijo Charlie, y le oyó reírse con una risa gutural; desde luego era árabe.

Subió una cuesta, y volvió a detener el coche, esta vez junto a una parada de autobús, que tenía un letrero en el que había una «H» verde. Le dio una moneda.

- Coge un billete de dos marcos, el próximo autobús en esa dirección. Esto es la busca del tesoro el Día de la Fundación del colegio nuestro, pensó; la próxima pista te lleva a la otra; cuando

llegas a la última, ganas el premio.

Era noche cerrada, y estaban apareciendo las primeras estrellas. De las colinas venía un viento que cortaba. A lo lejos vio las luces de una estación de gasolina, pero no había casas por ninguna parte. Esperó cinco minutos, y llegó un autobús que se paró con un chirrido. Estaba vacío en sus tres cuartas partes. Cogió el billete y se sentó al lado de la puerta, con las rodillas juntas, sin mirar a ningún sitio. En las dos paradas siguientes, no subió nadie; en la tercera, un chico vestido con una chaqueta de cuero, subió de un salto, y se sentó alegremente al lado de ella. Era su chófer americano de la noche anterior.

- Dos paradas más allá hay una iglesia nueva -le dijo con naturalidad-. Te bajas, pasas por delante de la iglesia, sigues andando por la carretera, siempre por el lado derecho. Encuentras un vehículo rojo, parado, con un diablillo colgado del espejo del conductor. Abres la puerta, te sientas, y esperas. Eso es todo lo que tienes que hacer.

El autobús se detuvo, ella se bajó y echó a andar. El chico se quedó en el autobús. La carretera era recta y la noche muy oscura. Más allá, a unos quinientos metros, vio como un destello rojo debajo de una farola. No los pilotos. La nieve crujía bajo sus botas nuevas y el ruido aumentaba la sensación que tenía de estar separada de su cuerpo. ¿Qué hay, pies, qué estáis haciendo ahí abajo? Marcha, chica, marcha. Al acercarse, vio que era una furgoneta de Coca-Cola, subida en el bordillo de la carretera. Unos cincuenta metros más allá, debajo de otra farola, había un café diminuto, y luego otra vez nada, sólo la llanura cubierta de nieve y la carretera recta, que no conducía a ningún sitio. A quién había podido ocurrírsele poner un café en un sitio tan dejado de la mano de Dios era otro misterio.

Abrió la puerta de la furgoneta y se metió en ella. En el interior había mucha luz, gracias a la farola que tenía encima. Notó olor a cebolla y vio una caja de cartón repleta de ellas, entre los cajones de botellas vacíos que llenaban la parte de atrás. Un demonio de plástico, con un tridente, colgaba del espejo. Se acordó de que había otro igual en la furgoneta de Londres, el día en que Mario la había secuestrado. A sus pies había un montón de cassettes sucias. Era el sitio más tranquilo del mundo. Una luz se acercaba despacio por la carretera. Al llegar a su altura, vio que era un cura joven montado en una bicicleta. Volvió la cara al pasar junto a ella, y pareció que se sentía ofendido, como si fuera un desafío a su castidad. Esperó otra vez. Un hombre alto, con una gorra de visera, salió del café, olfateó el aire y miró luego a un lado y a otro, como si no supiera muy bien qué hora era. Volvió a entrar en el café, volvió a salir, avanzó despacio hasta llegar adonde estaba ella. Dio unos golpecitos en la ventanilla con sus dedos enguantados. Un guante de cuero, duro y brillante. La luz fuerte de

una linterna enfocada sobre ella, le impidió ver al hombre. La luz se mantuvo, se paseó despacio por la furgoneta, volvió a enfocarla y la deslumbró. Levantó la mano para protegerse los ojos y, al bajarla, vio que la luz la seguía hasta sus piernas. La linterna se apagó, se abrió la puerta, una mano la agarró por la muñeca y la sacó del coche. Estaba delante de él, y era un hombre fuerte, treinta centímetros más alto que ella. Pero su cara estaba completamente en sombra debajo de la visera y se había subido el cuello para protegerse del frío.

- Quédate muy quieta -dijo.

Le quitó el bolso que llevaba colgado del hombro, calculó primero lo que pesaba, luego lo abrió, y miró lo que había dentro. Por tercera vez en su corta vida, su radio despertador mereció una cuidadosa atención. La encendió. Funcionaba. La apagó, jugueteó un poco con ella, y se guardó algo en el bolsillo. Por un momento, creyó que había decidido quedarse con la radio. Pero no era así, porque vio que volvía a meterla en el bolso, y el bolso en la furgoneta. Luego, como si fuera un instructor que quería corregir su postura, le puso la punta de las manos en los hombros para enderezarla. Su mirada no se apartó de su cara en ningún momento. Bajó el brazo derecho, y empezó a tocarle el cuerpo con la palma de la mano izquierda, primero el cuello y los hombros, luego la clavícula y las paletillas, palpando los puntos en que habrían estado los tirantes de su sostén, en caso de haberlo llevado. Después, las axilas, y bajando por los lados hasta las caderas; los pechos y el vientre.

- Esta mañana, en el hotel, llevabas la pulsera en la muñeca derecha. Esta noche la llevas en la izquierda. ¿Por qué?

Hablaba el inglés como un extranjero, pero culto y educado; con un acento que a ella le parecía el de un árabe. Una voz suave, pero poderosa; una voz de orador.

- Me gusta cambiarla de sitio -dijo Charlie.

- ¿Por qué?

- Para que parezca nueva.

El hombre se agachó, y continuó su exploración de las caderas, las piernas y la parte interior de los muslos, con el mismo cuidado que el resto del cuerpo; luego, siempre sólo con la mano izquierda, metió los dedos entre las botas de piel de Charlie.

- ¿Sabes cuánto vale esa pulsera? -preguntó, al ponerse otra vez de pie.

- No.

- Estáte quieta.

Estaba detrás de ella, palpándole la espalda, las caderas, de nuevo las piernas, hasta llegar a las botas.

- ¿No la has asegurado?

- No.

- ¿Por qué no?

- Michel me la dio por amor, no por dinero.

- Sube al coche.

Lo hizo; él dio la vuelta por delante del coche, y se sentó a su lado.

- Muy bien, te llevo a ver a El Jalil. -Puso el motor en marcha-. Entrega de puerta a puerta.

La furgoneta tenía cambio automático, pero observó que conducía principalmente con la mano izquierda, mientras que la derecha descansaba sobre su pierna. El ruido que hacían las botellas vacías la cogió de sorpresa. Llegó a un cruce, torció a la izquierda para coger otra carretera tan recta como la primera, pero sin luces. Su cara, por lo que podía ver, le recordaba la de Joseph, no por las facciones, sino por la intensidad de su expresión, por sus ojos rasgados de luchador, que mantenían una vigilancia constante sobre los tres espejos de la furgoneta, así como sobre ella misma.

- ¿Te gustan las cebollas? -preguntó entre el ruido de las botellas.

- Mucho.

- Te gusta guisar? ¿Qué sabes hacer? ¿Espaguetis, Schnitzel vienés?

- Cosas como ésas.

- ¿Qué le hiciste a Michel?

- Un bistec.

- ¿Cuándo?

- En Londres. La noche que se quedó en mi piso.

- ¿Y no le diste cebollas?

- Con la ensalada.

Volvían a la ciudad. Su resplandor formaba una pared rojiza bajo la nube pesada de la noche. Bajaron una cuesta, y llegaron a un valle, llano, desparramado, como sin forma. Vio fábricas a medio construir, y aparcamientos de camiones, vacíos. No veía tiendas, ni bares, ni luces en ninguna ventana. Entraron en un patio exterior de cemento. Paró la furgoneta, pero dejó el motor en mar-cha. «HOTEL GARNI EDEN», leyó, en letras de neón rojas, y encima de una llamativa puerta de entrada «Willkommen, Bienvenu, Wellcome».

Al ir a entregarle su bolso, tuvo otra idea:

- Toma, dale éstas. A él también le gustan. -Buscó la caja de cebollas entre las otras. Al dejarla encima de ella, se fijó otra vez en la inmovilidad de su mano derecha, cubierta por el guante-. Habitación 5, cuarto piso. Por las escaleras. No el ascensor. Que te vaya bien.

Con el motor todavía en marcha, la vio cruzar el patio hacia la entrada. La caja pesaba más de lo que ella había esperado, y necesitaba los dos brazos para llevarla. El vestíbulo estaba vacío, y el ascensor allí, pero no lo cogió. La escalera era estrecha y retorcida, y

la alfombra estaba completamente desgastada. Sonaba una música insinuante, el aire viciado olía a perfume barato y a humo de tabaco rancio. En el primer rellano, una mujer vieja, desde un compartimiento de cristales, dijo «Grüss Gott», pero sin levantar la cabeza. Parecía un sitio en que estaban acostumbrados a ver señoras que entraban y salían sin dar explicaciones.

En el segundo rellano, oyó música, y risas de mujer; en el tercero, vio que subía el ascensor, y pensó por qué demonios le había hecho subir por las escaleras, pero ya no le quedaba voluntad ni deseos de resistirse, todas sus palabras y sus acciones estaban ya escritas para ella. Le dolían los brazos de llevar la caja y, cuando llegó al pasillo del cuarto piso, el dolor era lo que más le preocupaba. La primera puerta era una salida de incendios, y la segunda, al lado de ella, llevaba el número 5. El ascensor, la salida de incendios, las escaleras, pensó inmediatamente; él siempre tiene por lo menos dos cosas a mano.

Dio unos golpecitos en la puerta, se abrió y, lo primero que se le ocurrió pensar, fue: Vaya, hombre, ya la he pringado; porque el hombre que estaba delante de ella era el hombre que acababa de llevarla allí en la furgoneta de Coca-Cola, sólo que sin el sombrero y sin el guante de la mano izquierda. Cogió la caja de cebollas y la puso en el estante de las maletas. Le quitó las gafas, las dobló, y volvió a dárselas. Después de eso, volvió a quitarle el bolso que llevaba colgado del hombro, y lo vació encima del edredón barato y de color rosa, casi lo mismo que le habían hecho en Londres cuando le pusieron las gafas oscuras. Aparte de la cama, casi la única cosa que había en el cuarto era la cartera. Estaba encima del lavabo, vacía, con su boca negra vuelta hacia ella, como una mandíbula abierta. Era la que ella había ayudado a robarle al profesor Minkel en aquel hotel grande que tenía una terraza, cuando era demasiado joven para saber lo que le convenía.

Una calma absoluta había caído sobre los tres hombres que estaban en la sala de operaciones. Ninguna llamada telefónica, ni siquiera de Minkel y Alexis; ninguna retractación desesperada sobre el enlace cifrado con la embajada de Bonn. Parecía que en su imaginación colectiva toda la complicada trama de la conspiración estuviera reteniendo el aliento. Litvak, sin ánimos, se había dejado caer en un sillón de despacho; Kurtz, en una especie de ensoñación, con los ojos medio cerrados, sonreía como un caimán viejo. Y Gadi Becker, lo mismo que antes, el más silencioso de todos, miraba descontento a la oscuridad, como un hombre que examinara todas las promesas de su vida pasada… ¿cuáles eran las que había mantenido, cuáles roto?

- Debíamos haberle dado ya el emisor -dijo Litvak-. Ahora ya confían en ella. ¿Por qué no se lo hemos dado?

- Porque va a registrarla -dijo Becker-. Va a registrarla para ver si lleva armas o algún emisor.

Litvak se animó lo bastante para tener ganas de discutir:

- ¿Entonces por qué la utilizan a ella? Estáis locos. ¿Por qué utilizar a una chica en la que no confías para un trabajo como éste?

- Porque no ha matado -dijo Becker-. Porque es pura. Por eso es por lo que la utilizan a ella, y por eso es por lo que no confían en ella. Por la misma razón.

La sonrisa de Kurtz se hizo casi humana.

- Cuando haya matado por primera vez, Shimon. Cuando ya no sea una novata. Cuando esté ya del lado contrario y sea una persona fuera de la ley hasta su muerte… entonces confiarán en ella. Entonces todo el mundo confiará en ella -le dijo Litvak-. Esta noche a las nueve en punto será uno de ellos; no hay por qué preocuparse, Shimon.

Pero Litvak no quedó contento.

25

Una vez más era hermoso. Era Michel, maduro, con la sobriedad y el encanto de Joseph y el carácter decididamente despótico de Tayeh. Era todo lo que ella había imaginado cuando trataba de hacer de él una persona en la que pensar con ilusión. Tenía hombros anchos y un cuerpo bien proporcionado, con la rareza de un objeto precioso conservado fuera de la vista. No podía haber entrado en un restaurante sin que las conversaciones se apagaran a su alrededor, ni haber salido sin dejar tras él una especie de alivio. Era un hombre nacido para vivir al aire libre, condenado a ocultarse en habitaciones pequeñas, con la palidez del calabozo en la tez.

Había corrido las cortinas y encendido la luz de junto a la cama. No había silla para ella, y el se servía de la cama como de un banco de carpintero. Había arrojado las almohadas al suelo, a un lado de la caja, y había sentado a la muchacha en esa parte del lecho al disponerse a trabajar, y hablaba constantemente mientras trabajaba, mitad para sí mismo y mitad para ella. La voz del hombre sólo conocía el ataque: un enérgico avance de ideas y de palabras.

- Dicen que Minkel es una buena persona. Quizá lo sea. Cuando leí acerca de él, yo también me dije: este muchacho, Minkel, debe de haber necesitado bastante coraje para decir aquellas cosas. Es posible que llegara a respetarle. Soy capaz de respetar a mi enemigo. Soy capaz de reverenciarle. No tengo problemas en cuanto a eso.

Tras haber amontonado las cebollas en un rincón, iba sacando una serie de pequeños paquetes de la caja con la mano izquierda, y desenvolviéndolos uno por uno mientras empleaba la derecha para sostenerlos. Desesperada por concentrarse en algo, Charlie intentaba confiarlo todo a la memoria; luego desistió: dos linternas de pilas, de las que se venden en los supermercados, nuevas, en un solo paquete, un detonador del tipo de los que ella había usado en el fuerte para entrenarse, con cables rojos surgiendo del extremo rizado. Navaja. Alicates. Destornillador. Soldador. Un rollo de cable rojo de buena calidad, grapas de acero, alambre de cobre. Cinta aislante, una bombilla para linterna, clavijas de madera de diversas longitudes. Y

un trozo rectangular de madera ligera como base para el aparato. Acercando el soldador al lavamanos, El Jalil lo enchufó en una toma próxima, produciendo un olor de polvo ardiente.

- ¿Piensan los sionistas en toda esa buena gente cuando nos bombardean? No lo creo. ¿Cuándo arrojan napalm sobre nuestras aldeas, asesinan a nuestras mujeres? Lo dudo muchísimo. No creo que el piloto terrorista israelí, allí sentado, se diga: «Estos pobres civiles, estas víctimas inocentes.»

«Habla así cuando está solo -pensó ella-. Y está solo muy a menudo. Habla para mantener viva su fe y tranquila su conciencia.»

- He matado a mucha gente a la que, indudablemente, respetaba -dijo él, apoyado en la cama-. Los sionistas han matado mucha más. Pero yo mato solamente por amor. Mato por Palestina y por sus hijos. Trata de pensar así también -le aconsejó piadosamente. Se interrumpió para mirarla-. ¿Estás nerviosa?

- Sí.

- Es natural. También yo estoy nervioso. ¿Te pones nerviosa en el teatro?

- Sí.

- Es lo mismo. El terror es teatro. Conmovemos, asustamos, despertamos indignación, ira, amor. Educamos. El teatro también. La guerrilla es el mayor actor del mundo.

- Michel me escribió también eso. Está en sus cartas.

- Pero se lo dije yo. Fue idea mía.

El siguiente paquete estaba envuelto en papel engrasado. Lo abrió con reverencia. Tres trozos de plástico ruso de media libra cada uno. Los colocó en primer plano, en el centro del edredón.

- Los sionistas matan por miedo y por odio -proclamó-. Los palestinos, por el amor y por la justicia. Recuerda esta diferencia. Es importante. -Nuevamente la mirada, repentina y dominante-. ¿La recordarás cuando sientas miedo? ¿Te dirás a ti misma: «por la justicia»? Si lo haces, dejarás de sentir miedo.

- Y por Michel -dijo ella.

El no estaba enteramente satisfecho.

- Y también por él, naturalmente -admitió. De una bolsa de papel de embalar dejó caer sobre la cama dos pinzas corrientes, que luego aproximó a la luz del lado para comparar sus sencillos mecanismos. Observándole desde tan cerca, ella reparó en un trozo de piel blanca y arrugada donde la mejilla y la porción más baja de la oreja parecían haberse fundido y vuelto a enfriar.

- ¿Por qué te cubres la cara con las manos? -preguntó El Jalil, por curiosidad, cuando hubo seleccionado la mejor pinza.

- Me sentí cansada por un momento -dijo ella.

- Entonces despierta. Has de estar despejada para tu misión.

También para la revolución. ¿Conoces este tipo de bomba? ¿Te ha enseñado Tayeh algo de esto?

- No lo sé. Tal vez Bubi lo haya hecho.

- Pues presta atención. -Sentado en la cama, junto a ella, cogió la base de madera y, con un bolígrafo, trazó sobre ella rápidamente unas líneas, correspondientes al circuito-. Lo que hacemos es una bomba para todas las ocasiones. Funciona como un reloj automático (aquí) y también como trampa explosiva (aquí). No confiar en nada: ésa es nuestra filosofía.

Tendiéndole unas pinzas y dos chinchetas, la observó, mientras ella las colocaba en cada lado de la boca de las pinzas.

- No soy antisemita, ¿sabes?

- Si…

Ella le devolvió las pinzas; él se acercó al lavamanos y comenzó a soldar cables a las cabezas de las dos chinchetas.

- ¿Y cómo es que lo sabes? -inquirió, confundido.

- Tayeh me decía lo mismo. Y también Michel. -«Y unas doscientas personas más», pensó la muchacha.

- El antisemitismo es un invento estrictamente cristiano. Volvió a la cama, esta vez llevando consigo la cartera de Minkel, abierta.

- Vosotros, los europeos, sois anti-todo-el-mundo. Antijudíos, antiárabes, antinegros. Nosotros tenemos muchos amigos en Alemania. Pero no porque amen Palestina. Únicamente porque odian a los judíos. La tal Helga… ¿te cae bien?

- No.

- Tampoco a mí. Es muy decadente, me parece. ¿Te gustan los animales?

- Sí.

Se sentó cerca de ella, la cartera sobre la cama, junto a él.

- ¿Le gustaban a Michel?

«Escoger, no vacilar nunca -había dicho Joseph-. Es preferible ser incoherente a ser vacilante.»

- Nunca hablamos de ello.

- ¿Ni siquiera de caballos?

«Y nunca, jamás, te corrijas.»

- No.

Del bolsillo, El Jalil había sacado un pañuelo plegado, y del centro del pañuelo un reloj de bolsillo barato al que le faltaban el cristal y la aguja horaria. Tras colocarlo junto al explosivo, cogió el cable rojo del circuito y lo desovilló. Ella tenía la base de madera sobre la falda. El le quitó la tabla, le tomó la mano y se la hizo poner de modo que le fuera posible sujetar las grapas, mientras él las clavaba con suavidad en su sitio, fijando el cable rojo a la madera de acuerdo con el modelo que había dibujado. Acto seguido, regresando

al lavamanos, soldó los cables a la batería, mientras ella cortaba tiras de cinta aislante para él con las tijeras.

- Mira -dijo él con orgullo al agregar el reloj.

Estaba muy cerca de la muchacha. Ella sentía su proximidad como un calor. Se encontraba inclinado como un zapatero sobre la horma, absorto en su trabajo.

- ¿Era religioso mi hermano cuando estaba contigo? -preguntó él, cogiendo una bombilla y conectándola con el extremo pelado de un cable.

- Era ateo.

- A veces era ateo, a veces era creyente. Otras veces era un chiquillo tonto, demasiado preocupado por las mujeres y las ideas y los coches. Tayeh dice que tú eras modesta en el campamento. Ni cubanos, ni alemanes, ni nada.

- Quería a Michel. Era lo único que quería, Michel -dijo ella, con un entusiasmo que sonó excesivo para sus propios oídos. Pero cuando levantó los ojos hacía él, no pudo evitar preguntarse si su amor fraterno había sido todo lo infalible que Michel había proclamado, porque el rostro del joven estaba marcado por la duda.

- Tayeh es un gran hombre -dijo él, quizá dando a entender que Michel no lo era. La bombilla se encendió-. El circuito está bien -anunció y, de detrás de ella, con delicadeza, cogió los tres trozos de explosivo-. Tayeh y yo… hemos muerto juntos. ¿Te contó Tayeh ese incidente? -preguntó, mientras, con la ayuda de Charlie, comenzaba a sujetar los explosivos, en un solo grupo, mediante cinta aislante, muy fuertemente.

- No.

- Los sirios nos atraparon… Corta aquí. Primero nos dieron una paliza. Esto es lo corriente. Ponte de pie, por favor. -De la caja había extraído una vieja manta parda, que la muchacha sostuvo firmemente ex tendida ante el pecho, mientras él, hábilmente, la cortaba a tiras. Sus rostros, a uno y, otro lado de la manta, estaban muy próximos. Ella percibía la cálida dulzura del cuerpo árabe del hombre.

- En el curso de la paliza se irritaron muchísimo, de modo que decidieron rompernos todos los huesos. Primero los dedos, luego los brazos, luego las piernas. Después nos quebraron las costillas con los fusiles.

La punta del cuchillo que atravesaba la manta estaba a pocos centímetros del cuerpo de ella. El cortaba rápida y limpiamente, como si la manta fuese alguien a quien hubiera dado caza y asesinado.

- Cuando terminan con nosotros, nos dejan en el desierto. Estoy contento. ¡Al menos, moriremos en el desierto! Pero no llegamos a morir. Una patrulla de nuestros comandos nos encuentra. Durante tres meses, Tayeh y El Jalil yacen el uno junto al otro en el hospital.

Muñecos de nieve. Cubiertos de escayola. Tenemos algunas conversaciones interesantes, nos hacemos muy amigos, leemos juntos algunos buenos libros.

Plegando las tiras y acumulándolas en pulcras pilas militares, El Jalil se dirigió a la cartera negra y barata de Minkel, respecto de la cual observó por vez primera que estaba abierta por la parte posterior, por los goznes, en tanto los cierres delanteros permanecían firmemente abrochados. Una a una, dispuso en el interior las tiras dobladas, hasta construir una plataforma mullida para que la bomba descansara sobre ella.

- ¿Sabes qué me dijo Tayeh una noche? -preguntó como solía hacerlo-. «El Jalil», dijo «¿por cuánto tiempo más vamos a seguir representando el papel de buenos chicos? Nadie nos ayuda, nadie nos agradece. Pronunciamos grandes discursos, enviamos buenos oradores a las Naciones Unidas y, si esperamos otros cincuenta años, quizá nuestros nietos, si es que están vivos, alcancen un pequeño, trozo de justicia…» -Interrumpiéndose, le indicó cómo sería el trozo, con los dedos de la mano buena-. «Entretanto, nuestros hermanos árabes nos matan, los sionistas nos matan, los falangistas nos matan, y aquellos de nosotros que permanecen con vida entran en su diáspora. Como los armenios. Como los propios judíos.» -Su expresión pasó a reflejar astucia-. «Pero si fabricamos unas cuantas bombas…, matamos unas pocas personas…, hacemos una carnicería, durante sólo dos minutos de historia…»

Sin terminar la frase, tomó el artefacto y, solemnemente, con gran precisión, lo introdujo en el maletín.

- Necesito gafas -explicó con una sonrisa, y movió la cabeza como un viejo-. Pero ¿dónde iría a buscarlas… un hombre como yo?

- Si fuiste torturado como Tayeh, ¿por qué no cojeas como Tayeh? -preguntó ella, levantando súbitamente la voz en su nerviosismo.

Delicadamente, él separó la bombilla de los cables, dejando los extremos pelados libres para ser conectados al detonador.

- No cojeo debido a que he rogado a Dios para que me diese fuerzas, y Dios me las ha dado para que pudiese combatir a mi verdadero enemigo y no a mis hermanos árabes.

Entregó el detonador a la muchacha y la observó con satisfacción, mientras ella lo unía al circuito. Cuando hubo terminado, él recogió el cable sobrante y, con un movimiento hábil, casi inconsciente, lo enrolló cual si de lana se tratase en torno a las puntas de sus dedos muertos, formando un ovillo. Después envolvió el conjunto con la misma hebra, haciéndole dar dos vueltas en sentido transversal, a modo de cinturón.

- ¿Sabes lo que me escribió Michel antes de morir? ¿En su última carta?

- No, El Jalil, no lo sé -replicó ella, mientras le miraba colocar el ovillo en la cartera.

- ¿Decías?

- No. Decía que no, que no lo sé.

- ¿En la carta enviada tan sólo unas horas antes de morir? «La amo. Ella no es como las demás. Es cierto que cuando la conocí tenía la conciencia paralizada de un europeo.» Aquí, sujeta el reloj, por favor, «… y también que era una puta. Pero ahora es árabe en lo hondo de su alma, y un día la mostraré a nuestra gente y a ti.»

Faltaba la trampa explosiva, y para ella debían trabajar en aún mayor intimidad, por cuanto la labor requería que ella hiciera pasar un trozo de cable de acero a través del tejido de la tapa, de forma tal que él la sostuvo todo lo bajo que le fue posible, mientras la muchacha, con sus pequeñas manos, llevaba el cable hasta el clavijero con las pinzas. Esta vez, cautelosamente, él volvió a acercar el artilugio al lavamanos y, dándole la espalda, repuso las bisagras, soldándolas por ambos lados. Habían pasado el punto desde el cual aún era posible retornar.

- ¿Sabes que le dije una vez a Tayeh?

- No.

- «Tayeh, amigo mío, nosotros, los palestinos, somos muy indolentes en nuestro exilio. ¿Por qué no tenemos palestinos en el Pentágono? ¿Ni en el Departamento de Estado? ¿Por qué todavía no controlamos el New York Times, Wall Street, la CIA? ¿Por qué no estamos haciendo películas en Hollywood acerca de nuestra gran lucha, ni se nos elige para la alcaldía de Nueva York ni para la presidencia del Tribunal Supremo? ¿Qué es lo que no hacemos bien, Tayeh? ¿Por qué carecemos de espíritu de empresa? No basta con que los nuestros lleguen a ser doctores, científicos, profesores. ¿Por qué no mandamos en Estados Unidos también? ¿Por eso tenemos que emplear bombas y armas?

Estaba de pie ante ella y sujetaba la cartera por el asa, como un buen viajante de comercio.

- ¿Sabes qué debemos hacer?

Ella no lo sabía.

- Marchar. Todos. Antes de que acaben con nosotros definitivamente. -Ofreciéndole el antebrazo, la ayudó a ponerse en pie-. De Estados Unidos, de Australia, de París, de Jordania, de Arabia Saudí, del Líbano…, de todos los lugares del mundo en que haya palestinos. Embarcamos hacia las fronteras. Aviones. Millones de nosotros. Como una gran marea a la que nadie pueda hacer retroceder. -Tendió la cartera a la muchacha y comenzó a reunir rápidamente sus herramientas y a colocarlas en la caja-. Entonces, todos juntos, marchamos hacia nuestra patria, reclamamos nuestras casas y nuestras

granjas y nuestras aldeas, aun cuando tengamos que derribar sus ciudades e instalaciones y kibutzim para dar con ellas. No funcionaría. ¿Sabes por qué no? Ellos nunca vendrían.

Se dejó caer en cuclillas, examinando la alfombra raída en busca de señales reveladoras.

- Nuestros ricos no serían capaces de soportar su propio descenso en las condiciones socioeconómicas de vida -explicó, destacando irónicamente la jerga-. Nuestros mercaderes no abandonarían sus bancos y tiendas y despachos. Nuestros doctores no dejarían sus elegantes clínicas, ni los abogados sus prácticas corruptas, ni nuestros académicos sus cómodas universidades. -Estaba de pie ante ella, y su sonrisa era un triunfo sobre todo su dolor-. De modo que los ricos hacen dinero y los pobres luchan. ¿Acaso alguna vez fue distinto?

Ella le precedió escaleras abajo. Fue la salida de una furcia con su cajita de afeites. La furgoneta de Coca-cola seguía en el patio, pero ella pasó de largo ante el vehículo, como si nunca en su vida lo hubiese visto, y subió a un Ford de modelo rural, un diesel con balas de paja atadas encima. Se sentó junto a él. Nuevamente, colinas. Pinos cargados por un lado de nieve húmeda y fresca. Instrucciones, en el mismo estilo que las de Joseph: «Charlie, ¿entiendes?» «Si, El Jalil, entiendo.» «Entonces, repítemelo.» Ella lo hizo. «Es por la paz, recuérdalo.» «Lo recordaré, El Jalil; lo recordaré: por la paz, por Michel, por Palestina; por Joseph y El Jalil; por Marty y la revolución y por Israel, y por el teatro de lo real.»

El se había detenido junto a un granero y había encendido los faros. Miraba su reloj. Más abajo, en el camino, una linterna destelló dos veces. Se inclinó por sobre ella y abrió la puerta del lado de la muchacha.

- Su nombre es Franz, y tú le dirás que eres Margaret. Buena suerte.

La noche era húmeda y tranquila, las farolas del antiguo centro de la ciudad pendientes sobre ella como lunas blancas enjauladas con sus soportes de hierro. Había preferido que Franz la dejase en la esquina porque quería atravesar el puente a pie antes de hacer su entrada. Quería dar la impresión de estar sin aliento, como quien llega del aire libre, y el pellizco del frío en el rostro, y el odio en el fondo de su mente. Estaba en una callejuela, entre andamios bajos, que se cerraba sobre ella como un largo y estrecho túnel. Pasó ante una galería de arte llena de autorretratos de un joven rubio, desagradable, de gafas, y ante otra, cercana a la primera, con paisajes idealizados en que el muchacho no entraría jamás. Las pintadas chillaban delante de ella, pero no logró entender una palabra hasta que leyó «Jodida América». «Gracias por la traducción», pensó. Volvía a estar en un espacio abierto, subiendo unos escalones de cemento sobre los que se había

echado arena para derretir la nieve, pero que aún eran resbaladizos bajo los pies. Llegó al último y vio las puertas de cristal de la biblioteca de la universidad a su izquierda. Las luces permanecían encendidas en el café de los estudiantes. Rachel y un muchacho estaban sentados junto a la ventana, tensos. Dejó atrás el primer poste totémico de mármol y se encontró en el paseo arbolado, muy por encima de la carretera que llevaba al lado opuesto. Ya la sala de conferencias se alzaba ante ella, su piedra de color de fresa se tornaba carmesí violento por la luz de los focos. Los coches iban subiendo; los primeros componentes del público llegaban, trepando los cuatro peldaños de la entrada del frente, deteniéndose para estrecharse las manos y felicitarse los unos a los otros por su enorme eminencia. Una pareja de funcionarios de seguridad examinaba superficialmente los bolsos de las mujeres. Ella siguió andando. «La verdad te hará libre.» Dejó atrás el segundo poste totémico, acercándose a la escalera por la que podría bajar.

La cartera pendía en su mano derecha y la sintió rozándole el muslo. Una ululante sirena policial hizo que los músculos de su espalda se contrajeran de terror, pero siguió andando. Dos motocicletas de la policía con luces azules giratorias subieron, escoltando un Mercedes negro brillante con un gallardete. Habitualmente, cuando pasaban grandes automóviles, ella volvía la cabeza, para no dar a los ocupantes la satisfacción de ser observados; pero esta noche era diferente. Esta noche podía andar con orgullo; tenía la respuesta en la mano. De modo que los observó y fue recompensada por el fugaz vislumbre de un hombre de tez rojiza, sobrealimentado, con traje negro y corbata plateada; y una esposa malhumorada con tres papadas y una piel de mink. «Para las grandes mentiras necesitamos, naturalmente, grandes públicos», recordó. Se encendieron luces de filmación y la importante pareja ascendió hacia las puertas de cristal, admirada por al menos tres viandantes. «Pronto, bastardos -pensó ella-, pronto.»

Al final de la escalinata giró a la derecha. Lo hizo y siguió andando hasta llegar a la esquina. «Puedes estar segura de que no caerás al río -había dicho Helga, añadiendo un toque de humor-: las bombas de El Jalil no son a prueba de agua, Charlie, ni tú tampoco.» Giró hacia la izquierda y comenzó a rodear el edificio, siguiendo un camino de grava sobre el cual la nieve no había logrado cuajar. El pavimento se ensanchaba y se convertía en un patio, y en el centro de éste, junto a un grupo de tiestos de cemento, había un coche de policía. Ante él, dos agentes uniformados se pavoneaban en mutuo espectáculo, estirándose las botas y riendo, y miraban con mal gesto a quien se atreviera a observarlos. Estaba a menos de quince metros de la puerta lateral, y empezó a sentir la calma que estaba esperando: la

sensación, casi de levitación, que la invadía cuando salía a escena y dejaba atrás sus otras identidades, en el camerino. Era Imogen, de Sudáfrica, de gran coraje, de escasa gracia, apresurándose a asistir a un gran héroe liberal. Estaba azorada -diablos, estaba mortalmente azorada-, pero iba a hacer lo debido o a quebrarse. Había llegado a la puerta lateral. Estaba cerrada. Probó el pomo, pero éste no giró. Indecisión. Puso la palma de la mano sobre el panel y empujó, pero el panel no se movió. Retrocedió y miró la puerta, luego buscó a su alrededor a alguien que la ayudara; para entonces, los dos policías habían dejado de flirtear y la contemplaban con suspicacia, pero sin acercarse.

Telón arriba. A escena.

- Digo, disculparme -se dirigía a ellos-. ¿Hablan ustedes inglés?

Ellos aún no se habían movido. Si había una distancia que cubrir, dejaban que fuese ella quien la recorriera. No era más que una ciudadana, después de todo, y una mujer, por lo demás.

- Dije si hablaban inglés. Englisch… sprechen Sie? Alguien tiene que entregar esto al profesor. Inmediatamente. ¿Vendrán ustedes hasta aquí, por favor?

Ambos fruncieron el ceño, pero sólo uno se aproximó a ella. Lentamente, como convenía a su dignidad.

- Toilette nicht hier -barbotó, y señaló con la cabeza el camino por el que ella había venido.

- No me interesa el servicio. Quiero encontrar a alguien que entregue esta cartera al profesor Minkel. Minkel -repitió, y mostró la cartera, alzándola.

El policía era joven y no reparaba en la juventud. No cogió la cartera de la muchacha, pero se la hizo sostener mientras él manipulaba la cerradura y se aseguraba de que no se podía abrir.

«¡Oh, jovencito! -pensó ella-. Acabas de suicidarte y todavía me miras con el ceño fruncido.»

- Offnen! -ordenó él.

- No puedo abrirla. Está cerrada. -Permitió la entrada en su voz de una nota de desesperación-. Es del profesor, ¿entiende? Por lo que sé, contiene las notas para la conferencia. La necesita para esta noche. -Volviéndose, golpeó violentamente la puerta-. ¿Profesor Minkel? Soy yo, Imogen Baastrup, de Wits. ¡Oh, Señor!…

El segundo policía se había acercado a ellos. Era de más edad y de tez oscura. Charlie recurrió a su mayor sabiduría.

- Bien, ¿habla usted inglés acaso? -dijo. En el mismo momento, la puerta se entreabrió unos pocos centímetros y un rostro de macho cabrío la observó con curiosidad y profunda desconfianza. Comentó algo en alemán al policía más próximo, y Charlie captó la palabra «Amerikanerin» en su respuesta.

- No soy norteamericana -replicó, casi a punto de echarse a llorar- Me llamo Imogen Baastrup, soy sudafricana y le traigo la cartera del profesor Minkel. La dejó olvidada. ¿Tendría usted la amabilidad de entregársela inmediatamente? Porque estoy segura de que se encuentra desesperado por ella.!Por favor!

La puerta se abrió lo suficiente como para revelar el resto de la persona: un hombre mofletudo, con aspecto de mayordomo, de sesenta años o más, con traje negro. Estaba muy pálido y, para el ojo secreto de Charlie, también muy asustado.

- Señor, ¿habla usted inglés? ¿Si? ¿Lo habla?

No solamente lo hablaba, sino que también juraba en él. Porque dijo «Lo hablo» con una solemnidad tal que, en ese punto, no podría retroceder en el resto de sus días.

- Entonces me hará el favor de entregar esto al profesor Minkel y saludarle de parte de Imogen Baastrup y decirle que el hotel cometió un error estúpido, y que me hace muchísima ilusión el escucharle esta noche…

Le tendió la cartera, pero el mayordomo se negó a cogerla. Miró a los policías que estaban tras ella y pareció recibir alguna débil señal de asentimiento por parte de ellos; volvió a mirar la cartera, y luego a Charlie.

- Venga por aquí -dijo, como un acomodador de teatro que ganase sus diez libras por noche, y se hizo a un lado para dejarla entrar.

Ella se puso pálida. Esto no estaba en el guión. Ni en el de El Jalil, ni en el de Helga, ni en ningún otro. ¿Qué ocurriría si Minkel la abría ante sus propios ojos?

- ¡Oh, no, no puedo hacer eso! Tengo que ocupar mi lugar en el auditorium. ¡Y aún no he comprado mi billete!!Por favor!

Pero el hombre con aspecto de mayordomo también tenía sus órdenes, y tenía sus temores, porque cuando ella le alcanzó la cartera se apartó dando un salto, como si quemara.

La puerta se cerró; estaban en un pasillo a lo largo de cuyo techo corrían cañerías revestidas. Por un instante, trajeron a la memoria de la muchacha los tubos en lo alto de la Villa Olímpica. Su renuente escolta la precedía. Ella percibía olor a aceite y oía el trueno reprimido de una caldera; una oleada de calor en el rostro la llevó a pensar en desmayarse o marearse. El asa de la cartera le hacía sangre, sentía el cálido limo salir gota a gota por entre sus dedos.

Habían llegado a una puerta en que ponía «Vorstrand». El hombre con aspecto de mayordomo golpeó en ella y llamó: «¡Oberhauser! ¡Schnell!» Mientras él hacía esto, la muchacha miró hacia atrás y vio a dos jóvenes bien parecidos, vestidos con chaquetas de piel, en el pasillo, tras ella. Estaban armados. «¡Cristo todopoderoso!, ¿qué es esto?» La puerta se abrió. Oberhauser entró primero e inmediatamente

se hizo a un lado, como desconociéndola. Se encontraba en un plató de Journey's End. Los bastidores y los camerinos estaban protegidos con sacos de arena; grandes trozos de entretela revestían el cielo raso, sostenidos en su lugar por alambres. Los sacos de arena hacían las veces de barrera, trazando un camino en zigzag a partir de la puerta. En el centro del escenario había una mesita de café baja con una bandeja con bebidas. Junto a ésta, en un sillón bajo, estaba sentado Minkel, como una figura de cera, con los ojos clavados en ella. Frente a él, su esposa, y junto a él, una alemana rechoncha con una estola de piel que Charlie tomó por mujer de Oberhauser.

Más allá de los genios, y preparándose entre bastidores, en medio de los sacos de arena, estaba el resto del equipo, en dos grupos distintos, sus portavoces hombro con hombro en el centro. El equipo local estaba encabezado por Kurtz; a la izquierda de éste había un hombre agradable, de mediana edad, de rasgos poco definidos, que permitieron a Charlie olvidar rápidamente a Alexis.

Próximos a Alexis estaban sus jóvenes lobos, con sus rostros hostiles vueltos hacia ella. Enfrente de ellos había partes de la familia que la muchacha ya conocía, con desconocidos agregados, y la oscuridad de sus facciones judías, en contraste con las de sus equivalentes alemanes, componía una de esas imágenes que se mantendrían en su memoria mientras viviera. Kurtz, el director de circo, tenía el dedo sobre los labios y la muñeca izquierda alzada para escrutar la esfera de su reloj.

Comenzó a decir «¿Dónde está?», y entonces, con una ráfaga de júbilo y de cólera, le vio, apartado de todos, como de costumbre, el agobiado y solitario productor en la noche del estreno. Aproximándose a ella rápidamente, se situó ligeramente a un lado, abriéndole camino hacia Minkel.

- Di tu parlamento para él, Charlie -le indicó serenamente-. Di lo que hayas de decir e ignora a todos cuantos no estén en el reparto. -Y lo único que ella necesitaba era el sonido de la claqueta al cerrarse ante su rostro.

La mano de él se acercó a la de ella, que sentía el vello del hombre en contacto con su piel. Hubiese deseado decir: «Te amo… ¿Cómo eres?» Pero había que recitar otro texto, así que inspiró profundamente y lo recitó, porque aquél era, después de todo, el nombre de su relación.

- Profesor, ha sucedido algo terrible -empezó con ímpetu-. Los estúpidos del hotel enviaron su cartera a mi habitación con mi equipaje; me vieron hablando con usted, supongo, y allí estaba mi equipaje y estaba su equipaje, y de alguna forma ese chiquillo tonto se metió en la tonta cabeza que ésta era mi cartera…

Se volvió hacia Joseph para decirle que se le había terminado el

texto.

- Entregue la cartera al profesor -ordenó él.

Minkel estaba de pie, sin expresión alguna en el rostro y perdido en sus pensamientos, como un hombre al que se le comunica una larga condena a prisión. Minkel se desvivía por sonreír. Las rodillas de Charlie estaban paralizadas, pero, con la mano de Joseph en el codo, se las arregló para lanzarse hacia adelante, alcanzando la maleta al hombre mientras pronunciaba algunas líneas más.

- Sólo que yo no la vi hasta hace media hora, la metieron en el armario y mis vestidos, colgados, la ocultaban; entonces, cuando la vi y leí la etiqueta, estuve a punto de desmayarme…

Minkel hubiese cogido la cartera, pero tan pronto como ella se la ofreció, otras manos la hicieron desaparecer en el interior de una gran caja negra dispuesta en el suelo, de la que salían como serpientes gruesos cables. De pronto, todos parecieron asustarse de ella y se refugiaron tras los sacos de arena. Los fuertes brazos de Joseph la llevaron a reunirse con él; con una mano la obligó a bajar la cabeza hasta que ella se encontró mirándose la cintura. Pero no antes de que hubiese visto a un buzo enfundado en un pesado traje blindado, que se aproximaba a la caja. Llevaba un casco con un espeso visor de vidrio y, debajo de éste, un tapabocas de cirujano para evitar empañarlo desde el interior. Una orden que llegó amortiguada conminó al silencio; Joseph la había atraído junto a sí y la sofocaba con su cuerpo. Otra orden determinó un alivio general; las cabezas volvieron a elevarse, pero él siguió sujetándola allí abajo. Ella oyó sonidos de pies con metódica prisa y, cuando al fin el hombre la liberó, vio a Litvak alejarse con precipitación, con lo que evidentemente era una bomba de su propia fabricación, mucho más tosca que la de El Jalil, con cables aún sin conectar que pendían de ella. Entretanto, Joseph la guiaba firmemente de regreso al centro de la habitación.

- Prosigue con tus explicaciones -le ordenó al oído-. Estabas contando cómo leíste la etiqueta. Continúa a partir de allí. ¿Qué hiciste?

Inspiración profunda. El parlamento se reanuda:

- Entonces, cuando pregunté en recepción, me dijeron que usted estaría fuera durante la noche, que tenía su conferencia en la universidad; de modo que cogí un taxi y…, quiero decir que no sé cómo me podrá perdonar. Mire: debo marcharme. Buena suerte, profesor, que pronuncie un gran discurso.

A una señal de Kurtz, Minkel había sacado un llavero del bolsillo y fingía buscar una llave, si bien no tenía cartera que abrir. Pero Charlie, bajo la apremiante dirección de Joseph, ya se alejaba hacia la puerta, en parte andando, en parte arrastrada por el brazo con que él le rodeaba el talle.

«No lo haré, Joseph; no puedo, he agotado mi coraje, como tú dijiste. No me dejes ir, Joseph, no.» Oyó a sus espaldas órdenes apagadas y los sonidos de pasos precipitados mientras todo el mundo parecía batirse en retirada.

- Dos minutos -gritó Kurtz tras ellos, a modo de advertencia. Se hallaban nuevamente en el corredor con los dos jóvenes bien parecidos y sus armas.

- ¿Dónde le encontraste? -preguntó Joseph en voz baja y con tono seco.

- En un hotel llamado Edén. Una especie de casa de citas, en las lindes de la ciudad. Cerca de una farmacia. Tiene una furgoneta de Coca-cola, de color rojo. FR ocho-nueve-seis- dos-dos-cuatro. Y un turismo Ford. No he retenido el número de matrícula.

- Abre tu bolso.

Ella lo abrió. Rápidamente, tal como él hablaba. Extrayendo del interior del bolso el pequeño transmisor de pulsera de la muchacha, lo remplazó por uno similar, procedente de su propio bolsillo.

- No es el mismo tipo de aparato que utilizábamos antes -se apresuró a advertir-. Recibirá una sola emisora. Seguirá indicando el tiempo, pero no tiene alarma. Pero emite, y nos dice dónde estás.

- ¿Cuándo? -dijo ella, estúpidamente.

- ¿Qué órdenes te dio El Jalil para este momento?

- Debo volver andando a la carretera y continuar andando,… Joseph, ¿cuándo vendrás? ¡Por el amor de Dios!…

El rostro del hombre reflejaba una gravedad trasnochada y heroica, pero no había en él concesión alguna.

- Escucha, Charlie. ¿Me escuchas?

- Si, Joseph, te escucho.

- Si oprimes el botón de volumen en tu transmisor (no lo gires, oprímelo), sabremos que él está dormido. ¿Comprendes?

- No dormirá así.

- ¿Qué quieres decir? ¿Qué sabes de cómo duerme?

- Es como tú, no es de los que duermen; está despierto día y noche. Es… Joseph, no puedo regresar. No me obligues.

Miraba suplicante el rostro del hombre, esperando aún que cediera, pero seguía oponiéndosele rígidamente.

- Quiere que duerma con él, ¡por Dios! Quiere una noche de bodas, Joseph. ¿No te preocupa eso un poco? Me está tomando en el punto en que Michel me dejó. No me gusta. Va a ajustar cuentas. ¿Tengo que ir?

Se aferró a él tan furiosamente que al hombre le fue difícil desasirse. Estaba de pie, apretada contra él, con la cabeza gacha, contra su pecho, deseando que volviese a tomarla bajo su protección. Pero, en cambio, él le pasó las manos por debajo de los brazos,

obligándola a erguirse, y tornó a ver su rostro, inmóvil e inexpresivo, diciéndole que el amor no era su territorio: ni el de él, ni el de ella, ni, muchísimo menos, el de El Jalil. La puso en camino; ella se desprendió de él y marchó sola; él dio un paso tras ella y se detuvo. La muchacha miró hacia atrás y le odió; cerró los ojos y los abrió, dejó escapar un profundo suspiro. «Estoy muerta.»

Salió andando a la calle, se irguió y, resuelta como un soldado e igualmente ciega, subió a paso vivo una callejuela, dejando atrás un sórdido club nocturno en que se exhibían fotografías iluminadas de muchachas de treinta y algunos años descubriendo unos pechos escasamente convincentes. «Eso es lo que yo debía estar haciendo», pensó. Llegó a una carretera, recordó su educación peatonal, miró hacia su izquierda y vio la puerta de una torre medieval con el logotipo de las hamburguesas McDonald's, cuidadosamente pintado. Las luces verdes le dieron paso; siguió andando y vio altas colinas negras cerrando al final de la carretera, y un cielo pálido y cargado de nubes revolviéndose con impaciencia tras ellas. Miró a su alrededor y vio que la aguja de la catedral la seguía. Giró a su derecha y caminó con la mayor lentitud con que había caminado en su vida, descendiendo por una frondosa avenida de casas patricias. Ahora contaba para sí misma. Números. Ahora decía versos. «Joseph va a la ciudad.» Ahora recordaba lo ocurrido en la sala de conferencias, pero sin Kurtz, sin Joseph, y sin los sanguinarios técnicos de los dos irreconciliables bandos. Ante ella, Rossino hacía pasar su moto silenciosamente, empujándola, por una puerta. Se acercaba a él y él le tendía un casco y una chaqueta de piel, y cuando se disponía a ponérselos, algo la impulsaba a mirar en la dirección de la que había venido y veía un resplandor naranja que se estiraba lentamente hacia ella por sobre los guijarros húmedos, como el sendero del sol poniente, y reparaba en lo mucho que perduraba en el ojo después de haber desaparecido. Entonces, por último, oyó el sonido que oscuramente había estado esperando: un golpe sordo, distante aunque íntimo, como la rotura de algo irreparable en lo más profundo de sí; el exacto y definitivo fin del amor. «Pues bien, Joseph, sí. Adiós.»

Precisamente en ese mismo instante, el motor de Rossino entró violentamente en la vida, desgarrando la noche neblinosa con su rugido de risa triunfal. «También yo -pensó ella-. Es el día más divertido de mi vida.»

Rossino conducía con lentitud, manteniéndose en caminos apartados y siguiendo una ruta cuidadosamente concebida.

«Tú conduces, yo te seguiré. Quizá sea tiempo de hacerse italiana.»

Una llovizna cálida había eliminado gran parte de la nieve, pero él avanzaba con respeto a la mala superficie y a su importante

pasajera. Le decía a gritos cosas alegres y parecía estar pasándolo muy bien, pero ella no tenía interés en compartir su talante. Atravesaron un gran portal y ella chilló: «¿Es éste el lugar?», sin saber cuál era el lugar al que se refería, ni preocuparse por ello en absoluto; pero el portal daba a un camino sin asfaltar que iba por colinas y valles de bosques particulares, y los cruzaron solos, bajo una luna inesperada que había sido propiedad privada de Joseph. La muchacha miró hacia abajo y vio un pueblo dormido, envuelto en un sudario blanco; percibió un aroma de pinos de Grecia y sintió cómo el viento hacía desaparecer sus lágrimas tibias. Tenía el cuerpo vibrante, nuevo, de Rossino apoyado en el suyo, y le dijo:

- Cuídate a ti mismo, no queda nada.

Descendieron una última colina, traspusieron otro portal y entraron en una carretera bordeada de alerces sin hojas, como los árboles de Francia en las fiestas de fin de año. El camino volvió a subir y, al llegar a la cima, Rossino paró el motor y se deslizaron cuesta abajo por un sendero del bosque. El hombre abrió una maleta y sacó de ella un montón de prendas y un bolso de mano que le arrojó a ella. Sacó una linterna y a su luz la observó mientras se cambiaba, y hubo un momento en que se encontró semidesnuda ante él.

«Me quieres; tómame; estoy disponible y no tengo compromisos.»

Se encontraba sin amor y sin valor ante sus propios ojos. Se encontraba donde había comenzado, y todo el podrido mundo podía aplastarla.

Pasó todas sus baratijas de un bolso al otro: polvos de maquillaje, tampones, dinero, su paquete de Marlboro. Y su pequeño radiodespertador para ensayos. -Oprime el volumen, Charlie, ¿me escuchas?-. Rossino le cogió el viejo pasaporte y le entregó otro nuevo, pero ella no se molestó en averiguar qué nacionalidad había adquirido.

Ciudadana de Ninguna parte, nacida ayer.

Hizo un montón con sus viejas ropas y las metió en la maleta, junto con su vieja mochila y sus gafas. «Espera aquí, pero mira hacia la carretera -dijo él-. Encenderá una luz roja dos veces.» Hacía menos de cinco minutos que él se había marchado cuando la vio titilar al otro lado de los árboles. «¡Albricias, un amigo al fin!»

26

El Jalil la cogió por el brazo y casi la arrastró hasta el brillante coche nuevo, porque ella sollozaba y temblaba tanto que no era capaz de andar normalmente. Después de las humildes ropas de un conductor de furgoneta, él daba la sensación de haberse puesto el disfraz completo del intachable gerente alemán: abrigo negro ligero, camisa y corbata, cabello cepillado y peinado hacia atrás. Abriendo la puerta, se quitó el abrigo y cubrió con él solícitamente los hombros de la muchacha, como si se tratara de un animal enfermo. Ella no tenía la menor idea de cómo él esperaba que se comportase, pero se le veía menos impresionado que respetuoso de su estado. El motor ya estaba en marcha. Puso la calefacción en su punto máximo.

- Michel estaría orgulloso de ti -dijo él amablemente, y la observó durante un instante a la luz del interior del coche.

Ella inició una respuesta, pero en lugar de completarla volvió a romper en sollozos. El hombre le tendió un pañuelo, que ella cogió con las dos manos, retorciéndolo entre los dedos, mientras las lágrimas caían y caían. Le permitieron hablar al llegar a la parte baja de la colina boscosa.

- ¿Qué ocurrió? -susurró.

- Has obtenido una gran victoria para nosotros. Minkel murió al abrir la cartera. Se informó que otros amigos del sionismo estaban gravemente heridos. Aún los están contando. -Se expresaba con brutal satisfacción-. Hablan de atropello. Conmoción. Asesinato a sangre fría. Deberían visitar Rashideyeh algún día. Invito a toda la universidad. Hay que reunirlos en los refugios y acribillarlos a medida que salgan. Hay que quebrarles los huesos y obligarlos a mirar cómo se tortura a sus hijos. Mañana el mundo entero leerá que los palestinos no se convertirán en los pobres negros de Sión.

La calefacción era potente, pero no bastaba. Se acurrucó más en el abrigo de él. Las solapas eran de terciopelo y ella percibía el olor característico de las prendas nuevas.

- ¿Quieres contarme cómo fue? -preguntó él.

La muchacha negó con la cabeza. Los asientos eran mullidos y

suaves; el motor estaba silencioso. Escuchó, pero no oyó ningún otro coche. Miró el retrovisor. Nada detrás, nada al frente. ¿Cuándo lo hubo? Tomó conciencia de los ojos oscuros de El Jalil, que la observaban.

- No te preocupes. Te cuidaremos. Te lo prometo. Me alegra que sientas pesar. Otros, cuando matan, ríen y se consideran vencedores. Se emborrachan, se arrancan las ropas como animales. Yo he visto todo eso. Pero tú…, tú sollozas. Eso es muy bueno.

La casa estaba junto a un lago y el lago en un valle profundo. El Jalil pasó por delante dos veces antes de volver al camino, y sus ojos, al mirar a los lados, eran los ojos de Joseph, oscuros y resueltos y omnividentes. Se trataba de una cabaña moderna, el segundo hogar de un hombre rico. Tenía paredes blancas y ventanas árabes y un tejado rojo en pendiente, en el que la nieve no podía asentarse. El garaje estaba unido a la casa y sus puertas se encontraban abiertas. Cuando hubieron entrado, se cerraron. El paró el motor y extrajo de la chaqueta una pistola automática de largo cañón. El Jalil, el tirador manco. Ella permaneció en el automóvil, contemplando la leña apilada junto al muro posterior. El hombre abrió la puerta del lado de la muchacha.

- Ve detrás de mí. A tres metros, no más cerca.

Una puerta metálica lateral se abría a un pasillo interior. Esperó, y luego echó a andar tras él. Las luces del salón ya estaban encendidas y había leña ardiendo en el hogar. Sofá tapizado en piel de potro. Muebles rústicos. Una mesa de troncos puesta para dos. En un cubo de hielo, con su correspondiente pie de hierro forjado, una botella de vodka.

- Espera aquí -dijo él.

La muchacha se detuvo en el centro del salón, sosteniendo el bolso con ambas manos, mientras él recorría la casa, habitación por habitación, tan silenciosamente que ella sólo oía las puertas de los armarios al abrirse y cerrarse. Empezó a temblar otra vez, violentamente. El regresó al salón, dejó su arma a un lado, se dejó caer en cuclillas ante el fuego y se dedicó a atizarlo para elevar la llama. «Mantener a raya a los animales -pensó ella, observándole-. Y el cordero a salvo.» El fuego crepitó y ella se sentó delante, en el sofá. El hombre conectó la televisión. Se veía una película en blanco y negro, transmitida desde la taberna de lo alto de la colina. Bajó el sonido. Fue a situarse ante ella.

- ¿Querrías un poco de vodka? -preguntó con amabilidad-. Yo no bebo, pero a ti quizá te agrade.

Quería, de modo que él le sirvió un poco, demasiado.

- ¿Quieres fumar?

Le alcanzó una cigarrera de piel y le dio lumbre.

La iluminación del lugar era brillante; ella dirigió inmediatamente los ojos hacia la televisión y se encontró de pronto contemplando las facciones alteradas, histriónicas, del alemán bajo y de rostro de comadreja, al que había visto menos de una hora antes junto a Marty. Se encontraba a un lado del coche policial. Detrás de él, alcanzaba a ver un trozo de pavimento y la puerta lateral de la sala de conferencias, rodeada por una cerca de cinta fluorescente. Automóviles de la policía, de los bomberos y ambulancias entraban y salían con gran bullicio del área acordonada. «El terror es teatro», pensó. El fondo fue remplazado por la imagen de unos encerados verdes, destinados a mantener a raya la tormenta, mientras la búsqueda proseguía. El Jalil aumentó el sonido, y ella oyó las sirenas de las ambulancias detrás de la voz tersa y bien modulada de Alexis.

- Qué dice? -preguntó.

- Es quien dirige la investigación. Espera. Te lo diré.

Alexis se esfumó y fue remplazado por una imagen de estudio de Oberhaus ileso.

- Ese es el idiota que me abrió la puerta -dijo ella.

El Jalil alzó la mano para indicarle que guardara silencio. Ella escuchó y entendió, con una curiosidad objetiva, que Oberhauser estaba dando una descripción de su persona. Captó «Süd Afrika» y una referencia al cabello castaño; vio cómo, con un gesto, aludía a sus gafas; la cámara mostró un dedo tembloroso que señalaba unas similares a las que Tayeh le había proporcionado.

Después de la descripción de Oberhauser, vino la primera imagen probable que del sospechoso podía facilitar nuestro artista, una imagen que no se parecía a la de nadie en el mundo, excepto, quizás, a la de un antiguo anuncio de un líquido laxante que había sido ampliamente difundido en las estaciones ferroviarias diez años atrás. A continuación, uno de los agentes de policía que habían conversado con ella agregó su propia vergonzosa descripción.

Apagando el aparato, El Jalil volvió a pararse ante ella.

- ¿Me permites? -preguntó con timidez.

Cogió el bolso de la muchacha y lo puso al otro lado, a fin de poder sentarse. ¿Zumbaba? ¿Emitía alguna señal:? ¿Era un micrófono? ¿Para qué demonios servía?

El Jalil se expresó con precisión: un médico muy experimentado ofrece su diagnóstico.

- Corres cierto riesgo -dijo-. Oberhauser te recuerda, y también te recuerdan su esposa, el policía y varias personas del hotel. Tu peso, tu figura, el hecho de que hables inglés, tu talento de actriz. Lamentablemente, hay también una mujer inglesa que alcanzó a oír parte de tu conversación con Minkel y cree que no tienes nada de sudafricana, que eres inglesa. Tu descripción ha sido enviada a

Londres, y sabemos que los ingleses ya te tienen en mal concepto. Esta región está en máxima alerta, las carreteras interceptadas, se pide la documentación, todo el mundo ha empezado a desconfiar. Pero no te preocupes. -Le cogió la mano y se la sostuvo con firmeza-. Te protegeré con mi vida. Esta noche estaremos a salvo. Mañana te habremos introducido clandestinamente en Berlín y te enviaremos a casa.

- A casa -dijo ella.

- Eres una de nosotros. Eres nuestra hermana. Fatmeh dice que eres nuestra hermana. No tienes un hogar, pero formas parte de una gran familia. Podemos proporcionarte una nueva identidad, o puedes ir donde Fatmeh, vivir con ella durante todo el tiempo que lo desees. Aunque nunca vuelvas a combatir, cuidaremos de ti. ¡Por Michel! Por lo que has hecho por nosotros.

Su lealtad era horrorosa. La mano de ella permanecía aún en la de él, en contacto con su fuerza y su seguridad. Los ojos del hombre brillaban con un orgullo posesivo. La muchacha se puso de pie y salió de la habitación, llevándose su bolso de mano.

Una cama doble, la estufa eléctrica encendida, ambas resistencias, sin reparar en gastos. Un estante con los best-sellers de Nowheresville: Yo estoy bien, tú estás bien, la alegría del sexo. La cama, abierta por los dos lados. Más allá, el cuarto de baño, revestido con madera de pino, con sauna incluida. Extrajo su transmisor y lo miró, y era su viejo transmisor, hasta en el último rasguño: sólo que un poco más pesado, un poco más fuerte en la mano. «Espera hasta que él duerma. Hasta que yo duerma.» Se consideró a sí misma. La primera imagen del artista no había estado tan mal, después de todo. Una tierra para nadie, para alguien sin tierra. Primero se restregó las manos y las uñas; luego, llevada por un impulso, se desnudó y se dio una larga ducha, aun cuando sólo fuera para mantenerse, durante unos momentos más, al margen del calor de la confianza de él. Se lavó con loción para el cuerpo, evitando el espejo del botiquín que había encima del lavabo. Le interesaban sus propios ojos; le recordaban los de la muchacha francesa de la escuela en que se había entrenado: aparecía en ellos el mismo furioso vacío de una mente que había aprendido a renunciar a los peligros de la compasión. Regresó y encontró al hombre poniendo comida en la mesa. Exactamente el mismo autodesprecio. Fiambres, queso, una botella de vino. Velas ya encendidas. El apartó una silla para ella, en el mejor estilo europeo. Ella se sentó; él se sentó frente a ella y empezó a comer de inmediato, con la natural concentración con que lo hacía todo. Había matado y ahora estaba comiendo: ¿qué podía haber de más correcto? «Mi comida más demencial -pensó ella-. La peor y la más demencial. Si se acerca un violinista a nuestra mesa, le pediré que toque Moon River.»

- ¿Aún lamentas lo que has hecho? -preguntó él, con total desapego, como si preguntase: «¿Se te ha pasado el dolor de cabeza?»

- Son unos cerdos -dijo ella, completamente en serio-. Despiadados, sanguinarios…

Comenzó a sollozar nuevamente, pero se contuvo a tiempo. El tenedor y el cuchillo temblaban tanto, que se vio obligada a dejarlos. Oyó pasar un coche, ¿o era un avión? «Mi bolso -pensó caóticamente-, ¿dónde lo he dejado?» En el cuarto de baño, lejos de sus entrometidos dedos. Volvió a coger el tenedor y vio el hermoso e indomado rostro de El Jalil, que la estudiaba desde el otro lado del canal de la luz de las velas exactamente en la misma forma en que lo había hecho Joseph en la cima de la colina de Delfos.

- Quizá te estés esforzando demasiado por odiarlos -sugirió él, a modo de remedio.

Era la peor comedia que había representado jamás, y la peor de las cenas en que había participado. Su ansiedad por quebrar la tensión era tan grande como su ansiedad por quebrarse. «Esto es lo que Joseph te ha enviado. Cógelo.»

Se puso en pie y oyó cómo su cuchillo y su tenedor caían ruidosamente al suelo. Apenas si alcanzaba a ver al hombre a través de las lágrimas de su desesperación. Comenzó a desabrocharse el vestido, pero sus manos estaban tan confusas que no logró servirse de ellas. Rodeó la mesa hacia donde se encontraba él, que ya se estaba levantando cuando ella le invitó a hacerlo. Los brazos del hombre la estrecharon; la besó y luego la alzó y la llevó al dormitorio como si se tratase de un camarada herido. La dejó sobre la cama y de pronto, Dios sabe por qué desesperado proceso químico de su mente y de su cuerpo, ella lo poseyó a él. Se vio encima de él, desnudándole; le metió dentro de sí como si fuese el último hombre sobre la tierra, en el último día de la tierra; para su propia destrucción y para la de él. Se vio devorándole, succionándole, llenando de él los aullantes espacios vacíos de su culpa y de su soledad. Se vio sollozando, se vio gritándole, llenando de él su propia boca mentirosa, forzándole a volverse para borrar bajo el peso del cuerpo del hombre toda huella de sí misma y del recuerdo de Joseph. Le sintió en su paroxismo, pero le ciñó y le retuvo en son de reto en su interior hasta mucho después de que sus movimientos hubiesen cesado, los brazos cerrados en torno de él, como ocultándose de la tormenta que se avecinaba.

No estaba dormido, pero ya dormitaba. Yacía con el cabello negro desordenado sobre el hombro de ella, el brazo bueno descansando descuidadamente sobre sus pechos.

- Salim era un muchacho de suerte -murmuró, con una sonrisa en la voz-. Una chica como tú es una buena causa para morir por ella.

- ¿Quién dice que murió por mí?

- Tayeh dice que era posible.

- Salim murió por la revolución. Los sionistas volaron su coche.

- El se voló. Leímos muchos informes policiales alemanes sobre el incidente. Yo le dije que nunca fabricara bombas, pero no me obedeció. No tenía talento para esa tarea. No era un luchador por naturaleza.

- ¿Qué ha sido ese ruido? -dijo ella, apartándose bruscamente de él.

Era un ruido sordo, como un crujir de papel, una sucesión de sonidos aislados, y luego, nada. Imaginó un automóvil deslizándose suavemente sobre la grava con el motor parado.

- Alguien que pesca en el lago -dijo El Jalil.

- ¿A esta hora de la noche?

- ¿Nunca has pescado de noche? -rió él, amodorrado-. ¿Nunca has salido al mar en un pequeño bote, con una lámpara, para atrapar peces con tus propias manos?

- Despierta. Háblame.

- Mejor dormir.

- No puedo. Tengo miedo.

El empezó a contar la historia de una misión nocturna que había llevado a cabo en Galilea largo tiempo atrás, con otros dos hombres. Cómo cruzaban el mar en un bote de remos, y era tan hermoso que perdieron toda noción de aquello por lo que se encontraban allí, y, en cambio, se pusieron a pescar. Ella le interrumpió.

- No era un bote -insistió-. Ha sido un coche, he vuelto a oírlo. Escucha.

- Es un bote -dijo él soñoliento.

La luna había encontrado un espacio entre las cortinas, y brillaba sobre el piso. Levantándose, ella fue hasta la ventana y, sin tocar las cortinas, miró hacia afuera. Había pinos por todas partes; la luna sobre el lago era como una escalera blanca que bajara hasta el centro del mundo. Pero no había bote alguno en ninguna parte, ni luz alguna para atraer a los peces. Regresó a la cama y él deslizó el brazo derecho sobre su cuerpo, atrayéndola hacia sí; pero, al percibir su resistencia, gentilmente, se apartó, volviéndose con languidez sobre la espalda.

- Háblame -volvió a decir ella-. El Jalil, despierta. -Le sacudió violentamente, luego lo besó con desespero en los labios-. ¡Despierta! -repitió.

Así que despertó para ella, porque era un hombre amable, y la había escogido como hermana.

- ¿Sabes qué llamaba la atención en tus cartas a Michel? -preguntó. El arma. «Desde ahora, soñaré con tu cabeza sobre mi almohada, y tu pistola debajo»… Palabras de amante, hermosas palabras de amante.

- ¿Por qué llamaba la atención? Dímelo.

- Tuve con él una conversación exactamente igual a ésta una vez. Precisamente sobre este mismo tema. «Oye, Salim», le dije. «Sólo los cowboys duermen con sus pistolas debajo de la almohada. Aunque no recuerdes ninguna de las cosas que te he enseñado, recuerda ésta. Cuando estés acostado, ten la pistola a un lado de la cama, donde puedas ocultarla mejor, y donde tienes la mano. Aprende a dormir así. Aun cuando duermas con una mujer.» Dijo que lo recordaría. Siempre me lo prometía. Luego, olvidaba. 0 encontraba una nueva mujer. 0 un nuevo coche.

- Entonces rompía las reglas, ¿no? -dijo ella, cogiendo la mano enguantada del hombre, considerándola en la penumbra, pellizcando uno a uno los dedos muertos. Eran de algodón, todos, menos el más pequeño y el pulgar.

- ¿Cómo te ocurrió esto? -inquirió ella con prontitud-. ¿Fueron los ratones? ¿Cómo sucedió? Despierta.

Le llevó largo tiempo responder:

- Un día, en Beirut… Yo soy un poco tonto, como Salim. Estoy en el despacho, llega la correspondencia, tengo prisa, espero cierto paquete, lo abro. Fue un error.

- ¿Así? ¿Cómo es posible? Lo abriste y había un explosivo, ¿no es eso? Te voló los dedos. ¿Y qué pasó con la cara?

- Cuando desperté, en el hospital, estaba Salim. ¿Sabes una cosa? Estaba muy contento de que yo hubiese cometido una estupidez. «La próxima vez, antes de abrir un paquete, muéstramelo o lee las señas», dice. «Si viene de Tel Aviv, mejor que lo devuelvas al destinatario.»

- ¿Por qué haces tus propias bombas, entonces? ¿Si sólo tienes una mano?

La respuesta estuvo en el silencio. En la quietud crepuscular del rostro del hombre, vuelto hacia ella, con su mirada fija, franca y grave de luchador. En todo lo que ella había visto desde la noche en que firmara contrato con el teatro de lo real. «¡Por Palestina, vale! ¡Por Israel! ¡Por Dios! ¡Por mi sagrado destino! Para devolver a los bastardos lo que los bastardos me hicieron a mí. Para reparar la injusticia. Con injusticia. Hasta que todo lo justo vuele hecho añicos, y la justicia sea finalmente libre de separarse de los escombros y recorrer las calles despobladas.»

De pronto, él le preguntaba a ella. Y ya sin encontrar oposición.

- Cariño -susurró ella-. El Jalil. ¡Oh, Cristo! ¡Oh, cariño! Por favor.

Y todas las demás cosas que dicen las putas.

Amanecía, pero ella aún no le dejaría dormir. A la pálida luz del día, una exaltación insomne la poseía. Con besos, con caricias, se valía de todas las artes que conocía para regalarle con su presencia y mantener su pasión ardiente. «Eres el mejor -le susurraba-, y yo nunca

gano primeros premios. El más fuerte, el más valiente, el más inteligente de los amantes que tuve jamás. ¡Oh, El Jalil, El Jalil! ¡Cristo! ¡Oh, por favor!» «¿Mejor que Salim?», preguntó él. «Más paciente que Salim, más mimoso, más agradecido. Mejor que Joseph, que me envió a ti en una bandeja.»

- ¿Qué ocurre? -dijo ella cuando él, súbitamente, se desprendió de ella-. ¿Te he hecho daño?

En vez de responder, él alargó su mano buena y, con un gesto imperativo, le cerró los labios con un ligero pellizco. Luego se fue incorporando cautelosamente sobre el codo. Ella también se puso a escuchar. El ruido de una ave acuática al elevarse desde el lago. El chillido de las ocas. El canto de un gallo, el repique de una campana. Escorzado por el campo cubierto de nieve. Ella percibió que el colchón se elevaba a su lado.

- No hay vacas -dijo él desde la ventana.

Estaba de pie a un lado de la ventana, aún desnudo, pero con la pistola cogida por la correa encima del hombro. Y, por un segundo, en el punto culminante de su tensión, ella imaginó la imagen espectacular de Joseph parado frente a El Jalil, iluminado al rojo por la estufa eléctrica, separado de él por sólo la delgada cortina.

- ¿Qué ves? -susurró finalmente, incapaz de seguir soportando la tensión.

- No hay vacas. Y no hay pescadores. Y no hay bicicletas. Veo demasiado poco.

Su voz estaba llena de acción contenida. Las ropas estaban junto a la cama, donde ella las había arrojado en su frenesí. Se puso los pantalones oscuros y la camisa blanca, y se ciñó la pistola en su lugar, debajo de la axila.

- No hay coches, ni luces en movimiento -dijo sin alterarse-. Ni un obrero camino de su trabajo. Y no hay vacas.

- Las habrán llevado a ordeñar.

El negó con la cabeza.

- No se ordeña durante dos horas.

- Es la nieve. Las tienen dentro.

Algo en la voz de ella llamó su atención; la actividad había aguzado su conciencia.

- ¿Por qué buscas excusas?

- No es eso. Sólo trato…

- ¿Por qué buscas justificaciones para la ausencia de toda vida alrededor de esta casa?

- Para disipar tus temores. Para consolarte.

Una idea cobraba cuerpo en él…, una idea terrible. Podía leer en el rostro de ella, y en su desnudez; y ella, a su vez, alcanzaba a percibir sus sospechas.

- ¿Por qué quieres disipar mis temores? ¿Por qué estás más asustada por mí que por ti?

- No lo estoy.

- Eres una mujer buscada. ¿Por qué eres tan generosa como para amarme? ¿Por qué hablas de consolarme, y no de tu propia seguridad? ¿Qué culpa tienes en el alma?

- Ninguna. No me gustó matar a Minkel. Quiero salir de todo esto. ¿El Jalil?

- ¿Tiene razón Tayeh? ¿Murió por ti mi hermano, después de todo? Respóndeme - insistió, muy serenamente-. Quiero una respuesta.

Todo el cuerpo de la mujer imploraba perdón. El calor en su rostro era terrible. Ardería para siempre.

- El Jalil…, vuelve a la cama -susurró-. Hazme el amor. Regresa.

¿Por qué estaba él tan sereno si habían rodeado completamente la casa? ¿Cómo podía mirarla así, mientras el círculo se cerraba a su alrededor cada segundo?

- ¿Qué hora es, por favor? -preguntó, sin dejar de mirarla-. ¿Charlie?

- Las cinco y media. ¿Qué importa eso?

- ¿Dónde está tu reloj? Tu pequeño reloj. Quiero saber la hora, por favor.

- No lo sé. En el cuarto de baño.

- Quédate donde estás, por favor. De otro modo, es probable que te mate. Veremos.

Fue a buscarlo y se lo tendió sobre la cama.

- Ten la amabilidad de abrirlo para mí -dijo, y la observó mientras ella luchaba con el broche.

- ¿Qué hora es, por favor, Charlie? -volvió a preguntar, con una terrible ligereza-. Ten la amabilidad de decirme, en tu reloj, qué hora del día es.

- Las seis menos diez. Más tarde de lo que yo creía.

Se lo arrebató y miró la esfera. Digital, veinticuatro horas. Conectó la radio y ésta dejó oír un gemido musical antes de que volviera a apagarla. Lo acercó al oído y luego lo sopesó en la mano.

- Desde anoche, cuando te separaste de mí, no tuviste mucho tiempo para ti misma, me parece. ¿Es así? Ninguno, en realidad.

- Ninguno.

- ¿Y entonces cómo hiciste para comprar pilas nuevas para este reloj?

- No las compré.

- ¿Y cómo es que funciona?

- No necesita… No estaban agotadas… Funciona durante un año con las mismas pilas… Son especiales…, de larga vida…

Ella había llegado al final de su intervención. Completa y

definitivamente, aquí y para siempre, porque acababa de recordar el momento en que, en la cumbre de la colina, él la había hecho detenerse junto a la furgoneta de Coca-cola para registrarla; y el momento en que él había dejado caer las pilas en su bolsillo, antes de devolver el reloj a la mochila y arrojarla en el interior del vehículo.

El había perdido todo interés por ella. El reloj acaparaba su atención por entero.

- Dame esa impresionante radio que hay junto a la cama, por favor, Charlie. Haremos un pequeño experimento. Un interesante experimento tecnológico relacionado con la radio de alta frecuencia.

- ¿Puedo ponerme algo? -susurró ella. Se puso el vestido y le alcanzó la radio, un aparato moderno de plástico negro, con un selector como un dial telefónico. Colocando uno junto al otro el reloj y la radio, El Jalil conectó esta última y probó todas las estaciones hasta que en una se oyó un gemido que se elevaba y descendía como una alarma antiaérea. Entonces cogió el reloj, levantó con el pulgar la tapa de la cámara destinada a albergar las pilas, y dejó caer éstas al suelo, tal como debía haber hecho la noche anterior. El gemido dejó de oírse. Como un niño que ha llevado a cabo con éxito un experimento, El Jalil volvió la cabeza hacia ella y fingió sonreír. La muchacha trataba de no mirarlo, pero no pudo evitarlo.

- ¿Para quién trabajas, Charlie? ¿Para los alemanes? Ella negó con la cabeza.

- ¿Para los sionistas?

Tomó su silencio por una respuesta afirmativa.

- ¿Eres judía?

- No.

- ¿Crees en Israel? ¿Qué eres?

- Nada -dijo ella.

- ¿Eres cristiana? ¿Los ves como los fundadores de tu gran religión?

Ella volvió a negar con la cabeza.

- ¿Es por dinero? ¿Te han sobornado? ¿Te han chantajeado?

Ella quería gritar. Apretó los puños y llenó de aire sus pulmones, pero el caos la estranguló y, en cambio, se puso a sollozar.

- Se trataba de salvar la vida. Se trataba de tomar parte. De ser algo. Yo le amaba.

- ¿Traicionaste a mi hermano?

Las obstrucciones desaparecieron de su garganta, para dar paso a una mortal uniformidad en el tono.

- No le conocí. Nunca en mi vida hablé con él. Me lo mostraron antes de matarlo, el resto fue inventado. Nuestra relación amorosa, mi conversión…, todo. Ni siquiera escribí las cartas, lo hicieron ellos. También escribieron la carta de él para ti. La carta en que se hablaba

de mí. Yo me enamoré del hombre que se ocupaba de mí. Eso es todo.

Lentamente, sin agresividad, él extendió la mano izquierda y le tocó el rostro, aparentemente para asegurarse de que ella era real. Luego se miró las puntas de los dedos, y luego volvió a mirarla, estableciendo alguna comparación en su interior.

- Y eres la misma inglesa que malvendió mi país -observó con tranquilidad, como si le costara muchísimo creer lo que veía con sus propios ojos.

Levantó la cabeza y, cuando lo hizo, ella vio cómo su rostro era arrebatado por la desaprobación y luego, bajo la potencia de aquello con que le había disparado Joseph, encenderse. A Charlie le habían enseñado a estarse quieta cuando apretaba el gatillo, pero Joseph no hizo eso. No confiaba en que sus balas hicieran el trabajo que les correspondía, y corría tras ellas, tratando de llegar antes al blanco. Se precipitó por la puerta como un intruso cualquiera, pero, en vez de detenerse, se abalanzó hacia el interior al tiempo que disparaba. Y disparó con los brazos completamente extendidos, para reducir aún más la distancia. Ella vio encenderse el rostro de El Jalil, le vio dar una vuelta en redondo y arrojarse con los brazos abiertos hacia la pared, en busca de protección. Así, los proyectiles penetraron en su espalda, destrozando su camisa blanca. Sus manos se abrieron ante el muro -una de cuero, la otra real- y su cuerpo destrozado resbaló hasta quedar en cuclillas como el de un jugador de rugby, mientras intentaba desesperadamente abrirse paso a través de la materia. Pero, para entonces, Joseph se encontraba ya lo bastante cerca como para, con los pies, apresurar su caída. Detrás de Joseph entró Litvak, a quien ella conocía como Mike y al que siempre había atribuido, ahora lo com-prendía, una naturaleza enfermiza. Mientras Joseph retrocedía, Mike se arrodilló y colocó en el dorso del cuello de El Jalil una última y certera bala, seguramente innecesaria. Detrás de Mike entró aproximadamente la mitad de los verdugos del mundo, vestidos con trajes de hombrerana negros, seguidos por Marty y la comadreja alemana y dos mil camilleros y conductores de ambulancias y médicos y mujeres de rostro severo, que la sujetaron, le limpiaron los vómitos y la condujeron por el corredor y al aire fresco de Dios, aunque con el pegajoso y caliente olor de la sangre prendido a su nariz y a su garganta.

Una ambulancia aparcaba ante la puerta delantera, con la parte posterior apuntada hacia la entrada. En su interior había frascos de sangre y las sábanas también eran rojas, de modo que al principio se resistió a entrar. En realidad, se resistió con bastante energía y debe de haber repartido golpes considerablemente duros, porque una de las mujeres que la sujetaban la soltó de pronto y se apartó llevándose una mano al rostro. Se había quedado sorda, así que sólo podía oír

vagamente sus propios chillidos, pero su principal interés consistía en quitarse el vestido, en parte porque era una puta, en parte porque había en él demasiada sangre de El Jalil. Pero el vestido le resultaba aún menos familiar que en el curso de la última noche, y no logró averiguar si llevaba botones o una cremallera, por lo que decidió no molestarse más por el asunto. Entonces aparecieron Rachel y Rose, una a cada uno de sus lados, y cada una de ellas la cogió por un brazo, exactamente tal como lo habían hecho en la casa de Atenas a su llegada allí para presenciar el teatro de lo real; la experiencia le indicó que toda otra resistencia carecería de sentido. La hicieron subir a la ambulancia y se sentaron una a cada lado de ella, sobre una de las camillas. Bajó los ojos y vio todas las estúpidas caras que la contemplaban: los chicos duros con sus ceños de héroes, Marty y Mike, Dimitri y Raoul, y otros amigos también, algunos de los cuales todavía no le habían sido presentados. Entonces la multitud se apartó y de ella emergió Joseph, tras haberse desembarazado delicadamente del arma con que había disparado a El Jalil, pero aún, desgraciadamente, con bastante sangre en los tejanos y los zapatos deportivos, según advirtió. Llegó al pie de los escalones y levantó la vista hacia ella, y primero fue como si la muchacha mirara su propia faz, porque veía en él exactamente las mismas cosas que veía en sí. Así tuvo lugar una suerte de intercambio de personajes, en el que ella asumió el papel de asesino y de chulo que le pertenecía a él, y él, presumiblemente, el de ella, de señuelo, de puta y de traidora.

Hasta que, de pronto, mientras le miraba, una última chispa de violencia se encendió en ella, y le devolvió la identidad que él le había robado. Se levantó, y ni Rose ni Rachel tuvieron tiempo de sujetarla en su asiento; aspiró muy profundamente y le gritó al hombre que se marchaba…, o al menos así lo creyó ella. Quizás haya dicho simplemente: «No.» Lo más probable es que no le importe a nadie.

27

De los resultados inmediatos y no tan inmediatos de la operación, el mundo supo mucho más de lo que comprendió; y, por cierto, muchísimo más que Charlie. Supo, por ejemplo -o pudo haber sabido, de haber estudiado la letra menuda de la información en las páginas de extranjero de la prensa anglosajona-, que un supuesto terrorista palestino había muerto en un tiroteo con miembros de una unidad especializada de Alemania Occidental, y que su rehén, una mujer, había sido trasladada al hospital en estado de shock, pero, por lo demás, ilesa. Los periódicos alemanes llevaban versiones más sensacionalistas de la historia -«El salvaje Oeste llega a la Selva Negra»-, pero los relatos eran tan serenos, si bien contradictorios, que se hacía difícil sacar nada en limpio de ellos. La vinculación con el fallido atentado con bomba del que fuera objeto el profesor Minkel en Freiburg -en un principio tenido por muerto y más tarde descubierto como milagroso sobreviviente-fue tan graciosamente negado por el encantador doctor Alexis que todo el mundo dio por sentada su existencia. Convenía a las circunstancias, sin embargo, según los más sabios editorialistas, el que no se nos revelara demasiado.

La sucesión de otros incidentes menores en torno del hemisferio occidental dio lugar a especulaciones ocasionales acerca de las actividades de una u otra organización terrorista árabe, pero, en realidad, con tantos grupos rivales como hay en estos días, era muy difícil señalarlas con precisión. El estúpido asesinato, en pleno día, por ejemplo, del doctor Anton Masterbein, el humanitario jurista suizo, defensor de los derechos de las minorías e hijo del eminente financiero, fue colocado directamente ante la puerta de una organización falangista extremista que poco antes había «declarado la guerra» a los europeos manifiestamente simpatizantes de la «ocupación» palestina del Líbano. El atentado ocurrió cuando la víctima salía de su casa para dirigirse al trabajo -sin protección, como de costumbre-, y el mundo se sintió profundamente conmovido durante al menos la primera parte de una mañana. Cuando el editor de un periódico de Zurich recibió una carta en que se exigían

responsabilidades, que estaba firmada «Líbano Libre» y que fue declarada auténtica, se pidió a un joven diplomático libanés que abandonara el país y él lo hizo, tomando el asunto con filosofía.

La voladura del coche de un diplomático del Rejectionist Front a la salida de una mezquita recientemente reconstruida en el bosque de Saint John apenas si fue considerada como noticia en lugar alguno; era el cuarto asesinato similar en igual número de meses.

Por otra parte, el sanguinario apuñalamiento del músico y columnista radical italiano Albert Rossino, y de su acompañante alemana, cuyos cuerpos desnudos y difícilmente reconocibles fueron descubiertos semanas más tarde junto a un lago del Tirol, fue comunicado por las autoridades austriacas, que lo consideraron carente de toda significación política, a pesar del hecho de que ambas víctimas tuvieran vinculaciones con medios extremistas. Con las pruebas disponibles, prefirieron tratar el caso como un crimen pasional. La dama, una tal Astrid Berger, era bien conocida por sus extraños apetitos, y se estimó probable, a pesar de lo grotesco que podía parecer, que no hubiese una tercera parte implicada. Una serie de otras muertes, menos interesantes, pasó virtualmente inadvertida, como también ocurrió con el bombardeo israelí de una antigua fortaleza en el desierto, en la frontera siria, de la cual fuentes de Jerusalén afirmaron que había sido empleada como base de entrenamiento de terroristas extranjeros por los palestinos. En cuanto a la bomba de cuatrocientas libras que explotó en la cima de una colina, en las afueras de Beirut, que destruyó una lujosa villa de veraneo y mató a sus ocupantes -entre los cuales se contaban Fatmeh y Tayeh-, resultó tan indescifrable como cualquier otro acto de terror en aquella trágica región.

Pero Charlie, en su refugio de junto al mar, no supo nada de esto; o, más exactamente, lo supo todo de una manera general, y estaba demasiado aburrida o demasiado asustada como para escuchar los detalles. Al principio, no podía hacer otra cosa que nadar o dar plácidos paseos sin objeto hasta el final de la playa y regresar, cerrándose el albornoz hasta el cuello mientras sus guardaespaldas la seguían a una respetuosa distancia. En el mar, tendía a sentarse en la zona menos profunda y sin olas, y a frotarse con el agua como si se jabonara, primero la cara y luego los brazos y las manos. Las otras muchachas, en instrucción, se bañaban desnudas; pero cuando Charlie declinó seguir tan liberador ejemplo, el psiquiatra les ordenó volver a vestirse y esperar.

Kurtz iba a verla cada semana; algunas, dos veces. Era extremadamente gentil con ella; paciente y leal, aun cuando ella le gritaba. La información que le llevaba era práctica, y toda para beneficio de ella.

Se había inventado un padrino para la muchacha, un viejo amigo de su padre que se había hecho rico y había muerto recientemente en Suiza, dejándole una crecida suma de dinero, el cual, al proceder del extranjero, estaría libre de impuestos a la transferencia de capital en el Reino Unido.

Se había hablado con las autoridades británicas, y éstas habían aceptado -por razones de las que Charlie no podía tener conocimiento- el hecho de que el seguir indagando en las relaciones de la muchacha con ciertos extremistas europeos y palestinos no serviría a ningún fin útil. Kurtz estaba también en condiciones de garantizarle que Quilley tenía una buena opinión de ella: la policía, dijo, había en realidad insistido en explicarle que sus sospechas respecto de Charlie habían sido producto de una información equivocada.

Kurtz discutió también con Charlie las formas de explicar su brusca desaparición de Londres, y ella convino pasivamente en una historia en que se mezclaban el temor al acoso policial, un ligero colapso nervioso, y un amante misterioso al que habría conocido tras su estancia en Mikonos, un hombre casado que la había invitado a bailar y que finalmente se había desembarazado de ella. Cuando comenzó a adiestrarla en esto, y presumiblemente a probarla en aspectos menores, ella se puso pálida y se echó a temblar. Una manifestación similar tuvo lugar cuando Kurtz le anunció, no sin cierta falta de prudencia, que «el más alto nivel» había decidido que ella podría pedir la ciudadanía israelí en el momento en que lo deseara, por el resto de su vida.

- Dale esto a Fatmeh -dijo de pronto, y Kurtz, que para entonces tenía entre manos una cantidad de nuevos asuntos, hubo de consultar el fichero para recordar quién era Fatmeh, o quién había sido.

En cuanto a su carrera, dijo Kurtz, había algunas cosas apasionantes esperándola para cuando se sintiera dispuesta a enfrentarse con ellas. Un par de importantes productores de Hollywood se habían interesado sinceramente por Charlie durante su ausencia, y esperaban con ansiedad que ella regresara a la Costa e hiciera algunas pruebas de cámara. Uno de ellos, a decir verdad, tenía en reserva un pequeño papel, que le parecía muy probablemente adecuado para ella; Kurtz no conocía más detalles. Y también estaban sucediendo algunas cosas buenas en los escenarios teatrales de Londres.

- Yo sólo quiero regresar a donde estaba -dijo Charlie. Kurtz respondió que eso podía arreglarse, querida, sin ningún problema.

El psiquiatra era un joven brillante de ojos risueños y con un pasado militar, y no se sentía en absoluto inclinado al autoanálisis ni a ninguna otra clase de tenebrosa introspección. En realidad, parecía tener menos interés en hacerla hablar que en convencerla de que no

debía hacerlo; en su profesión, debe de haber sido un hombre muy discutido. La llevó a pasear en su coche, primero por los caminos costeros, luego hasta Tel Aviv. Pero cuando, imprudentemente, señaló algunas de las pocas hermosas casas árabes antiguas que habían sobrevivido al desarrollo, Charlie empezó a balbucear de ira. La llevó a restaurantes discretos, nadó con ella y llegó a echarse a su lado en la playa y a darle un poco de conversación, hasta que ella le dijo, con un extraño temblor en la voz, que preferiría hablar con él en su despacho. Cuando supo que a ella le gustaba montar, pidió caballos, y pasaron un gran día cabalgando, durante el cual la muchacha pareció olvidarse por entero de sí misma. Pero al día siguiente volvió a estar demasiado quieta para el gusto de él, y le dijo a Kurtz que esperara al menos otra semana. Y, en efecto, aquella misma noche ella tuvo un prolongado e inexplicado ataque de vómitos, que resultaba de lo más insólito si se tomaba en cuenta lo poco que comía.

Vino Rachel, que había reanudado sus estudios en la universidad, y se mostró franca y dulce y relajada, completamente distinta de la versión, más dura, que Charlie había conocido en Atenas. También Dimitri había vuelto a estudiar, dijo; Raoul estaba considerando la posibilidad de hacer la carrera de medicina y quizá llegar a ser médico militar; por otra parte, tal vez reanudara arqueología. Charlie sonrió con amabilidad ante estas noticias de matiz familiar: Rachel dijo a Kurtz que había sido como hablar con la abuelita. Pero en definitiva, ni sus orígenes en el País del Norte, ni sus alegres modales de inglesa de clase media consiguieron el impacto deseado en Charlie y, al cabo de un rato, aunque gentilmente, ésta le preguntó si podría hacerle el favor de dejarla sola nuevamente.

Entretanto, en el servicio de Kurtz se había agregado cierto número de valiosas lecciones a la gran suma de conocimientos técnicos y humanos que formaban el tesoro de sus muchas operaciones. Los no judíos, a pesar del lógico prejuicio existente en contra suya, no sólo eran utilizables, sino, en ocasiones, esenciales. Una muchacha judía jamás hubiese podido desenvolverse tan eficazmente en el terreno intermedio. Los técnicos también estaban fascinados por el funcionamiento de las pilas en el radio-reloj; nunca es demasiado tarde para aprender. Una historia expurgada del caso fue preparada rápidamente para su uso en los entrenamientos, y surtió gran efecto. En un mundo perfecto, se sostenía, el oficial del caso debía haber advertido al hacer el cambio que las pilas no correspondían al modelo del agente. Pero al menos las reunió en grupos de dos cuando la señal local cesó, y resolvió el problema inmediatamente. El nombre de Becker, claro está, no aparecía en ninguna parte; en forma totalmente independiente de las cuestiones de seguridad, Kurtz no había oído últimamente nada bueno de él, y no

estaba dispuesto a verle canonizado.

Y, por último, a fines de la primavera, tan pronto como la cuenca del Litani estuvo lo bastante seca como para permitir el paso de los tanques, los peores temores de Kurtz y las peores amenazas de Gavron se cumplieron: el largamente esperado avance israelí hacia el interior del Líbano tuvo lugar, acabando con aquella fase de las hostilidades o, según se considere la situación de uno o de otro lado, anunciando la siguiente. Los campos de refugiados que habían acogido a Charlie fueron higienizados, lo cual significa, aproximadamente, que las motoniveladoras entraron para enterrar los cuerpos y completar lo que los tanques y los bombardeos aéreos habían iniciado; una lamentable fila de refugiados partió hacia el norte, dejando atrás sus cientos, luego sus miles, de muertos. Grupos especiales erradicaron los puestos secretos de Beirut en que había estado Charlie; de la casa de Sidón sólo quedaron los pollos y el huerto de las mandarinas. El edificio fue destruido por un grupo de Sayaret, que también acabó con los dos chicos, Kareem y Yasir. Llegaron de noche, desde el mar, exactamente como Yasir, el gran oficial de inteligencia, siempre había predicho, y emplearon una clase especial de balas explosivas norteamericanas, aún en la lista secreta, a las que bastaba con tocar el cuerpo para matar. El conocimiento de todo esto -de la efectiva destrucción de su breve relación amorosa con Palestina- le fue prudentemente ahorrado a Charlie. Podía trastornarla, dijo el psiquiatra; con su imaginación y su introversión, era perfectamente lógico que llegase a sentirse responsable del conjunto de la invasión. Mejor evitarle el tema, por lo tanto; dejar que lo descubra cuando se encuentre en condiciones. En cuanto a Kurtz, durante un mes o más, fue difícil verle o, en caso de verle, reconocerle. Su cuerpo pareció reducirse a la mitad de su tamaño, sus ojos eslavos perdieron el brillo, llegó, en suma, a representar su verdadera edad, cualquiera que ésta fuese. Luego, un día, como un hombre que ha logrado superar una larga y devastadora enfermedad, regresó y, en cuestión de horas, al parecer, reanudó su labor al frente del extraño feudo que regía con Misha Gavron.

En Berlín, Gadi Becker flotó al principio en un vacío comparable al de Charlie; pero ya había flotado en él antes y era en cierto modo menos sensible a sus causas y sus efectos. Volvió a su piso, y a sus escasas perspectivas comerciales; la insolvencia estaba una vez más a la vuelta de la esquina. Si bien pasaba días discutiendo telefónicamente con comerciantes mayoristas o transportando cajas de un lado del almacén a otro, la depresión mundial parecía haber golpeado a la industria berlinesa del vestido más dura y profundamente que a ninguna otra. Había una muchacha con la que dormía a veces, una criatura más bien imponente que había dejado atrás la vertical de los treinta, afectuosa hasta el exceso e inclusive,

para satisfacer sus prejuicios hereditarios, vagamente judía. Al cabo de varias jornadas de fútil reflexión, él la telefoneó y le dijo que estaba temporalmente en la ciudad. Sólo durante unos días, dijo; quizá sólo uno. Percibió la alegría de la mujer ante su regreso, y las divertidas protestas ante su desaparición; pero también percibió las oscuras voces del interior de su propia mente.

- Ven por aquí -dijo ella cuando terminó de regañarle.

Pero él no fue. No podía consentirse el placer que ella era capaz de proporcionarle.

Asustado de sí mismo, fue a toda prisa a un club nocturno griego que estaba de moda y del que tenía noticias, regentado por una mujer de experiencia cosmopolita y, habiendo finalmente logrado embriagarse, observó a los clientes romper platos con demasiada impaciencia, en la mejor tradición greco-berlinesa. Al día siguiente, sin gran planificación previa, comenzó una novela sobre una familia judía de Berlín que ha huido a Israel y luego ha vuelto a desarraigarse, incapaz de ponerse de acuerdo con lo que se estaba haciendo en nombre de Sión. Pero cuando miró lo que había estado pergeñando, confió sus notas a la papelera primero, y luego, por razones de seguridad, al fuego del hogar. Un nuevo hombre de la embajada en Bonn fue a visitarle, y le dijo que era el remplazante del último hombre: si necesita comunicar con Jerusalén o cualquier otra cosa, pregunte por mí. Sin poder contenerse, aparentemente, Becker se embarcó en una provocativa discusión con él acerca del Estado de Israel. Y terminó con una pregunta sumamente ofensiva, algo que había entresacado de los escritos de Arthur Koestler y adaptado a su propia preocupación:

- ¿En qué nos vamos a convertir? -dijo-. ¿En una patria judía o en un pequeño y horrible Estado espartano?

El nuevo hombre era de mirada dura y carecía de imaginación, y la pregunta, evidentemente, le enfadó sin que hubiese comprendido su significado. Dejó algo de dinero y su tarjeta: segundo secretario, comercial. Pero, lo que era más importante, dejó una nube de incertidumbre tras de sí, nube que la llamada telefónica de Kurtz, en la mañana siguiente, pretendía disipar.

- ¿Qué diablos estás tratando de decirme? -preguntó brutalmente, en inglés, tan pronto como Becker hubo levantado el auricular-. Vas a empezar a enlodar el nido; entonces ven a nuestro país, donde nadie te presta la menor atención.

- ¿Cómo está ella? -dijo Becker.

Quizá la respuesta de Kurtz fuera deliberadamente cruel, porque la conversación tuvo lugar cuando se hallaba en su peor momento.

- Frankie está muy bien. Bien psíquicamente, bien de aspecto, y, por alguna razón que se me escapa, te sigue amando. Elli le habló

hace unos días y tiene la clara impresión de que ella no considera obligatorio el divorcio.

- No se supone que los divorcios sean obligatorios.

Pero, como de costumbre, Kurtz tenía una respuesta: -Los divorcios no se suponen; punto y aparte.

- Entonces, ¿cómo está ella? -repitió Becker, enérgicamente.

Kurtz tuvo que refrenar su temperamento antes de replicar.

- Si estamos hablando de una amiga común, se encuentra bien de salud, se está curando, y no quiere volver a verte nunca… ¡y que te conserves joven para siempre! -Kurtz terminó con un grito desaforado y colgó.

Esa misma noche llamó Frankie -Kurtz debe de haberle dado el número por despecho-. El teléfono era el instrumento de Frankie. Otros pueden tocar el violín, el arpa, o el shofar, pero para Frankie siempre era el teléfono.

Becker la escuchó durante bastante rato. La escuchó sollozar, en lo cual era incomparable; escuchó sus halagos y sus promesas.

- Seré lo que tú quieras que sea -dijo-. Dímelo, y lo seré.

Pero la última cosa que hubiese deseado Becker era inventar a nadie.

No mucho después, Kurtz y el psiquiatra decidieron que había llegado la hora de devolver a Charlie al agua.

El espectáculo se llamaba Un ramillete de comedia, y el teatro, como otros que había conocido, servía a la vez como Instituto Femenino y como escuela de arte dramático, e indudablemente también como colegio electoral en tiempo de votaciones. Era una pieza vil y un teatro vil, y llegó en el momento más bajo de la decadencia de la muchacha. La sala tenía techo de cinc y un suelo de madera, y cuando ella daba un golpe con el pie, nubes de polvo se elevaban de entre las tablas. Había comenzado por representar sólo papeles trágicos, porque, tras mirarla con inquietud, Ned Quilley había dado por supuesto que la tragedia era lo que ella prefería; y lo mismo, por sus propios motivos, había concluido Charlie. Pero pronto descubrió que los papeles serios, si es que significaban algo para ella, la superaban: lloraba o sollozaba en los momentos más absurdos, y varias veces tuvo que inventar un mutis para recobrarse.

Sin embargo, era más frecuente que fuese la irrelevancia de sus parlamentos lo que la aplastaba; ya no tenía estómago -ni, lo que es peor, comprensión- para lo que pasaba por ser dolor en la sociedad de clase media occidental. De modo que la comedia llegó a ser, finalmente, su mejor máscara, y gracias a ella había visto alternarse sus semanas entre Sheridan y Priestley y los más recientes genios modernos, cuyos productos se describían en el programa como un soufflé resplandeciente de incisiva inteligencia. Lo habían

representado en York, pero, gracias a Dios, se había evitado entrar en Nottingham; lo habían representado en Leeds y en Bradford y en Huddersfield y en Derby; y Charlie aún no había visto elevarse el soufflé ni resplandecer la inteligencia, porque en su imaginación pasaba por sus parlamentos como un boxeador aturdido por los golpes, que debe sufrir el castigo o sucumbir para salvarse.

Durante todo el día, cuando no estaba ensayando, vagaba como un paciente en la sala de espera de un médico, fumando y leyendo revistas. Pero esa noche, cuando el telón se alzó una vez más, una peligrosa pereza remplazó a su excitación y le costó enormemente no quedarse dormida. Oía su propia voz alzarse y descender, sentía su brazo moverse de este modo, su pie dar aquel paso; calló para dar paso a lo que solía ser una carcajada segura, pero en cambio la golpeó un incomprensible silencio. A la vez, imágenes del álbum prohibido empezaron a llenar su mente: de la prisión en Sidón y de la fila de madres que esperaban junto al muro; de Fatmeh; del salón de clases del campo durante la noche, donde se grababan las consignas para la marcha; del refugio antiaéreo, y de los estoicos rostros que la contemplaban, preguntándose si ella tendría la culpa. Y de la mano enguantada de El Jalil dibujando torpemente la forma de los dedos con su propia sangre.

El camerino era comunitario, pero cuando llegó el entreacto, Charlie no se dirigió a él. En cambio, se quedó junto a la puerta del escenario que daba al exterior, al aire libre, fumando y tiritando y mirando fijamente la calle de los Midlands, tratando de resolver si debía limitarse a andar y seguir andando hasta caer o ser atropellada por un coche. La estaban llamando por su nombre y oía puertas que se cerraban con violencia y pies que corrían, pero el problema parecía ser de ellos, no suyo, y por eso se lo dejaba. Sólo un sentido último -muy último- de la responsabilidad la llevó a abrir la puerta y a volver a entrar sin darse cuenta.

- Charlie, ¡por el amor de Dios!…, Charlie, ¿qué diablos…?

El telón se levantó y se encontró una vez más en escena. Sola.

Un largo, divertido monólogo, mientras Hilda se sienta al escritorio de su marido y escribe una carta a su amante: a Michel, a Joseph. Una vela encendida junto a su codo y en un minuto abriría el cajón del escritorio en busca de otra hoja de papel, para encontrar -«¡Oh, no!»- la carta de su esposo a la amante. Comenzó a escribir y estuvo en el motel de Nottingham; miró la llama de la vela y vio el rostro de Joseph brillando al otro lado de la mesa en la taberna de las afueras de Delfos. Volvió a mirar y era El Jalil, cenando con ella en la mesa de troncos de la casa de la Selva Negra. Estaba recitando su texto y, milagrosamente, no era el de Joseph, ni el de Tayeh, ni el de El Jalil, sino el de Hilda. Abrió el caaón del escritorio y metió en él

una mano, falló un movimiento, sacó una página manuscrita con aire confundido, la levantó y devolvió la mirada al público. Se puso en pie y, con una expresión de creciente incredulidad, avanzó hacia la parte anterior del escenario y empezó a leer en voz alta… ¡Qué cara divertida, tan llena de ingeniosas contra rreferencias!… En un minuto, su esposo, John, entraría por la izquierda, enfundado en su batín, se acercaría al escritorio, y leería la carta de ella, inconclusa, a su propio amante. En un minuto habría un entrecruzamiento aún más gracioso de las dos cartas, y el público se revolcaría en el delirio, que se trocaría en éxtasis cuando los dos amantes engañados, excitado cada uno por las infidelidades del otro, se reunieran en un lujurioso abrazo. Oyó entrar a su marido, y ése fue el motivo para que ella levantara la voz: la indignación remplaza a la curiosidad a medida que Hilda lee. Aferró la carta con ambas manos, se volvió y dio dos pasos al frente con la finalidad de no ocultar a John.

Al hacerlo, le vio: no a John, sino a Joseph, completamente inconfundible, sentado donde se había sentado Michel, en el centro del patio de butacas, mirándola con el mismo interés terriblemente grave.

Al principio, realmente, no se sintió en absoluto sorprendida; la división entre su mundo interior y el mundo exterior había sido un asunto baladí en los mejores tiempos, pero aquellos días habían prácticamente dejado de existir.

«Así que ha venido -pensó-. Ya era hora. ¿Unas orquídeas, Joseph? ¿Ninguna orquídea? ¿Ni una chaqueta roja? ¿Ni un medallón de oro? ¿Algo de Gucci? Quizá debiera haber ido al camerino, después de todo. Lee tu nota. Estaba segura de que ibas a venir, ¿sabes? Preparé un pastel.»

Había dejado de leer en voz alta porque verdaderamente no tenía ningún sentido seguir actuando, aun cuando el apuntador le disparara desvergonzadamente el texto y el director estuviese tras él haciéndole gestos con los brazos, como quien se defiende de un enjambre de abejas; ambos se encontraban en su línea de visión, aunque ella estuviese mirando exclusivamente a Joseph. 0 quizá solamente los estuviera imaginando, ahora que finalmente Joseph había llegado a ser tan real. Detrás de ella, el marido John, sin la menor convicción, había empezado a inventar líneas para cubrirla. «Necesitas un Joseph -quería decirle ella con orgullo-. Aquí, nuestro Joseph te dará textos para todas las ocasiones.»

Había una pantalla de luz entre ellos…, no tanto una pantalla como una separación óptica. Agregada a sus lágrimas, comenzaba a trastornar su visión del hombre, y se le insinuaba la sospecha de que, al fin, no fuese más que un espejismo. Desde bastidores le gritaban que saliera; el marido John se había aproximado a la parte delantera

del escenario - clonc, clonc- y le había asido amable, pero firmemente, por el codo, como paso previo para arrojarla al cubo de la basura. Supuso que en un minuto más bajarían el telón sobre ella y le darían a esa pequeña furcia -cuál-es-su-nombre, su suplente- la oportunidad de su vida.

Aunque lo único que le interesaba era llegar hasta Joseph y tocarle y asegurarse. El telón cayó, pero ella ya estaba bajando los escalones para ir hacia él. Se encendieron las luces, y sí era Joseph, pero al verle con tanta claridad, se sintió molesta; no era más que otro miembro de su público. Echó a andar por el pasillo y sintió una mano sobre su brazo y pensó: «Marido John otra vez, apártate.» El vestíbulo estaba vacío, con la excepción de dos duquesas en situación geriátrica que probablemente constituyesen la junta directiva.

- Ve a ver a un doctor, querida; es lo que yo haría -sugirió una de ellas.

- O a dormir la borrachera -dijo la otra.

- ¡Oh, no se preocupen! -les aconsejó Charlie alegremente, empleando una expresión que nunca antes había empleado.

No caía la lluvia de Nottingham, ni había ningún Mercedes rojo aguardándolos, así que se dirigió a una parada de autobuses y se dispuso a esperar, con la expectativa de que llegara el muchacho norteamericano para decirle que buscara una furgoneta roja.

El vino hacia ella por la calle desierta, andando, enorme, y ella le imaginó echando a correr para llegar antes que sus propias balas; pero no echó a correr. Se alzó ante ella, algo agitado, y fue evidente que alguien le había enviado un mensaje, muy probablemente Marty, aunque quizá hubiese sido Tayeh. El abrió la boca para decirlo, pero ella se lo impidió.

- Estoy muerta, Joseph. Tú me disparaste, ¿recuerdas?

Quería agregar algo acerca del teatro de lo real, de cómo los cuerpos no se levantan ni andan. Pero de algún modo lo olvidó.

Pasó un taxi y Joseph lo llamó con la mano libre. No se detuvo, pero ¿qué se puede esperar? Los taxis, en esta época…, una ley para ellos. Ella se apoyaba en él, y hubiese caído de no haberla sujetado el hombre tan firmemente. Las lágrimas le impedían ver casi por completo, y le oía desde debajo del agua. «Estoy muerta -siguió diciendo-, estoy muerta, estoy muerta.» Pero, al parecer, él la quería viva o muerta. Fuertemente cogidos, echaron a andar torpemente por la calzada, aunque la ciudad era desconocida para ellos.

F I N

This file was created

with BookDesigner program

bookdesigner@the-ebook.org

14.05.2010